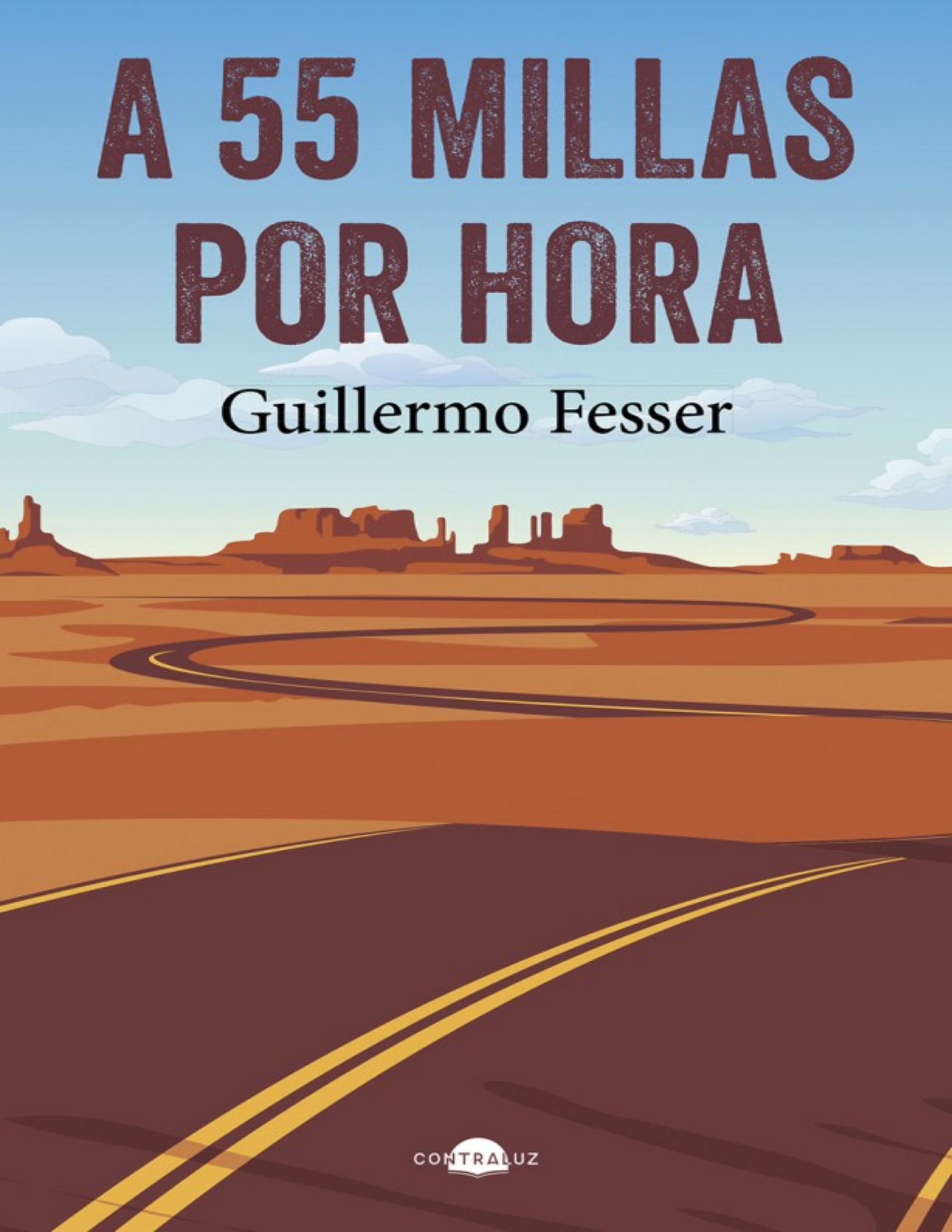
A 55 MILLAS POR HORA

Guillermo Fesser



CONTRALUZ

GUILLERMO FESSER

A 55 millas por hora

Un recorrido por la historia hispana de Estados Unidos

CONTRALUZ

A Sarah, mi compañera,
y a Max, Nico y Julia,
nuestros tres cachorritos

Prólogo

La primera vez que pisé Nueva York tenía veintinueve años recién cumplidos y no sospechaba yo, ni por asomo, que aquella ciudad extraña tuviese nada que ver con mi gente. Sabía, obviamente, de compatriotas aislados que habían tenido la fortuna de frecuentarla, como Ángel Álvarez, el piloto de Iberia que se llevaba a España discos que aún no se habían publicado allí para pincharlos en su delicioso programa de radio *Vuelo 605.* Y, por supuesto, había escuchado numerosas anécdotas neoyorquinas de boca de Jesús Hermida, el periodista de Huelva que llegó a ser corresponsal de TVE en Estados Unidos durante muchos años y con el que yo tuve la fortuna de contar como maestro en mis primeros años de reportero para el informativo nocturno de Antena 3 de Radio. Pero, a parte de la historia de aquellos españoles sueltos, poco más.

De hecho, en el colegio nos habían enseñado que Cristóbal Colón había surcado en 1492 el Atlántico hasta llegar a las Antillas y que, luego ya, a los siguientes conquistadores les había dado por cruzar al continente y tirar para abajo. Me refiero a Hernán Cortés, a Pizarro y a toda esa pesca. Sin embargo, el territorio de la América del Norte, por lo menos hasta donde nos contaron, lo habían colonizado individuos con ojos azules y de apellido inglés. Bueno, pues vale. Nosotros a lo nuestro: a esperar a que terminase su clase de historia el Chincheta (el profe bajito y con un cabezón desproporcionado que nos hizo aprendernos de memoria el nombre de todos los pueblos que habían invadido España) para salir al recreo, echar a pies y elegir así a los integrantes del equipo de fútbol. A mediados de los sesenta, el patio de los Sagrados

Corazones de la calle de Claudio Coello de Madrid resultaba algo estrecho, pero lo pasábamos de maravilla; salvo cuando te pedía un mordisco del bocadillo algún compañero de clase olvidadizo.

—Tío, ¿me das un poco?

—Bueno, pero no te pases —te veías obligado a recordarle mientras colocabas el dedo índice de freno para que no cruzase la raya en el mordisco.

Tampoco es que fueran tan sabrosos. El mío, me lo recordó hace poco mi compañero de pupitre de párvulos, Rafael Aramendi, solía estar compuesto por una pasta verde resultado de mezclar mantequilla con mermelada de ciruela. Es lo que se estilaba. El bocata de mortadela confeccionado por el tendero de Ultramarinos Olmo llegaría unos años más tarde, cuando ya para la merienda habíamos cambiado la onza de chocolate La Campana y el par de galletas maría por fiambre.

Pero vuelvo a Nueva York.

Con los datos proporcionados, no resultará demasiado complicado imaginarse la inmensa sorpresa que experimenté cuando empecé a descubrir que en Estados Unidos aparecían por todas partes señales de unas insólitas raíces hispanas. Y, cuando digo por todas partes, no me estoy refiriendo solamente a los ocho estados que pertenecieron con anterioridad a México (California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México, Texas, Colorado y Wyoming), sino a lugares tan recónditos como el estado de Oregón (en el Pacífico Norte), que posiblemente recibió su nombre cuando los expedicionarios españoles que vigilaban la expansión de los comerciantes de pieles rusos en Alaska identificaron orégano en sus praderas.

¿Cómo te quedas si te cuento que el primer individuo no nativo americano que habitó en Manhattan fue un tal Juan Rodríguez? Solo tienes que acercarte a Broadway para comprobarlo. Desde la calle 159 hasta la 218, esta célebre avenida neoyorquina se rebautizó en 2013 con el nombre de este intérprete del lenguaje lenape que llegó en 1613 desde la Capitanía General de Santo Domingo: Juan Rodríguez.

¿Y si te cuento que, cincuenta y cinco años antes de que los puritanos del Mayflower tomasen tierra en Plymouth, algunos caballeros andantes de Castilla celebraron el primer día de Acción de Gracias de Estados Unidos con indios en la Florida? Ocurrió en 1565, cerca de donde levantaron la ciudad de San Agustín. Además, en lugar de que los nativos les ofreciesen a ellos una pechuga de pavo, fueron ellos quienes les ofrecieron a los timucua unas lonchas de jamón ibérico. Igualito.

Como relatan Fernando Martínez Laínez y Carlos Canales Torres en su imprescindible libro *Banderas lejanas*, los primeros europeos en avistar el Gran Cañón del Colorado, en cruzar el río Misisipí, en contemplar el océano Pacífico o en atravesar las grandes praderas fueron súbditos del Imperio hispano: «Mucho antes de que Estados Unidos existiera como nación, España había conquistado ya el lejano Oeste y combatido o pactado con las principales tribus indias que luego el cine de Hollywood haría famosas».

Antes de los *cowboys* existieron unos vaqueros a los que todavía llaman *buckaroos* en la gran cuenca de California. La raza bovina de Texas, conocida como *longhorn*, no es sino una mutación de la vaca mostrenca de las marismas del Guadalquivir desembarcada en América desde 1512. El alargamiento de su cornamenta hasta los tres metros es el resultado de una evolución natural acelerada. En Algeciras, a estas reses solo les molestaban las moscas. En Fort Worth se toparon con coyotes, pumas y serpientes de cascabel que se las merendaban sin pelar. Adaptarse al medio o morir: la evolución se puso las pilas.

¿Alguien te ha contado que en la Cámara de Representantes de Estados Unidos hay un bajorrelieve de mármol que representa el rostro de Alfonso X el Sabio? No es decoración, es justicia, porque resulta que aquel rey de Castilla y León está reconocido como uno de los veintitrés padres de la legislación universal. De hecho, sus Siete Partidas aún sientan jurisprudencia en varios estados de esta Unión. Y no es el único español al que le rinden sus señorías

honores en el Capitolio: el filósofo cordobés Maimónides también se ha colado en la lista de los supremos legisladores.

Las raíces hispanas de Estados Unidos trascienden lo anecdótico, una realidad que no podemos permitir que pase desapercibida especialmente cuando se conmemora el 250 aniversario de la Declaración de Independencia, que no habría sido posible sin los hispanos. Como lo oyes: de no haber sido por la ayuda de Francia (desde luego) pero, sobre todo por la de España y de la América hispana (que fueron realmente quienes aportaron las municiones y la pasta), los descendientes de los fundadores de aquellas Trece Colonias seguirían formando parte de la Commonwealth a las órdenes de Carlos III (no el español de la Puerta de Alcalá, no, sino el inglés de las orejas). Por decirlo de una manera más clara: Estados Unidos le debe su independencia a México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y España. Gracias. De nada. A mandar.

Si atendemos al mapa de 1776, la guerra de Independencia de las colonias británicas se concentró en una pequeña franja costera del Atlántico (la mitad de grande en extensión que la península ibérica) y solo salieron en el selfi los que patrullaban por allí: Washington y Lafayette. Pero mucho ocurrió en el resto del territorio de Estados Unidos. Estados como Luisiana donde hoy se despiertan dándose cuenta de que hace doscientos cincuenta años… ¡eran españoles! pertenecían a Nueva España: un inmenso territorio que el Imperio hispano había logrado interconectar por medio de calzadas, autovías defendidas a base de castillos medievales que recibían el apodo de «presidios», no porque estuviesen concebidos para albergar prisioneros, sino porque su labor era precisamente la de presidir aquellos caminos reales.

Para entender el desequilibrio social que existía entre el mundo anglosajón y el hispano a finales del siglo XVIII en la América del Norte (esa que hoy mira con desprecio y por encima del hombro a sus vecinos del sur), baste recordar que, mientras las Trece Colonias practicaban una economía basada en el trueque, en Nueva España

se acuñaba el real de a ocho, la divisa de referencia mundial. O que, al tiempo que Washington, al mando de un ejército desharrapado, disparaba balas de mosquete, el mallorquín fray Junípero Serra fundaba en California las ciudades de San Diego, Monterrey y San Francisco.

Algunas de estas «primicias históricas» (a las que me permito llamar así por seguir siendo desconocidas a pesar de su antigüedad) son las que me propongo compartir en este libro. Ahora, tampoco quiero llamar yo a nadie a engaño. Ni soy historiador, ni pretendo serlo. Me voy a limitar a dar algunas pinceladas del pasado y, luego ya, el que se aficione y quiera ver el cuadro entero, que se haga amigo, como yo, de Santiago Saborido, director del archivo histórico provincial de Cádiz, y se ponga a consultar legajos.

Aparte, también aviso que mi escritura, al contrario que la cola del león, no suele ser longilínea. Me suelo ir bastante por las ramas. Salto de una cosa a la otra porque, como afirmaba mi amigo de la facultad de periodismo Pepe Luis Blasco: «La vida tiene unos picos horrorosos». Sonrisas y lágrimas. La misma tarde que te enamoras, se te muere el perro. Así que en estas líneas también te voy a contar algunas cosas que me han ocurrido en mi estancia en Estados Unidos en los últimos años, acontecimientos posteriores a la publicación de *A cien millas de Manhattan* y no relacionados con la hispanidad porque, al fin y al cabo, *this is my book* y voy a escribir *what I want to*.

Por el mismo motivo te anuncio que, puesto que, en el momento de escribir estas líneas asistimos a la peligrosa deriva de Estados Unidos hacia una dictadura presidida por su excelencia el caudillo Taco I el cruel (conocido en los ambientes como Donald J. Trump), no voy a poder permitirme el lujo de permanecer callado. Creo profundamente en el ejercicio del periodismo como método de defensa contra el asalto a las instituciones democráticas. Tanto, que, en mi evangelio particular, en lugar de doce apóstoles aparecen doce corresponsales. Y mi versículo preferido, por si a alguien le interesa, es el de Juan 8:32 (un número que no hace referencia a la hora y

minutos exactos en que Jesús pronunció la cita, como pensaba un tipo maravillado por la pormenorizada cronología de los hechos en la Biblia), y dice así: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Ahora, que tampoco nadie espere un ideario político tipo «A desalambrar, a desalambrar, que la tierra es nuestra, es tuya y de aquel…».

Ni por asomo. Sobre todo, porque, huyendo de dulcificaciones empalagosas, debo de confesarte que a largo plazo sigo siendo optimista. A ver, obviamente soy consciente de que, por ahora, el sentido común va perdiendo, pero también veo que nos queda mucho partido y una larga liga por delante. Para que alguien marque el gol de la victoria en un mundial, antes ha tenido que chutar en el patio del colegio. La vida no se empieza jugando en división de honor. Existen equipos de tercera regional que contemplan la posibilidad de subir algún día a primera. Y ha ocurrido. Por ello, creo en la importancia de los pequeños gestos como modo de arranque para lograr grandes resultados.

Hoy estamos viviendo el acoso continuo del ICE, la policía de fronteras, «la migra», a la comunidad hispana. Tratan como criminales a trabajadores honrados que Estados Unidos necesita para realizar tareas de las que nadie más quiere encargarse y a los que no se les permite regularizar su situación. Republicanos y demócratas (aunque más los primeros que los segundos) llevan más de cincuenta años poniendo toda clase de excusas para no actualizar la obsoleta ley de emigración. Cortinas de humo, si quieres mi modesta opinión, para ocultar que a las empresas que financian sus campañas electorales les sale más a cuenta tener mano de obra barata. De cara al público, los critican; en privado, los emplean. Les ofrecen contratos basura porque, si regulas la situación de los hispanos sin papeles que recogen las hortalizas en los campos, desuellan ganado en los mataderos, levantan edificios, mantienen parques, cocinan en los restaurantes o realizan tareas de servicio doméstico, se te acaba el chollo de pagarles por debajo del salario mínimo y sin tener que preocuparte de sus condiciones laborales. A

los tribunales no van a acudir por miedo a la deportación, y a la prensa le suele interesar más el caso de un único inmigrante malísimo que violó a una chica de buena familia que el de once millones de seres humanos que constituyen un verdadero ejemplo de honradez y sacrificio para sus vecinos, para las profesoras de sus hijos y para el cura de sus iglesias. Esa es la realidad oculta que arrastramos desde Ronald Reagan, el último presidente que consensuó una reforma migratoria que otorgó la residencia a casi tres millones de sin papeles.

Desde los años ochenta, la hipocresía reside en exigirle a un inmigrante que venga de forma legal mientras no facilitas una ventanilla en la que pueda entregar dicha solicitud si es pobre y de color. Le obligas a cruzar la frontera sin papeles y jugándose la vida. Pero ya sabemos que resulta más cómodo negar un problema que resolverlo, y a Trump, que vive a golpe de impactos en *prime time* televisivo, le ayuda la imagen de vaquero duro. Él, que es un delincuente condenado en firme por los tribunales, ha reescrito su biografía como si fuese la de un forajido de leyenda al que el Gobierno persigue injustamente por defender a los suyos. Esta imagen le ha capacitado para enviar a los «*bad* hombres» al campo de concentración de El Salvador o al infame Alligator Alcatraz de Florida con la complacencia de los congresistas republicanos que guardan silencio.

Trump se ha jactado de recuperar la doctrina del quinto presidente de los Estados Unidos, James Monroe («América para los americanos») al promover la limpieza de los inmigrantes que, según el ideario MAGA *(Make América Great Again)*, no pertenecen al paisaje natural de Estados Unidos. Recordemos que fue Monroe quien bendijo la compra de un pellizco de tierra en África para deshacerse de los negros libres porque empezaban a prodigarse demasiado. Se sacó de la manga un país, Liberia, y propuso a los afroamericanos que se marchasen libremente a hacer allí sus cosas de negros. En su honor, la capital de la nueva nación se llamó Monrovia. Trump se deshace ahora de los hispanos con menos

disimulo; enviándolos a la fuerza y sin garantías jurídicas a prisiones tan inhóspitas como el campo de concentración CECOT en El Salvador. «Estados Unidos para los estadounidenses», viene a significar «Estados Unidos solo para los descendientes de europeos». A los indígenas tampoco se les incluye.

La parte positiva de esta historia es que las grandes tragedias también sacan lo mejor de la gente a flote y, ya desde las primeras detenciones del ICE en las que no se respetan los derechos humanos, un grupo de voluntarios valientes se dedicaron a grabar con el móvil a los agentes con el fin de alertar a las comunidades. Tomar vídeos en la vía pública es un derecho que reconoce la constitución de los Estados Unidos, pero grabar a este cuerpo de policía, cuyos miembros han accedido a convertirse en matones con el rostro cubierto por pasamontañas, es un método arriesgado porque pueden detenerte o matarte a sangre fría como hicieron con Renee Good o con Alex Pretti en Minneapolis. Sin embargo, es la manera de probar que se pasan por el forro los derechos constitucionales y, en numerosas ocasiones, ha servido para espantarlos y evitar que aterroricen a más gente. Un pequeño gesto que, en el peor de los casos, al menos transmite al detenido el mensaje de que no está solo, de que no está loco, de que no es un criminal y de que todavía queda mucha gente decente que va a luchar por un mundo mejor para todos y no únicamente para ellos solitos. Pues eso: el dios de las pequeñas cosas.

Así que ya sabes más o menos lo que te vas a encontrar en el libro. De todo un poco. Un mejunje. Ahora, por si te ayuda a visualizar eso que en este país los editores llaman «la cinta roja» y que sirve para entrelazar las historias y dar sentido a la narrativa, te diré que este *A 55 millas por hora* es el relato de un viaje. Un periplo, básicamente por carretera, que inicié en noviembre de 2016 con un viaje a Nueva Orleans (la Cádiz de Estados Unidos, ya lo iremos desgranando) y que di por finalizado en San Francisco diez años más tarde. Concretamente, el 6 de marzo de 2026, día en que tuve el honor de anunciar oficialmente en el CABE, el congreso anual

de educación bilingüe de California, el lanzamiento de «Raíces», un concurso escolar creado para poner en valor los logros de la comunidad hispana a lo largo y ancho de este gran país. Una iniciativa cuyas mejores historias terminarán compiladas en un libro de texto de bachillerato. Todo de la mano de la Fundación Gomaespuma, de la embajada de España en Estados Unidos, de la Asociación de Amigos del National Museum of the American Latino, de la editorial Vista Higher Learning y de la cadena de televisión Telemundo.

Entre medias, como digo, una década dando tumbos. Desde Miami a Seattle. De Los Ángeles a Detroit, pasando por San Juan de Puerto Rico. Despacio. Sin prisas. A cincuenta y cinco millas por hora, que es la velocidad máxima permitida en las carreteras comarcales estadounidenses, esas que atraviesan poblaciones remotas y te permiten disfrutar del paisaje. Y por las que me dispongo, una vez publicado este libro, a seguir viajando. Numerosos amigos europeos están abandonando el barco. A punto de la jubilación y sin ganas de tragarse otros cuatro años de Trump, se vuelven de regreso a Italia, a Dinamarca, a Holanda, a España… También se van algunos estadounidenses. Uno a Galicia. Otros dos a Barcelona. Muchos me preguntan: «¿Cómo es que no os volvéis vosotros a Madrid?». La respuesta es simple y clara: ganas no faltan, pero ahora mismo toca quedarse aquí y contarle al mundo lo que está ocurriendo. Y defender causas y verdades como, por ejemplo, la de que la comunidad hispana pertenece a Estados Unidos de pleno derecho. En ello estamos. De eso te quiero hablar. Utilizaré el mapa de Estados Unidos como si fuera un tablero y empezaré por la ciudad de Nueva Orleans (Nola para los amigos) para volver a terminar en ella después de dar toda la vuelta. Círculo completo. De Nola a Nola y tiro porque me mola. Situémonos en la casilla de salida.

Mari Pancartas

Las noches habían comenzado a volverse frías. Las susanas de ojo negro (parientas americanas de las margaritas de toda la vida) acababan de adormilarse adoptando un tono marrón que las permitiría pasar desapercibidas durante todo el invierno. Un pájaro carpintero anunció con tres golpecitos en un manzano medio seco el comienzo de la jornada laboral. Volvieron a sumergirse los sapos en las charcas, regresaron conejos y marmotas a las madrigueras y se desperezaron las ardillas en sus nidos. Puñeteras ardillas. Especialmente las rojas que no paraban de cortar ramitas de pino a base de mordisquitos y me obligaban a barrer el patio todas las tardes. Miré el reloj de la mesilla; la alarma esa que no se usa desde que inventaron el móvil pero que sigue enchufada por la vaguería de agacharse para tirar del cable. Sus números, del mismo color que los ojos de un *fumao*, anunciaban las no sé qué y veintiocho minutos. Era mediados de octubre de 2016.

—¡Dale, que nos vamos a Ruge's!

Mi mujer, Sarah, saltó de la cama y me apremió a seguirle los pasos.

¿Al concesionario de Subaru del pueblo? ¿Y eso? ¿Tocaba otra vez revisión? Pero, sobre todo, ¿a qué venía tanta urgencia? Vivíamos en un pueblo enano del estado de Nueva York, Rhinebeck, y no es que hubiera que pedir hora en el taller con tres días de antelación. Aparte, Ruge's quedaba a menos de quinientos metros de nuestra casa. Tan cerca que podríamos ir andando a llevar el coche. Bueno, espera. Sé que estás pensando que esta última frase desafía la lógica y va en contra del sentido común. Que uno no puede llevar el

coche al taller a la vez que camina. No sobrevalores a los Fesser. A mi hermano Javier le pasó.

No sé si sabes de quién te hablo. Javier es mi hermano pequeño y se dedica al cine. Con tanta pasión que, su vida, en lugar de en años, transcurre en temporadas. Como en las series. El caso es que había pedido cita para llevar su moto al taller una mañana temprano. Con gran sorpresa por su parte, porque es superdespistado, consiguió despertarse a tiempo, recordar el motivo del madrugón e incluso bajar ya desayunado al garaje. Una vez allí, echó una ojeada por la ventana y, como viera que estaba diluviando, decidió tomar precauciones. «Mejor voy en coche», se dijo.

Dicho y hecho. A las ocho y media en punto de la mañana se presentó en coche en el taller de Alcobendas a llevar a revisión su moto. Como te lo cuento.

—Vengo a dejar la moto.

—¿Y la moto?

—Ostras, no me lo puedo creer.

Agua para la cafetera. Filtro de papel y cuatro cucharadas de café molido. Espera a que suba el vapor. Vuelve a esperar a que baje el agua. Pon a calentar la jarrita de leche en el microondas. Saca dos tazas limpias del lavavajillas. Sirve el café. Otra vez falta leche. La jarra comprada en una venta de garaje por cincuenta céntimos tendrá un diseño bonito, pero siempre se queda corta. Vuelve a sacar la botella de leche de la nevera, que aquí son de un galón, tres litros, y cada vez que la coges es como si estuvieras en el gimnasio haciendo pesas. Un poco más y te venden la vaca entera. Dos «clics» al microondas. Treinta y treinta: sesenta segundos. Listo. Ahora sí. Pudimos sentarnos en la mesa del comedor con las miradas perdidas en el jardín otoñal. La hierba ya no crecía. Los helechos se derretían putrefactos contra la valla. Las rosas, sin embargo, a pesar del frío matinal, seguían intentando la multiplicación de su especie.

—Vamos a comprar una miniván —me anunció entonces mi mujer.

Se me atragantó la puñetera galleta. Que me disculpen las digestives de avena, que no tienen culpa de nada, pero si existía un vehículo del que ambos habíamos renegado como la peste durante la veintena de años en que nuestros tres hijos habían estado conviviendo con nosotros, ese era un monovolumen.

—Para nada —respondí con convicción.

Apenas una hora y diez minutos más tarde, salíamos del concesionario de Ruge's, en el cruce de la carretera 9 con la 9G, montados en una Chrysler Town and Country. Era de color blanco.

—Papá, yo desde luego es que no os entiendo — se quejó nuestra hija pequeña, Julia, al teléfono desde su universidad—. Todos estos años hemos tenido que viajar apretados y, ahora que estáis mamá y tú solos, ¿os compráis una miniván?

—Pero ¿y esto? —El mayor, Max, puso cara de asombro cuando vino de Brooklyn a visitarnos un fin de semana y se la encontró aparcada en el *driveway.*

—¿Qué os habéis comprado una quéééé? —A Nico, el mediano, se le desencajó la mandíbula por videoconferencia cuando llegaron las «breiquin nius» a la costa oeste.

Compartían la misma incredulidad que había esgrimido yo delante del segundo café con leche (vuelta a rellenar la dichosa jarrita) aquella mañana otoñal.

—¿Para qué queremos una miniván exactamente?

—Para recorrer Estados Unidos por carretera —dejó caer Sarah como si nada—. Lo he visto clarísimo: la vida pasa y es ahora o nunca.

Así que había tenido una epifanía. Se había producido la anunciación del ángel de las furgos a Sarah Hill y nuestro futuro iba a convertirse en una *road movie.* Todo tenía su explicación. Sarah acababa de salir de un susto médico que terminaría por llevarla al quirófano. Cuando llegamos con los neumáticos chirriando al hospital, creíamos que se trataba de un infarto. Los médicos también, y a punto estuvieron de abrirla para colocarle un marcapasos. Al final, resultó ser la vesícula. Se la quitaron y ya.

Pero, claro, aquella experiencia la había hecho recapacitar sobre la fragilidad de la existencia humana. La insoportable levedad del ser. El dios de las pequeñas cosas. No somos nadie. El vivo al bollo y el muerto al hoyo. Unos que vienen y otros que se van. Tú ya me entiendes.

Y ahora, yo, venga a buscarle pegas al asunto.

—¿Viajar ahora? Imposible. Pero si tengo que entrevistar el mes que viene a Noah Gordon para la revista *Telva*. Pero si tengo que entrar los viernes con Alsina en *Más de Uno*. Pero si he quedado con Gabriel y Leon para jugar al pimpón los martes.

David Gilmore, el eficiente vendedor de coches de Ruge's a quien Sarah conocía desde pequeña, se encargó de despejarme las dudas.

—Esta miniván se puede arrancar a distancia, desde casa, y encima, tiene calefacción en el volante para conducir con las manos calentitas.

Y nosotros:

—¿Qué me dices?

Y Gilmore:

—Viene equipada con el sistema *stow and go* que hace desaparecer los asientos por debajo del suelo con un empujoncito, ¿veis qué fácil?

Y nosotros:

—Ya, ya.

—Si compráis un colchón inflable, convertís la trasera en cama de matrimonio.

Y nosotros:

—Calla, Gilmore. No nos digas más.

Para entonces, a pesar de que yo nunca he sido partidario de hacer noche en el aparcamiento de un Wallmart, todo empezaba a cuadrar. Ya había caído en la cuenta de que mis quehaceres profesionales (escribir e intervenir en la televisión o en la radio) los podía llevar a cabo, incluso con mayor inspiración si me apuras, estando de viaje. Lo único que necesitaba era diseñar una ruta que pasase por los lugares en que había comprometido mi presencia. Por

ejemplo, Miami, para asistir al Festival de Cine Español para el que había diseñado un vídeo de promoción (*Saca tu lado español/Let Your Spanish Side Out*) cuyo protagonista era Winston, un jugador de fútbol americano que se daba aire con un abanico. Si a alguien le interesa verlo, estará subido en alguna plataforma.

Apretón de manos, firma de papeles y salimos conduciendo. En la tienda de deportes Dicks de Kingston, al otro lado del río, nos hicimos con un colchón inflable.

—Tengo que estar en noviembre en Nueva Orleans —le recordé a Sarah.

—¿Por lo de Howard?

—Sí, por lo de Howard.

Lo de Howard es largo de explicar, pero te lo resumo. Justo hacía un año, el Comité de Ética del Senado estadounidense había aceptado colgar en el Capitolio un retrato de un malagueño llamado Bernardo de Gálvez. Un tipo alegre, a la par que sencillo, que, en el territorio actual de Estados Unidos, había ocupado al final del siglo XVIII el cargo de gobernador de Luisiana, virrey de Nueva España y comandante en jefe de las fuerzas del Caribe (lo que incluía también el mando sobre la Armada francesa), y que había conseguido pasar a la historia como un héroe hispano de la guerra de Independencia. ¿Cómo te quedas? Supongo que a cuadros. No me extraña.

Yo escuché por vez primera el apellido Gálvez en el otoño de 2014. Me llegaron rumores de que una española afincada en Washington D. C. estaba enredando para colgar el cuadro de un español antiguo en el Capitolio y la localicé por teléfono. Se puso y, como para llamadas nacionales tenía contratada tarifa plana, nos tiramos un buen rato. Teresa Valcarce, que así se llamaba, me explicó que trabajaba en un sindicato de profesores y que sus compañeros la conocían como Mari Pancartas debido a su obstinada afición a manifestarte.

—Es que como aquí en la capital hay tantas manifestaciones, en cuanto veo por la ventana un grupo que reclama algo justo, me

pinto un cartel y me bajo a apoyarles.

—No, sí, claro, eso sí.

Luego ya más adelante me contó lo del retrato de Bernardo de Gálvez, cuya foto me pasó en tiempo real por el móvil y gracias a la cual pude comprobar que el tipo vestía uniforme azul bordado en plata. O sea, que se trataba de un individuo pudiente, porque llevar pelo postizo en 1700 era cosa de ricos. El resto de la plebe, cuando se afeitaban la cabellera para evitar el terrible picor de los piojos, tenían que contentarse con lucir la calva al viento. De hecho, el nombre del águila que forma hoy parte del escudo de Estados Unidos se lo puso uno de nuestros antepasados cuando divisó al ave por vez primera en la América del Norte. «Si tiene la cabeza blanca será porque lleva peluca», se dijo el buen señor, y la llamó águila calva (nombre que pasó a *bald eagle*).

Resulta que Teresa andaba empeñada en que se colgase el retrato de ese Gálvez en el Capitolio. Ella solita. Paca Palomo. Y la tipa lo terminaría consiguiendo. En 2014 dejó la faena lista para que la rematara Felipe VI cuando viniera a la Asamblea General de Naciones Unidas en septiembre de 2015. Era su primer viaje oficial como monarca y, al pie de la escalerilla, le esperó Mari Pancartas para entregarle, como aquel que dice, un martillo y un clavo de latón angulado a cuarenta y cinco grados que, sin duda, son los mejores para sujetar con seguridad un cuadro en pared de pladur. Ambos se acercaron al Capitolio en compañía del embajador y se hicieron la foto. Bernardo sonreía desde el interior del marco. Aquel metafórico martillazo lo recordará la historia como el comienzo del fin de la leyenda negra.

Desde antes de eso, yo ya había pasado largas tardes con Teresa (al estilo Juan Marsé, pero sin llegar a ser las últimas), en las que Valcarce me fue poniendo al día del papel preponderante jugado por Nueva España en la independencia de Estados Unidos. Yo no daba crédito. Por ponerte «un por ejemplo», expresión que le he escuchado decir al actor Luis Zahera: el día en que George Washington tomó posesión en la ciudad de Nueva York del cargo de

presidente, las quince salvas de honor se dispararon desde el bergantín español que había pertenecido al tal Bernardo. Ya ves tú, el primer presidente de Estados Unidos y los cañonazos provienen del barco de un español cuyo nombre no hemos oído mencionar en ninguna clase de historia. Un tipo nacido en un pueblecito de quinientos habitantes, Macharaviaya, a treinta minutos por autovía de Málaga ciudad. Tierra histórica de vino dulce, hoy replantada de aguacate y repleta de encanto. Casitas blancas por las que trepa la buganvilla en una comarca bautizada en árabe como la Axarquía (el este) por los mismos que le pusieron Algarabía (el oeste) a la zona opuesta de Portugal que hoy conocemos como el Algarve. ¿Cómo te quedas? Pues es que resulta que sin el tal Gálvez ese, Washington nunca hubiera ganado la guerra. El general americano lo sabía y, en agradecimiento, a pesar de que Bernardo había fallecido tres años antes, pidió que las salvas se lanzaran desde el buque de guerra del español. Me lo contó por vez primera Teresa. Enseguida te lo explico, pero déjame primero seguir con ella.

Antes de ser pequeña, Tere nació en El Ferrol y, ya de mayor, estudió turismo en Málaga. Allá por 1991 trabajaba de azafata en un mostrador del aeropuerto cuando se le acercó un mozo con la disculpa de solicitar información. El tipo presumía de ser americano, pero Tere le detectó acento de Cádiz.

—Nene, tú eres de El Puerto.

—Que no.

—Pues entonces de Cai Cai.

—Que tampoco.

Al final, el extranjero resultó tener razón. Era estadounidense, pero criado en la base de Rota donde habían destinado a su padre. Por eso le salían dejes gaditanos como «jartible» y cosas así de raras. Total, que se intercambiaron los contactos por si las *flies* y, cuatro años más tarde, le apareció a Tere un aviso en la pantalla del móvil: «Aterrizo mañana en Málaga».

Estaban en feria, alegría alegría, unas copitas, un baile y, cosas que tienen que suceder, comenzaron a salir. En 1999 se casaron y se

mudaron a Washington. En 2005 Tere tuvo su primer hijo, Pablo. Después vendrían dos más: Lucas y Lucía. En 2008, la Valcarce se hizo ciudadana de Estados Unidos: «Oh, say, can you see…». Y a partir de aquí, viene lo que nos interesa.

En marzo de 2013 le llegó una carta de su madre. El sobre era grandote porque incluía un ejemplar del diario *SUR* de Málaga. El titular de un artículo aseguraba que Estados Unidos tenía una deuda pendiente con España. Según su autor, el profesor de historia Manuel Olmedo, el Congreso se había comprometido en 1783 a colgar en su sede el retrato del español Bernardo de Gálvez y, hasta ese momento, si te he visto no me acuerdo. Mari Pancartas se sorprendió mucho. Sobre todo, cuando leyó que el tal Gálvez había sido gobernador de Luisiana durante la guerra de Independencia de Estados Unidos y que poco menos que le salvó el trasero a George Washington gracias a toda la ayuda que le prestó: militar, humanitaria y de todo tipo. Que si mantas, que si botas, que si rifles y pólvora. Ni te lo imaginas.

«¿Estados Unidos tiene una cuenta pendiente con un héroe de guerra?», se preguntó ella, desconcertada.

Aquello no le cuadraba porque, como me reveló luego a mí en una de esas largas conversaciones con Teresa: «Nene, si hay algo que los estadounidenses hacen bien, es precisamente honrar a sus héroes con dignidad».

Ni corta ni perezosa, Mari Pancartas contactó con el autor del artículo. Olmedo, un estudioso de la familia Gálvez (porque resulta que tienen varios miembros distinguidos), le comentó que había dado con el sorprendente documento navegando por internet. Él había entrado en la web de los archivos nacionales de Washington, había tecleado el nombre del gobernador de la Luisiana española y, tonteando por aquí y por allá, de repente le apareció aquello. No daba crédito. Le picaban los ojos. «Eso es que vas a arrancar a leer», le dijo entre bromas su esposa.

En una resolución parlamentaria de mayo de 1783, los representantes de las Trece Colonias habían aprobado colgar un

retrato de Bernardo de Gálvez en el salón de plenos. ¿Cómo te quedas? Tere Valcarce se fue al Capitolio a ver el cuadro. Pues nada, no pudo encontrarlo. No estaba colgado ni en el Senado ni en el Congreso. Ni siquiera en la pared de un baño. Llamó al museo de Filadelfia, ciudad de Pensilvania en la que había estado la sede del primitivo Congreso Continental, que fue el que aprobó la moción, pero allí tampoco estaba el retrato. Cuando Valcarce preguntó a los trabajadores, a ellos por Gálvez no les venía nada.

—¿No se referirá usted a GALVA, Gay and Lesbian Vaishnava Association?

—Pues, mire, no.

A nadie le constaba la existencia de aquel retrato. Y la Valcarce: «¿Qué hago? Dios mío, ¿qué hago?».

El comodín de ayuda se lo proporcionó TVE. En aquellos días se presentó un equipo del programa *Españoles por el mundo* a rodar historias de expatriados en Washington, y la citaron. La casualidad quiso que, durante el rodaje, Tere conociese a un compatriota que tenía cita para verse con el congresista de su distrito al día siguiente.

—¿Chris Van-Hollen, el demócrata de Maryland?

—Ese mismo. Los de la tele van a filmar el encuentro.

—¿Y puedo ir yo? —le preguntó Mari Pancartas.

El español por el mundo se encogió de hombros. A Tere se le ensanchó el horizonte, creyó ver un arco iris en el firmamento y empezó a pegar saltitos en plan Emma Watson cuando interpreta *Bonjour* en *La bella y la bestia*. Van Hollen era congresista por el distrito que le correspondía a ella y, por tanto, el candidato ideal para plantearle el misterioso asunto. Al día siguiente, nada más terminar la filmación de TVE, se presentó su oportunidad.

—Hola, mire que yo quería…

—Sí, sí, ahora nos hacemos una foto con todo el equipo.

Mari Pancartas le agarró del brazo.

—Déjese de fotos que esto es muy serio.

—Oiga, oiga —protestó Van-Hollen sorprendido.

Hablamos del mismo Chris Van-Hollen que años más tarde, en abril de 2025 y ya elevado a categoría de senador (cargo que, al durar seis años, permite legislar algo, porque el de diputado dura solo dos y se los pasan sin hacer prácticamente otra cosa que buscar financiación para la siguiente campaña), se personó en El Salvador en busca del ciudadano *missing* Abrego García. Se trataba de un inmigrante salvadoreño que había entrado ilegalmente en Estados Unidos siendo adolescente, pero estaba regularizando su situación y contaba con una protección legal específica que le permitía residir y trabajar en el país. Además, estaba casado con una ciudadana estadounidense y tenía hijos estadounidenses. A pesar de que un juez le había otorgado una protección de deportación en 2019, tras determinar que existía una «clara probabilidad» de que fuera perseguido y torturado por pandillas si regresaba a El Salvador, Abrego fue detenido por el ICE en las calles de Baltimore. Sin derecho a ponerse en contacto con su abogado, fue enviado al mencionado CECOT (Centro de Confinamiento del Terrorismo de El Salvador). La administración Trump pagó 4,7 millones de dólares al Gobierno salvadoreño de Nayib Bukele para internar allí a trescientos inmigrantes. El viaje de Van Hollen sacó a la luz las crueldades de la política migratoria de Trump contra gente honrada cuyo único delito es la pobreza y que el canal de televisión Fox News se empeñaba en vender como los peores criminales del planeta.

Para convencer a la audiencia, ocultaban datos como el de que el colectivo hispano indocumentado contribuye a la prosperidad de Estados Unidos con 97 000 millones de dólares anuales a través del pago religioso de impuestos. ¿Qué te parece, Venancio? Los sin papeles, como cualquier hijo de vecino que tenga ingresos, pagan impuestos porque al Ministerio de Hacienda de aquí le importa un bledo si son ilegales o no. Ahora, al no tener permiso de residencia, los mismos que contribuyen con esos 97 000 millones anuales no pueden beneficiarse de ningun derecho. Ni seguro médico ni becas ni subvenciones. Tampoco pueden solicitar créditos o justificar un sueldo a la hora de alquilar una vivienda.

A la propaganda oficial hay que sumarle el temor de los estadounidenses descendientes de europeos a quedarse en minoría. Trump ha sabido remover la olla de esa preocupación legítima para sacar los instintos tribales que todos llevamos dentro y convertirlos en racismo. El *Make America Great Again* en realidad es un *Make America White Again*. Una cruzada supremacista que culpa a todo el que no sea blanco (los hispanos son *brown*, o sea, marrones) de venir a usurpar trabajos y de no saber adaptarse al modo de vida del país. Falso, pero efectivo.

Los matones del ICE, entrenados por mandos del ejército de Israel que les han enseñado las técnicas que ellos usan con los palestinos en Gaza y Cisjordania, se presentan en coches camuflados, con el rostro cubierto por pasamontañas y armamento militar. Van a detener «vagos» a sus lugares de trabajo; «criminales» a los juzgados en que han de presentarse mientras intentan regularizar sus papeles y a «terroristas» a las puertas de los colegios a los que las madres van a llevar a sus niños. Algunas de estas cosas las sabemos gracias al mismo Van-Hollen al que Teresa Valcarce agarró del brazo en 2013.

—Usted de aquí no se mueve.

—Oiga, oiga…

—No le queda más remedio que escucharme porque soy ciudadana de Estados Unidos y usted es el congresista que me representa.

—Pero ¿usted no era de la tele?

Es lo que tienen las listas abiertas. Como votas directamente a un candidato (y no a un partido), los congresistas estadounidenses están más pendientes de no perder votantes y suelen atender quejas, ruegos y preguntas. La Mari Pancartas fue directa al grano.

—El Congreso firmó una resolución hace 231 años que todavía no se ha cumplido. Tiene que ayudarme a hacer justicia, nene.

El tipo se quedó de piedra. Miró de reojo a su jefa de prensa, hizo una pausa y solicitó a Tere que, por favor, *please*, le volviese a

repetir despacio el enunciado. La reacción de Van-Hollen la podemos resumir en tres letras: *Wow!*

O sea, el mismo «guau» para el que nosotros en español necesitamos añadir una cuarta letra. Un veinticinco por ciento más de texto, por entendernos. Es así. Te pongas como te pongas, en inglés se dice todo de forma más breve. Si el Quijote lo hubiese escrito Shakespeare en vez de Cervantes, habría cabido en un folleto de Fitur.

Concluidas las explicaciones, Van-Hollen y Val-Carce se despidieron. «Adiós». «So long». «Farewell». «Auf wiedersehn». «Goodbye».

Esa misma tarde, cuando Tere llegó a su piso, vio que le había entrado ya en el «emilio» un mensaje electrónico de la oficina del congresista: «Estamos interesados en el retrato de Gálvez. Por favor, póngase en contacto con nosotros ASAP».

Después de verificar que «ASAP» no era el nombre del firmante, sino la abreviatura de *as soon as possible* (a la mayor brevedad), Tere llamó a la asistente del diputado y se dedicó a preparar con ella un informe del asunto Gálvez para presentarlo ante la Cámara de Arte del Congreso.

«Señorías…». Borra. «Estimados miembros de la…». Borra. «Señoras y señores miembros…». Vale.

Por el camino, para dotarle de cierta emoción al asunto, surgió un nuevo problemilla: el retrato de Bernardo de Gálvez donado en 1783 al Congreso para colgarlo en la sala de plenos se encontraba en paradero desconocido. Desaparecido. Kaput. ¿Qué hacer? Nueva llamada al historiador Manuel Olmedo.

—Tere, tú no te preocupes por llamarme cuando quieras porque ahora el precio de las llamadas internacionales ha bajado mucho.

Ah, no, perdón, que se me ha colado una frase de la conversación que no es. Voy:

—Tere, tú no te preocupes porque la Diputación encarga una copia de un retrato histórico que hay en una colección privada en Málaga y te la hace llegar. Tú solo preocúpate de que lo cuelguen.

El copista designado fue Carlos Monserrate. El copiado era un retrato de Bernardo de Gálvez que Carlos III había encargado a Maella, el maestro que trabajó en la decoración de los techos del palacio real de Madrid y que llegaría a compartir con Goya el puesto de primer pintor de cámara. Cuando Monserrate estaba a punto de terminar la réplica, Van-Hollen recibió un informe negativo de la Cámara de Arte. El Congreso estadounidense recomendaba la exhibición temporal de la copia (por lo curioso del asunto), pero en ningún caso su exposición permanente (por falta de rigor histórico de la pieza). Disgustazo y marcha atrás. ¿Y ahora qué? A ver quién era el guapo en la Diputación que le notificaba a Monserrate que se iba a tener que quedar con el retrato y colgarlo en el pasillo de su casa. Y, espérate, que igual hasta tenía que devolver el adelanto. Y con el IVA ya apoquinado por delante, que eso ya es más complicado de recuperar.

Menos mal que, de nuevo, jugó su papel la diosa fortuna, y en enero de 2014 cayó por Washington Eme Punto Rajoy. Mari Pancartas se había enterado con antelación de la visita y llevaba un mes llamando a la Moncloa para intentar que el presidente del Gobierno español incluyera el asunto Gálvez en su agenda norteamericana. No le hicieron mucho caso: «Sí, la paso. Tu-tu-tu-tu…».

Tere, entonces, recurrió al embajador de España en Washington. Era Ramón Gil Casares quien, por cierto, le hacía las veces de traductor a Rajoy en su visita («*It's very difficult* todo esto…»).

Gil Casares le facilitó a Tere el encuentro con Mariano («Sí, sí, sí, doña Teresa…»). Al presidente del gobierno español le pareció fascinante la historia del incumplimiento histórico del Congreso estadounidense («Esta batalla la vamos a ganar porque somos sentimientos y tenemos seres humanos». «Gracias, señor presidente»).

Rajoy decidió comentarle el asunto a Obama en la audiencia que el 44.º presidente de los Estados Unidos le había concedido al día

siguiente en la Casa Blanca: «Mire usted, señor Barak, es el alcalde el que elige a los vecinos…».

Obama se quedó con la copla de Bernardo y, al año siguiente, concretamente el 16 de diciembre de 2014, firmaría una resolución conjunta del Congreso por la que se le concedía al malagueño de Macharaviaya la ciudadanía honoraria de Estados Unidos. Se trataba de un reconocimiento extraordinario otorgado a extranjeros de mérito excepcional que, de momento, solamente ha recaído en otras siete personalidades, entre ellas: la madre Teresa de Calcuta, el general Lafayette y el presidente del puro (no Mariano, sino Churchill). Enhorabuena a los premiados.

En vista de la inusitada atención que despertaba la increíble historia del cuadro desaparecido, al día siguiente de su audiencia con Obama, Mariano Rajoy tuvo a bien mencionarle el caso a Robert Menéndez, entonces director del Comité de Asuntos Exteriores del Senado: «Mire usted, señor Menéndez, no es lo mismo que gobierne uno que gobierne otro o, dicho de otra forma, es muy distinto».

El senador por Nueva Jersey le escuchó con atención. En enero de 2014, Bob Menéndez (hoy en la cárcel por corrupción) todavía era el vivo reflejo del sueño americano: el hijo de una humilde costurera y un modesto carpintero de Cuba huidos del régimen dictatorial de Fulgencio Batista que en las elecciones estadounidenses del 7 de noviembre de 2006 se convertiría en el primer senador hispano de Nueva Jersey. Un político demócrata con lazos francamente estrechos con España.

—Señor Menéndez, a ver si puede usted hacer todo lo que pueda y un poco más de lo que pueda, si eso es posible, y hacer todo lo posible e incluso lo imposible si también lo imposible es posible para poder colgar el cuadro —le solicitó encarecidamente Rajoy.

Y funcionó.

Menéndez sugirió que el embajador le entregase la copia del retrato de Bernardo de Gálvez como un regalo institucional de España y que él, como *chairman* del Comité de Relaciones Exteriores

del Senado, tenía autoridad para aceptarlo y colgarlo en el Capitolio. ¡Han cantado línea!

Seguimos para bingo. El jueves 17 de octubre de 2014 le llegó al embajador español Gil Casares la buena nueva: el Comité de Ética del Senado, organismo encargado de aceptar o rechazar regalos de naciones extranjeras, admitía el retrato de Gálvez copiado por Maella. *Congratulations and celebrations!*

Yo de todo esto me enteré a toro pasado. Cuando conocí a Tere, ya tenía el cuadro de Gálvez que le había mandado la diputación de Málaga embalado en plásticos en el garaje de su casa. El retrato de un español por el mundo del que nunca nos había hablado nadie. ¿Bernardo de qué? Tere fue quien me explicó que, durante la guerra de Independencia de Estados Unidos, Luisiana estaba gobernada por un español que había socorrido con todo tipo de ayudas a la tropa de George Washington acuartelada en Pensilvania. Ya ves qué cosas.

También me indicó que Gálvez había conseguido echar a los británicos de la Florida, ahorrándole a Washington luchar en el frente sur. Ocurrió en marzo de 1781, cuando el malagueño hizo la machada de colarse a bordo de su bergantín Galveztown en la bahía de Pensacola (Panza-cola en el español original, debido a su orografía). Por lo visto, Supergálvez atacó en solitario y sorteando el fuego cruzado de los cañones enemigos. Una hazaña que forzó al resto de los navíos llegados desde Cuba a seguirle. Por su heroísmo, Carlos III (el monarca que según Ana Belén y Víctor Manuel con aire insigne se quitó el sombrero y muy lentamente bajó de su caballo y con voz profunda le dijo a su lacayo: «Ahí está, mírala, la Puerta de Alcalá») le concedió el privilegio de lucir en su escudo de armas la leyenda «Yo solo». Para qué quieres más.

—Esta historia hay que contarla —me dije.

Santillana me acababa de publicar en Estados Unidos *Ruedas y el enigma del Campamento Moco Tendido*, un libro infantil que había escrito en España para lectura en los colegios. Con él hicimos una gira por escuelas de varios estados y, como el personaje de la niña detective en silla de ruedas estaba experimentando una estupenda

acogida en las aulas, Isabel Mendoza, la editora de Miami, me sugirió que escribiese un nuevo título para ellos. La cabeza se me fue a Gálvez. Era una oportunidad única para mostrar a las niñas y niños de Estados Unidos que su país había tenido, tiene y seguirá teniendo héroes y heroínas que hablan español. Reivindicar el pasado de la comunidad hispana para dignificar su presente. Y, además, me propuse no contarles a los peques un tostón histórico. En realidad, Bernardo me serviría de disculpa para usar el tesón de Mari Pancartas por colgar su cuadro como ejemplo de que cualquiera puede luchar por enmendar una injusticia. A partir de aquí, ya estoy en condiciones de explicarte «lo de Howard».

En diciembre de 2014, cuatro días antes de que Obama le concediese a Bernardo de Gálvez y Madrid la nacionalidad honoraria, su retrato se colgó en el Senado. En 2015, Felipe y Letizia, los reyes de España, lo bendijeron con su presencia. A principios de 2016 yo me puse a pergeñar el libro. Pensé que, como tenía que escribir muy poco texto (eran treinta páginas con más ilustraciones que párrafos), el asunto no me ocuparía más de dos semanas. Se lo comenté a James Ransome, uno de los ilustradores de libros infantiles más reconocidos de Estados Unidos, y se le arquearon las cejas. «¿Un libro en dos semanas? No se lo digas a Lisa».

Lisa Ransome es su esposa, la que escribe los libros infantiles que James ilustra. Ambos han acaparado todos los premios que existen en su campo. Lisa tarda bastante más de dos semanas en acabar un libro. Yo, al final, tardé más de medio año. Cuán equivocado estaba. Si solo puedes expresar tus ideas en un puñado de palabras, más vale que te pienses bien lo que vas a decir. Hablar durante tres horas resulta mucho más fácil que explicarse en tres minutos. La escritura breve es como un buen caldo: requiere de los mejores ingredientes y luego tiene uno que ir reduciéndolo, evaporando el agua que sobra, poquito a poco, hasta quedarse con la esencia. Al final del camino de este lento proceso es cuando hablé con Howard.

Howard Hunter está casado con Katie, una amiga de Sarah del bachillerato. Es profesor de historia y vive en Nueva Orleans. En una

llamada telefónica le comenté lo que estaba aprendiendo de su pueblo y tanto le entusiasmó el modesto contenido de mi libro que me invitó a dar una charla en un club que él presidía. Dije que vale; cualquier excusa para bajar a Nola.

—¿Qué tipo de club es, uno de esos de amigotes que se juntan a leer libros?

—Es la Sociedad Histórica de Luisiana.

Primero, perdí la voz. Luego, el aliento.

—¿Sigues ahí, Guillermo?

Total, que acepté el reto. Incautos Sin Fronteras. La cita quedó fijada para primeros de noviembre. Ahora ya sabes por qué íbamos Sarah y yo camino de Nueva Orleans montados en el monovolumen aquel otoño en que el tirano ganaría sus primeras elecciones.

Luisiana

A primeros de noviembre de 2016 llegamos a Nueva Orleans, la ciudad que inventó el blues y en la que, si arrojas una piedra al aire, le das fijo en la cabeza a un trompetista. Aquí hay más músicos con instrumentos de viento que guitarristas flamencos en Jerez de la Frontera. Nueva Orleans es pura música. Goza de esa «ritmicidad» contagiosa que se respira también en las calles de Cádiz o de La Habana. En Nueva Orleans la gente no camina, va dando pasos al compás. Prueba, si no me crees, a pegar una palmada en la avenida Esplanade y verás como algún paseante te la devuelve con un sutil bamboleo y un «Hot, yeah».

Aquí, debajo de las palmeras de hojas azuladas o en las plantaciones de caña y de algodón, los esclavos acompasaban sus lamentos corales a la percusión de sus labores. La maza contra la piedra, la hoz cercenando el tallo y las manos desnudas pellizcando la flor sustituían al ritmo marcado en África por los tambores. A lo lejos llegaba el sonido de trompetas, saxofones, bombardinos y tubas que interpretaban marchas militares en las guarniciones españolas. Poco a poco, el canto de los esclavos fue montándose sobre esas melodías.

«Oh, when the saints, go marching in…».

Gracias a ello, hoy en día, Nueva Orleans es conocida como el *Big Easy* (el lugar dónde resultaba más fácil ganarse la vida tocando) pero, creedme, nada de lo conseguido en esta ciudad le ha resultado a su gente sencillo.

La Nueva Orleans de siempre se la llevó Katrina por delante y no ha vuelto a recuperarse. Me refiero al huracán que en agosto de

2005 casi la borra del mapa. Bush hijo era presidente de Estados Unidos cuando el resto del planeta se enteró de que el Imperio americano vivía de prestado. ¿Cómo era posible que en el país supuestamente más desarrollado de la tierra un huracán se hubiese cobrado la friolera de 1392 vidas humanas? ¿Cómo podían haber fallado los diques y anegado el ochenta por ciento de la ciudad? Y, sobre todo, ¿qué respuesta oficial era esa que mostraban las imágenes de televisión? Ciudadanos estadounidenses desharrapados, hambrientos y hacinados de mala manera en un estadio.

The answer, my friend, was blowing in the wind. La respuesta, como siempre, la trajo el viento, y esta vez tenía que ver con el cortoplacismo actual de los políticos. Todos y cada uno de los grandes hitos que habían convertido a Estados Unidos en un país de referencia (como el edificio de la Biblioteca Nacional de Nueva York o la llegada del primer hombre a la Luna) requirieron de largos periodos de ejecución. Pero a los representantes públicos de turno les habían entrado las prisas. Los resultados de la obra tenían que verse antes de que se cumpliese su mandato para poder justificar su reelección. Invertir sin ver resultados se consideraba un despilfarro. Si un político gastaba y el elector no veía el resultado, las elecciones las ganaba el candidato contrario.

Adiós a las inversiones públicas en proyectos con resultado a largo plazo o poco vistosos como, por ejemplo, el mantenimiento de las infraestructuras. Al revés. Lo que daba votos era ponerle freno al despilfarro «gubernamental» cancelando inversiones. Con este ahorro, el mandatario de turno podía justificar un recorte de impuestos y, unos meses antes de las elecciones, mandarles a los electores a casa un cheque por valor de un par de cientos de dólares con su firma. ¿Se puede alguien imaginar mejor campaña electoral? Entonces llegó Katrina. *Oh, Lord. Oh, Jesus.*

El huracán expuso el tremendo abandono en que se encontraban sumidos puentes, diques, carreteras, vías de ferrocarril, redes eléctricas a lo largo y ancho de todo el territorio. Se descubrió que

las empresas de servicio público, que en teoría llevaban años privatizadas para «maximizar» su rendimiento («el sector privado es más eficiente»), en realidad se externalizaron para que los políticos pudiesen pillar un porcentaje al otorgar las concesiones. Una vez abandonado el bien común como objetivo en las empresas públicas, sus consejeros delegados se concentraron en evitar gastos (recortando mantenimiento, personal y planes de mejora) para inflar los beneficios. No se trataba de ofrecer un buen servicio a los clientes (el monopolio encubierto de este sector «privado» evitaba la necesidad de tener que competir con otras empresas), sino de producir mayores dividendos para los accionistas. En otras palabras: se buscaba justificar bonificaciones anuales millonarias para ellos mismos.

Entonces pasó Katrina. ¿Tú crees que aprendimos la lección? Ocho años más tarde, el 1 de julio de 2013, California sufría el incendio más devastador de su historia. Se perdieron ochenta y cinco vidas humanas, y una ciudad entera, Paradise, quedó reducida a cenizas. Llegaron los investigadores. «Oiga, ¿y este cable?».

La compañía «de servicio público» Pacific Gas and Electric fue declarada culpable de negligencia criminal. Quedó probado que las llamas se habían iniciado por la caída, de puro viejo, del gancho que sostenía una línea de alta tensión. El «We the people» (nosotros, el pueblo), las tres palabras con que arranca la Constitución y que en Estados Unidos se sabe de memoria todo el mundo, había sido retocado por el sistema capitalista hasta crear «We the corporations» (nosotras, las empresas).

Amparadas por la primera enmienda constitucional, que garantiza la libertad de expresión, las corporaciones tienen derecho a hacerles llegar a diputados y senadores sus opiniones sobre cualquier asunto que se vaya a legislar. Para ello, se les permite aportar el material que consideren necesario para que sus señorías «capten» el concepto. O sea, eso que nosotros llamamos soborno, lo llaman aquí *lobby*, que queda mucho más fino. Luego claro, por ejemplo, si a un senador le financia el *lobby* de la NRA (Asociación Nacional del

Rifle), no va a votar para que se prohíba la venta de armamento militar a civiles y tratar así de evitar las matanzas en las escuelas. Argumentan que las armas no son malas en sí, sino que son las personas las que aprietan el gatillo. Todo en nombre de la sacrosanta libertad de expresión que, digo yo, no debe de venir del verbo expresarse, sino del verbo exprimir, puesto que los mencionados *lobbies* tienen cogidas a sus señorías por la entrepierna.

Joe Biden, el 46.º presidente, prometió hacer propósito de la enmienda y, con la disculpa del COVID, en julio de 2021 consiguió aprobar en el Congreso las mayores inversiones en infraestructura de la historia. Se destinaron 110 000 millones a reparar carreteras, puentes y aeropuertos. 66 000 millones a modernizar los ferrocarriles. 39 000 millones de dólares a mejorar el acceso al transporte público. 65 000 millones a extender el acceso a internet a poblaciones incomunicadas. 7500 millones a construir una red nacional para recargar coches eléctricos. 568 000 millones para sustituir cañerías de plomo que contaminaban el agua potable y para mejorar la calidad de vida en poblaciones desfavorecidas. Se crearon decenas de miles de empleos en energías renovables. Estupendo ¿verdad? Pues todo ello, por *woke*, se lo cepilló con la sierra mecánica el Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE), la comisión creada en 2025 y encabezada por Elon Musk encargada del recorte del gasto público en Estados Unidos.

Pero bueno, mi viaje a Nueva Orleans a principios de noviembre de 2016 no iba de eso. Así que inhalamos profundamente contando hasta cuatro, mantenemos el aire en siete y exhalamos despacito en ocho. Bien. Una vez activado el sistema nervioso parasimpático, que promueve la relajación y ayuda a reducir el estrés y la ansiedad, continuamos. A ver si consigo contar lo de Howard, que es para lo que habíamos ido a la ciudad de Ignatius J. Reilly, el protagonista de *La conjura de los necios*. Pedazo de libro.

De entrada, diré que flota en el ambiente de Nueva Orleans un no sé qué que la hace especial y que me recuerda constantemente a

España. De hecho, los tipos fueron españoles, aunque ellos no lo sepan. Tampoco es que resulte fácil darse cuenta si uno no se fija. Para intentarlo, empecemos por la familia.

En Estados Unidos lo habitual es quedar con los seres queridos de forma muy dispersa. Eso de ir los fines de semana a comer todos en casa de los abuelos, como que no lo permiten las distancias. Igual los padres viven en Indianápolis, la hija en Nueva York, el pequeño en San Francisco y el mediano anda destinado en un pueblo de Wisconsin. Aquí lo normal viene siendo que nazcas en un sitio, te marches a la universidad a otro y, una vez graduado, te busques un trabajo por allí y ya te quedes. La gente de Estados Unidos no es de donde nace, sino de donde muere.

El estadounidense medio suele pisar la casa de sus padres unas dos o tres veces al año. En el puente de Acción de Gracias seguro, quizá en Navidad y, a lo mejor, unos días en verano. Punto. Nueva Orleans es otra cosa. Aquí la vida transcurre más como en Cádiz. La gente no se va y, si tiene que hacerlo para estudiar en la universidad o por trabajo, a la mínima oportunidad siempre regresa. Como los salmones. Por eso el Howard Hunter que me había invitado a dar una conferencia en la Asociación Histórica de Luisiana iba los domingos con su mujer y con sus hijos a comer a casa de sus padres. Y se veía con sus primos. Y con su hermana. Porque en Nueva Orleans, si desapareces unos años, cuando regresas te encuentras a todos en el mismo sitio donde los dejaste. ¿A dónde más podrían haberse ido? Les pasa como al Ignatius de la *Conjura*, que sufren un ataque de ansiedad cada vez que se alejan una hora escasa de su ciudad en autobús para hacer una gestión en Baton Rouge. «*Pisha*, qué coraje».

Luego llega el 6 de enero y todas las familias se despiertan soñando con hincarle el diente a un roscón. No por celebrar la epifanía de san Mateo que narra la aventura de los magos llegados de Oriente a adorar, a adorar al niño que ha nacido ya. Para nada. En Nueva Orleans, esa fecha marca el pistoletazo de salida del Carnaval y, aunque sea jornada laboral y haya colegio, la gente

busca un hueco para celebrarlo con un *king cake* (pastel de rey), como manda la tradición. ¿Qué tradición? La de comérselo.

¿A alguien le suena? ¿Un pastel en forma de corona de rey, adornado con azúcar de colores que simulan las joyas y con «muñequito» del niño Jesús dentro que, al que le toca, tiene que pagar el del año siguiente? Pues al parecer a nadie se le ha ocurrido asociar esta tradición gastronómica con la devoción religiosa de los primeros habitantes europeos en la ciudad (primero franceses y después españoles), que celebraban así la adoración en el portal. Acontecimiento, por cierto, que se produjo con bastantes días de retraso con respecto al nacimiento, pero, claro, ya sabemos que los hombres, por muy magos que sean, no se van a someter a la humillación de preguntarle a nadie cómo llegar a ningún sitio. Y menos a Belén. Nos apañamos solos.

El roscón es solo una muestra de las raíces culturales que ha dejado el catolicismo en Nueva Orleans y que marcan una profunda diferencia entre la forma de ser de esta ciudad y las del resto de la América protestante. Los símbolos están por todas partes, aunque ya no se les asocie con su significado. En Loyola, la universidad fundada por los jesuitas, los estudiantes se refieren a la estatua del sagrado corazón que preside el campus como el *Touch Down Jesus* (el Jesús del Ensayo). Como el cristo redentor apunta al cielo con sus brazos en alto, asocian el gesto con el de los árbitros de fútbol americano cuando un equipo consigue transformar un ensayo colando la pelota entre los palos.

A veces pienso que los únicos que deben de recordar la historia son los robles centenarios cuyas retorcidas raíces levantan sin contemplación las aceras. De sus frondosas ramas cuelgan unas madejas largas y grisáceas que los nativos bautizaron como «pelo de árbol» y los franceses como «barba española» para mofarse de la pinta que traían los caballeros andantes de Castilla. Quedó la última acepción y se tradujo al actual *Spanish moss* (musgo español), a pesar de que estas greñas aéreas emparentadas de forma lejana con la piña, ni son españolas ni son musgo. Pero sí que se parecen a las

pelambreras de náufragos como Alvar Núñez Cabeza de Vaca que empezaron a vagar por estos lares en 1528.

De las ramas de estos robles también cuelgan atrapados, cual adornos navideños, algunos collares de cuentas multicolores (púrpura por la justicia, oro por el poder y verde por la fe), lanzados desde las carrozas en los desfiles de carnaval. El Carnaval, el *Mardi Gras*, es la fiesta más sagrada del año. Y, si se me permite, recuerda bastante en su estructura social a las fallas de Valencia. Existe una reina por cada hermandad, y esta elige luego a sus damas de honor. Tener una hija reina es el sueño de toda familia bien. Ahora, prepara pasta para el traje, para la carroza del desfile y para costear las comilonas, el baile y las medallas conmemorativas del evento a repartir entre familiares, autoridades y amigos.

El origen europeo de Nueva Orleans se remonta a 1718, cuando aparecieron en canoa un grupo de colonos franceses. Eran pocos, pero muy machotes, y para llegar se habían recorrido cuatro mil kilómetros dándole al remo. Justo lo que se estira el río Misisipí desde su nacimiento en el lago Itasca, en Minnesota, hasta desembocar en el golfo de México (a pesar del empeño de Google Maps por cambiarle el nombre, nosotros sabemos quién es el verdadero golfo de América).

La duración aproximada del viaje fue de seis semanas. Supongo que llegarían derrengados. *Exténué,* que dicen ellos. Sin ganas ni de echar un partido de *petanque* ni de nada. Con las fuerzas justas como para tomar posesión del sitio en nombre de su majestad Luis XIV, el rey soleado de Francia (que de ahí viene precisamente lo de Luisiana) y, ale, a empezar a ponerse morados de cangrejos de río. Entre enero y julio, que son los meses de temporada, no hacen otra cosa.

Según se aproxima el viernes anterior a Pascua, circulan los mecheros y se empiezan a prender por todo Nueva Orleans quemadores alimentados por bombonas de propano. Bulle el agua en las ollas. Es cuaresma, señoras y señores y, como es sabido, en este tiempo no es costumbre consumir carne. Aunque a la ciudad se

le haya olvidado el motivo original de la abstinencia, Nola sigue obedeciendo órdenes, y en su mercado aparecen toneladas de crustáceos de color barro. Son los deliciosos *crawfish* que en la olla se tornan de un color rojo incandescente y se sirven entrelazados con mazorcas de maíz, patatas, apio, cebollas y pieles de naranja que dulcifican el guiso. Tantos cangrejos de río se consumen en este rincón del universo que los célebres arrozales de la marisma han ido desapareciendo para hacer sitio paulatinamente a los criaderos.

Pimienta cayena, pimentón, ajo, clavo y amor. Por arte de birlibirloque, Nueva Orleans se transforma cada año en Herrera del Pisuerga. Una vez escurrida el agua, se arrojan al centro de la mesa y los comensales solo tienen que estirar el brazo para deleitarse. Se retuerce la cola y se chupa la cabeza mientras uno va perdiendo, poco a poco, la sensibilidad en los labios. Cosas del tabasco. Para los flojos hay siempre un vaso de leche a mano.

En los restaurantes te entregan un babero y guantes de plástico para que no te manches. Las mesas tienen un agujero en el centro para practicar baloncesto con los caparazones. Debajo está el cubo de basura. Como de mantel se usa papel de periódico, Nueva Orleans sigue dándole salida a la prensa, como mi madre cuando colocaba en el suelo recién fregado las páginas del diario *Ya* para que no se marcasen las pisadas.

Otro puntito español que tiene la ciudad son las ganas de fiesta. Cuando nosotros llegamos, Nueva Orleans estaba a punto de cumplir trescientos años. Bueno, faltaban aún casi dos para la onomástica, pero ya se percibían las ganas de salir a celebrarlo. A ver, trescientos años pueden parecer pocos si los comparas con la edad del acueducto romano de Segovia o con los siglos que llevan las sucesivas generaciones de Cándidos tronchando cochinillos con un plato, pero en Estados Unidos son una barbaridad y, con tal motivo, estaban remozando las fachadas del famoso French Quarter. El elegante barrio francés al que, en realidad, de francés le queda poco más que el nombre de sus calles. Al enclave original de la *Nouvelle Orléans*, habitado por leñadores, soldados, convictos, esclavos,

prostitutas e indigentes, se lo llevó por delante el Gran Incendio de 1788. Para entonces, la Luisiana, como me tocaría a mi exponer ante la Sociedad Histórica por culpa del ínclito Howard, llevaba ya veinticinco años siendo española.

El fuego se inició la tarde del viernes santo en casa del tesorero militar don Vicente José Núñez, en el 619 de la calle Chartres, a una manzana escasa de Jackson Square (que entonces era la Plaza de Armas) y, por respeto a la crucifixión y muerte de nuestro señor Jesucristo que se conmemoraba ese mismo día, los curas se negaron a tañer las campanas de la iglesia en señal de alarma. Desapareció la ciudad entera.

Las llamas, avivadas por fuertes ráfagas de viento proveniente del sureste, se llevaron por delante las casitas de madera con techos empinados construidas con exquisito mimo por los franceses. Los edificios de ladrillo que aparecen hoy en las guías turísticas promocionando el Vieux Carré («barrio viejo» para los amigos) fueron levantados por los mismos españoles que construyeron el cabildo de La Habana. De hecho, cuando en 1763 Francia le traspasó a España el territorio de la Luisiana (porque Luis XV ya no podía permitirse su mantenimiento), el primer gobernador español, Antonio de Ulloa, se encargó de certificar por escrito que se le entregaba una ciudad en la que «las fortificaciones se reducen a una estacada, las iglesias amenazan ruina y los edificios del rey se reducen a la casa del boticario».

Ulloa impuso una pronta labor de mejora y embellecimiento de las fachadas existentes con un mandato que establecía la obligatoriedad de recubrirlas con estuco para protegerlas del fuego. Luego, tras el incendio, se construyeron nuevas edificaciones que integraban en su diseño elementos ornamentales típicos de la arquitectura andaluza y antillana: paredes gruesas de ladrillo, tejados de cerámica, patios interiores, fachadas con colores tropicales y balcones con barandillas de hierro forjado (algunas curvadas en forma de pecho de paloma para que las damas pudieran asomarse a la calle sin que se lo impidiera el miriñaque que escondían bajo sus anchas faldas). El

palacio del Cabildo, el presbiterio (o casa curial) y la catedral de San Luis son producto de aquella época, finales del XVIII, momento en el que esta bella ciudad llegaría a ser uno de los puertos más importantes del virreinato de Nueva España.

Mucho de esto que te cuento lo había memorizado yo para poder contarlo en la conferencia de Howard. Como te podrás imaginar, no me quedó más remedio que aprenderme el temario en tiempo récord. Mi primer comodín de ayuda lo utilicé con Manuel Olmedo Checa, académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo y director de la revista de historia *Péndulo*.

Gran estudioso de la familia Gálvez, Manuel fue el hombre que había descubierto en los Archivos Nacionales de Washington el documento que dio origen a la increíble historia del cuadro. Teresa Valcarce me pasó su contacto y hablé con él. Qué tipo más entusiasta. Me lo contó todo. Que, si bien era verdad que Bernardo, el hijo, había salido bueno, tampoco tenía desperdicio el padre, don Matías de Gálvez, recordado por la rectitud y prudencia de su gestión. Que la familia había dado a la corona cinco hombres de estado y una escritora de renombre. Que los Gálvez montaron la Real Fábrica de Naipes en su pueblo natal de Macharaviaya y que a ellos les debe todo América el haber jugado al tute con la baraja de oros, copas, espadas y bastos. Que Bernardo, en sus batallas contra la nación apache, capitaneó el regimiento que daría lugar al famoso Séptimo de Caballería de Estados Unidos bajo el nombre más evocador de «Dragones de Cuera» (debido al chaleco tejido con siete capas de piel de venado que vestían para protegerse de los flechazos de los indios enemigos). Que si Gálvez tal, que si Gálvez cual. Vamos, que si no le paro los pies me convence de que don Bernardo creo el mundo en siete días y de que Herrera le copió a Gálvez los planos de El Escorial.

El caso es que Manuel me mandó ejemplares de su revista con todo tipo de fotos, mapas, ilustraciones e investigaciones sesudas sobre las campañas españolas en la América del Norte. Y con todo ello, me sorprendí y aprendí sobremanera. Más adelante, durante

una visita que pude hacer a Málaga con motivo de un homenaje que el festival de cine de la ciudad le haría a mi hermano Javier, me pude acercar a saludarle. Dimos un paseo memorable por los tejados de la catedral, en plan *El jorobado de Notre Dame*, desde donde me señaló la base sellada de una segunda torre que nunca llegó a levantarse. Iban a ser dos, una a cada lado de la entrada principal, pero al final tuvieron que contentarse con una torre porque los diezmos destinados a terminar la construcción se lo mandó el Gobierno español a Washington para que pudiese costear su guerra. Por esa razón, los malagueños llaman a su catedral «la manquita». Ya ves tú las cosas que se aprenden de España viviendo en Estados Unidos.

Luego tuve la fortuna de poder hablar con otro historiador, también de nombre Manuel, pero con un José por delante: José Manuel Guerrero, que me puso al día de las campañas militares de los españoles en América. José Manuel preparaba en Nueva Orleans una exposición patrocinada por Iberdrola (Avangrid por estos pagos) para conmemorar los mencionados trescientos años. El título completo de aquella muestra era «Memorias recuperadas: España, Nueva Orleans y la ayuda a la Revolución estadounidense». Para los amigos, *Recovered Memories.* Un año más tarde, cuando Guerrero la montó en Washington, yo tendría la suerte de participar en ella.

Con el libro escolar *Conoce a Bernardo de Gálvez* ya publicado, la oficina de educación de la Embajada de España me propuso hacer presentaciones a colegiales dentro de la muestra, y, sin dudarlo, me fui para la capital. Igual que Picasso tuvo su época azul, yo en la capital de Estados Unidos tuve mi época *injera*. Me refiero a ese pan esponjoso hecho de *teff* fermentado que se utiliza al mismo tiempo como plato y como utensilio en la gastronomía etíope. El restaurante de Eritrea era el que quedaba más cerca de la exposición y allí me tocó cenar todas las noches cuando salía del trabajo derrengado.

Recuerdo las presentaciones a los escolares con cariño, pero menuda paliza. No sé ni las veces que me pregunté qué necesidad tenía de haberme metido en aquel lío. Cada mañana, a primera

hora, aparecía un autobús amarillo cargado de chavales. Cuarenta minutos de intentar mantener su atención a base de comentarios, diapositivas, vídeos, preguntas y ocurrencias varias y, ale, ya estaba entrando el siguiente turno. Otro autobús. Otros cuarenta minutos. Así cinco o seis veces al día. No me extraña que a las seis de la tarde siempre recibiese con tanta felicidad la botella de cerveza Habesha en el Addis Ababa.

Quien se piense que ser animador en una fiesta infantil resulta tarea fácil, lo lleva claro. Los niños serán niños, pero de tontos no tienen un pelo. Como les cuentes un rollo que no les interese, pasan de ti sin cortarse y se lo hacen saber al resto de la humanidad con un sonoro bostezo. Si algo aprendí de aquella experiencia museística fue a respetar a los niños y a las niñas, a tratarlos como personas, y sin necesidad de poner voz de dibujos animados. Ahora, sobre todo, me convertí en un entusiasta admirador de la labor cotidiana de las maestras. Digo maestras, con A de América, porque el noventa y nueve por ciento de la gente que yo me encontré dedicada a la enseñanza eran mujeres. Lo suyo sí que tiene mérito. Yo, al fin y al cabo, pasadas unas semanas regresé a casa por Navidad, como el turrón de El Almendro. Ellas siguen yendo al cole todos los días. Mi eterno agradecimiento.

En mis encuentros con escolares, que consistían en mostrarles que los hispanos habían sido parte integrante de Estados Unidos desde el principio, se produjeron momentos muy emocionantes. Cada vez que una niña hispana que había entrado cabizbaja alzaba la cabeza orgullosa al escuchar mi relato, o cada vez que uno de sus compañeros, sorprendido, empezaba a mirarla de otra manera más respetuosa, yo tenía que pellizcarme para que no se me saltasen las lágrimas. *One person at the time.* «De uno en uno se puede cambiar el mundo», me recordaba antes de saltar a un chiste por aquella incapacidad que tenemos los hispanos de mostrarnos vulnerables en público.

A los estadounidenses les pasa lo contrario: les preguntas cómo están y te lo cuentan. Ahora, también te digo que tienen sus cosas.

En el otoño de 2017, cuando me encontré con José Manuel Guerrero en su *Recovered Memories,* nos dimos un abrazo. A los anglos eso les va menos. Ellos son más de extender la mano y, si me apuras, de retroceder un pasito para impedir el contacto. Como se te ocurra intentar abrazar a un estadounidense, se arquea hacia atrás como los gatos. Literalmente. Mete barriga y saca chepa para crear un escudo de seguridad personal entre su pecho y el tuyo. Sobre las diferencias de comportamiento entre hispanos y anglos, Salvat podría escribir una enciclopedia. Sutilezas como la de que al anglo no le importa quedar mal con tal de no perder dinero, mientras que al hispano no le importa perder dinero con tal de no quedar mal. O que, en las fiestas, los anglos siempre se marchan sin despedirse, mientras que los hispanos nos despedimos diez veces y no nos vamos nunca.

«Quiero desvelar al público estadounidense la desconocida contribución de España y de los hispanos a la independencia de su nación». Guerrero me sopló sus intenciones como si se tratase de las preces que preparábamos de niños para leer en la misa del cole. «Pido por nuestros padres, por la paz mundial, porque se termine el hambre en el mundo y para que los estadounidenses reconozcan que, sin los hispanos, no se hubieran comido una rosca. Te rogamos, óyenos».

Yo venía de entrevistar a Larrie Ferreiro, autor del libro *Hermanos de armas; los hombres de Francia y España que salvaron la independencia Americana*, que ejercía de catedrático de historia e ingeniería naval en la universidad de George Mason, Virginia, a un tiro de piedra de la capital. Entonces le propuse venir a mi sección «Están pasando cosas» del programa de radio de Carlos Alsina en Onda Cero. Fue al primer historiador al que le oí decir que la guerra de Independencia de Estados Unidos se había librado básicamente en el mar. ¿Cómorrr?

«Sin restarle importancia a las campañas militares de Washington y de Lafayette por tierra, la guerra revolucionaria americana

consistió básicamente en un enfrentamiento naval entre potencias europeas», dijo.

O sea, mucho americanos por aquí, mucho americanos por allá, y resulta que aquello había sido la película de siempre e interpretada por el reparto habitual. España y Francia (con Holanda de estrella invitada) contra la malvada Gran Bretaña. Lo de las Trece Colonias consistió en una pequeña parte de un conflicto mundial, aunque haya sido el único capítulo de la serie que nos han contado: las Trece Colonias británicas del Atlántico se declararon en rebeldía por el trato discriminatorio que recibían de la metrópoli y, en vista de que no les hacían caso, dijeron de ponerlo por escrito:

—Consideramos que todos los hombres son creados iguales.

—¿Y las mujeres?

—Bueno, eso si acaso ya lo añadimos luego en la enmienda 19.

Fue un 4 de julio de 1776 y lo llamaron Declaración de Independencia. Por ella sabemos que los patriotas tenían «absoluta confianza en la protección de la Divina Providencia» y que se comprometían a «empeñar sus vidas, sus haciendas y su sagrado honor» para conseguirla. O sea, voluntad no les faltaba; lo que nunca trascendió es que carecían de los medios para enfrentarse a la monarquía que contaba entonces con el ejército más poderoso de la tierra. Resumiendo, la situación de George Washington en 1776 se aproximaba peligrosamente a lo que mi amigo alemán Jan Müller, cámara habitual durante muchos años en las labores informativas de *El Intermedio*, suele definir como «muy muy mal».

Conscientes del panorama, en noviembre de 1775 el Congreso Continental (cuerpo legislativo que representaba a las Trece Colonias británicas de Norteamérica y que actuaría como gobierno provisional durante la *Revolutionary War*) se adelantó creando un Comité de Correspondencia Secreta, manera harto discreta de referirse a la necesidad de recibir envíos clandestinos de armas. Entre los comisionados elegidos en Filadelfia para hacerse cargo de la «correspondencia» se encontraban tres personalidades de renombre: Benjamin Franklin (el inventor de las gafas bifocales y del

pararrayos), que fue enviado a París; John Adams (veinte años antes de convertirse en el segundo presidente de la nación), que salió con una hucha hacia Holanda; y Arthur Lee (un virginiano con apellido de pantalón vaquero), a quien le tocó atravesar Francia al trote caminito de Madrid. «Mi jaca galopa y corta el viento…».

Lee trabajaba de espía para el Congreso Continental en Londres y, en sus ratos libres, ejercía de abogado. Antes, se había graduado en Medicina por la Universidad de Edimburgo. Hago hincapié en este título porque su tesis doctoral versó, curiosamente, sobre las propiedades curativas del *cortico peruviano*. Latinajos aparte, aquella disertación, que por cierto le valió la medalla de honor del tribunal, elogiaba las propiedades curativas de la amarga corteza del «árbol de la chinchona», (apelativo cuyo origen explico dos párrafos más abajo para no destripar la gracia; eso que las nuevas generaciones llaman ahora «espóiler»).

Arthur Lee había conocido las extraordinarias propiedades para combatir calambres, resfriados y arritmias de aquella corteza gracias a los jesuitas. La chinchona (o quino, en versión original con subtítulos) era una especie arbórea del Perú cuya corteza contenía un alcaloide blanco y cristalino al que los indígenas andinos habían bautizado como «quina-quina» y los misioneros de la Compañía de Jesús desembarcados en el puerto del Callao en 1568 abreviaron como «quinina».

Los seguidores de san Francisco de Borja se fijaron en que los Incas arrancaban la corteza de unos árboles de quince metros de altura emparentados lejanamente con el café y la ponían a secar al sol. Una vez deshidratada, la molían y aplicaban los polvos a sus enfermos. Espolvoreados sobre la herida o diluidos en agua para beberlos en tintura, lo sorprendente era que siempre conseguían rebajar la fiebre y apaciguar los espasmos. Para finales del siglo XVI, «los polvos mágicos de los jesuitas» formaban parte del *top ten* en la lista farmacológica del prestigioso Colegio de San Pablo en Lima. A Europa llegarían en 1638.

Poco antes, en el otoño de 1630, se produciría en Lima la curación milagrosa de la esposa del virrey de Perú, doña Ana de Osorio, condesa de Chinchón. En aquellos días, el virreinato festejaba por todo lo alto la noticia recién llegada de España del nacimiento de Baltasar Carlos, primogénito del rey Felipe IV. Se montaron procesiones, juegos de toros y hubo reparto de dulces por unas calles que en la noche se decoraban con luminarias. Las campanas de las iglesias repicaban de continuo, multitud de presos fueron indultados, se representó una comedia de capa y espada en la plaza y los pulperos iban ofreciendo de gratis sus viandas a los paseantes… hasta el día 26 de noviembre en que, según figura en el *Diario de Sucesos* de Josephe de Mugaburu, «La señora virreina amaneció mala de achaque de habérsele inflamado la garganta y los médicos la mandaron sangrar dos veces, a cuya causa su excelencia el señor conde mandó suspender la fiesta de los toros que tenían prevenida los plateros».

Ana de Osorio permanecería encamada, con achaques de tos, escalofríos y continuos desvanecimientos, por culpa de una temible enfermedad que se encargaba por aquel entonces de causar también numerosas bajas en Europa. La dolencia, surgida por la exposición continuada al ambiente malsano que emanaban las aguas pantanosas, había sido identificado por la medicina italiana como «el síndrome del mal aire»; o sea, la «mal'aria». Y carecía de remedio.

La condesa había recibido la extremaunción después de haber sido tratada sin éxito con purgantes. Fue entonces cuando los galenos se decidieron a probar *in extremis* la pócima propuesta por su confesor. El milagro se produjo casi de forma inmediata. Las extraordinarias noticias de la curación surcaron el Atlántico y, en el reino de Castilla, fueron numerosas las voces que reclamaron la importación urgente de tan prolífico ungüento. Sin embargo, la prudencia habitual de los jesuitas por distanciar su labor de las decisiones políticas de la corte de Madrid los animó a enviar sus polvos al hospital del Espíritu Santo en Roma.

El primer cargamento de quinina con destino a Europa se preparó en mayo de 1631, en la botica de la Compañía de Jesús, y se embarcó a bordo de una de las naves de la Armada Real encargadas de transportar a España el tesoro procedente de las minas de Oruro, Potosí y Carabaya. Tres semanas más tarde, se descargó en Panamá, atravesó el istmo a lomo de mula y volvió a ser embarcado en Portobelo. Seis meses más tarde, tras hacer parada en los puertos de Cartagena de Indias y de La Habana, llegó a Sanlúcar de Barrameda. Asombrados como estaban los paisanos en Andalucía con las descargas de perlas deslumbrantes, esmeraldas y doblones de oro y de plata en cuantía nunca vista, los polvos siguieron de incógnito su camino hacia Roma. Desde Italia se extendió su uso al resto del continente y, cuando cien años más tarde el naturalista sueco Linneo se dedicó a clasificar plantas, echó mano de la legendaria curación de Ana de Osorio («la chinchona») y bautizó al árbol andino *Chinchona officinalis.*

Si tenemos en cuenta que cuando el comisionado Arthur Lee llegó a España, a principios de 1777, el peor enemigo del ejército rebelde norteamericano no eran las balas inglesas (puesto que todavía no se había inventado la puntería), sino los mosquitos que se reproducían en las charcas, podemos suponer que entre sus peticiones de ayuda figurase la quinina. De hecho, en marzo del año siguiente, 1778, un capitán del ejército continental de nombre James Willing agradeció a España por escrito la entrega en Nueva Orleans de seis arcones repletos de corteza de quino. Provenían del virreinato del Perú y, río Ohio arriba, fueron descargados en el campamento del general Washington en Pensilvania.

Cortezas aparte, lo que ignoraba el comisionado Arthur Lee mientras cabalgaba por Francia con destino a la frontera española era que, en el puerto de Bilbao, un misterioso armador de apellido Gardoqui (alguien que con el tiempo llegaría a convertirse en el primer embajador de España en Estados Unidos) ya se estaba encargando por su cuenta y riesgo de socorrer a sus compatriotas. Yo había escuchado mencionar aquel apellido a Martha Gutiérrez

Steinkamp, la historiadora cubano-norteamericana que durante años dirigió la comisión de expertos para la conservación de la Casa Blanca. (Por cierto, que tengo que llamarla a ver qué piensa del salón de baile de Trump. No quiero ni imaginármelo. Se le debe de cardar el pelo cada mañana al recordarlo sin necesidad de secador y peine). Martha, en su libro *España, la alianza olvidada*, fue quien me dio a conocer el papel decisivo de Diego María de Gardoqui y Arriquibar en la independencia de las Trece Colonias británicas. Verás.

Los Gardoqui habían amasado fortuna gracias a los cuantiosos beneficios generados por la pesca del cachalote. Aparte de la carne, de aquel cetáceo se extraía el aceite, un recurso imprescindible para encender las farolas de las calles. Ahora, las ballenas practicaban la mala costumbre de habitar aguas adentro y los marineros no podían permitirse el lujo de alejarse tantos días del puerto. Las tripulaciones se alimentaban a base de pescado secado al sol y su pronta caducidad marcaba de forma indefectible la fecha del retorno. Hasta que, de pronto, un buen día los Gardoqui empezaron a realizar travesías cada vez más largas.

Siguiendo una ruta anteriormente explorada por los vikingos, la flota de Gardoqui e Hijos había detectado bancos de bacalao a muchas millas de la costa. Para conservarlos, decidieron meterlos en barriles con sal y, con gran júbilo y sorpresa, descubrieron que perduraban largos meses sin descomponerse. La escasez de grasa en la carne de este pescado blanco hizo la magia. Guardaron el secreto con mayor recelo que la fórmula de la Coca-Cola, y la flota pudo acceder a los lejanos caladeros de Nueva Escocia, un paraíso de la pesca que ningún competidor hubiera soñado alcanzar jamás.

Pronto, Gardoqui se hizo con el mercado mundial del bacalao. A cualquier paladar le resultaba atractiva aquella carne suave que, una vez puesta a remojo, se desmenuzaba en lascas. Además, encajaba en cualquier guiso, lo mismo en potaje que en fritura, y constituía una forma barata de llenar el estómago. Sobre todo, los viernes, que había que consumir pescado, como ya hemos comentado

anteriormente. La tradición venía del siglo II, cuando los cristianos incorporaron al calendario una jornada de penitencia y reflexión para el día de la semana que conmemoraba la crucifixión. Una abstinencia que les negaba la práctica del sexo o el consumo de carne y les invitaba a ingerir solamente alimentos fríos. El pescado, al proceder de aguas a bajas temperaturas, pasó la prueba térmica.

Arrastrado por el crecimiento de sus flotas, la desembocadura del Nervión se convirtió en un enclave portuario de referencia mundial. Hoy, en Manila, todavía llaman «chorizo de Bilbao» al chorizo ibérico porque lo asocian al puerto desde el que partía el embutido sumergido en orzas con manteca de cerdo hacia Filipinas. (Igual que en Madrid llamamos a los mantones chinos de seda «mantones de Manila» porque los asociamos al puerto filipino desde el que partían los galeones cargados con ellos). A finales del siglo XIX, las necesidades de reparación de los grandes buques que recalaban en Vizcaya darían origen al nacimiento de unos altos hornos para la siderurgia que estuvieron operativos durante más de un siglo, pero nosotros nos quedamos en julio de 1775. Ese año, las riendas familiares de Gardoqui e Hijos las llevaba Diego. Había cursado estudios en Inglaterra y se manejaba sin problemas en inglés. «*I love cod*. Me gusta el bacalao».

Una autorización británica de 1763 para comerciar en los puertos de Norteamérica había ayudado a Diego a establecer una línea boyante de negocio en las Trece Colonias. En Nueva Inglaterra recalaba en Salem, Boston y Marblehead con hierro y lana merina (extremadamente preciada por los colonos pues, debido a la suavidad de sus fibras, las prendas no picaban). Allí hizo amistad con dos comerciantes que se convertirían en representantes del Congreso Provincial de Massachussets, la entidad encargada en 1775 de organizar un ejército rebelde para Washington. Eso explica el contenido de una carta enviada ese mismo febrero por Gardoqui contestando a otra de su amigo Jeremiah Lee: «Mando trescientos mosquetes con sus bayonetas y seiscientos pares de pistolas. Me

resulta imposible conseguir la pólvora por no avisarme con antelación, pues toda la fabrica y ha de autorizarla el Gobierno».

A pesar de la excusa, a Guerrero le constaba que Gardoqui no podría haber actuado por su cuenta. La corona española tenía que estar en el ajo, pues controlaba también el ensamblaje de los fusiles enviados por él (todos provenientes de las Reales Fábricas de Placencia de Soraluce de las Armas, en la provincia de Guipúzcoa).

Pero fijémonos en el permiso concedido por Londres a los Gardoqui. Inglaterra había impuesto a mediados del siglo XVII unas Actas de Navegación muy rígidas para asegurarse el monopolio del comercio en sus colonias. Ni el tabaco de Virginia, ni el ron de Massachusetts, ni la madera de Carolina del Sur, ni la brea de Georgia podían ser vendidas directamente por los colonos en sus puertos a mercaderes de otras potencias como Holanda, España o Francia. Tampoco podían los americanos comprarles a los extranjeros manufacturas llegadas desde Europa sin permiso de la metrópoli. Todas las transacciones habían de realizarse con un permiso oficial que aseguraba a su majestad británica un pellizco en impuestos.

Ahora bien, como el ser humano inventó la ley para posibilitar la creación de la trampa y, además, Inglaterra no tenía ni personal ni barcos suficientes para controlar todas y cada una de las operaciones comerciales realizadas en sus colonias, a principios del siglo XVIII el contrabando formaba parte de la vida cotidiana en los puertos de América. Igual que los grandes almacenes dan por hecho unas pérdidas del veinte por ciento en robos de mercancía, el parlamento de Londres asumió que algunos de sus colonos iban a trapichear con la venta directa del índigo o del algodón y con la compra del azúcar, el té o el vino sin pasar por sus intermediarios. Se hacía la vista gorda y allí no pasaba nada, entre otras cosas, porque, donde Inglaterra hacía caja de verdad no era en sus Trece Colonias de la América del Norte, sino en sus islas del Caribe: Trinidad y Tobago, Barbados y, sobre todo, Jamaica. La cosa empezó a cambiar a partir de 1763.

Ese año, las economías de Rhode Island y Massachussets florecían gracias al próspero negocio de sus destilerías de ron. Con la mayoría de las naos bajo pabellón inglés y alguna que otra con bandera americana, el puerto de Boston se había convertido en uno de los vértices del comercio triangular. Desde allí zarpaban barcos con las bodegas cargadas de barricas de ron. Atravesaban el Atlántico camino del África occidental y atracaban en la isla senegalesa de Goré o en algún otro puerto esclavista del golfo de Guinea. Una vez intercambiado el alcohol de sus destilerías por «mercancía humana», retornaban a vender esclavos en los prósperos puertos del Caribe, incluyendo Cuba.

España ni adquiría ni capturaba directamente a sus esclavos en África, por tanto, los tenía que comprar a quienes controlaban su comercio en el Atlántico. Muchos llegaban a La Habana en barcos portugueses desde Angola o Guinea Bisáu. Otros eran vendidos por Francia directamente desde sus plantaciones en Saint Domingue (actual Haití), y muchos otros entraban de contrabando en barcos estadounidenses que traían prisioneros desde Ghana, Nigeria o Sierra Leona.

Para la catedrática de historia de la universidad de Princeton Ada Ferrer, la toma temporal de La Habana por los británicos en 1762 había disparado las ambiciones esclavistas de los cubanos. Hasta aquella fecha, Cuba había sido una isla con esclavos (práctica habitual en cualquier sociedad del siglo XVIII), pero no había llegado a convertirse nunca en una isla esclavista. Es decir, Cuba no había basado exclusivamente su economía en la explotación de negros como las islas vecinas de Haití y Jamaica, en donde los esclavos suponían más del ochenta y cinco por ciento de la población. Sin embargo, la toma de La Habana por las tropas británicas durante la guerra de los Siete Años lo cambió todo. Así lo explica Ferrer en su libro *Freedom's Mirror*: «A mediados del siglo XVIII, solo cuatro factorías de azúcar contaban con más de cien esclavos. En el interior de la isla, la producción se destinaba al consumo interno y, en los puertos, se practicaba un comercio modesto. Lo dice todo el hecho

de que las pieles, el azúcar y el tabaco de Cuba viajaran a España solo una vez al año y en tan solo tres barcos. Con la toma de La Habana en 1762, los comerciantes de las colonias inglesas de Norteamérica comenzaron a vender allí sus mercancías: comida, caballos, tejidos, lana y maquinaria para fabricar el azúcar. Pero lo más decisivo fue, quizá, que eliminaron los acuerdos de monopolio del comercio de esclavos y abrieron el puerto de La Habana para la entrada y venta de africanos. En los diez meses que duró la ocupación de las tropas inglesas, se importaron a la ciudad de La Habana cuatro mil nuevos esclavos. Un número significante si tenemos en cuenta que en los veinte años anteriores solo habían entrado en toda la isla ocho mil».

Otro ejemplo parecido lo encontramos en Texas. Cuando el estado de la estrella solitaria se anexó a Estados Unidos en 1845 (después de trescientos dos años bajo dominio de España, quince bajo bandera de México y nueve como nación independiente), en él habitaban un total de 58 000 esclavos. Una vez incorporado al código de vida sudista, tan solo diez años más tarde, en 1860, el número de personas sometidas a trabajos forzados en Texas superaba ya la tercera parte de la población: 182 000 almas.

Ahora bien, volviendo a Cuba, si bien fueron los ingleses quienes abrieron de par en par la puerta a la esclavitud, está claro que los españoles la dejaron pasar. Esta deriva esclavista aumentaría de forma exponencial a partir de 1791, momento en que los españoles buscarían hacerse con el mercado del azúcar que acababa de perder Francia tras la revolución de los esclavos de Haití. Por eso, en ello estábamos, los barcos estadounidenses descargaban esclavos de contrabando en La Habana. Seguimos con el comercio triangular.

Una vez estaban en el Caribe, tras vender a los africanos, los barcos de las colonias británicas llenaban sus bodegas con barriles de melaza: ese líquido viscoso que queda como residuo al exprimir la caña en el proceso de fabricación del azúcar. De regreso a Boston o a Rhode Island, aquella dulce mercancía se fermentaba para fabricar más ron en sus destilerías y todos contentos. ¿Todos?

Bueno, en el parlamento de Londres el enriquecimiento de algunos de aquellos colonos se observaba cada vez con mayor recelo. A punto estuvieron de recrudecer la vigilancia y de aumentar los aranceles, pero se desató una nueva guerra y a los colonos les salvó la campana.

En 1756, una disputa local entre Austria y Prusia por el territorio de Silesia terminaría arrastrando a Francia y al Reino Unido a una lucha encarnizada por la hegemonía colonial del planeta. La partida se jugó en los cuatro continentes hasta entonces conocidos por los europeos: Europa, América, África y Asia (a James Cook le quedaban todavía catorce años para cartografiar la costa oriental de Australia). La de los Siete Años fue la verdadera primera guerra mundial y, al final de la contienda, en 1763, Francia había perdido prácticamente todas sus posesiones en América (incluido el Canadá), la provincia africana de Senegal y casi todas sus colonias comerciales en la India. Gran Bretaña se había convertido en el nuevo imperio… a cambio de su propia ruina.

En Norteamérica, donde se libraron grandes batallas, el conflicto se conoció como la guerra Franco-India, ya que en ella se enfrentaron soldados de Francia e Inglaterra que contaron en ambos bandos con la ayuda de diversas tribus indígenas. La pelea fue por el control del valle del río Ohio: la masa continental que se extiende al oeste de los montes Apalaches y que hemos llegado a conocer como las Grandes Praderas.

Las Trece Colonias se quejaban constantemente a la metrópoli de que vivían comprimidas en una franja larga y estrecha. Si miras el mapa, verás que tenían de frente el Atlántico y a su espalda la mencionada cordillera de los Apalaches. Hacia el norte no podían expandirse porque estaba Francia (con su provincia del Canadá) y al sur les impedía el paso la frontera de Florida (parte de Nueva España). La única salida para agrandar el mapa era la de saltar las montañas hacia el oeste y arrebatarles el valle del Ohio a los indígenas, pero Londres se negaba… hasta que los franceses tuvieron la osadía de querer apoderarse de aquel corredor para

comunicar las posesiones de Canadá con su puerto en Nueva Orleans. Hasta ahí podíamos llegar.

Hasta entonces, Inglaterra había firmado tratados con las naciones indígenas shawnee, delaware, niami y ottawa, por los que se comprometía a respetar y no invadir sus territorios del valle del Ohio. A cambio, los indios garantizaban la paz en el territorio que les habían arrebatado las Trece Colonias. Al menos, eso decía el papel; otra cosa es que Londres hubiera podido implementar sus acuerdos. Como ocurría con el contrabando, los grandes hacendados de la América inglesa (uno de ellos, el propio George Washington) se los saltaban con frecuencia. Por eso los colonos vieron con buenos ojos la guerra. Con la disculpa de echar a los franceses de un territorio que no les correspondía (puesto que Inglaterra se lo había garantizado a los indígenas), iban a poder quedárselo ellos como botín de guerra (en caso de que cantaran victoria). Y así fue: el joven general Washington, por ejemplo, se hizo con decenas de miles de hectáreas en Virginia occidental, Ohio y Kentucky en «pago» a sus servicios.

—¡Me cago en mis muelas!

Disculpen la vulgaridad de mi lenguaje, pero me he visto obligado a interrumpir la escritura y salir corriendo a la calle por culpa de un lindo pajarillo de pecho naranja. Aquí lo llaman «robin» porque tiene la cabeza teñida de marrón y parece ir cubierto por una caperuza *(hood)*, como el forajido de los bosques, pero, aunque tenga pinta de ir de guay, resulta ser un pájaro engreído y de mal carácter, un ave territorial que se crece ante los espejos. Verás. Por el rabillo del ojo lo he visto a través de la ventana posarse en la miniván y me he dicho «ya estamos». En efecto: se ha visto reflejado en el retrovisor, se ha inclinado chulito hacia adelante y, oh, campos de soledad, mustios collados, le ha arreado un picotazo. Se conoce que su cerebro de petirrojo le informa que tiene delante a un macho de la competencia y, sin pensárselo dos veces, se lo piensa solo una y le arrea un meneo. Pasa todo el rato y, como haga añicos el cristal, el seguro no lo cubre. He cubierto los retrovisores con bolsas de papel

para evitar sobresaltos. Con esas orejas, ahora la miniván parece Mr. Patata.

En fin, no sé si te he dicho que España también se metió en la guerra esa.

Entramos tarde y mal (porque a Carlos III le convenció su primo francés Luis XV de que, si le echaba una mano, recuperaría Menorca) y, antes de que nos diéramos cuenta, los ingleses nos invadieron La Habana y Manila. Dios te salve María, llena eres de gracia. No te quiero ni contar la cara que se le debió de quedar al secretario de estado Ricardo Wall (de los Wall de toda la vida), con apellido y procedencia de Irlanda como tantos otros políticos de la España de aquella época. Gran tragedia.

En el Tratado de París de 1763, España pudo recuperar ambas capitanías a cambio, vaya por Dios, de cederle al Reino Unido toda la Florida. *Toa, toa, toa.* Tanto la oriental (que es la que conocemos hoy), como la Florida occidental que iba desde Alabama hasta la orilla del Misisipí. De lo de devolvernos Menorca no se llegó a comentar nada. De hecho, a la isla balear le tocaría seguir bajo bandera inglesa (con alguna interrupción puntual) hasta 1808, setenta y cinco años que hicieron posible que los menorquines hablen más inglés del que sospechan.

Y es que hoy en día, en Menorca, a los balcones en arco se les llama «boínder», en clara adaptación del inglés *bow window*. El uso de «berguin» para definir un trato comercial viene de los *bargain,* (regateos) que se practicaban entonces, y la pronunciación de «xumèquer» (zapatero) imita lo mejor que puede a la profesión inglesa de *shoemaker*. A la salsa de carne la llaman «grevi», por el *gravy*, y a la grapadora «estèpel», por la *staple.* Para llamar a la regla dicen «rula», de *ruler,* y «tiquitil» a la tetera por aquello de *tea kettle.* Y suma y sigue. Curiosos estratos que forman parte de la vida y que pasan inadvertidos si nadie te los señala. Razones perdidas de por qué en una isla del Mediterráneo la gente le llama al almuerzo «lanche» y gusta de tomar huevos con «bequi».

Ahora, si a España le fue mal en las negociaciones de paz de 1763, mucho peor le fue a Francia. Su gobierno priorizó las plantaciones de azúcar del Caribe sobre el vasto territorio continental y, a cambio de conservar Saint Domingue (que se consolidó como la colonia más rica del momento), perdió todo el Canadá. En Norteamérica solamente le quedó Luisiana: un territorio casi inexplorado y a miles de kilómetros de la madre patria que a Luis XV se le antojó un capricho demasiado caro de mantener. Así que, avergonzado por haber arrastrado al primo Carlos a la derrota, decidió traspasárselo a España. El monarca español le miró algo mosca: «¿Luisiana? ¿Y para qué quiero yo eso?».

Su hombre de confianza, el conde de Aranda, le abrió los ojos. Para empezar, con la incorporación de la Luisiana (cuatro veces más grande que la península ibérica) el Imperio hispánico llegaba a alcanzar la máxima extensión geográfica de toda su historia. Para seguir, traía de serie el río Misisipí con un delta en su desembocadura de cuatrocientos kilómetros de anchura, que constituía la mejor frontera natural imaginable para proteger a Nueva España y frenar las ambiciones expansionistas de otras potencias. «Ah, pues entonces me lo quedo», cambió de opinión Carlos III sin fijarse muy bien si allí habitaban petirrojos.

A los vencedores, por su parte, tampoco te creas que les fue tan bien. Ganaron tierras por un tubo, pero se quedaron arruinados. En Londres, el parlamento consideró que como el resultado de la guerra beneficiaba especialmente a los colonos de América, a ellos les correspondía en mayor medida financiarla, y les subieron un pico los impuestos. Ahora, como tampoco venían pagando casi nada (por cada veinticinco chelines en la metrópoli, se pagaba uno en las colonias), no se produjeron llamativas quejas. El grito en el cielo lo pusieron al darse cuenta de que en el nuevo paquete legislativo iba escondida una cláusula destinada a terminar con su «derecho» a hacer negocios de tapadillo con países extranjeros. Lo que ocurriría a continuación es una historia bien conocida.

En 1774 desembarcó en Massachusetts el temible general Thomas Gage, acompañado de trescientos casacas rojas de refuerzo, para tomar posesión del puesto de gobernador y vigilar muy de cerca el puerto de Boston para evitar el contrabando. Se produjeron dos matanzas contra civiles en Concorde y en Boston y, a raíz de ellas, muchos colonos que no habían manifestado hasta entonces apetito alguno por la independencia (más bien todo lo contrario), se levantaron contra Gage. Inglaterra había conseguido algo inimaginable tan solo un año antes: aunar en una causa común a Trece Colonias que nada tenían que ver entre sí porque los del norte y los del sur (desde mucho antes de la guerra civil que volvería otra vez a separarlos) representaban dos mundos radicalmente opuestos.

A Nueva Inglaterra habían llegado familias; al sur, hombres solteros. Los del norte construían pueblos alrededor de una iglesia y compartían los mismos aperos de labranza para cultivar los campos; los del sur construían castillos para una sola familia y empleaban esclavos para que hicieran todo el trabajo. Los de arriba eran puritanos, los de abajo anglicanos y, por medio (allá por las Carolinas) había una mezcla de todo: cuáqueros, luteranos y católicos. Pero el enemigo común logró unirlos. Se formó un Congreso Continental con representantes de las Trece Colonias en Filadelfia (la ciudad principal y más poblada en 1775), y se tomó la resolución de declararle la guerra al rey Jorge.

Francia se apuntó enseguida a apoyar la causa (por ver si recuperaba Canadá o Senegal o Bengala o algo), pero Washington, para ganar, necesitaba también a España. Lo dejó escrito en una carta que se conserva en el archivo histórico de la capital que hoy luce su nombre: «Si los españoles no se suman, dudo que los franceses puedan hacerle frente a la Armada inglesa».

El general había entendido, como me explicaría a mi Larrie Ferreiro doscientos cuarenta años más tarde, que la independencia de Estados Unidos iba a dirimirse en el mar. Necesitaba nuestros barcos para cumplir sus dos objetivos primordiales: levantar el

bloqueo impuesto por la Royal Navy a los puertos de las colonias (que le impedía recibir ayuda de los aliados o salir a vender mercancías para hacer caja) e impedir el desembarco de más tropas inglesas. En 1776, los 229 galeones y las 369 embarcaciones auxiliares de la flota de España seguían imponiendo un importante respeto. De hecho, lo único que nos impedía superar a la Armada británica en navíos era la escasez de tripulación, en gran parte provocada por las deserciones.

Castilla había soportado casi todo el peso militar del imperio hasta que, en 1625, el conde-duque de Olivares (sí, el gordo ese que aplasta el lomo de un caballo encabritado en un retrato de Velázquez) decretó que el resto de los reinos de la monarquía hispánica (Aragón, Valencia, Cataluña, Portugal, Nápoles…) debían de contribuir, en proporción a sus poblaciones, con más hombres al ejército. La norma del valido de Felipe IV encontró una fuerte oposición, pues violaba los fueros reales que impedían que algunos vasallos pudieran ser obligados a batallar fuera de sus fronteras. La mala remuneración y la alta peligrosidad del servicio militar hicieron el resto. Para finales del siglo XVIII la resistencia al reclutamiento se había convertido en práctica común en toda España. Especialmente crudo lo tuvo la Marina, puesto que, según cálculos del historiador Manuel Olmedo, en aquella época era normal que un tercio de las tripulaciones enviadas a América muriesen durante las travesías. Para cubrir las vacantes de timoneles, pañoleros, furrieles, artilleros, cabos de cañón, armeros, maestros de hacha, calafates, grumetes o personal de maestranza la fuerza naval no tuvo más remedio que recurrir a individuos con escaso nivel de formación y a los que solamente podía asignarles tareas en buques de pequeño calado. Depender de un voluntariado que huía imposibilitaba bastante crecer a la Armada española.

Con todo y con eso, el prestigio de esta seguía siendo notorio y, como George Washington explicó a sus señorías del Congreso Continental (sito entonces en Filadelfia, la ciudad del amor fraternal, cuna de la de democracia y del queso en lonchas), más les valía

convencer a Carlos III de la bondad de su causa si tenían intención de independizarse de Gran Bretaña. Con tal propósito destinaron a Arthur Lee, el del *cortico peruviano,* a la corte en Madrid. Ahí comenzó lo bueno.

Noche de ranas

Aquella mañana de 2016 me enteré de que Obama, antes de desembarcar en La Habana para intentar *resolvel* (sinónimo cubano de «inventar lo que hace falta») con un discurso del que estuvo media humanidad pendiente, había dejado otro mensaje colgado en la web de la Casa Blanca. Me lo indicó mi sobrina, Yasamin Asgari (ingeniera petroquímica con base en Lafayette, Luisiana; veinticinco años; hija de curdo iraní y neoyorquina de Rhinebeck; soltera y sin compromiso). En el vídeo, al que yo accedí en YouTube sin problemas, *Mr. President* felicitaba, en un inglés salpicado con algunos términos en farsi, a los estadounidenses que se disponían a celebrar la llegada del nuevo año persa. Aunque el año 1395 del calendario persa había aterrizado aquel 20 de marzo mayoritariamente en Irán, también había sido recibido con enorme regocijo en miles de hogares de Estados Unidos. La diversidad seguía siendo el gran motor de la América del Norte, y en el país del pasaporte azul habitaban un millón de ciudadanos que, por esas fechas y sobre todo en la ciudad de Los Ángeles, se deseaban prosperidad en su idioma original: «Nowruz Mubarak!».

Uno tiene tendencia a olvidarse, pero, la USA, más que una sola nación, parece una representación a escala de las naciones del planeta. Motivo por el cual, caída la noche, me enteré de que Belén andaba a punto de darle el cambiazo al bebé de doña Sofía. ¡Madre del amor hermoso! Sí, no tengo más remedio que confesarlo aquí: estaba enganchado a una telenovela. Resulta que el nuevo profesor de español del colegio público de Rhinebeck, Mr. Fisher, el «señor Pescador», había corrido la voz de que se podía ver en Netflix la

serie *Gran Hotel*, y medio pueblo nos habíamos enganchado. La mayoría de mis vecinos la seguían con subtítulos en inglés, pero la seguían. Empezaba a probarse que la teoría esa de que a los estadounidenses no les gustaba ver películas extranjeras subtituladas era una falacia inventada por los distribuidores de cine de Hollywood para evitar la competencia extranjera en las salas.

—Es que aquí, en Estados Unidos, a la gente no le gusta leer subtítulos.

—Ah, ¿sí? Pues se están tragando con patatas a Concha Velasco, machote.

Justo cuando doña Sofía parecía coscarse de la jugada, me entró un mensajito al móvil, «pi, pi», que me interrumpió la escena. «Ahora no —me dije—, que la pérdida del niño es lo único que le faltaba ya al apenado del marqués de Vergara».

Un sinvivir, oye. «Pi, pi», insistió la maquinita. Bueno, pues al final tuve que ceder.

«No vaya a ser que vaya a ser», me justifiqué para poner la tele un segundo en pausa.

¿Laura Selicaro? Laura, Laura… Ah, sí, por fin hice memoria: el texto lo mandaba la simpática costarricense que acudió con sus hijos a la presentación que hice de mi libro infantil *Ruedas* en la biblioteca municipal del pueblo de Tívoli.

La Selicaro me recordaba que me avisaba. Que me avisaba de lo que quedó en recordarme. Vamos, que esa noche era la Gran Noche. *The Big Night*. Ella y su marido habían sacado a los niños de la cama e iban ya en camino. Me lo notificó para que no se me pasase como me había ocurrido el año anterior, que me había quedado con las ganas.

«Pero ¿tan pronto?», me dije. Miré por la ventana y observé que, efectivamente, había empezado a chispear. «Jopé, ¡las aguas de marzo!».

«Tic, tic», golpeaban las gotas de lluvia cada vez con más fuerza sobre mi parabrisas mientras yo tarareaba la canción en un

portugués de andar por casa. «São as aguas de março. Fechando o verão. É a promessa de vida. No teu coração…».

Llegaban las primeras lluvias primaverales y, en Nueva Inglaterra, cuando el termómetro se digna a elevar de nuevo su aguja por encima de los cinco grados centígrados, se ponen en marcha miles de anfibios. ¡La gran noche! Ranas, sapos y salamandras despiertan de su letargo invernal, abandonan sus guaridas bajo las piedras y, protegidos por un sirimiri que les acaricia y les asegura en la piel la humedad constante que necesitan para sobrevivir, se ponen en marcha. Al unísono. Como un pueblo en busca de su tierra prometida. En caravana, marchan los anfibios del valle del Hudson camuflados entre la hojarasca. Van en busca de un charco recién descongelado para depositar allí con presteza sus huevos. *Ladies and gentlemen*, bienvenidos al gran rito de la procreación. En marzo se vuelve a abrir temporalmente la pequeña ventana de oportunidad que la naturaleza ofrece para multiplicarse a estas criaturas. Han de poner los huevos justo cuando el hielo se convierte en agua… para que a sus crías les dé tiempo a nacer antes de que el calor del verano evapore esos mismos charcos y los eleve a las nubes.

El abrigo de la noche hacía invisibles a los batracios y los protegía de potenciales depredadores… hasta que les tocaba cruzar alguna carretera comarcal. Por eso, un montón de voluntarios, como los miembros de la familia Selicaro Hayes (Laura, Tim y sus hijos, Amaia y Milo) se habían acercado a la cuneta de Primrose Hill para ayudarlos a cruzar la calle. Era un sitio de paso obligado para muchos de estos vertebrados que pasan sus vidas entre la tierra y el agua, y Laura había aprendido que, al alumbrarlos con una linterna, sus colores vivos se recortaban claramente contra el negro del asfalto.

—¡Ahí hay uno, mami!

Al igual que otro puñado de vecinos, los Selicaro venían a disfrutar del espectáculo, pero, sobre todo, a echar una mano a los integrantes de la curiosa caravana. Se trataba de atraparlos antes de

que cruzasen la peligrosa calzada y de depositarlos sanos y salvos en la otra orilla.

Los niños se encargaban de sujetar a las minúsculas salamandras moteadas de amarillo y de introducirlas en cubos de plástico. Sus padres paraban el tráfico para que pudiesen cruzar la calle. Servicio imprescindible de transporte para sortear los coches. De hecho, si no fuera por estos vecinos que le robaban horas a su propio sueño, a la mañana siguiente el pavimento hubiera amanecido estampado con lagartijas planas y, teniendo en cuenta que Estados Unidos es el paraíso del *marketing* y aquí se patrocina todo, más de uno podría deducir erróneamente que aquella calle había sido esponsorizada por Lacoste.

«¡Otra, hay otra rana!», gritó entusiasmado Milo, a quien ese año, por vez primera, sus padres habían dejado bajar del coche. «Acaba de cumplir cuatro —me aclaró Laura— y ya entiende que no puede apretarles mucho la tripa». «Uf, menos mal», parecían exclamar los diminutos *spring peepers,* que ya se veían diseccionados en la clase de ciencias naturales del colegio mientras reiniciaban aliviados su peregrinación al otro lado de la carretera.

«Bye», los despidió Amaia viendo cómo se perdían otra vez en la oscuridad en busca de alguna charca escarchada.

No es que las salamandras con puntitos verde pistacho fueran especialmente masoquistas y les encantase pasar frío. Es que sabían, como acabo de explicar, que, si no desovaban con rapidez, sus descendientes no iban a estar preparados para sobrevivir en tierra firme cuando el verano evaporase aquellas aguas estancadas. Se conoce que la naturaleza madruga para que no le coja el toro, regla que respetan por igual también las plantas y, precisamente por eso, marzo se ha convertido en mi pueblo en la época más dulce del calendario; el mes en que la savia azucarada comienza a fluir árbol arriba en los arces y el hombre se dispone a ordeñarla.

La elaboración del sirope, ese líquido tostado que acompaña a las tortitas y al beicon en los desayunos de fin de semana, se remonta a mucho antes del desembarco del Mayflower. Fueron los habitantes

primigenios de Nueva York (las naciones lenapes, abenakis y chippewa) quienes se percataron de que las ardillas comenzaban en primavera a lamer la corteza de los troncos de arce con premura. Se preguntaron por qué y resolvieron el misterio; con gran mérito deductivo, no te creas, puesto que la savia, tal cual mana del árbol azucarero, de dulce no tiene un pelo. Hace falta reducirla a base de evaporación para sacarle el azúcar que lleva disuelta y así fue como, hierve que te hierve en una calabaza vaciada que hacía las veces de caldero, los nativos americanos descubrieron la celebrada medicina del árbol.

La extraordinaria bondad de la cosecha de aquel año obedeció a las extremas condiciones meteorológicas que atravesamos. Ahora te quitas el jersey, ahora te congelas. Ahora te cae una tormenta de nieve de metro y medio, y al día siguiente se derrite. Tremenda locura climática que, sin embargo, le va de miedo al sirope, pues no hay nada mejor que confundir a un arce con la previsión del tiempo para que produzca azúcar en abundancia. De este modo funciona el cerebro del árbol, más o menos: cuando al final del otoño el termómetro baja de cero, el arce entra en hibernación obligatoria. ¿Motivo? El suelo congelado impide que las raíces puedan chupar nutrientes, y sin agua no hay paraíso. O sea, que el tronco se pone en modo avión y espera hasta el deshielo para reiniciarse. El botón de apagado y encendido de un árbol lo tienen unas hormonas llamadas «auxinas», verdaderas centrales de datos que realizan funciones parecidas a nuestra hormona del crecimiento. Ellas, antes de decidirse a apretar el «on», cotejan la subida del termómetro exterior con la reglamentación de su protocolo. Un día aislado de sorprendente calor en mitad de un periodo prolongado de frío no es suficiente para que les haga saltar la alarma. Dos tampoco. ¿Tres seguidos? Eso ya es otra cosa. Si en una semana les sale una temperatura media de siete grados centígrados o superior, tiran del «starter».

«¡A brotar se ha dicho!».

El acelerón que pega el árbol resulta brutal. Mandan savia hacia los brotes y en las ramas empiezan a aparecer las hojas. Viva la primavera. *Love, peace and understanding.* Todo marcha bien hasta que, de repente, registran por sorpresa una nueva helada.

«Oh, oh. ¿Qué pasa aquí?».

El arce no las tiene todas consigo. La combinación de noches con temperaturas por debajo de los cero grados y días templados a principios de marzo lo desconciertan. Con el calor, ordena a las hojas que comiencen a brotar y, con el frío, reflexiona y se arrepiente de haberlo hecho tan pronto. Los datos son confusos y el arce azucarero teme haberse equivocado. Si la helada permanece, impedirá otra vez a sus raíces recoger alimento del terreno y los brotes recién nacidos en sus ramas morirán de inanición. Así que, en un esfuerzo desesperado por salvar la especie, manda a las ramas de golpe todo el alimento que es capaz de producir. Savia de primera calidad y en abundancia. Leche materna rebosante de azúcar para alimentar a las nuevas hojas hasta saciarlas con el sano objetivo de que puedan aguantar a salvo hasta que se deshiele la tierra y el árbol sea capaz de hacer la siguiente entrega. Un poco con la misma intención con que mi hermana Beatriz, cuando le daba el biberón a su hijo Carlos, le ponía luego el chupete de tapón para que no pudiera regurgitar ni una gota. Así le ha salido de hermoso el mocetón, que se nos ha hecho piloto de aviación civil y circula ahora rebosante de felicidad por el cielo inmenso.

En Montgomery Street, la calle donde vivía mi suegra, mi cuñado Hucky y su amigo John Corcoran habían estado atentos a estos primeros signos de vida. Ambos se habían dedicado a taladrar con anticipación las cortezas de los arces y a introducir en los huecos unos pequeños caños metálicos. Hacía falta ser previsor, porque la recolección de savia se limita al periodo de seis semanas en que el clima anda confuso. Después, en cuanto la primavera estabiliza el mercurio, la savia amarillea, se vuelve amarga y fluye en menor cantidad. Cuando las hojas pasan de tomar biberón a ingerir una dieta estándar, se acabó.

—Este año los árboles se han vuelto locos —me comentó Jon Lawson, otro enamorado de la elaboración del sirope que, los fines de semana que lograba escaparse de su trabajo de iluminador y mánager de un teatro de Broadway, se dedicaba a acarrear cubos llenos de savia—. Normalmente la savia gotea poco a poco por los caños —me dijo—, pero este año brota a chorros; sale a propulsión y se nos escapa por encima de los cubos.

Corcoran era el encargado de cortar la leña para el horno y de hervir la savia, mientras Hucky y John transportaban el preciado líquido a la cabaña. Por cada cuarenta litros de savia tenían que contentarse con obtener un litro de jarabe. Es la ley de la reducción. Igual que se elaboran los caldos en la cocina, a base de evaporar agua para quedarse con la sustancia. Igual que una vaca necesita ingerir treinta litros de agua si quiere producir uno de leche. En el valle, todo se regía por el mismo índice de supervivencia la noche en que Laura me puso el mensaje.

«Mira, esa salamandra se ha metido en un charco».

Pondrá huevos que, con suerte, llegarán a engendrar vida en el cincuenta y seis por ciento de los casos. Pero no había que preocuparse por ello. Los habitantes del Hudson (batracios, arces y humanos) le habíamos pillado el punto a ese mes de marzo que siempre solía presentarse fiero como un león y terminaba marchándose como un corderito manso con el rabo entre las piernas. Abajo, en la Luisiana, al parecer la cosa era bien distinta. Allá en Lafayette, una estadounidense iraní me lloraba al teléfono desconsolada, consciente de que, para la siguiente primavera, ya no habría un Obama en la Casa Blanca; que era lo mismo que decir que ya no tendríamos un presidente que pudiera igualar esos discursos, tan elocuentes, tan meditados, tan corteses, con los que Barak había felicitado a Yasamin el nuevo año persa durante las últimas ocho temporadas.

Iglesias de ración

De todos los municipios de Estados Unidos que no han dejado de ser habitados desde el día de su fundación, el más antiguo se llama Taos Pueblo. Es una aldea situada al norte del estado de Nuevo México, en la falda de la sierra Sangre de Cristo, que fue establecida por la tribu de los anasazi (hoy llamados indios pueblo) hacia el año 1300 de nuestra era. Su conocimiento distintivo de las ciencias celestiales les dio para sobrevivir con tranquilidad apenas dos siglos y medio. Luego, una mañana otoñal de 1540, una mala jugada del destino lo resquebrajó todo. De entre las retorcidas ramas de los pinos ponderosa surgió un monstruo con cuatro patas y dos cabezas que profirió gritos desconocidos sobre las calvas del pasto. Se trataba de una extraña criatura de piel brillante, fría y escurridiza como la de una serpiente alumbrada tenuemente en la noche por la vaga luz de la luna. Venía armada con un brazo extremadamente largo, afilado y puntiagudo, con cuyo diestro manejo era capaz de segar sin contemplaciones cualquier vegetación o alimaña que se atreviese a impedirle el paso.

Los anasazis, guerreros acostumbrados a reprimir los cruentos ataques de sus ancestrales enemigos, los navajos, enmudecieron ante la visión de aquella criatura procedente de otro mundo. Mitad bestia y mitad humana, gozaba de la sorprendente habilidad de separarse a voluntad en dos seres diferentes (cuando el caballero descabalgaba de su montura) para volverse a juntar como imanes como por efecto de magia. Desconocían aún los indígenas que aquel extraterrestre era un miembro adelantado de la expedición de don Francisco Vázquez de Coronado.

Conocido como Coronado a secas en la memoria colectiva de Estados Unidos, aquel humano nacido en Salamanca, España, en 1510, ejercía entonces como gobernador de Nueva Galicia y lideraba una quijotesca aventura sufragada por él mismo y bendecida por el virrey Mendoza. Trataba de localizar las siete míticas ciudades de Cíbola, localidades supuestamente fundadas en América por siete obispos españoles que habían logrado huir de la península tras la invasión árabe, y que el fraile Marcos de Niza le juró haber visto personalmente. En ellas, a tenor de aquella apasionada narración, abundaban el oro y las esmeraldas. Lo malo es que el cura mentía porque estaba deseoso de empezar a convertir almas indígenas al cristianismo y pensó que aquella era la mejor manera de forzar una expedición al encuentro de los impíos.

Dos años más tarde, en la cima de la única colina del estado de Kansas y tras haber recorrido infructuosamente seis mil kilómetros, Coronado mandaría a su tropa darse la vuelta. En lugar de oro, el lejano horizonte no parecía depararle otra cosa que más rostros de indígenas boquiabiertos por la mezcla de fascinación y de terror que infundían a la par su armadura y el relincho de su caballo.

El sometimiento de los nativos a los españoles duró casi trescientos años, hasta el 27 de septiembre de 1821. Ese día, con la consumación de la independencia de México, a los indios pueblo, zuñi, navajo y hopi les cambiaron la ciudadanía española por la mexicana. El nuevo pasaporte les vino a durar veinticinco años. Escasos, porque, en 1846, las tropas expedicionarias al mando del brigadier general Stephen Watts Kearny tomaron de nuevo al asalto el territorio, esta vez en nombre de los Estados Unidos de Norteamérica. La frontera volvía a desplazarse por encima de sus pobladores. Ahora los indios eran gringos y, para seguir respirando el aire seco que atrapaban las montañas del valle del río Grande, se les propuso jurar lealtad a una bandera cuajada de barras y estrellas.

«Juro lealtad a la bandera de los Estados Unidos de América y a la República que representa. Una nación bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos. Amén».

Como relata F. R. Romero en su libro *Historia de Taos*, la existencia de los indios pueblo ha consistido en una lucha continua contra todo tipo de fuerzas externas. Los ataques despiadados de tribus nómadas (apaches, comanches y navajos), la invasión de conquistadores de Castilla y la evangelización de misioneros franciscanos, el asentamiento permanente de pobladores españoles y la constante presencia de comerciantes de pieles franceses, la incursión en sus tierras del ejército estadounidense amparado en la superioridad moral de la raza blanca, la llegada de bohemios, artistas e intelectuales de vanguardia, y, como remate, la presencia de los hermanos y hermanitas *hippies* que venían a proponerles la práctica del amor libre. Setecientos veinticinco años de un intento de dominación al que los indios de Taos Pueblo han logrado sobrevivir.

A pesar de haber sido súbditos de la Nueva España, del Imperio mexicano y, actualmente, de los Estados Unidos de América, las once familias que hoy habitan la pequeña aldea de viviendas de adobe levantada en el año 1300 en las cercanías del desfiladero del Gran Río Bravo del Norte (ese que los gringos llaman Grande) aún conservan sus ancestrales costumbres. Charlan entre ellos en su lengua madre, el tiwa (un idioma que sigue sin conocer escritos), reniegan de la luz eléctrica y de las tuberías de agua, se alumbran con luminarias (velas introducidas en bolsas de papel) y beben y cocinan con el agua que recogen a diario en sus cántaras de barro de un pequeño afluente del río Grande que divide en dos su modesta población. El arroyo brota del sagrado lago Azul situado en la cordillera, un poco por encima de su aldea, a tres mil quinientos metros de altitud. Su fluir constante, entre la arenisca y las piedras, sirve a esta orgullosa nación como recordatorio de los tres pilares en los que asientan sus principios: renovación, continuidad y equilibrio. Empecinada preservación de una tradicional cultura nativa americana que les ha valido a Taos Pueblo el reconocimiento de patrimonio de la humanidad otorgado por la UNESCO.

Nosotros llegamos a esta majestuosa aldea a mediados de septiembre de 2025, después de conducir sin prisas desde la capital

del estado, Santa Fe. Bueno, por relatarlo de un modo más preciso y también más cursi, desde esa urbe fundada en 1609 por don Diego de Peralta con el nombre completo de Real Villa de la Santa Fe de San Francisco de Asís, en honor al santo patrón de la orden franciscana encargada de las misiones religiosas en todo el suroeste de Estados Unidos. Se puede venir por autopista, pero Sarah y yo preferimos coger la High Road NM 76*,* una carretera comarcal que serpentea por las montañas y ofrece magníficas vistas panorámicas. El recorrido no es muy largo: ciento cinco millas que vienen a ser unos ciento setenta kilómetros al cambio.

«¿Le vale así o le pongo unos metros más?».

Si fuera posible estirar, planchar y almidonar su calzada, el trayecto no debería de durar más de dos horas y media, pero, al venir la High Road plegada en obstinadas curvas, le obliga a uno a tomarse un tiempo prudencial al volante. Una velocidad de crucero ideal para reencontrarme sin prisas con la historia de mis ancestros: los vaqueros del oeste. Porque este tramo de asfalto rural, a tres mil metros de altitud con respecto al lejano mar del golfo de California, refleja como ninguna otra carretera de Estados Unidos la larga y continuada presencia de los hispanos en este territorio. Ah, y, encima, si te acompaña la suerte, puedes avistar en los acantilados de piedra algunos ejemplares de *bighorn sheep* o borregos cimarrones, ovejas de cuernos grandes (te regañan si las confundes con cabras montesas) que, tras casi desaparecer, brincan de nuevo al sur de las Montañas Rocosas gracias a programas de recuperación.

Gracias por acompañarme pues en un viaje a un tiempo lejano en que los *cowboys* se llamaban vaqueros y se dirigían los unos a los otros con cortesía y en castellano:

—Muy estimable señor, perdóneme la intromisión.

—No es molestia, caballero. Quedo agradecido y siempre humildemente postrado a sus pies.

Bienvenidos a una época en la que en el legendario Oeste americano se leía *El Lazarillo de Tormes* y se representaban

comedias de Lope de Vega. Un tiempo en el que se daba más importancia a la rúbrica que a la propia firma y a los árboles se les denominaba comúnmente «palos» (de ahí tanta toponimia a este lado del Atlántico con un tronco por delante: Palo Alto, Palo Verde, Palo Flechado…). En esta carretera se harta uno de encontrar referencias a esa antigüedad en que las escuelas no habían incorporado aún la jota como letra al abecedario, don Quijote tenía que escribirse con equis y las islas caribeñas de La Baja Mar con hache de *baha*, lo que llevó a los piratas ingleses a pronunciarlas Bahamas.

Aquí, en estas alturas cuajadas de fresas silvestres y berros donde el viento suele espantar más que atraer la lluvia, se topa uno de lleno con vestigios de las páginas iniciales de ese calendario que echaron a andar los primeros europeos de la América del Norte. Españoles fueron quienes desembarcaron en las costas de Florida en 1513 y españoles fueron los que vagaron, casi cien años antes de que los peregrinos ingleses del Mayflower desembarcasen en la playa de Plymouth Rock, por el suroeste de Estados Unidos. Fue en 1535 cuando se presentó por estos lares un barbudo que había resultado náufrago en la fracasada expedición de Pánfilo de Narváez. Decía llamarse Alvar Núñez de Cabeza de Vaca e iba presumiendo ante los hombres medicina de las tribus indígenas de poseer fabulosos poderes curativos. Se le dejó pasar y tiró hasta Ciudad de México.

Hoy, en las pequeñas poblaciones que surca esta «carretera del cielo», el más fiel testimonio de aquella presencia hispana que, por cierto, no llegó nunca a desvanecerse, son sus pequeñas iglesias de tamaño ración. Templos de andar por casa, arreglados pero informales, que, como cuentas de un rosario, marcan un camino, el de la sierra, cuyo trazado fue robado a los indios por los peones de España. Capillas modestas, pero solemnes, levantadas con fiel respeto a la construcción de adobe aprendida del pueblo indígena. Con ladrillos de barro fabricados a base de amasar la arcilla del

terreno con agua y paja para dejarla secar luego al sol durante tres semanas en moldes de madera.

Una de las más llamativas, la iglesia de San José de Gracia, se encuentra en Las Trampas. Este es un pueblito de calles sin pavimentar y viviendas esparcidas al que la Wikipedia le atribuye la escasa cantidad de cuarenta y tres habitantes y que, sin duda, debió de recibir el nombre de la actividad prioritaria de sus habitantes: la caza del castor a base de poner trampas para obtener dinero con la venta de pieles. Sarah y yo saltamos de la miniván para contemplar su catedral de bolsillo.

«¡Guau!».

De golpe, nos transportamos a esa sencillez tan atractiva a la que nos tienen acostumbrados los paisajes de los «güestern», que es como le gustaba a Carlos Pumares llamar a las películas de vaqueros cuando presentaba en Antena 3 de Radio su *Polvo de estrellas*. Lo novedoso es que, en esta ocasión, frente a aquella belleza modesta con muros de diez metros de altura, balcón de madera y dos torres de arcilla que parecían modeladas por las manos de un gigante, en lugar de toparnos con John Wayne salió a recibirnos una descendiente de Juan Argüello.

Corría el año de gracia de 1751 y el número de familias que se atrevieron a traspasar la frontera delimitada por el territorio de los comanches se redujo a una docena. Doce familias venidas desde Santa Fe prácticamente con lo puesto. Llegaron atraídas por una concesión especial de tierras garantizada por el señor gobernador, don Tomás Vélez Cachupín, a aquellos patriotas que tuviesen sobrada valentía para poblar la periferia. El grupo de voluntarios incluía, además de a varios peninsulares y criollos (gentes de origen español pero nacidas en América), mestizos (hijos de español e indígena), genízaros (indígenas españolizados) y personas de descendencia africana.

En la Santa Fe que entonces dejaron atrás aquellas doce familias, los vaqueros españoles habitaban en haciendas. Fincas en las que todas las edificaciones eran de una sola planta porque únicamente

los indios pueblo podían permitirse el lujo arquitectónico de construir a tres alturas. El lugar más vistoso del terreno se respetaba para la vivienda del patrón, que solía ser portador de un apellido de alta alcurnia en la península. Recibía el trato referencial de «don» y, como la gran mayoría de los patrones, había cruzado en barco el Atlántico y recorrido a caballo miles de kilómetros (atravesando desiertos, bosques y montañas) para reclamar a la corona la posesión de sus tierras. Una vez asentado, había enterrado su espada y su yelmo, colgado sobre la chimenea el mosquete y descargado de la carreta el azadón, el hacha y el arado de hierro que había portado desde España para empezar a labrar sus sueños. Su vivienda, como digo, era la principal en la hacienda. Grande y sólida. Sus vanos siempre protegidos del sol por pesadas contraventanas, y lo mismo su portal (un porche que se extendía a lo largo de toda la fachada), al que procuraba sombra una techumbre soportada por una fila de troncos de sabino que hacían las veces de columnario. Ponerse moreno en la Nueva España era sinónimo de pobreza.

El privilegio de tostarse la piel se le reservaba al caporal, que es como aún llaman en Nuevo México al capataz de un rancho, y a los peones. Estos habitaban en la misma finca, pero en viviendas mucho más modestas y retiradas. Sus casas se reducían normalmente a una sola estancia y sus vidas se desarrollaban en torno a dos actividades: la de trabajar de sol a sol y la de darle las gracias a la Virgen de los Remedios por haberles concedido ese trabajo. Junto a las puertas, las mujeres habían sembrado matas de romero traídas a propósito desde Andalucía. El color azul de aquellas flores (adquirido con ocasión de un milagro que obró la Virgen al cubrirlas con su manto según una extendida creencia) se consideraba entonces símbolo de inmortalidad y se plantaban para espantar a brujas o espíritus malignos, misma razón por la que muchos vaqueros dormían con ellas debajo de la almohada.

El terreno ahora concedido por el gobernador (dieciocho mil hectáreas) había sido incluido en el registro bajo el sonoro epígrafe

de Santo Tomás Apóstol del Río de las Trampas, y era uno de los primeros municipios del oeste en contener ejidos, es decir, pastizales y bosques donados para el uso común y, por tanto, libres para seguir expandiendo los asentamientos humanos. Nada más llegar, los primeros «trampaseños» habían dedicado sus esfuerzos a construir una plaza fortificada con muros de adobe bien apretados para que no los pudieran atravesar, ni siquiera de perfil, las flechas de los indios. Una vez asegurado el necesario refugio y ya, si eso, más relajados, levantaron sus viviendas. En América se habían convertido en súbditos independientes y cada uno tenía su propia casa de la pradera.

Pronto se corrieron las voces de la prosperidad de Las Trampas (debido al enorme valor de la piel de los castores que eran atrapados a diario en sus aguas) y, en 1760, su población ya superaba las treinta familias. Un centenar de habitantes. Motivo más que suficiente para que el obispo de Durango autorizase al patrón a construir su propia capilla. Había llegado la hora de rendirle un sentido homenaje al Dios todopoderoso que permitía a los vaqueros españoles gozar de aquel horizonte en panavisión. Y también de presumir, qué carajo, puesto que la celebración de una eucaristía constituía la mejor de las disculpas para invitar a los señores de las haciendas contiguas a admirar sus posesiones.

A nadie se le pasó por la cabeza mandar a llamar a un arquitecto. Los peones sabían levantar muros con la misma facilidad con la que los de mi generación levantábamos castillos de naipes y, además, como la capilla se erigía cerca de sus viviendas, parecía lógico deducir que era a ellos a quienes les correspondía edificarla. Bajo la supervisión del caporal, los hombres se aplicaban en la construcción de muros de adobe de un metro de anchura que luego las mujeres se encargaban de enfoscar. Ellas, para protegerse la piel de los efectos de un sol de justicia, llevaban el rostro embadurnado por un ungüento casero al que hacían llamar «cáscara», una pasta que elaboraban a base de moler huesos de vaca junto a diversas hierbas aromáticas y que, en realidad, venía a añadir una capa a la mugre

acumulada en el cutis. Como explica Georges Vigrello en su libro *Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*, no se estilaba entonces demasiado el baño por considerarse la roña una protección natural de la piel, como la corteza en los árboles, muy útil para impedir que las miasmas de la peste penetrasen al cuerpo humano por los poros.

Terminada la construcción, en el interior de las capillas de las haciendas no se instalaban bancos, pues mandaba la costumbre que los empleados se arrodillasen y se sentasen en el suelo y que las damas, señores, damiselas y señoritos se acomodaran en sillas traídas para la ocasión desde la casa de los patrones. Estas se colocaban en semicírculo junto al altar el día de la santa misa y, al terminar se retiraban. En la pared del fondo, un nicho solía hacer las veces de retablo. En estas humildes hornacinas escarbadas en el barro se colocaba la imagen de la Virgen o del santo principal. Para acompañarlo, se desplegaban a sus costados unos jarrones de cristal rebosantes de coloridas flores de papel. Las imágenes religiosas a veces se tallaban en sencillos bajorrelieves y otras en bultos (manera como llamaban nuestros ancestros a las esculturas), y representaban a los mismos mártires que decoraban las iglesias de España. La única sutil divergencia que se permitieron nuestros compadres del lejano oeste fue la de plasmar al apóstol Santiago montado en una mula y con atuendo vaquero. Si le llegan a sustituir la espada por dos pistolas, se hubieran adelantado en más dos siglos a la mítica escena de Indiana Jones en *En busca del arca perdida*. «Yeehaw!» era la exclamación de júbilo característica de los *cowboys* que surge de la combinación de «gee» (arre) con «haw» (so).

El día de la inauguración de la capilla, los patrones de las haciendas cercanas y sus esposas se presenta vestidos con sus mejores atuendos y montados en coches de caballos. Los sirvientes los seguían caminando o montados en carreta. El cura llegaba en burro. Sobre el tosco altar de madera se colocaba un mantel de lana tricotado a mano por la patrona y se inundaba la iglesia con velas. Si el tiempo invernal andaba próximo, fuera se encendían hogueras con

ramas de cedro para menguarles el frío a los recién llegados. En víspera de navidades, el franciscano pedía ayuda a los feligreses para representar la tradicional posada.

La costumbre de representar pasajes bíblicos se remonta al primer encuentro entre misioneros e indígenas. Como ninguno de los dos hablaba la lengua del otro, los franciscanos iniciaron su labor evangelizadora utilizando la técnica actual del juego de adivinar películas. Por medio de la mímica, les mostraban a los indios las enseñanzas encerradas en los textos sagrados. Desde el principio, el teatrillo que siempre resultaba más exitoso era el que escenificaba la expulsión de Adán y Eva del Paraíso. Los indios pasaban sin pudor del miedo a la risa y del asombro al llanto. La segunda actuación más esperada, predecesora de la Fiesta de los Niños del 25 de diciembre (en la que los indígenas habían de llevarle ofrendas a Jesús con motivo de su cumpleaños), eran precisamente las posadas.

Se trataba de nueve representaciones parecidas que se iniciaban el día 16 y culminaban el 24 de diciembre. Las posadas recibían su nombre del pasaje del evangelio que relataba el drama experimentado por el carpintero José y su esposa María cuando, obligados por mandato del César a pagarle tributo a Roma, hubieron de trasladarse desde Nazaret hasta Belén para inscribirse en el registro. Durante nueve días buscaron infructuosamente una posada en la localidad para terminar finalmente refugiados en un humilde establo, donde vendría el hijo de Dios al mundo. Cada posada no era otra cosa que la escenificación de un nuevo rechazo.

Una vez celebrada la santa misa en la nueva capilla, el patrón agasajaba a sus visitantes con un almuerzo caliente. Terneras y corderos habían sido previamente sacrificados y su carne cortada en tiras y puesta a tender de una cuerda como si de ropa limpia se tratase. Algunas se almacenaban luego como carne seca, pero las más se cocinaban en hornos de barro con forma de avispero cuya técnica habían copiado los cristianos de los moros antes de

exportarla consigo a la América. En ellos también se preparaban las hogazas de pan.

El menú más habitual de aquellos festejos incluía caldo blanco, asados, arroz con «gallina de la tierra» (o sea, pavo) y albóndigas con *asafrán*. A los niños se les ofrecía además un vaso de atole, una mezcla de maíz azul molido con leche de vaca recién ordeñada. Como describe Nina Otero-Warren en *La vieja España de nuestro suroeste*, servir comida fría estaba muy mal visto entre los españoles de América. Incluso si te acuciaba el hambre en medio del camino, lo suyo era parar, encender una fogata y cocinar los alimentos como Dios daba a entender.

Los preparativos de festejos en las haciendas españolas requerían también de otros preciados trabajos, como el del ensarte en ristras de las vainas secas de chiles rojos que luego colgaban de adorno de las vigas de madera, la confección de vistosos manteles o la contratación de un músico para el esperado baile en el que los jóvenes solteros gozaban de la oportunidad de aproximarse a las muchachas casaderas. Con suerte, el caporal habría podido contactar con algún ciego, pues, mucho antes de la existencia del cupón de la ONCE, los españoles favorecieron el aprendizaje musical de las personas invidentes para facilitarles un medio con que ganarse la vida, normalmente a través de clases de violín o guitarra. Mientras los adultos danzaban, los niños correteaban jugando a rancho, que consistía en que los más mayores perseguían a los más pequeños, lazo en mano, para tratar de atraparlos y derribarlos como habían visto hacer a sus padres con el ganado.

Aquella mañana de otoño de 2025, la textura de la superficie enfoscada de la iglesia de Las Trampas me recordaba a la corteza de un pan recién sacado del horno. Más que una obra de arquitectura, parecía un trabajo de manualidades. Menuda, sencilla, grandiosa. Como la belleza natural de un rostro recién lavado. Una obra de arte que iba engordando con el tiempo pues, al descascarillarse su enfoscado con facilidad, hacía falta volver a emplastecer la fachada todos los años. El problema es que ya casi no quedan voluntarios

para cuidarla. La mayoría de los días, la puerta de esta iglesia permanece cerrada a cal y canto con un candado, y al visitante le resulta imposible entrar. La plaza de este pueblo, declarado en 1967 monumento histórico nacional, también suele estar desierta. La mitad de sus casas, vacías. A partir de 1848, después de anexionarse la mitad del territorio de México, la política económica de Estados Unidos (que abogaba por «todo para el blanco») desestabilizó y empobreció a las comunidades hispanas e indígenas del oeste. La inmediata privatización de las tierras comunes dejó al sistema agrario moribundo. Las campañas racistas de asimilación le darían la puntilla.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Al ganar altura, los juníperos y los pinos piñoneros que avistábamos desde la camioneta iban despareciendo progresivamente para dar paso a los álamos temblones. Me hace gracia el nombre. Aquí lo llaman «aspen», y es el que da nombre a la famosa estación de esquí de Colorado. Tiene un tronco normal, pero hojas exageradamente diminutas para su tamaño. Parece como si un gracioso les hubiese dado el cambiazo por las de un bonsái por la noche. Lo más curioso es que, haga viento o deje de hacerlo, sus hojillas nunca cesan de vibrar como un cascabel travieso en las ramas. De ahí lo de temblón. Pero, espera, rebobino porque, con las ganas de hablar de la iglesia de Las Trampas me he comido dos paradas importantes que hicimos anteriormente.

La primera fue en Las Truchas, una aldea fundada a comienzos de 1700 por un puñado de familias castellanas y elegida por Robert Redford para rodar *Un lugar llamado Milagro.* Dicen que su arroyo desciende por la garganta cargado hasta las trancas de truchas arcoíris de cuarenta centímetros. Será porque hay un tramo de veintisiete kilómetros de largo que atrae a pescadores de medio mundo. Sobre esas aguas revoltosas, recortándose en un firmamento añil moteado de nubes blancas, se elevan los picos de

una sierra que aquí roza los cuatro mil metros de altura. Si te gusta trepar por los montes, las vistas son espectaculares.

La segunda parada fue en la plaza del Potrero de Chimayó, otra pequeña localidad en la que se pueden admirar las huellas profundas que la hispanidad ha dejado en Estados Unidos y comprobar que, con los indios, no todo fueron peleas.

Pero empecemos por el motivo por el que, todos los años, trescientas mil almas van a parar hasta este rincón del mundo. Bienvenido al santuario de Nuestro Señor de Esquipulas.

Pronunciado Tsi-Mayoh en el lenguaje tewa, el nombre de Chimayó hace referencia a un valle rodeado de montañas rojizas que fue considerado por los indígenas un lugar sagrado en el que habitaban espíritus y sobre el que Bernardo Abeyta y otros pobladores españoles construyeron en 1805 un complejo de capillas. Hablamos de un centro de peregrinación católica del calibre del de Lourdes en Europa. La diferencia es que aquí, en Chimayó, en lugar de agua bendita la gente se afana por llevarse a casa un pellizco de tierra seca y sanadora.

Los peregrinos se acercan hasta el centro de la estancia principal, donde la figura del Niño Dios descansa en una hornacina. Muchos hombres han recorrido el camino a pie y con una cruz de leño a cuestas. Es el pequeño sacrificio que le ofrecen al Nazareno para que les atienda. Antes de venir, las peregrinas han pasado horas interminables tejiéndole con mimo la ropa que le van a dejar al Niño en ofrenda. El Jesús en Chimayó no se representa en pañales, como la figurita que ponemos nosotros en los belenes. Aquí el bebé divino viste a la moda y luce como un pimpollo. Su humilde morada reside, ya lo hemos contado, en medio de una capilla vacía, sin bancos, porque sus modestos visitantes tienen la costumbre de sentarse en el suelo. Antes de entregarle los regalos que le traen, las mujeres se le acercan de una en una y se ponen a conversar con él. Le preguntan cómo está y le transmiten a lo que vienen. Porque ellas saben de sobra que Jesusito las escucha. Creen que habita de veras en el potrero y que, cuando se apiada de las causas que considera

justas, se levanta de la hornacina y sale caminando para encontrarse con las personas a las que ha de bendecir con su presencia. De hecho, tanto camina este niño santo a lo largo del año para cumplir con los encargos de los pobres, que la congregación afirma que en las navidades se puede notar que las suelas de sus zapatos están desgastadas. De ahí que le traigan recambios.

Millares de patucos, zapatitos y trajecitos de niño se agolpan claveteados en las paredes de adobe de todo el templo y se apretujan también entre las vigas de madera de sus techos. Se los ha confeccionado el pueblo a su niño, para que tenga quita y pon. El cura que está al frente del templo (que, por cierto, me indican que es de Barcelona, pero con el que no tengo ocasión de hablar porque se encuentra celebrando misa) se encarga de ir rotando a diario este fondo de armario. Unos días viste al Niño de azul y otros de amarillo. Unos días con botas de vaquero y otros con chanclas. Variando, para poder darle salida a todos los presentes que, con tanto cariño, sacrificio y devoción, aportan los feligreses, y para que nadie se quede con la pena de que a su ofrenda no se le ha dado salida. «A veces los peregrinos llegan y Jesús no está en su sitio —me advirtió el tendero de un puesto que vendía piñones tostados—. Pero no les preocupa. Saben que es porque salió un momento a jugar con otros niños o a visitar a algún paciente enfermo y que ya, de una, se regresa».

En Chimayó no se permite hacer fotos, pero yo hice una de tapadillo. No pude evitarlo. Eso sí: ni usé el *flash*, ni hice ruido alguno. La foto, como le prometí a Jack Nicholson cuando nos «hicimos» un selfi en Londres (ahora a continuación lo explico) era para estricto uso personal. Ni redes ni puñetas. Pura documentación para luego poder describir mejor en estas páginas los numerosos exvotos que testimonian el agradecimiento a la divinidad por la promesa cumplida. Ojalá me perdone el Niño cuando vuelva de su último paseo.

Lo de Jack Nicholson fue que nos citaron a cinco periodistas de medios europeos en un encuentro en Londres con el actor. El motivo

era el estreno de *Mejor… imposible*. De España fui yo, por el programa *Gomaespuma,* que tenía la friolera de un millón de oyentes y se conoce que el número les pareció conveniente a los de la productora. Por aquél entonces los móviles ya se habían inventado, pero yo todavía no me había aficionado a tenerlos. Así que me presenté al encuentro con una grabadora de bolsillo, una cámara de fotos digital y la ilusión de poder sacarme una instantánea con uno de mis ídolos cinematográficos. Nos metieron a los cinco reporteros en un cuarto con un cartel enorme de «PROHIBIDO FUMAR» en la pared. Nos sentamos en torno a una mesa camilla y conversamos entre nosotros (en aquella época todavía se charlaba con desconocidos en lugar de revisar los correos en el móvil) en espera de que llegase la estrella y ocupase el asiento vacío. El de la productora aprovechó para recordarnos que no podíamos hacerle ninguna foto. «Ninguna. Ni para el recuerdo. El que necesite fotos que nos las pida a nosotros». Vaya.

Y entonces llegó Jack. Menuda presencia. Nicholson es uno de esos tipos que, cuando entra en la estancia, se nota. Nos saludó, tomó asiento, observó el cartel de la pared y se le escapó una sonrisa malévola. Luego se sacó un cenicero de cristal del bolsillo de la chaqueta, se encendió un pitillo y comenzaron las preguntas. «¿Se siente identificado con el personaje de la película?». «¿Cuáles son sus próximos proyectos?». «¿Ha estado alguna vez en Croacia?».

Tres o cuatro cigarrillos más tarde, la entrevista se dio por terminada. Asomando entre la humareda, le pregunté si le importaba hacerse una foto conmigo.

—¿Para qué quieres la foto? —me preguntó subiendo una ceja.

—Para colgarla con un imán en la nevera de casa y que mis hijos vean que es verdad que estaba trabajando en Londres.

—Vale, pero solo una. Y rápido.

Le pasé la cámara al colega italiano que estaba a mi lado.

—*Grazie*.

—*Prego*.

Me coloqué junto a Jack y le pasé la mano por encima del hombro. En plan colega.

—Así parece que somos amigos del alma —le dije, y el comentario le cayó en gracia.

—*Mancano le pile*.

—¿Cómo?

—Que la cámara de fotos no tiene pilas. No se enciende —me aclaró el italiano en un inglés con ese acento extranjero que lo hace más entendible.

—Pues mala suerte. Ale, hasta otra —se despidió de todos el Nicholson.

Y esa fue la foto que me traje para casa de recuerdo. Un éxito negativo muy similar al alcanzado en la entrevista que le «grabé» un años después a Tom Jones también en Londres. Entonces ya vino Juan Luis Cano conmigo. Se conoce que esa ciudad me la tiene jurada. Tom Jones nos concedió una entrevista de veinte minutos y se tiró una hora. Hasta cantó con Juan Luis y todo. En el avión nos dimos cuenta de que yo no había grabado nada. La aguja se movía, pero la cinta había estado todo el rato en pausa. Nos reímos tres meses seguidos por el desastre. Al año siguiente, Jones pasó por Madrid, se apiadó de mi torpeza, y nos regaló una nueva entrevista en el estudio. Un buen tipo.

Pero centrémonos en Chimayó y, más concretamente, en las familias Ortega y Trujillo, que se dedican allí a confeccionar alfombras de estilo navajo. ¿Españoles confeccionando alfombras indias? ¿Indios utilizando técnicas de confección españolas? Con el mestizaje hemos topado, amigo Sancho.

Cuando el primer europeo, el vallisoletano Juan Ponce de León, desembarcó en La Florida en 1513, el actual territorio de Estados Unidos se encontraba habitado por un gran número de pueblos indígenas. Algunos llevaban ya alrededor de trece mil años asentados en aquellas tierras, y ninguno de ellos se esperaba, ni por asomo, toparse de frente con un humano de piel clara. Pero ocurrió.

Por aquel entonces, cada pueblo nativo se denominaba a sí mismo por el nombre de su tribu, de su nación, de su lenguaje o de su clan. Nombres que el invasor, al no entender ninguno de sus idiomas, fue incapaz de distinguir o de pronunciar. ¿Qué hicieron los españoles? Tirar por la calle de en medio y, teniendo en cuenta que Colón les había jurado que habían llegado a la India, llamarlos a todos «indios».

Luego, en cuanto los misioneros empezaron a enseñarles español a los nativos y los curas comenzaron a pronunciar también algunas frases en lenguas autóctonas, se intentó precisar un poco más. El problema es que los idiomas engañan y, a pesar de que se publiciten métodos para arrancarse a hablar en tres semanas, el proceso suele costar un poco más. Por eso a los diné, la tribu más numerosa de Norteamérica en el momento del desembarco de los españoles (con una población que rondaba entonces los trescientos mil individuos), los franciscanos les colocaron el sambenito de navajo y se quedaron tan anchos.

Los navajo se llamaban diné, que en su idioma significa «la gente». Eran pueblos nómadas y sus clanes se desplazaban libremente por los 64 000 kilómetros cuadrados que hoy comprenden los estados de Nuevo México, Utah y Arizona. Lo que ocurrió es que los franciscanos, cada vez que se empeñaban en inculcarles las técnicas del cultivo traídas de España, no paraban de escucharlos decir la palabra «navahu».

Los franciscanos: «Se coge la semillita, se hace un agujerito en la tierra, se riega y va creciendo la plantita».

Los nativos: «Navahu».

Los franciscanos: «Cuando sale la florecita, una abejita la poliniza y se produce la frutita».

Y los indios: «Navahu».

Total, que, con tanto *navahu* por aquí y tanto *navahu* por allá, los misioneros dedujeron que aquel debía de ser el nombre de la tribu. Nada más alejado de la realidad. *Navahu* era el nombre que los diné habían dado a las huertas que plantaban en verano en los arroyos

secos. Templos vegetales en los que practicaban el cultivo simbiótico de las tres hortalizas hermanas: la calabaza, el frijol y el maíz. O sea que, por resumir, cuando los hermanos les contaban lo de plantar la semillita ellos venían a contestarle que ya se lo sabían: «Claro, *coñe*, una *navahu*».

En cualquier caso, te diré que esta técnica de las tres hermanas hortalizas es mano de santo. Yo he probado el método en mi huertecilla y funciona a la perfección puesto que la asociación de las tres especies crea un ecosistema donde cada una se beneficia de la otra, en lugar de competir entre ellas.

El maíz (la hermana mayor) proporciona, con sus tallos largos y robustos, el soporte necesario para que los frijoles trepen y alcancen la luz del sol. El frijol (la hermana media), con sus raíces, fija al terrero un preciado nitrógeno que sirve de alimento a sus hermanas. Y la calabaza (la hermana menor) cubre la tierra con sus grandes hojas, manteniendo la humedad e impidiendo el crecimiento de hierbajos que compitan con ellas por los recursos minerales. Por si fuera poco, estos tres vegetales combinados forman una dieta completa y rica en carbohidratos (el maíz), proteínas (el frijol) y vitaminas (la calabaza). Ya ves tú qué maravilla lo que nos enseñaron los diné. Un pequeño detalle que viene a demostrar, como tantos otros, que la aventura del Oeste americano, además de una conquista (con sangre, mucha sangre, sudor y lágrimas), como los cantes de ida y vuelta, tuvo mucho de intercambio. Yo te perfecciono a ti la acequia con técnicas que he aprendido en la península de los árabes, tú me proporcionas a mí el tomate para el gazpacho. Y cosas así.

En cualquier caso, lo que quería decir antes de perderme en técnicas de cultivo ancestrales es que siempre encuentro complicado referirme con respeto a los indígenas norteamericanos. Me pasa como al antropólogo Thomas Guthrie, que no encuentro ningún término que, por un motivo u otro, no le resulte a alguien peyorativo, incluido el consensuado de «nativo americano» que, según Guthrie, es una definición tan inventada por los europeos

como la de «indio». Encima, para incrementar aún más el lío semántico, transcurridos más de quinientos años de mestizaje (voluntario, obligatorio y todo lo contrario) entre descendientes de españoles, africanos e indígenas, atrévete tú a ponerle un nombre a la comunidad resultante. Solo en el estado de Nuevo México, dependiendo de a quien le preguntes, te la pueden definir de nueve maneras diferentes: *Spanish, Spanish-American*, *Hispanic*, hispana, *American-Latino*, mexicana, nuevomexicana, latina o chicana. ¿Y ahora qué hacemos?

Pues no hacemos nada. Me parece a mí que las denominaciones tienen mucho que ver con el grado de aceptación o de rechazo que cada uno tenga del mestizaje. A la hora de la verdad, el ser humano no utiliza las denominaciones de origen para definirse a sí mismo, sino para diferenciarse claramente del resto: «Que quede claro que yo no soy "uno de esos", ¿eh?».

Hoy, entre los hispanos de la frontera, te puedes encontrar desde quienes reniegan del término *Spanish* (hispano), pues les sabe a poco, y, en su lugar, reclaman el título de *Spaniard* (español), que los liga directamente con sus ancestros europeos y les da como más prestancia, hasta a quienes se les atraganta cualquier mención a la monarquía hispánica y reclaman su origen indígena, pasando por los que simplemente prefieren ser considerados mexicanos. A mí, si te digo la verdad, me parece muy bien que cada uno se identifique con lo que quiera. Somos tribales. La pena es que no está la comunidad hispana de Estados Unidos como para seguir acentuando lo que nos separa, sino más bien para enfrentar la necesidad histórica de unirse y consolidar una voz colectiva. Nos guste o no, somos el resultado del choque o del encuentro de lo español con lo americano y, cuanto antes aceptemos nuestra historia, antes podremos disfrutar de los aciertos y trabajar en conjunto para enmendar los hábitos que nos llevaron a cometer trágicos errores.

Los hispanoamericanos son tan producto de una fusión, como lo habían sido con anterioridad los españoles desembarcados en América. Recordemos que los caballeros andantes, por mucho que

procedieran de Castilla, trajeron cuatro mil palabras de origen árabe en su vocabulario, la idea del honor y el espíritu de combate de los visigodos, el código de derecho y el modelo de fundar ciudades de los romanos, las técnicas de navegación fenicias y la organización social de los íberos. Aquellos españoles no eran sino el producto de la superposición de las muchas culturas que habían invadido durante milenios lo que hoy llamamos España. Por ello, no es de extrañar que en Nuevo México el mestizaje continuase. El mejor ejemplo lo hallé en los telares de Chimayó, donde lo español a veces se funde con lo indígena y lo indígena a veces se torna español. Te cuento.

Hasta la llegada de los primeros pobladores europeos venidos de Castilla, los nativos de la América del Norte no conocían la existencia de la lana. En los albores del siglo XVI, las mujeres navajo confeccionaban sus hermosas alfombras a base de algodón, de fibras vegetales como el cactus o la yuca y, ocasionalmente, hilvanando con el pelo de su propia cabellera finas rayas negras sobre el intenso rojo que les proporcionaba el tinte de las cochinillas. Todo cambió cuando los españoles se presentaron con sus ovejas. Lo nunca visto. Asombrosos rebaños de mamíferos rumiantes, de tamaño digamos mediano y de cuyos lomos colgaban una lanas ásperas y desmadejadas. Los machos lucían cuernos arrollados en espiral; las hembras, hocico y pezuñas negras. Ambos proporcionaban una excelente calidad de carne que, primero, se convertiría en componente esencial de la dieta diné; luego, en su moneda de cambio y, finalmente, en símbolo del estatus social. Los nativos acababan de descubrir a las célebres ovejas churras.

Las merinas, de hocico grueso y portadoras de una lana mucho más fina, densa y rizada, eran consideradas patrimonio nacional de España, y su salida al extranjero estaba prohibida bajo pena de muerte. De hecho, ningún rebaño abandonaría el suelo patrio hasta que el hermano mayor del emperador Napoleón, José Bonaparte, quien reinara en España con el título de José I (aunque pasara a la historia con el apodo, al parecer inmerecido, de Pepe Botella), robara varios rebaños de Castilla. Lo hizo antes de abdicar y salir por

piernas del suelo patrio tras perder la batalla de Vitoria. Con aquellas preciadas ovejas, que juntaría al resto del botín expoliado a su querida España, se mudó el Tío Pepe en 1815 a Estados Unidos, concretamente a Filadelfia, ciudad donde fue acogido por grandes financieros (como el banquero Nicholas Biddle). Estos sentían verdadera adoración por su hermano Napoleón, a quien consideraban el George Washington de Francia. José Bonaparte ocupó una suntuosa mansión a orillas del río Delaware, Point Breeze, hoy destruida por las llamas y entonces decorada con los productos de su rapiña que, poco a poco, fue vendiendo para pagarse sus caros caprichos. Entre otros, la financiación de una insurrección armada en Texas con la intención de arrebatarle a la corona de España un buen pellizco de terreno en el que quería montarle un reino a su hermano para cuando se escapase de Santa Elena. Pero esos detalles los dejo para otro libro. Ahora estábamos con las alfombras.

La presencia de los castellanos en el lejano Oeste, además de las ovejas, vino acompañada de la técnica de cardar la lana y el manejo de los telares. Desde entonces, las mujeres navajo, que según su tradición habían heredado el arte de tejer de la diosa Araña (a la que, en agradecimiento, representaban siempre en sus diseños con una cruz), pasaron a «hilvanar sus ideas» de una forma más precisa. Creían las navajo que, junto al hilo, iban quedando cosidos también sus pensamientos y, para evitar que una vez terminada la alfombra su alma pudiese quedar atrapada en la tela para siempre, cosían una línea fina de hilo negro que unía el centro del tapiz con uno de sus bordes. Era el *weaving pathway*, la vía de escape para su espíritu que hoy algunos compradores confunden con un defecto de confección. Nada más lejos de la realidad.

En Chimayó, como digo, puede uno admirar esos trabajos. Basta con acercarse hasta Ortega's, una tienda situada en el número 53 de la plaza del Cerro, donde los hermanos Robert y Andrew, nueve generaciones después de la llegada del abuelo Gabriel (el Ortega original) siguen tejiendo y vendiendo mantas, alfombras y chalecos

decorados con cosmología. Su fondo siempre suele ser rojo. Los triángulos simbolizan las altas montañas; los diamantes, la tierra natal, y las rallas en zigzag, los rayos o espíritus Yei.

Los españoles les mostraron a los indios la lana y los telares, y los indios compartieron con los españoles el secreto de sus tintes. Cochinilla aplastada para rojo y naranja. Cáscaras de nuez para el marrón. Flor de yuca para el amarillo. El añil para el azul. Tintes impregnados sobre mantas, chalecos y alfombras de lana virgen que ni se plancha ni destiñe. Tejidos altamente apreciados tanto por su belleza como por su durabilidad. Unos se venden como prendas cotidianas, otros son objetos de arte. Trescientos años de tradición que pesan sobre esta tienda que hoy simboliza la fusión. El mestizaje. Lo cual no significa que la historia del encuentro entre las culturas de España y de América haya sido un *cumbayá*, como te voy a contar enseguida. Ya mismo, en cuanto consiga de una vez por todas llegar con mi relato al final de esta carretera alta que corona el valle del Río Grande. Paciencia que ya casi estamos en Taos Pueblo, el municipio más antiguo de Estados Unidos.

Taos Pueblo

A dos mil metros de altura, en una meseta que se abre hueco al final de las montañas Rocosas, se alzan las casas de adobe de Taos Pueblo. Majestuosas, sencillas, elegantes; como si hubieran sido ensambladas con elementos del propio paisaje por las manos del creador. Dividen la villa en dos las aguas de un arroyo, el Sauce Colorado, que no deja nunca de correr, ni siquiera en los días más fríos del invierno, cuando las nieves cubren el pasto y el hielo se acumula en su superficie. Recibe el nombre de un arbusto chaparro que crece en sus orillas y al que los poblanos veneran debido a sus cualidades analgésicas, astringentes, antiinflamatorias, antirreumáticas, anticoagulantes y antisépticas. Mejor que la adorada Cafiaspirina de la España de los años sesenta. Sin embargo, la mayor virtud de esta mimbrera no reside en sus poderes de sanación, sino en sus varas largas y flexibles de color púrpura que a los nativos les resultaban ideales para la fabricación de arcos y flechas.

Taos Pueblo se erigió sobre el lugar en que los indígenas del valle se encontraban para hacer intercambios con las tribus nómadas de las grandes praderas. Sus gentes han estado muy influenciadas por la cultura de otras naciones indias, especialmente la de los kiowa, pero se han apañado para conservar intacta su lengua. Se llama tiwa y es un dialecto del tanoan que comparten con los pueblos isleta y sandía que habitan a más de ciento cincuenta kilómetros al sur, cerca de Santa Fe, la actual capital de Nuevo México.

Declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1992, Taos es el único poblado indígena construido en «estilo terraza» que

se conserva en pie en Estados Unidos. Su arquitectura consiste en edificios de adobe de hasta cinco plantas que, como la torre de Babel, se van achicando al ganar altura. Casi cinco siglos más tarde, el pueblo conserva hoy el mismo aspecto sobrecogedor que contemplaron por vez primera unos ojos españoles en el otoño de 1540. Fueron los del caballero andante Hernando de Alvarado, capitán de artillería en la expedición de Francisco Vázquez de Coronado, quien, en su narración de los hechos, cita el asentamiento indio, habitado entonces por unas mil quinientas almas, con el nombre de Yuraba: «Son casas construidas muy cerca las unas de las otras y con muros de arcilla anchos. Cada piso tiene un balcón de madera que da la vuelta alrededor de todo el edificio. El lugar es muy frío y los indios no crían gallinas ni cultivan el algodón. Le rezan al sol y al agua. Fuera ya del pueblo, encontramos montículos de barro en los que entierran a sus muertos».

Queda constancia de la sorpresa de los españoles por haber encontrado indígenas que llevaban una vida sedentaria, practicaban la agricultura y dominaban con maestría la cerámica, pero, lo que más perplejos les dejó a aquellos quijotes fue la contemplación de un colorido y bullicioso mercado. Se trataba de una feria que los habitantes de Taos Pueblo organizaban cada otoño después de la recogida de sus cosechas y que estaba repleta de manjares, tejidos y artesanías que ningún europeo del 1500 hubiese jamás imaginado poder hallar en tierras tan alejadas del mar.

En aquel mercado convergían hombres y mujeres de distintas lenguas y muy diferentes atuendos. Se contagiaban risas dóciles y se cerraban trueques con apretones de manos y sin necesidad de escribas ni monedas. Los de las llanuras del norte habían portado pieles de búfalo afinadas con sus dientes, sal de las minas y carne secada al sol. Los del sur, mantas de algodón, turquesas, mazorcas de maíz y cerámicas de un negro azabache. De las cimas de las montañas habían descendido guerreros con herramientas elaboradas con huesos, y los habitantes de los secarrales del desierto habían acarreado a lomos de los perros conchas marinas, obsidiana y

pigmentos de los más llamativos colores. De entre estos últimos, el más valioso era el bermellón: puro cinabrio que, reducido a polvo a base de machacarlo, se tornaba de un rojo similar al fuego. Los españoles marcharon de allá impresionados y cargados con cueros y cobijas para su abrigo. No regresarían hasta cuarenta años más tarde.

Sabemos todo esto por las crónicas de los dos protagonistas de una posterior expedición de 1581, el fraile Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez, apodado el Chamuscado por su barba de un rojo incandescente. Ambos dieron fe de la hospitalidad con que fueron acogidos, del modo pausado que tenían aquellas gentes de expresarse y de la extraña forma de entablar negocios sin codicia. Mostraron su franca admiración por una civilización capaz de prosperar sin reyes ni castillos y de unir montañas y desiertos con lazos de respeto. De respeto y de terror, por qué no decirlo sin tapujos, puesto que una importante fuente de ingresos en aquel centro de intercambio comercial provenía de la venta de seres humanos hechos cautivos. Lo corrobora el historiador Alfred Thomas en su libro *Después de Coronado* al referirse a una expedición de navajos que, en 1699, hicieron noche en Taos Pueblo para celebrar un victorioso ataque a una tribu enemiga: «Los navajo se presentaron con un gran número de esclavos, joyas, carabinas, cañones, petacas de pólvora, cintos de espadas, chalecos, zapatos y braseros. Objetos arrebatados a los pawnees que, a su vez, se los habían rapiñado con anterioridad a los hombres de montaña (tramperos franceses)».

Para entonces, el mercado ya estaba controlado por los españoles. A inicios de 1615 se había personado en Taos un franciscano con ánimo de fundar una misión y la firme decisión de cristianizar aquella tradición pagana. Pronto, el bazar pasó de ser una fiesta de agradecimiento a la madre naturaleza por la generosidad de sus cosechas a convertirse en la celebración de la onomástica de san Gerónimo, padre fundador de la iglesia, cuyo santo, convenientemente, caía en 30 de septiembre. Hispanizado el

negocio, Taos Pueblo se convirtió en el proveedor principal de manufacturas indias para las caravanas comerciales del lejano Oeste, una hilera de carretas arrastradas por bueyes (idénticas a las que vemos hoy en la romería del Rocío en Huelva) con las que los vaqueros intercambiaban bienes entre el virreinato de Santa Fe y el de Nueva España.

El nombre popular de aquella caravana era La Conducta, y se organizaba, más o menos, cada tres años. Partía al final del invierno de la plaza de Santo Domingo en la ciudad de México y su regreso desde Santa Fe solía coincidir con el inicio de las navidades. Su regularidad dependía de lo peligroso que se estimase el camino en cada momento, pues eran habituales los encuentros con bandidos «desperados» al sur de El Paso y con indios una vez cruzada la frontera del norte. Aunque es cierto que se consiguieron periodos de paz con las firmas de diversas treguas entre gobernadores españoles y líderes de algunas tribus, no es menos cierto, como relata Leonardo Cervera en una serie del pódcast *Histocast* titulada «Estados Unidos de España», que los comanches cada vez estaban más interesados en robarles a los vaqueros sus preciados caballos: los mesteños (denominados así por pertenecer a la mesta, la antigua organización ganadera española). Eran equinos de poca alzada y cascos bien duros que rápidamente se distinguieron en todo el oeste por su encomiable resistencia y por su extraordinaria capacidad para girar en poco espacio, lo que los volvía ideales para la batalla. Los comanches los querían para poder defenderse con ellos de igual a igual ante los españoles y también para sorprender y aplastar desde sus monturas a sus rivales apaches. A la grupa de aquellos mesteños (cuya posterior traducción del nombre al inglés daría origen a la palabra *mustang*), los comanches llegaron a desarrollar una destreza ecuestre muy superior a la de los garrochistas españoles y transformaron su ejército en una de las fuerzas militares más poderosas del continente. Sabedores del peligro, «cada noche, los vaqueros de La Conducta recurrían al recurso defensivo que hemos visto en las películas del Oeste: colocaban sus treinta y cuatro

carromatos en círculo y las personas y los animales se protegían dentro en espera del previsible ataque de los indios».

El recorrido era siempre el mismo: la senda abierta por el Camino Real de Tierra Adentro, una raya que conectaba la capital del virreinato de la Nueva España con los confines del imperio. Conocida popularmente como «la ruta de la plata», el Camino Real era una calzada de arena de 2560 kilómetros de longitud que subía hacia el norte atravesando centros mineros y presidios clave hasta las cercanías del poblado navajo de Ohkay Owingeh. Este asentamiento, descrito en los mapas de la época como villa de San Juan, hoy sigue en pie en el condado de Río Arriba de Nuevo México, a mitad de camino entre las poblaciones de Alcalde y de La Española.

Del mismo modo que los ingenieros romanos habían trazado sus calzadas en Hispania mil años antes, los españoles de América trazaron sus caminos reales sobre senderos previamente abiertos por los habitantes nativos. Así, el Camino Real de Tierra Adentro, ensanchado lo suficiente para permitir el paso holgado (al menos en un sentido) de carretas, arrieros y ganado, seguía literalmente las pisadas marcadas durante siglos en el terreno por viajantes de las tribus de Mesoamérica y de las montañas Rocosas.

El intercambio de mercancías propiciado por La Conducta cambió los modos de vida de indios y vaqueros. Las indígenas de Taos Pueblo pronto le cogieron gusto a colocarse sobre los hombros un «rebozo», ese chal con el que las españolas se cubrían ruborosas la parte inferior del rostro, mientras que los vaqueros de Chihuahua se acostumbraron a calzar mocasines de estilo tegua y a protegerse de las flechas con gruesas chaquetas de piel de ciervo. Ahora bien, los productos de manufactura española llegados desde Ciudad de México no consiguieron nunca competir en precio con los de fabricación francesa que los indios vendían en Taos de contrabando. Aunque circularon numerosos bandos rubricados por el virrey de Nueva España en los que se prohibía categóricamente la venta en mercadillos de utensilios robados, las amenazas no resultaron efectivas. Muy al contrario: el estraperlo fue cada vez a más

coincidiendo con el progresivo aumento de tramperos de origen galo, a los que los indios conseguían robarles sus *personal belongings*. Los franceses iban a esas tierras a atrapar castores en los arroyos de Nuevo México, pues la venta de sus pieles a la aristocracia de Europa se había convertido en un negocio enormemente lucrativo, y la experiencia de caza que habían adquirido en Canadá les proporcionaba una seria ventaja.

La odisea de estas «caravanas de suministros de las misiones», que también eran el principal medio para el transporte del correo y la correspondencia administrativa, solía demorarse unos seis meses en cada dirección, incluyendo tres semanas de acampada para reponer fuerzas. El trayecto más temido eran los ciento cuarenta kilómetros de un terreno pedregoso, sin sombra alguna ni agua, conocido como la Jornada del Muerto. El mismo desierto que tres siglos y pico más tarde sufriría en sus entrañas la primera detonación de una bomba nuclear. Entonces, una treintena de carretas cargadas hasta los topes (el Amazon de la época) se iban abriendo paso por aquellas arenas blanquecinas como una oruga en medio del polvo. Llevaban suministros militares, aperos de labranza, semillas, plantones, papel y tinta, libros, garrafas de vino, ropa, instrumentos musicales y mobiliario. Detrás caminaban soldados, frailes y colonos que arreaban el ganado decididos a fundar ranchos en territorios desconocidos.

En 1723, la venta de productos en el mercado de Taos Pueblo había cobrado tal importancia para la economía de Nuevo México, que el gobernador de Santa Fe, Juan Domingo de Bustamante, lo adelantó al mes de agosto con el fin de sincronizar su celebración con la llegada de los suministros que traía desde México La Conducta. Se desvinculó al mercado de su sentido original como celebración de las cosechas locales y la fiesta ancestral del otoño quedó reducida a una procesión del santo Gerónimo por las calles, a la tradicional carrera de relevos y a la importada competición de cucaña, que consistía en ver quién conseguía trepar a un poste encebado y atrapar el premio amarrado en su cima. El mercado indio

dejó de ser indio. Para 1760, la población indígena de la parroquia más recóndita de la diócesis de Durango se había reducido a quinientos individuos. Así pudo testificarlo el obispo Pedro Tamarón y Romeral cuando se acercó a lomos de su jaca con intención de administrar a sus parroquianos el sacramento de la confirmación. En su libro de visitación, dejó enumerados los detalles que más poderosamente despertaron su curiosidad. Con respecto al paisaje, habla sobre cómo los picos de la sierra están cuajados de nieve a pesar de haber entrado ya el verano. En cuanto al mercado, menciona la variedad de artículos ofrecidos en sus puestos: «Hay pieles y carne de búfalo y de antílope blanco. Caballos, mulas, bueyes, corderos, cerdos, gallinas, esclavos indios paganos, pistolas, rifles, pólvora, balas, tabaco, hachas, sillas de montar, bridas, trajes, telas, zapatos, navajas, todo tipo de grano, chocolate y azúcar».

Llama la atención que el monseñor citase la venta de esclavos de pasada y sin darle mayor importancia que a la de carne de búfalo o de pistolas. Para entender su desapego, conviene que nos pongamos en la perspectiva de una época en donde la esclavitud se entendía como el destino natural de cualquier ser humano que se pusieran a tiro del enemigo. Una sentencia española de 1599 da buena cuenta de aquella crueldad. Os cuento.

En octubre de 1598 el pueblo de los Acoma había sido visitado por don Juan de Oñate, a la sazón Gobernador y Capitán General de todos los Reinos y Provincias del Nuevo México. Lideraba entonces aquel caballero andante una expedición de treinta y cuatro soldados en la que también le acompañaba, en calidad de comisionado oficial, el reverendo padre fray Alonso Martínez perteneciente a la orden del seráfico san Francisco. El propósito del gobernador español, según testimonio del secretario del tribunal don Juan Gutiérrez Bocanegra, había sido el de «descubrir y pacificar las provincias de los salinas y de los coloze, en las que habitaban indios jumanas, acoma, zuñi, moze y muchos otros que habían sido mencionados a nuestro señor». Motivado por tal empeño, la expedición llamada «Adelantado de España» había recorrido el valle del río Grande, poblado a

poblado, requiriendo a los caciques que jurasen lealtad al nuevo rey nuestro señor Felipe III y que abrazasen las enseñanzas de los Santos Evangelios. La visita a Acoma Pueblo resultó pacífica y gratificante, pues los indígenas se sometieron al nuevo gobierno sin oponer resistencia alguna y pagaron tributos en forma de mantas, alimentos y chaquetones de piel. Oñate les agradeció el gesto y siguió su camino.

Al cabo de unos días, el primero de diciembre, se presentó en Acoma Pueblo un grupo de rezagados. Lo integraban el maese general de campo Juan de Zaldívar, sobrino del gobernador, y treinta y un soldados. Ignorando que Oñate ya había parado allí, Zaldívar les regaló unas hachas que los indígenas aceptaron agradecidos y, a continuación, reclamó provisiones para continuar su marcha. Los acoma trataron de explicarle que ya nada de valor les quedaba, pues todas sus provisiones se las habían entregado a los anteriores visitantes y, a cambio, le ofrecieron unas modestas tortillas de maíz. Alzaron la voz los españoles reclamando harina y entonces, «con premonición y alevosía», siempre según el testimonio que consta en el Archivo de Indias del secretario Gutiérrez Bocanegra, los nativos lanzaron un ataque inesperado. Perdieron la vida el joven Zaldívar, dos de sus capitanes, ocho soldados y dos siervos. El resto, gravemente malheridos, hubieron de saltar desde los elevados peñascos para salvar su vida. A algunos de ellos, los indios consiguieron darles alcance en su huida, matando a sus cabalgaduras y robándoles las barras de hierro que utilizaban para fabricar las herraduras.

Horrorizado por las terribles noticias, Oñate consultó a los frailes y estos le aconsejaron venganza. La gente del idioma keres, razonaron, había jurado obediencia y vasallaje a la corona de España por lo que, en consecuencia, el asesinato de un oficial había de clasificarse como delito de alta traición. El gobernador hizo llamar al sargento mayor Vicente de Zaldívar Mendoza, hermano del asesinado maese de campo, y le puso de inmediato al mando de una expedición punitiva cursándole órdenes precisas: «Si el Señor

resultase misericordioso y nos bendijera con una victoria, habrás de arrestar a toda la gente, joven y vieja, sin perdonar a ninguno. Castigarás a todos los que tuvieren edad de pelear como mejor considerases, y en advertencia al resto de los súbditos de este reino. A todos los que ejecutases, habrás de exponerlos en vista pública y en lugares destacados como medida *ejemplizante*. Si quisieras mostrar indulgencia sobre alguno de los arrestados, debes de convencer a los indios de que llevas a cabo tal medida a petición de los frailes. De este modo reconocerán a los misioneros como sus benefactores y protectores y les tendrán en una estima tan grande como el temor que hacia nosotros profesan».

En enero de 1599, Vicente de Zaldívar se personó al mando de un puñado escaso de hombres a las puertas de un poblado que imponía el respeto de una alcazaba infranqueable. Apodado la Ciudad del Cielo, Acoma Pueblo había sido levantado a base de adobe en la cima de un peñón rojo y solitario de ciento diez metros de altura. Desde allá arriba les apuntaban los poblanos con sus flechas. La enorme experiencia militar que los caballeros españoles habían acumulado en las continuas escaramuzas contra el moro durante los siglos previos de reconquista ciertamente ayudó al sargento mayor a pergeñar un plan.

Amparados por la oscuridad de la noche, los hombres escalaron el encrespado peñón por la parte de atrás de este. Después, para culminar con éxito su hazaña, subieron con cuerdas un pequeño cañón y abrieron fuego. Se incendiaron las casas y cayeron sus techumbres, desmembradas por las llamas. Un total de ochocientos nativos hallaron la muerte aquella fría noche mientras corrían despavoridos sin entender lo que estaba ocurriendo. Los unos atravesados por balas de plomo, los otros pasados por el hierro de las espadas. En la mañana del 23 de enero, el sargento mayor demandó explicaciones por la muerte de su hermano a los indios refugiados en «las estufas» (nombre que puso el cronista Castaneda a las kivas, cámaras circulares que los pueblo utilizaban para celebrar consejos de gobierno y que, al estar semienterradas,

conservaban una temperatura agradable en pleno invierno). La respuesta fue el silencio. Los nativos habían escapado a través de túneles que comunicaban sus kivas con salidas ocultas en el exterior y se habían ido quitando la vida unos a otros. Preferían la muerte al sometimiento de sus enemigos. Alertado, don Vicente ordenó apresarlos a todos. Al final del día, los españoles iniciaron el camino de regreso a San Juan Bautista, cuartel donde estacionaba el ejército de su majestad, con un total de quinientos cautivos: setenta de ellos hombres y el resto mujeres y niños. Se celebró un juicio contra ellos y, el 9 de febrero, el gobernador Juan de Oñate y Salazar, «adelantado», descubridor y pacificador de los reinos y provincias de Nuevo México y de todas las tierras desconocidas que con aquellos dominios pudiesen limitar, rubricó la sentencia.

De la defensa de los indios se encargó Alonso Gómez Montesinos, asistido por un intérprete indígena españolizado al que se hace referencia en los escritos con el nombre de don Tomás y a quien, por el hecho de no haber sido bautizado, se le eximió de tomar juramento ante la cruz. La acusación le correspondió al procurador general Gaspar de Villagrá. Escuchados múltiples testimonios por boca de los indígenas cautivos, la mayoría de los cuales declararon no ser responsables de las muertes de españoles, Gómez Montesinos solicitó clemencia para sus defendidos en virtud de su condición de «bárbaros». Su criterio no fue tenido en cuenta por la sentencia de Oñate.

«A los varones que sean mayores de veinticinco años los condeno a que les sea amputado un pie y hallan de servir por veinte años. A los varones entre doce y veinticinco los condeno a que hallan de servir por veinte años. A las hembras mayores de doce años, las condeno por igual a veinte años de servidumbre. A los dos indios de la provincia de Moqui que se hallaban presentes en Acoma Pueblo en el momento de los incidentes juzgados, los condeno a que se les ampute la mano derecha y sean enviados libres a sus poblados con el fin de que comuniquen a los suyos el motivo de su castigo.

»A todo menor de doce años lo declaro libre e inocente de la ofensa por la que castigo a sus padres. Por ello, entrego a las niñas al padre comisionado fray Alonso Martínez en la seguridad de que él, como cristiano y persona cualificada, las distribuirá en este reino o en el reino que él considerase oportuno en monasterios o lugares donde crea que alcanzarán el conocimiento de Dios y la salvación de sus almas. A los niños, los someto a las órdenes de don Vicente Zaldívar Mendoza, mi sargento mayor, con la orden de que consiga el mismo objetivo.

»A los ancianos, discapacitados tras la guerra, ordeno que se les libere y sean entregados a los indios de la provincia de Querechos y que no se les autorice nunca más a abandonar aquellos pueblos.

»Ordeno que todos los hombres y mujeres indias que han sido sentenciados a servidumbre sean distribuidos entre mis capitanes y soldados para que los tengan como esclavos por el tiempo sentenciado de veinte años y no más».

En pocos días, centenares de acoma pasaron de vivir libres en su mesa de rocas sedimentarias a ser esclavos; bien a manos de españoles, bien de otras tribus indígenas. A los veinticuatro guerreros que resultaron acusados de participar directamente en la defensa de su pueblo se les amputó el pie derecho. La Ciudad del Cielo había dejado de existir.

Hoy, a la estatua ecuestre de Juan de Oñate, un bronce de tres metros y medio de altura erigido en 1994 en la ciudad de Alcalde para conmemorar el 400 aniversario del primer asentamiento europeo en el lejano oeste, también le falta el pie derecho. Alguien se lo amputó con ayuda de una motosierra una noche sin luna del mes de diciembre de 1997. Por el suelo de arcilla rojiza rodaron en amasijo, tras un golpe leve y seco, su bota, su estribo y la característica espuela de los castellanos en forma de puntiaguda estrella. En 2020, la estatua fue retirada de la vía pública. Las autoridades del condado de Río Arriba alegaron que se trataba de una medida de precaución temporal, pero, debido a las fuertes

protestas desatadas en las comunidades indígenas, no existe fecha prevista para su reinstalación.

El sometimiento de los indígenas seguía a la orden del día en 1760, cuando el obispo de la diócesis de Durango, don Pedro Tamarón y Romeral, describió su visita al mercado de Taos Pueblo. Para entonces, las indias compradas o hechas prisioneras en batallas ya formaban parte de la vida cotidiana en los ranchos de los vaqueros españoles. Ellas eran las encargadas de limpiar las haciendas, de cocinar, de cardar la lana y de hilar el algodón que usaban para tejer las mantas. A las órdenes de sus amas (algunas de ellas aristócratas venidas de España; las más humildes, mestizas, hijas de español e india), las esclavas estaban continuamente sujetas a posibles violaciones por parte de los peones. Una vida en precario muy similar a la de las españolas que eran raptadas con frecuencia por los indios para ser sometidas a la servidumbre.

Al propio obispo Tamarón, nada más vadear las crecidas aguas del río Bravo para administrar el sacramento de la confirmación, le pusieron al tanto de unas terribles noticias. Tres mil guerreros comanche habían descendido al valle en una expedición de castigo y, tras sortear Taos Pueblo debido a su formidable fortificación, habían atacado los ranchos. En el de Villalpando, en el que se habían refugiado las familias Archuleta, Torres y Jáquez, escalaron los muros y prendieron sus vigas. Tras asesinar a sangre fría a uno de los patrones, Juan José Jáquez, los indios se habían llevado raptada a su esposa, doña María Rosa Villalpando. Su bebé, José Juliano, había sobrevivido milagrosamente al asalto. En total, fruto de aquella incursión, perdieron la vida casi todos los varones, y cincuenta y seis mujeres y niños fueron hechos cautivos. Solo la historia de María Rosa ha llegado hasta nuestros días.

Por su propio testimonio sabemos que vivió como esclava en un poblado comanche varios años hasta que fue vendida a los pawnee. Su mísera existencia cambiaría una mañana de 1770, cuando vio recortada en el horizonte la silueta del trampero Jean Salé. El francés observó a la cautiva con detenimiento, se avino al pago de

un rescate y la condujo consigo a la ciudad de San Luis. Una vez en Misuri, Salé decidió convertirla en su esposa y tuvo cuatro hijos con ella. Luego, cuando decidió abandonarla para regresarse en solitario a Europa, María Rosa heredó el fructuoso negocio de pieles y utilizó parte de aquellas ganancias para abrir un negocio que conocía de primera mano: el comercio de esclavas. Tonta la última.

Posdata: en 1802 se personó en San Luis el bebé José Juliano, para entonces ya convertido en todo un hombre. Hasta Taos habían volado las noticias de la asombrosa prosperidad de su madre, y él caminó los mil seiscientos kilómetros que de ella le separaban (atravesando desiertos y montañas) para comprobar con desolación, a orillas del Misisipí, que Villalpando lo había borrado de su memoria. La herencia recayó solo en los hijos franceses. Cosas que pasan.

En cuanto a ella, juicios morales aparte, es justo poner en valor su papel en el contexto del lejano Oeste. Siguiendo el acertado consejo de Flannery Burke, historiadora que mantiene que «cuando incluyes a las mujeres, la percepción de la historia cambia radicalmente», conviene recordar que, en el San Luis español de 1770, las esposas de los comerciantes de pieles gobernaban sus casas en los meses en que sus maridos permanecían ausentes. Bajo la legislación española, una mujer casada estaba autorizada a comprar y vender propiedades, a prestar dinero o a tomarlo prestado, a presentar una demanda judicial y a realizar todo tipo de gestiones por sí misma ante las autoridades. En contraste, a partir de 1804 (una vez Napoleón hubo vendido Luisiana a Jefferson) las damas perdieron sus derechos. Al casarse, cualquier bien que hubiesen aportado al matrimonio pasaba bajo la legislación estadounidense a sus esposos, y solamente ellos o los hijos varones podían comprar o tener propiedades.

Todos estos sucesos del pasado habían caído ya en el olvido cuando yo me acerqué a Taos Pueblo. Su mercado se reducía a una señora que, a la entrada, vendía postales y arcos de juguete y, salvo una familia que enfoscaba la terraza de adobe de un segundo piso, el resto éramos turistas en pantalones cortos y chanclas. Todos,

menos Sarah y yo, con una botella de agua en las manos. Bueno, más bien con una cantimplora, porque no sé muy bien cómo definir a esas bombonas de más de un litro que llevan los estadounidenses a cuestas a donde quiera que vayan. Se conoce que a los protestantes les atormenta más la idea de pasar sed que a los católicos la de ir al infierno. Fíjate cómo será la cosa, que el conserje del museo Frick de Nueva York (una joya de colección privada tipo el Thyssen de Madrid que recomiendo fervientemente visitar) me confesó hace poco que, en consigna, más que abrigos, lo que custodian son termos con agua fría.

Ahora, como te digo lo uno te cuento lo otro. Las casas de cinco alturas erigidas en el año 1300 seguían en pie y te quitaban el aliento, como debieron de anulárselo a Hernando de Alvarado allá por el 1540. El único aspecto diferenciador con respecto a la descripción del capitán de artillería radicaba en que las viviendas tienen ahora puertas a la calle. Unas teñidas de rojo por efecto de los polvos de cinabrio y otras de azul por las hojas del añil. Vanos abiertos en los muros de adobe por orden de los mismos franciscanos que les conminaron a colgar un crucifijo hace cuatrocientos años sobre sus montantes para ahuyentar la presencia del diablo.

Hasta la llegada de los misioneros, y por razones de seguridad, los pueblanos accedían a sus viviendas por una claraboya. La azotea de un vecino hacía las veces de patio del vecino de arriba y a cada piso se accedía con una escalera de mano apoyada en la correspondiente fachada. Por ella ascendían de día y, de noche, la recogían y dejaban tumbada en la altura. El hogar, al que había que descender como si de una madriguera se tratase, lo formaba una única estancia. Las paredes las impregnaban con un pigmento blanco sacado de las arenas del desierto para que el reflejo de los rayos de sol que descendían desde la abertura del techo la mantuvieran iluminada. La claraboya era el modo más seguro de evitar que se colasen animales salvajes y, en caso de recibir el ataque de una tribu enemiga, resultaba bastante más ventajoso

defenderse contra los invasores desde la altura. A los franciscanos no les gustó aquel secretismo y les conminaron a abrir puertas y ventanas para poder observarlos de cerca.

Los modos de vida de la gente de la lengua tiwa en el siglo XVI nos han llegado sobre todo por el testimonio de una segunda avanzadilla española que se personó en Taos Pueblo al cumplirse un año de la visita del capitán Alvarado. La comandaba don Pedro de Castaneda, cronista oficial de la expedición de Coronado, enviado allá por la sana costumbre que tenían los caballeros andantes de querer documentar al dedillo los territorios recorridos en sus andanzas, no fueran a encontrarse luego en ellos tesoros y tuvieran que reclamarle su parte a la corona. Para entonces, don Pedro llevaba ya más de un año dando tumbos por Norteamérica en busca de las Siete Ciudades de Cíbola. Seguía la senda indicada por el Bigotes, un guía indígena de confianza que resultó ser más fantasioso que fray Marcos de Niza, y cuyo único objetivo consistía en alejar lo más posible a los españoles de las zonas habitadas por su gente.

Castaneda se había sumado en Compostela (Nayarit) a la expedición de Coronado, gobernador de Nueva Galicia, compuesta por 150 jinetes, 200 infantes, 500 caballos, 1000 mulas y 800 indígenas. A todos ellos les había despedido el virrey Antonio de Mendoza con grandes bendiciones y deseos de fortuna, pero sin concederles ni un maldito real para sufragar el empeño. De hecho, Vázquez de Coronado se vio obligado a solicitar un préstamo personal de 71 000 reales de plata (una cantidad abismal para una época en la que el salario de un soldado rondaba los cien reales al mes) y a empeñar las posesiones que su esposa doña Beatriz de Estrada, llamada la Generala y heredera de una familia dueña de minas en Zacatecas, había aportado al matrimonio.

Lo primero que le sorprendió a Castaneda sobremanera fue el hecho de que las mujeres indias participaran en los trabajos de construcción. Ellas se encargaban de elaborar el mortero y de levantar las paredes; los hombres, de arrastrar las pesadas vigas y

colocarlas sobre los muros. Al parecer, tenían que recorrer grandes distancias para encontrar madera, pues ya habían deforestado los alrededores a base de talar árboles. Se calcula que, para la construcción de Pueblo Bonito, un poblado situado en el cañón del Chaco abandonado antes de que aparecieran los castellanos, se cortaron la friolera de veinte mil palos. Sobre ruinas como aquella, de poblaciones indígenas abandonadas tras agotar sus recursos, los españoles levantarían las primeras ciudades del oeste.

Sumado al asombro de que las mujeres indias desempeñasen labores de albañilería, vino la sorpresa de observarlas despellejar y despiezar los animales cazados por los varones. Pero el no va más de los roles cambiados llegó cuando vieron que, en la plaza, los hombres se sentaban a tejer cestos y las mujeres a moler maíz. Trocitos del corazón de la diosa Utset que, compadecida por el feo secarral en que habían sido condenados a vivir los pueblo, había sembrado al principio de los tiempos para que floreciesen en forma de alimento; unos granos amarillos que, también para colmo, las mujeres se encargaban de sembrar y de recolectar en los campos. Los misioneros no tardarían en ordenar aquel desbarajuste social poniendo a las mujeres a tejer y a los hombres a cultivar los campos y a construir las casas, como era menester.

Aquella intromisión en las costumbres afectó también a los casamientos y trastocó los linajes indígenas tradicionales, al introducir a los varones en los derechos de herencia de los campos que desde siempre habían pasado solo de madres a hijas. Lo mismo ocurrió con la alteración de algunos de sus objetos cotidianos, como las vasijas de cerámica. Resultó que no eran suficientemente grandes para albergar la media fanega de grano reclamada como tributo por los invasores, y se presionó a los alfareros para convertirlas en auténticas ollas que terminaron por cambiar el modo de cocinar y por acabar con la elaboración de algunos de sus guisos. Los indios que podían permitirse rellenar las ollas hasta arriba, bien con maíz o bien con el trigo introducido en sus sembrados por los españoles, siguieron con el resto de sus tradiciones más o menos

intactas; los que no, tuvieron que pagar con servidumbre y comenzaron a hispanizarse.

Antes de que ocurriese todo aquello, en los tiempos en que don Pedro Castaneda pudo comprobar también con sorpresa que los habitantes de Taos Pueblo consideraban al antílope como a un verdadero hermano, los indígenas habían indicado al cronista que el nombre de su localidad era Braba, denominación que no debió de resultar de su agrado. Este decidió cambiarla por otra que, a su modesto entender, resultaba más cristiana: Valladolid. Nombre garboso, sin duda, pero que, dicho sea aquí de paso, nada tenía de gentil, sino de musulmán, pues «Balad al Walid» rendía pleitesía a Walid I califa omeya de Damasco. En cualquier caso, el mandato no llegaría a cumplirse por falta de los necesarios mecanismos de control para implementarlo. Demasiada tierra para tan pocos cristianos.

Para asombro de los locales, en 1581, el Chamuscado y el fraile Agustín Rodríguez volvieron a intentar cambiarle el nombre al sitio. En esta ocasión, sacándose de la manga una denominación más exótica que la de su predecesor, pero no por ello menos ajena a los indios: Nueva Tlascala. Tampoco llegó a cuajar. Francisco «Chamuscado» Sánchez tampoco permaneció entre los indígenas demasiado tiempo. Lo justo para levantar el primer mapa de Taos Pueblo y certificar que el terreno que encerraban sus murallas (no sabemos si como una nostálgica premonición de lo que pronto se les iba a venir a los pueblanos encima) tenía forma de lágrima. Un pentágono irregular que en su diagonal más larga medía 883 metros y en su panza alcanzaba una anchura de 365. En los edificios altos contabilizó un total de quinientos apartamentos. Una vez dibujado el croquis, Chamuscado se despidió del fraile Agustín Rodríguez, quien insistió en quedarse para proceder a la evangelización de los salvajes y quien, tristemente, apenas comenzó a alejarse hacia el sur su compañero de fatigas, resultó cruelmente martirizado.

El primer español que pudo convertirse en residente habitual de Taos Pueblo tardaría en llegar otros dieciocho años. Era también

misionero, como el difunto Agustín Rodríguez, y respondía al nombre de fray Francisco de Zamora. Llegaba procedente de la misión californiana de San Gabriel y había sido enviado por el gobernador de Oñate con objeto de fundar una iglesia desde la que ganar prosélitos con celo para la fe católica. Corría el año de 1598. Para entonces, la gente de la lengua tiwa llevaba instalada junto al cauce del arroyo Sauce Colorado casi doscientos sesenta años. Rebobinemos un poco para contar su historia.

Los indios de Taos Pueblo asomaron por el valle del río Grande a comienzos del año mil de la era cristiana. Al mismo tiempo en que, por situarnos en el contexto histórico, los vikingos conseguían desembarcar en Terranova, un territorio de Norteamérica que hoy pertenece a Canadá. Y exactamente el mismo año en que, en la península ibérica, los matemáticos del califato de Damasco introducían el álgebra (*al-jabr*), un método revolucionario que enseñó por vez primera a los cristianos a equilibrar los dos lados de una ecuación.

Ahora bien, aunque recién arribados a las praderas semidesérticas de Nuevo México al final del primer milenio, los tiwa no eran ni mucho menos nuevos pobladores de lo que un día sería territorio de los Estados Unidos. El pueblo ancestral de los tiwa, los anasazi, había entrado al actual estado de Washington desde el Yukón canadiense hacía aproximadamente la friolera de catorce mil años. Un tiempo más que prudencial para haberse ganado con creces los papeles de residencia.

Como otras tribus, los antepasados de aquellos pueblanos habían cruzado a América desde Siberia, la punta más oriental del continente asiático, durante la última glaciación. Aprovecharon que el descenso significativo del nivel del mar había dejado al descubierto un puente de tierra en el estrecho de Bering que comunicaba ambos continentes. Cuando lograron su hazaña, el mundo entero se encontraba sumido en la edad de piedra y faltaban aún miles de años para que surgiesen las primeras civilizaciones del planeta en Egipto y Mesopotamia.

Desde su llegada al nuevo continente, los anasazi no habían dejado de moverse. Eran cazadores-recolectores y durante cerca de veinte mil años estuvieron vagando en busca de alimento, siempre en dirección al sur. Primero en Alaska, luego en Canadá y, finalmente, siguiendo la costa del Pacífico de Estados Unidos en dirección a California. Al llegar a la altura de Oregón, algunos decidieron dispersarse y probar fortuna hacia el interior. Iban persiguiendo a los grandes trofeos de caza; mamuts a los que acechaban con sus lanzas de punta de piedra acanalada y cuyo rastro los obligó a caminar hasta Nuevo México. Allí, por fin, fundarían sus primeros asentamientos permanentes.

El secreto fue que, para entonces, los tiwa ya habían descubierto el arte de la irrigación. Dicho de otra manera: los indígenas del sudoeste de Estados Unidos habían dado con las acequias. Invención que les permitió establecer comunidades de agricultores en un vasto territorio que hoy es llamado las Cuatro Esquinas por ser donde convergen los actuales estados de Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona. Taos Pueblo es uno de aquellos primitivos asentamientos, y la única estructura prehistórica que se conserva en todo Estados Unidos. En su libro *La acequia madre*, Oliver La Farge describió así el paisaje que se encontraron los pueblanos a su llegada a las llanuras de Nuevo México y que obró el milagro de poder abandonar de una vez por todas la vida nómada: «Más de mil años pasados, los indios que sabían bien como sembrar maíz y otras plantas nativas veían como las aguas que fluían apresuradamente en los riachuelos no hacían mucho bien. Cuando llovía, el agua se deslizaba deprisa, llevándose por delante el lodo. No se concentraba ni se adentraba en el terreno. En el valle todo estaba seco y el zacate, o hierba de pasto, crecía muy delgadito. Se veía una hoja acá y otra hoja allá, tan lejos la una de la otra como la anchura de una mano. Los pavos no podían permitirse sestear; permanentemente en busca de un brote tierno. Picaban una hebra de hierba y tenían que andar cinco o seis pasos para encontrar otra. Los pocos arbustos que había crecían muy separados. Las únicas plantas que podían sobrevivir eran el

cacto o la yuca. Los árboles eran pinos retorcidos. Era una tierra quemada por el sol, un desierto arenoso que pocos animales habitaban y por donde campaban hambrientos los coyotes. La lluvia no resultaba suficiente en aquella tierra para que un hombre pudiera sembrar labranzas. Si cultivaba y aguardaba a las lluvias, la semilla no terminaba nunca de enraizarse, y si, con suerte, conseguía hacerla brotar, los plantones se secaban y morían al poco de nacer».

En contraste, arriba en las montañas la naturaleza era otra cosa. Me refiero a las frondosas navas de las cordilleras de Nuevo México a las que los españoles, impresionados por el color rojizo que adquirían sus paredes de piedra durante las dramáticas puestas de sol, bautizaron con nombres tan pintorescos como el de Sandía o el de Sangre de Cristo. Apelativos nada sorprendentes viniendo de gentes que, por motivos similares, habían apodado al monte más alto de los Picos de Europa el Naranjo. Se conoce que nuestros ancestros, cada vez que tornaban la vista hacia el monte a la hora del crepúsculo, se emocionaban. Sin embargo, se conoce que a los indios pueblo, como describe La Farge, les llamó más poderosamente la atención el verde: «Un verde, tan verde, que las montañas les parecieron azuladas en su verdura gruesa».

Allá arriba, y siempre según las detalladas descripciones de La Farge, se conservaba muy fresco el aire hasta mediados del verano, y los inviernos se hacían eternamente largos y fríos. Nevaba sin cesar y, en un buen año, se podía llegar a apilar la nieve hasta duplicar o triplicar la estatura de un hombre. Los pueblo tomaron buena nota de aquello.

«Al lado de los ríos, pero mucho más alto que las aguas del río, hallaron los indios mucha tierra o terreno plano que podría ser muy útil para la agricultura, si no tuviera que depender solo de la mucha lluvia. En lo alto de aquellas sierras habitaban animales fuertes y duraderos como el venado, el oso y el alce. Crecían abetos muy altos. Los arbustos eran gruesos y el zacate mucho más espeso que en el llano. La tierra no era ya arenosa, ni se había secado. Abundaba la lluvia y el agua caída se adentraba bien en el terreno,

en donde quedaba almacenada porque las raíces bien la retenían. Todas las plantas que crecían en las montañas, árboles, fresas silvestres, flores colombinas, lirios y berros eran alimentadas por ella. Y todavía había agua de sobra que brotaba de la tierra en ojitos o fuentecillas naturales que criaban riachuelos. Aquellos se juntaban el uno con el otro hasta bajar formando un río como el llamado Cerrito que se deslizaba entre riberas verdes y en el que había muchas truchas».

Entonces, los indios se pusieron a dilucidar cómo subir el río a aquellas navas fértiles: «Desviaron agua del río hasta un lugar que estaba por alto de la meseta en donde querían hacer sus labranzas de agricultura. Hallaron un sitio donde las riberas estaban bajas y, empezando desde allí, cavaron una acequia larga y muy derechita».

La ausencia de herramientas hizo su labor bien farragosa. Los indios no conocían todavía el metal, y escarbaban la tierra con palos afilados, piedras puntiagudas y una especie de azadón de hueso de venado. Tampoco les ayudaron los altibajos del terreno. Aunque los pueblo conseguían desviar el caudal del río hacia su terreno, de camino, cada vez que la acequia daba con un hoyo o una fisura, se filtraba el agua y se perdía. O bien, una vez conducida el agua hasta abajo, el caudal traía tal fuerza debido a la pendiente que arrasaba con todo el sembrado.

A fuerza de experimentar consiguieron disminuir la velocidad de la corriente construyendo la acequia en zigzag, una labor tortuosa que los obligaba a escarbar decenas de kilómetros prácticamente solo con las manos. También discurrieron la fórmula para controlar el caudal a conveniencia. Consistía en añadir o quitar palos y barro, a imitación de los hermanos castores, en su cabecera. De este modo, los tiwa consiguieron utilizar a voluntad la nieve caída en las copas de las montañas lejanas y pudieron volverse sedentarios.

Tras su asentamiento y la construcción de viviendas, los caballeros andantes españoles que se toparon con ellos en el siglo XVI hicieron referencia al fenómeno y hablaron del pueblo de los acoma, del pueblo de los taos o del pueblo de los hopi. (La suma de

todas las poblaciones contabilizadas ascendía a cuarenta mil habitantes que vivían repartidos en noventa fortificaciones, las mismas que recorrió Juan de Oñate exigiendo el pago de tributos). Cuando, en 1848, el legendario Oeste pasó a manos de Estados Unidos, se tradujo todo al inglés, y los nuevos *cowboys* creyeron que «pueblo» era el apellido de aquellas tribus. De ahí los nombres actuales de los descendientes de los indios anasazi y de los indios mogollón, tales como Taos Pueblo, Jemez Pueblo o Zuni Pueblo.

Andando el tiempo, como cuenta Nina Otero-Warren en su libro *Old Spain in our Southwest*, los vaqueros ayudarían a los indígenas a perfeccionar aquel revolucionario sistema de riego. Traían el *know how* aprendido en España de los árabes: nuevas herramientas y sistemas de trampillas que facilitarían enormemente los trasvases, y, sobre todo, el hecho de decidirse a plantar miles de álamos en sus orillas para procurar sombra a las acequias evitaron por fin que el testarudo sol siguiera evaporando y mandando a las nubes el agua que desviaban los indios con tanto esfuerzo.

Rodeado por una muralla de adobe (más bien, una tapia) que, según testimonio del Chamuscado en su momento llegó a alcanzar una altura de dos metros y medio y en la que aún pueden distinguirse las incisiones practicadas en el barro para poder disparar flechas desde dentro, Taos Pueblo sigue habitado y puede visitarse. Con restricciones del tipo «se mira, pero no se toca» (que le dejan a uno con las ganas, no voy a engañarte, de subir por la escalera y mirar por la claraboya), pero puede visitarse. Y con respeto, claro, porque no se trata de un museo con réplicas históricas, sino del lugar de residencia permanente de ciento cincuenta seres humanos que no han dudado en renunciar a comodidades tan básicas como la electricidad o el agua corriente para abrazar la forma de vida tradicional de su cultura. Un clan perteneciente a once familias que, alabado sea san Gerónimo, crece hasta superar los quinientos individuos durante las fiestas patronales, en las que se da la procesión del santo en el valle o las ceremonias ancestrales en el sagrado Lago Azul de las montañas. Algunos de los indígenas que

viven fuera de sus murallas, pagando hipoteca y conectados a internet, aprovechan esas diez semanas que marcan la transición del invierno a la primavera en las que Taos Pueblo cierra sus puertas a los curiosos para regresar y realizar labores de mantenimiento en las casas familiares que aún conservan. El joven que me tocó a mí de guía una mañana otoñal de 2025 se llamaba Kevin Baxter y decía ser uno de ellos.

«Vivo afuera cuidando a mi abuelito, pero mi intención es volver con mi gente y trabajar de monitor de esquí o de senderismo en las montañas», es lo primero que nos dejó caer tras saludarnos en el patio de la iglesia. Lo segundo fue esto otro: «No resultó nada fácil tomar la decisión de abrir Taos Pueblo a los turistas». Un arquitecto de Boston le dio las gracias por hacerlo y le reconoció que estaba profundamente emocionado por la visita. «En Massachusetts no tenemos este tipo de arquitectura. Me chifla», le dijo.

Yo no me pude resistir a preguntarle que por qué habían optado por invitar a extraños. «Bueno…», arrancó Kevin a hablar, pero se detuvo en seco. Le observé sacudir la cabeza y quedarse un instante pensativo, como si estuviera valorando si merecía la pena o no contarme la verdad. «Desde luego, lo hicimos por dinero», dijo por fin. «Los turistas pagan la entrada, y necesitamos fondos para mantener en pie nuestras casas. Aquí no hay muchas otras formas de generar ingresos. Eso está claro, ahora bien…». De nuevo, decidió medir sus palabras. «¿Ahora bien qué?». A mí me carcomía la impaciencia. Kevin se recolocó las gafas de sol con tranquilidad y me miró de arriba abajo intentando dilucidar mi procedencia. No sé si las abarcas menorquinas que calzaba aquella mañana le ayudaron a centrar el tiro. «El consejo pensó que admitir visitantes nos daría ocasión de contar nuestra versión de la historia y de aclarar algunos… malentendidos».

Arqueo las cejas en previsión del rapapolvo histórico que está a punto de caerme por el hecho de ser ciudadano español. Los antepasados de Kevin, de sobra lo sabemos él y yo, no aceptaron nunca de buena gana la presencia de nuestros vaqueros. Lo mismo

que les debió de pasar hace dos mil años a los de Segovia con los romanos. La humanidad tiende a repetirse. En cualquier caso, sin dilaciones ni miedos, a por la verdad de la historia que vamos.

—Empecemos por la iglesia, —sugiere Kevin a todo el grupo.

Vale, pues por la iglesia empezamos.

Test de orina

Después de recorrer territorio amish, llegamos con la miniván a Pittsburg. Íbamos a quedarnos una noche en casa de nuestros amigos Sarah y José a quienes, para no revelar su identidad, diré a partir de aquí que se llamaban Andrea y Andrew, y que vivían en Chicago. Los datos mencionados en las líneas anteriores juraré ante un juez que se tratan de una errata editorial. En cualquier caso, llegamos y nos pusimos a charlar. Ningún tema de exagerada profundidad intelectual. Cositas para ponernos un poco al día. Y, en medio de un comentario sobre no sé qué, Andrew va y me suelta lo del test de orina. Bueno, en honor a la verdad, creo que su comentario resultó motivado por la mención que le hice a José, digo, a Andrew, sobre una pieza que andaba yo escribiendo para Carlos Alsina sobre el abuso que hacen las empresas de este tipo de análisis en Estados Unidos.

Mi crónica radiofónica se basaba en un estudio de la American Civil Liberties Union, es decir, el sindicato americano de derechos civiles, que calculaba que unos veintitrés millones de trabajadores estadounidenses han de someterse a una prueba de orina anualmente para demostrar que no se drogan. Exigirlo es legal, pero la ACLU lo cuestionaba por considerarlo invasivo y denunciaba haber detectado un incremento de su uso de casi el trescientos por ciento desde el año 1987. Y fue, precisamente en este punto, cuando Andrew, el de Chicago, va y me apunta que el abuso de los test de orina no solamente se da en los lugares de trabajo, sino que también viene siendo práctica habitual de las compañías de seguros para negarles el tratamiento a algunos pacientes.

A continuación, mi amigo me reveló, y yo me quedé de piedra porque, hijo, no estaba al tanto de nada de todo aquello, que él había padecido hasta hacía bien poco hepatitis C. Una fastidiosa enfermedad crónica que le estaba causando cirrosis.

—Vaya.

Me comentó también que llevaba años sometiéndose a un tratamiento inyectable, muy poco efectivo (estadísticamente con un resultado medio del cincuenta por ciento de curación), que, encima, le dejaba arrastrando los síntomas de una gripe durante ocho meses. «Hecho unos zorros, Guillermo» fue su descripción literal.

Al parecer, hacía dos años, Andrew se enteró de la salida al mercado de un nuevo fármaco, Harvoni, que, con tomar una pastilla al día, durante tres meses y sin provocar molestos efectos secundarios, estaba consiguiendo un índice de curación del noventa y seis por ciento en pacientes de hepatitis C. ¿Cuál era el inconveniente, entonces?

—Que es muy caro, Guillermo, —me reconoció José Andrew.

Doce semanas de tratamiento con esas pastillas costaban, por lo visto, la friolera noventa mil cuatrocientos dólares. Total, que Andrew solicitó el tratamiento a su seguro médico y se lo denegaron.

—¿Cómo es posible?

—¿Te lo digo o te lo cuento?

Resulta que a Andrew le informaron de que los seguros médicos de Estados Unidos pueden denegar un tratamiento de hepatitis C agarrándose a cualquiera de estas seis premisas:

- Que la enfermedad esté demasiado avanzada.
- Que el paciente no respete la abstinencia de alcohol y otras drogas.
- Que el medicamento no haya sido prescrito por un médico especialista en el hígado.
- Que las expectativas de vida del paciente sean escasas.
- Que existan otros tratamientos más baratos.
- Que el paciente padezca otra enfermedad que contribuya al deterioro del hígado.

Según nos comentó Andrea, su mujer, Andrew insistió a los trabajadores del seguro, les rogó, pero le contestaron que Harvoni, en su caso, no era necesario porque el tratamiento que tenía era el apropiado. «Caramba». Resignado, mi amigo decidió dar el caso por imposible y se dedicó a lo suyo, que es producir contenidos audiovisuales (aunque aquí diremos que trabaja en banca privada. Concretamente, en HSBC, para despistar).

En los meses siguientes a aquellos extraordinarios acontecimientos, a mi amigo el bancario (que no banquero, ya que resultan ser dos profesiones bien diversas) se le ocurrió, por cosas de la vida, proponerle a

una importante productora estadounidense un programa de televisión. Estaba basado en una fórmula bien conocida por el público español, pero ignorada aún por estos lares: «Estadounidenses por el mundo». Andrew había conseguido cita para presentar el proyecto a una de las grandes productoras de la ciudad de Nueva York. Aterrizó en Manhattan y se presentó a la cita con una hora de antelación, con tiempo suficiente para descargar los nervios y preparar la presentación. Y en eso estaba… cuando le sonó el móvil. Le llamaban del seguro médico. Le dijeron que habían revisado sus quejas y que, finalmente, habían decidido aprobar el nuevo tratamiento, siempre y cuando se sometiese previamente a un análisis de orina para probar que no se drogaba.

Llegado a este punto de la narración, y ya con la segunda cervecita en las manos, Andrew José me recordó, como si yo no lo supiera de antemano que la hepatitis C era una enfermedad bastante extendida entre los heroinómanos debido a que se contraía fácilmente por el contacto de jeringuillas infectadas.

—O sea que, si te drogas, el seguro entiende que es culpa tuya y que no tiene por qué cubrirte.

—¿Cuál es el problema? —le pregunté inocente.

Andrew no se drogaba. Al menos es lo que me confesó a mí Andrea, aunque, a decir verdad, me venía a importar un pito. A ver, lo justo para preocuparme por la salud de mi amigo en caso de que padeciese una adicción, pero no lo suficiente como para adentrarme en su privacidad en plan cotilleo. Allá él con lo que hiciera. Bastante he tenido yo con vigilar a mis hijos. Se lo comenté a Andrew y el tío me salió con que, bueno, digamos que no es heroinómano, pero que…

—Pero ¿qué, Andrew? ¿Qué? —le insistí.

—No, que fumo regularmente marihuana.

—Ah, bueno, mira tú.

El caso es que, a punto de iniciar la reunión profesional más importante de su vida en una productora de televisión neoyorquina (quiero decir, en una reunión sobre fusiones mercantiles en la sede de J. P. Morgan), a mi amigo se le encendió una bombilla y le entraron los cuatro mil males. Andrew sabía a ciencia cierta que si el análisis detectaba rastros de maría en su orina, aunque el consumo de cannabis no pudiera ser relacionado científicamente con la causa que motivó su hepatitis, el seguro médico podría agarrarse a que Andrew era drogadicto para denegarle el

tratamiento y, de este modo, ahorrarse los noventa mil cuatrocientos pavos. Oh, campos de soledad, mustios collados.

—¿Cuándo tengo que hacerme la prueba? —preguntó Andrew al teléfono, desconsolado.

—Mañana.

—¿Mañana? No puedo —contestó—. Estoy en Nueva York.

Mientras ganaba tiempo alargando innecesariamente aquella conversación, Andrew consultó en internet y encontró el resultado que se temía:

Periodos de detección de las distintas sustancias en orina

Hachís -Inhalación pasiva	22 minutos.
Fumadores esporádicos	de 7 a 10 días.
Fumadores habituales	30 días.

—¡¡¡Treinta días!!! —me dijo Andrew. Se le quebraba la voz, al pobre.

—Mire, ¿no podría hacerme el análisis el mes que viene?

—No, tiene que hacérselo ya o nada. Mañana.

—Mañana no puedo porque no estoy en Pittsburg. —Léase Chicago.

—Pues pasado mañana.

—Es que vuelvo en tres días.

—Pues en tres días.

Andrew me reconoció que entró en pánico, y yo le pregunté entonces que si no tenía unas patatas fritas. Andrea se coscó del asunto y sacó un queso blando, tipo *brie*, y unas galletitas saladas. Loado sea el altísimo. A continuación, Andrew pasó a relatarnos que, toda la hora previa en la que había pensado preparar la presentación del programa a los productores, se la pasó navegando en internet por diferentes páginas. Por lo visto, no fue el primero en teclear la pregunta del millón: «How to beat a urine test?». ¿Cómo falsear un análisis de orina? Aparecieron más de cinco millones de entradas en Google.

Andrew dice que la presentación del programa resultó ser un desastre, entre otras cosas porque no pudo tener la cabeza en su sitio. Luego, nada más salir de la oficina, se dispuso a seguir con detenimiento los pasos sugeridos por internet. Lo primero fue buscar un preservativo que no tuviera lubricante.

«¿Preservativos sin lubricar?». Pues sí, había escuchado bien. Lo pudo comprobar personalmente en la labor de búsqueda concienzuda que inició por varias *sex shops* del barrio neoyorquino de Chelsea. «A muchos de nuestros clientes les gusta comprar el lubricante aparte para poder personalizar la goma a su gusto», le informaron en uno de los locales. Costumbre que les alegraba sobremanera porque precisamente en la venta del aceite era donde les quedaba mayor margen. Esa misma tarde aprendió que los condones con mejor salida comercial eran los de la marca Truxtex.

—Es que tienen un diseño sencillo y eso evita confusiones al colocarlos.

—¿Perdón?

Por lo visto, un estudio reciente señalaba que el treinta por ciento de los varones se los solían poner del revés.

Una vez conseguida la preciada mercancía, Andrew marchó al aeropuerto para volver a casa. La segunda parte del plan consistía en encontrar en su localidad de residencia a un amigo de confianza que ni bebiese ni fumase ni se diese a las drogas. Un alma pura que quisiera echar una meadita en el condón sin lubricar de Andrew. Dos días más tarde, localizado el voluntario, acudió a su trabajo con el preservativo relleno de orina prestada escondido en sus gayumbos. Antes de salir para la clínica, debía de realizar el tercer paso: calentar el condón. Por lo visto, si la orina no está caliente, el analista detecta que has dado el cambiazo.

Así que, como quien no quiere la cosa, Andrew me dijo que se acercó a la salita donde tienen la máquina del café y, mientas sus compañeros ojeaban el móvil, colocó el condón en el microondas. Un minuto. Aquello daba vueltas y por el cristal se veía la goma circulando. A Andrew le corrían sudores fríos solo de pensar que algún colega pudiese cerciorarse de la jugada. Pero, gracias a Dios, nada de esto ocurrió. «Lo recogí calentito y, en el baño, volví a colocármelo en los calzoncillos».

De camino a la clínica, para que no perdiese temperatura durante el viaje, fue acompañado de dos calentadores de esos que te metes en los guantes cuando esquías. Llegó bien calentito, pero, te puedes imaginar: tenía los huevos a punto de eclosionar. Un enfermero lo examinó brevemente (que si cuánto pesas, que si te medicas) y le pidió que sacara todo lo que llevara en los bolsillos y lo colocase encima de una mesa. «Por fortuna, no me cacheó los *boxers*».

En el baño, Andrew pasó el contenido del preservativo al bote de plástico que le habían dado y lo colocó en la ventanita con torno giratorio. Una semana después, el seguro le aprobó el nuevo tratamiento contra su hepatitis. «Seis meses después, estaba curado».

Andrew ya no tiene hepatitis C, aunque la prolongada enfermedad le ha dejado alguna que otra secuela. Como, por ejemplo, el trauma de no poder calentar el café en el microondas sin imaginarse a un condón dando vueltas. Ya ves tú la que tuvo que montar en Estados Unidos para que le dieran el tratamiento adecuado. Ay, María. Ay, José.

Esa noche nos fuimos a la cama con una sonrisa, necesaria después de la experiencia vivida un par de días antes en el pueblecito de Dimock. Perdona, no te lo había contado.

Como dejé escrito en el artículo que luego publiqué en el *Huffington Post,* hasta la presidencia de Ronald Reagan había habido dos USA. Los Estados Unidos «de Adentro» y los Estados Unidos «de Afuera». Los «de Adentro», aún con sus excesos de armas domésticas y sus gorduras diabéticas, demostraron ser uno de los lugares más amables para vivir en la tierra. Los «de Afuera», con sus intervenciones militares y sus vetos a la justicia internacional, una de las pesadillas más amargas de la historia. Nada nuevo. Las dos caras de una misma moneda. Siempre había sido así. Japón protege sus bosques, pero esquilma los de Australia para construir casas de madera. España entera salió a la calle a defender la democracia mientras su gobierno aprobaba la venta de tanquetas a Pinochet para disolver manifestaciones pacíficas en Chile. Desde *El Príncipe* de Maquiavelo, inspirado en la enorme sagacidad diplomática del rey Fernando el Católico, el fin justificaba los medios.

Pero, tras el giro histórico hacia el neoliberalismo que experimentó Estados Unidos con Reagan en los años ochenta (caracterizado por una fuerte reducción de impuestos a las empresas y a los millonarios, una desregularización de los mercados y un aumento masivo del gasto militar), el imperio dejó de ser solamente perverso en el extranjero y se volvió también contra sus ciudadanos. Comenzó a negarles derechos y a quitarles protecciones. Las empresas podían contaminar sin límites o abusar a discreción de sus trabajadores. Cualquier decisión se daba por buena si procuraba mayores ganancias a los accionistas. Estados Unidos pasó de ser un país libre (encargado de defender los derechos de sus ciudadanos), a convertirse en un mercado libre (preocupado por implementar el derecho

a ganar dinero de sus empresas). Todo valía a cambio de dinero y, por vez primera, el imperio comenzó a autolesionarse. La América del Norte se envenenaba a sí misma como si quisiera desafiar con rabia a Eduardo Galeano, autor del libro *Las venas abiertas de América Latina*, demostrándole que los USA también eran tan chulos, que hasta eran capaces de abrirse sus propias venas.

El enemigo público de Estados Unidos al que aquí me refiero se llama fracturación hidráulica, y consiste en extraer gas natural del subsuelo a base de inyectar un veneno mortal que fulmina sus acuíferos. El conglomerado de intereses que en 2012 andaba detrás del asunto, la Natural Gas Energy, había invertido miles de millones de dólares en publicidad para que el ama de casa creyese que bastaba con practicarle un agujerito ecológico al terreno para embotellar limpiamente la inmensidad de combustible que se almacenaba a tres kilómetros de la superficie. En plan Barrio Sésamo, explicaban por televisión que el gas de la tierra se presentaba como el del agua mineral, en burbujas, y que a ellos se les había ocurrido inyectar agua a presión para fracturar las rocas, juntar las infinitas pompas en una grande y conseguir así que saliese todo por el mismo tubo. Para minimizar el daño medioambiental, justificaban. Para rentabilizar la inversión. Para que América no dependiese del petróleo que andaba en manos de dictadores terribles. Así de claro. Así de bonito. Así de fácil. Y, tan buenos eran ellos, que encima alardeaban de haber creado 9,2 millones de empleos a base de pinchar la tierra con esta acupuntura inocente. En resumen: el eslogan «drill, baby, drill» que luego popularizaría Donald Trump durante su campaña electoral de 2020.

En 2012, Dimock era un pequeño pueblo anclado en las verdes colinas de Pensilvania. Allí, habíamos contemplado de cerca el *fracking* y comprobado que su verdad resultaba tremendamente más sucia que la del anuncio. Descorazonadora. Los habitantes que almorzaban en Stables, la taberna local, comían sin querer levantar la vista del plato. No sonreían tampoco. No intercambiaban palabras con sus parejas. Los pájaros que solían posarse en los cables de la luz a amenizar con sus trinos a los viandantes habían decidido emigrar. El único sonido que quedaba en las calles era el de los cientos de camiones y excavadoras que iban trillando el asfalto y abriendo cremalleras de barro entre los árboles del bosque para montar sus campamentos. El ruido incesante de motores y el nauseabundo olor a nafta se confundía con el cargo de conciencia de sus habitantes por

haberle vendido su alma al capital. Un apocalipsis coronado por el rugido de unas llamas que emergían a bocanadas infernales de largas chimeneas, como alaridos de dragones en celo, y que le daban a este valle del paraíso un sonido ambiente de aeropuerto internacional que no cuadraba con sus granjas de caballos.

Las compañías del gas ocultaban que, para fracturar las rocas, necesitaban millones de metros cúbicos de agua que tenían que extraer de los manantiales locales, una operación que hacía descender trágicamente el nivel de la capa freática y dejaba algunos pozos obsoletos de por vida. Si tu vecino optó por ceder su terreno a los del gas por un puñado de dólares, pudiera ser que tú, al girar el grifo de la pila en tu cocina, observases con sorpresa que no salía ni una gota del caño. La mala noticia era que no volvería a salir jamás, y, espera, que eso no era lo peor. Lo más terrible consistía en que, en el líquido que te habían robado por debajo y sin previo aviso, iban a disolver un montón de componentes químicos para inyectarlos a presión en el subsuelo. Algunos de ellos, altamente contaminantes. Cancerígenos. Para que erosionasen a conciencia la madre tierra. Para que hiciesen daño abajo y le abrieran paso al gas: la energía limpia e independiente que creaba empleos a espuertas. El combustible que afloraba a la superficie mientras, por debajo, el veneno que lo empujaba contaminaba los acuíferos de por vida.

Hasta que en el año 2001 Dick Cheney llegó a la vicepresidencia de Estados Unidos, todo hijo de vecino tenía que respetar el *Clear Water Act*. Era una norma de protección del agua potable que obligaba a empresas y a particulares a declarar cualquier componente químico que se arrojase al terreno. Se trataba de defender la población, la fauna y la vegetación de Estados Unidos. Para que no volviera a pasar lo que ocurrió con el insecticida agrícola DDT. Pero Dick Cheney venía de dirigir Halliburton, la empresa que fabricaba en exclusiva la maquinaria necesaria para extraer gas y, en nombre de la seguridad nacional, le hizo firmar a Bush una ley que eximía a las petroleras de tener que declarar los potingues que usaban para extraer carburante. ¿Motivo? No hace falta ser muy listo para responder a esta pregunta. ¿Disculpa? Que la independencia energética es más importante que el daño medioambiental.

A principios del siglo XXI, los casos de contaminación se fueron multiplicando de forma exponencial por todo Estados Unidos. Enfermos de leucemia. Aguas negras. Animales moribundos. Tierras de cultivo secas y

abandonadas. En muchos hogares, el agua potable salía mezclada con un gas que silbaba al abrir el grifo y el chorro prendía fuego si le aplicabas la llama de un mechero. Historias terribles que, hasta la toma de posesión de Reagan, casi siempre habían ocurrido al sur del imperio; cuando el mismo Estados Unidos que prohibía a las fábricas de Texas arrojar vertidos al río Grande contrataba unos kilómetros más abajo los servicios de factorías mexicanas que se encargaban de teñir de colores tóxicos las aguas del mismo río, pero ya renombrado en español como Bravo. Con la práctica del *fracking* promocionada por Cheney, la cosa tomó un cariz distinto: el imperio, en lugar de avergonzarse de su política exterior y de corregirla, se lanzaba a practicarla en su propia casa. Materia muy novedosa para los psiquiatras.

En un universo cuya verdadera moneda de cambio ya no iba a ser el dólar ni el yen ni el euro ni siquiera el bitcoin, sino el vaso de agua, Estados Unidos se empecinaba en destruir sus propios acuíferos. Primero pulverizaron grandes ranchos en Colorado. En 2012 siguieron con Pensilvania y, agazapados en Dimock, se preparaban para saltar la frontera del estado de Nueva York sabedores de que, tarde o temprano, quien gobernase iba a necesitar crear empleos. Gracias a Dios se equivocaron: en aras de la salud pública, en 2020 la Asamblea de Nueva York se convirtió en pionera al ser la primera en prohibir la extracción de gas por fracturación hidráulica definitivamente. Pero la amenaza continúa. Si nadie para su ambición, las petroleras pegarán un zarpazo a la naturaleza del que muy difícilmente la humanidad entera podrá recuperarse. Vuelvo al Pittsburg de 2012.

A la mañana siguiente salimos a dar un garbeo. Primero, por el campus de la Universidad de Carnegie-Melon, en el que trabajaba Andrea. Desde allí, a almorzar a The Conflict Kitchen (la cocina de los países en guerra), que era un pequeño restaurante en el que solamente servían comida de los países que Estados Unidos consideraba sus enemigos. La gastronomía palestina era la reina. De allí, a recorrer el centro de la ciudad que resultó ser, como decía siempre en broma el periodista Rubén Amón, una ciudad *menumental*. Pittsburg había sido villa de acogida para otro Andrew, me refiero a un inmigrante de apellido Carnegie (la mayor fortuna mundial del siglo XIX) que se encargó de construir en ella museos y edificios que le recordasen a los de su Escocia natal. También se afanó en reservar grandes espacios para ubicar parques. Lo malo es que el hollín procedente

de los altos hornos en los que Carnegie quemaba carbón a mansalva para procesar el acero que le convirtió en multimillonario cubrió toda la ciudad de mugre durante largos años. Tanto, que en las décadas de 1940 y 1950 el polvo negro bloqueaba la luz del sol y obligaba a encender las farolas a mediodía. Luego, el añadido de vertidos industriales, de petróleo y de sustancias químicas al río Ohio acuñaría la famosa expresión popular de que «si arrojabas una cerilla a sus aguas, las llamas se propagarían peligrosamente por su superficie». En 2012 todo aquello había terminado y daba gusto pasear por la Ciudad de los Puentes.

Por la tarde nos llegamos al fuerte Pitt, puesto militar hasta el que viajaba por el río Ohio (afluente del Misisipí) la ayuda española enviada al general Washington desde Nueva Orleans durante la guerra de Independencia. Luego pasamos por el museo de Andy Warhol, otro que también era de aquí. Siete pisos. Ya te digo. Así que no nos quedó tiempo para visitar los museos Carnegie de Arte y de Ciencias Naturales y solo los vimos por fuera, tampoco te voy a mentir. Sí que subimos, eso es verdad, a la Catedral del Saber. Era una torre de cuarenta y dos pisos de esa arquitectura que llaman por aquí gótica y se quedan tan anchos. O sea, un edificio que podría formar perfectamente parte del decorado de una película de Batman. Parecida en su estilo, para entendernos, a la capilla del cementerio madrileño de la Almudena. La torre estaba dedicada a la inmigración que, en Pittsburg, ciudad santuario, la gente consideraba el mayor de sus tesoros. Ole. La cena en Lawrenceville se debatió entre tapas españolas y morcillas de Francia. También cayeron unas cervecitas belgas en una antigua iglesia católica. Y aaadiós.

A la mañana siguiente, antes de partir, Andrew nos dejó caer la segunda exclusiva. El tipo estaba lleno de sorpresas.

Mi amigo se había casado, igual que yo, con una estadounidense. Habían vivido un tiempo en España, pero terminaron mudándose a Pittsburg, la ciudad de su amada esposa. Allí compraron la vivienda en la que nos habían acogido, asequible pero necesitada de muchas reformas y, por tanto, ambos habían dedicado con gran entusiasmo sus ratos libres a reparar techos, pintar paredes y acondicionar baños. Cada uno en una esquina. De vez en cuando, Andrea trataba de intercambiar con su esposo algún comentario, pero él siempre le gritaba la misma respuesta.

—*What?*

Hasta que un día, Andrea ya no pudo más y tuvo que soltárselo.

—Mira, tío, tú estás sordo.

En vista de las revelaciones, Andrew no dudó en acercarse a un otorrino para que le hicieran las pruebas pertinentes.

—Cada vez que escuche usted un pitido, pulse este botón.

—*What?*

Le pusieron dos sonotones de prueba.

Contó Andrew que aquello resultó un auténtico desastre. El mundo que le rodeaba aumentó de pronto de volumen de una forma exagerada. Se rascaba el pelo y le retumbaba la cabeza como si un arado estuviera abriéndole surcos en el cráneo. Hacía pis y sonaba el cuarto de baño como si estuviera vertiendo sobre el inodoro las cataratas del Niágara. Volaba un mosquito y su presencia tronaba en sus oídos con mayor potencia que la de los cazabombarderos al sobrevolar la base de Torrejón de Ardoz.

—¡Aaaah!

Andrew regresó a la semana siguiente al especialista con una larga lista de quejas, ruegos y preguntas.

—¿Me escucha usted ahora a mí bien, señor Andrew?

—*Two coffees* —respondió mi amigo.

Entonces ya fue cuando el doctor se coscó del problema y le comunicó al paciente la buena nueva.

—Usted es de España, ¿verdad?

—Sí, de Bilbao.

—Ah, donde el Gugenheim. Estuve hace dos años. Muy bonito.

—Ya te digo. Bueno yo no soy exactamente de Bilbao Bilbao, sino de un pueblo que está en las afueras, pero, vamos, que está muy bien también.

—Es lo mismo —le ahorró las explicaciones el otorrinolaringólogo, o como se deletree la profesión esa de los que te miran la oreja por un embudo.

Andrew nos dijo que se quedó mirando al doctor expectante.

—Pues resulta que usted oye perfectamente.

—*What?*

—Que sí, leñe. Que lo único que a usted le pasa es que no entiende bien el idioma. Lo que necesita no es un sonotone, sino unas clases intensivas de inglés.

Por lo visto, Andrew llegó a casa feliz. A ver, por muy poco vanidoso que sea uno, nadie quiere ponerse de forma voluntaria dos habichuelas sobre las orejas.

—Clases de inglés —le dijo a su esposa.

—*What?*

—Que lo único que necesito son clases de inglés.

No veas tú la risa que nos entró a los cuatro cuando nos contó Andrew la historia. Nada mejor que despedirse de Pittsburg con un par de carcajadas.

—Ale, a la miniván.

Siete horitas de carretera.

«Es lo que tiene ser extranjero», iba yo reflexionando de vuelta a casa. Aunque dejes de ver a los amigos, la amistad nunca se pierde. A la gente nueva, te acostumbras. A las comidas nuevas, te adaptas. Pero, con eso del idioma… siempre va uno rezagado. Y el día que bajas un pelo la guardia, enseguida te delatas.

—*What?* —me preguntó Sarah, que se había quedado medio dormida.

—Nada. Cosas mías.

Los cuatro templos

Los primeros pueblanos en hacerse sedentarios fueron los fiadaina (gente de plumas), que construyeron sus casas en una colina ahora conocida como Manantiales de Aguas Calientes de Ponce de León. Les siguieron los holdiana (gente de las conchas), que se asentaron junto al arroyo Colorado y, a continuación, los bodiana (gente del agua), que habían descendido al valle desde las montañas Sandía, esas que protegen la ciudad de Santa Fe con su abrazo. Pronto, los tres clanes caerían en la cuenta de que, aunque no hablaban exactamente la misma lengua, compartían las mismas raíces y eran en esencia la misma gente. Por ello, decidieron agruparse.

Primero lo hicieron en Campos de Maíz, un poblado que desaparecería bajo las llamas tras un ataque del enemigo y del que solo se conservan pequeños montículos de basura orgánica y cenizas. Bueno, en realidad son pirámides minúsculas, pero pirámides al fin y al cabo, puesto que su intención era la de apuntar con el pico al cielo para llamar la atención de los espíritus de los desperdicios. Para los pueblanos, la basura era tan sagrada como los restos humanos y había que dejarla que se convirtiese en polvo y volviese a la naturaleza sin alterarla.

Desde Campos de Maíz, en 1350 se trasladaron bien cerca: al Taos Pueblo que ha llegado hasta nuestros días. La población original que contactaron los españoles del siglo XVI habitaba en las dos grandes casas de pisos que aún siguen en pie: hlauma (casa del norte) y hlaukwima (casa del sur). El arroyo que divide el pueblo se podía cruzar por tres pequeños puentes de madera y estaba bordeado por campos de cultivo. Poco a poco, el incremento

paulatino de sus habitantes hizo necesario sembrar tierras fértiles fuera de las murallas y se construyeron viviendas unifamiliares lejos del pueblo para que las ocuparan en verano agricultores que luego regresaban a Taos en invierno. Son las casitas de adobe que hoy ocupan indígenas que no han querido renunciar a tener un hospital a mano como, por ejemplo, el abuelito de nuestro guía turístico.

—Esta iglesia de San Gerónimo data de 1850 y responde al cuarto intento de mantener la misión franciscana en pie. Las tres versiones anteriores fueron destruidas. La primera, en una revuelta de los indígenas contra los españoles. La segunda, en el olvido. La tercera, en una incursión de castigo del Séptimo de Caballería estadounidense contra los nativos. No tuvieron fácil eso de establecer una misión permanente los de la Tercera Orden de San Francisco. Pueden entrar a verla si gustan, pero no toquen nada —nos indicó Kevin.

Entramos. Sobre el altar, la virgen vestía aquella mañana otoñal un traje color limón. Es el tono que define septiembre en el estado de Nuevo México. Aquí, desde las célebres rosas de Castilla traídas de España por los vaqueros hasta las matas de salvia silvestre que crecen dispersas en el llano, todas las flores se tiñen al final de septiembre del mismo color: puro amarillo. Lo de vestir a los santos de acuerdo con el calendario obedece a una política de ahorro que le evitaba al artista tener que esculpir el cuerpo entero: bastaba con un rústico armazón con cabeza, pies y manos, ya que el resto lo cubría el vestido.

Salimos.

La visita, como prometió Kevin, había empezado en el patio de aquella iglesia de San Gerónimo, curiosamente consagrada al santo patrón de los traductores por los misioneros que intentaban desesperadamente hacerse entender por los indígenas. Eusebio Hierónimo, o Gerónimo de Estridón, según te guste más llamarle, se había ganado el título de padre de la iglesia por haber sido el primer humano capaz de traducir los textos hebreos de la Biblia al latín, hazaña que realizó por encargo directo del papa Dámaso I a finales

del siglo IV, y que, al tratarse de una versión dedicada al pueblo llano, enseguida se popularizó con el apodo de la Vulgata. Luego, el Concilio de Trento la bendijo como Biblia oficial de la Iglesia Católica, y hasta hoy. Pero, ojo, que no todo el mundo quedó convencido. Ahí tienes en Salamanca a mi amigo el doctor Eduardo Consuegra estudiando hebreo y subiendo a la App Store aplicaciones para declinar mejor dicha lengua, con el fin de comprobar si donde Gerónimo dijo «digo» no querría Dios haber dicho «Diego». Algo parecido a los indios pueblo que, cuatrocientos ochenta años después de la fundación de la primera iglesia en su aldea, declaran su devoción al santo… siempre y cuando no interfiera con sus tradiciones.

La construcción de la iglesia primigenia empezó en el año del señor de 1615, al oeste de los dos edificios de pisos y bajo la supervisión de fray Francisco de Zamora. Doce años se pasó el fraile persiguiendo indígenas para que levantaran los muros de adobe. En oración continuada, bloque a bloque, versículo a versículo, las obras progresaban, pero extremadamente despacio. En 1627, otro misionero de apellido Benavides no tuvo más remedio que informar a sus superiores: «La construcción de la iglesia avanza con grandes dificultades debido a la falta de cooperación de los indios».

Hacia 1630 se alcanzó por fin la necesaria altura en los sillares para poder cruzarlos por encima con las vigas de tronco de abeto. Hubo que acarrearlos con mulas desde una cima de la sierra Sangre de Cristo. Algunos de ellos, luego, ahuecados a fuerza de hacha y de navaja hasta semejar canoas, servirían de canalones para evacuar el agua de lluvia del techo de paja. Duró en pie un decenio escaso.

En 1640, los indígenas atacaron la misión y asesinaron a fray Miranda, el nuevo prior, y al puñado de desafortunados españoles que ese día le acompañaban. La iglesia quedó reducida a un montículo de escombros. Un año más tarde llegó desde Santa Fe la esperada incursión de castigo, y muchos pueblanos se vieron obligados a huir de Taos. Algunos se escondieron en un paraje denominado El Cuartelejo. Descubiertos, se trasladaron

aprovechando la oscuridad de la noche hasta las grandes praderas de Kansas para buscar refugio entre los apaches. Allí pasaron veinte años acampados en lo que hoy se conoce como el condado de Scott hasta que, a mediados de 1660, el gobernador español López de Mendizábal les persuadió para que aceptasen la presencia de un nuevo fraile en Taos Pueblo. Aceptaron a regañadientes y regresaron.

«La iglesia de San Gerónimo fue destruida —nos relata Kevin con voz grave— para protestar por la subyugación de nuestra gente y para poner fin a las continuadas violaciones del párroco a las mujeres indias».

Levanté las cejas. Apreté los dientes. Miré al suelo. Era verdad, qué caramba, que en el tribunal de la Inquisición de la ciudad de México había una denuncia oficial, datada en 1647, en la que la tribu de Taos informaba de la inmoralidad del sacerdote asignado a su pueblo. Volví a levantar la vista. Junto al esqueleto de aquella destruida iglesia agonizaban también las tumbas del cementerio, porque la tradición indígena no contemplaba mantenerlas en buen estado. La última databa de 2008. La forma tradicional india entierra a sus difuntos vistiendo sus mejores atuendos y enrollados en una manta. Creen que vienen del polvo y al polvo han de volver, y meter a alguien en un féretro sería ponerle un impedimento a ese proceso natural. Encima de la tierra, cada muerto tiene derecho a un único elemento decorativo (normalmente una cruz de palo, aunque hay algunas de metal o incluso de piedra), y lo suyo es dejar a la naturaleza que intervenga. Una vez desintegrada la cruz, la misión en la tierra de aquella alma se da por concluida y no procede ni restaurar ni reponer el objeto que nos recordaba su memoria.

«No se sienten en la tapia, no vayan a caerse dentro del cementerio. El año pasado se resbaló una señora y todavía sigue ahí». Risas. Kevin intentaba apaciguar con un poco de humor la dureza de su narración. El arquitecto de Boston aprovechó el *impasse* para interesarse por la altura media de una tapia. Una estudiante de Arizona, asomándose por encima de ella, le siguió a

Kevin la broma y le pidió si podía proporcionarle el nombre de la señora para buscarla entre las tumbas. Más risas. Ya más relajados, se sucedieron las preguntas.

—¿Tú te consideras indígena?

—Yo soy un cuarto inglés, un cuarto irlandés, un cuarto hopi y un cuarto pueblo. Por supuesto que lo primero que me comentó mi abuelita cuando le dije que tenía novia fue: será nativa, ¿no?

Más risas. Estamos en el país de del *show business*.

—¿En qué consisten las fiestas?

—Hacemos una peregrinación al año al Lago Azul sagrado. Teddy Roosevelt, al convertirlo en parque nacional, nos prohibió acceder a él. Shhhh… No digan nada, pero nosotros seguimos subiendo sin que el presidente se enterase. Nixon nos lo devolvió en 1970. Fue la primera vez en la historia de Estados Unidos que un terreno arrebatado a una tribu indígena fue devuelto en virtud del derecho de libertad religiosa.

—¿Hay gobierno en Taos Pueblo?

—Tenemos un cacique, un gobernador y un jefe de Guerra. No tienen poder real, actúan más bien como consejeros en el seno de la tribu. Somos una sociedad patriarcal. Para gobernar tienes que estar casado. Eso tiene que ver con que al marido se le considera como alguien que protege a la otra mitad. Las mujeres son como la red que conecta, que da perspectiva…, pero no están autorizadas a ejercer puestos de responsabilidad política. Aunque vamos mejorando, porque acabamos de nombrar a la primera jefa de policía.

—¿La gente vota?

—No se vota porque es una teocracia. Yo he votado para elegir al nuevo cacique porque formo parte del consejo tribal, pero no creo que tenga que volver a votar en otros cincuenta o sesenta años. Esto… Venga, ya vale.

En España nos da vergüenza hacerles preguntas a los guías. Aquí, a los guías les da vergüenza pedirles a los estadounidenses que por favor no pregunten más. Sutiles diferencias culturales.

En 1660, nada más regresar a Taos Pueblo, aunque de muy mala gana, los indios comenzaron la construcción de la segunda iglesia de la misión de san Gerónimo. Transcurrieron veinte años de relativa tranquilidad en los que la población creció hasta los dos mil habitantes. Los españoles que tocaban la vihuela (un instrumento primitivo precursor de la guitarra) enseñaron a los indígenas los cantos y las danzas de Castilla. Hoy todavía perduran en el saber popular tonadillas como la de *El viejo* o *Ángel de amor*, aunque interpretadas por otro hijo surgido de aquella primera vihuela: el banyo.

Aquellos cánticos festivos cesaron de golpe en 1680, cuando un jefe religioso llamado Popé entró en escena. Se trataba de un curandero que añoraba el modo tradicional de vida indígena y que se pasó cinco años viajando de tribu en tribu, hablando con los caciques, hasta que fue capaz coordinar un levantamiento de todos los pueblos del norte contra los españoles: «Mandó, a todas las tribus, mensajeros que portaban cordeles de yuca con nudos que representaban el paso de los días. Cada día debían de desanudar uno, y así, cuando la cuerda quedara lisa, todos debían de sublevarse al unísono en un ataque coordinado para impedir que los españoles pudieran mandar refuerzos a ninguno de los pueblos sublevados», nos explicó Kevin.

Desafortunadamente, dos portadores de cuerdas fueron capturados y torturados hasta que rebelaron el significado de los nudos. Entonces Popé decidió adelantar dos días la Rebelión pueblo. Fue todo un éxito. Asesinaron a dos frailes y a setenta vaqueros, la iglesia de Taos Pueblo fue destruida por completo y consiguieron expulsar a los españoles hasta la frontera de México, donde los mantuvieron a raya durante doce años en la zona conocida como El Paso.

A Kevin se le escapó una sonrisa, pero enseguida volvió a ponerse serio. «Durante ese tiempo, Popé empezó a comportarse como un dictador. En su obsesión por deshacerse de cualquier influencia introducida por los españoles, cometió errores garrafales como el de

obligar a su gente a desprenderse del hierro (elemento que, si lo pensamos bien, la verdad es que resulta bastante útil cuando tratas de luchar contra conquistadores)».

Según Kevin, fruto de aquel gobierno autoritario, los pueblo empezaron a separarse y a formar facciones que resquebrajaron la fuerza cohesiva que había triunfado en la revuelta. La reconquista se inició en 1692, cuando los españoles enviaron una delegación presidida por don Diego de Vargas Zapata Luján Ponce de León y Contreras para negociar la paz. Llegó Vargas hasta la antigua residencia del gobernador de Santa Fe, tomada en la revuelta por los indígenas, y convenció a sus ocupantes de que le abriesen las puertas en nombre de la Virgen de la Asunción (la advocación mariana más antigua de Estados Unidos dentro de las vírgenes que aún se veneran) cuya imagen tallada portaba consigo. Los tao descorrieron el cerrojo y Vargas tomó la ciudad sin derramamiento de sangre. La capitulación estaba en marcha.

La mayoría de los habitantes del resto de los poblados, como no estaban dispuestos a aceptar el regreso de los españoles, buscaron refugio en las montañas. Para hacerlos desistir de su empeño, Vargas ordenó saquear sus graneros, llevándose consigo a Santa Fe el trigo almacenado en ellos. De sobra sabía el español que con él compraban las mantas, las ropas, los caballos, el café, el azúcar y los albaricoques. Pues, a pesar de ello, los indios aguantaron. Según el propio diario de campaña de Diego de Vargas, los tao solo se avinieron a regresar a sus poblados después de que, en 1696, los españoles los atacaran por sorpresa arrinconándolos en un cañón del río Grande. Ayudó a conseguir su rendición la promesa del gobernador de suprimir las encomiendas, el sistema que autorizaba a algunos colonos españoles a reclamar tributos a los indios en forma de comida, ropa o vivienda y, en caso de que no se los pagasen, a utilizar a los morosos como esclavos.

Diez años después, volvería a levantarse por tercera vez en Taos Pueblo una iglesia en honor de san Gerónimo. En esta ocasión, para evitar nuevos sobresaltos, la corona de España cambió de

estratagema y se dispuso a atraer multitud de colonos al valle con la finalidad de reducir a la población indígena a mínimos y poder así controlarla fácilmente. El mismo truco que ha usado Marruecos con el Sahara e Israel en Cisjordania.

Con este propósito, partir de 1707, el gobierno de Nueva España comenzó a ofertar terrenos fértiles a quienes se atrevieran a surcar el Atlántico para habitar una tierra de horizontes infinitos donde el aire olía a promesa de mejor vida. Así fue como empezaron a llegar los primeros aragoneses al legendario Oeste.

Hasta el 29 de junio 1707, a los súbditos de la corona de Aragón (Principado de Cataluña incluido) se les había negado el viaje a las Américas. Tras la capitulación de Boabdil el Chico en la vega de Santa Fe de Granada en 1492, España todavía no era una, grande y libre (como se nos enseñó a los escolares de mi quinta en el colegio), sino dos reinos bien diferenciados; el de Castilla, regentado por Isabel, que financió el viaje a Colón; y el de Aragón, gobernado por su esposo el rey Fernando que, de primeras, se negó a darle dinero al marino. Ambos monarcas («tanto monta monta tanto») eran conscientes de la trascendental importancia que tenía para sus reinos el conseguir llegar a las lejanas islas Molucas, allá por el mar de las Indias, pues en ellas crecían especias valiosísimas y necesarias para preservar los alimentos en un Mediterráneo sin acceso al hielo. El objetivo era tomar posesión de aquellas lejanas tierras y acceder así directamente al cultivo de la caña de azúcar, de la pimienta y de la canela en rama sin necesidad de pagar a los intermediarios árabes o venecianos que se enriquecían transportándolas en caravanas hasta la península a través de la ruta de la seda.

Se trataba de ganarle la mano al Portugal de Manuel I, que acababa de inventar una carabela capaz de doblar el temible cabo de Buena Esperanza sin miedo a los naufragios. Se trataba de un navío más robusto que combinaba velas cuadras (para velocidad de viento a favor) con velas latinas triangulares (para maniobrar con el viento en contra) que lo alejaban de los peligrosos arrecifes del

extremo sur de África al pasar del Atlántico al Índico. Con la ayuda de las tablas astronómicas de Abraham Zacuto para calcular la posición en alta mar, el revolucionario ingenio fue puesto a prueba en 1488 por almirante Bartolomeu Dias. El rey portugués lo bautizó (no sabemos si con intención de tocarle las narices a Colón, a quien se había negado a sufragarle el viaje) con el bello nombre de San Cristóbal. El caso es que a finales del siglo xv Portugal y España (bueno, Portugal y las dos Españas resultantes de la reconquista) se lanzaron a una pelea en los mares muy similar a la carrera espacial entre rusos y estadounidenses que terminaría en julio de 1969 con la llegada del primer hombre a la Luna.

Todos estos razonamientos los compartía el rey Fernando II de Aragón, II de Sicilia y III de Nápoles, pero (a diferencia de su esposa Isabel I de Castilla, que enseguida aportó capital), él siempre mantuvo reticencias sobre la autenticidad de los mapas que aportaba el navegante genovés. Basaba sus dudas en el informe negativo que emitió la Junta de Salamanca de 1486 sobre la materia y, sobre todo, en la desconfianza personal de fray Hernando de Talavera, confesor de la reina, hacia el marino genovés. Destacados letrados, como el teólogo Rodrigo Maladonado, sospechaban que las distancias calculadas en las cartas de marear de Colón estaban en leguas árabes (en lugar de en las habituales leguas castellanas), y le aconsejaron no arriesgar caudales en un viaje que sería mucho más largo de lo prometido y, por tanto, imposible de acometer. Fruto de aquella incertidumbre, la Corona de Castilla asumió en solitario el protagonismo legal de la empresa y las tierras descubiertas en América se irían incorporando solamente al reino de Castilla, puesto que fueron castellanos y leoneses quienes las descubrieron. A los súbditos de los reinos pertenecientes a la corona Aragón se les dificultó la emigración a las Indias y, durante dos largos siglos, mientras sus compatriotas de Castilla y de León hacían fortuna en lugares como Ciudad de México o Cuba y regresaban a casa convertidos en enriquecidos indianos, las gentes de Aragón, Valencia, Cataluña y Mallorca debieron de contentarse con ponerse

el disfraz de cruzado y luchar en el Mediterráneo contra el turco. La llegada a Irún del primer Borbón en enero de 1701 para hacerse cargo del trono de España cambiaria radicalmente ese destino.

Felipe V el Animoso llegó a los diecisiete años a España venido desde Francia con el objetivo claro de unificar de una vez por todas esas «dos Españas». Su difunto tío abuelo, Carlos II el Hechizado, último monarca de la Casa de Austria, le había nombrado heredero de la corona con esa condición. Contaba el francés con la complacencia de la corona de Castilla (que abarcaba desde el País Vasco hasta Andalucía), pero, a su llegada, se encontró con el rechazo frontal por parte de la de Aragón. Era normal: Cataluña, Valencia y Mallorca se temían que la anunciada centralización supusiera la abolición de los fueros e instituciones de sus reinos, y defendieron a capa y espada la continuidad de la dinastía Habsburgo en la persona del archiduque Carlos. Se organizó, aunque con otro nombre más fino, lo que viene siendo una guerra civil en toda regla, y al final ganaron los partidarios del «animoso» francés. Tras la victoria, Felipe V batiría récords al convertirse en el tipo que más años se ha tirado al frente de España (cuarenta y cinco años y tres días; seis más que Francisco Franco).

Como se habían temido los súbditos aragoneses, entre 1707 y 1716 el primer Borbón promulgó unos decretos llamados de Nueva Planta que abolieron los fueros de sus reinos. Lo que era entonces España se convirtió de golpe en una monarquía única, absolutista y centralizada. A partir de entonces, existió un único gobierno para todos y bajo las leyes de Castilla, imposición que para muchos catalanes supuso un castigo (ahí tenemos el origen de la Diada) pero que, al mismo tiempo, significó el levantamiento de la prohibición para marchar en busca de fortuna a América. De ahí que la última gran exploración realizada en Estados Unidos, la de la Alta California de 1769, se hiciese hablando en catalán. La lideraron un franciscano mallorquín, fray Junípero Serra, y un paisano de Os de Balaguer, Lleida, nombrado gobernador de las Californias: don Gaspar de Portolá.

Por ese motivo, cuando Nuevo México hizo una golosa oferta de tierras a quien se aviniese a colonizarlo, la respuesta aragonesa no se hizo esperar. En Taos Pueblo, aquella iniciativa no hizo maldita la gracia. Tuvieron que asistir, sobrecogidos, al hecho de que cada vez más rostros pálidos les fueran robando terreno paulatinamente, no solo a ellos, sino también a su ganado y a una naturaleza que los indígenas consideraban de todos. Desde entonces, no pararon de emitir quejas ante el Juzgado General de Naturales de la Real Audiencia de México, querellas que eran debidamente atendidas y que, dicho sea de paso, solían ganar ante el tribunal, pero que los alcaldes mayores eran incapaces de implementar y que, por tanto, en la mayoría de las ocasiones se quedaban sin acatar.

Pongamos un ejemplo.

Existe una demanda interpuesta en 1815 por los habitantes de Taos Pueblo contra los de la localidad de Los Estiércoles (hoy rebautizada con el nombre más romántico de El Prado) y los de Don Fernando de Taos (cuya construcción se había iniciado en 1796, el mismo año en que otros compatriotas levantaban en Nueva Orleans el majestuosos edificio del Cabildo). Ambos habían edificado sus poblaciones sobre terrenos previamente garantizados por la corona de España a su tribu. Aunque los hechos quedaron probados y la administración dictaminó una sentencia por la que conminaba a los españoles a abandonar sendos asentamientos, los acusados nunca la acataron.

Tratando de solucionar el entuerto, el gobernador español sugirió a los pueblo que alquilasen a los colonos las tierras usurpadas cobrándose la renta en cabezas de ganado, pero los pueblo rehusaron el acuerdo. Ahora bien, como la historia está siempre llena de inesperados recovecos, al mismo tiempo que la llegada de tanto vaquero resultaba frustrante para los pueblo, su presencia les vino de maravilla para defenderse de los ute. Estos acababan de sellar una alianza con los comanche para intentar hacerse con el control del valle, y no paraban de asaltarlos. Taos Pueblo pidió auxilio a los colonos de Don Fernando y, cada vez que sus enemigos

lanzaban un ataque, los españoles acudían a Taos Pueblo y disparaban sus armas de fuego desde las cinco torres defensivas para repelerlo. Aquella necesidad de unirse ante un enemigo común empezó a crear unos lazos (llenos de contradicciones profundas, eso sí) entre indios y vaqueros; esa mezcla de dependencia, resentimiento, admiración y miedo que ha perdurado hasta nuestros días entre los distintos habitantes del Oeste y que sigue siendo muy difícil de procesar intelectualmente.

El revoltijo de sentimientos encontrados entre España y América al que me refiero ha ocurrido a ambos lados del Atlántico. Por ejemplo, la fascinación experimentada en América por el descubrimiento de la lana que hasta allí llevaron con sus ovejas los españoles volvió a repetirse, pero esta vez a la inversa, cuando un presidente americano popularizó el uso del tergal en España. Ocurrió el 21 de diciembre de 1959, día en que aterrizó en Madrid Barajas el general Eisenhower. Su nombre de pila era Dwight, pero todo el mundo le conocía por el apodo de Ike.

Dwight «Ike» Eisenhower era el primer presidente de Estados Unidos en ejercicio que pisaba suelo español. Vino a bendecir la dictadura de Franco en nombre de su democrático país. A cambio, su excelencia el Caudillo se había bajado los pantalones cuatro años antes, permitiendo al país americano instalar cuatro bases militares en Torrejón, Rota, Morón y Zaragoza. Para que no se notase demasiado el pacto con el diablo, la diplomacia estadounidense tachó aquella vergüenza histórica de impulso económico para acelerar la marcha hacia la prosperidad de España. Fruto del abrazo del espigado dignatario estadounidense con el pequeño dictador español (al que, como refiere en su libro *Fascism, a Warning* Madeleine Albright, primera mujer en ocupar el cargo de secretaria de estado de los Estados Unidos, apodaban con desprecio en Washington el Canario debido a su voz aflautada), a los pocos años del encuentro con Ike al ministro de Turismo de turno, don Manuel Fraga Iribarne, le caería un buen puñado de dólares. La tela le dio a Fraga para empezar a restaurar castillos e inaugurar paradores

nacionales. También para promocionar la industria del cine patrio, lo que consistió básicamente en abrirles de gratis todos los escenarios de España a las grandes productoras de Hollywood y, encima, poniendo a su disposición como figurantes, por tan solo unas perrillas, a los millares de jóvenes que se encontraban realizando el servicio militar obligatorio.

Los reclutas eran empleados por su maña con las armas como extras en las escenas de campaña o, por su cuantioso número, disfrazados de lo que fuera menester en las escenas de masas. Además de resultar mano de obra muy barata, los integrantes de las milicias traían aprendida una disciplina militar que ayudaba a los directores americanos a mantener orden y sincronización durante rodajes que de otra manera les hubieran resultado imposibles. Los quintos españoles formaron el grueso de las tropas árabes en *Lawrence de Arabia*, también las filas y escuadrones de las batallas medievales que tuvieron lugar en *El Cid* y el cuerpo de artilleros en las escenas de combate durante el sitio de la ciudad en *55 días en Pekín*. En 1965, por ejemplo, los mismos reclutas que circularon por la madrileña estación de tren de Delicias convertidos en soldados rusos durante el rodaje de *Doctor Zhivago*, aparecerían meses después en el espagueti *western Por un puñado de dólares* representando a rudos vaqueros en el desierto almeriense de Tabernas. Los indios de aquella exitosa producción, por cierto, fueron interpretados por gitanos comerciantes de caballos de la zona de Almería porque, además de saber cabalgar con destreza, los estudios se ahorraban tiempo al no tener que maquillarlos para oscurecerles la piel.

También es cierto que la mayoría de los reclutas no terminaron asomando su cuerpo serrano en pantalla. Muchos de ellos fueron relegados a trabajos de logística como el transporte del pesado equipo de filmación o el tedioso montaje de algunos decorados. En el documental *Desenterrando Sad Hill*, de Guillermo de Oliveira, se cuenta la historia de la construcción de uno de los escenarios más legendarios del cine: el cementerio en el que se grabó la escena final

de *El bueno, el feo y el malo*. Para facilitar la filmación de esta película de 1966, el gobierno había autorizado la colaboración remunerada de mil soldados rasos. Fueron los encargados de recrear en Mirandilla, un valle perdido en medio de las montañas de Burgos, un cementerio ficticio con cinco mil tumbas y cruces de madera.

En agradecimiento, el director Sergio Leone le concedió al sargento que diligentemente ordenaba a su tropa con proclamas del tipo «*¡Palante!*», «¡Siempre *palante*!», «¡No *retrodezais*!», el honor de dar la orden de la voladura de un puente durante el rodaje.

—Usted explíqueles a sus soldados que va a tener un pañuelo blanco en la mano —le informó al sargento Leone—. En cuanto me escuche a mí gritar «acción», cuenta usted tres mentalmente y lo levanta. En cuanto sus soldados lo vean arriba, que aprieten las cargas de dinamita y vuelen el puente por los aires. ¿Entendido?

—Entendido.

El sargento se fue a transmitir las instrucciones a los ingenieros de combate y al poco estuvo de vuelta.

—¿Preparado, entonces? —quiso comprobar Leone.

—Sí. Lo único que tengo que hacer es levantar el pañuelo así, ¿no?

¡PUUUM!

El puente saltó por los aires hecho añicos segundos antes de que las cámaras consiguieran filmar su voladura.

—¡Me cago en mi calavera!

El recluta que estaba al lado del pobre que activó la carga se le quedó mirando con lástima y soltó una predicción:

—Vas a pasarte haciendo flexiones hasta que respires por el culo.

Pero no fue así. Avergonzado por el error, el sargento se comprometió con Leone a reconstruir el puente en dos días.

—*¡Palante!* ¡Venga, *palante*! ¡No *retrodezais*!

Le sobró medio día. El pañuelo blanco, por si las moscas, en esta ocasión lo levantó el italiano. Así que el viaducto que le voló en la cara al doble de Clint Eastwood en un segundo intento fue obra de la ingeniería militar española. El que se atreve gana.

Pero rebobinemos al año 59. En vísperas de navidades, el presidente Eisenhower se personó en el aeropuerto de la base de Torrejón de Ardoz luciendo una camisa blanca de tergal cuyo flamante cuello suscitó de inmediato la atención de todos los fotógrafos acreditados. Aquel prodigio almidonado, símbolo de la modernidad americana, sembró la admiración entre los cientos de miles de españoles que observaron su retrato en la prensa del día siguiente, y abrió los ojos de la industria textil de España. Sobre todo, los del fundador de Confecciones Gijón S. A., Enrique López González, que acaba de asociarse con José María Fernández de la Torre, un empresario recién regresado de Cuba, donde el tipo había amasado un fortunón y volvía dispuesto a seguir los pasos de Pepín Fernández, el fundador de Galerías Preciados, e invertir en suelo patrio. Aquella aventura se la relató muchos años después el propio Enrique López a Eduardo Lagar, un periodista de *La Nueva España*: «Eran tiempos en los que todavía se nos denominaba la España de la alpargata por el bajísimo nivel de vida y el pobre consumo en vestir que teníamos. Lo que más se vendía en confección de serie eran camisas muy baratas de percal. En Confecciones Gijón teníamos la idea de fabricar una camisa más elegante, así que cambiamos las sargas por popelines e hicimos cuellos y puños de repuesto para poder cambiarlos cuando se gastasen los bordes».

López y su esposa María de los Ángeles («motor y alma de todos sus afanes y quien tanta cordura supo aportar a aquel torbellino de proyectos») soñaban con llegar a una fabricación de cuatrocientas camisas al día. En el registro de la propiedad las habían puesto el nombre comercial de Ique, que era como pronunciaba el nombre de Enrique el hijo pequeño de una amiga de la encargada de talleres. Por sugerencia de Evelio Puig Doria, gerente de la agencia publicitaria Dayas de Barcelona, cambiaron la Q por la K, por estimarla más sencilla y sonora, y ya tenían el eslogan: «Camisas Ike, y qué camisas».

Al éxito de aquella historia le echaría una mano la diosa fortuna. El nombre de la camisa coincidió con el apodo del presidente de

Estados Unidos que en las navidades de 1959 descendió «muy *puestín*» por la escalerilla del primer avión en utilizar el distintivo Air Force One. Ay que ver, qué cosas.

Kevin se debió coscar de que me había distraído con pensamientos ajenos a la visita guiada a Taos Pueblo y me dejó caer un carraspeo. Me encogí de hombros para insinuar que no estaba en lo cierto y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, rebobiné doscientos cincuenta años mi cerebro y lo miré muy fijamente (como las lechuzas) para que no le quedase ninguna duda de que le estaba prestando atención.

«El inicio de la construcción de la tercera iglesia de San Gerónimo data de 1706, y tardaron veinte años en terminarla. Se sabe por el relato de un fraile que talló una inscripción en la viga principal del techo que decía: "Fray Juan Mirabal terminó la construcción de esta iglesia para honor y gloria de Dios. Año de 1726"», prosiguió Kevin.

Al parecer, en aquella ocasión setecientos indios (muchos de ellos ya transformados en genízaros; o sea, hispanizados) contribuyeron a levantarla junto a la fachada de la anterior que, tras haber sido utilizada muchos años como establo, presentaba un estado ruinoso. La nueva se mantuvo en pie hasta la revuelta de 1846. Un año más tarde, con centenares de mujeres y de niños refugiados en el interior del templo, las tropas del coronel del ejército estadounidense Sterling Price le prendieron fuego y la tiraron abajo a cañonazos. Pero no adelantemos acontecimientos. Bueno, venga, mejor sí.

En agosto de 1846, Nuevo México se convirtió de facto en un nuevo estado de los Estados Unidos. Los invasores del este no necesitaron disparar ni una sola bala para arrebatárselo a México, a quien le pertenecía desde su independencia de España de 1821. El llamado Ejército del Oeste se hizo con el control inmediato del territorio. Aunque el traspaso oficial de poderes tardaría dos años más en formalizarse (con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo que pondría fin a la guerra entre Estados Unidos y México), a las pocas semanas de invadir el territorio los estadounidenses nombraron gobernador a uno de los suyos. Su nombre era Charles Bent.

Los indígenas de Taos Pueblo se negaron a ser dominados por los estadounidenses. Los españoles y los mexicanos habían sido racistas con ellos (o cuando menos, paternalistas), pero toleraban sin problemas su presencia. Los gringos eran diferentes. Se consideraban el pueblo elegido de Dios y venían con una misión sagrada: la de extinguir a los salvajes de una vez y para siempre de la faz de la tierra. En enero de 1847, Taos Pueblo se convirtió en el centro de un nuevo levantamiento.

Liderados por el indígena Tomasito y apoyados por un grupo de exespañoles (ahora oficialmente mexicanos), que iban a las órdenes de un tal Pablo Montoya (nos ahorramos la rima porque este libro es muy serio), los pueblanos recorrieron a paso ligero los cinco kilómetros escasos que los separaban de San Fernando de Taos. Allí buscaron al nuevo gobernador y, sin mediar palabra, lo mataron. Con Bent cayeron cinco hombres de su escolta y, en días posteriores, una docena más de soldados estadounidenses en las vecinas localidades de Mora y de Arroyo Hondo. Eufóricos, los pueblanos reunieron un numeroso grupo de voluntarios y juntos marcharon hacia Santa Fe donde, sin gran esfuerzo, fueron repelidos y dispersados por los dragones del coronel Sterling Price. A la carrera, regresaron a Taos Pueblo a refugiarse, pero Price les seguía el rastro.

El 3 de febrero, el ejército estadounidense se presentó en la misión de san Gerónimo. Setecientas almas atrincheradas tras los muros de adobe del templo levantado en honor y gloria del santo traductor contuvieron el aliento. Con paredes de hasta dos metros de grosor, aquella iglesia podía hacer sin grandes esfuerzos las veces de un presidio inexpugnable, y los indígenas daban por sentado que la infantería de Estados Unidos respetaría los privilegios de su santuario. Price ordenó situar una batería de artillería a doscientos treinta metros del flanco occidental y lanzó un ultimátum para que se rindieran. Como los poblanos declinaran hacerlo, el fuego comenzó a las dos en punto de la tarde de ese mismo día.

Para desesperación del atacante, las balas de cañón no lograron penetrar los gruesos muros. Al igual que la célebre «piedra ostionera» de las murallas de Cádiz, el adobe de San Gerónimo absorbía como una esponja los obuses, y estos simplemente quedaban incrustados en su fachada. Al día siguiente, Price ordenó un ataque frontal. Sus soldados incendiaron el tejado y utilizaron hachas para abrir brechas en puertas y paredes desde los que lanzaron granadas y dispararon obuses a corta distancia.

Kevin y yo nos miramos. Luego, al menos así me dio a mí la impresión, nuestras miradas recorrieron juntas los rostros cariacontecidos de los turistas estadounidenses que habían escuchado estupefactos la narración de aquellos hechos. No están acostumbrados los de Estados Unidos a escuchar nada malo relacionado con la historia de su nación. La chica de Arizona se secó una lágrima con su pañuelo.

«Murieron ciento cincuenta, contando bastantes mujeres y niños. Diecisiete insurrectos (indios y mexicanos) fueron condenados a muerte por hurto, asesinato y traición. La tercera iglesia de San Gerónimo no llegó nunca a reconstruirse. Sus ruinas las pueden observar en la esquina noroeste de las murallas».

La nueva, la de la virgen con el manto amarillo pollito que visitamos al principio del recorrido guiado, se construyó en 1850 y alejada de las casas, por si las moscas. Para entonces, muchos indios habían pasado ya a autodenominarse mexicanos para evitar el trato aberrante de los gringos. Tampoco es que los anglos tratasen mucho mejor a los hispanos, pero, al menos, no los mataban. La vida había empeorado ciertamente para los vaqueros desde que Estados Unidos se había quedado con México. Los del norte mantenían que al dueño de la tierra le pertenecían también en exclusiva los derechos del agua que por ella circulase. Se privatizó la naturaleza y el agua se convirtió en una *commodity*, o sea, en un bien que podía ser vendido para sacar rendimiento personal o utilizado en exclusiva por un ranchero para quedarse con toda la cosecha. Como medio de supervivencia, los pueblanos se alistaron al

Séptimo de Caballería. Se les había ofrecido actuar de *scouts* en las expediciones de hostigamiento contra los apaches y los comanches cuando estas tribus se negaron a vivir en reservas y aceptaron. Al fin y al cabo, se trataba de sus ancestrales enemigos: «Aquella decisión que tuvo su origen en las constantes guerras que habíamos vivido. Mucha gente tiene un concepto romantizado de la época precolonial, pero fue un tiempo de una violencia brutal».

Llegado 1920, en Taos Pueblo vivirían un espejismo de despegue económico cuando la nueva línea de ferrocarril con final de trayecto en Santa Fe empezó a enviarles turistas a comprar su famosa cerámica micácea, celebrada por ofrecer un brillo metálico natural. Pero su modo de vida tradicional sufriría definitivamente un descalabro con la aprobación de la Ley de Reorganización India de 1934, que se promulgó en Washington con el propósito de que los indios se hicieran menos dependientes de sus tribus, abandonaran la economía de subsistencia comunal que practicaban y buscaran un empleo a sueldo fuera de sus poblados. Sobre todo, en el ferrocarril y en la construcción de carreteras. Aquella promoción del individualismo, contraria a los principios indígenas tradicionales, vació paulatinamente Taos Pueblo de habitantes y prácticamente lo convirtió en un lugar sagrado al que solo retornan sus gentes durante las celebraciones religiosas. Por eso, una mañana soleada de septiembre de 2025, al entrar en Taos Pueblo, yo experimenté la misma sensación que describe D. H. Lawrence en su libro sobre Nuevo México: «La de estar poniendo el pie en un antiguo monasterio».

La condesa roja

El 11 de diciembre de 2017 falleció en Madrid la condesa viuda de Romanones. Si chequeas cualquier obituario verás que en todos pone que vivió noventa y cuatro años, pero, atención primicia, no es cierto: se quitaba cuatro. Aline Griffith Dexter nos dijo adiós con noventa y siete. ¿Cómo me enteré yo de este cotilleo sin importancia a cien millas de Manhattan y sin tener una revista *Hola* a mano? Pues muy sencillo: porque me dio la noticia su sobrina, de nombre también Aline, que es prácticamente vecina.

La condesa de Romanones, casada con el aristócrata Luis de Figueroa y Pérez de Guzmán el Bueno, nació en mayo de 1923 en un pueblecito del estado de Nueva York no muy alejado de Rhinebeck. Es una aldea que empezó llamándose Muddy Creek («arroyo fangoso») y a la que decidieron rebautizar como Pearl River («río de las perlas») después de que un vecino asegurara que había encontrado unas conchitas de agua dulce en un torrente. Gracias a ese detalle, tuve la suerte de ponerme al día de la fascinante trayectoria de esta americana que llegó a España en los años cuarenta como agente secreto de la agencia precursora de la CIA: la OSS.

—OSS significaba Office of Strategic Services (Oficina de Servicios Estratégicos), pero mi tía prefería interpretar las siglas como «Oh! So Social» («¡Mira qué sociable!»). Es que su trabajo consistía en infiltrarse en la alta sociedad madrileña e ir de fiesta en fiesta. Un escenario perfecto para pasar desapercibida, porque era una mujer de una belleza desbordante. De esas que partían los cuellos de los caballeros al pasear por la acera. Y eso, junto a su conocimiento del

español, la convirtió en candidata ideal para ser adiestrada en The Farm («la granja», la escuela de espionaje creada por Washington) y que la enviaran en misión especial a España.

Estados Unidos quería evitar a toda costa que Franco entrase en la Segunda Guerra Mundial en apoyo del Eje (Alemania, Italia y Japón), porque eso hubiera dificultado muchísimo la liberación de Francia y hubiera imposibilitado el desembarco aliado en Sicilia. La espía Griffith, a la que en España llamábamos Grifit (comiéndonos la pronunciación de la «th» final), debía infiltrarse en los círculos sociales de Serrano Suñer, «el cuñadísimo» de Franco, que entonces se codeaba con los miembros de la aristocracia alemana que campaban a sus anchas por Madrid: condes, barones, marqueses y empresarios alemanes que habían trasladado su residencia a España, pagando favores al régimen de Hitler, para aguardar en terreno neutral el final de la contienda. Para esa clientela fundó el chef alemán Otto Horcher su célebre restaurante homónimo en Madrid en 1943, un auténtico hervidero de nazis en el que la espía Grifit se acercó en más de una ocasión a Heinrich Himmler (el líder de las temibles SS).

Me contó también Aline, para mi sorpresa, que su madre tenía en su casa del estado de Delaware un traje de luces de Belmonte.

—¿Cómo?

—Sí, se lo regaló mi tía porque ella no sabía qué hacer con él.

Resulta que el torero Juanito Belmonte se enamoró locamente de la Grifit y le mandaba todos los días ramos de claveles y cajas de chocolatinas, y la sacaba a pasear por la Gran Vía madrileña en su descapotable. La estadounidense alucinaba con el flirteo del taurino.

—Este hombre es del siglo pasado —solía quejarse cuando Belmonte se negaba a llevarla a Chipén o a Pasapoga, los dos locales de moda de aquellos años.

—Es que esos no son sitios para señoritas decentes —se excusaba siempre el matador.

Claro que, cuando la condesa iba algún día por su cuenta con amistades a uno de esos clubs, se solía topar con el maestro:

—Disculpa que esté con estas mujeres, Aline, pero tú tranquila, que son solo artistas.

No obstante, la espía del Río de las Perlas mantuvo la relación con Belmonte, puesto que era uno de los hombres mejor conectados en la España de entonces…, incluso aunque ello la obligase a sudar tinta china. Entre otras cosas, hubo de negarse a insistentes peticiones, como la de ir juntos un 10 de junio, día de san Antonio Casamentero, a echar un céntimo al Manzanares para pedirle matrimonio al santo.

Otra cosa que aprendí ese día es que los espías como Grifit tenían que personalizar el estilo de teclear el transmisor cuando mandaban sus mensajes por telégrafo, de modo que se les pudiera identificar fácilmente por cómo ejecutaban las pulsaciones. Era la fórmula para poder desenmascarar a los impostores en caso de que estos cayeran en manos enemigas. Detalles tan interesantes de los que me enteré leyéndome *La espía que vistió de rojo*, una biografía *light* de la Romanones muy recomendable para conocer el Madrid obscenamente ostentoso de aristócratas franquistas y nazis, y que tanto contraste hacía con la miseria y la tristeza de la ciudad reflejada en *La colmena* de Cela.

En 1940, Franco intentaba mover pieza sabiendo que tenía los días contados en el tablero. Franklin Delano Roosevelt (32.º presidente de los Estados Unidos) le había prometido al infante don Juan de Borbón (conde de Barcelona en el exilio) que, una vez liquidado Hitler, derrocarían al caudillo y restaurarían la monarquía en España. Juan III se las prometía muy felices, hasta que, en la Conferencia de Yalta de 1945, Winston Churchill se mostró tremendamente preocupado por la avanzada soviética y le comunicó a Roosevelt que el verdadero enemigo iba a resultar ser el señor que se sentaba junto a ellos en la mesa (Joseph Stalin), y que debían de considerar mantener a Franco en el poder como un mal menor para pararle los pies al ruso.

A los españoles nos tocaron cuarenta años de dictadura, pero a la despampanante espía estadounidense le salió bien la jugada. Se

conoce que la CIA, según me cotilleó su sobrina Aline, le prolongó el contrato a pesar de que la difunta se empeñó en negarlo hasta el día de su muerte.

Gerónimo

Afuera todo era de color blanco: las gentes, los edificios, las farolas. La radio de la miniván advertía que decenas de vehículos permanecían varados en las carreteras y que las gradas del estadio de fútbol habían desaparecido bajo la enorme descarga de nieve. La ciudad de Búfalo, tan al norte del estado de Nueva York que, si la empujas un poco, se cuela en Canadá, fue construida en medio de tres grandes lagos: Erie, Ontario y Hurón. Los vientos de origen polar que, de forma persistente, les mandan sus vecinos del norte, atrapan humedad al sobrevolar el agua ligeramente más cálida de los lagos y, al llegar a la orilla estadounidense y volverse a enfriar rápidamente en contacto con la tierra helada, la descargan en forma de grandes nevadas. Lo llaman el «efecto lago».

La tormenta de la noche anterior había arrojado metro y medio de nieve en algunos condados, y multitud de conductores se habían visto obligados a hacer noche en las gasolineras. Para cuando llegamos nosotros, las calles estaban prácticamente desiertas y solo algunos transeúntes valientes se afanaban con palas para desenterrar sus vehículos antes de que la nieve que los cubría se convirtiese en hielo y la labor de rescate se volviera una misión imposible. Desde la ventanilla se percibía ese aire de grandeza que la ciudad había perdido y que está volviendo a recuperarse. El hecho de que el gobernador Andrew Cuomo la designara como uno de los tres centros sanitarios del estado de Nueva York, ha devuelto a Búfalo a la vida. Si tienes un accidente grave o un problema de salud serio, según donde te encuentres, el helicóptero te va a trasladar a New York City (al sur del estado), a la capital, Albany (en el centro)

o a esta vieja ciudad norteña. En los últimos años se han inaugurado aquí ocho nuevos hospitales, uno de ellos asociado a la universidad pública y que cuenta con una facultad de medicina de ensueño. La promoción de mi hijo Nico tuvo la suerte de estrenarla.

Los miles de puestos de trabajo que todo ello ha generado se reflejan en comercios y bares abiertos y, sobre todo, en que las viejas casas victorianas, que ayer se caían a trozos, hoy resplandecen con tejados nuevos y paredes recién pintadas. También ha ayudado notablemente a la recuperación la apuesta de su Ayuntamiento por una política de acogida de refugiados. Gentes de medio mundo han revitalizado barrios abandonados, como se puede observar en los puestos de comida egipcia, coreana, birmana o malaya del West Side Bazaar y en la cantidad de inmigrantes de la República Democrática del Congo que nadie quería recibir.

—*At the light, keep right.*

Siguiendo indicaciones del GPS, a la derecha del semáforo apareció la entrada a nuestro hotel: The Richardson Olmsted.

—¿Pero esto qué es? ¡Si parece Valpurgis!

Búfalo tiene edificios monumentales que no parecen corresponder al reducido tamaño de su villa: rascacielos *art decó*, edificaciones de Frank Lloyd Wright o Louis Sullivan, mansiones victorianas… Un poderío arquitectónico que, a simple vista, se le antoja a uno demasiado arroz para tan poco pollo. Desde luego, no sucede así si rebobinas a 1850, cuando *Buffalo* despuntaba como centro de distribución hacia el oeste de todas las mercancías descargadas en el puerto de Nueva York. Las subían en barcazas gracias al recién inaugurado canal de Erie, una obra de ingeniería que había conseguido unir el río Hudson con los Grandes Lagos: 584 kilómetros de distancia con una anchura de doce metros y poco más de un metro de profundidad que todavía siguen en funcionamiento, aunque básicamente como atracción turística. Te puedes alquilar una barcaza y remontar el río solito durmiendo por la noche en una hamaca. Hasta te dan un manual para que tú mismo abras y cierres las esclusas.

Aquellos fueron los años dorados de Búfalo, denominada la Ciudad de la Luz por ser la primera localidad del mundo en recibir corriente alterna. La generaban las cercanas cataratas del Niágara gracias al talento de dos ilustres vecinos: Nikola Tesla y George Westinghouse. Allí circularon los primeros tranvías y se iluminaron con bombillas las primeras farolas. En Búfalo verían la luz el primer coche eléctrico, la primera academia de bellas artes de Estados Unidos (hoy convertida en el museo AKG) y unos altos hornos que rugieron con incontestable potencia hasta 1975. También se proclamó presidente allí Theodore Roosevelt, un tipo que cambiaría para siempre el papel de Estados Unidos en el mundo.

El país había llegado al siglo XX profundamente dividido. Los partidarios de mantener la promesa no intervencionista (ese «we are the world, we are the children» proclamado por los padres fundadores en Filadelfia) empezaban a perder posiciones frente a quienes, sacándose a lo Groucho Marx nuevos principios de la manga, reclamaban el derecho de Estados Unidos a conquistar territorios y a convertirse en un imperio tan grande, o más, que el británico que habían combatido. Iniciada por el 25.º presidente, William McKinley, la deriva imperialista se consagraría oficialmente en 1901, cuando un anarquista le arrancó la vida a quemarropa en la Expo Universal Panamericana de Búfalo. Si el presidente asesinado albergaba dudas, a Theodore Roosevelt, que juró el cargo sobre la Biblia poco después, no le quedaba ninguna. Desde entonces, el modo de Estados Unidos de entender su papel en el mundo era ya el de dominarlo. Donald Trump no ha inventado nada, solo ha recuperado viejos métodos.

—*You have arrived at your destination.*

Accedimos al hotel Richardson Olmsted por una vereda bordeada de frondosos árboles. El imponente edificio de piedra rojiza se transparentaba entre las desnudas ramas cubiertas de nieve. De su tejado, con manchones verdes de cobre oxidado, sobresalían dos torres puntiagudas. Altísimas, como sacadas de un paisaje del norte de Europa. Cogimos las maletas y entramos. Nada más cruzar el

portón, nos recibió el olor a encerado de los suelos de madera antigua. De los techos colgaban lámparas que parecían haber pertenecido a un castillo. Solo faltaba el jovencito Frankenstein.

—Este lugar —nos explicaron muy amablemente en la recepción— se inauguró como sanatorio psiquiátrico. Estuvo abandonado mucho tiempo y acaban de renovarlo.

No sabíamos si emocionarnos o preguntar si dejaron olvidada medicación para las depresiones. Subimos en ascensor. Mármol por todas partes. La verdad, la habitación era estupenda. Llamamos a Nico para quedar a cenar. Nuestro hijo mediano celebraba al día siguiente en su facultad la ceremonia del *Match Day,* o Día del Emparejamiento. No iba de amor, sino de batas. Nico se acababa de graduar en medicina y al día siguiente le anunciaban en qué hospital del país le tocaba hacer la residencia. A él y, al mismo tiempo, al resto de los médicos licenciados ese año en Estados Unidos. Iba a ocurrir en el transcurso de un evento que pone la carne de gallina y provoca una mordedura de uñas inevitable en todos los presentes. Como si fuera un concurso televisivo, a las doce del mediodía (hora de la costa este), a cada candidato le entregarían un sobre en el que podía ganar lo mismo el coche que la calabaza.

Funciona así. Primero, los hospitales entrevistan estudiantes. Luego, los estudiantes enumeran por orden de preferencia los hospitales donde quieren formarse y los hospitales puntúan a los candidatos que desean aceptar. De todo ello toma nota el algoritmo del NRMP (National Resident Matching Program), que los empareja. Cuando la preferencia del hospital y la del candidato coinciden, ¡bingo! Pero lo más probable es que te toque un destino que no querías e, incluso, a veces, que no te toque ninguno en absoluto. Hay a quien le entregan un sobre con un papel en blanco y tiene que esperarse hasta la próxima convocatoria. ¿Te imaginas?

Los compañeros y compañeras de piso de Nico querían cenar carne. Un chuletón cuanto más gordo mejor, porque de comer pollo barato estaban hartos. Nos pusimos como el Quico. Luego salimos de copas a un bar donde la universidad entera celebraba su

graduación a base de *picklebacks*. La experiencia consiste en meterte un chupito de *whiskey* seguido de un trago de salmuera, el agua salada de los pepinillos de bote. Es curioso lo jovencísimos que me parecieron todos. Es lo que pasa al hacerte mayor, que no te parece que envejeces tú, sino que cada vez rejuvenecen más los que a ti te siguen.

Por la mañana del día siguiente estábamos todos reunidos en un salón repleto de mesas redondas que recordaba a los típicos locales de bodas y bautizos. En un lateral se ofrecía un bufé frío con bebidas sin alcohol. Centenares de estudiantes, en silencio delante de sus platos, aguardaban en compañía de sus familiares a que llegase el momento. Los había que no pegaban bocado y los había que tragaban con angustia. Cosa de los nervios.

Nico soñaba con irse a Seattle, al hospital ese que sale en *Anatomía de Grey*, mientras observaba de reojo el sobre blanco que le habían entregado nada más llegar con su nombre caligrafiado a mano. Como en el resto de los sobres, una sola línea impresa en una tarjeta iba a revelarle el nombre del hospital donde le tocaría pasar los próximos cuatro años de su vida. Al levantar la vista, el reloj de la pared indicó que faltaba solo un minuto. Nico y todos al unísono pegamos un respingo. Ya solo se escuchaban los múltiples roces de papel entre los dedos. El decano de medicina se acercó a un micrófono y preguntó al auditorio: «Are you ready?».

El auditorio respondió con un grito que mezclaba terror y entusiasmo en proporciones similares. Comienza la cuenta atrás: «Five… four… three… two… one…».

Tras un instante de silencio suspendido en el aire, el rasguido intermitente de los sobres inundó la sala. Junto a mí, un chaval abrió el suyo con recelo, se asomó a mirar su contenido y rompió a llorar. Era un llanto tan convulsivo e imparable que sus lágrimas salpicaban la ensalada de mi plato. Yo no sabía si abrazarle o llamar a una ambulancia. Al final, como el estudiante tenía a su padre al lado, yo me limité a apartar con el tenedor la lechuga mojada. Detrás de mí, otra chica pegó un alarido: «Harvard! I've got Harvard!».

Sus compañeros se tiraron a abrazarla. Formaron un corro y se pusieron a pegar saltitos mientras rotaban en círculo como alegres colegiales. Nico, aún sin abrirlo, pegaba golpecitos con el sobre sobre la mesa. Al fondo, junto a la cristalera, una pareja se besaba; ella con la tarjeta temblándole entre las manos. Los altavoces comenzaron a escupir una música jovial.

—Seattle. Se va a Seattle —me comunicó Sarah.

—¿Que se va quién? —le pregunté, distraído por tanta mezcla de emociones.

—¿Quién se va a ir? ¿Mi padre?

¡Nico! Ahora éramos nosotros los que nos pusimos a bailar el corro de la patata (aunque, en esta ocasión, no comeríamos ensalada debido a los lagrimones contaminantes del amigo). Cuando tienes un hijo, lo único que deseas es que sea un buen tipo y te da un poco igual a qué se dedique (como si quiere coger puntos a las medias), pero, como su sueño era ser médico de urgencias en Seattle y sabíamos lo mucho que había trabajado para conseguirlo, nos sentimos inmensamente orgullosos. Saltamos los cinco de la familia: Sarah, Max, Nico, Julia y yo, y algún novio o novia que ya no está. Puf, esas edades en las que los vástagos cambian de pareja como de abrigo, por temporadas, resultan fatales para los padres porque, cuando te has encariñado con ellos, desaparecen.

El desconsolado y Nico intercambiaron efusivas felicitaciones. Por lo visto, lloraba de felicidad. Le había tocado el destino deseado, el hospital de la Universidad de Columbia, en Nueva York, que es donde vivía su novia y donde él quería estar. Se conoce que no se lo esperaba. Ya ves. Más o menos todo el mundo contento, excepto…

—Pero ¿dónde está Te?

Te no estaba porque le había tocado un sobre en blanco. Los defensores del Matching Program mantienen que es el sistema más justo a la hora de asignar destinos porque evita los enchufes, pero cabe la cruel opción de que alguien se quede sin emparejar. El compañero de piso de Nico quería ser cirujano ortopédico (la posición más solicitada y mejor pagada en la medicina actual de

Estados Unidos) y no había conseguido estar entre los mejores para conseguir una plaza. Cuando esto ocurre, al menos tienen la deferencia de avisar a la víctima con antelación para evitarle el trago de tener que enterarse en la ceremonia delante de sus familiares. Imagínate el corte. No me puedo hacer una idea de lo que debió de sentir al recibir la noticia. Seguramente frío. Mucho frío. Ese frío intenso que acompañaba a los estudiantes de medicina en las madrugadas de Búfalo, cuando el resto del mundo dormíamos y ellos le arrancaban horas al sueño preguntándose si de verdad estarían hechos de la pasta necesaria para aguantar toda la vida ese tute.

—Pues vamos a buscar a Te. Hay que celebrar que él también ha conseguido sacarse la carrera.

—¿Le compramos flores?

—¿Flores?

De pronto caigo en la cuenta de que somos los únicos padres que no le hemos entregado un ramo de flores a nuestro hijo. Todos y cada uno de los estudiantes, varones y hembras, sujetan uno en sus manos como los cantantes de ópera tras recibir una ovación en el escenario. Estas son las pegas inevitables de ser inmigrante o de haber vivido fuera de tu país mucho tiempo: que no te enteras de que, en las ceremonias de *Match Day,* hay que presentarse con un ramo. *Oh, well.*

La celebración consistió en un festín de alitas de pollo típicas de la ciudad (*buffalo wings*) que tienen fama en todo el país. Las mojamos en salsa picante cerca de las cataratas del Niágara. Impresionante. También la piel crujiente, pero me refiero a la masa de agua que arroja más de dos millones de litros por segundo sobre un acantilado de roca de cincuenta y dos metros de altura. Esa fuerza abrumadora de la naturaleza que dio origen y dotó de sentido a la exposición universal que se inauguró el primero de mayo de 1901 con el nombre de «Exhibición Panamericana».

Centenares de miles de seres humanos llegaron desde los rincones más recónditos para admirar de cerca el prodigio de la

electricidad: una corriente que circulaba por hilos de cobre y que era capaz de proezas tan inauditas como la de tumbar a un elefante. Se agotaron las localidades para verla en funcionamiento el primer día. El condenado a muerte se llamaba Jumbo II («el mamífero más grande jamás mantenido en cautividad»), era de origen asiático, medía tres metros y medio y pesaba nueve toneladas. El pobre animal le había hecho ganar una fortuna a su domador Frank C. Bostock, conocido como el Rey de los Animales, pero afrontaba el castigo máximo por haber osado atacarle a traición. Claro que cabe la posibilidad de que Bostock se inventara el ataque, aprovechando que el viejo Jumbo había dado ya de sí lo suyo, para montar un insólito espectáculo que le permitió poner a la venta dos mil entradas al astronómico precio de cincuenta céntimos.

Para entonces, la pena de muerte por corriente eléctrica había sido reconocida como la forma más civilizada de terminar con la existencia de un ser vivo. Lo había determinado en 1887 una comisión oficial designada por el Gobierno Federal después de experimentar diversos métodos de ejecución con cientos de perros callejeros. En el pódcast del Museo de Historia de la ciudad de Búfalo cuentan esta historia: «Se practicaron diferentes ejecuciones hasta determinar cuál de ellas era la más humanitaria. Se probaron muertes por decapitación, crucifixión, enterramiento vivo, desmembramiento, hoguera, agua hirviendo, ahogamiento, empalamiento, ahorcamiento, exposición a animales salvajes y, finalmente, la silla eléctrica. Observados con detención los diferentes procesos, se llegó a la conclusión de que el artilugio patentado por un dentista de la ciudad de Búfalo parecía el menos doloroso de todos ellos».

En consecuencia, el 6 de agosto de 1890, el reo William Kemmler pasaría a la historia como el primer desgraciado en morir sentado en una silla de barbero. Primeramente, el verdugo le aplicó una corriente de setecientos voltios que apenas consiguió sobresaltarle. En el segundo intento, se aumentó el voltaje hasta dos mil y el alma tardó en salir del cuerpo, en forma de humo, apenas dos minutos.

En boca de un cronista: «El nuevo invento había cocinado las entrañas de aquel pobre diablo».

Tras el anuncio de la ejecución de Jumbo II, un grupo de personas manifestaron su oposición frente al estadio. La organización respondió con un «al que no le guste que no venga» y dio el asunto por zanjado. Cuan equivocados estaban. El 9 de noviembre, con el público ya haciendo cola a las puertas, llegó una nota del alcalde ordenando suspender el espectáculo. Presionado por la conciencia de sus votantes, había fijado que la ejecución habría de realizarse a puerta cerrada. Bostock tuvo que devolver el dinero a un público que no dudó en ocultar su tremenda decepción. Luego, curiosamente, la electrocución resultó fallida. Bostock justificó que la gruesa piel del paquidermo había hecho de aislante y que aquella operación resultaba tan imposible como electrocutar a un muñeco de goma. Con todo, el Rey de los Animales pudo seguir explotando a Jumbo II hasta el final de sus días.

Sirva este ejemplo para poner de manifiesto que, en la Expo de Búfalo, la electricidad no fue solo un festejo de bombillas, sino una excusa para mostrarle al mundo la superioridad tecnológica y moral de Estados Unidos; un país que, como hemos dicho, estaba en los albores de proclamarse el nuevo imperio dominante del planeta. En 1900, el mismo siglo XIX, que se había rendido en sus comienzos a las ambiciones expansionistas de Napoleón, se despedía dándole sus bendiciones a las ambiciones expansionistas de William McKinley. Lo relata al detalle Margarte Creighton, catedrática de historia de la universidad de Bates (allá por Maine, el estado en cuyas aguas campan por sus respetos las ballenas), en su libro sobre la expo (cuyo título traducido al español vendría a ser algo así como «La electrificante caída de la ciudad del arco iris: Espectáculo y asesinato en la Expo Universal de 1901»*)*: «El objetivo central de la Expo era mostrar el progreso del hemisferio occidental. Se trataba de subrayar cuán lejos habían conseguido llegar los países del norte (en particular, Estados Unidos) frente al retraso incipiente que experimentaban las naciones del sur (y, de forma muy especial, las

repúblicas hispanoamericanas). El diseño de los pabellones ayudó a acentuar la diferencia. Para los países del sur se eligieron pinturas de colores toscos y desapacibles; para los representantes del norte, brillo y luminosidad. El pabellón de EE. UU. se pintó de un blanco inmaculado y el pináculo de la civilización tomó la forma de una esbelta torre (a imitación de la Giralda de Sevilla) cuajada de bombillas».

En 1901 Búfalo era la sede perfecta para que Estados Unidos sacara pecho. Junto al prodigio de la electricidad, la ciudad había experimentado el milagro de la pavimentación. La inmensa riqueza que el comercio del canal de Erie dejaba en su puerto la habían convertido en la urbe con más calles asfaltadas de todo el planeta. En ella, los pasajeros de los coches de caballos no tenían que sufrir el molesto traqueteo que aún provocaban las calzadas empedradas de Boston o Nueva York. Un tremendo adelanto.

En la parte dedicada al atraso, la atracción más solicitada consistía en un indio apache de aspecto «peligrosísimo»: Goyahkla (el que bosteza), llamado así por sus padres debido a su enorme disposición al sueño. Era un líder espiritual de los chiricagua, bien conocido por su apodo español de Gerónimo, que había sido hecho prisionero por el ejército federal en 1878 y permanecía desde entonces encerrado en el fuerte de máxima seguridad de Sill, estado de Oklahoma. Te resumo un poco su historia.

Tras gozar de una vida apacible en las montañas Mogollón de Arizona en sus primeras tres décadas de vida, Gerónimo había liderado en 1858 una expedición comercial a México. Según narra Gilbert King en la revista *Smithsonian*, el apache dejó el campamento y se acercó con sus hombres a Casas Grandes para hacer negocios. A su retorno, los soldados mexicanos habían asesinado a todos los niños y mujeres que se habían quedado; entre ellos, su madre, su esposa y sus tres hijos. Gerónimo lo recuerda en sus memorias: «Permanecí inmóvil sin saber qué hacer. No tenía armas, ni tampoco el deseo de luchar. Ni siquiera contemplé la posibilidad de intentar recuperar los cuerpos de mis seres queridos,

lo que se me negaba. Ni recé, ni decidí adoptar ninguna decisión en particular porque mi vida ya carecía de sentido».

Según la versión ofrecida por King, cuando Gerónimo regresó a Arizona prendió fuego a su tienda y quemó todas sus posesiones. A continuación, lideró un ataque contra un grupo de mexicanos en Sonora: «Mientras los colonos invadían tierras indígenas forzando a los nativos a vivir en reservas, Gerónimo se negó a claudicar. Fue después de que una de sus víctimas le pidiese clemencia a gritos invocando a san Gerónimo, que los apaches encontraron un nuevo apodo para Goyahkla. A partir de entonces, la simple mención de aquel nombre conseguiría expandir el pánico por todo el oeste».

Los siguientes veinticinco años los pasó luchando contra los ejércitos de México y de Estados Unidos. Finalmente, en 1886, tras una persecución de cinco mil kilómetros a lo largo de las montañas y el desierto, el apache (extenuado y casi sin guerreros) entregó su rifle Winchester y su cuchillo Sheffield Bowie al general Nelson Miles. Un artículo publicado en el Washington Post de la época explicaba que Gerónimo se había salvado de la pena de muerte en la negociación de su rendición a cambio de pasar el resto de sus días condenado a trabajos forzados en el fuerte Pickens de Pensacola, Florida. Hasta allí fue conducido en compañía del resto de los detenidos que, siempre según el diario de Washington, «morían como chinches» en un clima cálido y húmedo desconocido para ellos.

La enorme popularidad adquirida por Gerónimo gracias a las historias publicadas en la prensa abrió las puertas a un apetitoso negocio. El gobierno convirtió al indio en una atracción turística, permitiendo que cientos de visitantes pagaran a diario una entrada en Fort Pickens para echar un vistazo al salvaje sanguinario. Mientras, los niños indígenas fueron conducidos a la Escuela Industrial India de Carlisle, Pensilvania, donde se los educó para comportarse «como cristianos». Más de un tercio murieron a causa de la tuberculosis. En 1888, Gerónimo fue trasladado a Alabama y, en 1894, a su encierro final en el fuerte Sill de Oklahoma. Desde allí

sería conducido en 1901 a Búfalo para participar en la exposición universal. Gerónimo acaba de cumplir setenta y dos años.

Le ubicaron en un pabellón que representaba un poblado apache. Ante las miradas atónitas de los curiosos, Gerónimo dedicaba el tiempo muerto a construir arcos y flechas y a vender fotografías autografiadas a dos dólares la pieza. Como narra Woodworth Clum en su libro *Apache Agent,* había quien le observaba con asombro debido a la leyenda que le precedía como noble guerrero de un tiempo ya pasado, y quien le mostraba un gran desprecio por considerarle el asesino de centenares de compatriotas.

La exhibición de seres humanos reducidos a la categoría de criaturas exóticas no resultaba escandalosa para el público de entonces. Al revés, formaba parte de una tradición iniciada por un astuto empresario de circo, P. T. Barnum, como él mismo dejó escrito en sus memorias: «Durante muchos años contraté a grupos de indígenas del lejano Oeste para exhibirlos en mi museo y envié indígenas a Europa, donde se les consideraba curiosidades enormes. Cuando, en 1864, una docena de jefes de diferentes tribus visitaron al presidente Lincoln en Washington, logré, con un desembolso considerable, traerlos a Nueva York y que pasaran unos días en mi museo. Por supuesto, conseguir que estos indígenas bailaran en público resultaba imposible. Eran jefes de tribus poderosas y no habrían consentido exhibirse, como tampoco lo habría hecho el primer mandatario de nuestra nación. Por esa razón, el intérprete me dijo que solamente podría mantenerlos conmigo mientras ellos se creyesen que los visitantes del museo eran gentes que venían a rendirles honor. En cuanto descubriesen lo que era un museo y que la gente pagaba por entrar, no podría retenerlos ni un minuto más».

Entre los dignatarios mencionados por Barnum se encontraban tres jefes de la nación cheyenne (Guerra Bonnet, Oso Flaco y Mano-en-el-Agua), dos líderes kiowa (Búfalo Amarillo y Oso Amarillo), un jefe caddo (Jacob) y un jefe apache (Toro Blanco). En su libro de memorias, *Luchas y triunfos,* Barnum narra sin tapujos el trato que les proporcionó en su museo neoyorquino: «El pequeño y fibroso

jefe Oso Amarillo había matado a muchos blancos. Era un salvaje astuto, traicionero y sanguinario, al que le preocuparía menos arrancarle la cabellera a un grupo de mujeres y niños que a un carnicero retorcerle el cuello a un pollo. Pero ahora andaba en misión con el Gran Padre en Washington, buscando regalos y favores para su tribu, y fingía ser extremadamente manso y humilde, instando constantemente al intérprete a que lo anunciara como un gran amigo del hombre blanco. A mí me adulaba y, aunque no hablaba ni entendía una palabra de nuestro idioma, intentaba convencerme de su profundo cariño. Al exhibirle en el escenario, yo le daba una palmadita en el hombro, lo que siempre provocaba que me mirase con una sonrisa amable, mientras me acariciaba suavemente el brazo con la mano derecha de la manera más cariñosa. Sabiendo que no entendía ni una palabra de lo que yo decía, fingía felicitarlo en público, cuando en realidad lo que decía era lo siguiente: "Este indio canijo, damas y caballeros, se llama Oso Amarillo y es jefe de los kiowas. Ha matado, sin duda, a decenas de blancos y probablemente sea el sinvergüenza más ruin y despiadado de todo el lejano Oeste. Si este villano sediento de sangre entendiera lo que estoy diciendo, me mataría en un instante, pero como cree que lo estoy halagando, puedo decirles con seguridad la verdad. Es un monstruo mentiroso, ladrón, traicionero y asesino. Ha torturado hasta la muerte a mujeres pobres y desprotegidas, ha asesinado a sus maridos, ha desfigurado el rostro de pequeños indefensos y, con gusto, nos haría lo mismo a usted y a mí, si pensara que puede escapar del castigo". Después le di otra palmadita en la cabeza, y Oso Amarillo, con una sonrisa amable, hizo una reverencia al público como para asegurarles que mis palabras eran totalmente ciertas y que me agradecía mucho los elegios que tan generosamente le había dedicado. Transcurrida una semana, otro de los jefes descubrió que los visitantes pagaban para entrar. Comunicó la información a los demás y, de inmediato, se produjo un murmullo de descontento. Su dignidad había sido ofendida y ya nada pudo convencerlos de volver al escenario. Sus

ojos desorbitados eran todo menos agradables. De hecho, yo no me sentí seguro hasta que se marcharon de vuelta a Washington».

En la Exposición Universal de Búfalo de 1901 Gerónimo también fue presentado como «el peor de los indios que jamás haya vivido». Su «crueldad» fue comprobada por los visitantes, que pudieron observarlo dando caza a perros callejeros a los que posteriormente asaba en una hoguera. Lo narra Margaret Craighton en su libro: «Un total de veinte mil asistentes tomaron asiento para ser testigos de cómo los indios celebraban un banquete con perros. Frederick Cummins, director del Congreso Indígena, orquestó la caza y la comida, pero la mayoría de la gente le achacó a Gerónimo la iniciativa. Su presencia en el recinto a lo largo de todo el verano y parte del otoño había convertido en la atracción más popular de la feria al líder apache al que el ejército había apodado "el tigre humano"».

Sin embargo, Gerónimo había dado sobradas muestras de ser un tipo dócil e inteligente para los negocios. En el tren, camino de la exposición, llenó una mochila con botones y sombreros de repuesto. Cada vez que paraba en una estación, Gerónimo saludaba a la multitud que lo aguardaba expectante y les vendía su sombrero por cinco dólares y cada botón que se arrancaba de la casaca por cincuenta centavos. Una vez que el tren partía, se colocaba otro sombrero y cosía nuevos botones para venderlos en el siguiente destino. Así lo cuenta Margaret Craighton: «Se decía que era vanidoso y que cuidaba extremadamente su apariencia y su peinado. Se corrieron rumores de que estaba aprendiendo a tocar un instrumento musical y de que se había ofrecido a dar clases de cocina. También, a quien le pagase setenta dólares, le oficiaba una ceremonia de inducción en la tribu que el cliente eligiese: apache, oglala sioux o arapaho. En el precio se incluía la imposición al cliente de un nombre indígena. A Charles Clark, director de una compañía de ferrocarril, le tocó el de Jefe al que le gustan sus huevos».

El punto de malvado se lo ganó Gerónimo en Búfalo con el banquete de perros, algo que, en realidad, carecía de crueldad para

los nativos de América, puesto que no consideraban a los canes mascotas, sino animales salvajes. Tanto para las tribus del norte (lakota, cheyenne y bannok) como para las del sur (osage, sac y fox) era una forma muy normal de celebrar las grandes ocasiones. La prensa, sin embargo, no dudó en mostrar su férrea desaprobación: «¿Qué han conseguido los misioneros, las profesoras y las iglesias si esta gente sigue todavía devorando mascotas?».

Ahora, la fascinación pudo más que los principios y la prensa no se negó a cubrir el acontecimiento. Prosigue el relato Craighton: «Los perros fueron recolectados de forma discreta. Los líderes del Congreso Indio los compraron directamente a perreras o contrataron a cazadores a sueldo que fueron vaciando calles, plazas y parques. El 22 de septiembre, los indios tenían un corral con trescientos perros, entre los que se incluían caniches y ejemplares de terrier y *cocker spaniel*. El sacrificio comenzó a las 5 de la tarde del 26 de septiembre y, ante una audiencia de diez mil personas, Gerónimo mató al primer perro de un flechazo y al siguiente lo eliminó la francotiradora Wenona de un disparo. Los periódicos reflejaron la opinión de Gerónimo sobre la carne tras comerse dos perros él solito: "Tiene un sabor muy parecido al de las ancas de rana"».

También en Búfalo, y acompañado del conocido líder oglala Tiro-en-el-Ojo (quien se había ganado el apodo tras perder parcialmente la vista en Little Bighorn, la batalla en la que halló la muerte el general George Armstrong Custer), a Gerónimo le tocó representar a diario con sus guerreros una batalla contra el ejército de Estados Unidos en el estadio central. Un combate que los indígenas se veían obligados a perder, una y otra vez, en cada una de las representaciones. El progreso contra lo salvaje. Unas veces Gerónimo caía derrotado junto a jefes indios como Nube Roja o Caballo Pintado a manos del séptimo de caballería y, otras, era sometido a rendición en el espectáculo que compartían el celebérrimo Buffalo Bill y la indómita Calamity Jane. A esta última, una tipa con fama de dura que había creado leyenda matando indios en la frontera, cada vez que apuntaba con su revólver al pecho de

un indio en el estadio de la PanAm, el público la imploraba desde las gradas que apretase el gatillo con una frase que se había hecho muy popular en la época: «¡Dale, Jane! ¡Enséñale a hablar inglés a ese bárbaro!».

La última aparición en público de Gerónimo ocurrió el 4 de marzo de 1905. El presidente Theodore Roosevelt lo invitó a participar en el pretencioso desfile que organizó para celebrar la investidura de su segundo mandato. Por todo lo alto y sin reparar en gastos, por la avenida Pensilvania de Washington D. C. circularon treinta y cinco mil almas rindiendo pleitesía al nuevo césar. Marines, soldados y rimbombantes bandas de música junto a héroes de la guerra contra España; licenciados de Harvard ataviados con sombreros de copa y elegantes capas; mineros del carbón con sus lámparas de carburo encendidas; *cowboys* que cabalgaban haciendo girar sus lazos sobre las monturas, y, de forma destacada, los derrotados indios del lejano Oeste. A los setenta y seis años y cansado de ser un prisionero de guerra, el líder apache había accedido a participar en aquella humillación solo para tener acceso al presidente y solicitarle clemencia. Lo relata Peter Carlson en la plataforma HistoryNet: «Gerónimo echaba de menos su tierra natal, anhelaba morir en las montañas rojas de Arizona, y pensaba que lo conseguiría si mostraba al presidente con su presencia sumisa en aquel desfile que el "salvaje" había enterrado el hacha de guerra para siempre».

El desfile inaugural resultó todo un éxito. Las gentes quedaron prendadas ante el paso del guerrero indígena al que muchos, convencidos de que las balas eran incapaces de atravesar su carne, consideraban inmortal. No eran los únicos. El propio Gerónimo estaba convencido de que el dios apache Usen le había protegido en cada una de las múltiples ocasiones en que había sido alcanzado por un disparo. Cuatro días después de la investidura, fue recibido en la Casa Blanca. El *Washington Post* reflejó su petición de clemencia a Roosevelt: «Gran Padre, cuando veo su rostro, pienso que estoy viendo el rostro del Gran Espíritu. He venido aquí a implorarle que sea clemente conmigo y con mi gente. Cuando era joven, hace ya

muchos años, actué como un loco. ¿Acaso le temía al Gran Jefe Blanco? No. Su gente deseaba poseer la tierra de mi gente. Mi corazón latía poderosamente en su contra… Cuando los soldados del Gran Jefe Blanco echaron a mi gente de sus casas, marchamos a las montañas. Cuando nos siguieron, nos revolvimos cuanto pudimos. Pasábamos hambre, pero matábamos. Juré que nunca claudicaría, puesto que estaba poseído por la locura. Por ello fui yo castigado y mi gente castigada conmigo. Ahora, Gran Jefe Blanco, mi corazón ya no contiene maldad. Le ordenaré a mi gente que no obedezcan a otro jefe más que al Gran Jefe Blanco. Rezo para que corte mis ataduras y me conceda la libertad. Déjeme morir en mi propia tierra, como un viejo que ha sido ya castigado lo suficiente y que al final queda en libertad».

Roosevelt le denegó el permiso. Alegó que Gerónimo había asesinado a demasiados blancos a sangre fría y que en Arizona le odiaban tan profundamente que su presencia podría iniciar un nuevo baño de sangre: «Lo mejor es que te quedes donde estás. Siento mucho no tener ninguna compasión hacia ti».

Gerónimo moriría cuatro años más tarde como prisionero de una guerra que él no había iniciado. Ocurrió en una fría noche de febrero de 1909. Goyahkla salió a cabalgar en solitario por las tierras de la base militar de Fort Sill en las que vivía confinado y se cayó del caballo. Cuando lo encontraron al alba del día siguiente, ya había contraído neumonía. Falleció a los pocos días. Tampoco entonces Roosevelt hizo el mínimo esfuerzo por intentar percibir el sufrimiento del líder espiritual de los chiricagua: «No querría afirmar que el único indio bueno es el indio muerto, pero creo que en nueve de cada diez ocasiones el dicho resulta acertado. Y, en cuanto al décimo, tampoco creo que saliera muy airoso si analizáramos a fondo su caso».

Las palabras del presidente venían a reflejar el sentimiento compartido por los MAGA del momento: la creencia en la superioridad moral de la raza blanca anglosajona, principio en el que los intervencionistas basaban el supuesto derecho de Estados Unidos a dominar el mundo y que había quedado expuesto sin tapujos en la

Exposición Panamericana de Búfalo, en cuyo escenario el propio Roosevelt había jurado su cargo.

De hecho, cerca del pabellón del Congreso Indígena en el que habían exhibido a Gerónimo, se hallaba el de Filipinas. Consistía en la simulación de una aldea rural del Sudeste Asiático (con casitas de bambú, madera y nipa) habitada por nativos igorrotes, moros y tagalog apresados en el archipiélago y descritos en el diario de la feria, *The Pan-American Herald,* como «gentes vagas, sin motivación, que parecen destinadas al letargo». Era un zoológico humano que exponía las costumbres salvajes de un pueblo que necesitaba guía y protección espiritual para justificar así la colonización estadounidense. El acceso al pabellón se realizaba atravesando una empalizada custodiada por soldados del ejército de Estados Unidos que simbolizaba el fuerte español rendido en Manila en 1898. En él se mostraba una amplia selección de uniformes y armamento requisado a los españoles, en la que llamaban poderosísimamente la atención de los visitantes los modernos fusiles Mauser, capaces de disparar con pólvora sin humo para no revelar la ubicación de los tiradores.

Pasados los pabellones dedicados a los indios del Oeste americano y a los filipinos, venían los de los negros. El primero se llamaba «El África más oscura», y era la recreación de una selva plagada de loros y de monos. En aquel recinto, cerca de un centenar de africanos con la cabeza cubierta por sombreros de bambú de ala ancha tejían cestas, tallaban colmillos de marfil o celebraban ceremonias de adoración a un becerro de oro. A las horas en punto, todos abandonaban sus labores para agitar lanzas al son de unos tambores. El segundo se llamaba «La vieja plantación» y recreaba un campo de algodón cosechado por un grupo de esclavos. Hombres y mujeres «naturalmente alegres» que cantaban y reían mientras los bordes extremadamente afilados de las cápsulas que contenían la suave fibra les cortaban las yemas de los dedos.

La zona norte era otra cosa. Una vez atravesado el Puente Triunfal, se alzaba luminoso el pabellón de Estados Unidos. En su

interior, un inmenso globo terráqueo mostraba la posición exacta de los trescientos buques de la Marina estadounidense desplegados por los mares de los cinco continentes. Desde la victoriosa guerra contra España, Estados Unidos reclamaba abiertamente su papel de imperio dominante en el mundo. Rebobinemos tres años para poner el asunto en perspectiva.

A principios del verano de 1898, las tropas de la Marina estadounidense (que ya habían desembarcado en Cuba y bombardeado Puerto Rico desde el mar) se dirigían a tomar las Islas Marianas, Filipinas y (ya de paso, por qué no) el reino independiente de Hawái. Alrededor de doscientos mil voluntarios habían respondido al llamamiento del presidente McKinley y se habían alistado a filas atrapados por el fervor a la expansión oceánica. Como describe Stephen Kinzer en su libro *The True Flag*, la fiebre imperialista había brotado y empezaba a contagiarse. Ayudar a la salvación de los pueblos oprimidos era su forma de justificar aquellas intervenciones.

—No te vayas a pasar Troy —me recordó Sarah.

Ni por asomo. Troy es una pequeña ciudad situada a la orilla del Hudson, un poco al norte de Albany, la capital actual. Cuando se fue al garete la economía en todo el estado de Nueva York por la caída en dominó de sus grandes multinacionales (PanAm, IBM, Kodak…), Troy quedó medio abandonada y la gente empezó a llamarla Troylette (un apodo despectivo que equiparaba su aspecto al de un retrete). Hoy, igual que Hudson, Kingston (la antigua capital de Nueva York en época de las colonias) y otras poblaciones de tamaño medio, la vida en Troy ha resucitado gracias los *millennials* que prefieren vivir en lugares en los que pueden desplazarse andando en lugar de depender del coche para todo, como hacen sus padres. Darse un paseo por el centro, utilizado con frecuencia para filmar producciones ambientadas en el siglo XIX, le recuerda a uno lo mejor de Brooklyn. De regreso de Búfalo siempre parábamos a comer.

—No te pases.

—Que no.

Yo también soñaba con la fina tortilla de pan *iavash* recién salida del horno del restaurante Ali Baba e inflada por el aire caliente como un pez globo.

—Hmm.

A Sarah también se le hacía la boca agua.

William Randolph Hearst

En realidad, las ambiciones de expansión territorial llevaban disparadas en Estados Unidos desde 1783. Envalentonados por la consecución de su independencia, los dirigentes de las antiguas Trece Colonias sintieron que la joven república tenía derecho a incumplir los sucesivos tratados firmados por la corona británica con los indígenas y a expandirse sin remordimientos hacia el oeste. Ya nadie podía impedir que se saltasen la frontera de los montes Apalaches negociada como barrera de separación natural entre británicos y nativos. A la disculpa moral que avalaba el atropello contra las tribus indígenas que estaba a punto de arrancar lo llamaron «Destino manifiesto».

El término, acuñado *a posteriori* por el periodista John L. O'Sullivan, venía a corroborar que Dios había elegido a Estados Unidos para cristianizar el universo, tal y como reclama hoy desde su púlpito en el Pentágono el ministro de Defensa Pete Hegseth. El pistoletazo de salida lo había dado el tercer presidente de la nación, Thomas Jefferson, con la compra a Francia del territorio de la Luisiana. Igual que Luis XV se la había regalado a Carlos III en 1762, Napoleón se la volvió a quitar a Carlos IV en 1800, y santa Rita no dijo ni mu. El embajador norteamericano en París, Robert Livingston, solamente tuvo que apoquinar quince millones de pesos duros para que Estados Unidos doblase su extensión territorial. De golpe, a las Trece Colonias se añadieron quince futuros estados y un buen mordisco de Canadá. Comenzaba el gran desplazamiento de anglosajones al mundo hispano. Entonces, ya ves tú qué cosas, la

inmigración viajaba en dirección contraria. Y todo porque a Napoleón no le salió el cuento de la lechera.

Desde que había tomado las riendas de Francia en 1799, el Ogro de Córcega soñaba con reinar en América. Su idea era restaurar el control en Haití (perdido en 1791 tras la exitosa revolución de los esclavos) y talar los pocos árboles que los franceses habían dejado en pie en la isla caribeña para construir una poderosa flota. De allí enviaría sus barcos de guerra a Nueva Orleans (que ya tenía en mente recuperar de los españoles) para, a través del río Misisipí, invadir Estados Unidos por sorpresa.

La primera parte del plan pasaba por convencer a Carlos IV de que mantener Luisiana no le merecía la pena. Utilizó como excusa el disgusto manifiesto de los reyes de España porque su pobre hija, la infanta María Luisa, a la que habían casado con Luis de Borbón, duque de Parma, con la intención de que reinase en alguna parte, se acababa de quedar sin posibilidades de trono en Italia. La culpa, precisamente, fue de Napoleón, quien entonces le propuso a Carlos IV un canje irrechazable: si devolvía Luisiana en secreto (para que los estadounidenses no se coscaran de sus planes), cedería a cambio la Toscana para que reinase en ella la niña destronada. Además, aceptaba cambiar el «tosco» nombre de la Toscana por el apelativo más aparente de «Reino de Etruria». Y todo esto, te lo creas o no, a Carlos IV y a María Luisa de Parma les pareció más que correcto. Con una firma en el Palacio Real de la Granja de San Ildefonso el 1 de octubre de 1800, España perdía definitivamente la Luisiana, una extensión de terreno cien veces mayor que la Toscana y en la que, en aquel momento, habitaban cincuenta mil ciudadanos españoles.

El primer ministro español en ese momento, don Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, justificaba así el acuerdo: «Faltándonos los medios para procurarle un gran aumento en proporción con los demás dominios españoles de las dos Américas, no rindiendo utilidad a nuestra hacienda ni buscándola allí nuestro comercio, y ocasionando grandes gastos en dinero y en soldados sin ningún provecho nuestro, recibiendo en fin en cambio de ella otros estados,

la devolución de la colonia, lejos de ser un sacrificio, puede tenerse por ganancia. Casi todo por hacer, un principio de vida solamente en aquellas regiones despobladas. En la Toscana, todo hecho, el cultivo perfecto, la industria floreciente, su comercio extendido, el clima sano y delicioso, las costumbres benignas, la civilización a un alto grado, país rico en monumentos y en prodigios de las artes, en preciosas antigüedades, en magníficas bibliotecas y en academias célebres; de habitantes cerca de un millón y medio; la renta del estado, por lo menos tres millones de pesos fuertes, sin ninguna deuda; su superficie cuadrada, seis mil quinientas millas».

En 1801, con el acuerdo aún sin ratificar, pero ya en el bolsillo, Napoleón puso a una flota integrada por veinte mil hombres rumbo a Saint-Domingue. La misión del general Leclerc era someter a los negros haitianos, restaurar el control francés y recuperar los suculentos ingresos del negocio del azúcar para las arcas nacionales. No pudo ser. Primero, las fuerzas del general Toussaint Louverture opusieron mayor resistencia de la esperada. Después, una epidemia de fiebre amarilla que se contagió, de una en una, por todas las embarcaciones galas, terminó con la vida de las tripulaciones (incluidos veinte generales) y con las aspiraciones napoleónicas de invadir Estados Unidos. Y, en eso que, como quien no quería la cosa, el embajador estadounidense en París se personó en el Palacio de las Tullerías a preguntar si, por casualidad, Nueva Orleans no estaría en venta.

En realidad, el canciller Livingston se había enterado de que existía alguna operación secreta de transferencia con España, y el presidente Jefferson le había ordenado intentar que Napoleón les vendiera el puerto. Un puertecito, eso era todo lo que ellos necesitaban para tener una salida al mar desde su frontera oriental, situada en la orilla este del río Misisipí, apenas un poco más arriba de su desembocadura en Nueva Orleans desde que hubieron saltado los Apalaches y corrido a los indios.

La sorpresa morrocotuda llegaría cuando, después de que Robert L. Livingston lanzase una oferta sin demasiada convicción, Napoleón

le hizo un paquete por la compra de todo el territorio y, además, a precio de ganga. Para entonces, el Petit Caporal ya había decidido olvidarse de América y centrarse en las campañas europeas. Con la venta de la Luisiana a Estados Unidos acababa de fraguarse uno de los mayores desastres geoestratégicos de toda la historia del Imperio español. Tres desgracias en una: Estados Unidos le arrebataba a España el liderazgo en el golfo de México, Florida se quedaba aislada y arrinconada por un vecino que no disimulaba sus deseos de anexionársela y Bonaparte se hacía con los pesos fuertes necesarios para financiar la invasión de países como… ¡España! Ole.

Como explica la reportera de la BBC Carrie Gibson en su libro *El norte*, Madrid apeló desesperadamente a París para intentar anular el nefasto contrato. El primer ministro de su graciosa majestad, Manuel de Godoy (y Álvarez de Faria Ríos por parte de madre), acusó de traición a Francia basando sus demandas en que Napoleón se había comprometido en el tratado de retrocesión a no vender la Luisiana a un tercero. El Primer Cónsul de Francia se hizo el sordo y no se dignó responderle. Primer disgusto: misterios dolorosos. El segundo llegaría cuando, una vez producido el traspaso oficial, Estados Unidos se cogió más terreno del que le correspondía. El embajador español, Carlos María Martínez de Irujo y Tacón, fue a mostrarle a Jefferson los mapas: «Mire usted, Arkansas y Misuri los hemos conquistado los españoles. No son parte del territorio que nos cedió Luis XV».

Tenía toda la razón. Aunque se suele evocar siempre a Luisiana como un territorio unificado, la verdad es que en ella convivían dos provincias profundamente diferenciadas. La una era la Baja Luisiana, en el golfo de México, con capital en Nueva Orleans y un ambiente caribeño con plantaciones de algodón y arrozales parecido al de La Habana. La Alta Luisiana, al norte, con capital en San Luis de Illinués (hoy Saint Louis, Misuri), era un terreno principalmente controlado por los indígenas en el que los españoles habían promovido desde Nueva Orleans numerosas expediciones y construido plazas como la

de San Fernando de las Barrancas (hoy Memphis, Tennessee) o el Puesto de los Nogales (hoy Vicksburg, Misisipí).

Del tipo de vida que reinaba en aquellas tierras inhóspitas que Martínez de Irujo reclamaba a Jefferson para España da buena cuenta una carta que ha caído por casualidad en mis manos. La misiva la conserva como oro en paño un buen amigo, Wesley Fordyce, en su casa de San Luis. Fue enviada el 23 de febrero de 1916, según consta en el encabezamiento, desde el Edificio Humboldt (conviene recordar este apellido) de la misma localidad, y la firma un tal doctor Malvern B. Clopton. Como si de una propuesta de guion de aventuras se tratase, Clopton realiza un «breve esbozo de la familia McIlvaine», en el que relata la historia del joven William, el padre del tatarabuelo de mi amigo Wes, en los tiempos en que Misuri aún era español:

«William McIlvaine vino al mundo en el condado de Bucks, Pensilvania, el 19 de febrero de 1732. A la edad de ocho años su padre lo llevó en un velero de viaje a las Indias Orientales. El barco naufragó en una tormenta en el golfo de México y William fue el único superviviente de la tragedia. Agarrado a un barril en medio de las aguas, fue rescatado por una patrulla de españoles. Eran miembros de una expedición que exploraba el río Misisipí y condujeron al chico con ellos a la ciudad de Nueva Orleans. Ascendieron por el río hasta su confluencia con el Misuri y continuaron por el afluente, aguas arriba hacia el oeste, hasta arribar a un punto cercano a la actual Jefferson City.

»Allí abandonaron sus barcos y empezaron su camino a pie, en dirección sudeste, con la intención de encontrar metales preciosos. Descubrieron y documentaron en su peregrinaje una veta de plomo, que, por el color, confundieron con una mina de abundante plata, y siguieron su marcha hasta topar de nuevo con el Misisipí que habían abandonado. En su orilla construyeron unas chozas para guarecerse del crudo invierno y llamaron al asentamiento Nuevo Madrid. Corría el mes de noviembre de 1740.

»Dando por perdidos sus barcos para regresar a Nueva Orleans, los españoles construyeron balsas en las que cargaron muestras del preciado mineral y se dejaron flotar río abajo. Al cuidado de Nuevo Madrid quedaron dos hombres y el pequeño William en espera de que los otros mandasen pronto refuerzos, pero en la travesía los españoles se enzarzaron en una pelea y se mataron los unos a los otros. La balsa nunca llegaría a su destino.

»Los indios sorprendieron a McIlvaine y a los españoles y los hicieron prisioneros. A caballo, emprendieron viaje hacia el oeste. Recorrieron muchas millas hasta llegar a su poblado, levantado cerca de lo que hoy es Fort Benton, en el estado de Montana. Maltratados por los indígenas, los otros españoles enfermaron y murieron, dejando a William huérfano entre los salvajes.

»En aquel poblado habitó McIlvaine por diez años. En 1750, la tribu entró en guerra con otros indios que vivían al norte del río Kansas y al oeste del Misuri, y William, convertido para entonces en un bravo guerrero, tomó parte en la contienda. Aprovechando aquella ocasión, se fugó en canoa y, después de grandes sofocos y calamidades, logró navegar, Misuri abajo primero y Misisipí abajo después, hasta recalar en la ciudad de Kaskaskia, estado de Illinois, en la orilla opuesta de Sainte Genevieve».

Por aligerar la historia, William fue contratado por un tal señor Valle y pilotó una expedición francesa en busca de la veta de plata que, diez años antes, habían encontrado en su presencia los españoles. Cuando dieron con ella, cundió inicialmente el desaliento al caer en la cuenta de que no se trataba de mineral precioso, sino de plomo, pero pronto supieron del gran potencial económico que ofrecía su venta y se alegraron. William bajaba con barcazas cargadas de plomo hasta Nueva Orleans, donde vendía tanto el mineral como el medio de transporte, para regresar de nuevo a caballo (vía Baton Rouge, Alexandria, Camden, Little Rock y Mammouth Springs) a la actual ciudad de Potosí, Misuri, que entonces se conocía como Minas Breton.

Estas operaciones comerciales, según relataba el doctor Clopton en su carta, las continuó William hasta que cambió de oficio en 1775, al estallar la guerra Revolucionaria en las colonias: «McIlvaine empezó a recibir en Nueva Orleans cargamentos de pólvora (como sabemos, provenientes de España) y los conducía por el río Ohio arriba hasta el fuerte Pitt (hoy Pittsburg), donde se lo entregaba a los revolucionarios».

Mientras Bayona se plantea si llevar o no la historia a la gran pantalla, fijémonos nosotros en el encabezamiento de la carta: «Humboldt Building. Saint Louis, Misuri».

La pregunta sería: ¿qué pintaba el nombre del naturalista Alexander von Humboldt en la fachada de uno de los edificios más elegantes de la Alta Luisiana de 1916? La respuesta es que, ciento y pico años antes, Carlos IV le había concedido al prusiano un permiso excepcional para visitar la América hispana. Aunque el imperio tenía estrictamente prohibida la entrada a extranjeros en sus territorios por temor al espionaje y al contrabando, Humboldt le sacó al gobierno de Madrid un viajecito gratis de cinco años por Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador y México porque, además de representar al espíritu de la ilustración, había sido inspector de minas en su Prusia natal, y a España le convenían sus consejos para mejorar la producción de sus yacimientos de plata. Hasta ahí todo bien. Lo cuenta el propio Humboldt en un ensayo publicado en 1801, donde reconoce que se le trató a cuerpo de rey y que, de cara a facilitar sus investigaciones, se le permitió consultar los mapas secretos de Nueva España. El problema, como revela la historiadora María Elvira Roca Barea en su *Imperofobia y leyenda negra*, es que la pasión del padre del ecologismo por el modelo político liberal de Estados Unidos lo llevó a traicionar a sus anfitriones: «A pesar de que pudo trazar mapas y planos de las más diversas instalaciones sin restricciones ni desconfianza, y de que consultó con total libertad archivos y documentos reservados, Humboldt no consideró un deshonor ir a poner a los pies de Thomas Jefferson aquella extraordinaria cosecha de documentos, que el padre fundador de Estados Unidos, como el

gobernante excepcional que siempre fue, se apresuró a copiar rápidamente».

Fíjate tú que Jefferson, coincidencias de la vida, en 1804, inmediatamente después de entrevistarse con Humboldt (que le pasó los mapas que le había facilitado a él la monarquía hispánica) y de rechazar la reclamación del embajador español sobre los territorios explorados por España en la Alta Luisiana, puso en marcha la famosa expedición de Lewis y Clark con el fin de cartografiar los territorios «inexplorados».

La gran epopeya tenía truco: los expedicionarios se guiaron por los mapas robados por el botánico a España, informes en los que se mencionaban rutas como la abierta por los descubridores de las minas de plomo a los que había acompañado el niño William McIlvaine en 1740. Así que no es de extrañar, como señala Roca Barea, «que en 1856 el secretario de Guerra de Estados Unidos, John B. Floyd, le agradeciera a Humboldt sus servicios en los términos más elogiosos». Tampoco que pusieran su nombre a un edificio de prestigio en San Luis, o a una bahía en California, o a un parque en Chicago, o a un monumento en Central Park, o…

Dicho sea de paso, al menos sí que se dignó a dar algunos consejos a España para mejorar el rendimiento en la extracción de plata. Lo que pasó es que los dueños de las minas novohispanas, inmensamente avaros, prefirieron seguir con la mano de obra barata de los indígenas a afrontar la costosa inversión en maquinaria europea sugerida por Humboldt. La modernización minera hubo de aguardar hasta 1820, cuando empresarios alemanes e ingleses utilizaron la información del naturalista como una guía de inversión en México.

Pasemos página.

El segundo presidente de Estados Unidos en aplicar la doctrina del destino manifiesto al Imperio hispánico se llamaba James Monroe y llevaba el dorsal número cinco. Fue el último de los padres fundadores en alcanzar el honor de ocupar la Casa Blanca y, en 1819, le hizo a una España empobrecida tras la invasión napoleónica

una oferta «irrechazable» de compra por la Florida. Fernando VII la aceptó de buen grado: «Deseando Su Majestad Católica y los Estados Unidos de América consolidar de un modo permanente la buena correspondencia y la amistad que felizmente reina entre ambas partes, han resuelto transigir y terminar todas sus diferencias y pretensiones por medio de un tratado que fije con precisión los límites de sus respectivos y confinantes territorios en la América septentrional».

Pensaba el monarca que ahí pararían las pretensiones expansionistas de Estados Unidos, pero nadie mejor que él debería de haber sabido que los imperios, como los abusones, cuanto más les das, más quieren. El siguiente pellizco de tierra arrebatada al mundo hispano por parte de los Estados Unidos se produciría en 1848 por una disputa fronteriza en el actual estado de Texas.

La provincia de Texas, controlada por la nación coahuilteca hasta la fundación del primer asentamiento español en 1690, había estado bajo mando de la Corona española hasta 1821, año en que pasó a formar parte de México. La aventura mexicana le duró a Texas quince años. Unos años más tarde de su declaración de independencia en 1836, pasaría a convertirse en un estado de la Unión con la firma de anexión a Estados Unidos de 1845. A lo largo de toda esa historia, el río Nueces había sido considerado siempre su frontera natural por el sur. Sin embargo, el Gobierno estadounidense ambicionaba el control de un río mucho más caudaloso, el Grande, que fluía en paralelo un poquito más abajo, y decidió invadir la franja comprendida entre ambos caudales. Estalló la guerra con México.

Por ahorrar detalles, y coincidiendo curiosamente con el descubrimiento de oro en California, Estados Unidos le terminó pegando a México un mordisco más grande del que le había metido Napoleón con anterioridad a toda Europa. Aparte de quedarse con Texas, los estadounidenses, de golpe y porrazo, arrebataron a los mexicanos siete estados: cinco enteros (California, Nuevo México, Arizona, Nevada y Utah) y buena parte de otros dos (Colorado y

Wyoming). Solo puede a uno darle la risa cuando escucha el argumento de que los hispanos están invadiendo Estados Unidos. Basta con escuchar el corrido de la banda mexicana Los Tigres del Norte: «No cruzamos la frontera, la frontera nos cruzó».

Algunos años más tarde, ya en 1867, el 17.º presidente de los Estados Unidos, Andrew Johnson, compró Alaska a los rusos por 7 200 000 dólares. El zar Alejandro II aceptó porque no podía permitirse la defensa de aquella vasta extensión de terreno, pura tundra, después de la situación ruinosa en que había quedado su hacienda tras la guerra de Crimea. Mejor vendérsela a los americanos que permitir que caiga por la fuerza en manos inglesas. Aparte, Rusia había perdido el interés por Alaska desde que el comercio de piel de nutria marina había dejado de generar las cuantiosas ganancias del pasado. En menos de un siglo, Estados Unidos había conseguido, de este modo (un cachito aquí, otro allá), triplicar la extensión territorial con la que había comenzado su andadura.

En 1896, acaparada prácticamente toda la masa continental de Norteamérica, Theodore Roosevelt, que entonces era secretario del Ministerio de la Marina, propuso al parlamento una política expansionista en ultramar. El debate dividió al país como no se había visto desde las agrias discusiones a favor y en contra de la esclavitud en vísperas de la guerra civil. El presidente del Congreso, Thomas Reed, se opuso con rotundidad: «Y, ya de paso, ¿por qué no nos anexionamos también la Luna?».

Pero la suerte jugaba a favor de las grandilocuencias. *Make América Great Por Fin.* Las fábricas de Estados Unidos producían más bienes de los que sus ciudadanos podían consumir, y al país le urgía ampliar clientela. Para Roosevelt, que había conseguido que el congreso financiase la reconstrucción de la Armada y estaba deseoso de utilizar los nuevos barcos de guerra, la solución pasaba por crear un imperio propio. No se trataba de someter a otros pueblos, ni mucho menos, sino de aliviarlos llevándoles la luz y el progreso. La proximidad geográfica de la isla Cuba, a tan solo ciento

veinte kilómetros de la costa de Florida, la convirtieron en la principal agraciada. Máxime, cuando en Washington se daba por hecho que el destino natural de Cuba era el de pertenecer a Estados Unidos desde que, en 1823, lo sugiriese el 6.º presidente, John Quincy Adams: «Si una manzana, separada por la tempestad de su árbol nativo, no puede elegir sino caer al suelo, Cuba, desunida por la fuerza de su propia e innatural conexión con España, e incapaz de sostenerse a sí misma, solo podrá gravitar hacia la Unión Norteamericana».

En este sentido, los comerciantes de Estados Unidos llevaban con las pilas puestas desde 1817, año en que el gobierno de Madrid se había visto presionado a autorizar el libre comercio en la isla. Empezaron exportando maquinaria para acelerar la elaboración del azúcar. Las plantaciones crecieron exponencialmente y nacieron grandes fortunas capaces de encargarles también caprichos de nuevo rico. Estados Unidos tardó muy poco en convertirse en el principal socio comercial de Cuba, muy por encima de una España que apenas producía manufacturas. Así lo explica Ada Ferrer en su libro *Cuba: An American History*: «En 1820, más del 60 % del azúcar, del 40 % del café y del 90 % de los puros exportados a Estados Unidos procedían de Cuba. Solo una Gran Bretaña en plena industrialización superaba el valor de las importaciones cubanas. Para 1830, la presencia de barcos esclavistas con pabellón estadounidense se había doblado en La Habana donde se calcula que controlaban ya el 63 % del negocio».

El siguiente paso de los comerciantes estadounidenses fue el de convertirse ellos mismos en hacendados. Había dos formas de conseguirlo. Una era invertir los cuantiosos beneficios de sus ventas en comprar campos. La otra era cobrarse las deudas en terrenos, pues los propietarios de las plantaciones pagaban la maquinaria y los esclavos a los estadounidenses avalando sus propias cosechas, que no siempre iban bien.

Cuenta Ada Ferrer que la ciudad de Cárdenas atrajo a tantos estadounidenses que pronto recibió el apodo de «la ciudad

americana». Los yumas (término con el que se conoce en Cuba a los gringos) se hicieron con el control de al menos cuarenta plantaciones, y financiaron la construcción del primer ferrocarril de Hispanoamérica, encargado de transportar azúcar desde las plantaciones hasta los almacenes del puerto en La Habana.

En 1850, abolido el tránsito de esclavos a Brasil, Cuba se quedó como el único mercado de cautivos africanos en América… y los estadounidenses tenían el monopolio. Según Ferrer, el negocio no era para menos: «Un senador de Florida reportó que los estadounidenses podían comprar un africano por setenta dólares en Angola y venderlo en Cuba por mil doscientos».

La presencia de estadounidenses en Cuba se consolidó como un hecho tan cotidiano que, el 24 de marzo de 1853, el vicepresidente William Rufus King juró su cargo en una plantación azucarera de nombre Adriana sita en las cercanías de una localidad cubana llamada Matanzas. El ingenio, al que King había acudido en busca de un clima húmedo y benevolente que le ayudase a sanar una grave enfermedad, era propiedad de su viejo amigo el coronel John Chartrand. Los hacendados sudistas se habían aficionado a la isla. Una década más tarde, como señala Ferrer, la guerra civil de Estados Unidos aceleraría aún más el proceso: «Aunque los estadounidenses de los estados del norte eran muy populares en Cuba, la Confederación del Sur parecía tener muchos más afectos. El gobierno español había adoptado una política de neutralidad, calificando a ambos bandos de "beligerantes". Al hacerlo, dotó al sur del estatus de legítimo contendiente de la autoridad de Estados Unidos. La Confederación aprovechó la oportunidad para destinar a un embajador en La Habana, Charles Helm, que se encontró con un recibimiento extremadamente cálido y con el ofrecimiento de una compañía de cubanos (armados, equipados y pagados) dispuestos a combatir en suelo estadounidense en favor de los sudistas.

»En 1862, cientos de barcos confederados permanecían amarrados en los muelles de Cuba. Desde Nueva Orleans, Mobile y muchos otros puertos llegaban para ser reparados, permanecer a

salvo o realizar operaciones comerciales. Vendían algodón y recaudaban fondos para sufragar su causa. Compraban ron cubano a diecisiete céntimos el galón y lo vendían en Florida por veinticinco dólares. También adquirían rifles, pólvora, cartuchos, bayonetas, escudos y cualquier cosa que les ayudase a eliminar vidas de la Unión y a preservar las que ellos defendían».

Por supuesto, cuando ya veían la guerra perdida, llevaron a cabo la siniestra operación de trasladar sus esclavos a Cuba. Los terratenientes que defendían la Confederación del Sur, comandada por el presidente de los Estados Confederados Jefferson Davis, estarían dispuestos a aceptar la derrota, pero no a perder con ella el negocio que la había desencadenado. Adelantándose al armisticio de 1866, embarcaron la «mercancía humana» que aún les quedaba en el puerto de Nueva Orleans con destino al de La Habana. Así se produjo el inesperado milagro de que, de la noche a la mañana, los negros de Cuba empezaran a hablar inglés. Los terratenientes del sur de Estados Unidos consiguieron de ese modo alargar la explotación de aquellos seres humanos otros veinte años. El chollo les duraría, para ser precisos, hasta el 7 de octubre de 1886, fecha en que las Cortes españolas abolieron en todos sus territorios la aberración de la esclavitud iniciada por el Imperio español en América en 1513.

Un poco antes, en octubre de 1868, había estallado en Cuba la revolución.

Ocurrió una mañana otoñal y supuestamente tranquila en la que el súbdito de la corona de España don Carlos Manuel Céspedes decidió, de forma insospechada, liberar a sus esclavos. Estos, quizás más sorprendidos que el propio Céspedes por la decisión de su dueño de hacerles un ERE, se lo quedaron mirando con recelo. La reacción del terrateniente no se hizo esperar y, a su declaración de libertad, le siguió una arenga en la que les invitaba a todos a unirse a él, ya como ciudadanos libres, para reclamarle la independencia a España. Funcionó.

Como si se tratase de una serie (en la que el personal consulta el móvil sin molestarse ni de ponerla en pausa), voy a darle al *fast-forward*. Nos perderemos algunos pormenores de la historia revolucionaria, sí, pero, tranquilos, que voy a hacer lo mismo que los actores de Netflix que tienen la obligación, por contrato, de recordar a los espectadores cuatro veces por capítulo de qué iba el argumento:

—O sea que tu padre fue secuestrado y vamos a rescatarle, ¿no?

—Sí, y tú eres mi exmujer de la que me estoy volviendo a enamorar.

Así que, ale, sigamos como quien no quiere la cosa y nos plantamos en 1896, año en que los insurgentes cubanos sumaban ya un ejército considerable. ¿La respuesta de Madrid? Nombrar gobernador de Cuba con poderes plenipotenciarios a Valeriano Weyler y Nicolau, capitán general del ejército, que pronto se ganaría el cariñoso apodo de Carnicero. Aquella decisión le vino de perlas al periodismo amarillista de Estados Unidos. Echando leña al fuego en La Habana, Madrid ayudaba a vender muchos más periódicos en Nueva York.

Tres innovaciones habían potenciado el enorme crecimiento de la prensa estadounidense a finales de siglo. Primero, la instalación de un cable trasatlántico, que permitía la recepción de noticias en tiempo real en las redacciones. Segundo, la expansión de las vías de ferrocarril, que ayudaban a distribuir los diarios cada vez más lejos. Y, en tercer lugar, la invención de la linotipia, que aceleró enormemente el proceso de impresión. Se dispararon los índices de alfabetización y aumentó tanto el apetito de los estadounidenses por la lectura, que el héroe del momento se llamaba Mark Twain y escribía novelas.

Dos grandes empresarios de la prensa se beneficiaron del fenómeno: William Randolph Hearst (un niño mimado que había heredado de su papá millonario el *San Francisco Examiner*) y Joseph Pulitzer (un emigrante húngaro muerto de hambre que empezó de

reportero en el *Westliche Post*, un diario en alemán publicado en la ciudad de San Luis).

—Entonces, tu padre estaba secuestrado, ¿verdad?

—Quita, *coñe*, que el recordatorio prometido era sobre lo que pasó en Cuba.

Perdona por lo de «coñe», expresión que entiendo puede resultar algo cursi, pero es que en Estados Unidos me he tenido que acostumbrar a dulcificar los insultos. Difícilmente encontrarás un país en el que se utilicen más eufemismos para disfrazar un «me cago en algo». Desde luego, en un medio de comunicación, por muy amarillista que sea, o en un acto público, no vas a escuchar nunca proferir un «son of a bitch» para referirse a un hijo de perra. Escucharás como mucho un «son of a gun» (hijo de pistola) o «son of a b» (hijo de be), igual que el «¡Jesus!» con el que la gente demuestra asombro coloquialmente en las calles se trasforma rápidamente en un «jeez» en una cena con tus suegros. En el Camp Randall, el estadio de futbol americano de la Universidad de Wisconsin, se vive un claro ejemplo. Tradicionalmente, la mitad de la grada corea «eat shit!» (a comer mierda) al equipo rival, y la otra mitad remata con un «fuck you!» (jódete). Ahora, en los partidos televisados, la universidad reparte carteles en los que puede leerse «eat chip» (come tortillas) y «fondue» para que los estudiantes los muestren a cámara, y así disimular sus ofensivos gritos.

—Entonces ¿estalló una revuelta en Cuba?

—Que sí, coño.

Tanto Pulitzer como Hearst fueron conscientes de que, para alcanzar la cima profesional, necesitaban una cabecera en Nueva York, y los dos se lanzaron a la adquisición de un diario en la gran manzana. En abril de 1883, Joseph Pultizer se hizo con el *New York World (El Mundo)* y, en septiembre de 1895, Hearst le siguió los pasos con la adquisición del *New York Morning Journal (El Diario).* La competencia más brutal de la historia del periodismo estaba servida.

Cada mañana, uno y otro azuzaban a sus redactores jefes para que publicasen unos titulares más sensacionalistas que los de su

inmediato competidor. A ninguno de ellos le importunaba tener que exagerar los hechos o estirar las emociones con tal de aumentar la tirada. Dispuestos a sobrepasar los límites naturales de la profesión, Hearst y Pulitzer convirtieron a sus reporteros en detectives privados capaces de adelantarse a las investigaciones policiales, en mercenarios que podía alcanzar un objetivo militar antes que las tropas del ejército o en espías que se enteraban de los planes de potencias extranjeras antes que el propio Gobierno. El personaje de Tintín creado por Hergé está basado en esa idea.

La mayoría de lo publicado en el *Journal* y en el *World* eran corruptelas políticas, asesinatos y adulterios. Vendían de maravilla, pero, como describe Stephen Kinzer en *The True Flag*, Hearst se dio cuenta enseguida de que el interés por aquellos temas iba a llegar a la saturación, y concentró sus esfuerzos en encontrar una «noticia de largo recorrido»: un relato (bautizado por su creador como *running story*) que terminase cada día con un «continuará» y obligase a los lectores a engancharse y a comprar el periódico a diario. El sufrimiento de la insurgencia de Cuba le dio la idea. La liberación de un pueblo oprimido era la historia por entregas perfecta que andaba buscando. Envió corresponsales a la isla y empezó a exagerar en portada las atrocidades cometidas por los militares españoles con el fin de allanar el camino hacia la declaración de guerra por parte de Estados Unidos a España.

La tirada del *Journal* pasó de ochenta mil ejemplares diarios a vender casi un millón, en inglés en la edición de mañana y en alemán en la de tarde. *Ich spreche Deutsch*. No nos olvidemos de que Manhattan es hoy lo que es fundamentalmente porque, entre 1840 y 1914, llegaron a Estados Unidos más de cinco millones de alemanes, de los cuales la mayoría se asentaron en Nueva York. Se trataba de industriales que trajeron consigo la cerveza, posibilitaron la aparición de los rascacielos, fundaron la banca y la industria farmacéutica y se inventaron grandes almacenes como los del señor Woolworth.

Joseph Pulitzer se coscó enseguida del éxito de Hearst y no quiso quedarse a la zaga. Su periódico también envió corresponsales a La Habana y empezaron a proliferar artículos que aprovechaban la menor de las disculpas para glorificar las virtudes de la civilización anglosajona y demonizar, por contraste, la falta de escrúpulos impuesta por la decadente moral hispana. La prensa amarilla de Estados Unidos convirtió al cubano rebelde en un tipo atractivo, bondadoso y galán, mientras que al opresor español se le representaba siempre con el estereotipo de Quasimodo: extremadamente feo, deforme y malévolo.

Con carta libre para exagerar sin escrúpulos las atrocidades cometidas por el gobernador Weyler contra sus súbditos e, incluso, para inventárselas si fuese necesario, se presentó en La Habana el reportero James Creelman, enviado especial del diario *World*. Así lo recuerda él mismo en sus memorias:

«Mientras Dios guiaba a España hacia la destrucción por el trillado camino de la tiranía, vi por primera vez al capitán general Weyler en su palacio de La Habana. Desde su ventana podía contemplar la iglesia que albergaba la tumba de Colón, cuyas cenizas pronto serían llevadas de vuelta, bajo una bandera plegada y vencida, a la tierra que, cuatro siglos antes, lo había enviado blandiendo la espada y la Cruz al nuevo hemisferio.

»Reinaba el terror en La Habana. Sus calles olían a especias y las mazmorras del Castillo del Morro se encontraban repletas de patriotas. La hierba pisoteada junto a los colosales muros de tan venerable fortaleza estaba manchada con la sangre de los insurgentes asesinados en público. Se aplicaba la ley con toda la fuerza en Cuba, y de un extremo a otro llegaban historias de masacres y de persecuciones despiadadas; pero los ejércitos rebeldes de Gómez, García y Maceo aún controlaban el campo y la Junta Cubana seguía celebrando sesiones en secreto bajo las mismísimas narices del temible capitán general.

»Weyler era la figura más siniestra del siglo XIX. Era un hombre bajo y ancho de hombros, enfundado en su uniforme de general,

con una faja color sangre enrollada alrededor de la cintura. Su cabeza era demasiado grande para su cuerpo y la frente le quedaba estrecha. La nariz y las mandíbulas eran prominentes y huesudas. La barbilla pesada y proyectada hacia adelante. Los afilados dientes inferiores salían empujados más allá de la fila de los superiores, dándole a la boca un aspecto de brutal determinación. Sus ojos eran grises y fríos y la voz áspera daba buena nota de su ascendencia austriaca cuando sacudía las palabras como un hombre acostumbrado a la autoridad absoluta.

»Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, acababa de ordenar a su ejército prácticamente la exterminación de la nación cubana. Temido discípulo de Hernán Cortés y del duque de Alba, al mencionar su nombre temblaban las mujeres y los niños de la infeliz Cuba. Encarnaba el espíritu de una Europa medieval. Él era el guardián, el último vestigio de autoridad en un hemisferio que una vez fue controlado por España. Un mero instrumento elegido para cerrar el periodo más indescriptible del gobierno colonial.

»—Ha puesto usted su mano en una difícil tarea —le aventuré.

»—Aplastaremos a los insurgentes —repuso él, simulando estrangular algo con sus manos.

»—No le va a ser fácil deshacerse del espíritu republicano a este lado del Atlántico —le dije—. Flota en el ambiente.

»—Dispongo de doscientos mil soldados y cincuenta generales —habló la voz de la Edad Media. —Si no fuera por el aliento de los estadounidenses, los cubanos se abatirían como perros azotados.

»—¿Una tropa de doscientos mil hombres contra un puñado de individuos medio muertos de hambre? —le interrogué. —Si así fuera, ¿no le parece extraño que la lucha no haya terminado ya?

»—¡NO! —Las mandíbulas se le quebraron brutalmente. —Los cubanos luchan contra nosotros abiertamente; son los estadounidenses los que están luchando contra nosotros en secreto. Los periódicos de Estados Unidos son los culpables. Lo envenenan todo con sus falsedades. Deberían de cerrarlos.

»—Pero los diarios estadounidenses no fraguaron la rebelión en México, ni en Perú, ni en ninguna otra colonia española —le repliqué—. Los periódicos de Estados Unidos no existían cuando los holandeses pelearon contra la corona de España por su independencia. Es costumbre en nuestra época echarles la culpa de todo a los periódicos. Los periódicos no organizamos la resistencia armada de Cuba. ¿Por qué cree que pelean los cubanos?

»—Porque no respetan la ley y odian a la autoridad.

»—¿Quién les ha obligado a no respetar la ley? España ha controlado esta isla durante cuatrocientos años.

»—¡Hombres como usted! Entrometidos que alientan la rebelión por donde pasan. —Weyler se giró con furia y golpeó con el puño la mesa.

»—Palabrería.

»—Tenga mucho cuidado —me dijo frunciendo el ceño de forma amenazadora. —Tengo un brazo alargado. El precio por contactar con los insurgentes es la pena de muerte. ¿Entiende eso? ¡La muerte!

»Sus dientes asomaron entre sus labios; sus ojos eran los de un lobo hambriento.

»—Entiendo, pero mi muerte no ayudaría a la causa de España. Hay cientos de escritores en Nueva York deseosos de coger mi puesto».

En vista del aumento de tirada que la publicación de aquella entrevista le supuso al *New York World*, Creelman regresó días más tarde para echarle en cara al gobernador una masacre ocurrida en la localidad de Campo Florido, un pueblecito situado a cuarenta y cinco minutos de la capital. Escribió lo siguiente:

«Por orden de la autoridad militar, cincuenta civiles desarmados fueron arrastrados de sus casas y, sin acusación formal ni juicio, asesinados como viles animales en las calles. Weyler pensaba matar a todas las personas sospechosas de ayudar a los insurgentes. Para demostrar la responsabilidad de la corona española en barbaridades como aquella, me dirigí de noche a Campo Florido guiado por dos

patriotas. Encontré el lugar donde las víctimas habían sido enterradas apresuradamente. Unos pocos golpes de pala descubrieron las horribles evidencias: las manos de los cubanos estaban atadas a la espalda. La imagen revelada por la luz vacilante de nuestras linternas habría conmovido al corazón más duro. En ese momento hice una promesa: ayudaría a extinguir la soberanía española en Cuba, aunque para ello tuviera que derramar mi propia sangre.

»—¡Viles mentiras! —me gritó el general—. Los agitadores cubanos le han hecho creer lo que no es cierto.

»—Lo he visto con mis propios ojos.

»—Le voy a expulsar de la isla. —La rabia del general hizo palidecer su rostro. Se le inflaron las venas de la frente y se le retorcieron las manos.

»—Queda expulsado de Cuba y no podrá regresar sin permiso del gobierno de España.

»—Puede forzar mi salida, pero volveré algún día sin permiso de España. Que le vaya bien. Adiós».

Con este dramático final, los lectores del *World* no podían sino rezar para que el reportero James Creelman pudiese regresar algún día a La Habana a cumplir su promesa. Tenían clara la consigna con que jalearle llegado el momento: la misma que le gritaban en Búfalo a Calamity Jane cuando a la indómita se le ponía en el estadio un indio a tiro: «¡Enséñale a ese perro a hablar inglés!».

En realidad, a partir de 1896, Pulitzer y Hearst no hicieron más que subirse a bordo del tren de la leyenda negra contra el Imperio Hispánico, que habían puesto en marcha celebridades de la pluma como Edgard Allan Poe o Herman Melville, el autor de *Moby Dick*. Como sugiere la directora de estudios latinoamericanos de la universidad de North Carolina, en Chapel Hill, María de Guzmán en su libro *La larga sombra de España*, en las principales novelas estadounidenses del siglo XIX era menester que el personaje del villano lo encarnase un caballero español. Solía haberlos de dos tipos: el degenerado y el nostálgico. El primero, un tipejo cobarde y

sanguinario; el segundo, un loco romántico que habitaba en las nubes y en quien, por tanto, resultaba del todo imposible depositar la confianza. «Convirtieron la mezcla étnica de los españoles (con moros, gitanos y judíos en su propia casa, y con nativos y negros en las Américas) en la prueba empírica del declive del Imperio hispánico», escribe de Guzmán.

El promovido odio hacia lo hispano, además, servía también al propósito de encubrir las atrocidades cometidas por los anglos contra los indígenas en Norteamérica. Los malos eran otros. El caso de Evangelina Cisneros, publicado por Hearst en el otoño de 1897 en el *Journal* vino a demostrarlo.

Evangelina Betancourt Cosío y Cisneros era una joven cubana, nacida en una familia acomodada de Puerto Príncipe (hoy Camagüey), cuyo padre se había alistado de comandante en el ejército libertador. Cuando Betancourt fue apresado y encarcelado por las autoridades, Evangelina le acompañó a prisión en la isla de Pinos. Allí, según el diario de Hearst, el coronel José Bérriz había intentado forzarla para obtener favores sexuales. Evangelina pudo defenderse y, para callarla, Berriz ordenó encerrarla en la Casa de Recogidas de La Habana. La versión española resultaba algo distinta. Evangelina, según fuentes militares, había participado en un asalto a la guarnición para intentar liberar a su padre.

Hearst vio en aquel suceso la historia perfecta (una joven hermosa e inocente apresada por tiranos) y la convirtió en el melodrama nacional. Evangelina fue rebautizada como la Doncella de Cuba, una especie de Juana de Arco en versión tropical y víctima de un sátiro español libidinoso. Mereció portadas diarias, folletos coleccionables y una solicitud multitudinaria reclamando su liberación. Encabezaron la firma la madre del presidente William McKinley y la viuda del que había presidido la Confederación Sudista durante la guerra civil, la señora de Jefferson Davis. Hearst intentó que se sumase a la petición la reina de España con una carta abierta publicada a toda página en su diario:

«A su majestad la reina regente de España doña María Cristina:

»Me tomo la libertad de escribirle para interceder por la joven señorita Evangelina Cisneros, encarcelada en La Habana bajo la autoridad de su majestad. Es una joven inocente cuyo único crimen ha sido el amor y la lealtad hacia su padre, y le ruego que ponga fin a su sufrimiento. Le ruego que muestre al mundo que España no es una nación que maltrata a mujeres indefensas. La liberación de esta muchacha será recibida en los Estados Unidos con una profunda gratitud hacia su Majestad y contribuirá más que cualquier otra acción a fortalecer la amistad entre nuestros pueblos. Majestad, le pido clemencia; le pido que evite la vergüenza que recaería sobre España si esta joven continúa presa.

»Con respeto, William Randolph Hearst.

»*New York Journal,* Nueva York».

La misiva se trataba sobre todo de una puesta en escena destinada al público estadounidense, un gesto con el que el hábil empresario se aseguraba para sí la imagen de salvador y le colocaba a España el sambenito de nación cruel e indiferente. La reacción de la prensa española fue una mezcla de irritación y de perplejidad. *ABC, El Imparcial, La Época, La Correspondencia de España* y *El Liberal* coincidieron en que la historia era «una calumnia, una fantasía norteamericana proporcionada por la propaganda rebelde» y criticaron la manía norteamericana de creerse cualquier cosa con tal de que España fuera atacada. Afirmaban que Evangelina no era la víctima angelical que describían en Nueva York y acusaron a Hearst de ser «el rey del timo periodístico, el poeta de la mentira y el padre de la fábula».

Entonces Hearst, pasó al contraataque: «Si no la liberan ellos, la liberamos nosotros», dejó escrito en su propio diario.

Con el objetivo de planear la fuga, el magnate envió a La Habana a otro Tintín, de nombre Karl Decker, un medio periodista, medio actor y medio detective. El tipo se presentó en Cuba con identidad falsa. Sabía que, si le descubrían, acabaría fusilado en el muro del castillo del Morro acusado de espionaje para una potencia extranjera.

La Casa de Recogidas, una mezcla de correccional y de cárcel femenina, estaba situado en la calle de las Ánimas de La Habana. Aunque albergaba bastantes mujeres acusadas de cometer delitos menores y presas políticas colaboradoras de los mambises, gozaba de mala fama porque se consideraba que la mayoría de sus detenidas ejercían la prostitución. El edificio tenía ventanas altas protegidas por gruesas rejas, y Evangelina se hallaba encerrada en un cuarto del segundo piso que daba a un callejón lateral.

Lo primero que hizo Decker fue sobornar a los guardias mal pagados que la vigilaban y contratar a un cerrajero. Como para entonces ya vivían muchos estadounidenses en la isla, no le fue difícil contactar con un grupo de jóvenes habaneros de buena familia para que le ayudaran. A medianoche, Decker y tres de ellos llegaron al callejón en un carromato que ocultaba una sierra metálica fina, un buril, mantas para amortiguar el sonido y una escalera, así como dos caballos prestos para la huida. Como los barrotes eran gruesos y el ruido de limarlos se volvía escandaloso, uno de los jóvenes se puso a imitar el canto de un borracho tambaleándose en la arena. El recurso funcionó. Tras casi una hora de esfuerzo, los barrotes cedieron.

—Evangelina, ¡ahora! —susurró Decker, y la joven se deslizó por la abertura.

Llevaba un vestido muy sencillo, como de criada, que hubo de manchar de óxido y polvo, pero logró salir. La subieron a la carreta y, a paso lento, abandonaron el barrio. Los hombres de Decker la cubrieron con un chal para ocultar su rostro. Cuando estuvieron suficientemente lejos, saltaron a los caballos y galoparon hasta ocultarse en una casa cercana al puerto. Allí permaneció Evangelina un día entero. Al amanecer del día siguiente, la señorita Cisneros, debidamente disfrazada, embarcó en una lancha con destino hacia la localidad de Regla. Cruzada la bahía de La Habana, tomó un bote mayor y consiguió subir a un vapor que partía con rumbo a Estados Unidos. A su llegada a Nueva York, el 13 de octubre de 1897, Evangelina Cisneros fue recibida como una auténtica heroína.

Hearst se encargó de organizar un desfile de gala en Broadway y una recepción con las autoridades de la ciudad en el Waldorf-Astoria. El *Journal* le dedicó un relato épico en doce entregas que tituló «How We Rescued Miss Cisneros» («Así rescatamos a la señorita Cisneros»). La prensa española, sin embargo, entró en un terreno incómodo. La fuga había sido tan humillante que trataron de minimizarla. Unos la tacharon de «incidente sin importancia» y otros culparon a la «corrupción local» para evitar referencias peyorativas al ejército de España. Para el editorial de *La Época*, por ejemplo, la historia no probaba ningún heroísmo, sino la capacidad del dinero estadounidense para «sufragar» fugas.

Por su parte, el nuevo gobierno de Práxedes Mateo-Sagasta en España (Cánovas del Castillo, partidario de una política de tolerancia cero con los rebeldes cubanos, había sido asesinado en Madrid justo dos meses antes) intentó contrarrestar el relato estadounidense anunciando en un tono conciliador la introducción de reformas en Cuba. El daño a la imagen de España a lo largo y ancho de Estados Unidos, sin embargo, ya estaba consumado.

Los cautivadores retratos de Evangelina Cisneros constituyeron el eje central de la campaña propagandística. Su rostro apareció pegado en el cristal de multitud de escaparates y fue mostrado en todos y cada uno de los mítines que se organizaron para recaudar fondos en favor de la Cuba Libre. También en las recepciones llevadas a cabo en Delmonico y en el Madison Square Garden y en la audiencia privada con el presidente McKinley. Lo novedoso es que no eran ilustraciones, sino verdaderas fotografías.

A pesar de que era posible tomar fotos desde 1839, a finales de siglo el retrato era todavía un elemento narrativo tremendamente limitado en la prensa. Se sacaban fotos, pero solo con el objetivo de inspirar a los ilustradores, ya que no había modo de reproducirlas en el papel con la rotativa. El problema residía en que las prensas eran incapaces de reproducir los matices de una foto lisa (sin relieve), porque, al llenarse de tinta, lo único que imprimía era un manchón negro.

Diarios como el de Pulitzer o el de Hearst tenían en sus redacciones a ilustradores que dibujaban lo que veían en las fotos sobre un taco de madera. Luego venía un xilógrafo, que era un tipo encargado de tallar las líneas del dibujo con un buril y un martillo hasta crear un tampón en relieve que ya sí se podía mojar en tinta e imprimir. Con este panorama, imagínate el respiro que debieron de pegar los periódicos cuando un vecino de la apacible ciudad de Rochester (al norte del estado de Nueva York, pegadito a Búfalo,) después de conseguir capturar imágenes en una película de celuloide, inventó la trama de puntos. Se llamaba George Eastman y fue el fundador de Kodak. Al tipo se le ocurrió interponer una malla entre la cámara y la placa sensible y, por arte de magia, la imagen se convertía en miles de puntitos de diferentes tamaños. Algo que, al tener relieve, sí podían imprimir las prensas tradicionales.

Los revolucionarios retratos de la «mártir española», pioneros en la prensa estadounidense, fueron retocados por artistas del *Journal* para dotarlos de un tono más idílico. La intención de Hearst fue mostrar a Evangelina como una joven bellísima, de rasgos suaves y mirada melancólica, para reforzar el arquetipo victoriano de la heroína inocente que había caído en desgracia. De este modo, el rostro de la cubana se volvió más ovalado y su piel algo más clara. Sus ojos, también más grandes, miraban ligeramente hacia arriba o parecían perdidos en la distancia. Su cabello largo, y más oscuro para realzar el mito latino de «la morenaza», a veces aparecía suelto en cascada sobre los hombros, y a veces, recogido en un moño sencillo. La expresión serena, resignada y digna. Todos esos rasgos consiguieron convertir a Evangelina en un icono de pureza ultrajada por el despotismo español. Una cara hermosa que evocaba injusticia, vulnerabilidad y heroísmo. Todo encaminado a que el lector se preguntase: «¿Qué clase de monstruo sería capaz de encerrar a esta muchacha?».

Alentado por el éxito de la bella Cisneros, William Randolph Hearst contrató al ilustrador estadounidense más famoso del momento, Frederic Remington, para retratar los horrores de Cuba. El

realismo monocromático (casi fotográfico) de las ilustraciones que el neoyorquino había realizado para la revista *Harper's Weekly* durante la masacre de Wounded Knee, en la que trescientos cincuenta indígenas desarmados (entre ellos numerosos ancianos, mujeres y niños) habían sido acribillados a sangre fría y abandonados sobre los campos nevados de su reserva en Dakota del Sur, había convencido al magnate de la prensa de la efectividad de su mensaje visual. Remington marchó a La Habana con un suculento contrato y en compañía de Richard Harding Davis, un célebre reportero que, al igual que el pintor, compartía una estrecha amistad con Theodore Roosevelt.

Tras largas semanas de aburrimiento, la leyenda mantiene que Remington le envió este telegrama a Hearst: «Aquí todo tranquilo. No hay tensión. No va a haber guerra. Solicito volver». Petición a la que, según se dice, el magnate respondió de esta guisa: «Usted proporcione las ilustraciones y ya me encargaré yo de que haya guerra».

Remington no hizo caso y se embarcó de vuelta a Estados Unidos. Al poco tiempo, en febrero de 1897, se rajó también el reportero Davis. Este último embarcado en el Olivette, un vapor que partía de La Habana con destino a Tampa, Florida, según cuenta David R. Spencer en su libro *The Yellow Journalism*: «Mientras el reportero aguardaba a que el barco levase anclas, subieron a bordo unos inspectores de aduanas, y Davis fue testigo de una historia que enseguida mandó por cable a Nueva York y que, una vez publicada por Hearst en su *Journal*, a punto estuvo de dar al traste con su credibilidad y apartarle para siempre de la profesión periodística».

Resultó que los inspectores buscaban a una tal señorita Clemencia Arango. Alegaron tener sobradas sospechas de que podría trasportar con ella correspondencia destinada a los rebeldes exiliados en Nueva York y solicitaron que se les facilitase un camarote con el fin de poder cachearla. Cuando marcharon, Davis se interesó por los pormenores de la historia y se acercó a conversar con Arango. La joven explicó ser la hermana de un conocido coronel

de la insurgencia cubana, y que su presencia en el Olivette se debía a que estaba siendo deportada por las autoridades españolas bajo la acusación de «promover actividades revolucionarias» en la isla.

A causa de ello, según relató a Davis, antes de partir había sido sometida a un vergonzoso cacheo. El reportero escribió una crónica y la envió inmediatamente a Nueva York. Hearst explotó de felicidad al leerla.

Así describe Spencer la reacción del magnate: «En cuanto recibió el texto, Hearst le encargó a Remington una ilustración que recogiese la esencia de la historia o, digamos mejor, la esencia de la historia que Hearst interpretó en su cabeza. Remington accedió y no fue ninguna sorpresa que el resultado final no tuviera prácticamente nada que ver con los hechos realmente acontecidos».

La conmoción que provocó en los lectores la ilustración de portada del *New York Journal* del 12 de diciembre de 1897 pasaría a la historia. En ella, Remington representaba a la bella e indefensa Clemencia Arango en la cubierta del Olivette tal y como Dios la había traído al mundo, completamente desnuda, y rodeada de tres fieros inspectores españoles. El titular del artículo a cinco columnas y firmado por el prestigioso Richard Harding Davis no dejaba lugar a las dudas: «Los españoles registran a las mujeres que viajan en barcos de vapor estadounidenses».

El escándalo estaba servido. A su llegada a Tampa, el reportero puso el grito en el cielo: ¡aquella no era la historia que él había enviado! Ante la rotunda negativa de Hearst de dar marcha atrás a su deliberada exageración, Richard Harding Davis juró venganza y mandó una carta abierta al diario de la competencia, el *World*, explicando su versión de los hechos. La misiva se publicó a bombo y platillo y, en vista del interés que desató la polémica, Joseph Pulitzer envió a Tampa a un reportero suyo para entrevistar a Clemencia Arango.

La cubana calificó el artículo de Davis de «exagerado». Declaró que el cacheo no había ocurrido en público, sino en privado, y que no había sido realizado por tres hombres, sino por una dama.

Arango no refrendaba en absoluto la ilustración de Remington en la que la mostraba despojada de toda ropa y expuesta a las miradas escandalizadas del resto del pasaje. Pero ya era demasiado tarde, princesa, y a Hearst las declaraciones de una hispana le importaban un pimiento. Tampoco parecieron preocuparle mucho las amenazas de denuncia del más célebre de sus corresponsales extranjeros. Lo único importante era que su *Journal* había conseguido de nuevo llegar al millón de ejemplares con aquella primicia. De hecho, hacía tiempo que seguía a pies juntillas la máxima proclamada por Mark Twain desde su residencia oficial en la ciudad de Viena, entonces capital mundial de la cultura, donde el estadounidense compartía amistad y tertulia con Gustav Mahler, Sigmund Freud y Gustav Klimt: «No permitas que la verdad te arruine una buena historia».

Hearst, desde luego, no estaba dispuesto a permitírselo y, muchísimo menos, cuando tan solo dos días después de la publicación de aquella histórica portada, el 15 de diciembre de 1897, estalló por los aires el USS Maine, un acorazado de la Armada estadounidense atracado en el puerto de La Habana. La guerra con España, por fin, estaba a punto de estallar, y Cuba (como la fruta madura que había vaticinado el presidente John Quincy Adams) le quedaba al alcance de la mano. Tan solo era necesario alargar el brazo.

El esfuerzo amarillista empezaba a mostrar sus frutos.

Hermida y la Luna

Casi sesenta años después de aquella plácida noche de verano en que la Luna, acostumbrada a asomarse en el cielo, salió por televisión, los estadounidenses se propusieron volver a pisar su superficie. Sin embargo, esta vez la carrera espacial no se la iban a echar a los rusos (siendo Trump tan amigo de Putin), sino a los chinos, que eran quienes tenían reservada fecha de alunizaje para el 2030. Con este motivo, el despegue de la misión Artemis II desde la lanzadera del Centro Espacial Kennedy, en Florida, que marcaba el primer vuelo tripulado con la nave Orión hacia la Luna, no pudo menos que volverme nostálgico. ¿Cuántas veces me habría narrado en su despacho de Antena 3 de Radio mi primer maestro del periodismo, Jesús Hermida, la emocionante aventura espacial que le tocó cubrir como corresponsal de TVE en Estados Unidos?

—Se abrió la compuerta del módulo Eagle y asomó por ella el rostro del comandante Neil Armstrong. Delante de él, un inmenso mar de arena que, acorde a su propio nombre, permanecía tranquilo.

Arriba, la oscuridad dibujaba con puntos de luz en el infinito. Abajo, en una esfera azulada, millones de miradas apuntaban hacia el firmamento. Entre ellas, las de muchos españoles a los que el acontecimiento celeste les pilló sentados delante de un televisor Iberia («marca de talla mundial») el 20 de julio de 1969. Era una España modesta que, por aquel entonces, aún forraba el cubo de los desperdicios con hojas de periódico porque no había descubierto las bolsas de basura, pero también, dicho sea de paso, una España profundamente humana y con una admirable capacidad para soñar y

emocionarse. Sensaciones que parecía conocer a la perfección el joven Hermida Pineda, hijo de fogonero gallego y humilde ama de casa andaluza y primer corresponsal de RTVE en los Estados Unidos. Por ello, cuando el cosmonauta estadounidense descendió por la escalerilla del módulo y marcó con su bota izquierda la histórica huella, su pequeño paso se transformó de inmediato en un gran salto para el comunicador español.

A las dos horas y cincuenta y seis minutos de la madrugada (según los estándares atómicos para medir el tiempo que empezaron entonces a desplazar a Greenwich) todo el planeta aceptó a tres nuevos héroes: Armstrong, Aldrin y Collins. Otro trío de ases para la historia. Como los Reyes Magos. Como los Panchos. Como el número de ruedas que les suelen funcionar a los carritos del supermercado. Pero nosotros, *Spain was different*, lo aupamos a cuatro. El entusiasmo narrativo del cronista de «la uno» fue de tal magnitud que dimos por hecho que el mismo Hermida formaba parte de la tripulación del Apolo 11. Armstrong, Aldrin, Hermida y Collins. Cuatro héroes, cuatro. Como los Beatles. Como los Cuatro Fantásticos. Como los gatos que asisten al entierro de un vagabundo. Jesús Hermida acababa de ascender a los cielos de la fama para convertirse definitivamente en estrella televisiva. Quienes resten hoy mérito a su proeza por haber tenido la fortuna de juntar su nombre al del acontecimiento más esperado de la historia, deberían preguntarse por qué los corresponsales de la RAI italiana, de la BBC inglesa o de la televisión alemana no corrieron la misma fortuna. Aquella noche, Hermida subió a la Luna por méritos propios.

En el momento de la retransmisión, Jesús llevaba ya destinado un año en la ciudad de los rascacielos, y le había dado tiempo a familiarizarse con los informativos del padre del periodismo televisivo: Walter Cronkite. El tío Walter se había alzado con el título de representante del sentir de la clase media y a las siete en punto de la tarde congregaba todos los días a setenta millones de espectadores frente a la mosca de la CBS. Aparte de la honestidad de hierro que le mantuvo durante décadas en la mayor cota de

credibilidad de Estados Unidos, Cronkite tenía un estilo diferente que atraía a las masas, y Hermida se propuso descifrarlo.

Primero le pilló el ritmo.

El astro de la Columbia Broadcasting System se dirigía a cámara a una velocidad de 124 palabras por minuto; muy despacio, si se compara con los 165 vocablos que utilizamos en el transcurso de una conversación. El de Huelva aprendió a ralentizar también exageradamente su narración hasta conseguir la expresión pausada que le hizo tan popular en España. Se trataba de podar el idioma, de entresacar con pinzas palabras de las frases y decir lo mismo con menos letras, como quien le narra un cuento a su hija antes de que se vaya a dormir, dando la impresión de que cada cosa que va a contarse viene envuelta en un especial misterio.

Luego le copió la utilización de coletillas.

Las frases que repetía Cronkite en el informativo quedaban flotando en el inconsciente colectivo y, como las tiras amarillas para cazar moscas, atrapaban de forma irremediable a la audiencia. El de Misuri, por ejemplo, terminaba siempre con la misma frase: «And that's the way it is», despedida que hizo suya el periodista Ernesto Sáenz de Buruaga en Antena 3 Televisión («Así son las cosas y así se las hemos contado»), curiosamente en la etapa en que Hermida dirigía aquella casa. Pero, mucho antes, el propio Jesús se había encargado de incorporar a su repertorio un recurso de Cronkite: el de repetir machaconamente una misma frase. Modismos «hermidianos» que, desde aquella noche del 69, se convirtieron en parte de nuestra vida, hasta llegar a un punto en el que Jesús no necesitaba aparecer en televisión para cultivar su fama, pues ya se encargaban de imitarle los Martes y Trece en los escenarios.

Jesús Hermida defendía la teoría de que vales tanto como tu última obra, así que en cada una de sus crónicas estaba dispuesto a entregarlo todo. Por eso, en julio del 69 consideró que el chaval con zapatos desgastados, boina y gabardina que había llegado a Madrid a buscarse la vida algunos años antes y que ahora se encontraba frente a una cámara de televisión en Houston, tenía la obligación de

contagiar su felicidad al mundo. Y se atrevió a aventurarnos, no lo que ocurría por fuera, sino la que se debía de estar liando por dentro; es decir: lo que él imaginaba que habría de sentir un hombre al pisar por vez primera la Luna.

Recuerdo verle emocionado al recordar en su despacho de la radio la anécdota protagonizada por un reportero de otra cadena, un estadounidense que, a escasas horas del lanzamiento del Apolo 11, reparó en el hombre que, montado en un tractor, segaba la pradera de hierba que rodeaba la lanzadera espacial. Se acercó a él y le pidió que le explicase exactamente en qué consistía su labor. El agricultor se caló su gorra de béisbol y le respondió con voz grave: «Señor, estoy ayudando a poner a un hombre en la Luna».

A ambos nos emocionaba la solidaridad maravillosa que sintieron los estadounidenses cuando, entre todos, se empeñaron en poner a un hombre en la Luna. Esa sensación de que cada gesto, cada paso, cada guiño personal cuenta y ayuda a mover un país en la dirección adecuada. Hoy el mundo podría estar compartiendo ese entusiasmo colectivo en proyectos como la lucha contra el cambio climático, y qué felices nos sentiríamos si supiéramos que todos están ayudando con pequeños gestos a volver a poner al hombre en su sitio. Ay.

Aunque yo le perdí pronto la pista, me consta que Hermida continuó con el mismo entusiasmo a lo largo de su especial carrera, mimando siempre los detalles. Y es que el niño que ha echado en falta alguna vez un par de zapatos sabe que, detrás de algo tan sencillo como unas botas nuevas, puede aguardar una gran historia. Por eso, el día que España selló su ingreso en Europa y en la redacción del informativo *La Hora H* de Antena 3 Radio, le pusimos en primicia al teléfono al ministro de Asuntos Exteriores Fernando Morán para anunciarlo (todos excitados, ansiosos, expectantes). Entonces, Hermida le preguntó: «Dígame, señor ministro, ¿qué corbata se ha puesto usted para la ocasión de hoy en Bruselas?».

Nos llevamos las manos a la cabeza. Al director de informativos, Pepe Cavero, casi le dio un infarto.

—¡¿Qué hace?!

Aquél era un día histórico, de grandes cuestiones, y no de chorradas como el color de una puñetera corbata. Pero ¿qué quieres que te diga? Hoy lo único que me viene a la memoria de aquel día es la dichosa pregunta. De todo lo demás ya no me acuerdo. Ese era el truco de Hermida.

Theodore Roosevelt

El calendario marcaba que era 9 de diciembre de 2025, y fuera el paisaje estaba como si alguien le hubiera pasado una espátula de azúcar pastelera. Hacía un frío que pelaba (en centígrados, ocho bajo cero), pero el cielo lucía un añil impecable y el sol, con su luz reflejada en el blanco inmaculado de los jardines, realzaba las fachadas de madera de las casitas del pueblo. Rhinebeck parecía de juguete. Un par de días antes había caído la primera gran nevada del año y mi quitanieves de bolsillo no quiso arrancar. Dale que te pego a tirar de la cuerda, y nada. Mi amigo Kufy, que es de esos «hombres de verdad» que en sus ratos libres lo mismo instalan paneles solares en el tejado de su casa que desmontan pieza por pieza el motor de su barco, me dijo que sospechaba del carburador.

—Pues si vienes a echarle un vistazo te llevas un plato de jamón.

—Cuenta con ello.

Ese año, el tradicional pavo del día de Acción de Gracias se había transformado en un 5 Jotas. Se lo pedí en un impromptu de última hora a Lidia, la de la tienda Taste of Spain de Nueva York, y al día siguiente me lo dejó el conductor de UPS en la puerta. No veas tú la emoción. Nos peleábamos en casa para ver quien se montaba delante y quien detrás. Bueno, es una forma metafórica de expresar que fue recibido con suma alegría. Yo, personalmente, estaba deseando meterle el cuchillo, porque mi hijo Max me había regalado por navidades un curso de corte con Roberto González Santalla en Madrid. ¿Sabías que el jamón no solo se corta? Resulta que, por lo visto, también se aprende, se respeta y se vive. Al menos, eso es lo que nos comunicó Santalla a los alumnos nada más vernos aparecer.

—¿Cómo es la loncha ideal? —dejó caer.

Silencio. Los aprendices de cortador nos miramos con precavida timidez, no fuera a haber cámaras ocultas.

—Pues como a vosotros os guste —sentenció—. Para mí debe de tener algo de tocino para que aporte jugosidad, ser finita para que la grasa se deshaga en la boca y notemos los aromas y pequeña para consumirla de un bocado.

A continuación, vinieron datos estadísticos. En España hay más cerdos que personas. Sacrificamos cincuenta millones de estos animales al año. Somos líderes en la Unión Europea y estamos en el top 10 de la exportación mundial. *Respect*. Ahora, la mayoría de nuestros cerdos son de capa blanca. Los ibéricos no llegan ni al diez por ciento.

—¿Quién puede decirme las partes de un jamón? —preguntó el instructor.

—La que se come y la que no —me arranqué yo de forma espontánea.

Por lo visto la respuesta era adecuada, pero existían ciertos matices.

—Pezuña, caña, jarrete, maza, contra-maza, punta y babilla.

El tipo que tenía a mi lado tomaba apuntes. «No me fastidies que va a haber examen final…».

Siguieron consejos varios como, por ejemplo, que las lonchas del pico de un ibérico son las que están que te mueres. Se conoce que, después de tirarse colgado tres años, todos los aceites se concentran ahí abajo por pura gravedad. También nos explicó Santalla que lo suyo era emplatar raciones de cien gramos. Y ya pasamos a cortar. Bueno, más bien, a mirar cómo cortaba. De aquello habían transcurrido ya casi ocho meses y ahí me tenías, en *Thanksgiving,* solo frente a la pata trasera de un cerdo. Absurdo como un pato en el Manzanares. Como un belga por soleares. Así estaba yo sin Santalla. Pero hice de tripas corazón y entré en materia.

De entrada, me armé con tres cuchillos. Antes del curso cortaba todo el jamón (corteza, tocino y carne) con el mismo filo. Anatema. Triple pecado mortal. De eso nada, monadas, nos dijo Roberto en la academia de amigos de lo bueno. Hacen falta tres: uno de carnicero para retirar la piel y la grasa amarilla; el de filo largo y delicado para lonchear y otro, corto y puntiagudo, como para dar la puntilla, necesario para ejecutar el secreto mejor guardado. ¿Te lo cuento? A ver si luego por mi culpa no te vas a apuntar al curso de Santalla y me manda anónimos amenazantes. En fin, me arriesgo: consiste en separar de la carne, con un corte vertical, el hueso de la cadera en cuanto asome. Mano de santo. Cambia la cosa de forma radical. Vas a ver.

Corté la piel acartonada y me deshice de la grasa amarillenta y rancia. Retiré unas lonchas finas de grasa blanca que usaría para cubrir la carne desnuda del jamón una vez terminada la faena y, en cuanto aparecieron los primeros tonos rosados, me lancé al ataque. Gloria bendita. Felicidad completa porque me estaba quedando el corte plano. La superficie de mi jamón ibérico que quedaba expuesta al aire parecía una tabla de planchar. Se acabaron los socavones en forma de medialuna en el centro de la maza. Cada vez que mi cuchillo se topaba con el hueso de la cadera, como lo había recortado alrededor, la loncha se despegaba recta y limpia. La pregunta del millón, una vez que tuve un plato de jamón listo, era por qué diantres sabía Kufy que mi quitanieves no arrancaba por culpa del carburador. La respuesta es que yo le había contado con anterioridad lo de las ardillas.

A estos simpáticos roedores de lomo gris, vientre blanco y cola poblada se los conoce por estos lares con el alegre apelativo de «me cago en tus muertos más frescos». El motivo es que, por más que se les advierte, no se adaptan a la vida urbana y arramplan con todo lo que pillan a su paso. Se meten en los sótanos y roen los cables de la luz; entran en las cocinas y arrasan con las despensas; levantan las tejas; mordisquean los tomates de la huerta… Un sinvivir. Las más destructivas son las voladoras: criaturas nocturnas de ojos enormes,

como de dibujos animados japoneses, que anidan en los áticos. Recuérdame que te ponga al día de mi operación de caza y captura de ardillas. De momento, me centro en la quitanieves.

La dejé en verano a la intemperie y un día encontré el tapón de la gasolina completamente roído. Me acerqué a la tienda Conway's, en Red Hook, y encargué uno nuevo. Arreglado. Bueno, eso creía yo, porque gente algo más experta en motores de explosión sabían que por un tapón agujereado entra la lluvia y, como el agua no combustiona, pues el motor no arranca.

—Los pilotos de avioneta purgamos siempre el depósito antes de salir a volar, por si acaso —me contó Kufy, que tiene un mosquito con alas con el que sale a darse paseos.

La avioneta se la compró a un tipo en Carolina del Sur y condujimos juntos para ir a buscarla. A la vuelta, con el avión enano remolcado a nuestra espalada, se nos acercaba todo tipo de gente a hacernos preguntas cada vez que parábamos en las gasolineras o en una de esas Waffle House de carretera en la que te sirven una torre de tortitas con mantequilla y sirope. Si quieres tener vida social, ya te digo yo que es mejor salir a la calle con una avioneta remolcada que con un perro.

—Al ser más densa que la gasolina, el agua se queda en la parte baja del depósito. Antes de volar, lo abro y dejo caer un chorrito de combustible para asegurarme de que no haya agua. No quiero arriesgarme a que se pare el motor allá arriba. Esa pequeña maniobra es seguramente la que más vidas salva en la aviación —me explicó Kufy.

Mientras le esperaba, me puse a preparar mi intervención de aquella noche en el programa *El Intermedio*. Lo primero fue revisar el informe sobre la Estrategia de Seguridad Nacional distribuido a la prensa por la Casa Blanca. El NSS (National Security Strategy) subrayaba las prioridades de cada administración en materia de política internacional. Normalmente, el Ministerio de Asuntos Exteriores de turno solía anunciarlo en una aburrida rueda de prensa en la que predominaban preguntas del tipo: «Los rusos siguen

siendo los malos, ¿verdad?». A lo que el ministro te respondía que sí, pero que ojo con China, y aludía al sacrosanto papel de Estados Unidos como defensor mundial de la democracia. Sin embargo, esta vez habían entregado el informe sin más explicaciones, casi de tapadillo, y cuando, al terminar su lectura, comprobé que el bueno de aquella película se llamaba Vladimir Putin, estuvieron a punto de saltárseme los ojos como dos tapones de sidra.

Estados Unidos declaraba su deseo de abandonar a Europa porque, según el documento, los países que habían fundado las Naciones Unidas o la OTAN ya no eran los mismos. Las políticas europeas de aceptación de inmigrantes los habían desvirtuado y los gobiernos elegidos no representaban ya los intereses estadounidenses. De hecho, el NSS declaraba literalmente que los tratados internacionales estaban «minando el carácter de nuestra nación» y que Estados Unidos no iba a permitir que ninguna organización internacional socavase su soberanía. En particular, la administración Trump rechazaba de plano «las políticas de inmigración, la calamitosa aceptación del cambio climático y el objetivo de "emisiones cero" que han dañado gravemente a Europa y amenazan con hacerle lo mismo a Estados Unidos».

¿Se te van arqueando a ti también las cejas? Pues agárrate, que vienen más curvas.

«La civilización en Europa está en peligro de extinción» proclamaba el documento. Seguir admitiendo inmigrantes iba a hacer que «Europa sea irreconocible en veinte años», lo cual iba a obligar a Estados Unidos a abandonar la OTAN porque los europeos se iban a volver «multiculturales» y su relación con la organización no iba a ser la misma de la de aquellos con quienes firmaron el tratado de adhesión. También se instaba a la OTAN a dejar de arrinconar a Rusia, que ya no se consideraba un enemigo para Estados Unidos, sino una potencia con la que establecer alianzas y hacer negocios. Dinero, ese era el quid de la cuestión. La nueva Estrategia de Seguridad Nacional recordaba a todos los embajadores de Estados Unidos en el extranjero que su principal misión era la de

hacer caja: «Todo diplomático estadounidense debe ayudar a las empresas de Estados Unidos a competir y ganar contratos».

Por último, además de regañar a Europa por entorpecer el camino a los partidos de extrema derecha, dibujaba para Estados Unidos un futuro regido por hombres, mientras sus mujeres cuidaban de la prole en casa: «Un Estados Unidos que honre sus glorias pasadas y a sus héroes y mire hacia una nueva edad de oro basada en el crecimiento de nuestra población con familias tradicionales que críen niños saludables».

Una edad de éxitos que necesitaba colgarse medallas y por ello el NSS justificaba la propuesta de alto el fuego de Estados Unidos para Ucrania, un documento calcado al dedillo de las inadmisibles exigencias rusas de rendición y que estaba solo pensado para que (tras firmarlo Zelensky por coacción) a Trump le concedieran el nobel de la Paz. De momento no ha podido ser, aunque no descarto que le concedan el nobel de Literatura por las notas de ficción que publica en redes sociales.

Detrás de la política internacional de Trump no parece haber otro objetivo que la intención de pillar una jugosa condecoración o la de hacer caja, lo que también justifica, por ejemplo, que tras la supuesta liberación de Venezuela con el secuestro de su presidente Nicolás Maduro no haya impuesto cambio de gobierno y se dé por satisfecho con estarse llevando a Estados Unidos su oro y su petróleo crudo (nunca mejor dicho). O que le haya concedido miles de millones a Argentina a fondo perdido para tapar los agujeros causados por las desastrosas políticas trumpistas de su presidente Javier Milei. Todo ello aderezado con un aire de grandeza imperial desde el que resulta más sencillo entender su ocurrencia de convertir Canadá en el estado número 51 de la Unión o su continua amenaza de invadir Groenlandia. Nada nuevo bajo el sol: la misma política de si me gusta me lo quedo que había aplicado el presidente William McKinley con el reino independiente de Hawái en 1898.

Meses después de la publicación de aquel informe de estrategia de seguridad nacional, Trump declararía, no solo que el ejército era

su inversión prioritaria a nivel federal, sino que, prácticamente, era la única. De temas como la educación, la sanidad o las infraestructuras debería de encargarse cada estado por su cuenta. Si Nueva York quería seguro médico para sus ciudadanos, que subiese los impuestos a los neoyorquinos. Si Alabama necesitaba agua potable, que se la pagaran sus ciudadanos. La labor principal de un presidente era asegurarse de que Estados Unidos tuviera el ejército más poderoso del planeta. En su primera legislatura, el presidente se encargó de rearmarlo. En la segunda, como un niño con juguetes nuevos, se puso a ponerlo a prueba.

En presupuesto militar, Estados Unidos se salió del gráfico en 2026 con una inversión superior a la suma de los siguientes diez países de la lista. Novecientos mil millones de dólares eran, sin embargo, poco para el ministro de Defensa Pete Hegseth que, tras los gastos ocasionados por la «excursión» a Irán, reclamó más presupuesto al gobierno hasta aumentarlo a 1,5 billones. Tan apabullante cifra era necesaria para mantener el arsenal más grande y sofisticado del planeta, pero también los miles de aviones de apoyo y combate, los centenares de buques de guerra, los setenta submarinos nucleares y los once portaaviones de propulsión nuclear. Todos ellos asistidos por medio millón de soldados en activo (y otro medio en la reserva), de los cuales hay doscientos mil destinados en las setecientas cincuenta bases que Estados Unidos tiene repartidas por ochenta países. Hay, desde destinos de un solo hombre, como el del marine que ayuda a patrullar el Lago Malawi, hasta destacamentos multitudinarios como el de los cincuenta y cuatro mil hombres y mujeres desplegados en Japón.

Con la declaración de intenciones del documento de Estrategia Nacional, Trump simplemente retomaba el Destino Manifiesto donde lo había dejado Theodore Roosevelt (el presidente de las gafitas tipo Quevedo y Lennon, no confundir con su sobrino Franklin, que vendría algo más tarde). En 1898, a las puertas de la guerra con España, el manifiesto había calado profundamente en un joven que entonces solo era secretario del Ministerio de la Marina, pero que

muy pronto llegaría a ser el 26.º presidente de los Estados Unidos. Theodore creía en una diplomacia que él mismo había definido como la del gran garrote: «Si hablas en un tono suave, pero llevas contigo un gran garrote, terminarán por hacer lo que tú les digas».

Lo pudo comprobar en las nuevas repúblicas surgidas en la América hispana. Roosevelt no estaba dispuesto a permitir que ningún gobierno pusiese en peligro los intereses comerciales de las empresas estadounidenses establecidas en sus territorios, así que, en tono suave, recordaba a los caudillos las ventajas de cooperar con Estados Unidos, mientras los amenazaba con la invasión. Del mismo modo que en 2026 Donald J. Trump fijaba su mirada en el petróleo, en 1898 Roosevelt andaba obsesionado con el azúcar.

Como cuenta Mark Lee Gardner en su libro *Rough Riders*, el joven Theodore había crecido sin poder soportar la vergüenza de que su padre no hubiese participado en la guerra civil de Estados Unidos, pues se había librado gracias al privilegio (común entonces en la clase adinerada del norte) de haber pagado a otro para que luchase en su nombre. Aquello remordía la conciencia de su hijo, que le consideraba un cobarde: «Si se desatara una guerra, me gustaría estar en posición de poder explicares a mis hijos por qué participé en ella, en lugar de tratar de justificarles por qué dejé de hacerlo».

A la mancilla paternal del apellido, Roosevelt hubo de añadirle el temor que había acumulado desde niño a no reunir las condiciones físicas adecuadas para alistarse en caso de conflicto. Theodore había crecido sufriendo continuos achaques de asma y, según relata Gardner, desde que cumpliera once años su padre se había encargado de reseñarle que los chicos enclenques y debiluchos no estaban predestinados para la gloria: «Hijo mío, a ti te acompaña la mente, pero no el cuerpo y, sin la ayuda del cuerpo, la mente no puede llegar lejos».

Obsesionado por conseguir una musculatura de soldado, el joven Theodore Roosevelt instaló dos barras paralelas en el jardín trasero de la casa familiar y dedicó largas horas de su adolescencia a colgarse de ellas y a ejecutar flexiones. Después añadiría las clases

de esgrima y de boxeo. A los veinticuatro años se había puesto cachas y, como consideraba que su cuerpo estaba listo para limpiar el apellido familiar, se alistó en el Octavo Regimiento de la milicia de Nueva York. Estuvo tres años allí, pero, aunque le ascendieron a capitán, aquello no dejaba de parecerle un paripé. Puras maniobras sin batallas reales ni opción ninguna a participar en una hazaña heroica y recibir una condecoración que lucir con orgullo. Lo dejó y se retiró a ejercer de vaquero en el lejano estado de Dakota.

La vida de *cowboy* no era exactamente la misma que la de un soldado, pero coincidían los patrones de chulería y los conflictos podían resolverse también a golpe de pistola. Sin embargo, Theodore Roosevelt (el de las gafas) seguía soñando con emular a sus héroes de la guerra civil. Por ello, cuando en 1866 se rumoreó sobre una posible campaña militar contra México como castigo por el secuestro de un editor texano en la ciudad de El Paso, Roosevelt corrió a escribirle una carta al ministro de la Guerra en la que se ofrecía «a reclutar varias compañías de hombres armados a caballo» y ponerse a las órdenes del alto mando. No hubo guerra con México y Roosevelt se quedó con las ganas. La segunda oportunidad le llegaría el 8 de marzo de 1895.

Desde Florida partían barcos con ayuda estadounidense a los rebeldes de Cuba y el gobierno español había tenido la desfachatez de espantar a uno de ellos a cañonazos. Se llamaba El Alianza, y la versión de la prensa amarillista fue que el vapor estaba navegando en aguas internacionales y sin intención de atracar en el puerto de La Habana. La agresión del buque español Conde de Venadito, por tanto, había constituido una provocación en toda regla. Theodore, que ya había regresado a la costa este y trabajaba de funcionario en Nueva York, le envió una nota al gobernador rogándole que contase con él para marchar al frente: «Le voy a suplicar con todas mis fuerzas que me conceda el mayor de los favores: un puesto en el cupo de soldados de Nueva York que usted envíe a la guerra. Fui capitán de la milicia tres años y me merezco formar parte de las fuerzas que vayan a Cuba».

Tampoco hubo guerra. No la quería el presidente Grover Cleveland, que seguía intentando negociar con el artífice de la restauración monárquica en España, Antonio Cánovas del Castillo, una salida pacífica al conflicto. Cánovas lo trató como un incidente menor para contener la tensión y no romper relaciones diplomáticas con Estados Unidos, mientras expresaba en las Cortes su rotunda oposición a hacer concesiones a la insurrección cubana: «España está dispuesta a gastar su última peseta y a dar la última gota de sangre de sus hijos».

Confiado en la pronta victoria militar, el presidente del Consejo de Ministros español ascendió al «Carnicero» Weyler a capitán general de Cuba y permitió que pusiera en marcha una política de «reconcentración», que consistía en internar en campos vigilados a todo sospechoso de proporcionar asistencia a los rebeldes. La brutalidad con que se llevó a cabo aquella represión generó numerosas críticas de gobiernos extranjeros y supuso para Roosevelt una oportunidad de oro para caldear a la clase política en favor de su ansiada intervención militar en Cuba. William Randolph Hearst acababa de encontrar también su *running story*.

En busca de un jugoso titular, en otoño de 1897 el *Journal* envió a Madrid al mejor de sus reporteros: James Creelman, el hombre que había sido expulsado de La Habana por Weyler. El encuentro con Cánovas lo recuerda el propio Creelman en su libro *On the Great Highway: the Wanderings of a Special Correspondent*:

«Los ojos oscuros de Cánovas centelleaban bajo una frente imponente. Parecía un viejo león, sentado en una espléndida sala de audiencias decorada con retratos pintados por el incomparable Velázquez. Sus cejas pobladas y blancas, su rostro severo y venerable y su voz seca y acerada daban a entender que España estaba lista para afrontar su destino, fuese cual fuera. El orgullo español permanecía tan irrazonablemente inquebrantable como en la época en que Carlos V dominaba con su cetro toda Europa. Me dijo: "Mi gobierno no cederá ni un ápice ante la fuerza ni ante las amenazas de fuerza. España no hará concesiones hasta que la

insurrección en Cuba esté bajo control y hasta que podamos ceder por voluntad propia lo que nos negamos a permitir que nadie nos quite, ni por insurrección armada, ni por intrigas traicioneras con otras naciones. Una Cuba independiente significaría un gobierno dominado por negros. No por negros como los que se encuentran en Estados Unidos, sino por negros africanos. Africanos en todos los sentidos. Una Cuba independiente desencadenaría una guerra civil entre blancos y negros, cincuenta años de anarquía y la destrucción de la isla y de su comercio. Una república así sería una amenaza para la paz de Estados Unidos. Mucho peor que Haití. España no puede dejarse guiar en sus asuntos internos por ningún otro gobierno, ni permitir que ninguna agitación extranjera influya en su trato con la colonia rebelde. Buscamos la paz, pero no rehuiremos la guerra en ningún asunto que afecte a nuestro honor. Si Estados Unidos fuerza la guerra con España, estamos dispuestos a defendernos, pero estamos decididos a que España sea la nación atacada y no la agresora. España se defenderá a toda costa. La cuestión comparativa de la fuerza de ambas naciones no entrará en el asunto. Estamos dispuestos a afrontar lo que nos depare el destino"».

En 1897, Theodore Roosevelt juraba su cargo como secretario del Ministerio de la Marina en el gobierno del presidente McKinley. En teoría, entraba a las órdenes del ministro John Davis Long, un político mucho menos belicoso que él, pero como Long padecía una enfermedad que le obligaba a ausentarse con frecuencia, Roosevelt se convirtió enseguida en el ministro de facto. Desde el primer día, no dudó en hacerle a su superior la cama cada vez que se le presentaba una oportunidad para ello. Anhelaba modernizar la flota naval de Estados Unidos, invadir Cuba al mando de ella y convertirse en un héroe nacional con una condecoración que lucir en la solapa. Los acontecimientos se encargarían de ir poniéndole cada vez más cerca su objetivo.

En agosto del mismo año, un anarquista terminaba con la vida de Cánovas en el balneario de Santa Águeda. El asesinato del primer

ministro español provocó un giro radical e inmediato en la política de Madrid con respecto a Cuba. El liberal Práxedes Mateo-Sagasta recuperó las riendas del Gobierno (en aquellos tiempos la política parlamentaria española, como la actual de Estados Unidos, se basaba en la alternancia de dos únicos partidos) y lo primero que hizo fue deponer de su cargo de gobernador al «carnicero» Valeriano Weyler y nombrar a Ramón Blanco, un general mucho más moderado, con órdenes específicas de poner fin a la política de reconcentración.

A principios de 1898, Sagasta consiguió aprobar en el parlamento un régimen especial para Cuba y Puerto Rico que otorgaba cierta autonomía legislativa y administrativa a las islas. El objetivo del presidente (calmar a los rebeldes e intentar satisfacer las demandas estadounidenses) generó sin embargo agrias protestas de los cubanos leales a Weyler, que no dudaron en echarse a las calles. Se produjeron disturbios violentos y se acusó al general Ramón Blanco de ser un tipo excesivamente blandito. Los periódicos de Pulitzer y Hearst exageraron la dimensión de aquellas manifestaciones calificándolas de auténtica revuelta y no dudaron en mentir al publicar que los estadounidenses residentes en Cuba estaban siendo atacados. El 14 de enero de 1898 el *Journal* tituló: «Next to War with Spain» («A punto de estallar la guerra con España»).

Roosevelt se apresuró a recomendar la guerra al presidente McKinley: «Considere la conveniencia de la guerra con España, tanto por razones humanitarias como por interés propio. Primero, por intervenir en favor de los cubanos y de dar un paso más hacia la completa liberación de América del dominio europeo; segundo, por el beneficio que supondría para nuestras fuerzas armadas poner a prueba su capacidad en una batalla real».

Roosevelt pinchaba en hueso por tercera vez consecutiva: William McKinley no estaba para guerras. De hecho, lo último que quería era asistir a un nuevo derramamiento de sangre. Con veinte años, McKinley se había alistado de soldado raso en el ejército de la Unión y, elevado al año siguiente al cargo de sargento, en septiembre de

1862 le había tocado participar en una de las batallas más cruentas de la guerra civil: la de Antietam, en Maryland, en la que perdieron la vida más de veinte mil compatriotas. McKinley no deseaba que su pueblo reviviese aquellos horrores, pero, como tampoco quería ofrecer síntomas de debilidad, optó por la calle de en medio. A petición de su embajador en Cuba, el presidente ordenó a John D. Long, ministro de la Marina, que despachase un buque de guerra a La Habana con el encargo de evacuar a los expatriados estadounidenses en caso de que los disturbios pasaran a mayores. John D. Long lo anunció a las autoridades de España como «una visita de cortesía».

El vapor acorazado Maine avistó el castillo de los Tres Reyes del Morro el día 25 de enero. Iba comandado por el almirante Charles D. Sigsbee y viajaba con 354 marines a bordo. En 1898, la presencia de empresarios de Estados Unidos en Cuba había crecido exponencialmente, y acaparaba sectores tan estratégicos como las plantaciones de caña, la explotación de minas de cobre o el control del sector servicios. Para entonces, la gran mayoría de los productos desplegados en las repisas de los comercios cubanos llevaban ya la etiqueta «Made in USA» y los exportadores estadounidenses se habían ido aclimatando tanto al trópico que, como dictaba la guajira que popularizó el cantaor Manuel Escacena, por las mañanas, después del café *bebío*, les encantaba salir «a pasearse por La Habana con su cigarro *encendío*. Y sentarse en su silla o *silletón* a sacarse un papelón de esos que llaman diario *pa´* parecer un millonario de esos de la población». Y, claro, con ese ritmo de vida, ¿cómo no les iba a apetecer a los estadounidenses quedarse? No me refiero a quedarse en La Habana, no, sino a quedarse literalmente con toda la isla. En ello andaban, tratando de convencer a los empresarios cubanos de que, si apoyaban la intervención militar de Estados Unidos, les lloverían negocios mucho más suculentos. Un desafortunado accidente validaría aún más sus argumentos.

Según la declaración de testigos, a las nueve horas y cuarenta minutos de la noche del 15 de febrero de 1898, la parte delantera

del acorazado Maine fue sacudida por una tremenda explosión. A la primera detonación le siguió casi de inmediato una segunda, aún más fuerte si cabe, que partió el barco por la mitad e hizo saltar en añicos los cristales de las ventanas de las casas adyacentes al puerto de La Habana. Envuelto en una gigantesca columna de fuego y humo, el buque tardó en hundirse apenas unos minutos. A la vista solo quedó un mástil sujeto a un trozo de retorcida chatarra. A su alrededor flotaban los cuerpos sin vida de decenas de marines. Un total de 266 estadounidenses acababan de perder la vida. Muchos, ahogados sin poder escapar de las literas en las que conciliaban el sueño.

Cuando despertaron apresuradamente a McKinley en la Casa Blanca, el cable de urgencia informaba de «muchos heridos y, sin duda, muchos más muertos o ahogados». Esa misma mañana, el presidente se dirigió a la población a través de la prensa y les solicitó que no emitieran juicios precipitados. El responsable de la Marina, John Davis Long, había sugerido que se trataba de «un desgraciado accidente». La misma opinión había sido expresada al periódico *Evening Star* por parte de Philip Alger, profesor del departamento de mecánica de la academia naval de Annapolis y principal experto en explosivos marítimos del momento: «Ningún torpedo conocido tiene la capacidad de destrucción que ha causado el hundimiento del Maine. La tragedia debe de haber sido provocada por las chispas que saltaron desde una caldera de carbón que han encendido el armamento del polvorín».

Sagasta atendió en Madrid al corresponsal del World de Pulitzer: «Estamos abrumados y tristes por la catástrofe del Maine. Lo sentimos doblemente porque la tragedia ha tenido lugar en aguas nuestras».

Pero daba igual: la explosión del flamante acorazado salido del astillero de Brooklyn ofrecía el detonante que el halcón de la guerra Theodore Roosevelt y los magnates de la prensa amarilla Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst aguardaban con impaciencia. Otro diario amarillista, el *Evening Post*, decidió saltarse a la torera la

moderación solicitada por McKinley y tituló a toda página: «Bombardeado por España. Evidencia total de que el Maine ha sido torpedeado. Doscientos cincuenta Marinos estadounidenses comida para los tiburones».

Al día siguiente, el 17 de febrero de 1898, Hearst y Roosevelt aunaron fuerzas y el *New York Journal* publicó en la portada la mayor falacia de la historia del periodismo estadounidense. Acompañadas de una ilustración del acorazado Maine con una bomba española adherida a su quilla iban unas declaraciones de Roosevelt que contradecían la versión oficial del ministro de la Marina: «Oficiales de la Marina, unánimes en que el buque fue destruido a propósito. El secretario de la Marina, Theodore Roosevelt, convencido de que la explosión no ha sido accidental. El *Journal* ofrece cincuenta mil dólares a quien entregue al criminal responsable de la muerte de 258 estadounidenses».

Aquel titular engendraría una consigna sedienta de venganza contra España que pronto repetirían machaconamente millones de labios por todo el país: «Remember the Maine, the hell with Spain!». (Recuerda al Maine. ¡Al infierno España!)

Para tratar de apaciguar la tensión, el presidente McKinley ordenó una comisión de investigación de los hechos. Conocida como la Junta Sampson, sus conclusiones se basaron en gran medida en los testimonios de los supervivientes y en el de los buzos que participaron en las labores de rescate. Los expertos determinaron que la quilla del Maine se había doblado hacia arriba en forma de uve invertida, lo cual solo podía haber sido causado por una fuerza venida del exterior. El Gobierno español se agarró a aquellas conclusiones para probar que no había participado en el atentado. ¿Cómo podrían haber plantado una mina en la quilla sin que se enterasen los marinos que vigilaban el acorazado? Y, sobre todo, si se trataba de una explosión externa, ¿por qué ni un solo testigo había visto alzarse una ola gigante producida por la tremenda explosión acuática, y por qué tampoco flotaban peces muertos en el agua?

Setenta y seis años más tarde, una investigación independiente determinaría que las autoridades españolas estaban en lo cierto. La combustión espontánea de los gases del carbón bituminoso almacenado en la carbonera provocó la primera explosión. A consecuencia de ella, el polvorín adyacente prendió fuego y se produjo la segunda. Dos explosiones internas. Amén.

Sin embargo, el 21 de marzo, cuando la Junta Sampson presentaba sus conclusiones al Ministerio de la Armada en Washington, Roosevelt ya había encargado un plan de guerra a los oficiales de la Marina. En él se determinaba como objetivo prioritario la destrucción de la flota española para impedir un contraataque, y se exponía que la mayoría de los buques de la Armada de España no se encontraban atracados en puertos de la península ni del Caribe, sino en la bahía de Manila.

—¿Manila? ¿Y dónde queda eso?

Roosevelt acababa de descubrir que las Islas Filipinas llevaban varios siglos bajo bandera española. Concretamente, desde 1565. «Pues a por ellos a Manila», se dijo, pero, para su enorme disgusto, el ministro Long, amigo personal del presidente McKinley, había recibido el encargo de evitar a toda costa el enfrentamiento. La desesperación no duró mucho. Aprovechando que el 25 de febrero Long tuvo que ausentarse precipitadamente de su despacho a causa de una inesperada recaída en su enfermedad, el de las gafas se encerró en el Cuarto de Operaciones. Desde allí empezó a cursar órdenes a los altos mandos de la US Navy. Lo relata Stephen Kinzer en su libro *The True Flag:* «En cuanto Roosevelt se dio cuenta de que se había quedado a solas en el ministerio, empezó a enviar telegramas a las unidades navales. En uno ordenó que todos los barcos fueran cargados con munición. En otro autorizó el reclutamiento de nuevos marinos. En un tercero ordenó que los cañones estuviesen listos para entrar en combate. El más importante de todos fue el que cursó al *Commodore* George Dewey, comandante del Escuadrón Asiático: "Zarpe con su flota hacia Hong Kong. En caso de declaración de guerra a España, su misión será

encargarse de que la escuadra española no abandone la costa asiática”».

Por lo visto, el ministro de la Marina John D. Long se levantó recuperado al día siguiente y, antes de proceder a vestirse, dejó escrito en su diario que había pasado «una noche espléndida». Su estado de ánimo, según relató al día siguiente en las mismas páginas, cambiaría abruptamente nada más llegar al trabajo: «Me encontré con que Roosevelt, durante mi corta ausencia y con su modo precipitado de hacer las cosas, había estado a punto de causar una explosión mucho más profunda que la del Maine. El mismo diablo parecía haberle poseído».

A pesar de su desaprobación, Long no se avino a contravenir las órdenes cursadas. Pensó que aquello quedaría en nada cuando McKinley, siguiendo el precedente de anteriores presidentes, tirase de chequera y le ofreciese a la regente de España, María Cristiana de Austria (viuda de Alfonso XII y madre del príncipe heredero Alfonso XIII) que se marcase un Fernando VII. Estados Unidos puso trescientos millones de dólares sobre la mesa a cambio de que España soltase Cuba de forma discreta y haciendo caja. Pero el primer ministro Práxedes Mateo Sagasta y Escolar puso el grito en el cielo, dijo «no» y se cerraron las puertas de la paz. Con aquella negativa, cacareaba por tercera vez la gallina de los huevos de oro antes de que el sol se pusiera definitivamente en el Imperio de España. La de McKinley había sido la tercera oferta por la compra de Cuba.

La primera de las tres se remonta a 1848. El 11.º presidente, James Polk (de los Polk de Pineville, Carolina del Norte, de toda la vida) trató de seducir al Gobierno de su majestad Isabel II con cien millones de dólares a cambio de la isla. El general Ramón María de Narváez, fundador de la Guardia Civil y Espadón de Loja, no quiso. ¿Cómo iba a querer? El único Narváez que tenía el nombre de «Pánfilo», según les dijo, había sido el conquistador que había muerto en el golfo de México en 1528, pero no él. «Antes que

vender Cuba preferiría verla hundirse en el océano», sentenció y se terminaron las conversaciones.

Pasaron ocho años y, en 1854, Estados Unidos volvió a las andadas. Tres embajadores norteamericanos con diferentes destinos en capitales europeas (Madrid, Londres y París) hicieron piña y presentaron una propuesta de adquisición. La operación comercial pasaría a la historia como «la Circular de Ostende», en referencia a la localidad belga en donde cuajaron la faena.

La oferta consistía en una extorsión en toda regla al Príncipe de Vergara, más reconocible hoy bajo su denominación de origen de Baldomero Espartero. Me refiero al general representado en una estatua ecuestre cerca del parque de El Retiro de Madrid cuya notoriedad, más que en el noble caballero, recae en el desproporcionado tamaño de los genitales de su cabalgadura. El caso es que el pliego firmado por los embajadores venía a decir que había lentejas, y si quieres las tomas y, si no, las dejas. O sea, o España aceptaba ciento veinte millones a cambio de Cuba, o invadían la isla. A Espartero le salvó el trasero (parece una rima de Alfonso Ussía) una filtración del chantaje a la prensa. La presión mediática obligó al 14.º presidente estadounidense, Franklin Pierce, a recular con disimulo.

Tras el fracaso de la tercera oferta, en abril de 1898 la guerra ya era inevitable. La prensa amarilla disfrazó la intervención como una causa desinteresada y noble de Estados Unidos destinada a rescatar a un pueblo oprimido. ¿A alguien le suena? Con argumentos tan sólidos y jurando ante Dios todo poderoso y ante el Senado de Estados Unidos que él nunca se anexionaría Cuba, McKinley consiguió autorización del Congreso para declarar hostilidades. Roosevelt no podía estar más feliz: convertirse en un héroe y lavar con ello el apellido paterno quedaba por fin al alcance de su mano.

—Parece que va a volver a nevar.

—No jodas.

Gerald «Kufy» Kufner se presentó con el jersey verde agujereado por las polillas que se enfunda siempre que trabaja a la intemperie. Cargaba una caja de herramientas en la mano. Con los motores nunca se sabe qué tipo de tuerca te va a tocar desatornillar. Antes de iniciar la faena, le mostré orgulloso el 5 Jotas.

—¡Guau!

Kufy sabía apreciarlo porque a él le gustaba curar embutidos. Juntos habíamos preparado varias veces chorizo siguiendo fielmente la receta que me proporcionó un pastor en Soria. Carne de cerdo picada, bien de ajos, un puñadito de orégano y otro puñadito de sal. Mano de santo.

—Yo un año curé un jamón — me confesó de pronto.

El resultado, por lo visto, no fue demasiado excitante. Era una pata de cerdo blanco y no le salió muy bueno. A ver, ¿qué quieres? Ni Kufy tenía idea de lo que estaba haciendo ni el clima húmedo de Rhinebeck resulta propicio para el proceso de secado. El caso es que, una vez que lo dio por curado, Kufy, que es neurólogo, lo llevó a su consulta para hacerle un escáner. Quería entender por dónde andaban los huesos para poder decidir cómo hincarle mejor el cuchillo. Sin decirle que se trataba de un jamón, le enseñó la radiografía a otro médico. El colega casi se cae de la silla de un respingo: «¡Dios mío! ¿Este paciente está en nuestra sala de espera?».

En cuanto salimos al jardín, Kufy repasó con una mirada inquisitiva la máquina quitanieves. Noté cómo se fijaba detenidamente en cada uno de sus tornillos. Me lo vi venir: «Nos esperan un par de horitas».

En este tipo de cirugías siempre hay algo que se complica: cuando no es por culpa de la trócola, interviene la junta de las canaletas. En cualquier caso, traté de convencerme, el esfuerzo iba a merecer la pena porque, efectivamente, las previsiones hablaban de dieciocho centímetros de nieve tras la tormenta que se avecinaba aquella misma noche. Demasiado para una pala. Ya no tengo yo los abdominales para esos trotes. Mientras Kufy tiraba de llave inglesa,

por la calle, delante de nosotros, pasó el camión del Ayuntamiento arrojando paladas de sal sobre el asfalto. Intercambiamos un saludo con el conductor.

—*Hi*.

—*Peace*.

Lo bueno de la sal es que reduce el punto de congelación del agua, lo cual impide que la nieve se adhiera con firmeza al pavimento y se convierta en hielo. Lo malo es que, al disolverse, la sal transforma el agua en un buen conductor de electricidad. Esto no debería de ocasionar problemas si las tormentas en Estados Unidos no tumbaran los postes de la luz y depositaran sus cables sobre la nieve salada. Debido a las suelas de goma, los humanos raramente lo notamos, pero los animales salvajes y las mascotas padecen el efecto *stray voltage* (voltaje parásito) que produce la sal al corroer los cables. La prueba es que la eléctrica Con Edison había sacado una nota con esta advertencia: «Si tu perro comienza a pegar saltitos mientras está parado encima de una alcantarilla, pégale un tirón de la correa y sácalo cuanto antes de la zona electrificada en que se encuentra».

Circulaban rumores de un pitbull frito en las aceras de la ciudad de Nueva York, concretamente en el Lower East Side, a consecuencia de este tipo de calambrazos.

—¿Y esto?

Abandoné la visión del camión de sal y me volví hacia Kufy. Mi amigo me señalaba un rectángulo de plástico situado en un lateral de la máquina quitanieves del que emergían tres palitos metálicos (uno redondo y dos planos).

—Ni idea —le repuse—. Ni me había fijado que estaba ahí.

—¿Tienes un alargador?

Fui en busca del cable verde largo que Sarah usaba para enchufar los focos en las transmisiones de *El Intermedio,* porque, desde que Jan se había marchado a Madrid, ella se hacía cargo de la cámara. Se lo traje. Gerald Kufner conectó un extremo al enchufe exterior de la fachada y el otro a los pinchitos de la máquina. Me señaló un

botón de color rojo y, al acercarme, descubrí un pequeño letrero que decía «encendido eléctrico».

—Con esto te evitas tener que tirar de la cuerda.

—Mira tú, qué bien saberlo —le reconocí—. El problema es que no arranca.

Entonces fue cuando Kufy giró la llave del depósito de la gasolina en la dirección contraria. Hacia arriba. ¿Cómo que hacia arriba?

—Espera —le dije, un poco apurado—. ¿Pero la llave del depósito, según el dibujito, no tiene que apuntar para abajo?

El doctor hizo como que no me oía y apretó el cebador dos veces. Luego pulsó el botón rojo de encendido eléctrico y… ¡Magia Borrás: la quitanieves arrancó a la primera!

«Brrr…».

Me miró. Le miré. Nos miramos. Me encogí de hombros, apagué la máquina, recogí el cable y, sin mediar palabra, entramos en la casa. No se aceptaban comentarios, así que nos centramos en el jamón. Según el maestro Santalla, lo suyo es emplatar cien gramos. Yo quise ser un poco más generoso con mi amigo para estar seguro de que estaba comprando su silencio. Desenvainé el cuchillo y procedí a cortar lonchas de unos tres centímetros. Se desprendían jugosas y finas, casi transparentes: ideales para deshacerse nada más entrar en boca. Con cuidado, empecé por el centro del plato y las fui repartiendo en escalera de caracol hasta alcanzar los bordes. Ligeramente solapadas para no dañar el aroma. Kufy observaba con curiosidad el desarrollo de los acontecimientos. La misión quedó completada con unos cortes del jarrete, más pequeños y con más fibra muscular, pero de un sabor mucho más intenso.

—Ale, ya está. Con esto vas que te matas.

Kufy se marchó más contento que unas castañuelas. Especialmente después de que le contase, a petición suya, lo que me había costado el jamón de marras. Jamás le habían pagado tan bien una reparación mecánica tan rápida. Los Kufners se iban a pegar un homenaje esa noche antes de la cena. Jamón de bellota

acompañado con el formidable pan de *pretzel* que el propio Gerald elabora. Se me hacía la boca agua de solo pensarlo.

—¡Mmm, qué cosa más rica, por Dios! —me dije.

Y con aquellos pensamientos procedí a cortar otras cuantas lonchitas para deleite personal. Estaba a punto de aflorar el fémur. En poco iba a tener que darle la vuelta al jamón. ¿Quién dijo que mejor comprásemos una paletilla porque siendo solo dos en casa se nos iba a quedar seco? Se conoce que no imaginaban lo rápido que han aprendido en Estados Unidos lo bueno que está el jamón ibérico.

Los rudos jinetes

Nada más conocerse la declaración de guerra del Congreso de Estados Unidos, la prensa española sacó pecho. El semanario satírico *El Motín de Madrid* publicó una caricatura en la que Estados Unidos aparecía representado como un marrano y tituló a las bravas: «El león español se zampará sin dilación al cerdo *yankee*». Los diarios serios, como *El Imparcial, El Correo* o *El Heraldo,* tampoco se quedaron cortos y popularizaron entre sus lectores el uso del apelativo «bárbaros del norte» para referirse al gobierno presidido por McKinley. Desconocían en las redacciones de los periódicos de España que la suerte estaba echada. Estados Unidos se preparaba para seguir al milímetro el plan concebido por Theodore Roosevelt para hacerse, sin necesidad de disparar demasiados cartuchos, con las migajas del Imperio hispánico. En parte, debido a que William Hearst y Joseph Pulitzer habían conseguido convencer a sus conciudadanos de que todo lo que sonara a español era obra del diablo y, en parte, porque el presidente McKinley había prometido el 11 de abril en el Senado que no se trataba de una guerra, sino de una campaña humanitaria para «terminar con el sufrimiento de los cubanos y proteger a los ciudadanos estadounidenses en Cuba y a sus propiedades». Una vez más, Estados Unidos se ponía del lado de los oprimidos.

«Estados Unidos renuncia a cualquier soberanía, jurisdicción o control sobre la isla. Cuba para los cubanos» había afirmado el presidente.

En consecuencia, el Congreso autorizó la contienda y dio el beneplácito para la incorporación a filas de tres mil voluntarios con «calificaciones especiales» (en clara referencia a los *cowboys* elevados a leyenda por el espectáculo de Buffalo Bill). En vista de que Roosevelt había manifestado su deseo de participar en la batalla, el ministro de Guerra, Russel Alger, le ofreció ponerse al frente de uno de aquellos regimientos de nueva creación. Roosevelt requirió el apoyo táctico de Leonard Wood, el capitán que once años antes había perseguido y capturado a Gerónimo, y el del amigo con quien Theodore practicaba boxeo, y ambos aceptaron. Wood tomaría el mando con el grado de coronel y Theodore iría como teniente coronel de segundo. Nacía así el regimiento 71 de la Guardia Nacional de Nueva York, que la prensa popularizaría como «los Rough riders de Roosevelt».

Se reclutaron muchos vaqueros en Nuevo México, sobre todo para acallar los rumores de que los hispanos de aquel estado (que eran dos tercios de la población) simpatizaban con España. Una fuente anónima le sopló al *New York World* que, de todos los que llegaron, solo el cinco por ciento eran de ascendencia hispana y que de *cowboys* no tenían nada. La mayoría eran trabajadores del ferrocarril que no habían montado a caballo en su vida y otros, forajidos a los que no se les preguntó por su pasado, como en la legión. Llegaron a Nueva York a bordo de un tren que lucía una enorme pancarta con el lema que había impulsado la guerra: «We remember the Maine». (Recordamos el Maine).

A ellos se les sumaron «señoritos» de Harvard y jugadores de polo o de fútbol americano. A todos se los armó con carabinas Krag-Jorgensen del 86, supermodernas, y de refuerzo un revolver Colt del calibre 45, el arma natural de cualquier hombre en el Oeste. En lugar de sables, al carecer de tiempo para la instrucción, se les procuraron machetes similares a los de los insurgentes cubanos. Los uniformes de lona marrón incluían una camisa azul de lana que, por lo visto, resultaba «más calurosa que el propio infierno». También se les proporcionaron, por gentileza del millonario William Tiffany,

amigo personal de Roosevelt, metralletas que podían disparar quinientas balas por minuto y acertar un objetivo a trescientos metros. Colt *made in Hartfort* capaces de partir a un hombre en dos. Wood se alteró al comprobar que la partida no traía suficiente munición, pero cuando le informaron que disparaban balas del mismo calibre que los Mauser de los contrarios, dijo, «vale, entonces habrá que requisarles la munición a los españoles».

La primera concentración de los Rudos Jinetes se llevó a cabo en El Álamo, San Antonio, Texas. Les enviaron caballos desde el fuerte Sam Houston, pero llegaron sin domar. Al menos trescientos *cowboys* terminaron en el suelo al poco de recibir la orden de «¡monten!» cursada por Roosevelt. Uno de ellos, Irad Coachran Jr, de diecinueve años, aterrizó con la cabeza y perdió la vida.

El 2 de junio se unieron a otros treinta mil hombres en Tampa, Florida. Recibieron órdenes en el cuartel general, situado en el opulento Bay Hotel de estilo morisco español y zarparon a bordo del vapor Yucatán. Un total de novecientos cuarenta Rudos Jinetes apretados en una embarcación con capacidad para setecientos. Uno de ellos escribió esta línea en una carta a su enamorada: «Quizás algún día llegue a olvidarme del Maine, pero ciertamente no me voy a olvidar del Yucatán en toda mi vida».

Navegaban camino de Santiago. Fundada en 1515, la ciudad daba a una bahía en la que, protegido por cañones y minas submarinas en el canal de acceso, anclaba el escuadrón del almirante Pascual Cervera. La estrategia consistía en bloquearle la salida del puerto mientras atacaban por tierra con fuerzas desembarcadas al este en Daiquirí y Siboney. Al atardecer del 20 de junio de 1898, cuando los insurrectos cubanos estaban ya a punto de cantar victoria sin necesidad de ayuda (la guerra era solo una excusa de Estados Unidos para tapar sus problemas internos), una flota de cuarenta y ocho buques estadounidenses avistó el puerto de Santiago de Cuba. Les seguía de cerca la flotilla de William Randolph Hearst.

Aunque el telégrafo inventado por Samuel Morse en 1844 permitía seguir los acontecimientos de Cuba en directo desde las

redacciones de los periódicos, Hearst había tomado la decisión de sacarle rendimiento a «su» guerra. El magnate creía en la teatralidad de las noticias. Más allá de los datos, la cualidad más importante de un periodista era la de poseer el talento de saber contarlos de una forma novelesca y entretenida. Buscaba historias repletas de emociones humanas (esperanza, miseria o grandeza) que sirvieran a los lectores (pobres y ricos por igual) como escapatoria en sus grises vidas cotidianas. Por eso a sus reporteros (con fama de mal pagados, borrachos y deshonestos) no los enviaba a cubrir historias, sino a provocarlas, motivo por el que Hearst adquirió un uniforme blanco de capitán, alquiló por quince mil dólares diarios una flotilla de diez barcos a una compañía frutera de la ciudad de Baltimore y la llenó de Tintines. Desde el vapor Sylvia, transformado en una redacción de noticias flotante, anunció a bombo y platillo su intención de publicar una edición especial para distribuir entre las tropas (el *Journal-Express*) y la de fundar en La Habana «el primer diario libre de Cuba».

El 22 de junio se produjo el desembarco de las tropas de Roosevelt en la isla. La batalla de San Juan dejaría doscientas cinco víctimas del lado del invasor y doscientas quince entre los defensores españoles. Theodore se proclamó vencedor de inmediato y mandó un cable diciendo que aquel había sido sin duda «el día más feliz de su vida». Así lo relató el reportero James Creelman para el diario de Hearst: «Los cuatrocientos Rough Riders que componen el batallón estadounidense han destartalado una posición española con cien hombres. Al teniente coronel Roosevelt, calado con un sombrero del que pende un pañuelo de motas azules, le ha parecido una hazaña excitante a más no poder, hasta el punto de que se le ha escuchado gritar: "Holy Godfrey, what fun!". (Santo Dios, ¡qué divertido!)».

Para añadir un poco más de desconcierto al asombro que estas declaraciones pudieran estar causando, el escritor Stephen Kinzer revela en su libro *The True Flag* un dato que pone la carne de gallina: «Para probar ante sí mismo el alcance de su malicia,

Theodore Roosevelt necesitaba dar muerte a un soldado enemigo, pero los únicos a los que podía divisar huían en la distancia. Providencialmente, mientras él y un ayudante de campo supervisaban los efectos de la batalla, dos soldados españoles saltaron de una trinchera, a unos diez metros de ellos, y comenzaron a dispararles ciegamente. Roosevelt llevaba al cinto un Colt del calibre 38 que su cuñado, oficial de la Marina, había rescatado del Maine. Lo elevó al tiempo que los dos españoles se giraron y salieron corriendo. El propio Roosevelt dejaría escrito: "Disparé dos veces, fallando con el primero y matando al segundo. Cayó doblado limpiamente, como una liebre". Años más tarde, Roosevelt se encargaría de rectificar y justificar por todos los medios que no había disparado al soldado español por la espalda, sino en el pecho izquierdo cuando este se giraba hacia él».

En otro punto de esta contienda, y terminada la batalla de la colina de San Juan, el reportero Creelman, conocido por convertirse con frecuencia en protagonista de las historias que narraba en la prensa, se empeñó en arrebatarles la bandera española a unos soldados que habían caído prisioneros. Así lo justificó en sus memorias: «Mi periódico ha provocado la guerra y lo justo es que se quede con la primera bandera capturada al enemigo en la batalla más gloriosa de esta contienda».

El impacto de una bala en el hombro le hizo caer de bruces sobre el terreno y le impidió llevar a cabo su hazaña. Se le nublaron los ojos y, al abrirlos, vio aproximarse al dueño de su periódico.

William Hearst había desembarcado en la isla para conocer al legendario general Calixto García, comandante de las Fuerzas Revolucionarias de las provincias del este. En agradecimiento por su valioso papel como promotor de la intervención estadounidense, García le había regalado al magnate una bandera cubana moteada por agujeros de bala españoles que pronto presidiría su despacho. El periódico relató aquel encuentro y citó a García afirmando que «en un mundo en el que las amistades no habían abundado, recordaría siempre al *Journal* como a un amigo».

El caso es que, el reportero Creelman, herido en el suelo, contó: «Al abrir mis ojos, vi al señor Hearst, propietario del *New York Journal*, con un sombrero de paja adornado con una cinta en la cabeza, un revolver al cinto y en sus manos un bloc de notas y un lápiz. El hombre que había provocado la guerra había venido a comprobar los resultados con sus propios ojos y, al encontrar a uno de sus corresponsales prostrados, retomó su trabajo él mismo. Le conté mi historia y me dijo: "Lamento mucho que estés herido, pero… (se iluminó su rostro con un radiante entusiasmo), ¿no ha sido una batalla estupenda? Tenemos que batir [en ventas] a todos los periódicos del planeta"».

Aquel día, el diario de Hearst vendió 1 600 000 ejemplares.

En vista del éxito, después de atisbar desde el Sylvia a un grupo de marinos españoles que habían conseguido ponerse a salvo en una playa, se acercó en una lancha vestido con el uniforme blanco de capitán y los hizo prisioneros. Algunos españoles se negaron a obedecer sus órdenes, pero veintinueve de ellos le siguieron sin ofrecer resistencia. La entrega de aquellos hombres al almirante del USS Saint Louis inundó los titulares de la prensa amarilla al día siguiente. El magnate había conseguido convertirse en un héroe de guerra. Nada más digno que apoyar al débil en la defensa de su causa.

El desconcierto, tanto de corresponsales como de soldados, se produciría al descubrir con franca sorpresa que la mayoría de los integrantes del ejército rebelde cubano eran negros. Aquella pinta no coincidía con las ilustraciones de fornidos hombres de raza blanca con las que su periódico había idealizado a los guerrilleros de Cuba. La realidad colmó a muchos lectores de decepciones. Estados Unidos no podía aceptar de vecino a un país gobernado por gente de raza inferior. Faltaría más. Washington echaba marcha atrás. A los independentistas cubanos, ni agua. Lo cuenta Ada Ferrer en su libro *Cuba. An American History:* «Cuando las tropas estadounidenses entraron en Santiago el 1 de julio, se prohibió la entrada a las tropas cubanas. Dos semanas más tarde, cuando oficiales de Estados

Unidos y de España se sentaron a negociar la rendición, el traductor tampoco era cubano sino uno de los Rough Riders de Nuevo México, el capitán Maximiliano Luna».

Izada en el cabildo de La Habana la bandera con trece barras y cuarenta y cinco estrellas (aún no se habían sumado a la Unión ni Wyoming, ni Idaho, ni Oklahoma, y los territorios de Alaska y Hawái no se consideraban estados) McKinley ordenó acuñar una medalla conmemorativa de la victoria que se conoció como la *Yanko Spanko* («el azote yanqui»). En el anverso aparecía el Tío Sam, ataviado con su característica chistera, propiciando una azotaina a un chico tumbado en su regazo con el trasero al aire. La leyenda del reverso decía: «Remember The Maine». Theodore Roosevelt, por su cuenta, se propuso a sí mismo para la Medalla de Honor (máxima condecoración militar de Estados Unidos) y publicó un libro que destacaba su heroica intervención, a dos dólares la copia, que se convirtió en un éxito de ventas. Y William Frederik Cody, Buffalo Bill, se recorrió 132 ciudades recreando en 341 actuaciones la batalla de las colinas de San Juan con la inestimable colaboración de dieciséis auténticos Rough Riders. La velada de arranque se produjo el 29 de marzo de 1899 en el Madison Square Garden.

A Theodore Roosevelt, relanzado como héroe nacional por su valeroso papel al frente de los Rudos Jinetes, McKinley le ofreció la vicepresidencia en la reelección de 1900. Ganaron. En el otoño de 1901, cuando el 25.º presidente, convencido de ser el más popular de toda la historia, tendía su mano al público en la feria universal de Búfalo, un joven se aproximó hasta él con un revolver de fabricación barata oculto bajo un pañuelo. A nadie le llamó la atención, puesto que, en aquella época, era normal que los caballeros echaran mano de un lienzo de algodón blanco para secarse las perlas de sudor de la frente. Los dos tiros en el pecho cogieron al presidente por sorpresa. Mientras se llevaban detenido al asesino, McKinley tomó asiento (aún no consciente de la gravedad de sus heridas) y le hizo una pregunta a su secretario, el señor Cortelyou: «¿Cómo es posible que alguien me odie?».

William McKinley, el presidente que se jactaba de haber colocado a América en el número uno del *ranking* mundial y que no podía concebir que nadie pudiera encontrar un motivo para quitarle la vida, moría a manos de un anarquista como había muerto en Mondragón, Guipúzcoa, meses antes de la declaración de guerra, el presidente del Gobierno de España Antonio Cánovas del Castillo.

Roosevelt le relevó en la Casa Blanca y mantuvo la ocupación militar de Cuba hasta mayo de 1902. El ejército estadounidense no se marcharía sin antes instaurar un gobernador de paja naturalizado estadounidense y, después de quedarse, por el morro (en concepto de *renting* y en pago a los servicios prestados), con el puerto natural más grande de todo el Caribe: una extensión de veintisiete kilómetros cuadrados en la provincia del Oriente que hoy aparece en Google Maps bajo la denominación de «Guantánamo Bay».

Guantanamera, guajira, guantanamera.

El Tratado de paz de París le dio la puntilla al Imperio hispánico, *requiescat in pace,* y la bienvenida al Imperio estadounidense, *Hello, Dolly*. A partir de Guantánamo, Theodore Roosevelt iniciaría la tradición de inaugurar bases militares en territorios ajenos. Marineros por el mundo. Con la Biblia en una mano y el fusil en la otra (fiel al dicho popular que mantiene que «quien reza y peca consigue empatar»), Theodore Roosevelt estaba dispuesto a defender a capa y espada la superioridad moral de la raza anglosajona. Que se hubieran quitado a un rey de encima no significaba que los estadounidenses no se identificaran con sus raíces inglesas. Comenzaba la segunda temporada de la doctrina Monroe (la tercera habría de esperar a Trump), que impulsó la creación de personajes tan siniestros como Sam, *the Banana Man* (Sam, el Hombre Plátano), el presidente de la United Fruit Company, un individuo que, con una llamada de teléfono, cambiaba gobiernos en Centroamérica y que, en 1960, cuando murió plácidamente en su residencia de Nueva Orleans, ostentaba el título del hombre más rico del mundo. Pero eso, ya, para otro libro si Dios quiere.

Milagro en *Barbieri Street*

El 8 de junio de 2018, Estados Unidos quedó sumido en una profunda melancolía. Al país le dejó a media asta la desaparición repentina del rostro que llegaba cada semana a millones de hogares como una ráfaga de aire fresco a través de la televisión: Anthony Bourdain, el cocinero viajero.

Anthony Bourdain era mucho más que un chef. Era un hombre que, según sus propias palabras, había cometido todos los errores necesarios para convertirse en un marginado y, contra todo pronóstico, había logrado alcanzar la cúspide del éxito. Así se presentaba él mismo en su programa de la CNN: «Buenas noches, soy Anthony Bourdain. Escribo, viajo, como… y estoy hambriento de más».

Anthony se manejaba ante la cámara de una forma tan desenfadada que consiguió sentar delante del televisor a la franja de individuos que tenían entre dieciocho y treinta y cuatro años y que normalmente no sabe ni para qué se usa ese aparato. Yo tuve la suerte de coincidir con Tony en Madrid. Corría el verano de 2010 y quedé en enseñarle el recién reformado Mercado de San Miguel. Ya te adelanto que alucinó en colores, aunque también es cierto que entonces el mercado era otra cosa más auténtica, mucho más parecida a un mercado de verdad. Su primera expresión de incredulidad se produjo al degustar una loncha fina de jamón ibérico de bellota. Aquella experiencia le pareció «pornográficamente deliciosa». Nada más sentir el regusto de tocino blanco en el paladar, se giró hacia la cámara y le recriminó a la actriz Gwyneth Paltrow el hecho de que, a pesar de haber vivido un año de

jovencita en Talavera de la Reina (razón por la que la que la Paltrow habla muy bien nuestro idioma) se hubiera vuelto vegetariana:

—Este es un mensaje para ti, Gwyneth Paltrow: ¿qué coño pasa contigo?

A continuación, le mandó otro recadito a Mario Batali, el chef italoamericano que creó el mercado de comida italiana Eataly en Nueva York. Batali había alcanzado fama en Estados Unidos gracias a un programa televisivo sobre gastronomía que había realizado, precisamente en España, llevándose de guía a su amiga Gwyneth.

—Mario, te quiero, pero… ¿cómo se te ocurre llevarte a España a la única puñetera persona que no puede comer jamón? —le espetó Bourdain.

Otro mordisquito, nueva expresión de placer y a la carga:

—¿Cómo es posible atravesar toda España en coche y no probar nunca el jamón, Gwyneth? Estoy convencido de que Dios está en contra de lo que habéis hecho.

Te pongo en antecedentes. Con la publicación de su *best seller Kitchen Confidential* (traducido al español como *Confesiones de un chef*), Tony había abierto por vez primera de par en par la puerta de la cocina de un restaurante (el suyo de cocina francesa en Nueva York, Les Halles), descubriéndole al mundo las intimidades de un escenario parecido al de la música en el sentido de que la noche, el sexo y las drogas se erigían también en él como los tres indiscutibles reyes del mambo. Con aquel libro y, con el programa de televisión que enseguida le sucedió, el chef había conseguido alcanzar una popularidad hasta entonces reservada solo a las estrellas del *rock and roll*.

Cuando yo lo conocí, hacía años que Bourdain se había recuperado de su adicción a la heroína, pero le seguía gustando vivir a tope y fumaba y bebía *gin-tonics* como si no hubiera un mañana. Quizás para poder espantar la timidez y la modestia que le desbordaban. Tenía un tipo de humor a prueba de bombas y, consciente del inmenso poder que la magnitud de su audiencia televisiva le proporcionaba, sabía que tenía margen para obrar algún

que otro milagro. Encantamientos como el que obró aquel inolvidable mes de julio de 2010 en el que, tras conseguir la selección española de fútbol ganar por vez primera un mundial, todo el país sintió la irrefrenable necesidad de echarse a la calle.

Sarah y yo habíamos vuelto con nuestros tres hijos para disfrutar de las vacaciones en casa. Nico, el mediano, nos había colado de regalo a cuatro amigos del cole (adolescentes de doce años) que no paraban de alucinar en nuestras rutas diarias de tapeo. Además, como en los colegios de Nueva York empezaba ya el *soccer* a destronar en popularidad al fútbol americano, los cuatro habían celebrado la indescriptible emoción provocada por el «¡goooool de Iniesta!» como si lo hubiesen marcado ellos mismos.

El histórico despliegue de banderas y el contagioso entusiasmo colectivo nos pilló en Madrid de lleno y no perdíamos ocasión de celebrarlo. Todo iba bien. La vida, como suele decir mi primo Joselu, el que vive con su simpática esposa Maxi en Connecticut, era «todo calidad». Hasta que una mañana, cuando terminamos de desayunar y nos disponíamos a dar un paseo por el centro (la mano ya en el pomo de la puerta), sonó de pronto el teléfono.

—Cachis. Perdonadme un minutín y nos vamos.

Era Lucy, una productora de Sudáfrica afincada en Barcelona, que llamaba para recordarme un pequeño favor.

—Dios, se me había olvidado.

Lucy me había contactado diez días antes para ver si le podía echar una mano con un chef estadounidense que iba a estar en Madrid filmando un programa para el canal Viajar, y yo le había dicho que sí, que sin problema. Ya ves tú la confianza que teníamos por aquel entonces los españoles de que nuestro equipo ganase un mundial.

—Pero, Lucy, es que me pillas de vacaciones… —intenté zafarme del compromiso—. Hago una llamada y te consigo a alguien que le enseñe al tipo ese el mercado.

Hecho, me dije, como Porky Pig: «Esto es to, esto es to, esto es todo amigos».

Extendí un pulgar hacia arriba para indicarles a mis hijos que nos marchábamos a la calle sin contratiempos y me dispuse a colgar, cuando, Lucy, con un hilo de voz, remató un comentario a Puerta Gayola que me pilló con los pies clavados en tierra: «No, amigo, tienes que ser tú. Ya le he dicho a Bourdain que vienes. Te va a encantar conocerle».

La productora tenía sus motivos. Sarah y yo éramos dos de los cuatro soñadores que a principios de 2003 nos propusimos evitar el cierre y la posible demolición del madrileño Mercado de San Miguel. La aventura (por no llamarlo odisea puesto que, hasta que se inauguró en 2009, apenas nadie daba un duro por el proyecto y estuvimos varias veces a punto de asfixiarnos) la iniciaron nuestros amigos Montserrat Valle, hábil empresaria que venía de montar eventos por el mundo, y su marido, Víctor Alarcón, magnífico arquitecto con experiencia y tradición familiar en la construcción de decorados, a cuyo padre, Enrique Alarcón, se le sigue considerando uno de los mejores directores artísticos de la historia del cine de España. Por resumir, Montse se había enterado de que existía un plan para derribar el mercado madrileño (una joya arquitectónica de cristal y hierro situada en pleno centro del barrio de los Austrias, pero por aquel entonces medio abandonada) para construir en su lugar un centro comercial. Aquella noticia nos llenó a los cuatro de tristeza. Montse decidió indagar algo más y, en el proceso, descubrió con sorpresa que San Miguel no era un mercado municipal, como habíamos dado por hecho, sino un local de propiedad privada.

—Me voy a comprar un puesto —nos soltó de golpe una mañana.

—¿Cómo?

—Por tocarle las narices a los que quieren derribar el mercado. Mi hermano Pedro se va a comprar otro. ¿Por qué no os compráis vosotros también uno?

Y, de este modo, a medio camino entre la revolución social del «no, no, no nos moverán» y la aventura, terminamos formando una sociedad que, poco a poco, a base de amigos, ahorros y préstamos, fue adquiriendo puesto a puesto todo el mercado. Les pudimos

ganar la partida a algunos peces inmobiliarios gordos (más bien enormes, diría yo), entre otras cosas porque, cuando estos se disponían a comprar, la propiedad estaba tan repartida (un puesto estaba subarrendado a un tipo que, a su vez, lo había subarrendado a otro que, a su vez…) que les resultaba imposible descubrir a quién le tenían que firmar el cheque. Nosotros nos armamos de paciencia para ir descubriendo y contactando a los propietarios (casi en una investigación detectivesca de novela de Sherlock Holmes) con el fin de hacerles una oferta. Influyó en el éxito la inestimable ayuda de un registrador de la propiedad que nos proporcionó las claves para descifrar el enigma y poder llegar a dar con todos y cada uno de ellos.

Por ahorrar detalles, seis años más tarde inauguramos San Miguel y su modelo de gestión (mercado y restauración al mismo tiempo) se convirtió en una solución de supervivencia a seguir para otros mercados en peligro de extinción. Luego, en el año 2000, tras conseguir que la Comunidad de Madrid lo declarase Bien de Interés Cultural y quedase protegido para siempre contra las demoliciones, pudimos cantar misión cumplida. Andando los años, cosas que pasan (como cantaba en una milonga José Larralde), los intereses de los socios derivaron más hacia el aumento de la caja que a la defensa de la idea con la que habíamos iniciado el proyecto; que era la de convertir a San Miguel en un templo del producto de temporada. Para cocineros y recetas nos pareció que ya había foros en abundancia; así que en San Miguel trataríamos de explicar al público o a los escolares que a él se acercasen por qué tradicionalmente se caza y consume el conejo en los meses fríos o de dónde viene una hogaza de pan, empezando por la necesaria siembra del cereal. También nos propusimos propiciar encuentros con agricultores, pescadores o paisanas como las que elaboran artesanalmente la torta de leche de oveja en El Casar (Cáceres) para acercar su realidad cotidiana a la gente. Pero como aquella idea no prosperó, nos salimos. A otra cosa, mariposa y que nos quiten los bailado.

Regreso a 2010 y a la llamada de Lucy. Entonces, como te digo, eran otros tiempos y, por ejemplo, la pescadería del mercado la surtían varias cofradías artesanales de Galicia que colaboraban con la Fundación Lonxanet para la Pesca Sostenible. El objetivo era llevar el pescado desde las aguas de Lira o Cedeira al consumidor madrileño sin pasar por intermediarios y promover así la pesca sostenible. El pescado lo cocinaba en el puesto de al lado la gente de Luis Lezama, el cura de El Alabardero. No veas cómo molaba.

—Anthony Bur… ¿qué?

Lucy me deletreó al teléfono su apellido sin conseguir impresionarme lo más mínimo, pues no había oído hablar de aquel tipo en mi vida, pero me di cuenta de que me había comprometido y tenía que ir.

—Está bien —terminé por rendirme.

—Gracias. No te vas a arrepentir —me aseguró la productora.

—Familia. —Me volví hacia los rostros que ya se mascullaban que nuestros planes de tapeo se habían ido al carajo—. Tengo que ver a un chef americano. Dos horitas. Os dais un garbeo por el centro y quedamos a la una en San Miguel. ¿Hace?

—*Deal*.

Me encontré a Bourdain esperándome a la entrada del mercado y conectamos enseguida. Su inagotable curiosidad encajó de maravilla con mi irresistible pasión por contar historias. Desde el primer minuto de rodaje, mientras recorríamos los puestos detrás de un tipo cámara al hombro que andaba marcha atrás como los cangrejos, el chef se volcó en agasajos hacia nuestra gastronomía: «Espectacular el marisco de Galicia, pornográficamente delicioso el jamón de Extremadura y excelentes los vinos de Rioja».

Minutos después, sentados en un par de taburetes altos, comprobamos que ambos compartíamos la excitación que provocaba el poder degustar un guiso en el mismo lugar en que te venden los ingredientes para confeccionarlo. Huevos fritos con foie, pulpo a la brasa y otras glorias benditas que Bourdain explicaba a sus espectadores de esta guisa: «Todo ocurre gracias a la innovadora

camada de exquisitos chefs que están convirtiendo España en foco de la atención mundial».

Terminado el rodaje, le comuniqué a Anthony que había quedado allí con mi familia para tomar unas cañas (de Mahou, claro) y le ofrecí apuntarse. Aceptó y, al acercarnos a la barra, noté cómo la mandíbula de Will Fox, uno de los amigos de Nico, caía hasta tocar el cemento del suelo. Entonces se hizo la luz y comprendí que, esa mañana de julio, además de haber tenido el privilegio de conocer a un tipo encantador, me hallaba en presencia de una celebridad mundial. Bourdain no le dio importancia. Nosotros tampoco dijimos nada. Bueno, excepto Will, que, muy emocionado, se sacó con Tony un selfi que hoy, dieciséis años más tarde, creo que aún lleva de salvapantallas en el móvil.

Un par de cañas más tarde, Anthony me preguntó si al día siguiente le podía acompañar a Casa Salvador, una taberna madrileña que Lucy también había reservado para filmar.

—¿Casa Salvador? —le respondí con aprobación—. Te va a entusiasmar. Salvador fue en los años 50 el lugar de encuentro entre los matadores de toros y las divas de Hollywood que filmaban películas en España.

Los ojos de Bourdain se iluminaron.

—¿Conoces al chef? —me preguntó, impaciente.

—¿Qué si conozco a Pepe Blázquez? —formulé una pregunta retórica mientras marcaba en mi móvil el número de ese gentil caballero a cuyo recuerdo, algunos años más tarde, rendiría tributo en una novela que titulé *Mi amigo invisible*.

—Pepe está feliz de poder conocerte —le confirmé a Bourdain nada más colgar el móvil.

Anthony Bourdain cayó rendido ante los encantos de Casa Salvador. Le encandiló el barrio de Chueca, la fachada de Barbieri 12, el perfil del jefe de sala fumándose altivo un Montecristo a sus puertas, las cabezas de toro atornilladas en sus muros interiores y la presencia de Pepe Blázquez con una olla de arroz con leche recién hecho entre las manos. Enseguida se sintió atrapado por los

romances escondidos tras los retratos en blanco y negro de Ava Gadner y Rita Haywoth y por la memoria enciclopédica de Pepe, que se puso a narrarle de corrido una faena del Cordobés que pretendía que yo le tradujese: «Muy lucido por bajo, ceñido al traje de luces y sin ayuda del estoque».

Pepe luego se puso a definir con arte y detalle las miradas embobadas de los comensales cuando entraba por derecho en el Salvador la actriz Lucía Bosé para encontrarse en secreto con el matador de toros Dominguín. La conversación fluía ante la cámara salpicada de una pirotecnia de sabores y de texturas que no paraban de salir de la cocina: el tradicional rabo de toro, los buñuelos de bacalao, la sardina escabechada… Al chef estadounidense se le saltaban las lágrimas de emoción: «Mmm. Delicioso. Inmejorable», exclamaba al borde del orgasmo Bourdain cada vez que degustaba un nuevo guiso.

Filmábamos en compañía de un generoso rioja Remelluri pero, cada vez que el realizador reclamaba tiempo muerto pronunciando un «cut!» (¡corten!), Tony posaba sobre el mantel su copa de Rioja Alavesa y se agachaba a recuperar el vaso largo de *gin-tonic* que le aguardaba oculto junto a la pata de la mesa. Entonces encendía también un cigarrito, pegaba un trago a la ginebra y continuábamos de forma animada la conversación mientras el equipo cambiaba de posición las luces o le retocaba el maquillaje.

En una de esas pausas llegó el momento más dramático de la velada. Fue cuando Pepe, con voz ahogada, nos anunció que sentía el excesivo peso de la edad y carecía de fuerzas para seguir tirando del carro.

—Casa Salvador va a tener que cerrar pronto sus puertas —me soltó forzando una mueca.

Traducida aquella premonición al inglés, Anthony no podía dar crédito.

—*Whaaaat?* ¡No, no, no! ¿Cómo es posible? —insistió con un visible deje de desesperación—. En Nueva York un local como este

tendría una cola de gente de tres kilómetros esperando para pillar mesa.

Pepe le respondió con un prolongado suspiro.

—Tenemos que salvarlo, como salvasteis el mercado —volvió a repetirme el americano delante de la cámara.

El tabernero de Baeza se pasaba la mano de un lado a otro por el macizo de pelo blanco que coronaba su cabeza, intentando descifrar los aspavientos de Bourdain en idioma extranjero. Yo me atreví a erigirme en su portavoz:

—Existe una línea muy fina entre lo antiguo y lo anticuado —le expliqué a Bourdain—. Casa Salvador se percibe ahora como algo pasado de moda y a los jóvenes no les mola comer aquí, pero, si Pepe pudiese aguantar cinco o diez años más en la cocina, entonces la taberna pasaría de ser vista como un sitio de viejos a convertirse en un local *vintage* que atraería poderosamente a las nuevas generaciones.

—¿No tienes hijos que puedan seguir el negocio? —se dirigió Anthony a Pepe en busca de soluciones.

—No —le contestó Blázquez.

O sea, hijos sí que tenía: concretamente cinco, pero ninguno de ellos había mostrado interés por continuar la tradición iniciada por su tío, el Salvador que le dio nombre al negocio en 1941.

—Pues tendremos que hacer algo, Pepe —masculló el americano por lo bajo al español justo antes de que el realizador volviera a gritar: «Rolling!».

El episodio decimoséptimo de la sexta temporada del programa *No Reservations* de Anthony Bourdain se emitió en el Canal Viajar de medio mundo el 13 de septiembre de 2010. Se titulaba «Madrid». Al llegar a las secuencias filmadas en la casa de comidas madrileña, Bourdain comenzaba su alocución con denotado entusiasmo: «Casa Salvador es el tipo de taberna que adoro. Detenida en el tiempo, confusa ante los acontecimientos que tienen lugar fuera de sus muros; en su interior, Salvador sigue confiando en aquello que sabe hacer bien y que lleva haciendo bien desde el principio».

Las imágenes captaban al chef neoyorquino departiendo con Pepe con ese genuino entusiasmo que embarga al niño que descubre por vez primera el mar.

—He estado en muchísimos lugares —confesaba Anthony a sus espectadores—. Por eso, nada más entrar en Salvador, supe que es ese tipo de restaurante en el que vas a comer de maravilla.

Tres meses después de aquella cena, de vuelta ya con mi familia en Rhinebeck y devueltos ya los cuatro adolescentes que nos acompañaron en la aventura veraniega a sus progenitores, recibí una inesperada llamada de un número desconocido con prefijo de España. Era el día de Navidad y a punto estábamos de sentarnos a la mesa.

—¿Ahora? Pero ¿quién carajo…?

Me tranquilizó reconocer el impecable timbre de narrador de documentales de La 2 que tenía mi amigo Pepe. El de Baeza no podía ocultar su excitación.

—¿Pasa algo? —le interrogué, preocupado.

—¿Qué si pasa algo? —me respondió con unos segundos de pausa que estuvieron a punto de darme un pellizco irreversible en el corazón—. ¡Que Casa Salvador no cierra, Guillermo!

Enseguida me contagió su tremenda alegría y quedé expectante por conocer cuáles eran los motivos que ocasionaban la primicia.

—Tu colega, el chef Antonio ese, ha obrado el milagro. No para de llamarnos gente que ha visto el reportaje. De todas partes del mundo nos están haciendo reservas; tenemos mesas pedidas para dos años. En vista de lo cual, mi hija Ángeles ha decidido hacerse cargo del restaurante. ¡Salvador está salvado!

El resto es historia. Casa Salvador tuvo la fortuna de recibir el dulce empujón que necesitan las casas de comida para alcanzar con gracia la mayoría de edad y pasar página. Gracias a ello, hoy sus fogones faenan a toda máquina y su nombre aparece como visita obligada en las guías de Madrid bajo el epígrafe de «Bullfighting Memorabilia».

Perdimos a Pepe Blázquez en 2014, pero su hija Ángeles se encargó de continuar fielmente su legado: «Recetas sencillas para comer bien, sin necesidad de cocinar complicado».

Cuando murió Bourdain, decidió rendirle un homenaje y, en la pared del piso de arriba, sobre la mesa que ocupara Anthony con su padre la noche de la filmación televisiva, mandó colgar la foto del encuentro que cambiaría el curso de la historia de la taberna. Yo me enteré hace apenas unos meses en una visita a Madrid. Bajaba dando un paseo por la calle San Marcos y me encontré con el jefe de sala de Salvador en la puerta del local. Nos saludamos. «¿No has visto la foto?», me dejó caer.

Como resultaba obvio que no sabía de qué diantres me hablaba, me invitó a subir a verla. Me emocioné doblemente. Primero al recordar a Pepe. Luego, por segunda vez al reconocer detrás de mí la voz de su hija: «Muchos americanos nos piden que la reserva sea precisamente en esta mesa. La han visto en la web y quieren vivir la experiencia en el Salvador en la misma silla en que se sentó un día su ídolo, Anthony Bourdain».

No me extraña. Ese tipo de gestos son los que consiguen que, ocasionalmente, todo un país llegue a añorar profundamente la pérdida de uno de los suyos. Anthony Bourdain era un tipo excepcional, y en Estados Unidos se echa sinceramente de menos a este comunicador irreverente. Por un lado, quizás porque ya no queda casi nadie que se atreva a decir a cámara lo que piensa con desparpajo y sin ánimo de ofender. Y, por otro, por la manera en que nos dejó. Tony se quitó la vida y, por estos lares, el personal no puede evitar preguntarse qué diantres estará pasando en los Estados Unidos de América para que la tasa de suicidio haya aumentado un treinta por ciento en los últimos años.

Komusta

Al amanecer del 20 de junio de 1898, cuando el almirante Henry Glass subió a bordo del cañonero USS Charleston en las costas de la isla de Guam, el gobernador español Juan Marina no era consciente de que Estados Unidos le hubiese declarado la guerra a España. La vida transcurría con una placidez cercana a la desidia en aquella isla volcánica de la micronesia, perdida en medio del océano Pacífico Occidental y habitada por cincuenta mil almas, que desde hacía más de doscientos años se había convertido en una parada esencial para el reavituallamiento de los galeones españoles que hacían la ruta Manila-Acapulco.

La entrada del acorazado estadounidense a la bahía de Apra le pilló al gobernador a diez kilómetros de distancia, en la capital, Agaña y, tan de sorpresa, que el único barco del que podría haber dispuesto para hacerle frente al envite americano era un bergantín japonés que se encontraba en aquel momento cargando cocos en el puerto. Los acontecimientos se habían precipitado con una rapidez inusitada. Nadie esperaba, ni siquiera el presidente William McKinley, que la disculpa del hundimiento del Maine para invadir Cuba fuera a servirle a Estados Unidos de comodín para apoderarse también de Puerto Rico, de Filipinas y de las islas Marianas, un pequeño archipiélago bautizado en 1668 por el misionero jesuita Diego Luis de San Vítores en honor a la reina Mariana de Austria, viuda del rey Felipe IV.

Debido a su posición estratégica, a medio camino de navegación entre el Japón y la China, Magallanes ya le había echado el ojo a Guam en 1521. El marinero y su tripulación anclaron en la bahía de

Utamac y remaron a tierra con ánimo de proveerse de agua y de víveres. A su regreso, se encontraron el barco desvalijado y a los piratas naturales de la isla, los chamorros, alejándose con el botín en canoas. Magallanes juró volver para someter a aquella gente a la Corona de Castilla y, con tal fin, anotó en el cuaderno de bitácora la posición exacta de la «Isla de los Ladrones». Sin embargo, la vida del portugués fue más corta de lo esperado y España se olvidó de aquello.

Hubo de pasar casi medio siglo hasta que el fraile agustino que desempeñaba el cargo de cosmógrafo a las órdenes de Legazpi, Andrés de Urdaneta, descubriera en 1565 la corriente de Kuroshio, una especie de cinta transportadora de maletas, pero en el mar y para navíos. Se trataba de un poderoso flujo que brotaba al norte de las Filipinas, arrastraba aguas tropicales ricas en calor y nutrientes a lo largo de la costa del Japón y aunaba fuerzas a las de la corriente fría del Pacífico Norte para desembocar conjuntamente, a miles de kilómetros de distancia, en las costas de California. El descubrimiento, celebrado con el nombre de «tornaviaje», supuso un hito en la historia de la navegación, al posibilitar el retorno a vela por el Pacífico que, hasta la fecha, resultaba extremadamente largo y casi siempre terminaba en naufragio. A partir de Urdaneta, a los barcos que zarpaban de Manila les bastaba con montarse un poco al norte en «el río negro» y dejarse arrastrar hasta Estados Unidos. Llegados a la alta California, solo tenían que seguir la costa hasta alcanzar el puerto de Acapulco. Acababa de establecerse la ruta comercial de la Nao de China, que cambiaría los hábitos alimentarios de todo el planeta.

La exposición «Sabores que cruzaron los océanos», comisariada en 2017 por el jefe de referencias del Archivo General de Indias, Antonio Sánchez Mora, ponía de manifiesto la revolución gastronómica generada por el trasiego de alimentos entre Europa, América y Asia transportados en los galeones. La carga navegaba desde Cádiz a Veracruz, se transportaba por tierra en recuas de mulas hasta Acapulco y, desde allí, en un segundo galeón era

conducida a Manila. De vuelta, se cargaban en Filipinas especias, porcelana y seda llegadas desde Borneo, Siam y la India. De Europa salieron el trigo, la cebada, la cebolla, los garbanzos, los ajos y las lentejas, y a Europa llegaron la patata, el pimiento y el tomate. Aquella ruta introdujo por vez primera, por ejemplo, el maíz americano en China y los cocos de Asia en el Caribe, donde, a excepción de los escasos ejemplares caídos al mar en Filipinas y ocasionalmente transportados por la corriente de Kuroshio, no se conocían. Las palmeras salvaron en México la producción de vinagre, imprescindible para alargar la vida de los alimentos cocinados, debido a que el poco vino que fueron capaces de elaborar allá los españoles lo usaban para las misas. Mejor les fue, en cualquier caso, que a los compatriotas que intentaron producir harina para elaborar ostias en Filipinas, que tardaron doscientos años en conseguir que agarrase el grano en la isla de Luzón.

El caso es que, sin galeones, no hubiesen llegado las limas provenientes del Asia a Perú (y, por tanto, no habría ceviche), y en los menús del día de España no figurarían ni la tortilla de patadas ni el gazpacho. Tampoco se hubiera hecho célebre el jamón de Puebla, México, donde un vecino de Cumbres Mayores, Huelva, desembarcó en el siglo XVI con una piara de animales exóticos a los que hacía llamar «cerdos».

En uno de aquellos viajes, los españoles volvieron a parar en Guam.

La primera relación sobre la Isla de los Ladrones y sus habitantes, los «indios» chamorros, se conserva reflejada en un lujoso códice manuscrito elaborado por encargo del obispo del sultanato de Malaca. Encuadernado en piel de carnero e ilustrado con acuarelas por un artista chino de la dinastía Ming, sus trescientas cinco hojas de papel de arroz detallan minuciosamente la población, costumbres, ejércitos y defensas de Filipinas, Borneo, Java, Siam, Molucas, Cochinchina y Japón. El destino final del códice, terminado de compilar en 1590, era deslumbrar a Felipe II el Prudente con las maravillas de Asia para favorecer su conquista y la posterior creación

de un virreinato en las Indias Orientales del Sur. Pero, al parecer, la enciclopedia del obispo nunca llegó a su destino, el Alcázar Real de Madrid. El códex se perdió por el camino y reapareció misteriosamente en la biblioteca de una universidad del estado de Indiana en 1947.

Sí, has leído bien: el documento más importante para entender las primeras exploraciones españolas por el sudeste asiático no se conserva en España sino en la *deep red* Indiana, el estado rabiosamente republicano del que fue gobernador Mike Pence, el vicepresidente al que Trump sugirió linchar durante el asalto al Congreso. Sarah y yo cruzamos el estado en la miniván camino de la boda de una sobrina en Chicago, pero, como aún ignoraba la existencia del códice, no nos desviamos a Bloomington para consultarlo. Dicen que lo compró un profesor de historia, el orientalista Charles R. Boxer, en una subasta en Londres. Ya ves tú qué cosas.

Echando la mirada atrás, en aquel viaje por Indiana mi pensamiento se concentraba en otros asuntos. Sobre todo, el de adelantar con la debida precaución a la ingente cantidad de autocaravanas que circulaban por sus carreteras, pues allí se fabrican el ochenta por ciento de los vehículos recreativos de Norteamérica. Pero también en recordar que, por culpa de los Indiana Pacers, consumir cerveza en el último cuarto de un partido de la NBA no iba a ser posible nunca más.

La historia me la había contado en San Antonio, Texas, un buen amigo: el comentarista deportivo John Vázquez. Íbamos camino del pabellón deportivo entonces denominado AT&T Center (ahora, Frost Bank Center) para disfrutar de un partido de los Spurs, el equipo local, cuando John me relató la pelea más notoria de la historia del *basket*.

Ocurrió en 2004 y el protagonista fue Ron Artest, jugador de referencia de los Indiana Pacers. «Estaba el ambiente caldeado y un hincha de los Detroit Pistons [el equipo contrario] le arrojó una botella a Artest, quien saltó a la grada, y sus compañeros Stephen

Jackson y Jermaine O'Neal le siguieron los pasos. Tras un breve intercambio de gritos y de empujones, se desencadenó una auténtica batalla campal. Ron Artest fue suspendido sin jugar ochenta y seis partidos; Jackson, treinta, y O'Neal, veinticinco. Los espectadores involucrados fueron expulsados de por vida del estadio».

Aquel incidente llevó a la NBA a redoblar la seguridad en los partidos y a prohibir la venta de alcohol en el último cuarto. Ahora ya sabes por qué en el tercero la gente se compra dos cervecitas en previsión. También dejó al descubierto la «mentalidad de plantación» que sigue vigente en un deporte jugado mayoritariamente por atletas negros, pero en el que los directivos, entrenadores y aficionados son mayoritariamente blancos. La organización de derechos civiles más influyente de Estados Unidos, la NAACP (Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color) no se cansa de denunciar que los gritos de «¡mono!» que reciben los jugadores afroamericanos y los ladridos de perro que tienen que escuchar las deportistas latinas se acepten como parte de la cultura deportiva. El hincha se cree con derecho a insultar a los jugadores porque, como estos cobran un pastón, llevan la penitencia incluida en el sueldo. Por supuesto, el anonimato de la grada ayuda. También el exceso de alcohol.

Cuando te excedes con la bebida, te desinhibes y te sale el racista que llevas dentro, aunque tú no lo quieras admitir, aunque defiendas a capa y espada que no eres racista porque te gustan las canciones de Beyoncé. Me lo explicó el *disc jockey* Winston Bayle cuando participaba en el rodaje del anuncio «Saca tu lado español» que filmé para promocionar el festival de cine español Recent Spanish Cinema de Miami. Winston, vestido de jugador de fútbol americano, pero con un abanico mediterráneo en la mano, me hizo esta reflexión: «Para muchos, ser racista significa llamar "mono" a un negro. Entonces, si tú no gritas eso, no lo eres. Pero se puede ser racista de un modo mucho más sutil. De hecho, la mayoría de los actos racistas, al igual que la acción de respirar, se realizan de modo

inconsciente. Por ejemplo: cruzando de acera cuando ves venir a un tipo más oscuro. No quitándole el ojo de encima cuando le ves entrar a tu tienda. No alquilándole un piso. Echando el pestillo al coche cuando pasa junto a ti por la acera. Llevándote la mano al bolso cuando entra en un ascensor. Pagándole cincuenta y nueve céntimos por cada dólar que pagarías a un blanco por realizar el mismo trabajo».

En el inconsciente colectivo aún planea el falso estereotipo de que los blancos van a la universidad a estudiar (y de paso, a practicar deportes), mientras que los negros van a jugar deportes (y de paso, a fingir que estudian). Es la misma línea argumental que mantiene que los negros destacan en los deportes de forma natural gracias a su extraordinaria complexión física, mientras que los blancos despuntan por su inteligencia, su severa disciplina y su encomiable esfuerzo. Un racismo que no conoce límites geográficos ni entiende de edades, sexos o idearios políticos.

De los hinchas de los Celtics de Boston (la ciudad liberal por antonomasia con su Harvard, su MIT, sus grandes orquestas filarmónicas, sus iglesias católicas y sus Kennedys), Lebrons James, el caballero de la NBA más grande de todos los tiempos, ofreció una definición que deja poco lugar a la duda: «They are as racists as fuck». Traducción literal y sin edulcorantes: «Son unos racistas de la hostia». Nada más que añadir, señoría.

En Estados Unidos, si no eres negro, seguramente nunca llegarás a saber que los blancos tienen una expectativa de vida de diez años más que los afroamericanos. El estrés cotidiano tiene gran parte de esa culpa. La ciudad de Boston no será racista en las discusiones de mantel, pero, si nos fijamos en la declaración de bienes patrimoniales, la fortuna personal media de un ciudadano con piel clara se estima en doscientos cincuenta mil dólares, y la de un bostoniano con piel oscura, en ocho. Cómo será la cosa que el alcalde de entonces, Marty Walsh, tuvo que declarar el racismo una «emergencia sanitaria» en 2020. Creó la Oficina de Equidad de Boston y transfirió millones de dólares del presupuesto de horas

extras del Departamento de Policía a programas para jóvenes y servicios de recuperación de estrés postraumático y salud mental. Una política que, con poco acierto, se popularizó con el eslogan «Defund the Police» (dejar de financiar a la Policía), pero que consiguió que las fuerzas del orden se dedicaran exclusivamente a hacer trabajos de Policía en lugar de perder su tiempo realizando labores de asistencia social para las que no estaban preparadas. En otras palabras, se dejó de responder a la crisis de los sintecho con detención y cárcel y se trabajó en la asistencia, la reinserción y, sobre todo, en la ayuda para acceder a una vivienda, que es, con mucho, la mayor causa de la epidemia de *homeless* que sufre hoy Estados Unidos.

En Estados Unidos, la historia de los deportistas afroamericanos y la lucha por los derechos civiles ha ido siempre de la mano. Aún retumban las palabras pronunciadas por el triple campeón mundial de los pesos pesados Muhammad Ali: «Cuando me veas boxear, piensa que no estoy allí solo para derrotar a mi oponente. Mi pelea tiene un objetivo. Necesito ganar para conseguir que la gente se interese en mí y escuche las cosas que tengo que contarles».

Kareem Abul Jabbar no quiso formar parte del equipo olímpico de baloncesto en México 68. Martin Luther King acababa de ser asesinado y la comunidad negra vivía entre la desesperanza y la ira. El propio Abul Jabbar reflexionaría sobre su decisión años más tarde: «Si bates un récord deportivo, al día siguiente el mundo no se habrá convertido en un lugar mejor, pero, cuando denuncias una injusticia desde tu posición de deportista de élite, consigues que, en algún rincón del planeta, empiece a mejorar ligeramente la vida de alguien».

El calendario deportivo estadounidense está repleto de ejemplos. En 1996, Mahmoud Abdul-Rauf, jugador de baloncesto de los Nuggets de Denver, se negó a ponerse en pie para escuchar el himno nacional al considerar que la bandera de Estados Unidos era «un símbolo de opresión». Las consecuencias no se hicieron esperar: gritos desde la grada de «¡vuelve a Turquía!» (a pesar de que él

nació en Gulfport, Misisipí), pintadas de esvásticas y amenazas de muerte en la pared de su casa y la presencia de dos aficionados interpretando con corneta y a todo volumen el himno estadounidense en la mezquita a la que acudía Abdul-Rauf a rezar. Para más inri, la NBA le suspendió, a un coste de treinta y un mil dólares por cada partido perdido. Al final, como los Nuggets no podían permitirse perder a su estrella, se llegó al acuerdo de que durante el himno permaneciese de pie, pero con los ojos cerrados.

Diez años más tarde, en 2016, Colin Kaepernick, zaguero del equipo de fútbol americano de los 49ers de San Francisco, clavó una rodilla en tierra mientras sonaba el himno en protesta por la brutalidad policial llevada a cabo de forma habitual contra ciudadanos negros desarmados. Le costó su carrera en la NFL.

En 2018, un fanático de los Utah Jazz llamó «boy» a Russell Westbrook, jugador de los Oklahoma City Thunders. Aquel término de «niño» con el que se referían a los esclavos en las plantaciones, seguido de la frase «arrodíllate como tú sabes», provocó una respuesta verbal de parte de Westbrook que le valió una multa de veinticinco mil dólares impuesta por la NBA por usar «lenguaje difamatorio». Al espectador se le prohibió la entrada al estadio de por vida. Por ello, desde 2021 es obligatorio emitir un mínimo de tres veces en el transcurso de cualquier partido un mensaje de advertencia por los altavoces: «Queda expresamente prohibido blasfemar, hacer comentarios racistas o en contra del colectivo gay o proferir amenazas contra los jugadores».

Una carrera lenta, la de la lucha contra el racismo y la violencia, que destaca con la rapidez con que se imponen otras medidas. Por ejemplo, no verás en ninguna cancha de baloncesto de Estados Unidos a un jugador con el número sesenta y nueve en la camiseta. Ese número ha sido descartado por la NBA debido a sus connotaciones sexuales. Cosas de un país fundado por puritanos. Con el Mayflower hemos topado, amigo Sancho.

Y, bueno, a propósito de barcos, vuelvo a la «Isla de los Ladrones. Perdonen las molestias causadas por la interrupción.

Conocí la existencia del Boxer Codex, el código que se conserva en la biblioteca Lilly de la universidad de Indiana, porque encontré un facsímil en una librería de viejo de Manila. Estaba junto a una réplica del Santo Niño de Cebú, el icono católico más adorado en las Filipinas, que llegó al archipiélago custodiado en una caja de madera por los agustinos que acompañaron a Miguel López de Legazpi en la expedición de 1565. La réplica, publicada en 2021 con motivo del 500 aniversario del primer encuentro entre españoles y filipinos, iniciaba sus relatos con un capítulo titulado «Relación de la Isla de los Ladrones». Se trataba de una descripción de la bahía de Apra escrita por un viajero anónimo de un galeón que, tras setenta días de navegación desde Acapulco, había echado el ancla en Guam para hacer aguada. Decía así:

«Este género de gentes que llaman ladrones habitan en unas islas que hay cuatrocientas leguas antes de llegar al cabo de Espíritu Santo, y que son las primeras que descubren los navíos que vienen a las Filipinas. Dicen de ellas una cosa bien extraña: que no existe ningún género de animal, ora sea nocivo o provechoso, ni tampoco ave o pájaro alguno. Los indios salen dos o tres leguas a la mar en unos navichuelos chicos y tan estrechos que no alcanzan dos palmos de ancho ni medio de alto. Tienen unos contrapesos de caña con que están seguros de no zozobrar, cosa que a ellos les importa bien poco porque son como peces y, si acaso se inundasen, el indio se arroja en el agua y la saca con medio coco que les sirve de escudilla.

»Aparecen tantos navichuelos en descubriendo navío de alto bordo, que no parece sino que cubren toda la mar o que es ella quien los brota. Traen muchos cocos y agua fresca muy buena, algunos pescados que cogen con anzuelo y algún arroz hecho a su modo y envuelto en hojas que arrojan al navío. Su venida es a rescatar hierro porque lo estiman en más que al oro, y de él se sirven en sus labranzas y eras. A cambio traen también algunas frutas que no conocíamos, como los plátanos.

»En llegando como a tiro de piedra, se levantan en pie y dan grandes voces diciendo "arre peque, arre peque", que dicen algunos

que quiere decir "amigos, amigos" y otros "quita allá el arcabuz". Cada uno muestra aquello que tiene y, en viendo hierro, se acercan y rescatan por él todo lo que traen amarrándose de un cabo de la popa. Del navío les arrojan abundancia de clavos viejos y aros partidos de pipas, y todo esto es muy de ver porque, en cogiendo la soga donde va atado el hierro, la cortan con los dientes como si fuese un rábano y atan a ella los cocos y lo que les pidan por señas. Y si les echan un pedazo de hierro a la mar, son tan grandes buzos y nadadores que antes de que llegue muy abajo, lo rescatan y se vuelven a su navío.

»Tienen pocas armas y usan arcos con puntas en las flechas de huesos de pescado. Usan honda que desembrazan con gran pujanza. Traen ceñidas unas talegas con picotas al propósito. Deseábamos saber si tenían algún conocimiento de las armas que usamos, y para eso tomé una espada desnuda y fingí que se la quería arrojar. Al punto que la vieron, dieron un alarido alzando grandes voces y era que todos querían que la arrojase, pero cada uno la quería particularmente. Para ello ofrecieron por señas toda el agua y frutas, pescado y más.

»No visten género de ropa ni otra cosa alguna, ni cubren parte ninguna de su cuerpo, sino como nacen andan. Son todos morenos. El cabello tienen muy largo, la boca muy grande y los labios aguzando los dientes como de perro y más. Los tienen con un barniz colorado que no se quita, que es para conservar la dentadura sin que jamás se caiga diente por viejo que sea. Su talle es mucho más grande que el nuestro, hombres muy bien hechos de todo el cuerpo y mejor las piernas, que esto es gracia general en ellos, los indios de esta tierra».

Esta última referencia a la escasa estatura de los caballeros andantes españoles (que rondaba el metro y cuarenta centímetros de promedio y cuya complexión debía de semejarse a la del villano Lord Farquaad de la película *Shreck*), es la misma que les había escuchado contar a algunos descendientes de los indígenas Seris en el desierto de Sonora, Arizona. Sus antepasados debieron de

parecerles gigantes a los conquistadores del año 1500 debido a que, gracias a la proteína aportada por la carne del bisonte, los adultos alcanzaban sin problemas el metro noventa. Imagínate. ¿Qué hicieron los castellanos ante tamaña afrenta? Echar mano del Photoshop.

Mucho antes de que se inventaran los ordenadores existían los pinceles, y con ellos también se podía retocar la realidad. Las galerías de los museos andan repletas de retratos de reyes con reducción de picota, duquesas con collares de perlas más gordas de lo razonable y damas con pechos abultados para favorecer sus escotes. Según el mencionado testimonio de los indios seris, los españoles invirtieron los tamaños en sus lienzos. Como por arte de magia, los europeos aparecían alargados (como adelantándose a las figuras de El Greco) y sus contrincantes, gordos y achicados (como adelantándose a las de Botero), pues ya se sabe que el conquistado no puede nunca ganar, ni siquiera en altura. Echemos un ojo a la descripción de Hernán Cortés que hizo su amigo el cronista Bernal Díaz del Castillo (Regidor de Guatemala) en la *Historia Verdadera de la conquista de Nueva España*: «Fue de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre; y, si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos, en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y rasas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados. Ni enano, ni cazcorvo, ni deforme».

Quizás solo mencionar, con respecto a la «buena estatura y cuerpo» de su compadre Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano, marqués del valle de Oaxaca, que apenas rozaba el metro cincuenta y ocho. O sea, muy por debajo de la altura media de los guerreros mexica a los que hubo de enfrentarse. Ahora, vaya usted a saber si el de Medellín seguía la fórmula que nos confesó el presidente José María Aznar en el estudio de radio de M-80 desde el

que transmitíamos el programa *Gomaespuma*: «Yo nunca me mido por las noches. Siempre me mido por las mañanas porque, después de haber estado tumbado en la cama, se estiran las vértebras y se gana algún que otro centímetro».

Volviendo a los chamorros de Guam, me viene a la memoria una anécdota leída recientemente en el blog de un valenciano por el mundo, apodado Carlos el Viajero, sobre su visita a la antigua *Plasa* de España. La cuenta así: «Una mujer chamorra me afirmó, y nunca se me olvidará, que "los chamorros antes éramos altos y grandes como los samoanos, pero que, como a los españoles no les gustó porque ellos eran pequeños y bajitos, exterminaron a toda la población alta. Por eso hoy en día somos bajitos". Ante tal simpleza deductiva —prosigue el autor del blog—, yo le respondí: "Quizás tenga usted razón, señora, pero ahora, además de bajitos, son gordos y mórbidos. Tenían buena alimentación de verdura y de pescado, pero, desde que son americanos, solo comen *cheeseburguers* y comida basura. De tal culpabilidad nos libramos los españoles».

Piques anecdóticos aparte, se puede entender que algunas gentes mantengan todavía un resentimiento hacia España en las Marianas después de que la resistencia chamorra a la colonización española terminara con una fuerte reducción de sus pobladores indígenas y casi con la eliminación de su idioma. Si damos por cierta la información publicada en el blog del mismo viajero valenciano, el idioma chamorro de hoy contiene un cuarenta y cinco por ciento de palabras castellanas. Proporción muy similar a la del español infiltrado en el idioma tagalo, como pude comprobar en mi visita a Filipinas en 2019. Me refiero al viaje que hice con mi hermano Javier a la isla de Mindanao para rodar la película *El monstruo invisible*. Una experiencia increíble.

La organización Acción Contra el Hambre se preguntaba cómo era posible que a esas alturas del siglo XXI la humanidad no hubiera sido capaz de exterminar el hambre en el mundo, cuando a alguien se le ocurrió introducir una nueva variante en la ecuación: «¿Y si resultara

que no hemos sabido explicar bien en qué consiste el problema y por eso la gente no sabe cómo aportar soluciones?».

Contactaron con Javier Fesser porque había dirigido en Senegal para UNICEF la película más bella que yo recuerdo haber visto: *Binta y la gran idea*. En aquella producción sobre la educación de las niñas en Senegal yo no tuve mucho que ver, más allá de ser hermano del director y llevarme de vez en cuando algún cumplido inmerecido de rebote. Bueno, también le felicitaban a Javier por mi campaña de anuncios para la lotería nacional, así que, tablas. Ahora, cuando nominaron a *Binta* para Oscar al mejor cortometraje tuve la suerte de acompañar al productor Luis Manso y a mi hermano a Los Ángeles para celebrarlo. Ganó, no la nuestra, sino el largometraje de Guillermo del Toro *El Laberinto del fauno*, que, como había sido rodado en Madrid, llevó allí a muchos profesionales que nosotros conocíamos, así que la celebración se dio de todas maneras. Gracias por acogernos, compis.

Luego, en 2015, vino el rodaje de *Bienvenidos* en los Andes peruanos, otra experiencia humana de la que no te olvidas. Se trataba de un rodaje para apoyar el proyecto «Luces para aprender» de la OEI (Organización de Estados Americanos). En esta segunda ocasión, Javier me pidió que le echase una mano con el guion, y viajamos juntos a Cajamarca. Salió una historia tierna y divertida sobre la infancia, internet y las escuelas rurales.

En 2019, Javier redobló su apuesta en generosidad y me ofreció codirigir el tercer cortometraje de su saga. Era una película cuyo destino, como las dos anteriores (y al margen de festivales) era su exhibición en las escuelas. *El monstruo invisible* (título que viene a definir al hambre crónica que ni se ve ni se nota, pero ciertamente se padece) nacía con la esperanza de que los y las estudiantes de primaria pudiesen acercarse con ojos nuevos al problema de la hambruna y diesen con soluciones que a nuestra generación no se les habían ocurrido. Un experimento que merecía la pena intentar.

Con tamaña filosofía en mente (un grano no hace granero, pero ayuda al compañero), Javier, Luis y yo nos presentamos una mañana

de primavera en el sudeste asiático. Concretamente, en el barrio de Papandayán de la ciudad de Marawi, situada en la isla de Mindanao que, a su vez, pertenece al archipiélago de Filipinas. Habíamos decidido rodar en un poblado de minúsculos palafitos. Una aldea formada por casitas de ración alzadas con zancos de madera sobre un inmenso océano de basura y de plásticos descoloridos. Bueno, para entendernos, lo que en todos los sitios se viene llamando «vertedero».

Llegamos al amanecer, alentados por el canto insistente del gallo que en muchos rincones de Filipinas sigue siendo el despertador de los pobres. En Papandayán, lo de «pon la alarma a las siete y media» todavía no ha cuajado, entre otras cosas, porque carecen de los dos agujeritos en la pared en los que enchufar el cargador del móvil. Nada más llegar, Jairo Iglesias, el intrépido gallego encargado de fotografiar la película, empezó a capturar en plano general a alguno de los posibles intérpretes. Armand Ciudad, el ingeniero de sonido, grabó al gallo cantor en previsión de que lo quisiéramos utilizar de referencia en alguna escena. Allí no se relajaba nadie. No teníamos presupuesto para actores. Ni para maquillaje. Ni para vestuario o decorados. Eso era un «aquí te pillo, aquí te mato». El memorándum era que el guion permanecía abierto las veinticuatro horas y que todo lo que tuviera una pinta mínimamente interesante se grababa. Después, con el material que hubiéramos conseguido, Javier y yo ya nos encargaríamos de hilvanar una historia. Así se lo expliqué al intérprete que necesitaba transmitir el motivo de nuestra presencia a los sorprendidos habitantes del poblado: «Hemos venido a filmar un testimonio que pueda ayudarles a ustedes a tener una vida más digna. Queremos decirle al mundo que ustedes existen, que son buena gente y que no se merecen vivir de este modo».

Después de aquella declaración de intenciones, las expresiones de desconfianza reflejadas en los rostros de algunas personas comenzaron a desdibujarse. Marina Betete, encargada de comunicación de Acción Contra el Hambre, se encargó de hacer las presentaciones de rigor a los líderes de la comunidad. Haber venido

de la mano de la organización que les ayudaba a alimentar a sus hijos fue sin duda para nosotros la mejor tarjeta de visita.

—*Kamusta* —nos dijeron en tagalo.

—*Kamusta* —respondimos nosotros en el idioma nacional de Filipinas.

¿No te resulta familiar la expresión? Si no entiendes a qué me refiero, no te preocupes, no te estoy retando a resolver un acertijo. Solo quiero que trates de acostumbrar el oído a un contexto que no te esperabas. Lo mejor es volver a leer el saludo más despacio: *Kamu… stá.*

No sé si estarás alucinando igual que hicimos nosotros al caer en la cuenta de que el saludo tradicional tagalo no es otra cosa que el castellano «¿cómo está?» de toda la vida solo que pasado por la fonética autóctona. Lo sorprendente es que, cuando les explicamos nuestra sorpresa, ellos se sorprendieron aún más. A los españoles no nos han contado nada de la historia de Filipinas (salvo que la perdimos en 1898), y a los filipinos no les han contado nada de nuestro paso por su historia (salvo que nos echaron los estadounidenses). Pero trescientos años no se borran con la misma facilidad con que se sustituyen los libros de texto en las aulas y, en cuanto rascas la superficie un poco, aflora el legado de aquella presencia por todas partes. Ahora, hasta que no metas en un cuarto a un filipino y a un español y los obligues a entenderse, ni el uno ni el otro saben que comparten casi la mitad de sus palabras.

Las risitas de un grupito de niñas me sacaron de mis pensamientos. El intérprete nos explicó que las pequeñas se preparaban, antes de ir al cole, para ir a recolectar botellas de plástico en una montaña de desperdicios que acababa de descargar un camión a un centenar de metros de donde nos encontrábamos. «Esta vecina —nos dijo señalando a una señora ciega que se acercaba hasta nosotros con la ayuda de un cayado— se ha comprometido a pagarles un peso por cada tres botellas que le traigan».

—*Kamusta*.

—¿Cómo está?

La vecina resultó ser una mujer a la que su marido había abandonado con un aspaviento y cinco tiernas criaturas a las que sacar adelante.

—Las botellitas que me traigan me encargo yo luego de lavarlas en algún charco. Las puedo vender por el triple. A peso la unidad. Es buen negocio —nos contó.

En la isla de Mindanao, la demanda de botellas de plástico es muy alta porque se usan para almacenar el aceite de coco con el que la gente cocina a diario. En las tiendas lo venden en garrafones que resultan demasiado grandes e incómodos para manejarlos en las modestas cocinas de las casas. Los comerciantes compran botellas recicladas de la basura para poder dispensarlo en pequeñas cantidades a sus clientes.

—Adelante. Pasen, pasen —nos invitó otra vecina a conocer su casa.

Antes de entrar nos descalzamos porque aquella era la costumbre… de los privilegiados como nosotros que tuviesen la fortuna de tener zapatos. La mujer nos cedió el paso y entró la última de todos. Me llamó poderosamente la atención que lo hiciera de espaldas. Minutos más tarde, al despedirnos, me di cuenta de la maniobra que había hecho. Llevaba chanclas, como la mayoría de los habitantes del *barangai* (que es la palabra que usan para decir barrio), y entraba a casa del revés para dejarlas apuntando -hacia la salida. Así, cuando le tocase marcharse, se las calzaba sobre la marcha y sin esfuerzo. Plis, plas. Ideas en acción.

La vivienda de la señora, como la de la mayoría de los habitantes del basurero, consistía en una estancia que hacía las veces de cocina, comedor, dormitorio y cuarto de estar. En una esquina se desperezó un chavalín tumbado en el suelo y se puso a gritarle: «¡Pruta! ¡Pruta!».

Yo, como venía ya escamado del *kamusta*, entreví oculto en castellano el peor de los insultos a una progenitora y no pude por menos que dirigirle una miradita de reproche al churumbel. Pues

nada, el niño pasó de mí como de la cagarruta de un perro, me dedicó una sonrisita malévola y siguió a lo suyo, embistiendo impertinente contra su madre: «¡Pruta, pruta, pruta!».

Me acordé de todas mis amigas maestras. Estos niños de hoy en día… Entonces, sin inmutarse lo más mínimo por los insultos del hijo, la señora cortó con destreza de samurái una rodaja de una piña que colgaba con un cordel del techo y se la entregó al chaval. Fue mano de santo. Dos mordisquitos y el hijo pródigo procedió a enmudecer de inmediato. O sea, que lo que quería el chaval era fruta. Vaya, vaya. Yo me había *colao*. A ver si iban a tener razón los *haters* que me ponían de tonto para arriba en Twitter.

Intenté disculpar mi comportamiento hostil ante el chaval forzando una sonrisa, pero el niño decidió pasar de mí todavía más que antes. Me sentí culpable, la verdad, e intenté poner tierra de por medio marcándome un Albert Hammond, es decir, echándole a otro la culpa de lo que pasase y cubriéndome yo la espalda con su dolor. Al fin y al cabo, la culpa del equívoco tampoco había sido del todo mía, sino que la tenían Miguel de Cervantes, santa Teresa de Jesús, Garcilaso de la Vega y todos esos. Y es que la gramática española que exportamos a Filipinas fue la que estaba vigente en el siglo XVI, cuando Legazpi desembarcó en Cebú. En ese momento, el sonido efe en español se escribía todavía con una pe y una hache. Del mismo modo que escribe el cantante Raphael su nombre y exactamente igual que escribía el suyo nuestro rey Phelipe V, el monarca que cedió graciosamente su nombre al archipiélago de las Philippinas. Y por eso ahora pasa lo que pasa.

A partir del descubrimiento de aquella mañana (a la que me referiré a partir de ahora como «el día de la iluminación») no pude parar de asombrarme cada vez que descubría en medio de alguna frase ininteligible para mí en tagalo, un vocablo o una expresión de mi tierra. Me pasó, por poner un ejemplo, cuando escuché «lecheka» y vi que me señalaban una lechuga, al identificar «perra» cuando alguien me solicitaba dinero, «pan de regla» al describirme un bollo relleno con mermelada roja. O cuando un tipo se me acercó

con un cigarrillo en los labios y me chasqueó los dedos para preguntarme, en ese idioma internacional de los gestos que entendemos todos, si tenía a mano un mechero. Negué con la cabeza, pero, como en Asia la negación de cabeza que usamos en occidente significa asentimiento, se me quedó mirando en modo espera y me dijo: «paincender».

Me quedé a cuadros. Resulta que «pa incender» es cómo se dice mechero en tagalo. Pero espérate, que el roscón contiene más habas: los cuentos chinos, al menos en la isla de Mindanao, son «cuento barbero»; las gentes que van a la iglesia adoran a la «birhen» y, cuando alguien se regocija de la mala suerte de un convecino, lo ponen en conocimiento público con un simple «kesijoda».

Lo que son las cosas: tuve que viajar a Filipinas para intentar entender lo que debería sentir una persona del mundo árabe que viniera a visitar hoy España, pues alucinaría en Al-Andalus del mismo modo que aluciné yo en el archipiélago Philippino. Para un tipo de Siria (puesto que fuimos provincia del califato de Damasco) ha de resultar muy fuerte descubrir que, quinientos y pico años más tarde, siguen estando al alcance de su vista multitud de detalles que ponen en evidencia que un día su gente formó parte del paisaje cotidiano. ¿Qué sentirá al admirar la mezquita de Córdoba o la Giralda de Sevilla? ¿Qué pensará un inmigrante marroquí al comer «turrón», al pagar el «alquiler» o al ponerse a currar de «albañil»? ¿Cómo no experimentar nostalgia siendo árabe al contemplar las plantaciones de arroz de la albufera valenciana, al escuchar el murmullo del agua en las acequias de Granada o al visitar en Madrid la catedral de la Al Mudayna? Porque, ya puestos a preguntar: ¿cuánto tiempo ha de permanecer el invasor en un sitio para que se le considere habitante? ¿Los ochocientos años de los árabes en la península ibérica no resultan suficientes? Los ingleses llevan de invasores en Estados Unidos solo la mitad (419 desde que establecieran la primera colonia en Jamestown, en 1607) y, sin embargo, todo el mundo da por hecho que aquel territorio les pertenece.

Me pregunto cómo cambiaría la narrativa racista contra los inmigrantes marroquíes que viven hoy en España si pudiéramos entender que, en realidad, no están sino regresando a casa. Quiero pensar que conocer el pasado, a veces, algunas veces, muchas veces, más de cuatro veces, podría ayudarnos a mejorar nuestro futuro en el presente. Ojalá (*law šá lláh*), que, por cierto, en el árabe que originó la expresión significa «si Dios quiere».

Te cuento esto para que puedas entender cómo me sentía yo en 2019 en las Filipinas. No necesitaba aguzar demasiado el ingenio para toparme de continuo con hallazgos que venían a resultarme tremendamente familiares. Primero con palabras y expresiones como las mencionadas anteriormente; luego, con diseños de arquitectura similares a los nuestros y, a continuación, con algunos hábitos de vida. Y, siempre siempre, para terminar con la mayor de las sorpresas: la de que absolutamente nadie en aquel lugar asociara ya nada de aquel legado español con la gente que hasta 1898 lo protagonizara.

Muchos filipinos se sorprenderían hoy al descubrir que algunas de las *prutas* más típicas de su gastronomía, como la guaba o la piña, llegaron por vez primera a Manila en el siglo XVI a bordo de la mencionada Nao de China que previamente paraba dos días y una noche en la isla de Guam para hacer aguada con los chamorros. Una visita al mercado de Illigan City me enseñó que su *singkama*» (una raíz comestible, crujiente y ligeramente dulce) no era otra cosa que la jícama, tan valorada por los indígenas americanos debido a su alto contenido en vitamina C, agua y fibra. El *sili* que ofrecían los mercaderes en sus puestos era el chile de México, ya fuera poblano, chipotle, o bien el pimiento morrón conocido como «de campana» por su afición a picar al entrar y a repicar al salir.

Siguiendo con las hortalizas, el *sayote* filipino no era sino el camote, que es como siguen llamando muchos habitantes de México, Ecuador o Perú a su batata. Y, por último, la *sibuya*, ese bulbo esferoidal que provoca el llanto desconsolado cuando lo pelas, no era sino una corrupción sonora de la cebolla, traída directamente

en su momento de los campos de España. Imbuido en tales consideraciones históricas me hallaba el día de la iluminación en Papandayán cuando, de pronto, un bocinazo me hizo pegar tal respingo que casi me tumba al suelo y aplasto al angelito de la *pruta*.

—¿Qué pasa? —le pregunté al intérprete.

—¡El camión, que ya está aquí!

Me asomé a la calle. El poblado entero se había puesto en alerta roja. Salimos apresuradamente y en fila india de la casa. La totalidad del equipo de filmación estábamos dando saltitos a la pata coja para calzarnos de nuevo las botas de coronel Tapioca, y la buena señora que nos había dejado entrar en su casa se enfundó sus chanclas sobre la marcha a toda velocidad. Plis-plas.

Jairo fue el primero que echó a correr cámara en mano. Los demás le seguimos dando tumbos entre el barro con los cordones a medio abrochar. Al llegar a un cortado del terreno avistamos desde arriba al camión amarillo que se aproximaba marcha atrás por aquella suerte de desfiladero. Camino del centro del vertedero, se abría paso a bocinazos para espantar al enjambre de chiquillos que le rodeaban. Criaturas cuya mayoría, sin levantar tres palmos del suelo, caminaban también del revés frente al rugido amenazante del motor. El conductor, con la mitad del torso salido por la ventanilla, se las veía y se las deseaba para evitar llevarse a alguno por delante. De todos los rincones que te puedas imaginar (¿alguien intuye cuántas posibilidades de escondite puede albergar un basurero?) iban surgiendo Garbancitas y Pulgarcitos que esprintaban hacia el camión con un saco vacío agarrado por sus delicados dedos.

Poco a poco fuimos descendiendo por el cortado con una velocidad que se me antojó de cámara lenta por la cantidad de fotogramas que nos tocó absorber. El camión avanzaba despacio, marcha atrás, y rebosante de basura. Por aquel entonces, en Illigan, como en los años sesenta de la España en que crecí, no se estilaban las bolsas de basura, sino que los desperdicios formaban un montículo de un par de metros por encima de las paredes del

volquete y, en cada bache, se desprendían por los laterales dejando un reguero de podredumbre a su paso. En una lucha constante por mantenerse en pie, cuatro zagales practicaban un equilibrio que parecía imposible en la cima de aquella montaña de inmundicia, como cuatro pastores oficiales de aquel ganado salvaje de deshechos. Con anterioridad, en cada parada que el camión había efectuado en la ciudad, a ellos les había tocado saltar al asfalto, agarrar los pesados cubos y lanzárselos al compañero que permanecía arriba para vaciarlo y volverlo a arrojar de vuelta a la calle. Salta, lanza y sube. Sube, baja y lanza. Así en más de un centenar de ocasiones antes de llegar al estercolero de Papandayán. A nadie se le ocurriría abrir aquí un gimnasio.

En cuanto el camión echó el freno, los minúsculos cazatesoros pararon en seco y contuvieron la respiración. Entonces, el volquete comenzó a elevarse hasta ponerse vertical. La manada de infantes (entre cinco y once años) abrieron sus sacos dispuestos a rapiñar. Encima del camión, los basureros se aferraban a las paredes metálicas para no salir expulsados por efecto de la gravedad como les ocurrió a los pasajeros del Titanic justo antes del hundimiento. Los desperdicios empezaron a brotar en cascada. Todo tipo de objetos fueron posándose a los pies de los recogedores hasta formar un cúmulo de inmundicia que casi los entierra. Un último bocinazo y el camión avanzó un poco más marcha atrás. A esa señal, y con un grito más alegre que de guerra, la chiquillada se lanzó al ataque sin pensárselo dos veces.

Unos iban directamente a por cartón. Otros, solo a por pajitas de plástico. Una niña diminuta de pelo más rizado que el estropajo se concentraba en recolectar jeringuillas usadas. Cuando, entre los restos, aparecieron unos huesos de pollo, un grupo de chiquillos hambrientos se dedicaron a chuparlos con fruición. Alguien encontró un plátano marrón espachurrado y se lo metió inmediatamente en el bolsillo. Otro chaval enrolló un libro para esconderlo en la caña de la bota de agua que llevaba y que le venía, como poco, seis números grande. Esa misma mañana, el chaval me confesaría orgulloso que

rellenaba las puntas con bolsas de plástico estrujadas para que no se le saliesen y se le quedasen atrapadas en aquellas arenas movedizas formadas por basura, barro y mierda.

El camión terminó de recular y, tras dos sacudidas bruscas del remolque, aterrizó en el suelo una mezcolanza compuesta por restos orgánicos procedentes de algún hospital cercano, cascotes de construcción y una maraña de ropa vieja. Pasado el primer momento de auténtico *shock*, por fin nos adentramos a filmar entre los niños. Jairo con la cámara, Armand con la pértiga de sonido y Javier y yo señalándoles hacia donde apuntar sus utensilios de trabajo. La pestilencia era insoportable. Nos resultó imposible evitar las arcadas, y al rato decidimos salir de allí para no montar el numerito. Marina y Luis nos facilitaron unas mascarillas. Nos las colocamos y volvimos a la carga. Apenas treinta segundos más tarde, y muertos de vergüenza, nos despojamos todos de ellas. ¿Cómo podíamos presentarnos con protección al lado de unos niños que zarandeaban la mugre a pecho descubierto y, en la mayoría de los casos, también andaban descalzos?

Decidimos entregarles nuestras mascarillas a los peques, pero las miraron extrañados sin saber muy bien qué hacer con ellas. Una niña se la puso de gorro, como la kipá de los judíos. Un chavalín, lo comprobaríamos un par de días más tarde, la utilizaría para adornar la cola de su cometa. El resto se la llevó al bolsillo, por si acaso, mientras seguía revolviendo la basura metódicamente con los dedos en busca de los objetos codiciados: papel, latas, botellas de plástico… Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que, entre aquella maraña de sentimientos encontrados, destacaba una sonrisa. Una sonrisa limpia, inocente, grandiosa. Era la de Aminodín, un chaval de nueve años que guardaba chatarra en su saco. Cada vez que conseguía llenarlo, se lo cargaba a hombros y corría por el cortado arriba hasta alcanzar la choza, donde un adulto se dedicaba a pesar los tesoros descubiertos en una balanza y a pagar a los niños en consecuencia. Bueno, niños; en realidad, señoras y señores bajitos, porque en el *barangai* de Papandayán, como en cualquier

barrio del planeta en el que abunde la enfermedad crónica de la pobreza, a los humanos no les queda más remedio que hacerse adultos a velocidad extrema.

Efectuada la entrega y carcomido por la duda razonable de si el chatarrero le habría pagado de menos (por culpa de no haber podido aprender a echar cuentas), Aminodín volvió a descender colina abajo, con los brazos extendidos como un aeroplano, haciendo eses y blandiendo al aire el saco vacío en plan bandera de viento. Corre que te corre hasta llegar de nuevo a situarse en primera línea de fuego. Ríete tú del frente de Gandesa. Con nueve años y hundido en la maraña de excrementos sin una queja. A eso lo llamo yo ser valiente. Vuelta a empezar. Venga a rellenar el saco de chatarra. De pronto, se coscó de que le estábamos observando y se giró de medio lado (más con la mirada que con el rostro, a lo Antonio Banderas) y nos dedicó una amplia sonrisa con sus paletas de conejo. Javier y yo nos miramos. No hacía falta decir nada: acabábamos de encontrar al protagonista de nuestra película.

Luis Manso dictó un descanso y cada uno decidimos de forma espontánea retirarnos a una esquina solitaria a digerir nuestros sentimientos. No hay onomatopeya que valga para definir la explotación infantil. Yo ascendí un poco la loma y, nada más apartar con la mano unas cañas para abrirme paso en lo que parecía un sendero, los contrastes con que está tricotada esta vida quiso que, a escasa distancia del vertedero, desprendiese todo su esplendor la visión del lago Lanao. Azul esmeralda, plácido, inmenso. Una bandada de garzas blancas arrancó a volar en estampida al percibir mi presencia. Las observé alejarse hasta que cada una de ellas terminó convertida en dos rayitas semicirculares dibujadas en la pizarra del firmamento. Como los pajaritos que pintábamos en clase de párvulos. Por cierto: ¿qué habrá sido de la señorita Ana?

Al final, si te paras a pensarlo, la existencia consiste en una retahíla de preguntas. O, si lo prefieres a la inversa, en una búsqueda incesante de respuestas. Vivimos rodeados de incógnitas, y la lucha por descifrarlas es lo que nos mantiene con el ánimo en

vilo. Me refiero a incertidumbres como las que debieron de apesadumbrar al almirante estadounidense Henry Glass al amanecer del 20 de junio de 1898 en la bahía de Apra (dos mil quinientos kilómetros al este del estercolero en que yo me hallaba). Imagínate llegar con los cañones del USS Charleston cargados y listos para abrir fuego contra las guarniciones españolas de la isla de Guam y encontrarte el puerto de San Luis sumido en una pachorra cercana al aburrimiento y con un solo barco que cargaba plácidamente cocos en su bodega.

—*Buenas* días —debieron de gritarle desde la cubierta en idioma chamorro.

Pero Glass, veterano condecorado por su intervención en el ejército a las órdenes de Abraham Lincoln, tenía órdenes que cumplir.

—*No good morning*.

Nada de «buenas» días. El alto mando le había ordenado la rendición de la plaza gobernada por Juan Marina y, en obediencia del código militar jurado en 1863 en la academia naval de Annapolis, mandó orientar los cañones del Charleston hacia el fuerte de Santa Cruz. Se trataba de un castillo viejo, a punto de desmoronarse por falta de mantenimiento, que había sido levantado a la entrada del puerto.

La consigna no se hizo esperar.

«¡Fuego!».

Tres cañones. Tres minutos. Treinta obuses disparados. No solo ninguno de ellos obtuvo respuesta del enemigo, sino que tampoco pudo Glass apreciar daños de mayor consideración en la fortaleza española. Posiblemente, de nuevo, las ventajas de los muros de piedra «ostionera», que absorbían los impactos como esponjas. Hubo de transcurrir otro minuto, largo y silencioso, hasta que Glass divisó en su catalejo de latón movimientos en la playa. Alzó la diestra para detener cualquier ansia de combate que pudiera surgir entre sus cañoneros y se limitó a observar la escena. Cuatro individuos se habían subido a una barca y remaban hacia ellos.

El primero, como descubriría bien pronto el invasor, era el nativo chamorro José Bernardo Palomo y Torres, cura católico educado en Filipinas que manejaba con fluidez seis idiomas y que ha pasado a la historia en algunos manuales con el nombre más abreviado de padre Torres Palomo o, simplemente, José Paloma. El segundo era el doctor Romero, un cirujano naval; el tercero, el teniente Francisco Gutiérrez, capitán del puerto y, el último de los cuatro, un comerciante estadounidense de nombre Francisco Protusach. El hombre de negocios, el médico y el militar remaban mientras el clérigo blandía con entusiasmo la bandera de España. Los cuatro venían a darle la bienvenida al almirante americano.

Nada más subir a bordo y siguiendo el protocolo militar, el doctor Romero preguntó si había algún enfermo que necesitase asistencia médica y ofreció sus servicios al capitán del navío estadounidense. A continuación, habló Gutiérrez para pedir disculpas por no haber podido corresponder debidamente a las salvas de saludo lanzadas desde el barco americano. Por lo visto, según se excusó el capitán del puerto, en el arsenal de Piti no les quedaba ya pólvora ni para disparar un cañonazo. No obstante, según se encargó de asegurar en un inglés fluido el padre Palomo, otro capitán español, Pedro Duarte se apresuraba ya hacia la capital, Agaña, con el fin de comunicarle al gobernador Juan Marina la llegada del USS Charleston y de solicitarle su inmediata presencia para poder llevar a cabo el protocolo de recibimiento que a tan ilustre visitante le correspondía.

Fue entonces cuando Henry Glass, *rear admiral in the United States Navy*, todavía algo perplejo, les informó a los cuatro que quedaban detenidos.

El monstruo invisible

El 21 de junio de 1898, al día siguiente de la llegada de Henry Glass a la Perla del Pacífico, el gobernador español de la isla de Guaján (el nombre lo abreviarían a Guam poco después los angloparlantes) capituló ante la superioridad naval de Estados Unidos. Para entonces, al vapor acorazado Charlestón se le habían unido ya otros tres buques de guerra: el Ciudad de Sídney, el Australia y el Ciudad de Pekín, sumando un total de 2386 soldados (la mayoría de ellos voluntarios alistados para la contienda) y 115 oficiales.

Bajo el sol abrasador del verano, en la arena de la playa de Punta Piti, el gobernador Juan Marina ofreció su rendición incondicional al almirante estadounidense. Todo, menos un derramamiento inútil de sangre: «Sin defensas de ninguna clase, ni elementos que oponer con probabilidad de éxito a los que usted trae, me veo en la triste precisión de rendirme, bien que protestando por el acto de fuerza que conmigo verifica y forma en que se ha hecho, pues no tengo conocimiento de mi Gobierno de haberse declarado la guerra entre las dos naciones».

El puñado de militares encargados de proteger aquel remoto enclave (reducido a cuatro oficiales y cincuenta y cuatro regulares del ejército de España) formaron por última vez de espaldas al mar. Tras verse obligados a entregar las armas, Marina y sus hombres recibieron la orden de subir a un sampán (una de esas barcas con fondo plano y cubiertas por un toldo que se ven en las películas) y fueron conducidos en calidad de prisioneros de guerra a las bodegas del acorazado Sídney. Allí permanecerían hasta ser desembarcados en Manila y entregados en custodia a los rebeldes filipinos. Meses

más tarde, una vez firmado el Tratado de paz de París, serían liberados.

Glass ordenó arriar la bandera rojigualda e izar la de Estados Unidos en el fuerte Santa Cruz. Un batallón de voluntarios provenientes de Oregón (un estado boscoso aún poco desarrollado en el que los inmigrantes sobrevivían a base de cortar madera) fue el encargado de formar y de saludar en tierra mientras que, en las cubiertas de los buques, las bandas de música interpretaron el himno nacional. Al almirante del USS Charleston ya solo le quedaban por cumplir dos órdenes del alto mando.

La primera decía así: «Destruya todas las fortificaciones españolas».

Glass tomó la determinación de hacer caso omiso. El visible deterioro de los puestos militares hacía innecesario su bombardeo. Además, el teniente García le había informado de que los cañones se encontraban en un estado de oxidación tan deplorable que su simple utilización para el disparo podría provocar un desgraciado accidente. Mejor ahorrar la munición para la campaña de Manila.

Así que pasó a ejecutar la segunda: «Si encuentra carbón en la isla, dejo a su discreción la decisión de tomarlo o destruirlo».

Glass decidió quedárselo. Con la inestimable colaboración del comerciante Potusach que, al ser ciudadano estadounidense no dudó en pasarse sin grandes remordimientos al bando enemigo, cargó la totalidad del carbón almacenado en Guaján en las bodegas de los tres navíos. En agradecimiento, Potusach fue nombrado gobernador provisional de las Marianas y Glass puso rumbo a Manila para asistir al comodoro Dewey en el bloqueo del puerto.

—¿A Manila? —interpeló incrédulo el ya exgobernador Juan Marina, que había confiado en la aseveración del primer ministro Práxedes Mateo Sagasta de que la guerra con Estados Unidos se centraría en Cuba y solamente en Cuba.

—*Yes, to Manila* —le confirmó Henry Glass.

Marina se llevó las manos a la cabeza y fue entonces cuando el oficial norteamericano informó a Marina de que, el 1 de mayo de

1898, tan solo un mes antes, España había perdido la Batalla de Cavite, en la bahía de Manila.

¿Cómo podía haber ocurrido aquello? El exsecretario de la marina estadounidense, Theodore Roosevelt, tenía la respuesta.

Como ya hemos señalado, Roosevelt había encontrado en el trágico hundimiento del acorazado Maine la excusa perfecta para arrebatarle a España sus territorios de ultramar y convertir a Estados Unidos en un imperio. Pero, para su desesperación, tanto el ministro de la Marina, John D. Long, como el presidente McKinley (a quien Theodore acusaba de «tener menos agallas que un cuerno de chocolate») estaban en contra de entrar en guerra. Así que Roosevelt decidió jugárselo todo a una baza y, a escondidas, contactó en Hong Kong con el almirante Dewey.

En febrero de 1898, George Dewey, comodoro al mando del escuadrón del Pacífico (una flotilla compuesta por seis buques de guerra) estaba a punto de cumplir sesenta años y anhelaba una contienda que le permitiese jubilarse con gloria. Ser marino y no pelear se le antojaba peor que ser cura y no dar misa. Por ello, Dewey vio el cielo abierto cuando el día 28 de aquel mes recibió un cable de Teddy Roosevelt desde el Ministerio de la Marina en el que se le ordenaba prepararse para un «previsible ataque a Manila». Se trataba, según explicaba el entonces secretario, de «un acto de venganza a la sucia traición española». Aunque, nada más ser informado al día siguiente, el ministro Long le había bajado los humos a Roosevelt, lo cierto es que la flota de Hong Kong ya estaba alertada y Dewey había comenzado unas maniobras de entrenamiento que durarían dos meses en espera del supuesto ataque.

El 26 de abril, cuando llegó la confirmación oficial de la ansiada orden, el comodoro estaba más que preparado. Esta vez, el despacho de Washington sí llevaba estampada la firma de Long, quien le informaba además de que la flota del Atlántico había comenzado el bloqueo a la isla de Cuba: «Ha estallado la guerra entre Estados Unidos y España. Diríjase de inmediato a las Islas

Filipinas. Abra fuego contra la flota española. Debe capturar o destruir sus barcos. Haga uso de la máxima fuerza».

Para entonces, el emigrante húngaro Joseph Pulitzer había tomado sus precauciones. Esta vez no pensaba quedarse por detrás de su pupilo Hearst, el niño mimado californiano a quien el veterano director había enseñado el oficio cuando, a petición de su padre, lo admitió de aprendiz entre 1885 y 1886. Acababan de expulsar al pijo de Harvard y Pulitzer accedió a las rogativas del millonario para que le enseñase a su hijo los secretos del periodismo sensacionalista que había inventado. Dieciséis años más joven que él, William Randolph había destacado en el campus de Cambridge, Massachusetts, principalmente por su falta de respeto hacia los profesores (a quienes solía enviar orinales de plata con su nombre grabado), por su escaso interés por los estudios y por sus excentricidades, como tener un cocodrilo de nombre Charlie Champagne en su dormitorio. La suma de todo ello había llevado al claustro de Harvard a tomar la dolorosa decisión de quitarse de encima a un potencial donante millonario de por vida justo un año antes de la fecha marcada para su graduación.

Su desconsolado padre, George Hearst (un empresario que tras hacer fortuna con la minería y el ganado se convirtió en senador a base de talonario), decidió donarle al hijo pródigo el periódico que había adquirido para promocionar su campaña electoral: *The San Francisco Examiner*. La única condición impuesta fue que, antes de tomar posesión de la redacción, William debía aprender el oficio en Nueva York. Hearst hijo asintió, trabajó en *The World* a las órdenes de Pulitzer y luego aplicó los métodos aprendidos en aquella redacción a la publicación heredada de Hearst padre. Al poco tiempo, las cifras de ventas del *Examiner* comenzaron a aumentar en decenas de miles. La salida a venta de la cabecera del *Journal* en la ciudad de los rascacielos le llevaría a decir adiós a California y a empezar a competir mano a mano en los quioscos con su mentor.

Lo primero que hizo Hearst al desembarcar en Manhattan fue una oferta irrechazable a Morrill Goddard, editor de la revista dominical

del *World*, para que abandonase a Pulitzer y pusiera en marcha el *Journal*. Cuando Goddard le informó que prefería seguir trabajando en el *World* porque se encontraba muy a gusto con su equipo, Hearst le repuso que no tenía inconveniente en contratarlos a todos. Así que, al igual que, en 2011, la redacción de deportes de la Cadena SER se pasó en bloque a la Cope, en 1898 los del *World* cruzaron de acera para formar parte de la plantilla del *Journal*. Pulitzer se la tuvo jurada desde entonces.

El olfato de Morrill Goddard para detectar historias que encandilaran a los lectores, combinado con la desvergüenza de Hearst (para quien cualquier argucia valía con tal de vender periódicos) consiguieron arrebatarle al editor húngaro el liderazgo de la prensa neoyorquina, justo en el momento en que el periodismo sensacionalista ideado por él vivía sus momentos más dulces. Si damos por válidos los datos reflejados por Charles H. Brown en su ensayo *The Correspondents' War* (La guerra de los corresponsales), en la primavera de 1898 la mitad de los periódicos publicados en las principales ciudades de Estados Unidos (Chicago, Filadelfia, Boston, Cleveland, Nueva Orleans, San Francisco, Los Ángeles, Nueva York…) eran ya prensa amarillista. Al público estadounidense de finales de siglo le encantaba leer, y su principal fuente de lectura eran las noticias noveladas. Solo en Nueva York, con una población estimada de 2 800 000 almas, se vendían dos millones de periódicos todos los días.

Consciente de que las primicias sobre la guerra iban a determinar el liderazgo de las tiradas, en cuanto Pulitzer recibió el soplo de que el comodoro Dewey se preparaba para zarpar hacia Filipinas contrató a un renombrado corresponsal del *Chicago Tribune*, Edwin W. Harden, y se las arregló para subirlo a bordo de la flota en Hong Kong. En el último minuto. Solo otros dos gacetilleros consiguieron alcanzar el mismo propósito: el periodista Joseph Stickney, del *New York Herald,* y el ilustrador John McCutcheon del *Chicago Record*. Ningún reportero de Hearst logró llegar a tiempo. Por fin, Joseph Pulitzer iba a adelantarse a su abominable contrincante.

Yes!

El 30 de abril llegaron los primeros cables informando que la flota de Estados Unidos iba a alcanzar Manila al día siguiente. Pulitzer sopesó sus cartas.

Tenía posibilidad de esperar a recibir la crónica de Harden y publicar el fehaciente relato de un testigo, o podía ganarle la mano a Hearst adelantando a sus lectores el predecible desarrollo de los acontecimientos. Si el escuadrón del Pacífico había realizado maniobras de guerra en aguas de China y se había trasladado con los cañones cargados hasta Manila, no debía de ser precisamente con intenciones de recoger un cargamento de piñas. Resultaba obvio que iba a producirse una batalla naval en Cavite, y nada impedía que el *World* lo contase.

Al día siguiente, el de 1 de mayo de 1898, no hubo en la prensa de Nueva York ningún titular dedicado al Día Internacional del Trabajo. Curiosamente, esa fecha recordada con marchas, protestas y actos culturales en medio mundo no se conmemoraba (ni se conmemora tampoco hoy) en Estados Unidos. A los mártires obreros de Chicago, represaliados y ejecutados en 1886 por declararse en huelga a favor de una jornada laboral de ocho horas, se los considera comunistas en su propia tierra, y no hay por tanto celebraciones en su honor. En lugar del 1 de mayo, los estadounidenses celebran *Labor Day* el primer lunes del mes de septiembre que, en lugar de reivindicar las mejoras laborales conseguidas por los sindicatos, agradece a los patronos el hecho de proporcionar empleo a sus trabajadores. Por tal motivo, el domingo 1 de mayo de 1898 la guerra con España lideró los titulares. Pulitzer se llevó aquel día el gato de las ventas al agua con una exclusiva (inventada) basada en un testigo (inexistente) de la insurgencia filipina que (faltaría más) había solicitado permanecer en el anonimato: «El escuadrón de Estados Unidos bloquea el puerto de Manila y captura cuatro barcos españoles, pero no encuentra buques de guerra. Los barcos españoles se esconden en lugar de dar la cara. (Informa el Comité Insurgente en Hong Kong)».

Al estallido de alegría que se extendió como la pólvora en Estados Unidos tras la lectura de aquella inventada noticia le sucedieron en todos los diarios una amalgama de comunicados confusos, y algunas veces incluso contradictorios, que el ministro de la Marina John D. Long no pudo nunca llegar a verificar. Por ejemplo, esa misma madrugada se habían perdido las comunicaciones con Filipinas porque alguien había dado orden de sabotear el cable submarino que unía Manila a Hong Kong, y desde la Casa Blanca no tenían ni idea del motivo.

En la mañana del lunes 2 de mayo, el *New York Tribune,* «citando fuentes de Madrid», aseguró en su primera edición que el escuadrón estadounidense se había presentado en la bahía de Manila a las cinco de la madrugada del domingo y había conseguido disparar multitud de cañonazos: «Aunque Dewey ha conseguido infligir algún daño, después de sufrir graves pérdidas ha tenido que huir en retirada. Tras producirse un segundo enfrentamiento, la Armada estadounidense ha sufrido aún mayores destrozos».

Tan solo una hora después, el mismo *Tribune* lanzó a la calle una segunda edición, corregida y enmendada, en la que afirmaba exactamente lo contrario: «El ministro de la Guerra de España, teniente general Correa, acaba de reconocer severas pérdidas en su Armada».

Para confundirlo todo aún más, hubo una tercera en la que regresaban las malas noticias para los estadounidenses. El corresponsal en Madrid fue el encargado de dar la voz de alarma: «Celebraciones y vítores entre los oficiales de España al haber sido informados por el almirante Bermejo, ministro de la Marina española, de que el comodoro George Dewey ha rendido su flota ante Montojo en Las Filipinas».

Eran las diez de la noche en Washington, y McKinley se paseaba desesperado por los pasillos de la Casa Blanca. Apenas dos horas más tarde, le sacaron de la cama: la información volvía a dar un vuelco, esta vez en favor de los americanos. En otra edición especial, el *Tribune* había corroborado la primera versión ficticia publicada por

el *World*. William McKinley respiró aliviado. «El almirante Patricio Montojo y Pasarón, comandante de la escuadra naval española en Filipinas, obligado a traspasar su pabellón desde el crucero Reina María Cristina al buque Isla de Cuba. El buque insignia español ha resultado diezmado en un incendio. Se intuye una abrumadora victoria estadounidense», narraba el periódico.

El presidente fue informado por su gabinete de que sus embajadas en Madrid, Londres y Lisboa también apuntaban a una exitosa campaña de la flota americana, pero ni McKinley ni ninguna fuente fiable en Estados Unidos o Europa tenía aún idea clara y concisa de lo que en realidad había acontecido en la bahía de Cavite.

—¿Qué pasa con el despacho del *Commodore* Dewey? —preguntó el presidente con impaciencia.

El ministro Long volvió a recordar a McKinley que habían perdido la conexión con Manila y que no les quedaba otra que morderse las uñas, es decir, que lo suyo era esperar a que el propio Dewey o alguno de sus capitanes de navío arribasen a la colonia inglesa en China y les hiciera llegar el parte de guerra.

—¿A qué distancia queda eso? —preguntó el presidente de Estados Unidos que acababa de enterarse apenas hacía un mes de la existencia de Filipinas.

—A dos días de navegación, señor.

El martes 3, el *New York Herald* publicó un despacho que aseguraba que había sido enviado desde Hong Kong por su corresponsal: «Manila. 1 de mayo. 6:20 p. m. El escuadrón del comodoro Dewey ha destruido por completo la flota española en la bahía. Tres buques del almirante Montojo ardieron en llamas. Uno resultó hundido. El resto de los barcos españoles rindieron horas de combate ante los cañones americanos».

McKinley volvió a morderse las uñas. ¿A qué estaba esperando el maldito Dewey para mandar el cable? Más nervioso aún, si cabe, se hallaba en su mansión de Nueva York el director del *New York World*. A primeros de mayo de 1898, como los jóvenes de hoy, Pulitzer trabajaba ya en control remoto desde casa. El motivo que le

había apartado de la redacción había sido una pérdida de visión acuciante. Así lo relata Charles H. Brown en su libro: «En 1898, tras recibir el consejo de tomarse unas vacaciones que le alejasen temporalmente de sus ocupaciones, Joseph Pulitzer inició una vuelta alrededor del mundo. Un día, en Constantinopla, mientras su yate abandonaba el puerto, se volvió hacia su secretario y le hizo el siguiente comentario: "Hay que ver lo pronto que ha anochecido hoy". "Todavía es de día, señor", fue la respuesta del subordinado».

A la ceguera pronto habría de sumarse una afección nerviosa que le volvió intolerante a cualquier ruido. El simple rasgueo de una pluma deslizando su entintada punta sobre el papel bastaba para sacarle al editor de quicio. Incapaz de renunciar al trabajo, Pulitzer no tuvo más remedio que dirigir el periódico a distancia. Mandó insonorizar el despacho de su casa en la calle 55 y desde allí cursaba órdenes y recibía notificaciones a golpe de teléfono. En aquel despacho se encontraba la noche del sábado 7 de mayo, impaciente y sonámbulo, sin poder entender por qué diantres, pasada una semana, no terminaba de llegar ningún cable del corresponsal que él había embutido en la flota de Dewey. Llamó al periódico. La edición de la mañana acaba de ser impresa y no incluía la crónica de Manila. Pulitzer se fue a la cama. ¿Dónde se habría metido Edwin W. Harden?

Al día siguiente, domingo 8 de mayo de 1898, se resolvería el enigma, aunque no de la manera en que el magnate de la prensa habría deseado. La exclusiva de Harden, perfectamente reconocible por el peculiar estilo de redacción del célebre reportero, apareció sin firma en la primera página del *Chicago Tribune,* un diario de la competencia. A Joseph Pulitzer casi le da un infarto. La crónica decía así: «¡Declaraciones de Dewey!: Ni un solo americano muerto. Solo seis americanos heridos. Once barcos españoles hundidos. Trescientos españoles muertos. Cuatrocientos españoles heridos».

La noticia de la clamorosa victoria estadounidense no consiguió apaciguar la amargura que despertó en Pulitzer el hecho de que aquella exclusiva no hubiera sido publicada en su diario neoyorquino.

¿Cómo era posible que el *Chicago Tribune* se hubiese adelantado al *New York World*? ¿Le habría traicionado Harden saltándose en el último minuto su acuerdo y vendiéndole la crónica a un diario de su ciudad natal? Aquella sanguijuela tendría que vérselas con él. Pero, de todas maneras, había algo en aquella ecuación que no le cuadraba. Podría entender que Edwin W. Harden debiera su fidelidad al *Chicago Herald*, pero nunca al *Chicago Tribune*. Esos dos diarios de Illinois vivían en pura competencia y sus periodistas solían hacerse de todo menos favores. No le faltaba razón: una llamada a la redacción del *World* le bastó para enterarse de que al *Tribune* solo le había beneficiado un inesperado golpe de mala suerte.

Terminado el bombardeo por sorpresa en Cavite, Dewey mandó un mensaje al almirante Montojo diciéndole que respetaría el cable submarino de comunicaciones si le permitía utilizarlo para enviar un mensaje a Washington. Ante la negativa del español, el comodoro ordenó cortarlo y Filipinas perdió automáticamente el contacto con Hong Kong y, de rebote, con el resto del planeta. Con el sabotaje, los tres corresponsales que estaban a bordo del buque insignia USS Olympia, Stickney, McCutcheon y Harden, vieron con desesperación cómo se esfumaba la única vía posible para enviar sus crónicas. Ninguno de ellos se lo podía creer.

Durante cuatro días, Dewey hizo caso omiso a las desesperadas rogativas de los periodistas para que les enviase a bordo de algún navío hacia Hong Kong. De nada sirvieron sus argumentaciones de que el pueblo estadounidense tenía derecho a conocer el resultado de aquel acontecimiento histórico sin precedentes. Para su desgracia, en lugar de prestarles atención, el viejo marino se dedicó a organizar sin prisas el bloqueo naval al puerto de Manila. No fue hasta cinco días más tarde, al mediodía del jueves 5 de mayo, que recibieron por fin luz verde. Así lo relata Brown: «Dewey ordenó al guardacostas McCulloch partir hacia Hong Kong con sus despachos oficiales. El viaje de 650 millas náuticas no fue apacible para ninguno de los tres corresponsales, pues cada uno de ellos vigilaba a los otros dos de forma sospechosa y se preguntaba cómo podría

ganarles en su carrera al telégrafo para ser el primero en mandar la crónica de la victoria. El resultado fue una de las mayores cagadas en la historia de las primicias de guerra. La primera crónica real enviada por un auténtico corresponsal desde Manila apareció en el *Chicago Tribune*, un periódico que no había mandado a ningún corresponsal».

Los tres reporteros se habían comprometido con George Dewey a que los primeros cables que se enviarían desde Hong Kong serían los de la Marina. Una vez cursados sus despachos, a Dewey el orden de envío de las crónicas se la traía al pairo y dijo que debían de echarlo a suerte entre ellos. Se lo jugaron a una carrera en la borda del Olympia, y el vencedor resultó ser Stickney. Harden alcanzó la improvisada meta en segundo lugar y McCutcheon quedó tercero. Sin embargo, a pesar de no salir con ventaja en la pole, el astuto Edwin W. Harden se guardaba un as en la manga.

Cuando terminaron de enviar los mensajes de Dewey desde la oficina de telégrafos de Hong Kong, Harden y McCutcheon dejaron con resignación que Joseph Stickney enviara su crónica en primer lugar. El corresponsal del *New York Herald*, con una sonrisa pícara en sus labios, dictó en voz baja su exclusiva y pagó el reducido precio de la transmisión de boletines de prensa: sesenta céntimos por palabra. Empezó a saborear la gloria: una subida de sueldo y, ¿quién sabe?, quizás hasta la dirección de algún diario del grupo.

A continuación, y cuidándose mucho de que sus compañeros no notaran la maniobra, Harden dictó también su relato de la batalla naval bajando mucho la voz, pero, en lugar de pagar el precio ordinario, le solicitó al operario que cursara el envío como «urgente» sin importarle abonar a tocateja el coste extraordinario de nueve dólares con noventa centavos por palabra. Ahora la sonrisa brillaba en los labios de Harden, consciente de que su boletín iba a llegar antes que ningún otro.

McCutcheon creyó coscarse de lo que había hecho Harden y trató de emularlo, pero no fue lo suficientemente hábil. Le pidió al telegrafista que cursase su crónica al precio regular (el mismo que

había pagado la Marina para mandar el mensaje de Dewey) de un dólar y ochenta centavos por palabra, pensando que con ello igualaría a su contrincante, pero sin darse cuenta de que Harden había solicitado un carísimo envío de urgencia. Como resultado, la exclusiva de Harden llegó a la redacción del *World* en Nueva York a las 4:40 de la madrugada del sábado 7, por delante de sus dos competidores y cinco horas antes de que se recibiese el mensaje oficial de Dewey en la Casa Blanca. Pulitzer acababa de colgar el teléfono y de meterse en la cama.

«El mensaje de Harden llegó justo después de que se hubiese imprimido la última edición del periódico y cuando en el edificio solo quedaban unos pocos periodistas de guardia matando el tiempo en una partida de póker. Entre los jugadores estaba un tal Murphy, corresponsal en Nueva York del *Chicago Tribune*. Sonó el teléfono y respondió Murphy. Era la oficina de telégrafos, que le leyó el mensaje urgente que había puesto Harden en Hong Kong», narra Brown.

Como la primicia llegaba tarde para publicarse en la edición de la mañana del *World*, que acababa de salir en los camiones de reparto, Murphy tomó la iniciativa de pasársela a su periódico. El cambio de horario con Chicago le beneficiaba y le permitía llegar a tiempo a la impresión del *Tribune*. Al fin y al cabo, sopesó Murphy, estaba en su derecho de hacerlo, ya que su diario estaba suscrito al servicio de cable que Pulitzer ofrecía a otros diarios.

En los días consecutivos, los hechos irían desmadejándose. Lo primero que quedaba claro era que, para sorpresa del gobierno de Sagasta, la Marina estadounidense había considerado al escuadrón español de Manila como la peor de sus amenazas. «¿Qué será lo siguiente?», se preguntaba el consejo de ministros en Madrid. «¿Guinea? ¿Las Canarias? ¿La propia península?».

Antes de que se hubiera cumplido una semana desde la declaración oficial de guerra, y siguiendo el plan orquestado por el exsecretario de la Marina estadounidense Theodore Roosevelt, seis acorazados de la US Navy habían abierto fuego sin previo aviso en la

bahía de Cavite. Ocurrió a las 5:37 de la mañana del primero de mayo de 1898. Nada más despuntar los primeros rayos del sol en el horizonte, el comodoro George Dewey colocó a su flota en formación de combate y cursó a Charles Vernon Gridley, el capitán de su buque insignia, el Olympia, una orden que ha quedado inmortalizada en la memoria colectiva de Estados Unidos: «Puede usted abrir fuego en cuanto esté listo, Gridley».

El ataque inesperado al escuadrón del Pacífico liderado por el contraalmirante Patricio Montojo y Pasarón, considerado un marino de gran habilidad y experiencia, resultó devastador para la Armada española. No fue por falta de determinación y arrojo del bravo almirante que se perdieron los barcos, sino por la desidia en que había caído la clase política española. Si tan solo unas décimas más de visión hubieran empujado las decisiones parlamentarias de Madrid más allá de lo inmediato, en lugar de con una diezmada flota en Filipinas España podría haber contado con el ingenio naval que había causado la profunda admiración de todos los ejércitos del mundo el 8 de septiembre de 1888.

El torpedero diseñado por el teniente de navío español Isaac Peral, construido y botado en el Arsenal de la Carraca de San Fernando, Cádiz, era el primer submarino con propulsión eléctrica. Podía sumergirse hasta los treinta metros y tenía una autonomía de 130 millas en superficie. Se alimentaba por una batería de más de 600 acumuladores que movían dos motores de 30 CV cada uno, e iba equipado en la proa con un tubo lanzatorpedos que disparaba con inusitada precisión; todo un hito tecnológico para la época. Pero las escasas miras de unos mediocres representantes del pueblo (que tenían garantizado su acceso al poder gracias a la alternancia de partidos con el sistema de elecciones amañadas impuesto por Cánovas) lo enterraron para siempre en una sala del museo naval de Cartagena. Allí continua.

Pronto se confirmó que las bombas lanzadas por los cañones del escuadrón de Dewey habían incendiado todos los buques de Montojo. Tres barcos de la Armada española desaparecieron bajo el

agua y el resto quedaron para el arrastre. El escuadrón de Estados Unidos, por el contrario, no sufrió apenas rasguños. Solo seis heridos y una única baja, la de un marine que perdió la vida en cubierta por causa de un desafortunado infarto.

Mientras Pulitzer sopesaba cómo reaccionar ante el robo de su primicia, el *Journal* de Hearst se apuntó a reescribir la crónica publicada por el *Tribune* y llegó a los quioscos titulando a toda página: «¡VICTORIA! ¡TOTAL! ¡GLORIOSA! La razón está de nuestra parte y Dios está de parte de la razón».

El *Journal* volvió a batir su propio récord de ventas alcanzando la cifra de un millón seiscientos mil ejemplares. George Dewey fue inmediatamente ascendido de comodoro a almirante y, de la noche a la mañana, se convirtió en el héroe más grande en la historia de Estados Unidos. El escuadrón del Pacífico había conquistado Filipinas para los estadounidenses, pero… ¡un momento! ¿Dónde diantres quedaba ese archipiélago?

Cuando un periodista le formuló la pregunta a William McKinley en la Casa Blanca, el presidente tuvo que salir al paso con una respuesta vaga: «En algún lugar lejano al otro lado del globo».

Más tarde, en privado, McKinley confesaría que cuando recibió el despacho de Dewey comunicándole su victoria «no tenía ni idea de donde situar esas endemoniadas islas en el mapa». El presidente tampoco había tenido tiempo de considerar qué diantre iba a hacer con ellas. Theodore Roosevelt no tardaría mucho en convencerle de que adoptara con Manila la decisión del pomelo: *po* me lo quedo.

A algunos de estos acontecimientos, aunque sin tantos detalles que entonces desconocía, les daba yo vueltas en la cabeza durante el descanso del rodaje de *El monstruo invisible*. Me creas o no, yo también había tenido que buscar, como McKinley, dónde colocar al archipiélago en el mapa. Mindanao, hasta hacía apenas unas semanas, para mí era solo el nombre de un hotel de lujo en Madrid. Así que hube de concentrarme en Google Maps y, tras hacer pinza con los dedos para agrandar las Filipinas, di con la isla.

Verás. La grande de arriba es Luzón, que es donde queda Manila, la capital. Pues esa no. En medio aparecen un grupo de islas más pequeñas, las Bisayas. Pues esas, tampoco. Mindanao es la isla gorda que remata el país por abajo; tierra de moros, según el citado Boxer Códex del siglo XVI: «Se les vino a poner el nombre de "moros" que tienen a causa de que venían a esta isla los naturales del sultanato de Borney, a tratar y contratar, y estos de Borney son moros como los de la Berbería y guardan la secta de Mahoma, de la cual empezaban a enseñar a los de las Philippinas el retajarse y no comer carne de puerco, y otras cosillas».

Hasta el instante marcado por la parada en la filmación, mi día en el basurero de Papandayán había transcurrido en toma única, a una velocidad constante y sin interrupciones, como la acción del protagonista en un plano secuencia. Una hilera de sensaciones que había arrancado poco después del amanecer con mi vista fijada en un impecable cielo azul cuajado de nubes blancas. A sus bordes asomaban, para después volver a desaparecer tímidamente, unas humildes cometas confeccionadas con bolsas de plástico y cañas de bambú. Por el hilo de una de ellas fui descendiendo la mirada para descubrir ante mí un horizonte lejano de colinas verdes tupidas de palmeras y deslumbrante follaje.

—Bienvenido a Parque Jurásico —me dije.

Hice un *zoom* rápido hacia mí, dejando el fondo fuera de foco, y en primer plano me aparecieron las copas de los mangos. Luego las enredaderas que trepaban con agilidad de trapecista por los postes de la luz y explotaban de color arriba, cuajadas de flores, junto a una maraña imposible de cables. Allá subidos, al final de los palos, aparecieron también los contadores de la luz, lejos del alcance de los humanos para que a nadie le resultase fácil manipularlos. Al cobrador de la compañía eléctrica le había visto el día anterior recorrer las calles de Illigan City en una oxidada motocicleta, armado con un catalejo de latón con el que poder leer desde tierra firme el consumo a facturar a sus clientes.

Seguí girando la visión sobre mi eje en eso que los del cine llaman *tilt down* y en el lenguaje común viene a denominarse agachar la cabeza, y enseguida se enfocaron los techos de latón del poblado de chabolas. Bajo ellos aparecieron las paredes confeccionadas a base de tableros de contrachapado y carteles publicitarios. Uno de ellos, colocado del revés, contenía un exquisito retrato de estudio del hijo de un sultán de la zona. Junto a la foto del joven, un letrero anunciaba a bombo y platillo que el chiquillo había pasado con éxito el examen de ingreso a la facultad de ingeniería. De fondo, se escuchaba el canto del muecín llamando al rezo en una mezquita diminuta.

Al llegar al suelo, ya te imaginas, basura y más basura. Desperdicios duros, punzantes y pastosos que formaban un terreno lleno de trampas por el que correteaban niñas y niños descalzos. Iban en grupitos, soltando risitas e inflando alguna que otra burbuja de moco en la nariz, mientras sujetaban con firmeza el hilo de unas cometas que mantenían en el aire a base de tironcitos. Eran tan minúsculos, tan frágiles, que uno no podía imaginar cómo una ráfaga de viento no los levantaba del suelo y los sacaba de plano.

Panorámica a la izquierda y *travelling* (acercar la cámara) para observar cómo los niños sorteaban en su carrera a un hermoso gallo de pelea atado de la pata a la puerta de una chabola. En ese animal tienen muchas familias filipinas depositada la esperanza de salir de la miseria. Hay uno amarrado a una estaca a la entrada de cada vivienda. Desde la llegada de los españoles, el *sabong* (la pelea de gallos) se convirtió en una industria y, quien más quien menos, ahora cría un ejemplar con la esperanza de que le salga bravo y pueda después venderlo por mil quinientos pesos (veinticinco euros) en el mercado.

Antes de la primera visita de Legazpi, las peleas de gallos existían en Mindanao de forma más inocente. Fueron los españoles quienes unieron cuchillas afiladas y espuelas de metal al espolón natural de los gallos para elevar la ferocidad del combate. El Imperio hispánico construyó las primeras galleras (arenas de riña) e impuso un

calendario para su utilización, primando los domingos y las fiestas patronales. La idea no fue otra que la de hacer caja, vía impuestos, a través del pago obligatorio de licencias a los nativos que quisieran practicar el «deporte».

Aquel día en el *barangai* Papandayán, al perseguir con la vista la carrera de la chiquillada, pude observar también cómo saltaban con agilidad de gacelas por encima de los perros famélicos y despeluchados que dormían plácidamente durante el día, como los leones en la sabana de África, atravesados a lo ancho en las callejas de barro. Los niños cruzaron por delante del puesto de chuches, donde invertían a diario parte de las ganancias obtenidas por la venta del material reciclable que rescataban de la basura, y después me pasaron de largo. Yo me paré en la puerta entreabierta de una chabola. Colé por su rendija la mirada y me encontré a dos niñas tiradas en el suelo que seguían con especial atención, y resignadas a la turbia señal que ofrecía la pantalla de una vieja televisión Trinitrón, la serie coreana que en ese momento tenía a medio país en vilo.

La comunidad de aquel basurero vive en casitas de marquetería, mínimas, construidas con esmero por el padre de una familia que suele constar de seis miembros. Todos han de apretujarse en un cuarto único que cubre las funciones de dormitorio, de salón y de cocina. No hay baño. Las necesidades han de hacerse afuera, donde cada uno mejor pueda, lo que lleva a la aparición de los sospechosos charquitos que los niños también tuvieron que ir esquivando en su carrera de regreso. Los protagonistas de *El monstruo invisible* volvían así al set de rodaje de nuestra historia. La mayoría descalzos. Algunos, como Aminodín, con los zapatos de un adulto que le venían seis números más grandes. Todos sujetando alegres los hilos de unas cometas construidas por ellos mismos. Ajenos en ese instante al paisaje de miseria que los rodeaba, porque la felicidad tiene el don de aparecerse en donde menos te la esperas.

Contra todo pronóstico, en este escenario, supuestamente tan ajeno a mi existencia, me había encontrado con gente con la que

podía entenderme sin recurrir a ningún intérprete. Humanos que se expresaban en un idioma que aquí llaman chabacano y de cuya existencia yo no tenía ni la más remota idea. «Quiere yo comer, ¿tú con hambre?».

La voz que me sacó de mi ensimismamiento en aquella colina frente al lago Lanao no era la de una estudiante de español filipina, era la de Sheryl Bejerano, directora de recursos humanos de Acción Contra el Hambre en Illigan City, que se dirigía a mí en su idioma materno. En chabacano, la misma lengua en que me había respondido Júpiter Pollisco, natural de Zamboanga City («la ciudad de las flores» de Filipinas) cuando le pregunté por su familia. «Somos cuatro. Yo soy el *pinaga* menor, puro hombre. Tiene un mayor mujer. También tres más hermanos mayores puro hombre».

Alucinas. A doce mil kilómetros de distancia de casa, y podía medio entender alguna de la música local que ponían por la radio. En el todoterreno que nos había acercado esa mañana hasta Papandayán, Sheryl y Júpiter habían venido tarareando al alimón el estribillo contagioso de un tema titulado *¿Por qué?* Lo interpretaba un grupo de Zamboanga llamado Maldita. Sonaba como una canción de Ella Baila Sola pasada por el traductor de Google. El estribillo decía así: «Porque contigo yo ya *iscogí*. *Aura* mi corazón ya va' sufrir. Era sin ti, tú el cosa, yo era sin ti».

El chabacano es el único idioma criollo de base española que existe en todo Asia. Según me relató Carlos Madrid, por aquel tiempo director del Instituto Cervantes de Manila, los habitantes de la península de Zamboanga, cristianizados y medio hispanizados, hicieron de esa diferencia su bandera de resistencia frente al mundo que los rodeaba, su defensa frente al tagalo y al inglés pues, si bien es verdad que estos dos últimos han sido impuestos en la educación y en los trámites oficiales, el chabacano sigue siendo el lenguaje de los mercados, de las iglesias y de la vida cotidiana en los hogares.

Durante nuestra estancia en Mindanao tuvimos dos modos de comunicarnos con la gente. En algunas ocasiones, como ha quedado expuesto, podíamos hablar directamente en español con los

delegados de Acción Contra el Hambre originarios de Zamboanga, pero, en la mayoría de los casos, nuestros interlocutores en Papandayán no lo hablaban. Tampoco el inglés o el tagalo. En Mindanao la gente se comunicaba en maranao, un idioma local fuertemente influenciado por el árabe. Así que dirigíamos nuestras preguntas en inglés (lo mejor que podíamos) a través de un intérprete que se las traducía al tagalo a otro intérprete que, a su vez, se las hacía llegar a nuestros interlocutores en manarao. Y lo mismo con sus contestaciones de vuelta. ¡Imagínate qué teléfono escacharrado!

Para cuando las ideas concebidas en español les llegaban a los mocosos protagonistas de la película en maranao, estas habían tenido que atravesar el filtro de cuatro lenguas. Por eso, si alguna vez sospechaba que no nos estábamos entendiendo, me olvidaba del habla y echaba mano de los sentimientos. Las emociones, como la música, forman parte de un lenguaje universal que todos entendemos. Las causas de la tristeza de cada individuo pueden ser muy diversas, pero sus consecuencias resultan siempre ser iguales. No hay tristeza mayor ni menor, hay simplemente tristeza. No existe esperanza de primer o de segundo grado, sino esperanza a secas. Dan igual cuáles hayan sido los motivos del enfado, que un tipo enfadado es un tipo enfadado en todas partes. Así que, por ejemplo, cuando quería que Aminodín transmitiera felicidad con su sonrisa en la pantalla, buscaba en mis recuerdos algún momento que a mí me hubiese hecho profundamente feliz y, al iluminarse mi rosto al recordarlo, el pequeño actor sabía exactamente lo que yo esperaba que expresase delante de la cámara. Cuando lloras junto a alguien, cuando te ríes con alguien, sobran las explicaciones.

Lo gracioso de la cadena de traducciones era que algunas de las palabras en español que se perdían al traducirlas al inglés, volvían a recuperarse en el tagalo. Aunque la influencia no haya sido tan abrumadora como en el chabacano, el idioma oficial de Filipinas está también repleto de hispanismos. Por ejemplo, cuentan en español: uno, dos y tres. Se sientan en la *siya*, van al *trabaho* y beben de un

baso. Así que, mientras el intérprete de inglés iba contándole en tagalo nuestras cuitas al intérprete de maranao, íbamos reconociendo en medio de una retahíla de palabras inteligibles algunas voces familiares como *cada semana*, *dientes postisos* o *compra barato*. Cada vez que esto ocurría, yo no podía evitar pensar en mi tío Lolo. Él veraneaba en Castro Urdiales y recuerdo oírle contar que, al salir a navegar en su barquito, escuchaba con frecuencia en la radio mensajes de pescadores hablando en euskera, excepto cuando pronunciaban las blasfemias (tipo «me cago en los ángeles») que iban intercalando en castellano en su discurso.

En Papandayán basura se decía «basura» y pozo negro, «poso negro». En la ciudad de Illigan, en la que pasábamos las noches debido a que el toque de queda en Marawi solo nos permitía permanecer en el *barangai* hasta la puesta de sol, podíamos identificar palabras en castellano en los letreros de los comercios, en los menús de los restaurantes (*kaldereta,* lechón)*,* o en las conversaciones de la calle (estúpido, a las cinco, cincuenta pesos). Ahora, lo que nos resultaba infinitamente más gracioso era escuchar a alguien pronunciar «pero» en referencia al animal que ladra.

En la ciudad de Marawi se había producido una guerra terrible de la que, he de confesar aquí mi ignorancia, ninguno habíamos oído hablar. Ni la menor idea. Un comando del ISIS la había tomado al asalto en octubre de 2017 con intención de fundar el Emirato del Sudeste Asiático, y la respuesta gubernamental había sido lanzar bombas hasta aniquilar al último de los miembros del proclamado Estado Islámico. Tardaron cinco meses en rendirse. Aunque nunca se ofrecieron cifras oficiales sobre las víctimas, se hablaba de un millón de desplazados y más de un millar de muertos, entre los que se contaban 978 militantes del ISIS, 168 soldados del ejército filipino y cerca de un centenar de civiles. La que fuera una bellísima ciudad levantada a orillas del lago Lanao, Marawi City, quedó convertida en un esqueleto de cemento y hierros retorcidos que empezaba, cuando nosotros fuimos, a desaparecer bajo las enredaderas y la maleza.

Al basurero, situado en un barrio de las afueras, solo podíamos acceder desde la salida del sol y hasta su puesta por una carretera atestada de campos de refugiados, y después de parar y presentar nuestras credenciales en varios controles militares. En 2019, Marawi se consideraba todavía zona de guerra, y en ella seguían realizando escaramuzas comandos rebeldes de los grupos islamistas de Maúte y de Abu Sayyaf. La única razón por la que se nos permitía a nosotros el acceso era porque participábamos en el programa que llevaba a cabo Acción contra el Hambre para combatir el hambre crónica de su población.

Cada mañana, antes de partir hacia Papandayán, teníamos una reunión para repasar el protocolo de seguridad. Lo primero de todo era asegurarse de que teníamos memorizado el número de teléfono que nos habían proporcionado para llamar en caso de sufrir un secuestro. La segunda indicación era la de que no debíamos llorar ni mostrar síntomas de debilidad nunca delante de nuestros captores. Al parecer, la crueldad de su trato aumentaba proporcionalmente a nuestro grado de cobardía. Y lo tercero era estudiar rutas de escape alternativas y posibles respuestas a hipotéticas situaciones como la de encontrarnos en medio de fuego cruzado o la de sufrir un ataque con explosivos. Lo último era intentar olvidarse de todo lo anterior y concentrarse en la música alegre de la radio del todoterreno que nos conducía al basurero: «Porque contigo yo ya *iscogí*. *Aura* mi corazón ya va' sufrir. Era sin ti, tú el cosa, yo era sin ti».

Cooperar sobre el terreno con los trabajadores valientes y comprometidos de esta ONG en Filipinas nos hizo comprender pronto que el hambre invisible, el hambre crónica, el hambre constante y diaria es un mal social que se sufre en silencio y cuyas repercusiones van más allá de la ausencia de comida. Se trata de un estigma social que mina la autoestima y arranca de cuajo cualquier expectativa que una madre pueda albergar sobre el futuro de sus hijos. Un mal que te hace sentir sola, innecesaria, indeseada, incapaz de producir leche para alimentar a tu bebé y continuar adelante.

La vida, empecé a darme cuenta en aquellos días en la isla de Mindanao, suele dividirse en dos caminos: el que se nos ocurre tomar y el contrario. El yin y el yang. Vivir consiste en ir escogiendo entre ambas posibilidades, y la tragedia surge cuando a alguien se le niega la oportunidad de hacerlo, cuando te viene el futuro predestinado de serie, o sea, cuando te toca en la lotería eso que hemos dado en definir como «pobreza». Lo interesante es que, en contra del parecer mayoritariamente extendido, yo ya no creía que lo contrario de la pobreza fuera la riqueza, sino la justicia. Uno no está condenado a ser pobre cuando carece de dinero, sino cuando se le niega el acceso a los recursos. No se sale del círculo de la miseria solamente con un bocadillo o con un puñado de euros, sino con acceso a una educación que pueda procurarte un empleo estable. Con acceso a una ducha de agua caliente y a una camisa planchada que te permitan pasar una entrevista de trabajo sin rechazo. Con acceso a un sistema de salud que te ayude a crecer sano. Con acceso a una cesta de la compra para tu prole que te permita conciliar el sueño por las noches.

Si algo pude comprobar en esas maravillosas semanas de rodaje es que gran parte de la pobreza de este mundo (y los problemas asociados a ella, como la criminalidad, la salud pública y el analfabetismo) se solucionarían básicamente con escolarización y agua potable. Dadme un grifo y una pastilla de jabón y cambiaré el mundo, porque me da la impresión de que la mayoría de los pobres del planeta no anhelan ser ricos, sino ser tratados con dignidad. Ellos saben (quizás porque es lo único que tienen) que la felicidad se encuentra en algo tan asequible como un abrazo. Como una caricia. Intuyen que un sencillo vuelo de cometa confeccionada con las bolsas de plástico rescatadas de la basura basta para restaurarle la autoestima a un ser humano.

La mañana que filmamos en Marawi City nos quedamos sin aliento. En el centro histórico, la Gran Mezquita yacía desplomada como un elefante al que hubiera dado caza un furtivo. Su cúpula quebrada en dos como la cáscara de un huevo gigantesco, los

dinteles de sus columnas esparcidos como reliquias sobre el suelo de azulejos. La luz filtrándose a chorros a través de unos muros agujereados como un queso de Gruyere por los obuses. En medio de los cascotes alguien divisó un casquillo de munición antiaérea. Su inscripción estaba en español y, esta vez, mucho me temía, con una caligrafía del siglo XXI. Decía: «Vaina P 53. Disparo SB 993». No hacía falta ser experto en balística para deducir que la SB tenía pinta de ser el acrónimo de Santa Bárbara, la empresa española de defensa conocida por la efectividad de sus obuses 155/52.

En los campos de refugiados en los que habíamos parado antes de llegar a Marawi conocimos la angustia de muchos desplazados. Al haberlo perdido todo, se encontraban también sin el título de propiedad de su vivienda y sin vecinos supervivientes que pudiesen acreditar que una de las casas que nosotros contemplábamos ahora en ruinas había sido un día su hogar. La guerra, además de destrucción, trae también sus burocracias. Delante de una de estas viviendas congeladas en el tiempo, con el despertador parado en la hora en que recibió la bala, con la mesa recién puesta para la cena, con un trozo de pared impecable junto a otra demolida, hablábamos el intérprete y yo de los contrastes que ofrece la vida cuando él, sin mediar palabra, me mandó a la mierda.

Iba a excusarme yo por haber cometido sin querer alguna ofensa, cuando me explicó sonriente que, en tagalo, «*to go to* la mierda» significa irse a dar un paseo. Supongo que Legazpi debió de mandar a tomar viento fresco a algún paisano y ya quedó la expresión. Parecido a lo que ocurre en el archipiélago central de Bisayas, donde, por lo visto, solicitar un crédito bancario se dice «pa jodé». En Manila, Carlos Madrid me había recordado un letrero que había visto en un solar abandonado de su ciudad: «*Private property. Not trespassing.* Damos hostias».

De nuevo, el lenguaje me remontaba a una historia que comenzó en 1563 (el mismo año en que se puso la primera piedra del Monasterio de El Escorial) y que terminaría con la firma del Tratado

de paz de París en diciembre de 1898 que puso fin a la guerra hispano-estadounidense.

En mayo de aquel año, inmediatamente después del ataque de Dewey al escuadrón de Manila, desde San Francisco había partido una expedición naval con nuevas tropas. El objetivo era facilitar el ataque de la capital filipina por tierra. En los siguientes tres meses desembarcaron cerca de dieciseismil soldados en la bahía de Cavite. Unos se sumaron al sitio impuesto a intramuros por la insurgencia que comandaba el general filipino Emilio Aguinaldo, y otros participaron en las incursiones militares ordenadas por el estadounidense Wesley Merritt. Con seis mil efectivos escasos, los españoles defendieron heroicamente la plaza durante más de cien días hasta que, extenuados, sin alimentos, sin agua y conscientes de que los esperados refuerzos nunca llegarían a presentarse, el 13 de agosto optaron por la capitulación. Como dejó escrito el ya almirante Dewey, la rendición se llevaría a cabo tras un simulacro de combate a las puertas de la ciudad: «El gobernador general arregló conmigo que disparase un par de cañonazos antes de mandarle la señal de "¿se rinde?". Entonces, él levantaría la bandera blanca y las tropas de Merritt marcharían sobre Manila».

El gobernador general de las Filipinas, Fermín Jaúdenes, había propuesto a los americanos una batalla simulada para salvarle la cara a España. Al contrario que su predecesor, el general Basilio Agustín, que había sido depuesto por las Cortes Españolas tras conocer que estaba dispuesto a rendirse ante Aguinaldo, el nuevo gobernador consideraba indigno claudicar ante una banda de nativos. Perdida ya prácticamente la guerra, la intervención de Dewey le había presentado la oportunidad de rendirse con honor y gallardía ante un ejército occidental y poderoso, y decidió tomarla. Sugirió a Dewey un pacto de caballeros: no habría derramamiento de sangre si Estados Unidos dejaba fuera de la foto de la rendición a las tropas filipinas.

La sorpresa al recibir esta propuesta no se la llevaron los americanos, sino el general filipino cuando supo que Dewey y Merritt

habían decidido aceptarla. En Washington, el presidente McKinley ya sabía perfectamente dónde quedaba Manila y había decidido convertir la bahía de Cavite en una impresionante base naval de Estados Unidos para controlar el Asia Oriental. Si Aguinaldo aparecía en la foto de los vencedores, los filipinos podían sentirse con derecho a tomar decisiones de gobierno, y a William McKinley, como le pasaría en 2026 a Donald Trump con Venezuela, le sonaba cada vez mejor eso de ponerse él como *acting President*. Los cañonazos pactados con antelación se iniciaron a las nueve de la mañana del día 13 de agosto e impactaron solamente en el fuerte de San Antonio Abad, una estructura decrépita apuntalada a las afueras de Manila. A continuación, George Dewey ordenó que, desde el buque insignia USS Olympia, se preguntase con banderas si estaban dispuestos a claudicar: D.W.H.B. *Do you surrender?* ¿Se rinde usted?

A las once horas y veinte minutos, Jaúdenes respondió izando una bandera blanca en las murallas de la ciudad y todo terminó para España. Para entonces, el ejército filipino comandado por Emilio Aguinaldo ya había proclamado la independencia y, a excepción de la capital, controlaba prácticamente todo el archipiélago. Como en Cuba, Estados Unidos se había presentado a salvar a los insurgentes en el último minuto, cuando los nativos ya habían hecho todo el trabajo y no los necesitaban. Y, como en Cuba, una vez liberado el país, Estados Unido hizo caso omiso de los insurgentes a quienes supuestamente habían ido a apoyar.

Para estupor de Emilio Aguinaldo, que se había autoproclamado presidente de la República Filipina, los generales que habían venido a echarle una mano le exigieron que no estuviese presente en la batalla final de liberación. Encima, para agregar sal a la herida, el almirante Dewey no permitió al ejército rebelde participar en la marcha triunfal por las calles de Manila. Filipinas tampoco estuvo presente en las negociaciones de paz con España iniciadas en octubre que, como venía siendo habitual, tuvieron lugar en París porque, hombre, ya que negocias, por lo menos que luego puedas salir a celebrar los acuerdos con champán en el Moulin Rouge.

Durante todo el mes de noviembre, el enviado filipino a la capital francesa Felipe Agoncillo intentó que la comisión de paz lo escuchara, pero, a pesar de sus esfuerzos diplomáticos, la delegación de Estados Unidos decidió ignorarle. McKinley aplicaba al comisionado filipino la misma indiferencia que Carlos III había aplicado al comisionado estadounidense durante la guerra de Independencia de las Trece Colonias. El famoso solapamiento víctima-agresor, o círculo de la violencia, que se produce cuando el que sufre acoso termina replicando esa conducta en el siguiente.

En Francia, el representante español, Eugenio Montero Ríos (ministro de carteras varias con Sagasta), daba por hecho que Estados Unidos iba a reclamar Manila (único territorio ganado por su ejército) y que respetaría Bisayas bajo control español y Mindanao para los filipinos. Pero, para entonces, McKinley lo quería todo. Para convencerlo de que renunciase a Bisayas y a Guam, el negociador americano, William R. Day, puso un cheque por valor de veinte millones de dólares sobre la mesa. Montero Ríos se sintió insultado. Ni España tenía intención de renunciar a sus posesiones ni aquella cifra le parecía suficiente. Tan solo diez años antes el rey Leopoldo de Bélgica había hecho una oferta similar por trescientos millones. La respuesta fue que no, pero en Madrid los ánimos se inclinaban hacia otro lado, ya que el gobierno de su majestad María Christina Henriette Desideria Felicitas Raineria von Habsburg-Lothringen, madre del infante Alfonso XIII y reina regente del Imperio hispano, no estaba dispuesta a prolongar el conflicto. Se sentía incapaz de levantar pasiones patrióticas en una ciudadanía harta de guerras en África y, por decirlo rápido, más pendiente de la última faena del torero Lagartijo que de defender territorios que le quedaban demasiado alejados.

Así que, apenas veinticuatro horas después de que Montero se negase en rotundo a aceptar los términos de la rendición, llegó a París un mensaje telegrafiado desde el palacio real de Madrid: «El Gobierno, movido por razones nobles de patriotismo y de humanidad, no asumirá la responsabilidad de volver a traer a España

los horrores de la guerra. Para evitarlos, se resigna a la penosa tarea de someterse a la ley del vencedor, por dura que sea, y como España carece de los medios materiales para defender los derechos que cree que son suyos, se aceptan los únicos términos que los Estados Unidos le ofrecen para la conclusión del tratado de paz».

España vendió Filipinas a los Estados Unidos y los filipinos, simplemente, cambiaron de dueño. A quienes habían abierto las puertas de su nación al invasor estadounidense, en lugar de «libertad sin ira», como decía la canción de Jarcha, se les vinieron encima cuatro años de una contienda espantosa. Los acontecimientos se precipitaron el 4 de febrero de 1899, dos días antes de que el senado de Estados Unidos ratificase el tratado de anexión de Filipinas, cuando un cuerpo de centinelas estadounidenses abrió fuego en Manila contra un grupo de soldados locales. Comenzó la guerra. En principio, lucharon ejército contra ejército, pero, enseguida, abrumados por la fuerza de los estadounidenses, la población civil filipina formó una serie de guerrillas. Muchos españoles, más partidarios de los vecinos con quienes habían compartido trescientos años de historia que de los nuevos invasores, se pasaron a la insurgencia.

En la isla de Joló, los estadounidenses tuvieron que vérselas con los temidos Juramentados, cuya ferocidad en la batalla dejó relatada el escritor Emilio Salgari en sus novelas. Eran guerreros suicidas que, tras recibir el impacto de las balas enemigas, se aplicaban torniquetes en brazos y piernas para evitar desangrarse y poder seguir luchando hasta la extenuación. Atacaban con espadas curvas con ánimo de decapitar al enemigo y su rutina comenzaba con un baño ceremonial que preparaba su entrada al paraíso. Una autoridad religiosa les limpiaba el cuerpo como si de un cadáver se tratase: tres veces con la cara del difunto mirando hacia el este, tres con la cara hacia el oeste y otras tres veces por la espalda. Se les rapaba la cabeza, se depilaban las cejas, se les cortaban las uñas y se limpiaban las impurezas de sus agujeros. Antes de vestirlos, el pene se colocaba en posición erguida para asegurar la victoria. Los

Juramentados de Joló supusieron tal amenaza para la infantería estadounidense que, para combatir a aquellos «piratas», como ellos los denominaban, el gobierno de Washington se vio obligado a cambiar la pistola convencional del calibre 38 que usaban sus tropas por un Colt del 45, capaz de tumbar a un elefante, lo que ocasionó verdaderas masacres.

En marzo de 1901, Emilio Aguinaldo, desprevenido y cansado, cayó en una trampa preparada por el general Fulton para secuestrarlo. En el mes de abril fue coaccionado a jurar lealtad a la constitución de Estados Unidos y a rendirse. Desde entonces, y hasta la invasión japonesa de 1941, se sucederían en Filipinas varios gobiernos con hombres de paja impuestos por Washington. La independencia del archipiélago no llegaría hasta 1946.

Teddy Roosevelt, elegido presidente en septiembre tras el asesinato de McKinley, estaba convencido de la necesidad de importar a Filipinas la «civilización inglesa» que él consideraba superior a las demás. Un pensamiento que dejaría bien claro al mostrar su desprecio hacia la población filipina de piel oscura, a quienes comparaba con razas inferiores como los sioux, los comanches o los apaches de Estados Unidos: «La paz se ha conseguido en gran parte del planeta porque las razas civilizadas han expandido su luz sobre lugares que estaban a oscuras. Es una gran noticia para el mundo, pero, sobre todo para los habitantes de esos países, que Francia esté en Argelia, Inglaterra en Sudán y Rusia en el Turquestán. Ahora, ¿cuál es nuestro deber en las Filipinas? Nuestro deber es el de gobernar esas islas en el interés de los isleños, pero en concordancia con nuestro propio honor e interés. Gobernar en interés de sus habitantes no significa necesariamente gobernarlos como ellos prefieran. Poco importa cómo los blancos conquisten la tierra, siempre y cuando la tierra sea conquistada por ellos. Lo realmente importante es que sea conquistada para el beneficio de la civilización y el interés de toda la humanidad».

Poco pudo hacer el movimiento anticolonialista liderado por el billonario Andrew Carnegie, el del Carnegie Hall, quien llegó a

ofrecer veinte millones de dólares a McKinley (lo que el presidente había pagado por Bisayas y Guam a España) para que le entregase Filipinas de vuelta a Aguinaldo. Carnegie, como hoy hace Warren Buffet, denunciaba que la política imperialista incrementaba enormemente el gasto en defensa (pagado por todos los ciudadanos vía impuestos) sin aumentar proporcionalmente los ingresos por comercio o el bienestar nacional. Aquellas aventuras bélicas beneficiaban en exclusiva a un puñado de empresarios, pero empobrecían al pueblo.

La bocina del camión de basura amarillo me devolvió a mi cometido. Correr colina arriba persiguiendo a Aminodín, que iba con un saco de chatarra cargado a la espalda para pesarlo en la báscula del chatarrero, recibir unas monedas sin saber contarlas y regresar de vuelta al vertedero. Dale que dale. Toma que toma. Tran tirititrán. Todo con una enorme sonrisa porque su padre le había asegurado esa mañana que él era «el mejor recogedor de latas de todo el *barangai*».

Marga «Rita» Cansino

EL 17 de octubre de 2018 se cumplían cien años del nacimiento de Rita Hayworth, la glamurosa y deslumbrante actriz del Hollywood de los cincuenta que se hizo inmensamente célebre por un largometraje titulado *Gilda*. Era una peli en blanco y negro, como Dios mandaba entonces, en el cual la diva, para escándalo y regocijo de los espectadores, se quitaba en plan *striptease* un guante de esos largos que cubrían el pudoroso antebrazo de las mujeres de entonces. En la España en la que yo crecí se hablaba mucho de la Hayworth. Tanto, que a ella dediqué el primer artículo que llevaba mi firma en el diario *ABC*. No veas tú el subidón. Me felicitó hasta José Luis Garci, que venía precisamente de Hollywood de ganar un Oscar. Aún recuerdo el título, «Gilda, la muy traidora», y el asunto que me propuse retratar en sus renglones era el siguiente: que Gilda en realidad no había sido una «mujer fatal», ni mucho menos; lo que había ocurrido es que, para cuando se estrenó la película, nosotros los hombres españoles íbamos muy perdidos en el tema de interrelacionarnos con las mujeres.

El centenario del nacimiento de Rita me saltó de mañana en la alerta de noticias del móvil y, para conmemorar tan importante ocasión, a la hora del desayuno puse música flamenca. Abrí la puerta corredera de par en par para que mi mujer escuchase bien desde el jardín la guitarra de Daniel Casares. A él lo conocí siendo un niño cuando vino a tocar en directo en el estudio de radio de M-80. Le colgaban los pies de la silla y a penas le daba el brazo para poner la cejilla, pero ya apuntaba maneras. ¡Ole! Los arpegios

acariciaron la hierba gracias al minúsculo altavoz portátil que nos había regalado la compañía telefónica Verizon.

—Es el aniversario del nacimiento de Rita Hayworth —le comuniqué a Sarah, que se encontraba arrodillada plantando bulbos de tulipanes junto al *driveway*.

Pido disculpas por escribir *draifgüei*, pero es que nunca he sabido muy bien cómo traducir al español ese trozo de asfalto que comunica la calle con el garaje de la casa de uno y al que Víctor Jara, en su *Casitas del Barrio Alto* (con rejas y antejardín) llamaba «la entrada de autos».

—¿Gilda? —preguntó Sarah mientras liberaba a tironcitos los dedos de uno de los guantes de jardinería.

A continuación, se levantó, giró el brazo a lo Bisbal para procurarle al recién liberado guante un par de vueltas de noria, y lo dejó caer dentro del surco de tierra cavado en la hierba para los bulbos de tulipanes. Estas flores deben plantarse antes de que el invierno congele el terreno, si no, enseguida el suelo se solidifica y no consigues abrirte hueco ni con el pico de partir el hielo. Tampoco vale esperar a la primavera. Para entonces ya será demasiado tarde, porque lo suyo es que el milagro de la vida ocurra todavía con nieve sobre el terreno. Te levantas una mañana de marzo y pumba: te encuentras las puntas verdes resquebrajando la escarcha congelada. Existen pocas visiones tan bellas como los pétalos rojos de los tulipanes recortados sobre un paisaje nevado, igual que aparecen en aquella secuencia de *El doctor Zhivago* rodada en la sierra pobre de Madrid. Pepe, que en gracia de Dios esté, fue uno de los encargados de plantarlos. Nosotros le conocimos cuando trabajaba de guarda en la urbanización Cotos de Monterrey. Él venía todos los días desde su pueblo montado en burra, a la que llamaba la Profesora, y como Sarah y yo éramos una de las tres únicas parejas que vivían allí durante todo el año (el resto eran casas de fin de semana o verano), nos tiramos muchas horas escuchando sus historias. Eran tiempos en que la carretera Madrid-Barcelona era solo de dos carriles, y en

los que, para llamar por teléfono, teníamos que usar una cabina pública porque los postes no llegaban a las viviendas particulares. Parece ahora la prehistoria. Igual es que lo fue.

—¿Y está música?

—Flamenco —le digo.

—¿Para ambientar el aniversario de la Hayworth? Pegaría más el *Put the Blame on Mame*, ¿no?

Me disponía a justificar mi decisión sobre la elección de la banda sonora cuando a Sarah le sonó el celular, que es como le dicen aquí al móvil, y no tuve más remedio que posponer mis explicaciones y meterme en casa a terminar de preparar el desayuno. Abrí un bote de miel con la que nuestro amigo Michael Lancto había ganado ese verano el concurso en la feria agropecuaria del pueblo y lo coloqué junto a la mantequilla en el centro de la mesa. «Homegrown Honey» (miel casera) leí en la etiqueta justo en el momento en que Casares interpretaba su *Romance de las abejas*. Mira tú la coincidencia, homenaje al enorme curro que Michael se pega en su *Vlei Forge Apiary*. Yo no sé el tiempo que le puede quitar a este hombre el cuidado de sus abejas. Cuando no tiene que proporcionarles agua con azúcar para que no pierdan peso, las tiene que desparasitar. Cuando no le toca reparar los cajones de las colmenas, se dedica a podar las matas de frambuesas de su huerto para asegurarles una polinización ideal durante la primavera. Y eso que su profesión es la de herrador de caballos, lo de la miel es un solo una afición que tiene cuando regresa a casa por la tarde. Te puedes imaginar por qué no nos resulta fácil verle el pelo, lo que es una verdadera pena, porque Lancto comparte conmigo su pasión por las novelas de Cormac McCarthy y es siempre un placer charlar con él de literatura, pero ¿qué quieres?, los fines de semana, cuando no está calzando a un caballo de urgencia, se encuentra atendiendo un seminario sobre herraduras o dando una clase de apicultura a principiantes.

En la feria de este año, una mañana le amanecieron destrozadas varias colmenas. Así me lo explicó el propio Michael: «Fue un oso que andaba merodeando la zona, pero no vino a por la miel como la

gente se cree por culpa del cuento de Winnie de Pooh. Vino a por las larvas, que es lo que de verdad alimenta. Pura proteína. Lo que no significa que a la miel le vayan a hacer ascos tampoco».

—No te lo vas a creer —me soltó Sarah tras despedirse de su interlocutor telefónico—. Crystal estaba en el baño y, al salir, ¡se ha encontrado en el pasillo de su casa con un oso de trescientos kilos!

Crystal habitaba en la otra orilla del río, en un bosque cercano al pueblo de Woodstock, donde tuvo lugar el mítico concierto en los sesenta, y, claro, a la mujer no le pusieron un nombre más *hippie* porque ya casi no quedaban.

—Menudo susto se ha debido de pegar —añadió Sarah.

—Claro —le respondí yo.

—No, si digo el oso, porque al verla por lo visto pegó un brincó y salió escopetado por la misma ventana por la que había entrado.

No es raro experimentar un encuentro en la tercera fase con un oso por estos lares. Especialmente, si cuelgas un comedero para los pájaros relleno de pipas y semillas. Son artilugios harto frecuentes en un valle que cuenta con una colección de pájaros que ya la quisiera cualquier museo de ciencias naturales. Los hay de todos los formatos y colores imaginables, desde los minúsculos colibrís verde metálico, hasta los buitres de cabeza roja que regresan todos los meses de abril para pasar un par de semanas en las ramas altas de un pino centenario. Se conoce que desde allí lo ven todo y, cada vez que un animalillo sufre un accidente, acuden en picado como la Cruz Roja, pero con intenciones contrarias.

Los mencionados comederos vienen equipados con un sistema de protección antiardillas, que son unos animalitos que entusiasman a los turistas, pero que aquí se consideran prácticamente ratas. A mí estuvieron dos años mareándome en la huerta. Plantaba lechugas y, en cuanto los brotes asomaban, la tierra amanecía revuelta y las romanas machacadas. Plantaba tomates y, en cuanto pasaban los frutos del verde al maduro, aparecían mordisquitos. Mi amigo Hans me dio la solución: «Las ardillas viven en grupos de quince o veinte individuos. Si consigues eliminarlas, van a pasar tres o cuatro años

hasta que otro grupo de ardillas se dé cuenta de que han dejado el espacio libre y traten de ocuparlo».

Me puse manos a la obra. Las atrapaba en jaulas utilizando mantequilla de cacahuete como cebo y las cruzaba al otro lado del río Hudson. Un kilómetro de agua era suficiente para que no quisieran regresar. En un par de meses se acabó el problema y, como pronosticó mi amigo, dejaron de darme la tabarra. Lo único que empezó a molestarme fue la conciencia pues, terminado el proceso, aprendí que está prohibido transportar animales salvajes de un condado a otro, por aquello de evitar la transmisión de enfermedades. Espero que haya prescrito ya la pena porque, si no, nada más publicar el libro voy a recibir una visita de la Agencia de Medio Ambiente. Ahora, eso sí, los tomates brotan felices.

En los comederos de pájaros se usan todo tipo de artimañas para evitar que las ardillas se zampen las semillas. Los hay que se cierran automáticamente en cuanto detectan un peso excesivo, y también los que vienen con unos conos metálicos para que hagan de muro cuando intenten trepar por las peanas. Lo que sea con tal de poder observar con tranquilidad desde la ventana a los pajaritos de este valle. Alternan su presencia carpinteros de cresta roja y traje de sevillana con estilizados arrendajos azules, petirrojos, cardenales, delicados *goldfinch* cubiertos por una brillante capa amarillo limón, *chickadee* blancos, marrones y negros y, luego ya, una cantidad ingente de aves desconocidas para mí; todas ellas concebidas con igual mimo durante los siete días que duró la creación, no te digo yo que no, pero cuyos nombres en inglés no he conseguido aprenderme.

Eso en cuanto a los buenos, porque se me ha olvidado mencionarte al equipo de los malos, a los de uñas largas, pico curvo y mirada penetrante. Aves de rapiña también tenemos para regalar, oiga. Desde águilas calvas hasta lechuzas. Animales grandes, poderosos y bellos. A ver, si no, qué explicación le encuentras tú al nombre del rancho donde compramos la carne, Falcon Fields (campos de halcones). El capataz, Bobby Roush, es nuestro vecino y

tiene dos hijos, un chico y una chica, a los que se lleva a las ferias de ganado desde que son pequeños. Los chavales se encargan de elegir los terneritos que luego han de alimentar y de cuidarlos hasta que alcancen la edad del sacrificio. Y ya te digo yo que tienen buen ojo porque no hay vecino que no se pelee por conseguir la deliciosa carne de sus angus. Nosotros de vez en cuando tenemos suerte y podemos comprar un cuarto de vaca. Bobby nos la entrega en piezas envasadas al vacío y tenemos carne en el congelador para guisos y barbacoas con familia y amigos durante todo un año.

Ahora, también te digo que la visión en los comederos de las avecillas del cielo me crea inquietud. ¿Alguien se ha parado a pensar que el ser humano es el único animal que puede permitirse el lujo de echarse una siesta en la hamaca del jardín sin temor a que se lo coma nadie? Lo digo porque, si uno observa el comportamiento de los pájaros cuando se posan, es fácil que note que su teóricamente apacible vida resulta más estresante que la del protagonista de una novela de Stephen King. Se posan, pío, pío, y ya están volviendo el cuello hacia atrás por si apareciese un gato, un zorro o un coyote. Picotean dos pipas y ya están mirando hacia arriba, no se vaya a descolgar del firmamento un ave carroñera. Otro par de piopíos y miradita desconfiada hacia el suelo, por si estuviera camuflada en la peana una serpiente a punto de abrir la boca. O sea, lo que viene llamándose un sinvivir.

Pero es que no solo los pájaros actúan así. También miran constantemente hacia atrás las ardillas, y los ciervos, y los mapaches, y cualquier animal que se te venga a la cabeza. La canción de Elton John que describe el ciclo sin fin de la vida en *El rey león* suena preciosa, pero vivir pendiente de si te comen o no debe de generar mucho estrés. Excepto para el propio león.

Con los humanos, la cosa es diferente. Hace años que al lobo de Caperucita no se le ocurre intentar merendarse a la abuela. De hecho, como en el caso del oso que entró en casa de Crystal, sucede casi al revés: las fieras suelen tener más miedo de los humanos que nosotros de ellas (a no ser que hayan contraído la rabia, que se

sientan arrinconadas y teman por su vida o que se les haya ido la olla, que también puede pasar). A las serpientes de cascabel les ocurre cuando despiertan después de una larga hibernación, pues se encuentran tan hambrientas y desorientadas que les traiciona el instinto, y sus delicados sensores pueden llegar a confundir el pie de un excursionista con el cuerpecillo de un conejo. Pero vamos, que lo suyo es que, normalmente, no te ataque nadie; lo cual no implica que debas dejar de tomar precauciones.

A los osos pardos de las montañas Catskills hay que gritarles. Si te encuentras con uno de frente, lo mejor es que te alejes. Pero sin correr. Los guardabosques recomiendan que lo hagas lentamente y procurando hacer el máximo de ruido. Que pegues *quejíos* y des palmadas. Que levantes los brazos y hagas aspavientos. O sea, lo que viene a ser bailar flamenco. Todo, con la sana esperanza de que huyan. Nada más peligroso para un animal salvaje que toparse con una persona por sorpresa, porque se piensan lo peor y te atacan. Ah, y por supuesto, nada de acercarte a unos cachorros. Eso de hacerse un selfi con un osezno, como que no. Basta consultar las estadísticas de excursionistas que, móvil en mano, terminan todos los años en urgencias. No hay mayor insensatez que la de transmitir a una madre la sensación de que su prole se encuentra amenazada.

Mi primer encuentro con un oso ocurrió un verano que acampé con mis hijos a orillas del lago de la Montaña Azul. Se habían unido a la excursión también un amigo de Rhinebeck, John Katomsky, y uno de Madrid, Wayne Rosemin, a quien, nada más aparecer con su hijo Max por la puerta, les pasé una mochila y les dije: «Ale, que nos vamos». Contra todo pronóstico, se apuntaron.

Seguimos todas las normas antioso: no dejamos en la tienda restos de comida ni productos de aseo que pudieran atraerlos, pero aun así nos visitó uno a la hora de la cena cuando asábamos verduras en la hoguera. La ilusión superó con creces al miedo y se nos olvidaron de golpe las medidas de precaución. Ni *quejíos*, ni aspavientos. Solo «mira, tío» y «cómo mola». En vez de asustarlo, me puse a filmarlo con la cámara de vídeo que se estilaba entonces:

una Sony Handycam HDR-CX100. Idiotas de manual. Ya te digo. Tuvimos suerte de que no nos arrancase un brazo a alguno. Hoy actuaría de otra forma, sobre todo porque, desde entonces, no he parado de escuchar historias de encuentros con osos con finales trágicos. El último en Bear Creek, el Arroyo del Oso tan popular para la pesca de trucha.

Mi amigo Tim Ecounopoly y yo alquilamos una habitación en un motel situado en la misma orilla del arroyo (si esto es un arroyo, entonces qué será el Manzanares) y, tras pasar todo el día enfundados en el vadeador, caímos en una taberna que parecía sacada de un episodio de la serie *Twin Peaks*. Un lugar oscuro, con paredes de madera decoradas con cabezas de liebres con cuernos de cervatillo. Se supone que son animales mitológicos, los *jackapole*, pero la única mitología que existe ha ocurrido gracias a la acción del Super Glue. En la barra estaba sentado un tipo (camisa de felpa de cuadros negros y rojos y gorra calada hasta las cejas) con menos dientes de los que se precisan para masticar con presteza. Enseguida nos puso al día de las *breiquin nius*.

—Un oso pardo ha descuartizado al bebé de una vecina.

Nos quedamos de palo.

—El oso no tuvo la culpa —añadió.

Nos quedamos más de palo todavía.

Por lo que me tradujo Tim, porque yo, con el aire que se le escapaba al individuo entre sus escasos dientes no estaba seguro de entenderle, la madre había dejado un instante al bebé fuera de la casa, tumbado en su carrito y, cuando regresó, una osa lo zarandeaba en el aire como a un pelele. La mujer no pudo hacer nada por salvarlo. Me ahorro los terribles detalles.

—Es que esa gente amontona la basura en el jardín para no pagar la cuota de recogida al Ayuntamiento, y la porquería atrae a los osos y pasa lo que pasa —explicó el hombre de la taberna.

Tim y yo nos cruzamos una mirada sin saber muy bien qué tipo de respuesta procedía en aquellas circunstancias. Al final, sin datos concretos y con el dolor de la pérdida de una vida humana de por

medio, optamos por no opinar. Cambiamos de tema y nos pedimos un trago de *bourbon* local, el Hillrock solera, que está bien bueno.

—Cien años de Rita Hayworth —me recuerda Sarah.

Mierda. Tengo que reconocer que no puedo evitar irme por las ramas. Como iba diciendo: el 17 de octubre de 2018 se cumplieron cien años del nacimiento de Rita Hayworth, la glamurosa y deslumbrante actriz del Hollywood de los cincuenta. Fecha destacada en Estados Unidos por la prensa al tratarse de un país de profunda tradición protestante. En España, debido al catolicismo, lo que se festeja son los aniversarios de las defunciones. Por eso, el día del libro coincide con la fecha de la defunción de Cervantes, no con la de su venida al mundo. Así que denme gracias de que no les haga esperar hasta el 2087 para hablarles de la Hayworth.

El 17 de octubre de 1918 nació en el barrio neoyorquino de Brooklyn (ese al que la comunidad italiana llama afectuosamente *Broccolino*) una niña de nombre Margarita y de apellido Cansino. Tan gitana, tan morena, tan flamenca como los acordes de Casares que yo puse para celebrar su onomástica y más española que las castañuelas de conchas con que las bailaoras andaluzas entretenían a los próceres de Roma en el siglo I de la era cristiana. Margarita Carmen Cansino (Rita en los ambientes familiares) era hija del bailaor Eduardo Cansino, natural de Castilleja de la Cuesta (a cinco minutos de Sevilla, según cruzas el Guadalquivir por el puente del Cristo de la Expiración) y de Volga Hayworth, una conocida bailarina de vodevil en Broadway. Su padre se había trasladado a principios del siglo con sus hermanos a Manhattan con el afán de conseguir un hueco en el cuadro de una prestigiosa compañía de baile. Fue entonces cuando conoció a Volga, y los Dancing Cansinos se volvieron una realidad.

La emigración de flamencos a Nueva York era algo bastante habitual en aquella época. A mí me lo había soplado un catedrático de la Universidad de Nueva York, James Fernández, con quien establecí contacto al enterarme de sus investigaciones sobre lo que él llamaba «inmigrantes invisibles»: las andanzas desconocidas de

miles de españoles que, a comienzos del siglo XX, desembarcaron con una mano delante y otra detrás en los puertos de Estados Unidos en busca de trabajo.

—En la cultura popular americana de aquellos años y, algo más tarde, también en el cine mudo, se produjo un creciente interés por todo lo que sonara a hispano. Un interés poco sofisticado, bruto si me apuras, porque el público de aquel entonces no distinguía a un mexicano de un español o de un brasileño; pero ciertamente existía una irremediable atracción por lo exótico de esa cultura. De un mundo en el que el arquetipo de hombre era el famoso *latin lover* encarnado por Rodolfo Valentino, que fue precisamente creación de aquella época —me explicó.

En una entrevista que me concedió en su casa, Fernández me había enseñado una réplica guardada con mimo de un cartel que anunciaba una actuación de los Hermanos Cansino en la neoyorquina ciudad de Siracusa. Rezaba: «THE CANSINOS, THE SPANISH WONDER DANCERS». Los Cansino, bailarines españoles de fábula. El grupo de hermanos lo componían Elisa, Eduardo, Ángel y José. «First time together outside their native land»; por primera vez fuera de su tierra natal. Y seguían otros muchos elogios: «Fantasía Española. El montaje más impresionante, los vestidos más lujosos jamás admirados sobre un escenario».

Aquel día, el profesor de la NYU aprovechó para apuntarme que otra bailaora flamenca, una tal Carmencita, había triunfado con antelación en Nueva York. En 1890, por todo lo alto en los dos escenarios más prestigiosos de Manhattan: el Koster y el Bial´s Music Hall. Al parecer, la tal Carmencita había logrado además pasar a la historia por ser la primera mujer jamás filmada, pues el célebre inventor Thomas Alba Edison la retrató en 1894 dando unos pasos de baile. Y digo «retrató» porque Edison, kinetógrafo en mano y en el primer estudio de cine mudo del mundo, el Black Maria, en realidad sacó fotogramas aislados de Carmencita que luego colocó ordenados en un cilindro de nombre kinetoscopio, otro invento que acababa de patentar con su amigo William Dickson. Al girar este

aparato, se podía observar su movimiento desde un agujerito que hacía de visor, por lo que el espectador se hacía la ilusión de ver a Carmencita marcándose un palo flamenco. Una filmación realizada a través de ese visor se conserva hoy en los Archivos del Congreso de Estados Unidos. Cualquiera puede acceder fácilmente a ella a través de internet, tal y como hice yo la noche de la entrevista con Fernández nada más llegar a casa.

La acción transcurre en apenas veinte o treinta intrigantes segundos. Al baile que Carmencita interpreta, los archiveros de Washington D. C. lo clasifican como «flamenco». A secas y sin especificar ningún palo. Cosa que me sorprendió pues, de entrada, hubiese jurado que el *meneíllo* de pierna de la bailaora se acercaba más al ritmo de una de esas jotas que ponían por televisión en mi infancia el día de la fiesta del trabajo.

«La tía Melitona ya no amasa el pan…».

Picado por la curiosidad, y sin posibilidad de que Shazam me resolviera el enigma por tratarse de una banda sonora muda, tomé la sabia decisión de trasladarle la consulta a alguien que pudiese saber del tema.

—Ajá —me dije al recordar el nombre de José Manuel Gamboa.

Lo malo es que me tocó esperar con impaciencia hasta el día siguiente, porque los oráculos también duermen. A quien no le suene el nombre de Gamboa, guitarrista con mucho arte, explicaré que José Manuel, junto a su inseparable amigo y productor de flamenco Juan Verdú, fue el alma del festival Flamenco Pá Tós durante los veinte años que Juan Luis Cano lo organizó desde la Fundación Gomaespuma. Si alguien podía saber detalles sobre la tal Carmencita, tenía que ser él, no solo debido a sus propios conocimientos de la historia del flamenco, sino porque, además, su padre, flamencólogo de pro, había vivido una larga temporada en Nueva York. Por si fuera poco, el propio José Manuel acababa de publicar un libro-casi-enciclopedia sobre la historia de los artistas flamencos que habían pasado por la ciudad de los rascacielos.

Pero, tranquilidad, no adelantemos acontecimientos, porque a Carmencita y al resultado de aquella llamada telefónica le dedico más adelante un capítulo entero. Ahora sigo con la Hayworth.

Resulta que en los felices años veinte *(the roaring twenties)* en los que creció Margarita, Nueva York olía a España. Cuentan las crónicas que, en 1926, Raquel Meller, diosa del cuplé y de la tonadilla, realizó una gira de mucho ruido por todo Estados Unidos y que en Manhattan armó el taco. Su llegada a bordo del trasatlántico SS Leviathan, con cuarenta y dos baúles de ropa y tres perros pequineses, había sido largamente anticipada. En el mismo barco la acompañaban un cargamento de mantones de manila y otro del famoso *sherry* de Jerez de la Frontera que publicitaban ya entonces las mejores revistas. Tres semanas con el cartel de «vendido» se tiró la Meller en el teatro Empire. La portada que le dedicó la revista *TIME* a «la señorita» disparó la venta de peinetas y mantillas, popularizó aún más la marca de cigarrillos Carmen y le abrió de par en par las puertas en otros destinos como el de Chicago. Queda constancia de que, tras su actuación en Los Ángeles, Charlie Chaplin cayó postrado a sus pies y le ofreció un papel en *Luces de la ciudad*. Aunque no llegaron a cuajar ni el contrato ni el romance, Chaplin no dudó en utilizar la melodía de *La violetera* en la banda sonora de aquella película.

Raquel Meller no había hecho sino subirse a la estela abierta en 1917 por el estreno en Broadway de un exitoso musical español de nombre *La tierra de la alegría*. La música del libreto era obra de un celebrado compositor de zarzuelas, Quinito Valverde, que pasaría sobre todo a la posteridad por ser el autor de la canción *Clavelitos*. La estrella principal de la revista era la bailaora Antonia Mercé y Luque, la Argentina, que ya había triunfado con el maestro Valverde entonando seguidillas en los escenarios parisinos. La acompañaba la joven bailaora Dolores Manzanita que, según el crítico musical Van Vechten (autor del libro *Music in Spain*, la música en España, publicado en 1918) «era capaz de hacer hervir la sangre del propio Fausto».

«Al término de la actuación, el público neoyorquino se volvió histérico y rompió a gritar: "¡ole!", "¡ole!", y se lanzaron sombreros sobre el escenario», explicaba Vechten.

Dos años más tarde, en 1919, Blasco Ibáñez se convertiría en un autor consagrado ante el público estadounidense tras una fulgurante gira de conferencias con motivo de la publicación en inglés de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Aquello le valió algún que otro doctorado *honoris causa* y, sobre todo, la firma de contratos multimillonarios con grandes estudios de cine para transformar en películas las tramas de sus novelas. La primera de todas en llegar a la gran pantalla, y la que resultaría sin duda la más exitosa, fue la versión de *Sangre y arena*, protagonizada por Rodolfo Valentino. La fiesta de los toros despertaba también grandes pasiones a este lado del Atlántico, donde recordemos que, en la ciudad de Los Ángeles, se celebraron corridas hasta 1948.

Tras el estreno de la película, el escritor valenciano se convirtió en una mega estrella, tanto o más como lo era ya su paisano el pintor Joaquín Sorolla. En 1909 los neoyorquinos habían guardado diariamente cola, en una fila que llegó a dar dos vueltas a la manzana de la Hispanic Society (el museo con una de las colecciones privadas de arte español más grandes del mundo), para ver una exposición de su obra. Con sus ciento sesenta mil visitantes en poco más de un mes, se convirtió en la sensación cultural de aquel año. Luego, en 1926, la misma Hispanic Society sellaría para siempre su homenaje al artista con la inauguración de una sala dedicada de forma permanentemente a sus pinturas.

El culpable de tan extraordinaria adoración a Sorolla en Estados Unidos fue un multimillonario filántropo de nombre Archer Milton Huntington. Conocería a Joaquín Sorolla en 1908 en una visita a París, pero, unos años antes, Archer ya se había enamorado del arte español tras comprarse en Valladolid una casa que supuestamente habría pertenecido a Miguel de Cervantes. Allí se fue a pasar una temporada y, durante aquella estancia, viajó por toda la península, quedando prendado de las maravillas que había relatado el

hispanista Richard Ford en su libro de viajes. De aquella temporada sabática surgirían las entusiastas contribuciones del estadounidense al desarrollo de la Ciudad Universitaria de Madrid, a la conservación de la Casa del Greco en Toledo o a las excavaciones arqueológicas en las ruinas de Itálica, Sevilla.

Dicen que, más adelante, cuando Huntington coincidió con Sorolla en París, quedó maravillado por la expresividad de sus retratos. Enseguida le propuso que viajara con él a Estados Unidos para montar una exposición, y Sorolla se tomó tan en serio el encargo que, en los cinco meses que duró su estancia en la gran manzana, completó veinte lienzos de gran tamaño. Como diría Cándida: «Solo que de pintar y que de pintar». El resto de los cuadros que colgaría Huntington en su Hispanic Society llegaron desde Valencia por barco hasta completar las 356 pinturas que conformaron la muestra. De ellas, 195 consiguieron el puntito rojo de «vendido» a los pocos minutos de abrirse al gran público las puertas.

A Huntington le dio tal subidón de adrenalina que le encargó al valenciano los catorce murales que se conocen en conjunto como *Visión de España,* y que desde 1926 adornan la sala principal de la casa-museo del multimillonario en el Upper West Side de Manhattan. La estancia se llama The Sorolla Room (no iba a llamarse la Sala Velázquez) y es el principal deleite de los visitantes de esta Hispanic Society sita allá arriba, entre la calle 155 y la 156, de la avenida de Broadway (para nosotros «gran vía» o «calle ancha», pues viene de juntar *broad*, ancho, con *way*, camino).

Además de los murales de Sorolla, el espacio alberga todas las piezas de arte de la colección Huntington y se merece una visita. Tiene verdaderas joyas. Por mencionar una, te diré que su catálogo incluye uno de los primeros mapas que se hicieron de América. Lo firma Américo Vespucio, el cartógrafo que accidentalmente terminó cediéndole su nombre al nuevo continente. Vespucio fue uno de los primeros en afirmar que las tierras descubiertas por Colón no pertenecían a las Indias, sino a un mundo nuevo y desconocido. Basándose en aquella premisa, dibujó sus mapas. El de la Hispanic

Society, concretamente, fue el segundo de todos ellos. Luego, cuando en 1507 el cartógrafo alemán Martin Waldseemüller se atrevió a dibujar un novedoso mapamundi en el que incluía por vez primera al nuevo continente entre Europa y Asia, en honor a la verdad defendida por Vespucio se le ocurrió nombrarlo América y, como dicen por estos pagos, el resto es historia.

Sin duda, el éxito abrumador de la Meller, de Blasco Ibáñez y del pintor Sorolla en Estados Unidos ayudó a engrandecer la leyenda y el apetito por aquella España romántica. Siguiendo la estela de Huntington, a él se sumarían enseguida otros supermillonarios estadounidenses.

Otro ejemplo de esto sería, una vez más, el magnate de la prensa William Randolph Hearst. El odio que generó contra los hispanos no nos resulta hoy tan ajeno, pues lo repite otro magnate, Rupert Murdoch, desde su cadena televisiva Fox News. Pero bueno, se conoce que, terminada la guerra entre América y España, el megalómano retratado por Orson Wells en *Ciudadano Kane* también cayó prendado de los encantos de Hispania. O sea, lo de siempre: qué bonita la catedral de Burgos, qué rico el arroz con gamba roja de Palamós, qué maravilla los cantes del Pena Hijo, pero que a ningún hispano se le ocurra acercarse a mi hija porque me lo llevo por delante.

En 1919, William Hearst encargó que le construyeran un castillo español en un terrenito que tenía en California. La propiedad estaba y sigue estando en la localidad de San Simeón, a mitad de camino entre Los Ángeles y San Francisco. Era un montecillo cuajado de naranjos y encinas que miraban al mar y al que el magnate bautizó con el nombre de Colina Encantada, a pesar de que todo el mundo lo conoce desde entonces como el Castillo de Hearst. De castillo español tiene lo mismo que tiene de Versalles el Salón de Baile de Donald Trump en la Casa Blanca. O sea, las ganas. Pero bueno, lujos no le faltan. Aparte de la espectacular piscina de Neptuno (inspirada en las termas romanas y construida con columnas de mármol traído desde las canteras de Carrara), la mansión está decorada con un

sinfín de tapices y de obras de arte procedentes de la península ibérica. Por ejemplo, el estudio gótico del tercer piso, donde Hearst revisaba cada noche la edición de los periódicos antes de mandarlos a imprenta, fue cubierto por artesonados españoles del siglo xv. Los marchantes se personaban en nombre de Hearst y con los bolsillos repletos de dólares a comprar monumentos en una España diezmada moralmente por la pérdida del imperio y empobrecida hasta la médula por las guerras de África (de las cuales, dicho sea de paso, nos queda recuerdo por las numerosas estatuas ecuestres de generales como Martínez Campos en el madrileño parque de El Retiro). Las autoridades eclesiásticas alargaban la mano y las civiles (como el conde de Romanones, ministro, miembro de la Real Academia de San Fernando y diputado por Guadalajara) cerraban los ojos.

—Me pone esta iglesia románica y aquellos dos claustros.

—Excelente adquisición, señor. ¿La va a desmontar usted o se la envolvemos para regalo?

El patrimonio sería valioso, pero la pobreza tenía otras prioridades. También la picaresca aprendida en *El Lazarillo de Tormes*. Cuando se pone en perspectiva la lista del espolio al patrimonio español provocado por millonarios estadounidenses a principios del siglo xx, es imposible no arquear las cejas y sentir un escalofrío. Corría el año 1926 y, como relata el historiador Richard Kagan detalladamente en su libro *The Spanish Craze* (*El embrujo* de España), «las radios estadounidenses incluían en sus listas de superventas el tema *My castle in Spain* cuyo primer verso comenzaba con la expresión "mi sueño es tener un castillo en España"».

Ese mismo año, el monasterio románico de Santa María la Real (mandado construir por Alfonso VII de Castilla y León en Sacramenia, provincia de Segovia, en el año 1133) fue adquirido por William Randolph Hearst, deconstruido y enviado a América, como si de gigantescas piezas de Lego se tratase, en un total de once mil palés. La intención del millonario era la de volverlo a montar en su

Colina Encantada, pero nunca llegó a cuajar el proyecto. Debido a una epidemia de vacas locas desatada por aquel entonces en la península ibérica, sus piedras fueron obligadas a pasar una larga cuarentena en el muelle de Brooklyn. Después, como medida de precaución, se mandó abrir los contenedores y quemar el heno que las protegía del roce. Al revolver así las piedras, se perdió la numeración con que habían sido clasificadas y su reconstrucción se volvió prácticamente imposible. Tras la muerte del magnate, los palés se tiraron años olvidados en aquel triste almacén hasta que otro millonario dio con ellos, los adquirió y se los llevó en barco a Miami. Hoy, el monasterio de Alfonso VII forma parte de una iglesia episcopal en Miami Beach. Está en el West Dixie Highway y puede visitarse como un museo.

La misma suerte correría cinco años más tarde, en 1931, el monasterio cisterciense de Santa María de Óvila. Este había sido construido en la provincia de Guadalajara en 1181, a orillas del río Tagus (o sea, del Tajo) y muy cerca de la localidad de Trillo. Hearst lo compró también, y de nuevo se lo trajo en barco con la idea de colocarlo en los jardines de su mansión de Wyntoon, una «cabañita de invierno» que poseía cerca del codiciado lago Tahoe. Esta vez, el proyecto se estancó debido a problemas de *cash-flow* (liquidez) surgidos por culpa de la gran depresión del 29 (los ricos también lloran), y aquellas viejas piedras alcarreñas terminaron repartidas entre una abadía de California (la de Nuevo Clairvaux en la localidad de Vinta, cuyos monjes reensamblaron la sala capitular), la Universidad de San Francisco (que se quedó con el portal) y el Jardín Botánico de la misma ciudad, donde se pueden observar muchos de aquellos sillares diseminados entre sus plantas como simples elementos decorativos.

Existen muchos más casos de expolios. En el museo de la universidad de Princeton, por ejemplo, tienen una balaustrada que en el siglo xv perteneció a un palacio en el carrer de l'Aigua de Palma de Mallorca, pero, a mí, lo que más he ha impactado ha sido ver la rejería de la catedral de Valladolid en una sala del MOMA (el museo

de arte moderno de la ciudad de Nueva York). Quince metros de alto por doce de ancho de un hierro forjado con un diseño exquisito. Una obra maestra del arte barroco español que le arrancaron sin pedir permiso a la Ribera del Duero. El día que la contemplé, entendí cómo debe de sentirse un egipcio cada vez que vea la sala dedicada a sus antepasados en cualquier museo.

El cartelito explicativo del MOMA decía que la rejería vallisoletana había sido pagada a una peseta y quince céntimos el kilo. Una suma generosa, al parecer, pues estuvo por encima de la tasación sugerida por el herrero-cerrajero local, un tal señor Cid, con el fin de redondear la venta en quinientas pesetas. Aclaraba, además, que, en compañía de la susodicha reja, habían viajado también desde el puerto de Valencia y con destino al Bronx «una colección de hierros sueltos e inservibles». Se refería a los balaustres forjados en hierro macizo de cuatro pulgadas de diámetro en los nódulos y al zócalo de piedra de Campaspero al que, por lo visto, tampoco se le vio utilidad entonces en Valladolid. La pieza, concluía el texto, era profundamente valorada por el museo neoyorquino. Ya te digo.

A comprar iglesias en España se apuntó también el hombre más rico del mundo, John Davison Rockefeller (que pasaría a la historia por fundar la Standard Oil y por darle nombre al cuervo del ventrílocuo José Luis Moreno). Rockefeller financió una exhibición permanente de arte medieval en las afueras de Nueva York conocida como «The Cloisters» (los claustros). El conjunto monumental incluye la capilla segoviana de Fuentidueña.

Es decir, que apenas transcurridos veinte años del desastre del 98, España pasó de ser el enemigo número uno de Estados Unidos a convertirse en el becerro de oro. ¿Qué estaba pasando? James Fernández, catedrático de la Universidad de Nueva York, me introdujo su propia teoría con la siguiente frase: «Nada ocurrió de forma inesperada».

—A ver —le respondí yo en espera del razonamiento.

Y llegó. Bien planteado y con sus citas debidamente documentadas. Date cuenta de que estamos hablando de un catedrático universitario de gran prestigio y con plaza fija. Un profesor con vacaciones pagadas, trienios y todas las gaitas. Un tipo, nieto de español, que además había ejercido como director del campus universitario de NYU en Madrid, y que conocía tan bien la historia de la relación entre España y Estados Unidos que había montado junto a su amigo el cineasta asturiano Luis Argeo una exitosa exposición llamada «Inmigrantes invisibles». La muestra fue estrenada en Washington y Madrid y ahora viaja itinerante por capitales españolas y americanas. En ella, a través de fotos, películas y artefactos, se recoge la desconocida historia de los españolitos que se vieron obligados a emigrar a Estados Unidos, entre los años 1868 y 1945. Fascinante. Aquellos inmigrantes invisibles descendían del barco en el muelle de Nueva York con un número de teléfono apuntado en un papel que llevaban prendido con un alfiler en su chaqueta. Al salir de Ellis Island, tenían que marcar ese número y el contacto en Nueva York les asignaba un destino. «Tú te vas a pastorear a Idaho. Tú, de minero a West Virginia. Tú, a cortar caña de azúcar a Hawái. Tú, a Florida a liar tabaco en las factorías de Tampa». Y así.

Con estos datos te podrás hacer una idea del conocimiento exhaustivo que poseía Fernández en la materia a debatir y de lo importante que hubiese resultado en ese momento que yo guardase un respetuoso silencio para permitirle exponérmelos en un improvisado Power Point. Pues no pudo ser. En lugar de ello, tragué saliva y, robándole protagonismo, me atreví a formular la pregunta que llevaba un rato ya rondándome la cabeza.

—No tendrás una cervecita, ¿verdad?

—Sí, claro.

Sacó dos botellines de Modelo Especial. Cerveza de México, como su encantadora mujer, Marisa, una científica que andaba liada con sus cálculos en un cuarto contiguo.

Tragado el primer buche y con gran dolor de mi corazón, me vi entonces en la obligación de comunicarle la verdad.

—Modelo ha dejado de ser mexicana —le dije.

—No lo sabía —me confesó con pena.

—Pues siento haberte dado el disgusto. Dos Equis, Sol, Tecate y Bohemia fueron compradas por Heineken. Corona, Modelo, Pacífico y Victoria pertenecen al grupo belga Anheuser-Busch InBev, los dueños de Budweiser.

La información me la había soplado un camarero en Guadalajara (la Guadalajara mexicana) cuando fui a presentar mi novela *Marcelo* a la feria del libro de la ciudad. Pedí una Modelo Especial y el tipo me miró con disgusto.

—Pídase una mexicana, señor.

Me quedé atónito hasta que ya me contó que la mayoría de las cervezas mexicanas habían dejado de serlo, y me ofreció probar una local que hacían allá mismito. Un poco áspera, si quieres que te sea sincero.

James me agradeció aquellas importantes revelaciones (no sabría yo decirte si de corazón o no), se mesó la barba y enseguida volvió al asunto que originalmente había motivado nuestro encuentro: a ese frenesí que el hispanista Richard Kagan había descrito tan acertadamente como «el embrujo de España». Hablamos, para centrarnos, de los felices años veinte *(les années folles),* cuyo recuerdo nos suele llevar siempre hasta el barrio de Montparnasse en París. Sin embargo, si bien es cierto que en la capital francesa (donde se celebraron los juegos olímpicos de 1924) reinaban estrellas internacionales de la talla de Coco Chanel, Josephine Baker, Marc Chagall o Amedeo Modigliani, no es menos cierto que muchos de ellos (incluidos los músicos españoles) estaban ya recogiendo los bártulos para trasladarse a la nueva capital de la cultura: Nueva York.

En noviembre de 1915, la Chicago Symphony Orchestra estrenaba el *Dante* de Enrique Granados y, en vista del tremendo revuelo despertado por la música española en la ciudad de los vientos, tan

solo dos meses más tarde, la Metropolitan Opera de Nueva York se animó a poner en pie otra obra del compositor: *Goyescas*. Granados viajó al estreno y se armó la remolina. Enseguida se despertó el apetito por compositores e intérpretes de España. Se cursaron invitaciones a un joven Pau Casals, que giró por los escenarios de Estados Unidos y salió alzado por la crítica como el mejor chelista de todos los tiempos. Y, en esta misma «hora de España», todo *New York* asistiría estremecido en 1923 al estreno de *El sombrero de tres picos* de Manuel de Falla.

Con la pintura ocurriría tres cuartos de lo mismo. Después del viaje de Sorolla, en el otoño de 1924 le seguiría Ignacio Zuloaga. Llegó a bordo del trasatlántico Majestic y, según la crónica de *The New York Times*, no encontró palabras para describir la honda emoción que le produjo la visión de la silueta de los rascacielos recortados en el horizonte «arrojando luz al oscuro de la noche con todas sus ventanas iluminadas».

«Zuloaga llega con cuarenta y cuatro pinturas bajo el brazo, incluyendo algunos paisajes que no han sido expuestos nunca hasta ahora», relataba el periódico. «Al artista, que habla inglés con fluidez, le preguntamos si tenía pensado montar un estudio aquí para pintar. "¿Un estudio?", nos respondió incrédulo. "No, pero tengo un sitio en el que puedo hacer algunos retratos si encuentro a la persona adecuada que entienda lo que significa un retrato. Muchas veces quieren que les cambie la boca o los ojos para que su familia pueda contemplarles ensimismada. Yo no hago ese tipo de retratos"».

No quiso hablar de política. Le preguntaron por la recién terminada dictadura de Primo de Rivera, por la popularidad de la monarquía, por la posibilidad de que España se convirtiera en una república, pero lo único que consiguieron arrancarle a Zuloaga es que soñaba con un país en el que le dejasen pintar. Eso sí, se refirió largo y tendido a su amigo el matador de toros Juan Belmonte, que se encontraba entonces toreando en la plaza de Lima, Perú, pero que iba a venir pronto a visitarle a la gran manzana y del que

llevaba realizados ya entonces tres retratos. También aprovechó para manifestar que la fiesta debería prescindir de los caballos, pues no compartía la necesidad de sacrificarlos en el arte de la pica.

Setenta y cinco mil personas visitaron su magna exposición. Un éxito clamoroso que le supuso numerosos encargos por parte de las damas de la alta sociedad para ser retratadas por sus pinceles. Zuloaga aceptó el reto, pero las retrató con el pelo suelto, amplio escote, un abanico en las manos y un castillo de ensueño español en el horizonte, tal y como puede observarse en el célebre retrato de Alva B. Gimbel que hoy es admirado por el público que visita el Metropolitan. Sobre aquel fenómeno, el ya mencionado crítico musical Van Vechten dejó escrito el siguiente comentario: «Las mujeres estadounidenses visten hoy ropas españolas. Miriñaques de la época de Velázquez. Volantes con lazos como los de la duquesa de Alba retratada por Goya. Mantillas, peinetas y flequillos con caracolillos de España, España, España».

La fascinación por lo hispano (para el público de entonces, español y mexicano venían a significar la misma cosa) siguió su camino con Dolores del Río triunfando en las pantallas haciendo de Ramona en la película homónima o con Douglas Fairbanks interpretando el papel del Zorro. James Fernández me explicó la razón de esta figura sea aún tan conocida:

—En los años anteriores a la guerra de Cuba, entre 1895 y 1898, predominaba en Estados Unidos un discurso hispanófobo. Las peores cosas que se han dicho sobre España en toda la historia se dijeron aquí a finales del siglo XIX. William Randolph Hearst, deseoso de provocar la intervención en Cuba, pintó con una tinta negrísima a los españoles. Se publicaron caricaturas espantosas de políticos y líderes de España en sus diarios. Falacias que, a base de repetirse machaconamente, terminaron calando en la cultura popular. En los Estados Unidos de 1898 los términos «español» e «inquisición» se consideraban sinónimos. Reinaba el odio y el miedo hacia todo aquello que sonase a hispano. Luego llegó la guerra, nos quedamos con las islas del Caribe y, de repente, por arte de magia, apenas

unos años después, molaba todo lo hispano. Se nos vendió la cultura española como exótica, misteriosa e, incluso, libidinosa. De lo más apetecible. Las mujeres soñaban con un *latin lover* y los hombres con una «mujer fatal».

Nueva mención a Gilda. Poco a poco, nos vamos aproximándonos a Rita Hayworth. Estamos cada vez más cerca.

—El punto de inflexión entre el odio a muerte y la pasión desmedida de Estados Unidos por España se produjo en 1918 —continuó Fernández.

¿1918? Justo el año en que nació Margarita Cansino, fíjate tú la coincidencia. ¿Habría sido la Hayworth la culpable de todo aquel sinsentido? Por lo visto, no.

—Coincide con el final de la Primera Guerra Mundial —me aclaró James.

Año de 1918. El día 11 del mes 11 a las 11 de la mañana se firmó en Europa el armisticio. Ya nadie se acuerda del dato, pero nuestros abuelos mantuvieron aquellos tres onces en su cabeza de forma permanente hasta el final de sus días. Nosotros el once lo asociamos a los atentados de las torres gemelas. Vete a saber tú con qué lo asociarán las generaciones venideras. El caso es que, terminada la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos quiso olvidarse de Europa y sus horrores y volvió los ojos hacia Sudamérica. A este cambio de enfoque contribuyó de forma decisiva la euforia popular que había desatado en 1914 la exitosa construcción del canal de Panamá, que surca el istmo panameño pero que, no nos olvidemos, hasta 1999, era propiedad de los Estados Unidos. El sueño de Magallanes, de Henry Hudson y de tantos otros exploradores por encontrar un paso natural que comunicase el océano Atlántico con el Pacífico y ahorrase a las tripulaciones dar la vuelta a todo el continente americano lo acababa de hacer realidad el presidente Theodore Roosevelt. A base de dinamita, eso sí, y gracias a la pericia del mismo ingeniero francés que había levantado en París la Torre Eiffel.

Con la apertura del nuevo canal se había rehabilitado el viejo sueño del panhispanismo. Un ideal platónico que anhelaba la unidad

de todos los pueblos hispanos y que, desde Estados Unidos, se interpretaba como un continente unificado…, pero con capital en Washington D. C., faltaría más. Ahora que Estados Unidos controlaba todo el tráfico marítimo del hemisferio, ¿por qué no añadirle a la unión tierras exóticas con gentes románticas, frutas tropicales y patios con una bonita fuente en medio? Empezaba el frenesí español que Fernández calificaba de «burdo». «O mejor de borroso, si lo prefieres», me aclaró enseguida. «El caso es que entendamos que los estadounidenses de principios del siglo XX no sabían diferenciar el tango de Gardel de las coplas de la Meller».

Hablamos de una época en la que se puso de moda por todo Estados Unidos el estilo arquitectónico *moorish revival*, basado en la arquitectura andaluza de influencia morisca, y durante la cual proliferaron torres que imitaban a la Giralda de Sevilla. La primera fue la Electric Tower erigida en el centro de la feria universal de 1901 en Búfalo, Nueva York, para celebrar el descubrimiento reciente de la electricidad. Con las cataratas del Niágara a la vuelta de la esquina y, por tanto, con una capacidad sin límites para producir energía eléctrica, no te puedes ni llegar a imaginar el alarde de bombillas que se marcaron los organizadores del evento para iluminar aquella giralda en la noche. De todos los rincones llegaron visitantes a admirar el prodigio de la Ciudad del Arco Iris. Hoy, la giralda de imitación más conocida se encuentra en el Country Club Plaza de Kansas City, estado de Misuri. No te extrañe, pues, que aquella ciudad del *far west* esté hermanada con la de Sevilla. De hecho, Kansas City tiene una avenida con su nombre en la capital andaluza. Lo cual me trae a la memoria un acertijo que me planteó hace años un taxista cuando circulábamos precisamente por ella:

—¿Sabe usted en qué se parece una diligencia a una silla?

—Ni idea.

—Ea, pues que la diligencia es para llevarte a Kansas City y la silla es por *si ti cansas*.

Seguimos. Hay otra giralda, de setenta y cinco metros de altura, transformada en la torre del reloj del Ferry Building que preside el

embarcadero de San Francisco, y otra más en el barrio de Coral Gables de Miami, en este caso de diez pisos y que corona el conjunto arquitectónico del lujoso Hotel Biltmore. Y hubo una quinta, en Nueva York, posiblemente la más bella de todas, diseñada por el famoso arquitecto Standford White. Ya no está. La tiraron abajo, como la estación de tren de Pennsylvania y tantas otras joyas de la arquitectura estadounidense de finales del siglo XIX y principios del XX. Aquella giralda (ubicada en la plaza de Madison, de ahí el nombre) fue la sede del primer Madison Square Garden. Luego demolieron la estación de tren de Penn y construyeron el nuevo pabellón de deportes (en el que juegan ahora los Knicks) encima de sus vías. Y paro de contar, aunque puede que haya alguna otra giralda más por ahí que se me escape.

Con la Alhambra de Granada pasó tres cuartos de lo mismo. El pintor Frederick Church, famoso por sus idílicos paisajes del valle del río Hudson (algunos de los cuales pueden admirarse hoy en el museo Thyssen de Madrid), se construyó una exótica mansión mirando a las montañas Catskills que trata de emular al palacio árabe. Lo mismo se intentó con la suntuosa Villa Zorayda de San Agustín, en Florida, hoy transformada en museo. Y en Santa Fe, capital de Nuevo México, el templo escocés de 1914 se inspiró igualmente en aquel estilo, y su auditorio aparece decorado con un fresco enorme sobre el escenario que reproduce la capitulación de Boabdil ante los Reyes Católicos en la Vega de Granada. Además, el nombre de Alhambra se lo adjudicaron cientos de teatros repartidos por todo el país. Desde el Alhambra Ballroom de Harlem (en el que García Lorca disfrutaría como un loco de la música negra), hasta el Alhambra Theatre de la bahía de San Francisco (construido en 1926 y con capacidad para mil seiscientas personas), pasando por el Alhambra de Jacksonville, Florida, votado como el salón de fiestas número uno de Estados Unidos por los lectores del diario *USA Today*. Teatros que, sin duda, en la década de los años cincuenta proyectaron en sus pantallas las exitosas películas protagonizadas por Margarita Carmen Cansino.

Digamos que la carrera cinematográfica de esta niña, que apuntaba maneras como bailaora flamenca, empezó a la tierna edad de nueve años, en 1927, cuando su padre decidió emigrar a California convencido de que sus coreografías podrían aparecer en las películas. Entonces la pequeña Rita era todavía dócil y obediente. También, según cuentan, excesivamente tímida. En casa solía sentarse sola en el porche y pasaba las horas observando jugar a los demás niños. En el escenario era distinto. Se encendían los focos y le salía un desparpajo que agitaba a la sala entera. Tanto, que su padre no tardó mucho en convertirla en su pareja oficial de baile. Bajo el nombre artístico de Los Bailarines Cansino, Eduardo y Rita no pararon de actuar en los casinos flotantes de la costa californiana y en los clubes nocturnos de Tijuana, al otro lado de la frontera con México, adonde la llevaba el padre para saltarse las leyes estadounidenses que impedían trabajar a menores.

En 1931 Rita tuvo que sustituir a la pareja de su primo Gabriel en el escenario del Carthay Theater de Los Ángeles, donde solían contratar compañías de baile para amenizar la velada antes de la proyección de la película. A la prensa que estuvo presente no le pasó inadvertida la presencia de «una joven de catorce años, de busto prominente y aspecto provocativo». Desgraciadamente, tampoco al padre.

Aquel primer éxito comercial marcaría el inicio de una época traumática para la incipiente artista. Hasta entonces, su progenitor, profundamente frustrado por el hecho de que Rita no hubiese nacido varón, nunca la había tratado con cariño. A partir de entonces, le faltó al respeto. La obligó a abandonar los estudios, a teñirse el cabello de negro y a vestir trajes muy ajustados para darle una apariencia más madura. Se sucedieron abusos de todo tipo y una explotación laboral de la que Margarita solo consiguió escapar tras la firma de un contrato con la Fox en 1935 y que le daba un respiro de seis meses. Durante ese tiempo, se comprometía a interpretar papeles de extranjeras llamativas a las órdenes del productor Winfield Sheenan, quien había quedado prendado de su arte

después de verla actuar en el club nocturno Caliente, según me detalló James Fernández: «Rita salió al mundo del cine como una morenaza sevillana de pelo negro. Sus primeros papeles, de hecho, los firmó con su verdadero nombre, Rita Cansino, y se limitaron a modestas interpretaciones de mujeres no necesariamente hispanas; también le tocó hacer alguna vez de rusa o de egipcia. Hasta que decidió cambiarse el apellido por el de Hayworth y se transformó en la pelirroja despampanante que los espectadores rápidamente identificaron como la novia de América. De hecho, durante la Segunda Guerra Mundial se convirtió en el rostro de mujer más popular entre los soldados del frente. Allí se ganó el título de *pin-up girl* (del verbo compuesto *pin up*, pinchar con una chincheta) debido a las miles de fotografías de ella que los soldados colgaron en sus taquillas, dormitorios y tiendas».

El cambio radical de imagen de la Cansino lo achacan al capricho del segundo de sus cinco maridos, el actor, guionista y director de cine Orson Welles. Genio de voz grave capaz de convencer a sus oyentes de radio de que el planeta Tierra acababa de ser invadido por los marcianos, o a los telespectadores de que Carlsberg era, probablemente, la mejor cerveza del mundo, Welles utilizó también sus dotes de persuasión para que Rita se tiñese el pelo. Y la crítica vio que era bueno. Con anterioridad, el estudio se había encargado de matricularla en clases de interpretación, baile y equitación, y había conseguido que perdiera peso gracias a una tabla obligatoria de ejercicios diarios.

La convivencia con Welles no debió de resultarle nada fácil. El de Wisconsin se debía a su trabajo y, cada vez que se metía en un proyecto, se olvidaba del resto del mundo (esposa incluida). Como director de cine, Orson había logrado hallazgos tan notables como el de hacer un agujero en el suelo del decorado de *Ciudadano Kane* para poder colocar la cámara a la altura de los pies de los actores. Este nuevo tipo de plano cambiaría para siempre la historia de la filmación, mostrando por vez primera los techos y, sobre todo, reforzando en contrapicado la imagen de hombre poderoso del

magnate William Randolph Hearst. Como marido, Margarita Hayworth solo pudo aguantarle tres años. Sin embargo, a lo largo de sus vidas ambos compartirían siempre un amor desmedido por España. El de Rita, que no visitaría nuestro país en ninguna ocasión, basado en historias familiares nostálgicas; el de Orson, debido a las largas temporadas que pasó en nuestro país.

El embrujo español le había atrapado a Orson a la edad de diecisiete, cuando se dejó caer por el barrio sevillano de Triana, y dicen que volvió encantado de tantas cosas maravillosas que vio por allí. De hecho, aquel pellizco ya nunca más le abandonaría, puesto que, como le gustaba repetir al americano, en España la alegría, tanto de noche como de día, nunca llegaba a tener fin. Bueno, baste decir que Welles optó por quedarse a dormir para siempre en Ronda. En esa ciudad malagueña yace enterrado, junto a su última esposa, en un panteón privado que le construyó en su finca su amigo el diestro Antonio Ordóñez.

En una de las películas que rodó Orson Welles en España participó el actor Luis Ciges. No sabría ahora decirte si como actor. Igual, por aquel entonces, todavía Ciges se hacía cargo de la truca (eso que hoy llamamos los efectos especiales). El caso es que Luis nos relató una anécdota sobre el director que revela de forma certera el tipo de personalidad del divo. Durante uno de los ensayos de *Aquel ritmillo*, el primer cortometraje de mi hermano Javier, Luis nos soltó de pronto que, abro comillas dos puntos: «Welles tenía contratado a su servicio a un viejo conde español arruinado». Te puedes imaginar el arqueo general de cejas. «Orson era un tipo iracundo y con un punto de crueldad —prosiguió Ciges su relato como sin darle mucha importancia—. Tenía unos cambios de temperamento terribles y contrató a aquel conde arruinado como antídoto personal contra el estrés. El acuerdo era pagarle un dinero generoso a cambio de poder pegarle patadas en el trasero cuando le viniese en gana. Como Welles odiaba a la aristocracia, cada vez que se cabreaba le metía encantado una coz al conde. Para desahogarse. Qué cosas».

Qué cosas. Con una personalidad de estas características, no me extraña que su matrimonio con la hispanounidense durara lo que la serie *Los Tudor*, tres temporadas. Luego dicen que, siendo ya los dos bastante ancianos, tuvieron un reencuentro en el que Rita se aventuró a confesarle:

—Mis mejores años fueron los que pasé contigo.

A lo que dicen que Wells, sin pensárselo dos veces, repuso con una pulla:

—Cariño, si los mejores años de tu vida han sido los tres que pasaste conmigo, no puedo ni imaginarme lo tristes que han debido de ser los otros.

Terminamos de desayunar. Sarah busca en Apple Music el *Put the Blame on Mame*, la canción de la escena del striptease del guante que consagró a Rita Hayworth como una de las grandes leyendas de Hollywood. Nacía la mujer moderna e independiente. Y, aunque nosotros no lo sabíamos, era española.

—Menudo susto lo de Crystal con el oso, ¿eh? —me recordó.

—Ya te digo.

Cada loco con su tema.

La increíble isla menguante

Me llamó Sarah para ver si nos animábamos a acercarnos a Cooperstown.

—¿Y eso?

—Unos amigos de Steve y Alice no pueden ir y nos ofrecen sus entradas para ver *West Side Story*.

¿Cooperstown? Por supuesto. Es un pueblecito de ensueño a orillas del lago Otsego, en el centro del estado de Nueva York, cuya visita es lo más parecido a hacer una inmersión en una ilustración de Norman Rockwell. Hay que seguir la carretera 28, esa que alguien bautizó como «la ruta de la aventura» y por la que suelen pasear en Harley pelotones de motoristas con barbas largas y cascos de la Segunda Guerra mundial. El paisaje es puro verde que te quiero verde, como el de Asturias porque, de hecho, Nueva York es también tierra de manzanos y lagares de sidra.

Por la carretera fuimos contando las águilas que se recortaban en el firmamento. En la década de los sesenta, las águilas calvas estuvieron a punto de extinguirse hasta del escudo nacional. El uso masivo del pesticida sintético DDT interfirió en su capacidad de producir calcio y provocaba que las cáscaras de sus huevos fueran tan extremadamente finas y frágiles que se rompían por el peso de los padres durante la incubación. Su presencia se redujo a cuatrocientas parejas. *Not anymore, my friend.* Fue prohibir el DDT y esperar veinticinco años a que la tierra absorbiera su veneno, y desde entonces las águilas calvas reinan otra vez en los cielos.

Pasamos de largo el National Baseball Hall of Fame, un santuario para los amantes del único deporte que se practica mascando chicle,

dejamos atrás la reproducción de una aldea del siglo XVIII habitada por actores que representan la vida de los colonos de aquella época, y nos acercamos al auditorio de música que se levanta a orillas del lago.

—*West Side Story* es el musical más trascendental de la historia de Broadway —sentenció Steve Siegel al salir del aparcamiento.

La gracia de aquel montaje, por lo visto, según nos contó Steve, residía en que respetaba la coreografía original que le había valido un Tony a Jerome Robbins en el estreno de 1955. La historia, dada a conocer al público más joven por la película de Spielberg, venía a retratar el drama universal de Romeo y Julieta, pero acompañado de música de Leonard Bernstein y libreto de Arthur Laurents. Esta vez en la ciudad de Nueva York y encarnado por miembros de dos *gangs* irreconciliables: los polacos blancos y los puertorriqueños morenitos. Eran tiempos en que a los recién llegados de Puerto Rico los llamaban «matacucarachas» en referencia a las punteras afiladas de sus botines con las que podían alcanzar las esquinas de las habitaciones y exterminar los insectos. Una historia de prejuicios superados solo a medias porque, si bien es cierto que se ha ido diluyendo el desprecio, muchos *niuyorkicans*, más que la integración, alcanzaron la indiferencia. Lo confirmó la portada de un diario de difusión nacional, el *USA Today*, el 26 de septiembre de 2017, nada más asolar la isla el huracán María: «Lo creas o no, Puerto Rico pertenece a Estados Unidos».

Hasta ese día, a más de la mitad de la población estadounidense se les había olvidado que existe Puerto Rico. En parte, porque nadie sabe muy bien qué significa realmente eso de ser un «territorio» de los Estados Unidos en lugar de un estado. También, porque empiezan a contarles la historia a partir de 1898, pero, si rebobinas tan solo unos meses, enseguida te das cuenta de que, en noviembre de 1897, España había concedido un estatuto de autonomía a Puerto Rico con dieciséis diputados y tres senadores en las Cortes de Madrid, lo que le proporcionaba a la isla un estatus muy cercano a la soberanía. Estalló la guerra del 98 y, dos años después, el Congreso

de Estados Unidos promulgaba una ley que reducía considerablemente sus derechos. Lo explica Juan González en su libro *La cosecha del imperio. Una historia de latinos en América*: «Con la Ley Foraker Puerto Rico pasó a tener un solo representante en el Congreso de Estados Unidos, y este no tenía derecho a voto. El Gobierno central asumió las competencias en sanidad, comercio, defensa, servicio postal y firma de tratados. El presidente de Estados Unidos nombraba al gobernador a dedo y el Congreso se reservaba el derecho a invalidar las normas aprobadas por el parlamento de la isla».

A la pérdida de derechos le siguió, como siempre, el empobrecimiento de sus ciudadanos porque carecían de instituciones a las que recurrir para defenderse: «La Ley Foraker remplazó el peso por el dólar, devaluando el valor de las propiedades, lo que facilitó que las compañías de Estados Unidos se hiciesen con las granjas de los locales. Como resultado, miles de agricultores independientes que cultivaban café en sus tierras pasaron a convertirse en peones a sueldo de los estadounidenses».

Comenzó el éxodo boricua. En 1900, dos mil hombres salieron de Puerto Rico para trabajar como picadores en las minas de hierro de Cuba, y más de cinco mil cortadores de caña se embarcaron en los puertos de Ponce, Mayagüez y Guánica con destino a Hawái. Iban contratados como braceros para trabajar en las plantaciones de azúcar de las denominadas «las cinco grandes», es decir, las compañías estadounidenses que entonces dominaban el mercado. Desembarcaban en Nueva Orleans, viajaban en tren a San Francisco y subían en un vapor que los llevaba a Honolulu. Durante muchos años, Oahu fue la mayor colonia de puertorriqueños en el extranjero.

«En 1914, frustrados por la intransigencia de Estados Unidos, la totalidad de los miembros de la Cámara de Representantes de Puerto Rico pidieron a Washington que les concediera la independencia. En flagrante oposición, el Congreso respondió con la Ley Jones-Shafroth de 1917, que les imponía la nacionalidad

estadounidense», explica González en su libro. Fue una maniobra del 27.º presidente, Woodrow Wilson, llevada a cabo un mes antes de entrar en la Primera Guerra Mundial para asegurarse la lealtad de la isla y veinte mil reclutas para la defensa del Canal de Panamá.

«No fue hasta 1948, en respuesta a la presión de Naciones Unidas por terminar con el colonialismo, que el Congreso se vio forzado a permitir que los puertorriqueños eligiesen gobernador», continúa González. La aprobación de la Commonwealth de Puerto Rico, una forma vaga de autogobierno, en 1952 provocó en la década de los cincuenta un éxodo sin precedentes de hispanos a Estados Unidos: *West Side Story*. Un movimiento imparable puesto que, al ser ciudadanos estadounidenses, las barreras legales no eran un freno para migrar. Extranjeros en su propia tierra. El poema «Qué será» de José Feliciano de 1981 describía perfectamente la experiencia de esa diáspora:

> *Pueblo mío que estás en la colina*
> *tendido como un viejo que se muere.*
> *La pena, el abandono*
> *son tu triste compañía,*
> *Pueblo mío, te dejo sin alegría.*
> *Ya mis amigos se fueron casi todos*
> *y los otros partirán después que yo.*
> *Lo siento porque amaba*
> *su agradable compañía,*
> *mas es mi vida, tengo que marchar.*

Hoy, Puerto Rico sigue siendo una colonia. Washington lleva convocados siete referéndums para decidir su estatus. Todos polémicos. Ninguno de ellos vinculante. El último, de 2024, como los tres anteriores, salió a favor de convertir la isla en un estado, pero el Congreso continúa dando largas. Ni contigo ni sin ti. Admitir a Puerto Rico en el club de los estados supondría hacerse cargo de su deuda, y dejarlo marchar sería perder el lugar con la tasa per cápita de reclutamiento militar más alta. Si la agonía se alarga, igual en el

próximo plebiscito se podría introducir la opción de volver a formar parte de España. Lo digo porque, aparte de que peninsulares y boricuas compartimos cultura, idioma e historia en común, en los días posteriores a la tragedia del huracán María, un español se encargó de volver a atar todos aquellos lazos. Se trataba de un hombre que procedía de Estados Unidos, pero con apellido asturiano; un hincha del Barça afincado en Washington D. C. que en 2017 consiguió la proeza de repartir un millón de comidas calientes entre los más necesitados del archipiélago.

Lo voy a explicar desde el principio.

El 20 de septiembre de 2017, los vientos del María habían elevado el agua del mar dos metros y medio por encima de su nivel y la habían arrastrado, a una velocidad de 241 kilómetros hora, por encima de la Isla Grande, Vieques, Culebra y las islas e islotes menores. Desde La Mona hasta la Caja de Muertos. El resultado: ciento sesenta mil viviendas destruidas, más de cuarenta mil desprendimientos de tierra, treinta millones de árboles derribados y la práctica totalidad de las carreteras y de los cultivos desaparecidos. Trump, que le había ofrecido a Dinamarca cambiarle Puerto Rico por Groenlandia, se presentó en San Juan, arrojó un par de rollos de cocina a los periodistas que cubrieron la rueda de prensa y se felicitó a sí mismo porque, gracias a su gestión, solamente había habido que lamentar dieciséis víctimas mortales. Tardaría en aflorar la lista de la verdad, con tres mil nombres, muchos de ellos fallecidos en días posteriores al huracán precisamente por falta de asistencia. Mientras tanto, en silencio, una joven organización llamada World Central Kitchen, fundada por el cocinero José Andrés en 2010 para socorrer a los supervivientes del terremoto de Haití, empezaba a dar de comer a miles de víctimas.

Por eso, el 23 de abril de 2026 en el museo de Historia Natural de Nueva York, durante la celebración de la gala anual de la Hispanic Federation, los vítores y aplausos unánimes no fueron para la gobernadora Kathy Hotchul, ni para el alcalde Zohran Mamdani, ni para la presidenta que pudo ser Hillary Clinton. Ni siquiera para el

Hamilton del pueblo y anfitrión de la velada, el compositor Lin-Manuel Miranda. Los vivas se los llevó José por haber conseguido activar a los chefs de Puerto Rico. Cocineros que, obviamente, sabían y podían cocinar para su gente, pero habían perdido la capacidad de hacerlo al verse obligados por el huracán a cerrar sus restaurantes. WCK les brindó la oportunidad única de reabrirlos con la finalidad de ayudar triplemente a su país en la emergencia: comprando producto a sus compatriotas, manteniendo las cocinas de sus restaurantes abiertos y, por tanto, los puestos de trabajo de sus compatriotas. ¡Sencillamente *brilliant*!

—Los chefs tenemos la mente preparada para las emergencias porque en una cocina te pasas las horas salvando conflictos —recuerdo que me había comentado en más de una ocasión José Andrés.

Camino de su restaurante Jaleo, en D. C., José caminaba todos los días por delante de la casa de Clara Barton, la fundadora de la Cruz Roja Americana, y de alguna manera soñaba en que la inspiración de aquella mujer le llevara a fundar una organización similar que tuviera que ver con dar de comer a la gente. Era consciente de que existían numerosas organizaciones destinadas a combatir hambrunas, pero todas afrontaban proyectos a medio o largo plazo que requerían de grandes presupuestos, mucho personal y una infraestructura sólida. José Andrés pensó en un proyecto más modesto y de atención inmediata: «Nada más producirse la tragedia hay gente que empieza a pasar hambre y no puede esperar a que llegue la ayuda. Ni un día, ni dos, ni cinco horas. Necesitan comer ya. World Central Kitchen está para dar respuesta a ese problema inicial. Activamos a la gente del lugar de la catástrofe, usamos su conocimiento y su logística y cocinamos con productos locales para empezar a echar una mano en la recuperación económica. En cuanto se asientan las grandes organizaciones, dejamos que tomen el relevo y nos vamos».

En Puerto Rico, José puso en pie a un ejército de chefs y voluntarios que desde ocho cocinas lograron servir comida caliente a

sesenta localidades. Veinte mil raciones de comida al día. Un menú cocinado en Puerto Rico, por gente de Puerto Rico y con productos de Puerto Rico. Platos de comida caliente que se destinaban principalmente a familias que se habían quedado aisladas por la tragedia y a personal y pacientes de hospitales y residencias de ancianos sin víveres en sus despensas o sin suministro de agua potable. En una entrevista para *El Intermedio*, el programa de televisión de La Sexta en el que participo como corresponsal en Estados Unidos, José me lo explicó de esta guisa:

—Entregarle un plato de comida caliente a una persona significa reconocerle su dignidad. No es lo mismo servirle a alguien una sopa o un arroz con pollo en un plato y con cubiertos, que entregarle una bolsa de plástico con un sándwich de jamón y queso, un refresco de cola y un plátano. Y si encima le sirves a esa persona un menú elaborado con ingredientes que le resultan familiares, pues… ¡bingo!

Yo no podía estar más de acuerdo con mi amigo, pero le dejé caer que también le había visto servir paella en países no familiarizados con nuestra gastronomía. «La paella le gusta a todo quisque», zanjó el tema el chef, y se quedó tan campante.

Aún recuerdo con emoción el primer arroz que nos preparó en su casa. Hicimos una parada en la miniván camino de Virginia. A José le acababan de llegar los primeros hornos solares desde Barcelona para cocinar en Haití. Andaba emocionado. Como un chiquillo con zapatos nuevos. Eran los orígenes. Antes de Ucrania, Gaza y tantos otros sitios. Lo primero, nada más llegar, fue marchar al mercado a por ingredientes.

—¿La hago con caldo de pollo o con agua? —me preguntó a mí, como si yo tuviese alguna autoridad en condimentos.

Sin esperar mi respuesta cogió tres tetrabriks. Nos acercamos a la caja registradora. Pasaron las verduras por la cinta y, cuando estaban a punto de llegar al escáner los briks de caldo Aneto, me pidió que los devolviese a la repisa.

—Déjate de historias. La voy a hacer con agua. Bum —sentenció el cocinero.

Mientras bullía el arroz, la encantadora mujer de José, Tichi, nos contó la aventura que le había tocado vivir en la aduana del aeropuerto. La detuvieron porque, al decir que era oriunda de Algeciras, le entendieron que era un miembro de Al-Jazeera (la televisión de Catar) y se pusieron nerviosos. Oh, oh, oh. Para qué te cuento más. Por lo visto, el segundo 11-S estaba en peligro de activación. Yo sabía a lo que se refería porque también me tocó pasarme horas retenido en ese «cuartito». Fue una vez que vine a visitar a Sarah a Washington cuando éramos novios. Quise sorprenderla por su cumpleaños y, como no pude coger más días libres, volé de viernes a domingo. Al de la aduana no le cuadraba. Muy muy sospechoso.

Fue en aquella comida familiar cuando escuché por vez primera a José soltar una frase que no tardaría en convertirse en máxima: «Un cocinero alcanza la gloria dando de comer a unos pocos, pero consigue la verdadera felicidad cuando puede dar de comer a muchos».

El auditorio entero de la primera planta del museo de Historia Natural (esa sala que tiene una ballena reproducida a escala natural colgando del techo) se puso en pie cuando la repitió en la gala de la Hispanic Foundation. Muchos de los presentes eran de origen puertorriqueño. Tierra de ciclones. Fenómenos naturales que le habían causado al Imperio hispánico la pérdida de centenares de navíos. En especial, en el peligroso trayecto que iba desde Veracruz hasta La Habana. Dos de cada diez barcos botados en España entre los siglos XVI y XIX terminaron engullidos por las aguas del Caribe. Dicho de otra manera: si te embarcabas en Cádiz allá por el 1600 en un velero con destino al Golfo de México tenías un veinte por ciento de posibilidades de no llegar a tu destino.

Uno de los primeros en experimentarlo fue el caballero andante Pánfilo de Narváez. Competidor acérrimo de Hernán Cortés, Narváez había desembarcado en 1528 en Tampa, Florida, con una tropa de trescientos soldados y cuarenta caballos. Soñaba con encontrar en Norteamérica cantidades de oro que superasen a las halladas dos

años antes por Cortés en México. Iba a conquistar las legendarias Siete Ciudades de Cíbola, pero a los indígenas *apalachee* por metales preciosos no les venía nada en el diccionario. El material amarillo más valioso que conocían eran las mazorcas de maíz. Narváez recurrió a la fuerza bruta: «Nani, ¿dónde está el oro?».

El vertido de sangre inocente resultó inútil. Nada ocultaban los apalaches y nada podían cantar. Tras seis meses de acoso continuado, los nativos lanzaron un contrataque de tal ferocidad que los doscientos cuarenta españoles supervivientes terminaron acorralados en la playa de San Marcos de Apalache (hoy Saint Marks) sin otra salida que la de hacerse a la mar. Cortaron ramas de pino, las entretejieron con hojas de palma y las forraron con la piel de sus caballos. Desgarraron sus camisas y las juntaron para fabricar velas. En septiembre de 1528, partieron con esperanzas de poder costear el continente hasta llegar a un asentamiento español en México. En la desembocadura del Misisipí les sorprendió una terrible tormenta. A Pánfilo y a ciento cincuenta de sus hombres se los tragaron de inmediato las olas. Solo cuatro de los que pudieron nadar a tierra firme conseguirían llegar con vida a Ciudad de México. Tardaron siete años en recorrer a pie los 3875 kilómetros que los separaban desde Luisiana. El más célebre de ellos, Albar Núñez de Cabeza de Vaca, tesorero de la expedición, se convirtió en el autor de *Naufragios*, el primer libro sobre antropología y etnografía de Estados Unidos.

Por repasar rápido las mayores tragedias causadas por los huracanes, en 1622 España perdió seis navíos y dos galeones, el Santa Margarita y el Nuestra Señora de Atocha (o sea, una embarcación dedicada a la Virgen del Esparto) en los cayos de Florida. Transportaban riquezas provenientes de Perú y de Colombia estimadas al valor de hoy en cuatrocientos millones de euros. Luego, en 1715, se hundieron otros once navíos de la misma Flota del Tesoro frente a lo que hoy es Miami. El mar reclamó un millar de vidas. Aparte, el desastre despertó el apetito por saquear los pecios hundidos. Como lo de Egipto, pero en el fondo de los mares. Motivo

por el que la Unesco se propuso en 2001 celebrar una convención para evitar más expolios. Se acordó que cualquier barco que llevase hundido más de un siglo pasaba a ser patrimonio de la humanidad, por lo que tanto a gobiernos como a empresas privadas se les prohibía comerciar con los tesoros submarinos. El único destino posible de lo extraído del fondo de los océanos había de ser un museo.

El problema, como casi siempre, es que los máximos inversores en rescates (Reino Unido y Estados Unidos) se negaron a ratificar el acuerdo. De hecho, hoy Florida mantiene vigente la antigua ley impuesta por la Corona de España en América: el Quinto Real. La fórmula, trasladada a Norteamérica por Pedro Menéndez de Avilés en 1565, consiste en un impuesto del veinte por ciento sobre tesoros, botines de guerra o metales preciosos hallados en el territorio. Era la tasa que financiaba la administración y defensa del imperio en América y que justificaba el envío de riquezas a la península, y que hoy en día sigue vigente. Así que, si te encuentras un doblón de oro medio enterrado en la arena de Cayo Hueso (hoy con su nombre cambiado a *Key West*) o de *Key Biscayne* (apodado *Key BiSpain* por la cantidad de compatriotas que han vuelto a habitarlo), tienes que declararlo en la renta y apoquinar, después de una pequeña subida, un veinticinco por ciento de su valor.

En 1750, frente a las costas de Virginia, España perdió a La Galga. Era una flamante fragata de guerra que se dedicaba a escoltar a los convoyes del Tesoro. Yo me enteré de su existencia en la segunda parte del viaje, una vez nos despedidos de Tichi y de José en Washington y llegamos a Accomac. Hasta aquella esquina de Virginia se habían mudado desde Rhinebeck nuestros amigos Linda y Steve Levine. Steve es un formidable artista que, en lugar de pintar lienzos, restaura mansiones y jardines de época hasta devolverles su antiguo esplendor. Conseguido su objetivo, los pone a la venta y se muda al siguiente proyecto. La de Accomac la había revitalizado con tal acierto que daba la impresión de que iba a bajar de un momento a otro por la escalera principal el general

Washington a darnos la bienvenida. Steve y yo desarrollamos una buena amistad a base de salir a dar paseos por el monte. Hubo una época en que yo le pedí el favor de que interrumpiese los reportajes sesudos que yo elaboraba para *El Intermedio*, simplemente apareciendo de golpe y diciendo a cámara: «¡Albóndigas!». Absurdo por completo. Espero que a alguien le hiciese la misma gracia que a nosotros. El caso es que le echaba de menos y mi amigo nos propuso que bajásemos a visitar con Linda y con él la isla de Tangier, un atolón condenado a desaparecer inevitablemente bajo las aguas del Atlántico. La increíble isla menguante.

Verás qué historia.

Para situar la isla en el mapa, lo mejor es poner el dedo índice sobre Manhattan, que resulta fácil de localizar, y luego ir bajando. Pasas de largo Nueva Jersey, donde los Soprano, y te topas con la península en la que se ha hecho hueco un estado que solo se menciona cuando hay algún juicio por corrupción económica: Delaware. Ahí lo mejor es hacer *zoom* con los dedos hasta que aparezca la carretera 13 dividiendo en dos el apéndice. De momento, el número ya nos dice algo, puesto que en Estados Unidos las carreteras con números impares van de norte a sur, y las pares, como la famosa *Route* 66, lo hacen de este a oeste. O sea, que seguimos bajando.

A medio camino de esta ruta 13, veremos que se acaba Delaware (el segundo estado más enano después de Rhode Island) y aparece la frontera de Maryland. Seguimos por una panza que comienza a estrecharse y atravesamos otra línea de puntitos: la frontera de Virginia. Ya casi estamos. Como la rumba de Paco de Lucía, nos encontramos entre dos aguas; hacia el este, el océano Atlántico infinito y, hacia el oeste, una bahía inmensa donde se refugian los portaaviones de la Marina estadounidense: Chesapeake Bay. Obviamos pronunciaciones. Llegamos. Bienvenidos a uno de los secretos mejor guardados por las agencias de turismo de Estados Unidos: la *Eastern Shore* de Virginia, un paraíso con temperaturas moderadas donde crecen los bananos y sobre cuyas playas de arena

blanca sobrevuelan los pelícanos. Un lugar idílico que nadie imagina que pueda existir a tan solo un tiro de piedra (en realidad, un puente-túnel de veintiocho kilómetros) del Benidorm de Estados Unidos: Virginia Beach. Pero existe. Aquí perdimos La Galga de Andalucía.

Construida en 1731 en los astilleros de Cádiz, la fragata, de treinta y seis metros de eslora y armada con cincuenta y seis cañones, encalló a la altura de la pequeña isla de Assateague. De las cabalgaduras españolas que escaparon a nado proceden hoy las manadas de caballos salvajes *(wild ponies)* que galopan libres por sus playas. La Galga desapareció bajo las aguas cargada hasta las trancas con tabaco de la Real Compañía de La Habana y toneladas de caoba destinadas a la decoración interior del suntuoso palacio que Felipe V había iniciado en Madrid y que su cuarto hijo, Fernando VI, estaba a punto de terminar. Los detalles sobre el desgraciado hundimiento los inmortalizó su capitán, Daniel Huony, ante el tribunal que le juzgaba: «El naufragio ocurrió a dos barcos de distancia de la costa y frente al límite que marca la frontera entre los estados de Maryland y de Virginia».

Sin embargo, su localización trajo de cabeza a historiadores y a cazarrecompensas de medio mundo hasta su feliz hallazgo en 1983. Ocurrió cuando al investigador John Amrhein se le ocurrió aportar un dato que a otros se les había pasado por alto: «Las dunas tienen vida y, por lo tanto, se mueven».

La fragata española apareció, al fin, en tierra firme. La encontraron escarbando en la arena. La resolución del misterio nos lo desveló Steve a los postres de la cena, justo antes de invitarnos a visitar con ellos Tangier al día siguiente. «Ahora o nunca», nos dijo, porque el atolón (una superficie de tres kilómetros cuadrados que se elevaba un metro sobre el nivel del mar y que pierde cada año cinco de costa) estaba a punto de sumergirse para siempre bajo las aguas. Al parecer, sus cuatrocientos cincuenta habitantes llevaban veinticinco años solicitando ayuda al gobierno federal para mantenerse a flote y eran conscientes de que, si no llegaban pronto

los refuerzos, no les iba a quedar otro cuarto de siglo para contarlo. Accedimos a la visita encantados, pero, antes, nos tocó hacer un repaso del viaje.

Desde Rhinebeck, Nueva York, hasta Accomac, Virginia, habíamos recorrido la misma distancia que separa Madrid de Berlín, por si la comparación le ayuda a alguien a hacerse una idea de la enormidad de Estados Unidos. En Pensilvania pasamos dos días en territorio Amish. Primero en Churchtown, mucho más auténtico, y luego en Intercourse, que es donde se halla el mercado. Resulta chocante ver a mujeres cargadas con bolsas de la compra en bicicletas sin pedales. Las impulsan como patinetes, apoyando un pie en el asfalto, porque los Amish no aceptan ninguna invención que altere la creación divina. Ruedas sí, pero cadenas, piñones y pedales no. No sé, alguien tendría que explicarme mejor los matices de una cultura orgullosa de haber inventado las pinzas de la ropa. El Imperio hispánico habrá añadido un mango a la bayeta para inventar la fregona, pero, ojo, los Amish no nos andan muy a la zaga: portan la gloria de haber sido los primeros en asegurar con firmeza la ropa limpia a una cuerda.

Desde D. C. tiramos hacia abajo por el valle de Shenandoah, un corredor verde, entre los Apalaches y las montañas azules, repleto de granjas de caballos. La mayoría andaban sueltos y camuflados con lonas de estampado de cebra, pues las rayas son lo mejor que hay para capear las solaneras. Dios no pintó de blanco y negro a las cebras por capricho, sino por equiparlas con aire acondicionado de serie. Como la tira blanca refleja los rayos del sol y la negra los absorbe, la diferencia térmica que se produce entre ambas activa una corriente de aire que consigue bajar la temperatura corporal de las cebras hasta nueve grados por debajo del termómetro. Ya sabes por qué es mejor no escoger un color liso para la tela de un toldo. Pero, espérate, que hay más: las rayas previenen las picaduras de los tábanos porque los insectos, muy señoritos ellos, no aterrizan en pistas que no sean monocromáticas como medida de seguridad para evitar las corrientes traicioneras mencionadas. Así que, ya ves,

gracias al disfraz de la sabana, los caballos de Virginia se libran de esas picaduras de las *horseflies* tan dolorosas, que en inglés no dudan en llamarlas «mordiscos» (*bites*). Lo corroboran las estadísticas: por cada sesenta moscas que se posan en el lomo de un caballo negro, aterrizan solo veinte en uno de piel marrón, ocho en uno blanco y, atención atención, apenas dos se animan a posarse en uno de rayas.

En Charlottesville nos acercamos a visitar Monticello, esa casona que, cuando la gente usaba dinero, aparecía en el reverso de la moneda de cinco centavos. Allí murió el presidente Thomas Jefferson sin haber podido alcanzar dos sueños importantes de su vida: conquistar Cuba y producir buen vino. Dos siglos más tarde, el Monticello Trail incluye cuarenta bodegas, y sus herederos han aprendido a elaborar con gracia y fortuna el *cabernet franc,* el *viognier* y el *petit manseng*. Lo de Cuba lo anda mirando el secretario de Estado de Trump, Marco Rubio. Por lo demás, no se puede negar que el 3.er presidente de los Estados Unidos fue un tipo con un talento admirable. Entre otras cosas, había conseguido aprender español a base de leer el *Quijote*, una tarea que se me antoja más difícil que aprender matemáticas intentando resolver la hipótesis de Riemann. Cuentan que Jefferson se engullía diez páginas seguidas del libro de Cervantes cada noche y que luego les leía dos a sus hijas antes de enviarlas a la cama. No me extraña que se comentase que las niñas Jefferson no tardaban prácticamente nada en conciliar el sueño. Pensador, inventor y ávido conocedor de la naturaleza, Jefferson no solo elaboró una serie de tratados de paisajismo que ya promovían la utilización de especies autóctonas en la decoración de jardines y mínimos retoques en la poda, sino que, además, dedicó innumerables horas al coleccionismo de artefactos indígenas y de fósiles de dinosaurios. Bueno, fósiles. Hoy sabemos que eran huesos petrificados de Tyrannosaurus Rex y de Triceratops que habitaron por Utah, Montana y Wyoming hace más de sesenta y cinco millones de años, pero, a finales del 1700, el presidente se

pensaba que eran huesos de grandes reptiles que seguían vivos por el valle del Ohio.

La conversación en la cena de Accomac saltó de Jefferson a Washington porque habíamos pasado con la miniván por el famoso punto en que el general cruzó el río Delaware en la noche del 25 al 26 de diciembre de 1776. Quedaba un poco al norte de Trenton, en Nueva Jersey. Steve Levine, al que le encanta el arte que refleja aquella época, empezó a contarme detalles del famoso cuadro que retrata a Washington de pie en la proa de un bote de remos sosteniendo un catalejo.

—Ah, pues espérate que igual alguno de aquellos remeros era de origen español —le dejé caer como sin darle importancia a la cosa.

—¿Qué me cuentas? —exclamó esperando «el chimpún» de la broma.

No era un chiste, sino una hipótesis que le había escuchado al historiador español José Manuel Guerrero en una conferencia que organizó en 2026 el Instituto Español Reina Sofía en el Cervantes de Nueva York. Guerrero proyectó en pantalla una carta fechada en Bilbao el 15 de febrero de 1775 (o sea, dos meses antes de que estallase la guerra en las colonias) y firmada por el armador Diego de Gardoqui. Iba dirigida a su amigo Jeremiah Lee, «el hombre más notablemente gordo de todo Massachusetts», según dejó escrito en sus memorias el 2.º presidente de los Estados Unidos John Adams. Comerciante de referencia en el puerto de Marblehead, Jeremiah Lee había convertido a su ciudad en el principal centro de secado de bacalao de Norteamérica. De pescarlo se encargaban los inmigrantes vascos que trabajaban allí a las órdenes de Gardoqui.

Desde la localidad de Massachusetts, Marblehead, cinco o seis pescadores (siempre en compañía de un par de barriles de ron y de un aprendiz que ejercía las veces de cocinero) se embarcaban en pequeñas goletas en dirección a los grandes caladeros de Terra Nova. Mil millas de navegación hacia el este para permanecer tres meses sobre aguas de escasa profundidad y tremendo oleaje que resultaban idílicas para la procreación del bacalao, pero

extremadamente peligrosas para la vida de los hombres. El pescado se limpiaba y se cubría con salmuera para deshidratarlo. A su regreso, según relata el historiador Robert Booth, el bacalao se exponía al sol en el puerto durante tres semanas para reducir aún más su contenido de agua. Lo extendían sobre unos tableros de madera rotatorios a los que, a imitación de los girasoles, iban cambiando de orientación para maximizar el impacto solar a lo largo del día. Los barcos de Gardoqui lo cargaban y lo llevaban a vender a Europa. Sobre todo, a Portugal y España. De vuelta venían cargados de sal española, ingrediente que necesitaba Jeremiah Lee para conservar el bacalao recién pescado, y vuelta a empezar. El Imperio británico exportaba sal a las colonias, pero, como gravaba el comercio con un impuesto, Jeremiah Lee prefería las facturas de Gardoqui sin IVA.

En la carta de febrero, el armador español informaba a su estimado amigo y cliente (convertido en secreto en coronel del Ejército Continental) del envío inminente de una partida de trescientos mosquetones y de seiscientas pistolas. Quince días después, según comprobó Guerrero en el registro del puerto de Bilbao, constaba la salida de un bergantín con destino al puerto de Salem (Massachusetts). Como nos explicó en su ponencia, Guerrero echó cuentas: como la embarcación tardaba cuatro semanas en cruzar el Atlántico, la entrega de armas a Lee debió de producirse a principios de abril. Luego, el 19 del mismo mes, tendría lugar en Concord el primer enfrentamiento del ejército británico con las milicias coloniales, por lo que no parece muy descabellado deducir que en el incidente que marcó el inicio de la Revolución americana las filas patriotas hubiesen disparado la munición española enviada por Gardoqui.

Lo de los marineros vascos cruzando a Washington desde Delaware viene ahora. Así lo explicó Guerrero: «Jeremiah Lee murió al poco a consecuencia de una neumonía y tomó el mando de su regimiento John Grover, otro comerciante de bacalao que, en las navidades de 1776, fue el encargado de cruzar a Washington en

barca. Entre los remeros, muy probablemente, había algún vasco armado con un mosquetón de la Real Fábrica de Placencia».

Mi amigo Steve Levine me miró con la misma incredulidad con que miré yo al tipo que me aseguró muy serio que Cristóbal Colón era hijo de un tejedor de seda valenciano. Lo dejamos estar y nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente salimos a dar un paseo. Después de atravesar sembrados infinitos de algodón, paramos en una gasolinera. Bueno, en la que llenan el depósito los blancos. No hay carteles que los especifiquen, no hay fuerza legal que te lo imponga, pero, en esta pequeña localidad de Accomac (de quinientos veintiséis habitantes) hay dos estaciones de servicio. Virginia sigue siendo el sur y no se discute. Tampoco se pagan casi impuestos y, en consecuencia, apenas hay servicios públicos. Los colegios están a la cola en el *ranking*, no hay recogida de basuras y, si llamas a una ambulancia, solo llega hasta la frontera de Maryland. Para ir hasta allá te tienes que buscar la vida.

Por fin llegamos al mar, las mismas aguas que engulleron La Galga un 5 de septiembre de 1750. Cuentan los cronistas que el navío iba camino de Veracruz y terminó en aquella bahía reventado a causa de una tormenta. Su carga fue saqueada de inmediato y sin contemplaciones por sir Edward Teach, un noble habitante de las barreras de arena conocido por los españoles como el pirata Barba Negra.

El día que nosotros fuimos, en aquella playa de arena blanca no había señales de presencia humana. En una poza cercana, una familia de delfines no se cansaba de pegar brincos, los pelícanos se dejaban llevar por la brisa sobre sus lomos grisáceos y, en la orilla, un grupo de cangrejos azules arrastraban sus caparazones de lado. Caminaban por encima de millares de diminutas burbujas que revelaban la presencia multitudinaria de crías de almejas. Cada vez que una ola bañaba la arena, asomaban sus lenguas para engullir la materia orgánica suspendida en el agua que los estadounidenses llaman «detritus». Un vocablo en latín, lo que se agradece, si no

fuera porque luego les da por pronunciarlo «ditraitas» y no hay quien lo reconozca. El caso es que, gracias a esos «desperdicios», las populares almejas de Virginia alcanzan en su madurez el tamaño de un puño. Tuvimos ocasión de comprobarlo en cuanto Linda nos invitó a sacar del maletero del coche un par de rastrillos.

Metidos en el mar hasta la rodilla, la faena consistía en arrastrarlos por el fondo hasta sentir el parón provocado por una concha. *Toc.* Un tironcito seco y al cubo. Una lancha de la Autoridad Marítima se perfiló en el horizonte.

—Posiblemente sean los animales más tontos de la creación —comentó Steve por lo bajo.

Levanté la vista, sorprendido por sus palabras, hasta que me di cuenta de que se refería a una pareja de pelícanos que nos vigilaban con desidia desde una duna.

—Los pelícanos son aves migratorias que necesitan calorcito para sobrevivir. Pero son tan perezosos que suelen distraerse en los placeres del baño y se olvidan de que llega el mal tiempo. Van alargando el verano, van alargando el verano, y un día amanecen sorprendidos por la primera helada. Para cuando intentan remontar el vuelo, ya es demasiado tarde. Agarrotados por el frío, no son capaces de batir las alas con suficiente fuerza para elevarse. Y, si no vuelan, no pescan. Y, si no pescan, no comen. Y, si no comen… —me explicó mi amigo.

—¡Se mueren! —sentencié yo como cuando toda la clase terminaba la frase de la señorita en el cole.

Por eso venía a rescatarlos la Autoridad Marítima: se iba a encargar de enjaularlos y de transportarlos al refugio natural de Pinckney, en Carolina del Sur. Ya ves qué cosas. En cuanto tuvimos un cubo lleno de almejas, volvimos para preparar el almuerzo en casa. No nos comimos las almejas pescadas aquel día, que se fueron directas al congelador porque, como al pulpo, antes de cocinarlas es necesario reblandecer su carne gomosa. Se han aprendido el truco de que, al descongelarlas, se descompone la fibra, su carne se vuelve tierna y están listas para abrirse al calor de la barbacoa.

Están muy buenas, aunque, en mi modesta opinión, nada comparado con los sabrosos cangrejos que degustaríamos al día siguiente en la isla menguante.

Al amanecer nos acercamos al muelle para coger el ferri. Es un barquito que carga un máximo de veinte pasajeros y recorre dos veces al día las quince millas náuticas que separan Tangier del continente. Tardamos una hora y nos costó cuarenta dólares por barba. Los habitantes de la isla no suelen cogerlo, primero porque les resulta demasiado caro y, segundo, porque comparten la opinión de su alcalde James «Ooker» Eskridge: «Para qué vas a ir al continente si allí te ves rodeado de gente que ni conoces de nada, ni sabes qué tipo de problemas la acucian».

Aunque la isla pertenece al estado de Virginia, Estados Unidos, el alcalde no hablaba inglés con acento americano, ni mucho menos. Como el resto de los 432 habitantes en la isla, Ooker se expresaba con la pronunciación característica de los nacidos en Cornwall, la población de la punta sudoeste de Inglaterra de la que provenían sus ancestros. Los primeros pobladores arribaron a principios del 1600 y, cuatrocientos años más tarde…, ¡aún no habían perdido el acento! Ni tampoco el apellido, porque, aguántame el cubata, la mayoría de los oriundos de Tangier comparten el mismo: Crokett.

A la hora, como digo, pusimos el pie en el atolón que cuenta con un único agente de policía para mantener el orden y con un médico que llega en avioneta a pasar consulta una vez por semana. La escuela local tiene registrados ochenta alumnos, de los cuales se gradúan, cada año, una media de nueve. Hay un hotel, tres restaurantes, una tienda de ultramarinos y una biblioteca pública en la que, en lugar de tener empleado, han puesto un letrero que indica: «Si te llevas un libro, por favor deja otro».

El parque móvil de Tangier consistía aquel día en tres coches: el del mencionado policía y un par de ellos de otros dos vecinos. También había un camión de bomberos. El resto de la población se desplazaba a pie o en carritos de golf propulsados, como algunos taxis en Madrid, con una bombona de propano. Los que tenían

coche preferían dejarlo aparcado en el continente. El correo llegó con nosotros en el ferri. La basura, que recoge un navío tres veces al año, se apilaba en un rincón sin demasiado disimulo debido a la ausencia de árboles. Se conoce que los talaron los primeros ingleses que llegaron y, desde entonces, nadie se ha preocupado en volver a repoblar. Están a otras cosas, como la pesca del cangrejo.

Tangier reclama para sí la denominación de origen de capital mundial del cangrejo de piel blanda, el *shoft shell crab.* Después de atraparlo, lo depositan en acuarios en espera de que el crustáceo crezca y se avenga a mudar de piel. En cuanto al animal se deshace de la coraza para confeccionarse una más holgada…, ¡tate!, lo pillan en pelotas (lo que viene a ser sinónimo de «blandito») lo congelan y lo venden como una auténtica *delicatessen*. Sarah los prepara enharinados, vuelta y vuelta en la sartén con mantequilla. Gloria bendita.

Por todas partes ondeaban banderas rojas con el nombre de TRUMP en blanco. El ochenta y cinco por ciento de la población de Tangier, nos explicaron, había votado por él porque, tras enterarse, a través de una entrevista ofrecida en televisión por el alcalde, de la desesperación de sus habitantes por la subida regular del mar que se come cada año un poquito de la isla, Trump había llamado por teléfono al Ayuntamiento. No solo le había dicho a Ooker que no se preocupara, pues la isla iba a continuar existiendo durante cientos de años, sino que además le había prometido que iba a construir un muro para contener esta subida. El entusiasmo que aquella promesa había causado era tal que, aparte de la primicia del día (que aquella mañana consistió en que un vecino había arrojado una colilla a una papelera y casi quema una vivienda), en los corrillos de vecinos se daba por hecho que el Air Force One podría aterrizar de un momento a otro para una visita sorpresa del presidente. El problema era que la pista del aeropuerto de Tangier solo tenía doscientos metros.

—Bueno, bueno. También puede venir en helicóptero.

La realidad apuntaba en otra dirección ya que, desde el segundo desembarco de Trump en la Casa Blanca, todos los programas dedicados a combatir los efectos del cambio climático, que tiene efectos como la subida del mar, estaban desapareciendo. Pero los aldeanos de Tangier esgrimían que tenían razones para confiar porque no habían sido ellos los que habían contactado al presidente, sino el propio presidente quien los había llamado a ellos.

—¿Está Ooker? Que se ponga.

De todas formas, por adoptar precauciones, yo recomendaría a quien se disponga a visitar Tangier que se vaya dando prisa. Por lo demás, la representación de *West Side Story* en Cooperstown estuvo bastante bien. Que si el *gang* de los Jets por aquí, que si el de los Shark por allá. Que si María-María-Maríaaaa y la canción con la letra esa (*I like to be in America*, me gusta vivir en Estados Unidos) que en España se tradujo como «Yo tengo un tío en América». Cosas de la censura.

Pero bueno, que, por resumirlo, tuvimos suerte de poder gozar de un espectáculo que, en opinión del otro Steve, Siegel, el escultor, vino a revolucionar el género teatral al integrar de forma orgánica la danza, el libreto y una partitura de alta complejidad técnica. Y, sí, en el siguiente capítulo ya me centro en Puerto Rico.

Nueva York y Lorca

El 7 de marzo de 1930 una suave brisa peinaba con moderación el oleaje del puerto de La Habana. Con vistas al malecón y a la entrada a la bahía, desde la terraza del flamante Hotel Nacional (a punto de inaugurarse en la loma de Taganana) un grupo de reporteros gráficos y de ciudadanos ilustres aguardaba con impaciencia la llegada del vapor Cuba. En él, según se anunciaba, se aproximaba desde Cayo Hueso y «cuajado de alegría» el poeta Federico García Lorca. El corresponsal en Nueva York del *Diario de la Marina* (periódico oficial del apostadero que había resultado de la acertada fusión de *El Lucero* con *El Noticioso*) se había encargado de adelantar a sus numerosos lectores que García Lorca había abandonado Manhattan «más andaluz y más granadino que nunca». Casi cien años más tarde, la lectura de aquella crónica periodística fue la que me dio la idea de cómo aprovechar los diez minutos de exposición que me ofrecía la Dirección General del Libro del Ministerio de Cultura de España. Fue en una velada sobre Lorca organizada con motivo de la Feria Internacional del Libro en Nueva York.

Congratulada por la buena acogida de público que auguraba la larga cola de gente cuando nos saludamos en la puerta del Cervantes, María José Gálvez (directora de la cosa ministerial) no dudó en deshacerse en elogios al poeta: «Después de Cervantes, García Lorca es el escritor más universal que tenemos. Es quien más suena internacionalmente, el que conoce todo el mundo y eso que, fíjate tú, toda su producción literaria la hizo en solo veinte años».

En el panel de aquella noche figuraban tres autores versados en la obra lorquiana: el joven escritor e investigador Brais Lamela (autor de *Ninguén queda*), el polifacético Ray Loriga (al que Tokio, por lo visto, ya no le quería) y la poeta valenciana Àngels Gregori (autora del libro *New York, Nabokov y bicicletes*). Yo, que lo poco que me sabía de las andanzas del poeta se limitaba prácticamente a lo leído en los libros de Ian Gibson, me propuse (gracias a la inspiración del *Diario de la Marina*) llamar a los asistentes la atención sobre la profunda españolidad que se respiraba en Nueva York el año en que desembarcó en la ciudad el autor del *Romancero gitano*.

Me ayudó a desarrollar el temario una visita, pocos meses atrás, al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York (MET para los amigos) para ver una exposición llamada «Sargent y París». Cuadros pintados a finales del XIX por John Singer Sargent, el jovencito estadounidense que, antes de cumplir los treinta años, se consagraría en la capital de Francia como el retratista de mayor renombre nacido a este lado del Atlántico. Entre las primeras obras expuestas me encontré con el cuadro de unos niños tumbados en una playa de Nápoles. Luz radiante, pinceladas sueltas, cuerpos desnudos… No pude evitar sospechar que el canalla de Sargent le había plagiado a Sorolla.

—A ver a ver —me dije.

Como tenía claro que el valenciano también había consolidado su reputación en París, consulté de reojo internet en el móvil. Como quien no quiere la cosa, por no levantar sospechas entre los bedeles. Pero resultó que estaba equivocado. El retrato del americano estaba fechado en 1879, y los niños en la playa de la Malvarrosa eran de 1916. O sea, que igual el plagio había sido al revés.

—Bueno bueno. Quita quita —me dije—. No levantemos falsos testimonios que, además, la inspiración no supone delito alguno.

Lo dejé estar y pasé a contemplar los retratos de otra sala. *Madame* de no sé qué, *Madame* de no sé cuántos y, de pronto, me volví a topar con un paisaje plenamente reconocible: el Patio de los Arrayanes de la Alhambra de Granada.

—Oye oye…

A continuación, le seguía en la pared una copia en tamaño natural de *Las meninas* de Velázquez.

—Mucho París mucho París —murmuré para mis adentros—, pero al Sargent este le tiraba más España que a Manolo Escobar.

Tarareé la copla:

—Qué bonito es el mar Mediterráneo, su costa Brava y su costa del Sol. La sardana y el fandango me emocionan porque en sus notas hay vida y hay calor. Por eso se oye este refrán…

El bedel de la esquina me lanzó una miradita de reproche. Es lo que tiene haberse quedado medio sordo por culpa de poner los auriculares a todo volumen en la radio, que, cuando te crees que estás susurrando algo, resulta que hablas a voz en grito. Junté las palmas en plan «namasté» para pedirle disculpas al vigía y tiré pasillo adelante. Lo cierto es que aquella obsesión por lo español de John Singer Sargent, lejos de suponer una excepción a la regla, venía a confirmarme la atracción romántica hacia España que compartía toda la intelectualidad de Estados Unidos. Se la había despertado la publicación de un libro de viajes escrito allá por el año de gracia de 1832 (cincuenta años después de que se independizasen las Trece Colonias) por el primer «hombre de letras» que había dado la Unión: Washington Irving.

El neoyorquino, de complexión mediana y aspecto refinado, había titulado sus aventuras *Cuentos de la Alhambra*, y John Sargent se había aprendido de memoria algunos de sus pasajes: «En tanto que cenábamos oímos las notas de una guitarra y el alegre repiqueteo de las castañuelas y, al momento, un coro de voces entonaba un aire popular… Cuando salimos, el patio de la posada ofrecía el aspecto de una auténtica fiesta española. Pasó la guitarra de mano en mano y actuó como Orfeo de aquel lugar un alegre zapatero. Era un mozo de agradable continente, con grandes patillas negras, que iba arremangado hasta el codo. Manejaba la guitarra con singular destreza y nos deleitó con una cancioncilla amorosa acompañada de miradas muy expresivas al grupo de mujeres, de quienes, por las

trazas, era el favorito. Bailó después un fandango, acompañado de una alegre damisela andaluza, que deleitó a la concurrencia. Pero ninguna de las allí presentes podía compararse con Pepita, la bella hija de nuestro posadero, la cual se escabulló y se hizo la *toilette* que la ocasión requería. Volvió poco después con la cabeza cubierta de rosas y se lució bailando un bolero en compañía de un joven y apuesto soldado de caballería. Por nuestra parte, ordenamos al posadero que corriesen en abundancia el vino y los refrescos entre los circunstantes… La escena parecía estar hecha a propósito para el deleite de un artista».

La estancia de Washington Irving en España tampoco tiene ningún desperdicio. Viajó a Madrid en 1826 (desde París, claro, donde estaban concentrados todos los intelectuales), en principio con el encargo de traducir al inglés una biografía intraducible que había escrito sobre Cristóbal Colón el profesor Martín Fernández de Navarrete. El texto, que consistía en una compilación exhaustiva (recorta, pega y colorea) de los documentos originales de los viajes del navegante genovés, a Irving pronto le pareció que en inglés iba a resultar un tocho difícilmente digerible para sus lectores. Así que decidió beber de las fuentes originales (había aprendido español en París y se jactaba de leer con soltura a Calderón de la Barca) y se dedicó, con un tono admirativo y romántico, a escribir su propia versión novelada de la epopeya del almirante. Documentos de consulta no le faltaron, puesto que en Madrid se hospedó en casa del cónsul de Estados Unidos, Obadaih Rich, un bibliófilo empedernido que atesoraba en su residencia de la calle Toledo la mejor colección privada de manuscritos e incunables sobre la conquista de América. Entre otras joyas, el estadounidense tenía comedias no publicadas de Lope de Vega y cartas firmadas por Hernán Cortés. De aquella experiencia a Irving le saldrían otros tres libros *(Una historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, Crónica de la conquista de Granada y Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón)* con los que el autor neoyorquino proporcionó un gran impulso internacional a la figura de Cristóbal Colón y, si te

digo la verdad, a la hispanidad entera. Lo que ocurre es que también contribuyó a popularizar mitos antihispanos como el de que el almirante era un visionario moderno, víctima del fanatismo religioso español, que sudó la gota gorda para convencer a los frailes dogmáticos y supersticiosos de la Junta de Salamanca de que la Tierra era redonda. Ya ves tú. La realidad es que se sabía que el planeta no era plano desde la antigua Grecia, y que el debate de Salamanca no se centró nunca sobre su forma sino sobre el tamaño de la circunferencia calculado por Colón. Los frailes insistieron en que la esfera de la Tierra era mucho más grande de lo que el navegante sugería en sus mapas, y acertaron. De hecho, si América no hubiera interrumpido a las tres carabelas en mitad del viaje, su tripulación hubiera muerto a consecuencia del escorbuto y de la hambruna mucho antes de alcanzar las costas de Asia.

Hecho este apunte, me decidí a pasar a la siguiente sala del MET. Retrato de la *Vicomtesse* de Poilloüe. ¿La vizcondesa de Pollo? Retrato de la *Comtesse* de Potocka. Retrato de la famosa *madame* X, tan escandalosa ella por llevar los hombros al descubierto y permitir que uno de sus tirantes resbalase sutilmente brazo abajo. Retrato de… ¡Carmen Dauset Moreno! No me lo podía creer.

—Sargent Sargent, que te estás motivando…

Mesdames et messieurs, de riguroso amarillo y en una pose que rebosaba autoestima, desde el muro me observaba desafiante Carmencita, la bailaora flamenca que me había descubierto el catedrático de NYU James Fernández. Retratada en 1889 con motivo de la Expo Universal de París.

—Pero, Sargent, ¿la estrella a retratar en el 89 no había sido la torre Eiffel?

Leí la nota adjunta al cuadro con comentarios del pintor: «Carmencita me parece una criatura magníficamente desconcertante».

A la salida de la muestra, picado por la curiosidad, le puse un *guasap* a Gamboa que, no sé si ya lo he mencionado, aparte de buen guitarrista es un magnífico productor de flamenco. Sus discos

para Carmen Linares, Enrique Morente o Gerardo Núñez así lo avalan. Produjo dos temas de la película *Cándida*: una versión del *Gwendolyne* de Julio Iglesias interpretada por Pitingo con Juan José Carmona, el Camborio, a la guitarra; y la versión del *This land is your land* de Woody Guthrie interpretada por John M. Lane, llamado el Pollito de California. Por el resultado de ambos le estaré eternamente agradecido. No soy el único.

Ahora, puestos a repasar la labor de Gamboa, destaca el encomiable empeño por catalogar la música flamenca llevado a cabo desde la Sociedad General de Autores. Empeñado en que a composiciones y coreografías flamencas se les reconozcan los derechos que les corresponden, José Manuel ha dedicado *cienes y cienes* de horas en convertir en partituras las obras que los socios le tararean de memoria para poder registrarlas.

Ay, la noche del aguacero, dime donde te metiste que no te mojaste el pelo…

José Manuel y yo habíamos coincidido muchas primaveras en el festival Flamenco Pá Tós, esa maravilla que con gran acierto nos empujó a montar mi compañero radiofónico Juan Luis Cano y que la Fundación Gomaespuma organizaba en el Colegio de Médicos de Madrid todos los años. Concebido «para gente a la que le gusta el flamenco, aunque todavía no lo sabe», en Flamenco Pá Tós se produjeron grandes sorpresas entre el público y los artistas. Los asistentes, alucinados por la presencia cercana de unas figuras que desbordaban talento en el escenario, no dudaban en ponerse en pie, gritar vivas y aplaudir a destiempo con entusiasmo. Situación inesperada que, lejos de inquietar a los intérpretes (acostumbrados a recitar como en la ópera ante un público mudo y respetuoso), les contagiaba el fervor popular y se venían aún más arriba. Fueron noches memorables las que nos brindaron artistas de la talla de José Mercé, Carmen Linares, La Barbería del Sur, Eva la Yerbabuena y todos los que formaron parte de los carteles que con tanto mimo y acierto diseñaba cada año el genio inigualable de Juan Verdú: un poco de guitarra, un poco de cante y una pizca de baile para poner

el broche final. En el camerino nunca faltaba el chiste que nos regalaba Árcangel antes de marcarse un fandango: «Doctor, ¿qué me recomienda para los dientes amarillos? Pues yo me pondría una corbatita marrón».

Como Gamboa no me contestó al *guasap* de inmediato (estaría corriéndose una juerga o en la ducha o algo), una vez en casa decidí echarle otro vistazo a la película de *Carmencita* que había filmado Thomas Alba Edison y que ya he mencionado antes. Me la debí de ver tres o cuatro veces seguidas, lo cual no tiene excesivo mérito porque, ya lo he contado, los meneítos en pantalla de la bailaora no duran ni treinta segundos. Tampoco me resultaban demasiado flamencos.

—Gamboa al aparato —me entró por fin la respuesta en forma de llamada de WhatsApp.

Sin mediar saludos, fui directo al grano.

—En la peli de Edison, Carmencita baila una jota, ¿verdad?

—No, qué va —me respondió tajante—. Es una petenera.

Por lo visto, según me aclaró minutos después, se lo había soplado a él la presidenta de una peña de Almería.

—Como el baile ha evolucionado tanto, al ver imágenes de aquella época, uno no reconoce los estilos. Cuando aquella mujer mencionó lo de la petenera yo me quedé sorprendido, pero cogí la guitarra, toqué por encima de la peli y… ¡efectivamente! Es una petenera de libro. Espera, que te la toco.

Le escuché por el móvil afinando la guitarra: mi, la, re, sol, si, mi…

—Voy. A la de tres, arranca el vídeo —me previno.

One, two, three. Le di al triangulito del centro de la pantalla y, ¡milagro!, Carmencita empezó a menearse, como las bailarinas de las cajitas de música, al ritmo de una banda sonora que me llegaba por el móvil. A los archiveros de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos se les hubieran saltado las lágrimas de emoción si hubieran podido ser testigos del histórico acontecimiento. Ole, ole y ole, y al que no diga ole que se le seque la yerbabuena. Ahí estaba

brillando en todo su esplendor doña Carmen Dauset Moreno, Carmencita, la Perla de Sevilla. La agraciada, garbosa, airosa Carmencita, conocida como *the graceful* española en los selectos ambientes de Nueva York. La elegante bailaora que se hacía acompañar al cante y a la guitarra por su cuñado Antonio Grau Mora, al que llamaban Rojo el Alpargatero, creador de los Cantes de las Minas.

Pasen y lean lo que publicó la crítica el día de su debut en Manhattan. Corría el año 1890 y la de Almería contaba apenas veintiún años: «Carmencita posee la espina dorsal más deliciosamente flexible que jamás se haya observado en movimiento. Una verdadera serpiente de enroscamientos exuberantes, fluctuante como el humo, fugaz e intangible como el azogue y hermosa como una estrella. En cada función solo aparece cinco minutos, pero esos cinco minutos son toda una noche, la historia de toda una vida. Si Carmencita se cayera por las escaleras, lo haría con un gracejo embaucador y sin repetir ni un solo de sus revuelcos».

La filmó Edison porque, desde su debut y hasta 1895, Carmencita fue la estrella más fulgurante de la América del Norte. La única capaz de llenar durante varias semanas seguidas el Madison Square Garden original, ese que había sido construido a imagen y semejanza de la Giralda de Sevilla.

—Apenas sabemos nada de ella porque en España a la flamencología siempre le importó un pito el baile —se lamentó Gamboa.

Sin embargo, en Nueva York era otra cosa, y donde pisaba Carmencita se montaba el taco. También la noche en que Edison estrenó su película.

—Fue en la feria de New Jersey de 1894. Eran veintisiete segundos filmados en formato kinetoscópico que había que admirar, de uno en uno, y guiñando el ojo. A quien le tocara el turno, tenía que echar moneda y asomarse al visor. Cuando le tocó la vez a una señora, como eran todos tan puritanos, empezó a quejarse de que aquello era una vergüenza porque a la artista se le veía la

pantorrilla. Se formó tal *tangá* que, al final de la noche, el alcalde se vio obligado a pedir que retirasen la película y la sustituyeran por otra de boxeo —me contó Gamboa.

Razón de más para agrandar la leyenda de Carmencita, de quien, a punto de terminar el siglo XIX, se reeditaba sin parar su biografía y se vendían cigarrillos con su nombre estampado en el papel. Carmencita era Nueva York y Nueva York era Carmencita. Por su culpa, el John Singer Sargent de la exposición del MET (entonces de paso por su ciudad natal de Nueva York para recibir encargos) se aficionó tanto al flamenco que terminó por comprarse una guitarra española y aprendió a rasgarla sin provocar espantadas. Merece la pena acercarse a la ciudad de Boston solo por contemplar en el claustro español del Isabella Stewart Gardner Museum su obra maestra: *El jaleo*.

—En Manhattan, Sargent montaba en su apartamento unas juergas que temblaba el misterio.

¿Pero cómo había acabado la diva española residiendo en *New York, New York*? Me va a resultar más sencillo explicarlo con la ayuda de tres diapositivas:

1. El 17 de junio de 1885 llega a Nueva York, a bordo de la fragata de la Marina francesa Isère y embalada en doscientas catorce cajas, la Estatua de la Libertad.
2. Embaucados por la *belle époque*, los empresarios estadounidenses empiezan a contratar artistas en París y, a la chita callando, la capital mundial de la cultura se traslada poco a poco a Nueva York.
3. La popularización de la estética flamenca propiciada por el estreno de la ópera *Carmen* de Bizet hace que muchos de los artistas contratados en París fueran los españoles que no habían tenido más remedio que huir a Francia para que se les reconociese el talento.

La pionera fue Carmencita, pero pronto la seguirían gente de la talla del cuadro compuesto por Faíco (creador de la farruca y punto de referencia para todo varón danzante), su esposa Lola, la

Flamenca, y el guitarrista castellano Amalio Cuenca. Algunas de las mejores grabaciones del flamenco que se conservan hoy en día se las debemos a estos tres fenómenos y al fonógrafo de Thomas Alba Edison.

«Tú dices que me quieres, moreno, y que me estimas. Y que me estimas, pero veo que, a otra, mi alma, mucho te arrimas. Te estás arrimando, te estás arrimando y con la misma moneda, serrano, te iré pagando». Grabación de 1909. Sevillanas, guajiras, falsetas y mucho arte que, de no haberse grabado en la ciudad de Nueva York, se hubiera perdido para siempre o nunca podría haberse atribuido a sus autores. Continúo reproduciendo las explicaciones de José Manuel:

—Las grabaciones se realizaron en un formato mejorado por Edison. Era un cilindro más gordo, como un rollo de papel higiénico, para entendernos, que tenía mayor capacidad. Gracias a eso, al escuchar las grabaciones de la Flamenca pude descubrir que no se cantaban solo tres vueltas en las sevillanas como creíamos. Qué va, se llegaron a cantar hasta ocho. Lo que pasa es que en los discos grabados en España no cabían más que tres.

Es en esos años y en Nueva York, según Gamboa, donde se inventa el flamenco que hoy conocemos porque los artistas no tuvieron más remedio que ponerse las pilas. Hasta París, todo lo relacionado con el cante jondo había sido bailable: más rítmico y mucho más rápido. En Nueva York, para diferenciarse de la ardua competencia, los flamencos empiezan a hacer su voz más gutural y su compás más lento. El duende se vuelve más barroco, según Gamboa:

—Yo me tengo que diferenciar de ti, así que, si tú bailas con zapatillas, yo bailo con tacón. Como tú tocas las castañuelas, yo me deshago de ellas y me pongo a mover los dedos con mucho arte.

De hacerlo saltar del vodevil al cine se encargaría después la «otra» generación del 27. El primero de sus miembros en desembarcar en Hollywood fue el escritor madrileño Edgard Neville. Venía de ocupar el puesto de tercer secretario en la embajada de

España en Washington, donde había conseguido hacerse con una carta de recomendación para el duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó. El duque de Alba de Tormes (no entiendo por qué siempre se le recorta a este ducado el bello río que atraviesa su ciudad salmantina) se había instalado en Los Ángeles huyendo de la dictadura de Primo de Rivera y tenía fama de manejarse con harta destreza en los saraos sociales. Neville, que compartía nobleza con Fitz-James al ostentar él mismo el título de cuarto marqués de Berlanga de Duero, albergaba la esperanza de que el de Tormes (ahora le quito yo lo de Alba al ducado para compensar) le ayudase a encontrar empleo en Hollywood. Y así fue. Jacobo le presentó a Charles Chaplin (rutilante estrella que llevaba a mucha honra la sangre gitana heredada de su abuela) y los dos congeniaron enseguida.

—Chaplin siempre hacía como que bailaba flamenco y le entusiasmaba el cante. Su intérprete favorito era el Pena Hijo, a quien había escuchado en Nueva York acompañado por Sabicas a la guitarra. Según Edgard Neville, Chaplin tenía puesta en su casa «la cabal del Pena» las veinticuatro horas del día: «Si el querer que yo te tengo de plata fuera, otro más rico que yo en la España no lo hubiera» —me seguía explicando Gamboa.

Era una España que atraía profundamente al cómico inglés quien, en su mansión de la avenida Formosa de Hollywood, tenía permanentemente instalados un belén y una placita de toros en miniatura. El mismo Chaplin que quedó prendado de Raquel Meller cuando la escuchó interpretar en Nueva York *La violetera*, como ya mencioné antes, y que en 1931 utilizó aquella habanera como *leitmotiv* de sus *Luces de la ciudad*. Cada vez que aparecía en pantalla Virginia Cherrill interpretando a la florista ciega, Chaplin la ponía a tararear disimuladamente la composición de José Padilla para no reconocerle derechos al autor ni pagar cuota a la SGAE.

> *Llévelo usted señorito, que no vale más que un real.*
> *Cómpreme usted este ramito,*

pa lucirlo en el ojal.

Padilla llevó a Chaplin a juicio y ganó, el americano tuvo que hacerle llegar un abultado cheque.

Para entonces, Neville se había afianzado en Hollywood como guionista. Desde el exitoso estreno de la primera película sonora de la historia (*El cantante de Jazz,* ocurrido el 6 de octubre de 1927), los estudios dedicaban las horas del día a rodar sus películas en inglés y, esa misma noche, un segundo equipo repetía los primeros planos con actores de diferentes nacionalidades que cambiaban los diálogos a sus respectivos idiomas. Luego, en edición, todas las versiones compartían los mismos planos generales (normalmente de situación o de acción), pero se sustituían los planos cortos (que eran los que incluían los diálogos) según el idioma de cada versión. Producción en cadena. De este modo, de una misma película sacaban tres o cuatro.

Neville había llegado en el momento justo y venía avalado por el mismísimo Chaplin. Enseguida le pusieron a traducir (que viene ser reescribir) los diálogos en español. De todo ello da cuenta con mucho arte José Manuel Gamboa en su libro *¡En er mundo! De cómo Nueva York le mangó a París la idea moderna de flamenco. Flamenconautas. El crac de la bolsa y los cracs del flamenco. Segunda Parte.* A mí me lo explicó por el móvil: «En vista de que sobraba trabajo, Neville llamó a su amigo Jardiel Poncela para que le echase un cable. Este a su vez avisó a Miguel Mihura (que se quedaría encamado en Madrid), a José López Rubio y a Tono que, aunque era dibujante, se apuntó a buscar trabajo en el cine. Edgar fue a recoger a sus tres amigos a la estación de tren de los Ángeles y se los llevó directamente a darse un masaje relajante en los baños turcos de la casa de Douglas Fairbanks. De allí, se los llevó al rodaje de *City Lights*, la película de Chaplin en la que aparecen como figurantes».

Tono y Neville solían ira a almorzar los domingos a casa del cómico. A Chaplin le gustaba mostrarles sus últimas filmaciones y

pedirles opinión y luego, al atardecer, en cuanto la oscuridad hacía posible que la presencia de Charlot pasara desapercibida para el resto de los mortales, le acompañaban a dar un paseo. Con él acudirían también a las numerosas fiestas organizadas por William Randolph Hearst en su castillo.

—Chaplin llegó a encargarle a Tono el cartel de *Luces de la ciudad,* pero el ilustrador se achantó porque le pareció demasiada responsabilidad. Tono era un tipo muy especial y su primer sueldo en Hollywood se lo gastó en comprarse un perro —me contó Gamboa.

A Jardiel Poncela le pusieron a dirigir *remakes* sonoros de películas mudas a las que él aportaba diálogos disparatados. En vista del éxito, en 1935 filmó una locura de obra que él mismo había escrito en verso: *Angelina o el honor de un brigadier*. O sea, podemos hacernos una idea de que, en los albores de la guerra civil española, Estados Unidos ofrecía al talento en español bastantes agarraderas a las que asirse. Con ese contexto en mente, rebobinemos a 1929: el tortuoso año del crac de la bolsa en el que García Lorca se plantó en Manhattan.

En el verano de 1929, el flamenco que tanto adoraba el poeta de Andalucía se encontraba en Nueva York tres pasos por delante. Las bailaoras se rebelaron y, en lugar de salir a escena acompañadas por una estudiantina con bandurrias (como venía siendo la sana costumbre en España), abrazaron la revolucionaria misión de poner en valor la guitarra, un esfuerzo encomiable pero difícil de captar para un público neoyorquino que no distinguía entre bandurria y guitarra. Para los espectadores (muchos de ellos italoamericanos) todo eran mandolinas. Como me explicó la voz de Gamboa por el WhatsApp, la guitarra española no terminaría de encontrar su sitio hasta 1946, año en que el genio de Andrés Segovia la elevara para siempre a la gloria desde el escenario del Carnegie Hall.

—En esos tiempos existía en Nueva York una gran competencia entre la iglesia católica y la protestante y a un pastor se le ocurrió ofrecer clases de sevillanas en su parroquia para conseguir atraer

feligreses. La prensa en España no tardó en hacerse eco de aquel monumental escándalo: «Tocan palmas en la santa misa. ¿Hasta dónde van a llegar esos degenerados?»

Sin embargo, la cosa cuajó. Atrajo personal a la iglesia evangélica y popularizó el arte de dar palmas de tal manera que, llegado 1954, un productor se arriesgó a integrarlas en la grabación del disco *The Queen of The Gipsies* (*La reina de los gitanos*). Junto a Carmen Amaya, al cante, y al maestro Agustín Castellón Campos, Sabicas, a la guitarra, contrató a una jovencísima Lucero Tena para debutar como la primera palmera de la historia discográfica. Sabicas no pudo disimular su desagrado: «Tapan el rasgado de mis cuerdas con una niña que han traído *pa´* hacer muebles. Y, lo peor de todo: la pagan lo mismo que a Carmen y que a mí por la faena: quinientos dólares. ¿Te lo puedes creer?».

Ahora, la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida y, desde aquel año de 1954 en ningún disco ha faltado un palmero. En la redacción de Antena 3 Radio tuvimos la fortuna de compartir mesa con Pepín Cabrales, a quien, nada más jubilarse después de palmear durante muchos años a Lola Flores, lo contrató de asistente el periodista deportivo José María García. Siempre metía las bromas a compás: «Fíjate si teníamos dinero en mi casa, Guille, que, de chicos, jugábamos al pimpón con dos jamones».

Cuenta Ian Gibson en su libro *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, que el poeta viajó a Nueva York invitado por el diputado socialista Fernando de los Ríos quien, asfixiado por la dictadura de Primo de Rivera, se vio obligado a abandonar España. Animó a su exalumno y amigo a tomar un tren con él hasta París. A continuación, un barco desde Calais a Dover. Paradita en Londres de dos días (con el *granaíno* «acalambrado de pánico» ante el temor de ser atropellado al cruzar la calle por uno de los vehículos que circulaban en dirección opuesta) para por fin embarcarse en el muelle de Southampton hacia la ciudad americana.

«*New York* me parece horrible, pero por eso mismo me voy allí. Creo que lo pasaré muy bien. Mi papá me da todo el dinero que

necesito y está contento de esta decisión mía», le había dejado escrito Federico a un amigo, según cuenta Gibson.

A bordo del USS Olympic, trasatlántico de la White Star Line y primo segundo del desaparecido Titanic, tras seis días de travesía llegaron a Nueva York el 25 de junio de 1929. Según relata Ian Gibson, el biógrafo de Lorca, «le estaban esperando en el muelle Federico de Onís –muy influyente titular de español en la Universidad de Columbia–, el poeta zamorano León Felipe, profesor de Cornell, y varios periodistas, entre ellos el director del diario neoyorquino *La Prensa*, José Camprubí, cuñado de Juan Ramón Jiménez».

O sea, igualito que cuando llegué yo por vez primera a esta lejana tierra, allá por el verano de 1987, que me recibió mi futuro suegro a quien, no solo yo no le entendía ni papa, sino que, debido a la costumbre española de besuquearse en las mejillas (que él desconocía) nos contrachapeamos sin querer (el de derecha a izquierda y yo izquierda a derecha) y terminamos pegándonos un embarazoso pico en los labios.

Seguimos con Lorca. Afirma Gibson que, si hacemos caso al testimonio de Luis Rosales, Federico había salido de Madrid camino de América echo unos zorros y «al borde del suicidio». Estado de ánimo catastrófico que se encargó de confirmar Rafael Alberti: «Era un alma perdida y desgarrada».

Fuera como fuese, Lorca parecía tener motivos para la desesperanza. Se sentía hundido por el profundo hartazgo de que le llamasen con frecuencia «mariquita» o «Federica» («Yo denuncio a toda la gente / que ignora la otra mitad») e injustamente traicionado por su amor platónico, Salvador Dalí, por culpa de la homofobia de Luis Buñuel. Encima, ambos amigos acababan de ponerle los cuernos artísticos al plagiarle, al menos a su entender, la idea que había propiciado el rodaje de *Un perro andaluz*. Por ello, al observar la comitiva de recibimiento, Lorca respiró aliviado por vez primera en muchos días: al menos no tendría que aprender inglés.

«Jelou, jelou. My name is Frederic*».* (Si alguien se acuerda de aquella campaña radiofónica de Gomaespuma para Telefónica, ahora ya sabe de dónde vino la inspiración).

Se supone que «Frederic» se había apuntado a un curso de inmersión de inglés en la Universidad de Columbia, pero, a pesar de que le aseguró a su padre en una carta que estaba sacando todo sobresalientes, no llegó a pisar las aulas. El campus universitario de Columbia en Morningside Heights, en cuya residencia de estudiantes Lorca alquilaba una habitación, solo lo frecuentaba para dormir las noches que no se perdía por los muelles en busca de marineros. Pagaba un dólar diario por la cama, con derecho a toalla limpia cada mañana y a un cambio de sábanas dos veces en semana. Estudiar inglés, como iremos viendo, no le hizo ninguna falta.

Antes del flujo masivo provocado por la guerra civil española, la llegada de catedráticos y académicos de España a Estados Unidos fue un proceso de goteo constante que sentó las bases del hispanismo norteamericano. En 1916, Federico de Onís había fundado el departamento de Estudios Hispánicos en la universidad de Columbia. En 1917 se creó la American Association of Teachers of Spanish (la Asociación Americana para Profesores de Español) y, para 1922, más de cuatrocientas sesenta universidades impartían clases de español. Cuando llegó García Lorca a Columbia, por poner un ejemplo, Américo Castro y Dámaso Alonso eran profesores visitantes y, gracias a ellos, ya no solo se estudiaba el Siglo de Oro, sino que empezaban a entrar en el temario autores contemporáneos como Machado. «Caminante no hay camino, sino estelas en la mar».

La lista de catedráticos españoles ilustres que han desfilado por los departamentos de Lenguas Romances, Literatura Española y Filología Hispánica de las universidades estadounidenses resulta, cuando menos, sorprendente: Pedro Salinas en la John Hopkins y en el Wellesley College; Jorge Guillén en Harvard, Wellesley y Middlebury; Ramón J. Sender en Nuevo México, Denver, la Universidad del Sur de California, Puerto Rico y Harvard; Francisco Ayala en Princeton y Rutgers; León Felipe en Cornell; Américo Castro

en Columbia, Madison, Texas y Princeton… Suma y sigue. Sigue y suma. Tirititrán, tran, tran.

En el verano de 1929 Federico se pasaba las tardes en Nueva York arreglando con la Argentinita canciones populares españolas que ambos grabarían después para el sello discográfico La Voz de Su Amo, participaba en los coloquios taurinos auspiciados por su amigo Sánchez Mejía y asistía a conferencias sobre la poesía barroca y la figura de Luis de Góngora pronunciadas por Dámaso Alonso. En las fiestas nocturnas organizadas en su honor, cuando Lorca se aburría por no poder participar en las conversaciones en inglés con sus anfitriones, se sentaba al piano a interpretar, para deleite de todos los presentes, composiciones de Falla. ¿Qué inglés iba a necesitar Lorca en las cenas en casa del folclorista Federico de Onís, discípulo consagrado de Ortega y Gasset y de Unamuno? ¿Qué inglés para debatir con León Felipe delante de un café la poesía de Walt Whitman? ¿Qué *congratulations and celebrations* ni qué diantres para felicitar a la Argentina por su aclamada actuación en el Town Hall?

De la cultura anglosajona, lo único que pareció llamarle vivamente la atención a Lorca fueron los poemas del autor de *Hojas de hierba*, Walt Withman, y la música negra que con frecuencia se acercaba a escuchar a un teatro de Harlem cuyo nombre le resultaba reconfortantemente familiar: el Alhambra. Ahora, en cuanto notaba que le asfixiaba su anticapitalismo acérrimo (ese que le llevó, según Ian Gibson, a componer poemas «impregnados de muerte, de asco, de horror; con un fondo nocturno de cementerios, hospitales y muelles; moribundos, marineros y borrachos»), la cabra tiraba al monte y se escapaba de Manhattan.

Cuarenta mil almas conformaban en 1929 el barrio de Little Spain situado en torno a la calle 14, entre las avenidas Sexta y Novena. Lo habitaban sobre todo exiliados de Cuba y de Puerto Rico huidos del Caribe tras la guerra de Estados Unidos contra España, pero cada vez llegaban a él más inmigrantes de la península ibérica. Procedían en especial del norte (León, Cantabria, Asturias y Galicia) y venían

para ganarse un jornal decente en las Américas. Little Spain era el punto de encuentro desde el cual luego partían muchos a incorporarse en las canteras de granito de Vermont, en las fábricas de cigarros de Tampa, en las fundiciones de zinc de Virginia Occidental y Pensilvania, en las plantaciones de piña de Hawái o en las minas de plomo de Kansas. Los que permanecían en Nueva York (ellas ejerciendo de criadas, niñeras o tejedoras de seda; ellos, de estibadores, fogoneros y obreros de la construcción), se escapaban en cuanto tenían un día libre a los hotelitos que sus compatriotas habían abierto en la cercana sierra de Castskill. El más popular estaba en el pueblo de Phoenicia y se llamaba La Granja.

Lorca decidió también huir de ese Nueva York de oro y asfalto en el que había sido testigo del asesinato de un conductor a manos de un triángulo escaleno. No tuvo más que tomar el tren directo a Kingston que partía desde la estación de Weehawken. Estaba a un tiro de piedra de Manhattan, en Nueva Jersey, en la orilla opuesta del río Hudson. En hora y treinta minutos estaba en la ciudad que había sido capital de Nueva York en tiempos de las colonias. Un taxista se encargó de conducirle por carreteras serpenteantes hasta la aldea de Shandaken, al pie de las montañas, donde su amigo Ángel del Río tenía una cabaña. Allí celebraría el poeta por todo lo alto el hallazgo de una botella de coñac Fundador en la cocina. También, de paso, dicen que se inspiró y que escribió un par de poemas, concebidos, mira tú por donde, a escasos kilómetros de Woodstock, la localidad donde Bob Dylan consagraría años más tarde su residencia. El de Minneapolis, que llegaría también a convertirse en universal por su poesía, igualaba al de Granada en dos cuestiones fundamentales: su pasión por rescatar el folklore popular y el hecho de tener un ego más grande que la luna llena.

«El aire la vela, vela. El aire la está velando».

De *Poeta en Nueva York*, según me sopló en la mencionada charla del Instituto Cervantes el escritor Ray Loriga, existieron dos versiones. Una publicada en México con un manuscrito provisional que le entregó Federico a su amigo Bergamín y otra publicada en

Estados Unidos por Norton con una edición revisada que por lo visto le llegó vía Altolaguirre. Ahora, como a mí Loriga no me recomendó ni la una ni la otra, sino la de toda la vida de la editorial Cátedra, tomé nota y, cuando la tuve en mis manos, aproveché un fin de semana tranquilo para volverme a releer despacio aquellos versos. Los libros, aun siendo los mismos textos, cambian con la edad de quien los lee.

«Y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas
Cuando sus gritos llenan el valle
Donde el Hudson se emborracha con aceite».

Los leí con otros ojos (los de alguien que reconocía los paisajes que se narraban en los poemas) y teniendo en cuenta lo señalado en la mañana habanera del 3 de marzo de 1930 por el corresponsal en Nueva York del *Diario de la Marina*: «Federico García Lorca abandona Manhattan, camino de Cuba, más andaluz y más granadino que nunca».

Y, entonces, no puede evitar pensar en la metamorfosis que experimentamos todos al abandonar nuestra tierra. Yo en España soy madrileño, en Francia soy español, en Estados Unidos europeo y en la Luna, si llegara, supongo que me sentiría terrícola. Pero siempre, siempre, en el extranjero, te brota espontáneo el patriotismo que no ejerces en casa. Echas de menos tus raíces, las pones en perspectiva, las reivindicas y comienzas a valorarlas. Por eso el poeta en Nueva York se rebeló de pronto ante mis ojos como un sorprendente «poeta contra Nueva York»: «Yo creo que el ser de Granada me inclina a la compresión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío…, del morisco que todos llevamos dentro».

Y me dio por pensar que, quizá por contraste, en aquel legendario viaje a la Gran Manzana, el poeta hubiese adivinado que la justicia social, como la semilla caída de un árbol, solo tarda seis meses en descomponerse si nadie la riega. Y que, precisamente por ello, se

decidiera a echarle agua. O que descubriese que la deshumanización de Wall Street, como las bolsas de plástico que flotan impunes por nuestros mares, podría llegar a perdurar mil años si nadie le plantaba cara a tiempo. Y que, por este motivo, quizás le saliera del alma a Federico denunciarla. Son solo conjeturas de un modesto corresponsal en Estados Unidos en tiempos de Donald Trump, pero, de haber ocurrido como propongo, no resultaría demasiado aventurado afirmar que Federico García Lorca se anticipó de forma premonitoria (con su poemario *Los negros* y su *Geometría de la angustia*) a los movimientos *Occupy Wall Street*, *Me too* y *Black Lives Matter* que tardarían todavía más de un siglo en fraguarse en Estados Unidos.

El boquerón

Cuando, el 9 de febrero de 2026, Bad Bunny terminó su actuación en el descanso de la Super Bowl, Estados Unidos se sumió en un profundo debate. Unos que «qué maravilla, *buddy*» y otros que «qué vergüenza, *dude*»; pero lo cierto es que hasta el presidente Donald J. Trump, que había tachado de abominable al artista boricua y prometido pasarse a ver la contraoferta televisiva de la plataforma creada por el ultraderechista Charlie Kirk, se tragó enteros los quince minuticos del cantante puertorriqueño en la pantalla gigante que le instalaron en Mar-A-Lago.

Un siglo y veintiocho años después de que Estados Unidos secuestrase con nocturnidad y alevosía el pueblo de Puerto Rico, Benito Antonio Martínez Ocasio había conseguido sembrar dos poderosos mensajes en el desconocimiento general que existe en el público estadounidense sobre la historia de su isla. El primero, que él no era extranjero (Puerto Rico es, como hemos comentado antes, parte de Estados Unidos y de ahí que el pasaporte de sus ciudadanos sea azul y ponga «U. S. Citizen») y, el segundo, que el ser ciudadano de Estados Unidos no significaba que los tres millones de habitantes del archipiélago sintieran el deseo irrefrenable de perder su idioma y su idiosincrasia. Los puertorriqueños que se expresan en español se habrán quedado en minoría con respecto a los ocho millones de compatriotas que se pasaron al inglés en el continente en busca del sueño americano, pero no renuncian a sus raíces. Bad Bunny podría mudarse a *NuevaYol* o a una mansión en Miami, pero ha optado por quedarse con «su gente», en San Juan de Puerto Rico, la segunda ciudad más antigua de las fundadas por

europeos en el continente americano o, lo que viene a ser lo mismo, la ciudad más antigua de Estados Unidos.

En el Coliseo José Miguel Agrelot de San Juan montó Bad Bunny en 2025 una histórica serie de treinta y un conciertos consecutivos titulada «No me quiero ir de aquí» y, noche tras noche, colgó el cartel de «localidades agotadas». Fue su manera de protestar por las políticas represivas de Trump contra la comunidad hispana en Estados Unidos. El «conejo malo» suspendió la gira prevista por los cincuenta estados y anunció que los estadounidenses que quisieran disfrutar de su música tendrían que saltar al Caribe. Recaudó cuatrocientos millones de dólares y los destinó a programas para la reconstrucción de la infraestructura dañada por el huracán María.

El momento de mayor simbolismo durante el descaso del Supertazón llegó con una procesión de banderas de todos los países americanos que mostraban ante una audiencia millonaria que, aunque Estados Unidos se haya apropiado del nombre, el término «América» lo comparte todo un continente y representa mucho más que a un país en solitario. Además, Bad Bunny se atrevió a ejecutar su apuesta musical en español, que no es un idioma extranjero, sino el que se habla en el territorio estadounidense de Puerto Rico. Entre otras cosas, porque la constitución de Estados Unidos no establece ni el inglés ni ninguna lengua como la oficial del país con el fin de garantizar la libertad de sus ciudadanos a expresarse como cada uno quiera.

Ahora, sobre todas las cosas, lo que Bad Bunny se encargó de dejar claro aquella histórica noche de febrero fue que la música es un lenguaje universal, y da exactamente igual en que idioma se interprete. Si no, que levante la mano y tire la primera piedra quien no se haya emocionado alguna vez con una canción sin entender lo que decía la letra.

«Yesterday… *Wachi, wachi, wachi yey*…».

Pues eso.

Al día siguiente crucé un par de mensajes con el *chairman* de Telemundo, Luis Fernández, que había estado presente en el estadio

de Santa Clara, California, y me adelantó que la cadena había batido récords de audiencia: «Excepcional. Buenísimo. Ha sido la Super Bowl más seguida por una audiencia hispana de la historia».

Me puse a repasar los símbolos y los paisajes del concierto. Todo Puerto Rico concentrado en quince minutos. Allí estaba el laberinto de cañas de azúcar repleto de jíbaros (labradores) que lucían en sus cabezas las tradicionales pavas (sombreros de paja). El carrito con coco frío y piraguas (polos de hielo raspado). La bandera de Puerto Rico con el triángulo azul más celeste de lo habitual que se asocia al movimiento en favor de la independencia. Los viejitos jugando al dominó. El «*party* de marquesina» celebrado en el barrio con música alta y baile ajustado, que fue el pilar del *reggaetón* y del perreo. Los postes de luz que echaban chispas a punto de un nuevo apagón… Imágenes que me devolvieron a 2019, cuando recibí una invitación para participar en «un conservatorio» en la facultad de periodismo de Río Piedras. Me dijeron que ya tenían pensado el título: «"Un corresponsal en tiempos de Trump". ¿Le parece?».

Me pareció y enseguida llamé a Manolo López, el chef nacido en Aguada que se había convertido en embajador cultural de Puerto Rico en el *Loisaida* (palabro que define en español al Lower East Side de Manhattan). La historia de Manolo, como la de tantos puertorriqueños emigrados al continente, resultaba a la par dolorosa y emocionante. López comenzó defendiendo las bonanzas de la gastronomía boricua en un puesto callejero en Brooklyn. Lo bautizó Mofon.GO, un juego de palabras entre «mofongo», que es el plato nacional cuya base es una masa de plátanos verdes fritos machacados, y «go» de «para llevar». Le fue bien, pero luego le fue todavía mejor y se trasladó al Café Colmado, un cafecito en la calle Broome del *Loisaida* al que acude el personal en romería para degustar su Coquito Latte, una bebida que fusiona el clásico ponche puertorriqueño de coco con un trago fuerte de café expreso.

En las postrimerías del huracán María, el chef López regresó a su isla y se volcó por dar de comer a su gente. A los dos meses de llegar salió un reporte de la Asociación de Restaurantes de Puerto

Rico que indicaba que dos mil restaurantes se habían visto obligados a cerrar sus puertas tras la catástrofe. Entonces Manolo decidió utilizar el dinero que obtenía de donantes en el *Loisaida* para reabrirlos, tal y como nos explicó a mí y a otros dos periodistas (Lisa Buttom y Nick Leiber) en *Don't Interrupt me, por favor,* el programa que creamos en Radio Kingston para una audiencia bilingüe.

—¿Qué podemos hacer por echar una mano? —le preguntamos.

—Invertir en Puerto Rico. Venid a visitar la isla. Haced turismo. Comed en sus restaurantes —nos dijo.

Cuando la Universidad de Puerto Rico me brindó, con su invitación, la oportunidad de poner en marcha los consejos de Manolo, él mismo me mandó vía WhatsApp un montón de sugerencias. La primera parada fue en el restaurante familiar El Nuevo Guayabo, que quedaba al oeste de San Juan, en la localidad de Arecibo. Tenía fama por sus empanadas de cetís (unos pececillos diminutos y traslúcidos). Un manjar, para entendernos, que venía a ser como la versión caribeña de las tortillitas de camarones de Sanlúcar, pero que, en lugar de estar confeccionadas con harina de garbanzo, las hacían con masa de guineo (un banano pequeño y dulce que trajeron los canarios al Caribe en 1516). Los cetís, por lo visto, ya acostumbraban a pescarlos desde mucho antes los indígenas tahínos en la desembocadura del río Grande. La cocinera se encargó de envolverlo todo en hojas de plátano antes de dorar la empanada al calor de la plancha.

Mmm…

De regreso, en la calle, nos llamó la atención una pintada dedicada al gobernador de la isla: «Mi mamá no me deja decir "carajo", así que Ricky Rosselló, vete *pa'* caramba».

El gobierno de San Juan se había dedicado a maquillar las cifras de fallecidos tras el huracán María con objeto de enmascarar sus propias negligencias. El parte oficial había reconocido inicialmente ochenta muertes, cuando todo el mundo sabía que no podía ser, que en aquella lista faltaban muchísimas víctimas. En *Don't Interrupt me, por favor,* cuando el recuento de fallecidos superaba ya los cuatro

mil seiscientos, Manolo López nos transmitió su indignación por aquel baile de cifras: «Los puertorriqueños ya llegaron a la cima. No aguantamos más mentiras. Puerto Rico despertó. Hasta ahora varios charlatanes han usado el sufrimiento de la isla para su propio beneficio, pero nosotros somos la generación que no les vamos a dejar ya más».

Una investigación del FBI se fue encargando de destapar lo que el viento huracanado no pudo: la trama de corrupción que desembocaría en la detención de la secretaria de Educación y del secretario de Hacienda de Puerto Rico. Rosselló parecía mantenerse a salvo. La isla agonizaba mientras el gobernador asistía en Francia a un encuentro del mundial de fútbol femenino. Entonces la prensa sacó a la luz sus comentarios en un chat privado. Textos obscenos y banales que el gobernador intercambiaba jocoso con otros funcionarios. El escándalo precipitó su regreso.

—Si Rosselló hubiera vivido en los tiempos de Cristo —nos comentó una mujer que se había parado al vernos mirar la pintada—, seguramente se hubiera robado los clavos de la cruz.

Un tren urbano nos dejó en el campus universitario de Río Piedras, cerca de un campanario de cincuenta y dos metros de altura cuyo nombre, la Torre Roosevelt, me anticipaba de alguna manera la historia que estaba a punto de descubrir: la del Puerto Rico que iba desde la guerra del 98 a nuestros días, la que empezó un 25 de julio con nubes en Fajardo, lloviznas en Cabo Rojo y mil quinientos soldados estadounidenses en la playa de Guánica.

Guánica era, en julio de 1898, un barrio de la localidad de Yauco compuesto por sesenta casas y defendido por once soldados del Cuarto Volante, un pequeño destacamento de caballería español al mando del teniente Enrique Méndez. Sin ofrecer apenas resistencia, los militares españoles habían asistido incrédulos al desembarco de los soldados americanos. Pronto, se vieron rodeados de marines que procedían, en su inmensa mayoría, de un vapor acorazado que se perfilaba en el horizonte con el nombre USS Gloucester y, una vez en tierra, seguían órdenes expresas del general Nelson Miles. Obligados

a colocarse en formación en el mismo punto escogido por Juan Ponce de León para poner pie en tierra en el año 1508, los marines arriaron la bandera española e izaron la suya.

El día 27 cayó Ponce, la segunda ciudad en importancia de Puerto Rico. Los acorazados USS Dixie, USS Annapolis y USS Wasp entraron al puerto de La Guancha, y el coronel que allí dirigía el destacamento español, Leopoldo San Martín, supo enseguida que sus trescientos hombres no eran suficientes para hacer frente al fuego que se le venía encima. Siguiendo órdenes del gobernador Macías, retiró sus fuerzas hacia Aibonito destruyendo a su paso postes de telégrafo y puentes para ralentizar el avance enemigo. Nelson emitió una proclama asegurando a los puertorriqueños que no venía como conquistador, sino a procurarles la libertad: «Nuestro objetivo no es interferir ni con las leyes ni con las costumbres existentes que sean beneficiosas para ustedes. Lo que Estados Unidos les ofrece son las bendiciones de una civilización iluminada y las ventajas de nuestras instituciones de gobierno».

Muchos locales celebraron la arenga dando por hecho que Puerto Rico se convertiría en un estado con más competencias transferidas de las que España contemplaba en su reciente concesión de autonomía. Sin embargo, no tardarían en comprobar con desánimo que la Corte Suprema de Estados Unidos determinaba que su isla *belongs to* (pertenece a) *but is not a part of* (pero no forma parte de).

Mientras tanto, continuaba la guerra.

El 8 de agosto la tropa invasora tomó en Fajardo el Faro de las Cabezas de San Juan. En Coamo, el comandante Rafael Martínez Illescas organizó una defensa desesperada con doscientos cincuenta soldados del batallón de Cazadores de la Patria, pero sufrieron una emboscada en la carretera de entrada. Cayeron abatidos en cadena Illescas y su segundo, el capitán Frutos López, y, al asumir el mando el capitán Ita no tuvo más remedio que alzar la bandera blanca y ordenar la rendición.

Tras responder al fuego enemigo en San Germán, el 12 de agosto los estadounidenses llegaron a Aibonito, a las puertas de San Juan. El contingente español que allí los aguardaba ocupaba los altos montañosos del Asomante con mil trescientos hombres, entre regulares y voluntarios. Además de la altura, a los defensores del Imperio hispánico les proporcionaban una extraordinaria ventaja los cañones de la casa alemana Krupp, superiores en puntería y alcance a los de la artillería estadounidense. Alemania ya no fundía sus piezas artilleras con bronce ni con hierro, como seguían haciendo el resto de las naciones, sino con acero forjado, lo que capacitaba a las recámaras para soportar mayores presiones de explosión. La munición se cargaba por la boca en lugar de por la trasera, lo que permitía una cadencia de tiro mucho más rápida, y encima empleaban pólvora sin humo para poder disparar sin delatar su posición.

Los estadounidenses tantearon la eficacia de los Krupp disparando un par de cañonazos colina arriba y, ante la contundente respuesta de la defensa española, que les ocasionó algunas bajas, optaron por replegarse. Al amanecer del día siguiente, 13 de agosto de 1898, un locutor anunció en la radio el armisticio firmado el día anterior en Washington. La campana de la paz salvó al ejército de Estados Unidos de una auténtica carnicería.

El 18 de octubre entraron las tropas de Estados Unidos en San Juan y el arriado de la bandera rojigualda marcó el final de cuatro siglos de dominio. El acto protocolario se llevó a cabo frente al Palacio de Santa Catalina (conocido como «La Fortaleza»), donde el general John R. Brooke asumió el cargo de gobernador militar bajo un régimen de transición: «Venimos a liberarles del yugo de España».

Transcurrieron los meses y los militares gringos no se iban. Se despidieron por fin en mayo de 1900, pero con intención de regresar pronto a realizar maniobras. La historia del día después se cuenta divinamente en el pequeño museo de la isla de Culebra, ubicado en un antiguo almacén de municiones que la Marina estadounidense

construyó en 1905. Aparte de un rinconcito dedicado a la preservación de las tortugas, en el resto del espacio se exponen bombas no detonadas y restos de los proyectiles que la aviación estadounidense se dedicó a arrojar sobre sus campos de cultivo y sobre las aguas de sus costas entre 1939 y 1975. No resultó un caso aislado.

En la isla de Vieques, refugio natural de vida salvaje al que sus propios habitantes suelen referirse como «la colonia de la colonia», el Gobierno de Estados Unidos arrinconó en 1941 a la población para poder usar tres cuartos de la superficie como campo de tiro. De la noche a la mañana desaparecieron los extensos cañaverales de Monte Carmelo y los pastos de bueyes que bordeaban la carretera que conducía al muelle de Isabel Segunda. Las aguas territoriales también fueron expropiadas por la Marina y se impidió faenar a los pescadores de mero y de pargo hasta mayo de 2003, fecha en que dejó de ser el campo de pruebas para los armamentos de última generación del ejército de Estados Unidos. El nivel actual de contaminación por napalm, litio y magnesio sigue siendo un misterio custodiado en la carpeta de los «daños colaterales».

«Venimos a liberarles del yugo de España».

La fuerza laboral agrícola, motor del cuarenta y cinco por ciento de la economía, fue cayendo hasta el exiguo dos por ciento de nuestros días. A cambio, se creó mano de obra barata para unas fábricas traídas desde el continente que contaminan sin freno sin ninguna consecuencia y se abrió la mayor oficina de reclutamiento del ejército. Desde la Primera Guerra Mundial, doscientos treinta mil puertorriqueños han participado activamente en todos los conflictos, y se estima que cien mil siguen vinculados a las fuerzas militares. Para mediados de los años sesenta, un tercio de las puertorriqueñas en edad fértil habían sido esterilizadas gracias a un programa de eugenesia (llevado a cabo con información incompleta o engañosa) encaminado al «mejoramiento genético».

Nosotros, en San Juan, pasamos de largo la torre Roosevelt del campus universitario de Río Piedras y llegamos al Cuadrángulo. Era

una plaza neoclásica con palmas reales y edificios tipo Spanish Revival, un movimiento arquitectónico surgido en Estados Unidos en los años treinta que reinterpretaba las misiones españolas de América. Muros de estuco blanco, techos de teja roja, arcos, patios interiores y detalles ornamentales de hierro forjado. El Conservatorio de Música era uno de ellos. Por sus ventanas se escapaban notas sueltas procedentes de un piano.

En la puerta del Salón Multiusos del Centro de Estudiantes (abierto al público en general), el profesor de Teoría del Periodismo y maestría en Comunicación Mario E. Roche me recibió con un apretón de manos. Subimos al escenario y enseguida se encargó de presentarme a los alumnos: «Aquí este señor que tal y cual».

En cuanto terminó su exposición, yo procedí a dar las buenas tardes a los presentes y fui como una flecha directo al grano:

—Lo importante en el periodismo son las respuestas, no las preguntas. El protagonista no ha de ser el reportero, sino quien le responde y, por tanto, una rueda de prensa no consiste en una competición a ver quién formula la pregunta más brillante.

Una chica morena y con cejas pobladas, que me recordó al logo de Duolingo cuando permanece meses desatendido, me miró fijamente en espera de puntualizaciones más explícitas.

—Podríamos dividir a los seres humanos en dos categorías: los que hablan y los que escuchan. ¿Sí?

Silencio sepulcral.

—Pues, a mi entender, un buen periodista ha de poner empeño en concentrarse en lo segundo —continué.

Frida «Lechuza» Kahlo levantó el brazo.

—¿A qué se refiere con escuchar?

—A dejar en la puerta los prejuicios —respondí—. No le sale a uno de natural escuchar a todo el mundo. Esta tipa no tiene nada interesante que contarme. Este pavo ya sé por dónde me va a salir. Estos son impresentables. La mayoría de las veces nos ponemos en modo avión y esperamos a que nuestro interlocutor termine la última frase para soltar una pregunta preconcebida. A eso me

refiero. Escuchar implica mantener la curiosidad abierta. Por supuesto, tienes que centrarte en el tema en el que te hayas documentado, pero, si vas a entrevistar a una ministra y la señora tiene en su despacho una guitarra, ¿no vas a preguntarle nada sobre música?

Otro alumno levantó el brazo.

—¿Qué recomienda para estar bien documentado?

—Todo ayuda. Cuantos más idiomas hables, mejor. Cuantas más películas hayas visto, mejor. A cuantos más sitios hayas viajado, mejor… Pero lo que más ayuda es leer libros de historia, para ser capaz de poner la actualidad en contexto.

Si el presidente de Estados Unidos hubiera conocido la historia de su país, los estadounidenses se hubieran evitado la vergüenza de que Trump felicitara en público al presidente de Liberia, Joseph Boakai, por su gentil manejo del inglés.

—*Very good English*. ¿Dónde lo ha aprendido, Mr. Boakai? Además, lo habla con acento americano —le confesó, como un niño sorprendido, delante de la prensa que abarrotaba el despacho oval.

El 47.º presidente de los Estados Unidos ignoraba que otro presidente de Estados Unidos había creado aquel país africano. Y es que, en la intimidad, al 5.º mandatario del país americano (aquel que compró la Florida a España), James Monroe, le pasaba con los negros libres lo mismo que a Donald Trump con los hispanos: le inquietaba profundamente su presencia entre los blancos. Para servidumbre estaban bien (él mismo tenía doscientos esclavos en su plantación de Virginia), pero dejarlos competir por un espacio de poder en la sociedad estadounidense era incurrir, cuando menos, en un grave error de cálculo. América era un regalo que les había hecho Dios a los descendientes de los europeos y los negros no tenían ni preparación ni derecho para hacerse con un trozo del pastel. El problema era que en 1820 los libertos proliferaban como las moscas.

La retórica de igualdad impulsada por la guerra de Independencia cuarenta años antes había llevado a cuestionar la moralidad de la esclavitud en los estados del norte, y muchos de ellos terminaron

por aprobar leyes de emancipación gradual. A ello hubo que sumarle que el cambio del cultivo de tabaco por el de cereales en el alto sur (Maryland y Virginia), al requerir mucha menos mano de obra, facilitó a muchos esclavos la compra de su libertad, y también que no paraban de llegar a Estados Unidos negros que huían de la revolución en Haití. En consecuencia, la población negra libre había crecido un doscientos quince por ciento en los últimos veinte años, superando en mucho el ritmo de crecimiento de la población esclavizada. La solución pasaba por quitárselos de encima.

Monroe consiguió el apoyo del Congreso para que la Sociedad Americana de Colonización adquiriese un terreno en la costa oeste de África, argumentando que el dinero se usaría para reasentar a africanos «rescatados» de barcos negreros ilegales. Utilizó buques de guerra de la Marina de Estados Unidos para amedrentar y presionar a los líderes tribales que gobernaban la región hasta que cedieron 579 kilómetros de costa (entre Sierra Leona y Costa de Marfil) a cambio de un contenedor con ron, pólvora, abalorios, tabaco y mosquetes valorado en trescientos dólares. A continuación, se llevó a cabo la firma del contrato de venta de Liberia con la pistola del teniente del ejército Robert Field Stockton (que resultaría después clave en la conquista de California) posada sobre la sien del mandatario local, el King Peter. En honor del presidente Monroe, a la capital del nuevo país se la bautizó con el nombre de Monrovia. Estados Unidos ya tenía un sitio para deportar a los negros libres: *Make America White Again*.

Unos dieciséis mil se acogieron a la oferta de autodeportación. Solo el cuarenta por ciento lograron sobrevivir a la fiebre amarilla y a los ataques de las poblaciones indígenas dey y bassa. En 1847, este nuevo territorio se convirtió en la primera república independiente de África y en la segunda república negra de todo el mundo (después de que lo lograra Haití en 1804), si bien Estados Unidos no la reconoció formalmente como país hasta 1862, con Abraham Lincoln en la presidencia, por temor a que una república negra soberana influyera en el debate sobre la esclavitud en su propio

suelo. Desde entonces, diez de sus veintiséis presidentes han sido ciudadanos estadounidenses y la plantación de goma que inauguró Firestone en 1920 para fabricar los neumáticos de los Ford sigue siendo su mayor fuente de empleo. Pero a Trump, el 25 de julio de 2025, al escuchar Liberia no le venía nada a la mente. Tampoco le viene nada por Puerto Rico.

—¿Ayuda ser agresivo en las entrevistas? —me preguntó uno de los alumnos.

—Ayuda más ser amable. Cuando la gente está a gusto, se desinhibe y cuenta cosas que no te va a decir si se siente acorralada.

Aproveché mi presencia en Río Piedras para comentar también que no era especialmente partidario de obsesionarse por conseguir primicias. O sea, que sí, pero que no. Que a nadie le amarga un dulce, pero que no es mejor periodista quien cuenta la historia antes, sino quien mejor la cuente.

—La biografía de una señora que limpia casas puede resultar tan apasionante como la de Gandhi porque la esencia de una buena historia no consiste en lo que haga su protagonista, sino en lo que siente mientras lo está haciendo. La vida no va de impresionar, sino de emocionar, y las emociones las compartimos nobles y villanos por igual.

Y, con esto y un bizcocho, di por terminada mi alocución. Rompan filas. Muchas gracias. Podéis ir en paz.

—Oiga, ¿y lo del reportero en tiempos de Trump? —dirás.

A ver, es que lo que no voy a hacer en este capítulo es transcribir por la cara toda la conferencia de Puerto Rico para rellenar páginas, pero imaginarás que es un papel que no resulta fácil. Al periodista que formule una pregunta incómoda, Trump tiene por costumbre ridiculizarle. A los medios que cuestionen su gestión, los acusa de *fake news* y les interpone una demanda judicial millonaria que, aunque no termine prosperando por falta de fundamento, consigue el fin de amargarles la existencia o de asfixiarles económicamente por el camino. Así estamos. Por ello reconfortan los gestos de

profesionales valientes como Bill Owens, productor ejecutivo del informativo semanal *60 Minutes* de CBS News, que decidió renunciar a un puesto de trabajo que adoraba antes de cederle a Trump el derecho a vetarle algunos temas. Ser corresponsal en tiempos de Trump es una pesadilla, y para poder sobrellevarla, tal y como les informé a los alumnos en mi despedida, el menda se marchaba a darse un homenaje gastronómico a la marisquería puertorriqueña La Cueva del Mar a base de chicharrones de *pork belly* con tostones de peseta. ¡Viva la biculturalidad!

La tarde siguiente, el tono del cielo, una mera pincelada de añil, imprimía a la vida un ritmo sosegado, como si el tiempo caminase de la mano con uno. Sarah y yo salimos a pasear por la plaza de Santurce. El mercado vivía una explosión de color en los puestos de frutos tropicales cargados de yautía, plátanos, ñame y quenepas. Afuera, en la calle, varios grupitos de jubilados jugaban al dominó mientras apuraban risueños un cafecito. En la acera, una señora barría los adoquines. Frente a una ventana, una turista fotografiaba a un gato dormido para su colección de Instagram. Nos pedimos dos piñas coladas en un ventanuco del muro que atendía una mujer en bata. El aire portaba aromas de albahaca, fritura y ron.

«Tienen que ir a la Alcapurria Quemá porque preparan la mejor alcapurria de Puerto Rico. Sabe como la de mi abuela, pero con un *flow* moderno». Nos dijo Manolo López, quien además me había explicado que la alcapurria era un plato típico elaborado con plátano verde rallado y masa de yautía (un tubérculo parecido a la yuca al que algunos llaman papa china). La rellenan de carne sazonada y la doran en aceite. «Comida callejera elevada a los altares, Guillermo», me aseguró.

Encontramos el restaurante, después de dar dos rodeos equivocados, en una esquina cercana. Se trataba de una tasca modesta con paredes de yeso verde pistacho adornadas por una tira de bombillas. El renqueante ventilador del techo, que apenas espantaba una chispa de la humedad concentrada en el aire, mecía con delicadeza la bandera de Puerto Rico que colgaba sobre la barra.

Una pareja de enamorados bailaba salsa gorda a las puertas del baño. Suave y sin pena. Puerto Rico no es un lugar, sino una manera de ser.

—¿Algo más? —nos preguntó un chaval que mandó la tabernera.

Después de la alcapurria, memorable, cayeron una serenata de bacalao con majado de vianda y un mofongo de carrucho. Por supuesto, acompañado todo de unas cervezas Medalla bien frías. Gracias, Manolo.

Y ahora, si se me permite, me voy a pasar al boquerón. No al pescaíto, que ya está bien de comida, sino a la boca chica de la bahía de San Juan que, como todas las bocas chicas de todas las -bahías nombradas por los españoles, recibe ese gracioso nombre.

Paso pues a la mañana siguiente cuando, por invitación de Juan Vera, director de arqueología subacuática de la isla, me acerqué a conocer un fortín llamado San Gerónimo del Boquerón y, como tantos monumentos y lugares de la América hispana, recibió el nombre de este santo (a menudo representado como un ermitaño que se golpea el pecho con una piedra) porque servía como ejemplo perfecto por su piedad para conmover a los fieles del Nuevo Mundo. Juan Vera, que me recibió en la puerta, lideraba en aquellos momentos la reconstrucción del pequeño castillo.

En el Atlántico, Puerto Rico había jugado el mismo papel que Gibraltar en el Mediterráneo: el de puerta de entrada a los territorios hispanos. La nación que dominase San Juan, situada como un escudo a la entrada de la bahía, dominaría por defecto el Caribe, lo que había obligado a artillar sus costados. En caso de ataque enemigo, su misión era la de resistir hasta que llegaran refuerzos desde Veracruz o desde La Habana. El presidio más grande se levantó al oeste de San Juan junto a la abertura de agua mayor (que, como todas las aberturas marítimas grandes, recibió el nombre de «el morro»), y en el boquerón del este se levantó San Gerónimo. Su reclamo para pasar a la historia consistía en que, al tratarse de la fortaleza más frágil de las dos, había resultado casi siempre escogido

por los enemigos de España para sus ataques. El principal de todos ellos ocurrió en 1595.

A finales del siglo XVI, Gran Bretaña soñaba con arrebatarle al Imperio hispánico su incuestionable dominio en los mares y, aunque tardaría otros cien años en poder entonar su célebre «Rule Brittania, rule the waves», había comenzado ya a ponerse las pilas.

—El problema para Inglaterra era la falta de cuartos —me reveló Vera mientras intentaba abrir a empujones el portón—. ¿Solución? Ya te imaginas: robarle el tesoro a España.

Con tan insigne motivo, en 1595 la reina Isabel I de Inglaterra le suministró a sir Francis Drake (individuo al que los anglosajones veneran como almirante de la Armada y caballero del Imperio británico y los españoles de bien maldecimos por carroñero malnacido y pirata) veinticinco navíos de guerra para hacerse con San Juan.

—¿Drake? Un chanchullero de siete suelas —me corroboró Vera, por si me hubiese quedado alguna duda.

Se presentó chulesco al mando del navío de la propia reina, el Ciervo Dorado, un galeón de treinta metros de eslora, capacidad para ochenta tripulantes y veintidós cañones. Venía acompañado de su primo Hopkins (ningún parentesco con el sabio de los agujeros negros), a quien la Wikipedia atribuye haber iniciado la trata de esclavos en el Nuevo Mundo. Ya ves tú el calibre de los dos pájaros.

—La estrategia del pirata era atacarnos por sorpresa —continuó Vera bajando el tono de voz, una vez ya dentro del recinto, para dotarle de mayor intriga a su relato.

Yo, a lo mío, aproveché para echarle un vistazo a aquel modesto fortín que se adentraba en el mar como el dedo gordo del pie de un gigante.

—Drake trataba de rompernos las defensas para desembarcar en la playa —me explicó—. Lo que no se esperaba el julandrón es que los españoles anduvieran ojo avizor y que un tiro de cañón lanzado desde esta misma posición defensiva entrara de lleno en su cabina, le volara el asiento y le tumbara al piso.

Según aquella inusitada versión, el insospechado disparo habría causado la muerte a tres oficiales británicos, incluido el primo esclavista. Drake levó anclas enseguida, huyó a Panamá y, diezmado por la gravedad de sus heridas, fallecería apenas unas semanas más tarde. Yo, sin conocimientos históricos ni ganas suficientes de llevarle la contraria, asentí sin rechistar. Al ver que le prestaba atención, Vera me mostró el punto desde el que se hizo el prodigioso lanzamiento.

—Aquí mismito fue.

La gualdera, la cuña de puntería y las ruedas de maderas habían desaparecido por culpa de la intemperie y de las salpicaduras del salitre, pero quedaba tumbada aún sobre el piso de piedra la caña de bronce del cañón. En letras góticas y junto a una cruz de Borgoña, pude leer «PHILIPVS REX HISPANIARVM» en letras reverdecidas por la pátina del tiempo. La trasera adornada con el cascabel, una bola de hierro maciza que recordaba a los artilleros el calibre con que debía de ser cargado.

—Existían diversas municiones y, si te equivocabas, podías atascar el cañón e invalidarlo. Para evitarlo, se soldaba al cañón una muestra del calibre correspondiente. Era una especie de advertencia muda: este monstruo lanza esto. Los niños que transportaban las balas tenían que compararlas con el cascabel antes de entregárselas al artillero.

Aquella incursión de Drake no sería la última ni la más ambiciosa. En el par de siglos que dieron de sí los reinados de cinco Felipes, un Luis, tres Carlos y un Fernando, el Boquerón sufrió innumerables asedios. Financiarse a base de atracos a la corona española resultaba un plan de negocios estupendo, tanto para Gran Bretaña como para las Provincias Unidas (nombre con el que se conoció a Holanda durante su breve periodo imperial). Unas veces atacaban directamente con sus Armadas, y otras, como hemos visto en el caso de Drake, concedían una licencia para saquear en su nombre a un particular (se denominaba «patente de corso») a cambio de que luego se aviniese a compartir el botín con ellos. Ahí radica la sutil

diferencia entre pirata y corsario: el primero era autónomo y el segundo iba contratado por la administración. El corsario, en caso de ser capturado, debía de ser tratado como prisionero de guerra; para el pirata (*hostis humanis generis*, enemigo de la humanidad) la pena era siempre la horca.

Siguiendo este modelo de negocio, los españoles podemos presumir de haber financiado sin desearlo la creación de la ciudad de Manhattan. Ocurrió en 1628, diecinueve años después de que Henry Hudson explorara la bahía de Nueva York para Holanda. Entonces el territorio todavía se llamaba Nueva Ámsterdam y, más que una colonia, era una sucursal ultramarina de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales.

Ofrezco detalles:

El 24 de mayo de 1626 se había producido en Manhattan uno de los mayores malentendidos de la historia. Peter Minuit, un empleado de la compañía neerlandesa de las Indias Orientales, creyó haber comprado la isla a los nativos a cambio de unas baratijas valoradas en sesenta florines (veinticuatro dólares de hoy al cambio). Sin embargo, como explica Russell Shorto en su libro *The Island at the Center of the World* (La isla en el centro del mundo), los indígenas Lenape no habían contemplado en aquel acuerdo ninguna venta puesto que no creían que la tierra les perteneciese ni a ellos ni a nadie. Simplemente se había limitado a sellar una alianza: permitían a los holandeses vivir en su territorio a cambio de que les cedieran mantas, ollas y herramientas y, sobre todo, de que les ofrecieran protección contra las tribus enemigas. Las baratijas las tomaron como muestra de buena voluntad, pero esperaban más. La prueba fue que, tras la supuesta venta, los indios no se habían marchado a ninguna parte, sino que seguían en Manhattan y, según consta en numerosas quejas enviadas a Ámsterdam por los primeros colonos, «no paraban de pedirles favores, de sacarles regalos y de apuntarse a sus fiestas».

El caso es que, con título de propiedad o sin él, en 1628 a la compañía holandesa no le salían los números. Mientras que la

sucursal de las Indias Orientales con sede en Jakarta, Indonesia, producía beneficios astronómicos después de arrebatarles a los portugueses el comercio de las especias en Ceilán, las Molucas y Malasia, las pieles de castor y de nutria llegadas desde Nueva York no justificaban los terribles gastos de mantenimiento de sus oficinas en Manhattan. A punto estuvieron de chaparla y ordenar el regreso a casa de todos los empleados cuando, el 8 de septiembre de ese mismo año, se les apareció la virgen, san José y todo el misterio en la bahía de Matanzas.

Aquel día, un corsario con cara de perro y patente para rapiñar en nombre de la compañía holandesa, Piet Heyn, se topó en la costa norte de Cuba con la flota de Indias al completo, comandada por Juan de Benavides y compuesta por noventa embarcaciones cargadas hasta las trancas de oro, plata, añil y cueros. Fue la primera y única vez en la historia de la Carrera de Indias que una flota del tesoro completa caía en manos del enemigo. Heyn (bien conocido por los españoles, pues le habían condenado a remar cuatro años en galeras por un intento de asalto previo) se hizo con un botín valorado en más de once millones de florines. En Ámsterdam, los accionistas de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales recibieron un dividendo único del cincuenta por ciento, algo jamás visto hasta aquella fecha, y los fondos no solo sirvieron para sufragar los gastos de I+D de la oficina en Manhattan, sino también la compra de sesenta y cinco navíos de guerra. Con ellos partieron corsarios de la compañía en 1630 a conquistar Pernambuco (otra vez espantando portugueses) para iniciar lo que sería una próspera expansión de sucursales por el noreste de Brasil.

En España, el desastre dejó las arcas del imperio vacías y a su majestad Felipe IV y a su valido Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de Olivares boquiabiertos. Para la Corona, la rendición casi sin resistencia del almirante Benavides supuso una humillación imperdonable. Su mayor error, según el tribunal de Sevilla que le sentenció a muerte, fue el no haber hundido los barcos antes de que el tesoro cayera en manos enemigas.

Uno de los últimos intentos de evitar aquellos disgustos llegó con la decisión de Carlos IV el Cazador de restaurar el fortín del Boquerón. Se le dotó entonces de una particularidad muy ingeniosa: dejar uno de sus flancos abiertos para poder reconquistarlo fácilmente desde tierra en caso de que cayese en manos enemigas. Luego, Napoleón invadió la península ibérica y San Gerónimo cayó en la desidia y en el olvido hasta convertirse en una ruina que acumulaba cascotes, maleza y desperdicios.

No sería hasta 2018 que un grupo de tres amigos capitaneados por Manuel Minero, director del Museo del Mar, se propuso limpiarlo: «Llevaba cuarenta años dejado de la mano de Dios y, encima, en nombre del progreso, le habían construido a la espalda un monstruo intimidatorio de hormigón llamado Hotel Caribe Hilton».

Insuflados por una máxima de Ismaelito, el segundo de los fundadores de la Asociación de Amigos de San Gerónimo, que decía «empezar es haber hecho ya la mitad», se pusieron en marcha. La primera ocurrencia consistió en organizar una visita guiada con sorpresa gastronómica para financiar las labores de rescate: plato de paella con vistas al mar por treinta dólares.

—Bueno, paella… más bien arroz con cosas —se disculparía Rafael Gómez, miembro de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba—. Es que yo, como soy de España, propuse la idea de la paella y me dijeron: «Vale, pues la cocinas tú».

A partir de ahí, todos los viernes se citaban en la Laguna del Condado para remangarse la camisa. Poco a poco, se les fueron sumando más voluntarios hasta que la iniciativa llegó a oídos del Instituto de Cultura, que decidió mandar su arqueólogo subacuático a echar un vistazo por si las moscas, no fuera a ser que los voluntarios estuvieran causando con su buena voluntad un estropicio.

—Me dijeron: «Juan, si eso te acercas y ya tú sabes» —me explicó Vera.

Él no tardó en enamorarse del fortín y de la historia de Francis Drake. Decidió sumarse a la causa, pero con neopreno y bajo el

agua, para recuperar uno a uno los sillares del puente desperdigados por la bahía.

—Hace poco encontré una piedra tallada de dos mil cuatrocientas libras. Me llevó veintiocho días trasladarla hasta acá yo solito.

—A ver si vas a ser de Bilbao —le dejé caer, sorprendido.

Por lo visto, Vera se construyó el trípode de Da Vinci. Al levantar la piedra con una cuerda se producía el efecto péndulo y, al bajarla, avanzaba seis pulgadas. Dos metros diarios. Piedra a piedra. Verso a verso. Tal era la determinación de ese héroe cotidiano. Como dicen por estos pagos, un señor de usted y tenga.

—Los ingleses no se conformaron con la derrota de Drake —siguió explicándome Vera—. Esperaron dos siglos y, en 1797, habiendo dado ya por perdidas sus Trece Colonias en América del Norte, conquistaron Trinidad sin quemar demasiada pólvora e intentaron el asalto definitivo a Puerto Rico.

»Esta vez enviaron sesenta y tres navíos con catorce mil hombres. Atacaron el vecindario de Piñones, tomaron al asalto Santurce, pero, acá en San Gerónimo del Boquerón, les volvimos a dar su merecido. Nos bastaron trece días para derrocar al imperio más poderoso del mundo. Le comimos los dulces a Horatio Nelson, el general inglés que cuatro años más tarde derrocaría en Egipto a Napoleón en la batalla del Nilo. Gracias a aquella victoria somos lo que somos hoy en día. Si los británicos hubieran ganado, hoy seríamos más parecidos a los habitantes de Jamaica, otra gente y otra cosa. Pero la victoria de 1797 nos permitió seguir siendo puertorriqueños, hablar español y tener una cultura, una historia y una idiosincrasia hispánica. Lo que hoy somos se lo debemos a los valientes defensores del Boquerón.

El único arqueólogo subacuático al que yo puedo llamar amigo se emocionó al narrarme aquella historia. El Boquerón estaba salvado, pero le pudo la indignación al recordarme que, encima del cementerio en el que fueron enterrados los héroes que defendieron con su vida dicha fortaleza, habían construido el salón de baile del hotel colindante.

—Que yo sepa, ningún pueblo debería de bailar sobre sus héroes.

Combinatoria léxica

Si te paras a pensar, Cristóbal Colón desembarcó en Estados Unidos. Lo hizo en noviembre de 1493, al pisar la arena blanca de la playa de Puerto Rico que queda enfrente del restaurante La Cueva del Mar. Me di cuenta mientras atisbaba en el menú los camarones *sweet chilli* y la *spicy crab salad* con *wontón.* Evidentemente, el inglés luchaba por hacerse un hueco en la isla como lo hiciera entonces en nombre de España el marino genovés.

Aquel desembarco ocurrió en el transcurso de su segundo viaje a las Indias, que se trataba de una expedición más numerosa y mejor planificada que la primera porque esta vez los castellanos viajaban con intención de quedarse. Fueron millares las solicitudes de pasaje para hacer fortuna en las tierras descubiertas, pero no hubo más remedio que limitar su número a mil quinientos hombres, que viajaron acompañados por apenas un puñado de mujeres y niños. Entre los varones, además de los miembros de las tripulaciones, subieron a bordo escuderos y soldados, clérigos, obreros y artesanos. La mayoría, paisanos de tierra adentro que ni siquiera habían visto el mar.

La expedición, compuesta por diecisiete navíos, incluía trece carabelas (por ser maniobrables y adecuadas para acercarse a las costas) y cuatro naos de mayor envergadura. Portaban todo lo necesario para fundar nuevas villas: herramientas, caballería, cabras, cerdos y semillas en abundancia. Presidía la flota Colón al mando de la nao Marigalente (acrónimo de Santa María la Galante) y le seguía de cerca la Niña, que era la única carabela que repetía viaje. Llegaron por una nueva ruta para aprovechar el empuje de los

alisios, unos vientos recién descubiertos como responsables de hacer llegar el polvo del Sahara hasta el Caribe. Vientos que esa tarde, delante del menú bilingüe de La Cueva del Mar, arrastraban con cometas a los surfistas puertorriqueños en las aguas del barrio de Ocean Park.

Nada más arribar a las Antillas Menores, los navegantes se toparon con una isla y bajaron a explorarla. Como coincidió que era domingo, Colón la bautizó con el nombre de Dominica y se quedó tan campante. Luego, al bordear las costas de Guadalupe, se conoce que oyeron los gritos de auxilio proferidos por un grupo de mujeres. Ya puestos, se acercaron a rescatarlas y, por señas, entendieron que habían sido secuestradas por los indios caribes. Se ofrecieron a conducirlas de vuelta a casa y, como las damas señalaran hacia el noroeste con obstinación, el almirante ordenó a su flota tomar aquel rumbo. Al poco, las diecisiete naos arribaron a las costas de Vieques.

—No, no, no.

Al parecer no era ahí. Interpelaron otro par de veces, por cerciorarse del todo, pero las damas volvieron a negar en rotundo con su cabeza. Levaron anclas y saltaron a la siguiente isla, la de la Culebra. Nada, se conoce que tampoco. Volvieron a izar velas y, en menos de lo que tarda el ferri de Denia a Ibiza, arribaron a la Isla Grande que, por aquel entonces, todavía recibía el nombre de Borikén.

Nada más desembarcar en Puerto Rico, los indígenas boricuas, pertenecientes al pueblo araucano de los taínos, agradecieron el rescate de sus damas ofreciendo pepitas de oro a los castellanos, espejismo de suma riqueza en el que, según sugiere algún que otro cronista, pudiera hallarse el origen del apodo de «rico» para el «puerto». Ahora, fuese como fuera la cosa, en aquel momento histórico la denominación de origen escogida por Colón resultó ser diferente. Clavó en tierra la rodilla, como ya empezaba a ser habitual (mucho antes de que volviera a popularizar el gesto Colin Kaepernick en los partidos de futbol americano de la NFL) y, en representación de sus majestades los Reyes Católicos y en honor del príncipe

heredero, tomó posesión de la plaza bautizándola como isla de San Juan Bautista.

Ponce de León llegaría algo más tarde, en 1508, tan solo dos décadas después de que la población indígena prácticamente hubiera desaparecido del mapa. Los pocos taínos que sobrevivieron al sistema de las encomiendas (en su mayoría, mujeres) fueron absorbidos entre la población de inmigrantes europeos. Así comenzó un mestizaje de cuatrocientos años, acrecentado más tarde con la presencia de africanos «importados» para sustituir la mano de obra de los diezmados nativos, al que se sumaron los gringos en 1898. Tuve la suerte de poder conversar sobre este mejunje étnico y cultural con Maia Sherwood, miembro de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española.

Doctora en combinatoria léxica, polisemia y polisemia regular en el ámbito de la lexicografía electrónica, Maia dirigía entonces un proyecto llamado tesoro.pr, una herramienta de acceso gratuito que servía para consultar los más de veintiocho mil vocablos de uso exclusivo en Puerto Rico. Estas palabras aparecían en fuentes históricas que databan desde 1788 hasta nuestros días y que, para Maia, formaban la identidad de la isla caribeña. Para Sherwood la misión de preservar aquellas expresiones era tan crucial como lo fuera para Tom Hanks la de salvar al soldado Ryan: «En Puerto Rico el asunto de la lengua ha sido politizado desde que Estados Unidos tomó posesión en 1898», me explicó.

Según la académica, los estadounidenses llegaron con un proyecto de anglificación parecido al de Hawái y Filipinas que impulsaba el uso del inglés en el sistema de educación pública, pero se toparon con un rechazo enorme por parte de la ciudadanía. A finales del XIX, Puerto Rico era ya una nación con identidad, cultura y literatura propia en español. Una cultura sólida y difícil de echar abajo. «La percepción de haber sido tratados como ciudadanos de segunda ha ayudado a fortalecer el sentido actual de identidad diferenciada que tienen los puertorriqueños frente al resto de los

estadounidenses. Y, en ese entramado, el idioma constituye sin duda una pieza clave a la hora de marcar la diferencia».

Cada vez que llega un nuevo partido al poder, se produce un cambio en la política lingüística. Durante los cuatrienios en que ha gobernado el partido Estadista, que reivindica convertirse en el estado número cincuenta y uno de la Unión, se fortalece el uso del inglés. Cuando le toca el turno al partido Popular Democrático, que quiere mantener el estatus de estado libre asociado, se fortalecen las políticas del español.

—Como ves, vivimos en un vaivén —me comentó Sherwood.

Dimos una vuelta por el viejo San Juan. El casco antiguo estaba repleto de edificios coloniales, con sus fachadas restauradas en tonos pastel (rosados, turquesas, ocres) y sus balcones de hierro forjado adornados con buganvillas. Las calles angostas absorbían el eco de nuestras pisadas sobre los adoquines de piedra azul traída como lastre en los barcos desde España. En el interior de sus viviendas, la gente mantuvo el español como idioma propio, pero en el mundo exterior, el de la escuela y los negocios, resultó imposible ganarle la batallar al inglés; la lengua del invasor estaba irremediablemente asociada al prestigio de todo lo que se producía en Estados Unidos: el cine de Hollywood, la música rock, los tejanos…

—En mi adolescencia, intercalar palabras en inglés transmitía modernidad, finura y prestigio —continuó Maia con su explicación—. Muchos letreros de los comercios de Puerto Rico adoptaron el apóstrofo posesivo anglosajón: Shannon´s, Mona´s, Mango´s… Las discotecas del momento también lucían nombres en inglés: Neon, Laser, Levels… El español se percibía entonces como un idioma rústico, inapropiado y definitivamente *anti-cool*.

Y así, me dijo, se mantuvo la cosa hasta que, prácticamente antes de ayer, la españolidad volvió a ponerse de moda. Me contó cómo ella comenzó a percibir un cambio sutil en el paisaje lingüístico de su ciudad. Detalles como, por ejemplo, que algún comercio nuevo se atrevía a recuperar nuestro idioma. «Estamos ante una estética

hípster que busca un rescate de lo local, de lo artesanal, de lo propio frente a lo globalizado».

No se trata de un español estándar, sino de una nueva modalidad a la que algunos expertos llaman «boricua contemporáneo» o incluso «boricua chic», un idioma con ciertos toques de humor que unas veces ensalza hasta el infinito lo más pequeño y daba lugar a nombres de establecimientos como La Tornillería y, otras veces, como era el caso de La Jamberguera, jugaba transcribiendo el inglés tal y como sonaba en español. «Puerto Rico le añade al español un toquecito *trendy*, estiloso, prestado del idioma gringo, porque Puerto Rico sigue siendo un país hispanohablante».

Aunque al mismo tiempo era cierto que el idioma estaba viviendo un fenómeno nuevo con chavales que conversaban entre ellos en inglés sin haber salido nunca de la isla. Así me lo explicaba Maia: «Date cuenta de que nosotros vemos las películas en inglés; subtituladas en español, sí, pero se escuchan en inglés. También cada vez más personas tienen recursos para el cable que da acceso a la televisión estadounidense. El internet, los jueguitos de computadora…, todo está en inglés. Cuando uno hace la compra y navega por las góndolas del supermercado, la gran mayoría de los productos que consumimos han sido importados de EE. UU. y traen las etiquetas en inglés. Estamos expuestos al inglés todo el tiempo, así que existe un bilingüismo funcional inevitable».

Aparte, no existe un solo Puerto Rico, sino dos. Uno que habita en la isla y otro que ha emigrado al continente, y entre ambos no han dejado nunca de hablarse: «Casi todos tenemos familiares en Estados Unidos, y vamos y venimos regularmente. Cambiamos de un idioma al otro. La relación entre identidad y bilingüismo es fluida, aunque también es cierto que existen ciertos rasgos y determinadas palabras que nos permite reconocernos y celebrar nuestra puertorriqueñidad».

Se refería Maia a expresiones, mezcla de español e inglés, que reflejaban con humor su identidad bilingüe. Por ejemplo, el verbo «frizar», del inglés *freeze,* que significa congelar: «Se me *frizó* la

computadora». O «janguear», que viene de *hang out*, pasar el rato: «Vamos a *janguear* por el viejo San Juan». «Lonchi» para la comida de medio día *(lunch)*. «Hacer un *stop*» para pararte. «Hay que josear», buscarse la vida, del inglés *hustle*. Mi «pana», para llamar a tu amigo, que viene de *partner*. «Estar *on fire*», emocionado, y, por supuesto, «textear» para escribir en el celular. Como ves, «no hay *break*», no hay manera de escapar del inglés en esta isla hispanoparlante.

«Los boricuas no somos ni de aquí ni de allá», me dejó claro en su despedida Maia Sherwood. «Puerto Rico pertenece a los dos lados de la mar». Dos lados que no necesariamente consiguen encontrarse.

Recuerdo que Nicolás Figueras, piloto comercial encargado de llevar diariamente el correo desde San Juan a las islas de Vieques y de Culebra, no me pudo disimular su frustración en los días posteriores al huracán María: «La ayuda no llega igual para todos. He querido coger la avioneta de reparto consciente de que podía llevar quince mil libras de ayuda y rescatar de vuelta a noventa personas, pero no me han autorizado. El espacio aéreo está supuestamente restringido para uso militar y de emergencia. Sin embargo, a los que pueden contratar un *jet* privado los vienen a buscar sin problemas desde Estados Unidos. Se me ha partido el corazón al ver despegar un Falcon de doce plazas en el que solo iban montados una parejita y su perro».

Cuando se restauró el servicio postal, las sacas del correo en San Juan estaban prácticamente vacías (apenas se mandaban cartas), pero el avión de Nicolás se llenó de generadores eléctricos que enviaron a los ciudadanos de la isla sus familiares de Niuyol. También hubo de cargar cantidad de botellas de agua que terminaron contaminando de plástico muchas playas. De vuelta a San Juan, Nicolás regresaba con menos cartas aún y con dos bolsas de hielo que un paisano de Culebras, que tenía aún el frigorífico operativo, le mandaba a su novia todas las tardes.

El peso duro

El 7 de febrero de 1777, el comisionado del Congreso Continental de Filadelfia Arthur Lee, pavoneándose de que iba a ser recibido en audiencia real por Carlos III en Madrid, se despidió en París de su compatriota Benjamín Franklin. Al verle marchar, el de Boston no pudo evitar la sonrisa: se había quitado de encima a un ególatra patológico con una dosis de soberbia insoportable.

Arthur Lee había crecido libre, correteando entre los hijos de los esclavos de la plantación de tabaco de su padre en Virginia y, en cuanto le llegó la mocedad, le enviaron a refinar modales a Londres. Aunque a la metrópoli le debía su exquisito manejo de la gramática, su formación académica y su reconocimiento social, era solo al recordar relatos de su tierra que le brillaban los ojos. Por ello, en el invierno de 1777, camino de una España romántica que se le antojaba cuajada de bandoleros y de señoritas, Lee repasaba una vez más en su memoria los extraordinarios acontecimientos que habían dado lugar a la fundación de su querida Virginia, la historia insólita de como un puñado de ingleses terminaron por robarle el norte de la América a Felipe III. La hazaña que iba a posibilitarle a él, un plebeyo americano, codearse con el emperador del Imperio Hispánico.

¿Qué pasa, Carletes?

Hasta 1550, la ciudad de Londres se había limitado a un amasijo de casas de madera con callejuelas que despedían un insalubre hedor a estercolero. La economía inglesa permanecía estancada, y la venta de su lana, el producto nacional más valioso, estaba vetada en el continente. La única solución para salir de la Edad Media y abrazar

un Renacimiento que ya experimentaba el resto de Europa pasaba por llegar a las Indias, como habían hecho con antelación Portugal y España, y participar en el comercio de las especias. Algunos eruditos como John Dee, matemático, cosmógrafo y asesor de la Corona inglesa, aportaron un dato esperanzador: la certeza de que existía un «Paso del Noroeste» que conectaba el océano Ártico con el mar de China. Se basaba en la creencia de que, una vez superado el Polo, la temperatura del mar subía de nuevo y volvían a fluir las aguas. La verdad, como sabemos hoy, es que los mapas de la época, al no haberse explorado aún el Ártico, dejaban grandes espacios en blanco al norte del planeta que algunos célebres cartógrafos, como el italiano Sebastián Cabot, se encargaron de rellenar con sus infundadas hipótesis.

Fuera como fuese, los mercaderes británicos decidieron secundar la teoría del mar abierto polar y, en vista de que la corona inglesa no reaccionaba, pusieron veinticinco libras por cabeza y crearon una compañía mercantil privada para poner en marcha la primera expedición. Compuesta por tres navíos, zarpó del puerto de Londres en 1553 al mando del capitán Hugh Willoughby, que moriría congelado un año más tarde, junto a toda su tripulación, en la Península de Kola. Solo el barco comandado por Richard Chancellor logró, ese mismo año, alcanzar el mar Blanco (al norte de Rusia) y ponerse a salvo. Al enterarse, el zar Iván el Terrible lo invitó a Moscú y, desde Arcángel, Chancellor recorrió en un trineo tirado por caballos los más de mil kilómetros de paisajes nevados que le separaban de la capital. El zar lo recibió vestido con ropajes de hilo de oro batido, en un trono de oro, con la corona imperial y un cetro de cristal y oro. En el libro *The Island at the Center of the World* Russell Shorto describe el interés histórico de aquel encuentro: «El zar vio en la fortuita llegada del inglés una oportunidad estratégica para reducir su dependencia comercial de la Liga Hanseática [una federación formada por comerciantes de ciudades del norte de Europa], y Chancellor encontró en Rusia un comprador ideal para la lana de Londres. Inglaterra comenzó a importar cáñamo, aceite de

ballena y pieles rusas al resto del continente. Enseguida, la nación se expandió: la reina Isabel I ascendió al trono, Drake circunnavegó el globo y Shakespeare se puso a escribir. Del paso del noroeste a las Indias se olvidaron por completo».

Al optimismo reinante por el *boom* de la economía, los ingleses habrían de añadirle un tsunami de exuberante patriotismo en 1588, año en que la modesta flota británica conseguiría hostigar con éxito a los más de ciento treinta navíos de la Grande y Felicísima Armada de Felipe II en el canal de La Mancha. España se proponía invadir el Reino Unido para devolverles a sus súbditos la fe católica, pero la Royal Navy (con menos embarcaciones, aunque más rápidas y maniobrables) la obligó a huir en retirada. A punto de reagruparse, un temporal descompuso la formación española y hundió la mayoría de sus barcos. Por primera vez, los ingleses pudieron entonar eso que les gusta tanto de «we are the champions, my friend».

Como narra Russell Shorto, en 1603, cuando falleció la reina Isabel I, el comercio de pieles con Rusia ya había desaparecido. No quedaban martas en Siberia para adornar los cuellos y los puños de las túnicas, ni armiños en el Cáucaso para las estolas, ni castores en los Urales para los fieltros de los sombreros. Los animales habían sido incapaces de reproducirse al ritmo impuesto por la terrible demanda europea de pieles. Resurgió entonces la necesidad de hallar el dichoso atajo a Cathay (antigua denominación de China) por el norte, lejos de los buques hispanos que patrullaban la costa de América desde la península de Florida para abajo. Para la segunda intentona, los mercaderes ingleses eligieron al capitán Henry Hudson y de nuevo lo mandaron al hielo. Volvió a resultar un fracaso.

Sin embargo, de vuelta en casa, Hudson recibió una sorprendente carta de su amigo John Smith, otro loco aventurero. Estaba fechada en Virginia. ¿Virginia? ¿Dónde diantres quedaba eso?

Hudson conocía a Smith desde sus tiempos de juventud cuando este había decidido alistarse en las milicias del Sacro Imperio Romano Germánico para defender Hungría y Rumanía de los turcos.

En Transilvania, Smith resultó gravemente herido, pero los saqueadores tártaros de la ciudad de Ratadán, al ver su valiosa armadura, decidieron que debía de tratarse de alguien noble y que, por tanto, valía la pena conservarlo vivo y pedir un rescate. Al no obtener respuesta, fue vendido como esclavo en el mercado de Axópolis, conducido a Constantinopla y, desde allí, tras conseguir ganarse los favores de su dueña, enviado al mar Negro para que aprendiese con el hermano de su nueva amante las costumbres otomanas. Hastiado de los maltratos recibidos por el cuñado, Smith asesinó a su anfitrión con un apero de labranza, robó un caballo y escapó. Cuando regresó a Inglaterra, en 1604, estaba a punto de cumplir veinticinco años.

No contento con lo andado, el 20 de diciembre de 1606 se apuntó a una expedición inglesa que buscaba en el norte de América riquezas similares a las encontradas por los españoles en el centro y en el sur del continente. El 13 de mayo de 1607, ciento cincuenta hombres desembarcaron en una playa del actual estado de Virginia. Al primer asentamiento inglés en el nuevo continente lo llamaron Jamestown en honor al rey Jacobo I (James I) y tomaron posesión de la tierra sin grandes disimulos. Pronto, su indeseada presencia llegó a oídos de Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, el valido que ejercía el poder real debido a la desidia del monarca Felipe III por los asuntos de Estado, y este los dejó hacer.

—No me fastidies.

—Sí, es que pensó que para qué molestarse en echarlos, si, total, no durarían mucho con vida en aquellas tierras inhóspitas. A punto estuvieron de cumplirse sus predicciones.

Transcurrido el primer invierno, solo treinta y ocho de los ciento cincuenta moradores originales lograron sobrevivir. Uno a uno, habían ido cayendo a causa de la hambruna, la disentería y las flechas de los powhatan. Sin embargo, la colonia siguió adelante. Cuenta la leyenda que contribuyó a ello el supuesto enamoramiento entre Pocahontas, la hermosa hija del jefe indígena, con el apuesto capitán Smith, aunque el romance parece bastante improbable si

tenemos en cuenta que el inglés superaba los veintiocho años y la princesa era una niña de apenas once. Pero claro, visto lo visto en el escándalo de Epstein, vaya usted a saber. El caso es que, en vista de que los ingleses no se extinguían, España puso en marcha su red de espionaje.

En 1609, el embajador español en Londres, don Pedro de Zúñiga y de la Cueva, consiguió arrebatarle al enemigo el mapa con la ubicación exacta del fuerte James, un documento que, en la actualidad, se conserva en el Archivo General de Simancas. Fruto de aquel hallazgo, una «expedición de hábiles españoles» se posicionó frente a las costas de Virginia. Se avisó al duque de Lerma que una fragata artillada tenía a los invasores a tiro de cañón, pero el valido optó de nuevo por la cautela, alegando que el Tesoro español no podía permitirse otra costosa guerra con Inglaterra. En su lugar, decidió enviar a un agente secreto a Jamestown.

El escogido fue el aristócrata y oficial de la Marina don Diego de Molina, quien se personó en Virginia en junio de 1611 simulando haber sufrido un naufragio. Sin embargo, un acompañante lo traicionó, y fue rodeado y apresado por cincuenta soldados ingleses. Se tiró cinco años viendo el mar a través de unas rejas. Su extremada locuacidad, sin embargo, consiguió comprar la voluntad de uno de sus carceleros. Molina escribía mensajes y el guardián los sacaba ocultos en la suela de sus zapatos. Los pergaminos apremiaban al duque de Lerma a tomar iniciativas: «Los colonos están desesperados y hambrientos. Con un solo barco de guerra español se podría limpiar esta tierra de estos intrusos. Pero si España no actúa con premura, el cultivo del tabaco pronto hará que esta colonia sea rentable y, por tanto, imposible de erradicar».

Marlboro, Lucky Strike y Camel se encargarían de confirmar la profecía del espía Molina: a las puertas de la guerra de Independencia de Estados Unidos, Virginia, la colonia bautizada en honor a la añorada reina Isabel I, superaba ya con creces el medio millón de habitantes. Sin embargo, a comienzos del siglo XVII la monarquía hispánica se tomaba todavía a la ligera los intentos del

resto de las coronas europeas por disputarle el monopolio en América. Y así, por dejadez, se le fueron colando, con una diferencia de muy pocos años, los ingleses en Virginia, los holandeses en Nueva York, los suecos en Delaware y, para rematar la faena, de nuevo un paquete de ingleses, esta vez ultra religiosos, en Massachusetts y Rhode Island. Manhattan comenzó a fraguarse en 1608, cuando Henry Hudson recibió la carta de su amigo Smith desde Jamestown.

El loco aventurero incluía en su misiva un mapa de la costa este de Norteamérica. El propio Smith lo había trazado basándose en conversaciones mantenidas con el cacique Wahunsenaca, el padre de Pocahontas. Al norte de su posición en Virginia se mostraba la desembocadura de un río que atravesaba el continente y comunicaba el Atlántico con el mar de Cathay: el ansiado paso a las islas de las especias. A Hudson se le arquearon las cejas.

Se trataba del inmenso caudal que el inglés estaba a punto de bautizar con su nombre y que, sin que Hudson lo supiera, había sido cartografiado ochenta y cinco años antes por el portugués Esteban Gómez, un explorador a las órdenes del emperador español Carlos V. Gómez había avistado en 1525 la boca de aquellas «aguas que nunca se quedan quietas» (en referencia a las mareas típicas de un estuario) desde la cubierta de su carabela La Anunciada. Los indígenas lenape lo conocían como Muhheakantuck, «el río que fluye en dos direcciones», pero, como Esteban no se bajó a preguntarles, le puso de nombre San Antonio y se quedó tan ancho.

Y como San Antonio aparece registrado el río Hudson en el mapamundi que ilustró Diego Ribero en 1529. Era un atlas en el que toda la costa este de América del Norte recibía el nombre de «Tierra de Esteban Gómez», y del que Henry Hudson no podía estar al tanto porque era una información que España consideraba secreto de estado. Entonces, si hacemos caso al testimonio del diputado Jamie Raskin (miembro de mayor rango de la mesa de Justicia del Congreso de Estados Unidos), no era como ahora que los presidentes muestran mapas por dinero. Lo digo porque en una

carta dirigida en marzo de 2026 a la entonces fiscal general del Estado, Pam Bondi, Raskin exigió que aclarase las evidencias presentadas por una investigación del Ministerio de Justicia en las que se ponía de manifiesto que, en 2021, el presidente Trump había enseñado en su club de golf de Bedminster un mapa secreto (robado de la Casa Blanca durante su primer mandato) a un grupo de donantes. Pero en 1608 fueron los indígenas los que, de forma ingenua, revelaron a John Smith su secreto.

Inglaterra no quiso financiar la expedición y Hudson volvió su mirada hacia Holanda, que empezaba a convertirse en una potencia mundial en los mares. La Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales le contrató solo a condición de que buscase el pasaje por encima de los hielos. Frustrado, el inglés dijo que sí y zarpó a bordo del Medialuna, un navío de treinta metros de eslora con veinte hombres de tripulación. Sin embargo, nada más avistar la costa de Noruega, mandó a sus contratadores al cuerno y viró bruscamente hacia el oeste. Con la tripulación a punto de amotinarse, Hudson logró llegar a Nueva Escocia y convencerlos para costear hasta dar con la entrada descrita en el mapa. El descubrimiento de la bahía de Nueva York los dejó a todos boquiabiertos.

Lo diarios de abordo de los primeros días describen un caudaloso río «con más peces que agua» y muestran a un Henry Hudson convencido de haber encontrado el anhelado pasaje al océano Pacífico. Eufóricos, los tripulantes descendieron a tierra y establecieron relaciones comerciales con los indígenas, a quienes compraron pieles de castor. Todo era como habitar en una canción de Raffaela Carrá, una fantástica fiesta, hasta que el Halve Maen encalló a la altura de Albany; a doscientos treinta kilómetros de la costa, el cauce profundo se había vuelto un hilo de agua. Los ánimos de Hudson se desinflaron. Smith se había equivocado al interpretar al padre de Pocahontas. El indígena le había mencionado la existencia de una «gran masa de agua» al final del río, pero nunca le había asegurado que se tratase del mar de China: esa conjetura solo había salido de la imaginación del aventurero inglés. El mar que

el jefe Powhatan le había descrito no eran otra cosa que los Grandes Lagos.

Lo que los indios mohicanos y lenape hacían, después de remar en canoa todo el cauce del Hudson (quinientos siete kilómetros desde la desembocadura en Manhattan hasta el nacimiento del lago Lágrima de las Nubes, en la parte alta de las montañas de Adirondack), era atravesar a pie el valle de Mohawk, con sus embarcaciones al hombro, y volvían a ponerlas en el agua del lago Ontario para comerciar en la otra orilla con los indios hurones. *Oh, my stars!*

De regreso a Inglaterra y, nada más poner un pie en el puerto de Dartmouth, Henry Hudson fue acusado de traición por parte del gobierno inglés y detenido por abrir rutas de navegación para una nación extranjera. En Holanda, sin embargo, las «malas noticias» de que la expedición no había dado con el paso al noroeste no cayeron tan mal: al revés, los informes recibidos sobre el fértil valle de Nueva Ámsterdam y la posibilidad de establecer allí un próspero comercio de pieles animaron a la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales a abrir sucursal en 1624 en la isla de «Manathans». Aparte de todo, a las Provincias Unidas la ubicación de Nueva York les resultaba idónea para lanzar ataques de saqueo contra las flotas de Indias de España, el país del que llevaban intentando independizarse más de cincuenta años.

Felipe IV, el rey Planeta, le prestó a aquella colonización la misma importancia que su padre, Felipe III, le había prestado a la de Virginia. Ninguna.

«Y el resto es historia», debió de pensar el comisionado Arthur Lee al parar en una estación de postas de Burgos, donde su cochero procedió a cambiar caballos con el fin de que los nuevos pudieran mantener la deseada velocidad de doce kilómetros hora. Al ver acercarse a un caballero y pronunciar, no sin dificultad, su nombre, Lee dio por sentado que la corte se adelantaba a darle la bienvenida. No fue así. El mensajero portaba un escrito del secretario de Estado, don José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca, en el que le

hacía saber al americano que las credenciales diplomáticas no iban a serle reconocidas: «Usted, comisionado Lee, ha ponderado su situación sin tener en consideración la de España. Para nosotros aún no ha llegado la hora. La guerra con Portugal, la falta de preparación de Francia y el hecho de que aún no haya arribado a la península el tesoro de Sudamérica nos impiden declararle la guerra a Inglaterra. Estas razones se desvanecerán, probablemente, en un año. Entonces, será el momento».

Lo que Floridablanca no le dijo es que negociaba en aquellos momentos con Inglaterra la devolución de Gibraltar y el compromiso de España de no apoyar la rebelión en las colonias de América era la posible moneda de cambio. Sin embargo, como también consideraba que el apoyo encubierto a los rebeldes podría debilitar a su enemigo y forzar el resultado esperado en la negociación, a aquel plebeyo sin pelaje aristocrático que, encima, defendía abiertamente la herejía eclesiástica promovida por Lutero, le propuso de mala gana un plan B. Consistía en que contactase en secreto con el anterior secretario de Estado y de Despacho, Pablo Jerónimo Grimaldi Pallavicini, duque de Grimaldi, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, gentilhombre de cámara y grande de España, y ambos se entendiesen con un armador bilbaíno de apellido Gardoqui.

—¿Gardo qué? —preguntó Lee a Grimaldi visiblemente ofendido.

—Gardo *quí* —le respondió el gentilhombre, para aclararle a continuación que se trataba de un armador que ya había enviado ayuda por su cuenta a las milicias independentistas de Massachusetts.

Hoy lo corrobora una ilustración fechada en enero de 1776 que muestra a milicianos del Regimiento Continental número 27 de la línea de Massachusetts (todavía sin uniformes, vestidos con ropas de caza) que portan mosquetes de 145 centímetros de longitud y monturas de latón de inconfundible fabricación española. Así que Lee se resignó a no besarle la mano a Carlos III y tiró esperanzado hacia el norte. Grimaldi le había hecho saber que España había alcanzado un pacto de familia con Francia por el que cada uno de los

Borbones se comprometía a desembolsar un millón de libras francesas. A él le tocaba decidir cómo invertir ese dinero.

Fue el 4 de marzo de 1777 cuando Arthur Lee llegó al número 11 de Santa María Kalea, hoy Casa y Escuela para el Empoderamiento Feminista, en la ciudad de Vitoria. Gardoqui residía en Bilbao, pero, para sortear espías, prefirió recibir a sus huéspedes en el palacete familiar de doña Brígida Josefa de Orueta y Uriarte, su amantísima y diligente esposa. A lo largo de tres semanas, Grimaldi, Gardoqui y Lee fraguarían en la mansión de Gasteiz los términos de la ayuda que el Imperio hispánico se avenía a prestarle de forma clandestina a las Trece Colonias. El primer envío de suministros zarpó casi de inmediato.

Oculto en las bodegas de diversas embarcaciones de la compañía José de Gardoqui e Hijos viajó un alijo cuantioso compuesto por los siguientes elementos:

- 251 varas (unos 210 metros) de lienzo del valle del Ebro de calidad óptima, que viajaron envueltas en arpilleras bañadas en cera, destinadas a confeccionar las velas de los barcos que construían a toda prisa los americanos para defenderse del bloqueo británico.
- 4000 tiendas de campaña listas para su uso inmediato en el campo de batalla confeccionadas con lonas de la Real Fábrica de Granada y diseñadas cada una para alojar a un rancho o grupo de seis soldados.
- 18 000 varas de paños de lana roja, 9000 de lana azul y 1700 de lana blanca teñidos e hilados en Alcoy, Alicante, que iban destinados a confeccionar, copiando los uniformes españoles de la época, las casacas, los chalecos y los pantalones de los soldados del Ejército Continental.
- Botones metálicos y bovinas de hilo necesarios para la terminación de 30 000 uniformes.
- 11 000 pares de «calzado resistente» y de horma recta (entonces no cabían distingos entre pie derecho y pie

izquierdo) procedentes de los talleres artesanales de Santander, Bilbao, Arnedo (La Rioja), Almansa (Albacete) y Elda (Alicante).

- 20 000 metros de cordaje de cáñamo procedente de las fábricas de Levante y de Granada, es decir, cuerdas, cabos y jarcias tremendamente valoradas porque, al estar tratadas con alquitrán de pino, no se pudrían al mojarse en alta mar.
- 8000 mantas de lana manufacturadas en Palencia y Béjar (Salamanca) que viajaron empacadas con hojas de tabaco, ramas de lavanda y granos de pimienta para repeler las plagas de polillas. Llegaron justo después de la caída de Filadelfia en manos de los británicos y resultaron cruciales para repeler las extremas condiciones del invierno que sufrieron las tropas de Washington refugiadas en el Valle del Forge.
- Medicamentos valorados en 51 000 libras tornesas (la unidad de cuenta oficial de Francia) destinados a equipar hospitales de campaña. Los elixires y tinturas cruzaron el Atlántico protegidos en frascos de vidrio; los polvos y ungüentos, en tarros de loza, y todo ello iba en cajas de madera chapadas con plomo para protegerlos de la salinidad del aire. Entre las curas principales predominaban el opio, la cascarilla de quinina y las especias.

Ahora bien, por encima de todos los suministros mencionados, en aquel primer alijo «oficial», lo más importante fue la partida de armamento:

- 300 000 libras de salitre (136 toneladas, aproximadamente) destinadas a la fabricación de pólvora y almacenada en bolsas de lino introducidas en bidones de madera para sortear la humedad.
- 215 cañones de bronce montados sobre cureñas (carros de madera con ruedas), procedentes de Barcelona y Sevilla. Eran

más ligeros y resistentes que los de hierro ingleses y no explotaban con tanta facilidad si se sobrecalentaban.
- 27 morteros, 12 826 granadas, 51 314 balas y 24 000 mosquetes con bayoneta, transportados en barriles etiquetados como «clavos» o como «bacalao».

Los mosquetes (primeras armas de fuego estandarizadas del ejército español) eran fusiles de chispa del calibre 69 y mucho más largos que los que hoy conocemos. Pesaban ocho kilos y había que apoyarlos en una horquilla para poder disparar. Todavía sin estrías talladas en el ánima del cañón para imprimirle un giro al proyectil, su puntería resultaba bastante imprecisa y su alcance no superaba los noventa metros. De ahí la necesidad de las bayonetas porque, si errabas el tiro, antes de volver a cargar se te echaba el enemigo encima. Gracias a ellos, las milicias ciudadanas del general Horatio Gates consiguieron rendir el 17 de octubre de 1777 en los bosques de Saratoga a seis mil soldados del ejército de línea más profesional del momento. Aquella victoria cambiaría el rumbo de la guerra y de la historia.

Consciente de que los de George Washington tenían posibilidades reales, Francia se decidió a entrar abiertamente en la guerra. España, por su parte, permitió navegar a los barcos con pabellón rebelde por el Misisipí y les dejó usar el puerto de Nueva Orleans como base logística. El conflicto acababa de dejar de ser una rebelión colonial para transformarse en una guerra de ámbito mundial.

Casi de inmediato, además de las provisiones enviadas con sigilo por Gardoqui e Hijos a Nueva Inglaterra, sin ningún remilgo empezaron a partir envíos desde Cádiz a Luisiana. Suministros que, después de recalar en Canarias y en La Habana, eran traspasados en el puerto de Nueva Orleans a barcazas para remontar el cauce del río Misisipí. Pasado de largo lo que hoy es Memphis, en Tennessee, viraban hacia el noroeste por el cauce de uno de sus afluentes principales, el Ohio, para terminar en el fuerte Pitt (origen de la

ciudad de Pittsburg). Cargaban la mercancía en mulas y dos y tres semanas más tarde, dependiendo de los imprevistos, llegaba al campamento del Ejército Continental. A partir de 1778, las partidas empezaron a incluir también la entrega de dinero en metálico.

Convencido de que el apoyo a los rebeldes debilitaría a Jorge III y ayudaría a España a recuperar Gibraltar y Menorca, el tesoro había dado orden de contribuir con otros tres millones de libras tornesas para afrontar la paga de los soldados de Washington que, por decirlo pronto y claro, andaban más que tiesos. Las primeras ciento setenta mil libras se aportaron de inmediato, a tocateja y en la divisa de referencia mundial de aquel momento: el peso español, una moneda de plata con la efigie de Carlos III grabada en el anverso.

Por extraño que pueda parecernos, en las Trece Colonias británicas de Norteamérica se practicaba una economía de trueque, puesto que Londres no les suministraba moneda (debido a la escasez de plata que sufría Gran Bretaña) y tampoco les permitía acuñarla. Así que los colonos intercambiaban pieles de castor, azúcar o *wampum* (cuentas indígenas hechas con conchas) para realizar sus compras, y las grandes operaciones comerciales se avalaban con pagarés basados en las cosechas de tabaco. En puro contraste, en la América hispana que empezaba al oeste del Misisipí y bajaba hasta el cono sur, el dinero circulaba a espuertas. Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico había autorizado a sus colonos a acuñar dinero, y el 11 de mayo de 1535 la antigua casa de Hernán Cortés en Ciudad de México se convirtió en la primera fábrica de moneda de América. Entonces las llamaban «cecas» (castellanización del vocablo árabe *sica* que dio origen a la expresión «ir de la ceca a la Meca» y que aplicamos a quienes cambian aleatoriamente de argumento), pero lo que nos importa aquí es el tipo de moneda que decidieron acuñar.

En 1535, las coronas de Castilla y de Aragón acuñaban tres monedas de curso legal: el escudo, el real y el vellón. La más novedosa, el escudo, acuñada en la ceca de Barcelona, era la unidad monetaria en oro y equivalía a dieciséis reales de plata. El real era la

moneda de referencia, contenía 3,05 gramos de plata pura y equivalía a 2,5 reales de vellón. Estos últimos, fabricados con una aleación que contenía mucho cobre hacían las veces de calderilla. Debido a su color pálido, la moneda de vellón se ganó el apodo de «la blanca», y de ahí nacería la frase popular de «estar sin blanca» para cuando se encuentra uno falto de recursos. Los de México se decantaron por la divisa de plata, pero, más chulos que un ocho, decidieron mostrar su poderío acuñando una moneda ocho veces más valiosa que la castellana. Así nació el real de a ocho *(piece of eight)*. Ocho reales de plata. Medio escudo de oro. Una moneda de inmenso valor, pero, quietos *paraos*, que nadie se preocupase porque los tenderos no fueran a tener cambio. Entonces se estilaba llevar en el bolsillo unas tenazas para recortarle a la moneda, como si de una pizza se tratase, porciones según los precios. Real a real. Se pesaba el trozo de moneda para calcular el valor de la plata y asunto solucionado. Por eso han llegado hasta nuestros días tantos reales de a ocho con «mordiscos».

Para cuando estalló la guerra de Independencia de Estados Unidos, debido a la escasez de libras esterlinas en las colonias, el real de a ocho se había convertido en la moneda de mayor circulación. Los norteamericanos la conocían con el nombre de dólar español *(Spanish dollar)* sencillamente porque los anglosajones llamaban «dólar» a cualquier moneda de plata del mismo modo que los españoles llamamos «Gillette» a cualquier maquinilla de afeitar. Cuando utilizaban el peso español para sus transacciones en metálico, los comerciantes dibujaban al lado de la cifra un garabato que consistía en una S cruzada por dos palos. Hay historiadores que mantienen que el símbolo emulaba el reverso de la moneda española (las dos columnas de Hércules entrelazadas por una banda con la inscripción Plus Ultra), y hay expertos en numismática como el panameño Jorge Proctor que creen que proviene de superponer con prisa las dos letras que abrevian su nombre español de peso: PS. Sea como fuera, el garabato que representaba al dólar español en los libros de contabilidad de las colonias pasaría a convertirse en

el símbolo oficial del *American dollar* ($) una vez ganada la independencia.

Antes, la designación del real de a ocho como divisa de referencia por el Congreso Continental de Filadelfia en 1775 no representaba, ni mucho menos, un hecho excepcional. Desde China hasta Países Bajos, pasando por la India y el Japón, la moneda de plata española podía presumir de ser la mejor valorada en el mercado. El secreto de su éxito residía en que la corona había conseguido garantizar que su peso y su medida se mantenían siempre constantes, algo profundamente inusual para la época y que generó gran confianza en el mercado.

La aparición del real se remonta al siglo XIV, cuando en el reino de Castilla circulaban al mismo tiempo maravedíes árabes, denarios romanos y una gran variedad de doblones, esas monedas que cualquier obispo, alcalde o noble tenían derecho a acuñar. Al rey Pedro I se le ocurrió atajar el desmadre creando una moneda cuyo valor superase a las demás y terminase por eclipsarlas. La llamó «real» puesto que venía avalada por el tesoro de la corona y, con su puesta en circulación, consiguió el propósito de simplificar enormemente el comercio, aunque no logró evitar el fraude.

Los reales, como sus parientes anteriores, se confeccionaban a base de martillazos. Se cortaban los cilindros de plata en rebanadas y sobre cada una de las lonchas y con un golpe seco se estampaba por un lado un sello y por el otro la cara del monarca. Un proceso rudimentario que, inevitablemente, creaba círculos con deformidades en sus bordes. Al no existir dos monedas idénticas, los pillos podían limar las imperfecciones de las circunferencias para ahorrarse plata y pagar de menos sin que se notase. La única manera de evitar el fraude era colocarlas en una balanza para comprobar su peso, hasta que en 1728 a alguien se le ocurrió una solución. Consistía en grabar un cordoncillo alrededor del borde para que, al mínimo intento de limarlo, el timo quedase en evidencia. Felipe V lo dio por bueno y, a partir de esa fecha, el Imperio hispánico pudo garantizar que el *Spanish milled dollar* siempre siempre siempre «estaba en peso».

Ya te puedes imaginar de dónde le viene el nombre de «peso» con el que se conoció en todo América al real de a ocho. «Peso fuerte», si quieres que te proporcione también el apellido, por resultar mucho más grueso que las monedas habituales, densidad que, por cierto, terminó por granjearle el apodo de «duro» en la península. Una moneda que, en el año 1778, cuando George Washington recibió del Gobierno de España la primera entrega en metálico para pagar a sus soldados, superaba más de la mitad del dinero que circulaba en todo el planeta.

La enorme demanda de monedas españolas pudo satisfacerse gracias al descubrimiento de dos inagotables yacimientos de plata: Zacatecas en México y Potosí en Bolivia. Se inauguraron dos nuevas cecas en Lima y Bogotá, y entre las tres casas de la moneda de América acuñaban más en un mes que las fábricas de toda Europa en un año. De aquellas cecas salieron, peso a peso, el equivalente a tres mil millones de euros en el valor actual con que los hispanos financiaron al Ejército Continental del general Washington.

Para entender el enorme alcance de aquella contribución debemos situarnos en la primavera de 1781.

Tras cinco años de guerra sin victorias decisivas, con norteamericanos y británicos al borde de la extenuación, en el mes de mayo llegaron noticias sorprendentes desde el sur: el general español Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisiana, había tomado el puerto de Pensacola y liberado de ingleses la Florida entera. George Washington bendijo su suerte, pues Gálvez había dejado a los ingleses sin el puerto de entrada de avituallamientos en el golfo de México y eliminado de un plumazo el plan de los casacas rojas de marchar desde Florida a Pensilvania para rodear a los rebeldes y atacarlos por la espalda. Acontecimientos que obligaron a Charles Cornwallis, general que comandaba las tropas británicas del sur, agotadas tras largas campañas de desgaste en las Carolinas, a reagrupar a sus hombres en la desembocadura del río York en Virginia, desde donde confiaba ser abastecido, o bien evacuado en

caso necesario, por la Royal Navy. Para su desgracia, no ocurriría ni lo uno ni lo otro.

Arrastrada por las Armadas de España, de Francia y, en menor medida, de Holanda, la Armada británica se veía obligada a combatir a miles de millas de distancia de sus Trece Colonias. Batallas navales como la de Gibraltar, la del Canal de la Mancha o la de Belice (entonces, Honduras Británica) alejaban continuamente a la flota enemiga de las costas de Norteamérica y evitaban que el ejército más poderoso del planeta pudiera desembarcar refuerzos suficientes para aplastar sin compasión a las modestas fuerzas de George Washington. Además, sin los cañones ingleses apuntando al agua desde Pensacola, quedaba despejado el camino para que subieran por la costa desde las Antillas buques de guerra españoles o franceses. Con esta nueva configuración del campo de batalla en su mente, el rostro de Washington se iluminó en el mes de julio cuando supo que los treinta navíos de línea del almirante francés De Grasse se encontraban atracados en Haití.

A mediados de agosto, el oficial americano dejó correr el bulo de que planeaba un asalto a la ciudad de Nueva York (principal bastión del «no pasarán» británico) mientras los nueve mil fusileros del Ejército Continental comenzaban a marchar en dirección a Virginia. Dormían de día y avanzaban de noche para no ser delatados. Por el camino se les unieron las tropas francesas comandadas por el conde de Rochambeau que partieron de Rhode Island. A finales de septiembre ya habían recorrido los seiscientos kilómetros que separaban Westchester de Yorktown, ciudad portuaria que los hombres de Cornwallis habían rodeado de trincheras y de baterías artilladas hasta convertirla en una fortaleza inaccesible.

El ejército de lord Cornwallis lo componían seis mil regulares británicos, tres mil mercenarios hessianos (provenientes de Hesse-Kassel, un principado alemán integrado en el Sacro Imperio Romano Germánico) y trecientos colonos leales a Jorge III integrados en la Legión de Tarleton y en el regimiento de los Queen’s Rangers. Entre los regulares, destacaban por su ferocidad en combate los

highlanders (escoceses de las tierras altas) y, en las filas mercenarias, infundían especial temor los *jägers,* un batallón de guardabosques y cazadores diestros en el manejo de rifles. La estrategia de ataque de Washington se basaba en el factor sorpresa, pero no había visto venir el altísimo nivel de desmotivación que reinaba entre sus combatientes. Norteamericanos y franceses, hastiados por la falta de abastecimientos, nada más acampar en Virginia comenzaron a amotinarse y amenazaron con desertar si no recibían pronto su paga. Washington se volvió suplicante a Rochambeau, pero el francés hubo de recordarle que las arcas de Luis XVI se encontraban cercanas a la bancarrota. Ambos giraron entonces su mirada hacia Saint Domingue (la parte francesa de isla de La Española) y le pasaron la pelota a De Grasse.

El almirante francés había aceptado sumarse a la campaña de Virginia y estaba listo para zarpar una vez que el gobernador de Santo Domingo (la parte oriental de La Española) le hubiera dado su palabra de que patrullaría las Antillas de Francia durante su ausencia. A punto de desplegar velas, llegó el desesperado mensaje de ayuda. Rochambeau le solicitaba que recaudase un millón doscientas mil libras tornesas entre los comerciantes de Haití con la firme promesa del general Washington de que, una vez ganada la contienda, el Congreso Continental les devolvería el préstamo con un interés del veinticinco por ciento. Los franceses dijeron que nanay. Antes de arrojar la toalla, De Grasse regresó a Santo Domingo a solicitarle ayuda a Francisco de Saavedra, enviado especial de Carlos III.

El relato lo describe con extraordinaria precisión el investigador malagueño Manuel Olmedo: «Saavedra le facilitó cien mil pesos en metálico y De Grasse le solicitó otros quinientos mil, insistiendo en que se hallaba en un enorme apuro. Entonces, como no quedaba más plata en Santo Domingo, Saavedra se ofreció a ir a Cuba para gestionar el nuevo préstamo. En La Habana acordó con el intendente Juan Ignacio Urriza pedirles dinero a los hacendados de la ciudad como se había efectuado en ocasiones anteriores y a la

mañana del día siguiente, 16 de agosto, se inició la recogida. En seis horas se logró reunir el medio millón de pesos solicitados; ciento veinte toneladas de plata que, en cajones de madera, fueron embarcadas en la fragata Aigrette que zarpó inmediatamente para unirse en el Guárico (Cabo Haitiano) a la flota de De Grasse».

Alejado de Jamaica y de Bahamas para no ser delatado por barcos ingleses, De Grasse navegó raudo hacia Virginia, y a finales de agosto descargaba en secreto el dinero en la bahía de Chesapeake. Cientos de cajas repletas de reales de a ocho se cargaron en carromatos. Por el camino, muchas de ellas fueron escondidas en graneros. El resto, ochocientas mil libras en piastras (dos mil quinientos kilos de plata) fueron depositadas en la vivienda de Williamsburg de Claude Blanchard, encargado de logística de las tropas francesas en Estados Unidos, y, debido a la enormidad del peso, le hundieron el suelo. Hoy andan dos españoles por el mundo, Teresa Valcarce y José Manuel Guerrero, intentando localizar la ubicación exacta de aquella finca para colocar una placa conmemorativa en su puerta con el patrocinio de Iberdrola. Ojalá que la encuentren porque la historia, si no se escribe, nunca ha ocurrido.

También consta en los libros de Robert Morris, superintendente de finanzas de Estados Unidos en aquel momento, que recibió veintiséis mil pesos para pagar a las tropas continentales. Aquella fue la primera vez que la mayoría de aquellos soldados recibía su salario en dinero. El resto de los fondos se utilizaron para comprar alimentos, pólvora y los pertrechos necesarios para el asedio a Yorktown. El 5 de septiembre de 1781 la suerte estaba echada.

Tras deshacerse de una flotilla menor que se había presentado en ayuda de Cornwallis, De Grasse comenzó el bloqueo naval y Washington y Rochambeau lanzaron el ataque por tierra. Lafayette se sumaría con cuatro mil soldados el 28 de septiembre. Acorralado por tres frentes y sin poder evacuar por mar debido al bloqueo, el 19 de octubre, tras un asedio de tres semanas, Cornwallis no tuvo más remedio que izar la bandera blanca. Inaudito. Mientras deponían sus

armas, las bandas militares hessianas interpretaron al unísono *The World Turned Upside Down* (el mundo está patas arriba).

En contra de lo que cuenta la historia oficial, el rostro más popular de aquella definitiva batalla de Yorktown no resultó ser ninguno de los tres héroes franceses reflejados los cuadros (Rochambeau, De Grasse, Lafayette), ni tampoco el del venerado general Washington. El rostro que había empujado a la tropa rebelde a la victoria de aquella decisiva batalla fue el de un tipo narigudo y por entonces rey de España, Carlos Sebastián de Borbón y Farnesio, que aparecía acuñado en el anverso de los *Spanish dollars* que todos y cada uno de los diecinueve mil soldados americanos y franceses atesoraban en sus bolsillos. Y no, no es que Washington se olvidara de darnos las gracias; lo que pasó, según vino a relatarme Manuel Olmedo, es que De Grasse decidió apuntarse el tanto y nunca le dijo al americano que aquel dinero se lo habían proporcionado los españoles: «Si no llego a encontrar yo los documentos que lo acreditan en el Archivo de Indias de Sevilla y en el Archivo Nacional de Valladolid, nunca hubiéramos sabido que España sufragó la batalla que le valió la independencia a Estados Unidos».

En 1785, el Congreso adoptó el *Spanish dollar* (real de a ocho) como la moneda de curso legal de Estados Unidos y, aunque nueve años más tarde empezaron a acuñar su propia divisa (el *American dollar*), en 1850, de cada diez monedas que circulaban en el país, nueve todavía eran pesos españoles.

Y hasta aquí el dinero. Volvamos con la gente que se encargó de pedirlo o de gastarlo.

Arthur Lee se volvió a París sin ser recibido en la corte y le sustituyó de comisionado un neoyorquino de nombre John Jay que se presentó con un título que casi no le cabe en la tarjeta: ministro plenipotenciario designado por el Congreso Continental para buscar el reconocimiento de España a la causa independiente. A pesar de la rimbombancia del cargo, se tiró tres años persiguiendo a un Carlos III que no se paraba quieto. El rey pasaba navidades y Semana Santa en el Palacio Real de la Villa de Madrid, verano en La Granja

de San Ildefonso, otoño en San Lorenzo de El Escorial, los inviernos en El Pardo y la primavera en el Real Sitio de Aranjuez para catar la fresa. John Jay le seguía, gastándose los ahorros y con escasa fortuna. La guerra era entre Inglaterra y España, y punto, y Carlos III no estaba dispuesto a reconocer en público que ayudaba a los insurgentes de unas colonias ni mucho menos, porque el fuego independentista podría expandirse a la América hispana y jugar en su contra.

Es debido a aquel silencio oficial español que un ejército español de ciento cuarenta mil marinos en el océano y doce mil hombres en tierra norteamericana no aparece en los libros de historia. Ni España quiso contarlo, ni tampoco le iban a conceder los enemigos a sus hazañas ninguna gloria. Solo aparecieron retratados en el selfi de la historia los que lucharon en el territorio de las Trece Colonias: Washington y Lafayette. Lafayette y Washington. Por eso, en noviembre de 2025, en la convención anual de profesores de Nueva Orleans (ACTFL), me pareció oportuno abrir mi disertación de esta guisa: «Ahora que se cuestiona la presencia de los hispanos en Estados Unidos, tengo que daros una noticia: hace doscientos cincuenta años vosotros erais españoles».

No te quiero ni contar las caras de perplejidad que se prodigaron por el auditorio. Normal, nadie había oído hablar de Gálvez ni de la Luisiana española. No sabían que su participación en la guerra de Independencia de Estados Unidos había sido crucial…, aún como potencia extranjera. Pero te diré una cosa: a la perplejidad le siguió el alivio de saber que habían sido parte de la historia y, al momento, el orgullo de que, sin ellos, no hubiese habido independencia. Es lo que tiene conocer tus raíces, que te devuelve la sensación de pertenencia.

Durante la celebración de aquel congreso, Robert Gray Freeland (gobernador de la Orden de Granaderos y Damas de Gálvez de Mobile, Alabama) nos regaló a Sarah y a mí un recorrido histórico por toda la ciudad. Freeland desbordaba felicidad pues acababa de conseguir, tras años de tenaz entrega a la causa, que el

departamento de educación de Luisiana introdujese en el temario escolar de historia el «periodo español». Según él, era solo la primera piedra: «Los de Misuri no saben que durante la guerra eran españoles y que lucharon en San Luis contra los ingleses. Ni los de Luisiana que tenían un destacamento militar en el "país de los *ilinueses*" (hoy estado de Illinois) y que subieron hasta Chicago a combatir casacas rojas».

Lo que sí empezamos a saber, gracias a la labor de Robert Freeland y de tantos otros, es que, en 1779, un general hispano, Bernardo de Gálvez, comandaba en favor de Washington una tropa que reflejaba la amplia diversidad de los habitantes de la Luisiana: indígenas, europeos y africanos. Centrémonos primero en este último colectivo.

A las milicias morenas (compuestas por gente de piel oscura) o a las milicias pardas (compuestas por soldados de piel más clara) se habían alistado numerosos esclavos con la promesa o la expectativa de ganar su libertad tras servir en combate. Que un esclavo pudiese tomar esta decisión en contra de la determinación de su amo se debía a que en la América hispana los hombres privados de libertad también eran considerados ciudadanos. De segunda, de tercera, de quinta si me apuras, pero la esclavitud hispana tenía personalidad jurídica y, por tanto, derecho a poseer tierra, a contraer matrimonio y, como bien explica José Carlos Gracia en su pódcast, *Memorias de un tambor*, a denunciar abusos ante los tribunales: «Mucho de lo que hoy sabemos sobre los malos tratos que recibieron los esclavos hispanos lo conocemos a través de las denuncias que cursaron, que se investigaban y se recurrían hasta llegar en última instancia al rey. De hecho, existe un caso en el que Carlos III le da la razón a un esclavo y condena a su dueño».

Según me relató Robert Gray Freeland, ayudaba a estas circunstancias el hecho de que en la América hispana la esclavitud se centrara más en la servidumbre doméstica que en el trabajo forzado en los campos. El trato con los amos solía ser más «cercano» y por el «derecho de manumisión» tenían también

posibilidad de comprar su libertad. Los esclavos y las esclavas aprovechaban que les daban libres los domingos para asistir a misa y realizaban trabajos remunerados contratados por familiares o conocidos de sus amos que habían comprobado su disposición o su talento en alguna visita a la casa, o bien por personas con las que habían tenido trato en la calle cuando salían a hacer recados. Así, poquito a poco, y con el permiso de sus dueños que a veces se quedaban con un porcentaje de lo ganado, ahorraban hasta comprar su libertad.

La otra manera de dejar de ser esclavo la marcaba el sistema de castas colonial, que definía el estatus social del individuo en función del porcentaje de sangre europea que corriese por sus venas. Por decirlo alto y claro: una persona de origen africano quedaba libre en cuanto pudiera probar que se había blanqueado lo suficiente. Era una regla repugnantemente racista, pero ciertamente más avanzada que la «one-drop-rule» (con una gota basta) que aplicaban los ingleses. Veamos la comparación:

- Mulata (hija de negra y blanco): negra en todo Estados Unidos.
- Gris (de mulato y blanca): negro en todo Estados Unidos.
- Cuarterón (de gris y blanca): negro en todo Estados Unidos.
- Octavona (de blanco y cuarterona): considerada blanca y por tanto libre en la América hispana. Aún negra y esclava en las Trece Colonias.
- Dieciseisavo (de octavona y blanco): aún negro en las Trece Colonias.
- Treintaidosava (hija de dieciseisavo y blanca): aún negra en las Trece Colonias.
- Sesentaicuatroavo (hijo de treintaidosava y blanco): por fin blanco para los ingleses de América.

Esa intolerancia extrema hacia la negritud se tradujo en que, una vez abolida la esclavitud por Lincoln, el racismo permaneciera arraigado en las instituciones de Estados Unidos. Tras la

emancipación de 1865, en lugar de una libertad real, vino un *apartheid* impuesto por las leyes de Jim Crow, que siguieron negando a los afroamericanos el derecho al voto, el acceso a la educación o la libertad de disponer de una cuenta bancaria. Lejos de abolir la esclavitud, lo que hizo la enmienda número 13 a la Constitución fue camuflarla. Más adelante, con la aprobación en 1968 de los derechos civiles, se pasaría de la segregación racial a una encarcelación masiva. En 2026, como denuncia el documental *The Alabama Solution*, la condena a «trabajos forzados» es legal todavía en Estados Unidos. Hoy hay afroamericanos encarcelados que llevan diez, veinte y hasta treinta años trabajando sin cobrar y en condiciones infrahumanas; seres humanos cuya única mejora con respecto a la esclavitud de sus antepasados ha sido el pasar de ser considerados «propiedad privada» a ser «propiedad del Estado».

En este contexto, el movimiento Black Lives Matter (las vidas de los negros también importan) surgió precisamente como un grito desesperado, como una denuncia pública del trato discriminatorio que recibe la comunidad negra. Como el deseo de que algún día las madres negras no necesiten tener con sus hijos e hijas adolescentes *the conversation,* esa charla sobre cómo comportarse en caso de que les pare un agente de la ley si quieren regresar a casa con vida.

En la Luisiana española de 1779, los negros vieron una oportunidad de mejorar sus vidas alistándose al ejército. Los esclavos, porque conseguían con ello su ansiada libertad, y los libertos (que ya la habían conseguido), porque mejoraban su estatus social con una condecoración o con el amparo del fuero militar. En este último colectivo, más numeroso que el de los esclavos, se encontraban un puñado de negros escapados de plantaciones inglesas conocidos con el nombre de «cimarrones», fugitivos que obtenían la libertad nada más cruzar el Misisipí a cambio de convertirse al catolicismo en Nueva España. Juntos formaron los batallones de negros, mulatos y zambos (hijos de indio y de negra) del ejército hispano, y muchos recibieron medallas «por su celo,

heroísmo y rectitud». Ahora, tampoco nos engañemos, el grueso de aquella tropa hispana lo formaban soldados blancos.

El Regimiento de Infantería Fija de Luisiana lo integraban originalmente varios regimientos de regulares peninsulares y uno de voluntarios irlandeses. A ellos se sumaron artilleros llegados de México, infantes de Marina venidos de Cuba y un abundante grupo de milicianos canarios surgidos entre los colonos isleños que habían desembarcado con la misión de poblar el territorio y fundado las villas de Galveston, San Bernardo y Valenzuela. También se apuntaron ciudadanos franceses de Nueva Orleans y una partida de ortodoxos acadianos (cajunes en pronunciación inglesa) que, tras ser expulsados de Canadá por los ingleses, habían sido acogidos por los españoles de Luisiana por profesar la fe católica y ser expertos en el cultivo de arroz en humedales. De guiarlos a todos se encargaron lo nativos choctaw, alabama y apalaches, pues conocían las tierras a la perfección y habían llegado a un acuerdo con el gobernador Gálvez. Todos ellos (indígenas, africanos, europeos, criollos y mestizos) desfilaron al unísono desde Nueva Orleans hasta Pensacola al paso que imprimían los instrumentos de metal introducidos por primera vez en Estados Unidos por las bandas de granaderos españoles.

Aquel sonido de clarinetes y trompetas era el mismo que acostumbraban a escuchar los esclavos de Nueva Orleans cuando se reunían a tocar tambores en la plaza de Congo Square los domingos después de misa. Algunos aprenderían a tocarlos en las milicias negras integrando síncopas y polirritmias propias de su herencia y, en 1803, cuando Luisiana pasó a formar parte de Estados Unidos y los instrumentos de viento españoles terminaron en tiendas de segunda mano, se popularizaron rápidamente. Nacieron las *marching bands,* que imitaban en los funerales el ritual militar español de acercarse con música solemne al cementerio y de regresar con un ritmo más alegre. La cadencia española se transformó también en el alma del *Second Line*, el baile de los desfiles callejeros, y en el origen de una música que, en palabras del pionero Jelly Roll Morton, «nada sería sin el *Spanish tinge*» (nada

sería sin el matiz español), y que llegaría a ser mundialmente conocida con el nombre de *jazz*.

Por terminar, al esfuerzo de todos aquellos hombres de la tropa hispana hay que sumarle el de miles de mujeres conocidas como «las damas de Gálvez», esposas de los regulares que, además de las labores habituales de preparar los ranchos, lavar los uniformes, suministrar pólvora a los artilleros o atender a los heridos, tuvieron que quedarse al mando de las guarniciones militares en ausencia de sus maridos. Capacidad no les faltaba, pues la Academia de las Madres Ursulinas de Nueva Orleans, la escuela de mujeres en funcionamiento más antigua de Estados Unidos, ofrecía educación por igual a niñas blancas, nativas o esclavas desde su fundación en 1721 y había conseguido que las mujeres fuesen el cincuenta y cinco por ciento de la población alfabetizada.

Las hazañas del ejército hispano de Gálvez comenzaron al cruzar el Misisipí, un río bautizado en 1541 por el explorador Hernando de Soto con el nombre de Espíritu Santo. Rindieron los tres fuertes británicos de la orilla este (Rouge, Natchez y la Mobila), privando a Gran Bretaña de uno de sus principales negocios (el de la exportación de pieles) y permitiendo la navegación del comercio impulsado por Washington. Expulsaron a los ingleses de Alabama y tomaron Florida con el auxilio de una flota llegada desde La Habana.

Gálvez desde su barco, el Galveztown, dio la orden de atacar: «¡El que tenga honor y valor que me siga!», pero no le siguió ni el tato por miedo a que los ingleses les friesen a cañonazos en el estrecho canal de entrada a Pensacola. Gálvez se atrevió a aventurarse en solitario y pudo sortear las balas. Admirados por su valentía, el resto le siguieron y rindieron la plaza. Los hispanos le acababan de allanar a Washington el camino para la batalla decisiva de Yorktown. Pues como si nada, oye. España aportó tantos soldados como Francia a la independencia de Estados Unidos, pero, como no los vieron, no se acuerdan. En parte, porque a los estadounidenses les enseñan que la independencia la consiguieron ellos solitos. Ya me entiendes, el mito de David contra Goliat. El único héroe extranjero que la gente

recuerda es Lafayette, un tipo que tiene más avenidas con su nombre en Estados Unidos de las que tuvo el generalísimo Franco en España; una barbaridad. Hay gente como Robert Freeland, como Tere Valcarce, como Larrie Ferreiro, como Marta Gutiérrez-Steinkamp, como José Manuel Guerrero, que intentan cambiar la narración, pero no es fácil.

En 2017 se inauguró el Museo de la Revolución de Filadelfia, un espacio que narra la fundación de Estados Unidos a través de miles de objetos, entre ellos, la tienda de campaña de George Washington. Se ofreció en donación una bandera histórica del Batallón de la Luisiana (blanca con la cruz de borgoña bordada en rojo) y no estuvieron interesados. Se invitó a un responsable del museo a España y le llevaron de visita al museo del ejército en Toledo. Le sacaron de picar, le explicaron quién había sido Gálvez y cómo, sin su ejército hispano de doce mil hombres (y mujeres, ya lo hemos visto), no habría habido independencia. Pues ni con una de gambas al ajillo, ni con dos de berenjenas con miel: no hubo nada que hacer. El tipo que sí, que sí, que todo muy interesante y que el queso manchego semicurado de García Baquero una maravilla, pero no se dignó a colocar en el museo de Filadelfia ninguna pieza que añadiera a los hispanos al relato oficial de la guerra. No hay nada sobre los envíos clandestinos de Gardoqui. No se menciona que, en 1776, fue Luis de Unzaga y Amézaga, el gobernador «conciliador» de Luisiana, quien sugirió al Congreso Continental de Filadelfia que escogiesen el nombre de Estados Unidos de América para su futura nación. No se dice que Bernardo de Gálvez y Madrid usó los fondos destinados a terminar la catedral de Málaga para financiar campañas militares en favor de Washington, ni que la catedral se quedó sin segunda torre y por eso hoy los malagueños la llaman «la manquita». Nada. Cero interés por poner en perspectiva que, mientras ellos luchaban por su independencia nosotros, aparte de estar construyendo la Puerta de Alcalá, mírala mírala, les estábamos echando una mano.

Es decir, que en el museo de Filadelfia continúa vigente la máxima de Charles Lummis, hispanista estadounidense de finales del XIX: «Los americanos no tenemos ni idea de que le debemos todo a España porque nunca hemos sido debidamente informados».

No te hablan sobre la captura del convoy inglés de cincuenta y cinco naves que iba camino de las Trece Colonias hasta arriba de tropas y de dinero en 1780 y cuya rendición a manos del almirante Luis de Córdova supuso, aparte de un alivio para Washington, la caída en picado de la bolsa en Londres. Vale. Vale. Que estábamos fuera y nos vieron. Pero, caramba, a la toma de las Bahamas en 1782 fuimos juntos (barcos con bandera de España y barcos con bandera de Estados Unidos). Al menos, podrían animarse a poner un cuadro de eso, aunque fuera en una esquina.

No perdamos la esperanza.

Posdata

—Siéntate en la borda y te dejas caer de espaldas.

—A ver si me voy a dar en la cabeza con la bombona…

—Se dice tanque.

—Ya, pero el golpe duele lo mismo.

Escribo esta postdata desde Mahahual, estado de Quintana Roo, México, cerca de la frontera con Belice, adonde he venido a parar con Juan Luis Cano, mi compadre en las fatigas de Gomaespuma. El buceo (ese placer que los profesionales llaman «submarinismo») es el premio a una investigación previa en la ciudad de Puebla que enseguida explico.

En Estados Unidos, sesenta y nueve millones de ciudadanos y de ciudadanas marcan sin que les tiemble el pulso la casilla «Hispanic» en el censo, dato que convierte al país en el segundo con mayor población hispana del planeta. Por delante solo está México, con ciento treinta millones de habitantes y, por detrás, le sigue a la zaga España, con cuarenta y nueve millones. La presencia hispana resulta tan numerosa en Estados Unidos (hablamos del veinte por ciento de su ciudadanía) que uno imagina que debería de traducirse en una fuerza social muy influyente en el país y, sin embargo, desgraciadamente, no ocurre así. Salvo excepciones contadas, cuando Estados Unidos no ignora a su colectivo hispano, sencillamente lo minusvalora o lo desprecia.

¿Cómo es posible?

La respuesta tiene su origen a mediados del siglo XIX, cuando las instituciones estadounidenses consiguieron privar a la comunidad hispana de su identidad histórica en América al cambiar de un

plumazo el nombre de «hispanos» por el concepto hueco de «latinos», cuyo efecto fue que, casi de forma instantánea, la gente pasara a asociar la hispanidad con personas de escasos recursos, ínfima educación y ningún papel relevante en la historia.

Te cuento.

El término «latino» lo pergeñó un tipo que se coronó emperador de Francia en 1852 con el título de Napoleón III. (Napoleón II en realidad nunca hubo, aunque el título se le concedió por deferencia al Aguilucho, hijo del Bonaparte original y de la archiduquesa María Luisa de Austria, quien solo llegó a reinar de forma teórica durante un total de ocho días). Cuando Carlos Luis, Napoleón III, sobrino del primer Napoleón, alcanzó la presidencia de la República francesa tras la revolución de 1848, por continuar la tradición familiar, cuatro años más tarde se sacó de la manga un Segundo Imperio que lograría estirar hasta bien entrado el año 1870. Indirectamente, Carlos Luis Napoleón Bonaparte, también sería el responsable de que los estadounidenses crean, en la actualidad y de forma errónea, que México celebra su independencia el 5 de mayo cuando en realidad lo hace el 16 de septiembre.

Vayamos por partes.

Como *Charles Louis* tenía clavada la espinita familiar de que su adorado tío no hubiese podido conquistar Estados Unidos, en 1862 se propuso volver a intentarlo. El estallido de la guerra civil en las antiguas Trece Colonias británicas, apenas un año antes, predispuso el tablero para la anhelada conquista. La estrategia pasaba por invadir primero México con la excusa de que el presidente Benito Juárez había decidido dejar de pagarle a Francia la deuda externa, y luego ya, desde allí, con tranquilidad, seguir subiendo hacia arriba. Napoleón III tenía planeado poner sus tropas al servicio de la Confederación del Sur, ayudando así a los sudistas a empujar a los de Lincoln al infierno y, una vez ganada la contienda, dar un golpe de efecto y reclamar todo el territorio de la América del Norte para Francia. Nada nuevo bajo el sol, la misma táctica que había utilizado el omeya Tariq Ibn Ziyad en la conquista de la península ibérica:

quedársela entera con la excusa de haberse presentado allí como aliado de una facción visigoda.

Dicho y hecho. El ejército de Napoleón III, al mando del general Lorencez, desembarcó en Veracruz e inició su camino hacia Ciudad de México. En Puebla, a las puertas de la capital, el general Ignacio Zaragoza recibió la orden de hacerles frente. Aunque los franceses estaban mejor entrenados y pertrechados, Lorencez subestimó la valentía de Zaragoza y de sus oficiales, entre los que se encontraba Porfirio Díaz. Los mexicanos les dieron para el pelo y, contra todo pronóstico, los galos se vieron obligadas a replegarse y a regresar a sus naves. Viendo al escuadrón alejarse en el horizonte, los poblanos cantaron victoria y, desde entonces, no hay cinco de mayo que no se festeje por todo lo alto organizando una recreación de la célebre batalla.

Cada año, la ciudad entera se involucra. Unos se visten de franceses y otros van uniformados de mexicanos (como en las fiestas de moros y cristianos del levante español) para simular pegarse tiros en la esplanada del Ayuntamiento. Antes de que se inicie la recreación, según me contó mi vecino Héctor Rodríguez, el alcalde pronuncia unas palabras de bienvenida desde el balcón municipal. El año en que él acudió, me relató bien risueño, el burgomaestre ofreció el sabio consejo que aquí comparto: «Su atención, por favor. No quiero pintar las cosas color hormiga, pero háganme el favor de no tomar tequila hasta terminada la batalla. Les recuerdo que el año pasado, por culpa de la bebida, ¡nos ganaron los franceses!».

Dale al *fastforward* de la historia y observarás que, durante la Segunda Guerra Mundial, con la gran mayoría de los varones estadounidenses luchando en Europa, millones de mexicanos emigraron a Estados Unidos para ocupar trabajos en «el programa bracero» o, como les gusta decir a ellos, «para pintar gallo hacia el norte y ganarse un *suplai*» (del inglés *supply,* que significa suministro o sustento). Muchos de aquellos hombres procedían, precisamente, de una Puebla ya entonces rebautizada como Puebla

Heroica de Zaragoza en honor al general que logró espantar a los franceses. Y fue al verlos celebrar con tanta fiesta en las tabernas los *cincou de maio*, que los estadounidenses dieron por hecho que estaban conmemorando el Día de la Independencia de México. A ver, tampoco es que los poblanos se molestaran mucho en aclarar el equívoco. Y hasta ahora.

Lo que tampoco contaron es que la victoria de Zaragoza resultó irrelevante. Al año siguiente, volvieron a desembarcar las tropas francesas en Veracruz, y esta vez arrollaron a los mexicanos. Llegaron hasta el zócalo, quitaron a Juárez y nombraron emperador de México a un archiduque austriaco afín a Napoleón III que decidió gobernar con el nombre de Maximiliano I. La fiesta le duró cuatro años hasta que, una mañana de julio de 1867, los partidarios del presidente mexicano le rebanaron el cuello. A los invasores franceses no les dio tiempo ni de despedirse: salieron por piernas dejando como legado de su presencia tan solo la preciada receta de la *baguette* (que después daría lugar a la tosta ahogada mexicana, el platillo más sabroso de Guadalajara) y dos galicismos. El primero fue «mariachi», palabra derivada del término francés *mariage*, que significa boda, y que hacía referencia al conjunto musical de cuerdas, canto y trompeta que anima los casamientos. El segundo, que es el que a nosotros nos interesa, fue el término «latino» que había sido exportado por Napoleón III a las Américas para intentar hacer valer allí su presencia.

A saber, el nombre de Hispanoamérica venía a definir que aquella era una tierra habitada por hispanos en la que poco pintaba un rey francés. Sin embargo, el término Latinoamérica, exportado por Napoleón III, ampliaba el sentido de pertenencia de América a todos los latinos, es decir, a los descendientes naturales del Imperio romano. Hispanoamérica infería en exclusiva derechos a la corona de España, mientras que Latinoamérica acogía por igual al reino de Francia y a otros como los de Portugal, Italia o Bélgica, a quienes Napoleón III se había propuesto contentar para recabar su apoyo.

La estrategia que llevaban las tropas napoleónicas tras su desembarco en Veracruz consistía en borrar de un plumazo el vínculo incuestionable entre España y América, pero al emperador le salió mal la jugada. Es cierto que algunos en México adoptaron lo de «latino», pero no fue para aceptar a Francia, sino para distanciarse de los españoles. Si nos fijamos bien, las guerras de independencia de las repúblicas americanas realmente fueron guerras civiles entre descendientes de españoles, porque, en todas y en cada una de ellas, lejos de recuperar el poder los indígenas, fueron descendientes de europeos quienes siguieron acaparando el poder. Camuflarse como «latino» le vino de perlas a más de uno para presumir de defensor de la libertad y alejarse del sambenito de conquistador que sobrevolaba el concepto de «hispano».

Por eso yo soy partidario de que pidamos perdón por las atrocidades cometidas a los pueblos indígenas de América, pero creo que no solo deberían hacerlo los descendientes de los que perdieron aquellas guerras civiles y hubieron de regresar a la península ibérica, sino también los descendientes de los españoles que se quedaron victoriosos en América y se amparan en tachar de racistas a los españoles mientras aún llaman sin pudor «cholomatic» a la señora indígena que les limpia la casa.

Lo sorprendente fue que, mientras el término «latino» no cuajó en el México de Maximiliano I, en Estados Unidos lo pillaron al vuelo. Napoleón III no pudo intervenir como tenía planeado en la guerra civil del norte porque Lincoln se coscó enseguida de sus intenciones. Al tiempo que declaró la neutralidad de la Unión frente a la invasión de México por parte de Francia, para evitar así proporcionarle a Napoleón III una excusa para entrar en la contienda civil, estableció un flujo de inteligencia, armas y fondos para la resistencia de Juárez. De ese modo, mantuvo a las tropas de Maximiliano I ocupadas y le quitó al emperador austriaco la capacidad operativa y el interés por apoyar militarmente a la Confederación. Ya ves, muy listo el de Illinois.

Por eso le construyeron el Lincoln Memorial, que es sin duda el monumento más icónico de todo Estados Unidos. Está en el extremo oeste del National Mall de Washington D. C., delante del estanque reflectante y con una visión privilegiada del obelisco dedicado a Washington y de la cúpula del Capitolio. Bueno, pues Trump ya ha manifestado su intención de hacerle sombra con la construcción de un gigantesco arco de la victoria, naturalmente con una estatua de oro presidiendo en la cima, que, por añadir sal a la herida, enmarcará en el horizonte la casa que habitó el general esclavista Robert E. Lee, héroe del ejército confederado y dueño legítimo de los terrenos que hoy ocupa el cementerio militar de Arlington. En fin.

Desaparecido el peligro de que Francia invadiese Estados Unidos, los políticos de Washington encontraron muy conveniente la propuesta de Napoleón III de adoptar el término «latino» para identificar a los hispanos. Desconectar a la gente de la América Hispana de su legado histórico ayudaba a justificar la anexión de los 2,4 millones de kilómetros cuadrados que Estados Unidos acababa de arrebatarle a México y abría las puertas a una expansión mayor. De la noche a la mañana, Hispanoamérica, un territorio que llevaba siglos asociado a la construcción de catedrales, la apertura de cañadas reales y la fundación de universidades, pasó a convertirse en Latinoamérica, una tierra de bárbaros necesitada de la luz civilizadora del norte. Y así seguimos.

A los latinos de Estados Unidos hoy casi nadie los va a relacionar con una historia que se inició allá por 1513 en las costas de Florida. Desgraciadamente, el calificativo impuesto por Trump de «*bad* hombres» los ha reducido a unos salvajes recién llegados con el único ánimo de arrebatarle el trabajo a los honrados habitantes de la «casa de la pradera». Pero la realidad es muy distinta. Lejos de ser unos invasores, los hispanos forman parte de este país desde hace más de quinientos años y los recién llegados no vienen a robar trabajos, sino a realizar labores que los nietos de los que pusieron al primer hombre en la Luna ya no quieren llevar a cabo porque se han vuelto demasiado señoritos. Por esa razón considero que rescatar y

difundir las páginas de la historia en las que los hispanos fueron protagonistas es fundamental para mejorar la percepción de los treinta y dos millones de hogares que hablamos en español en Estados Unidos. Necesitamos desvelar el pasado para poner en valor el presente. Recuperar la idea de pertenencia de la comunidad hispana de Estados Unidos con iniciativas como la del concurso Raíces que mencioné en el prólogo.

Así que me permito terminar en alto. Con esperanza. Las emociones compartidas durante los años que he pasado recorriendo numerosas aulas de colegios de Estados Unidos con mi libro *Conoce a Bernardo de Gálvez* contando que sin hispanos no hubiera habido ningún 250 Aniversario de la Independencia que celebrar, me permiten tenerla. Por mucho que Trump se empeñe en reducir a los estadounidenses a una sola etnia, la de los descendientes de europeos, la nueva generación que viene es multicolor. Ellos y ellas van a demostrar que Estados Unidos nunca fue un lugar geográfico habitado por gente de un determinado genotipo, sino una idea secundada por gentes muy diversas, pero que comparten unas mismas convicciones. Esa ha sido la verdadera fuerza de Estados Unidos. No del país que le declaró la guerra a España, sino de la nación que concibió el plan Marshall o fue capaz de poner a un hombre en la Luna. No del Estados Unidos solo para unos pocos, sino del Estados Unidos inclusivo en el que tenemos sitio de pleno derecho los hispanos. Y los nativos. Y los afroamericanos. Creo sinceramente que hacia él nos dirigimos. Más despacio de lo deseado. Soportando zancadillas de quienes lo quieren todo únicamente para ellos. Poquito a poco, pero avanzamos.

«Ojalá que este libro contribuya también a ello», anhelo mientras emerjo del agua cerca de la playa de Mahahual.

—¡Jaguar! —grita mi amigo.

—¡¿Dónde?! —Me vuelvo hacia la arena, al borde de un infarto, en busca del anunciado puma.

—No, que digo que *¿jaguar you?* Que si has disfrutado la inmersión.

Madre, qué susto. Se dirá «tanque», pero me entran unas ganas irresistibles de arrojarle la bombonita de oxígeno a mi queridísimo compañero del alma Juan Luis Cano a la cabeza.

Bibliografía

Prólogo

Canales Torres, C. y Martínez Laínez, F. *Banderas lejanas. La Exploración, conquista y defensa del territorio de los actuales Estados Unidos.* Edaf, 2019.

Cardelús B. y Fernández Toraño, A. *La Florida Española*. Ediciones Polifemo, 2013.

Mari Pancartas

Cabrera F. y Olmedo, M. *Bernardo de Gálvez. Héroe recuperado.* Asociación Cultural Bernardo de Gálvez, 2016.

Odom, W. S. *El asedio más largo de la revolución de los Estados Unidos: PENSACOLA,* Ayuntamiento de Macharaviaya, 2021.

Ramos, J. *Stranger. El desafío de un inmigrante latino en la era de Trump.* Vintage Español. Penguin Random House, 2018.

Woodward, B. *Fear. Trump in the White House*. Simon and Schuster, 2018.

Luisiana

Cabrera Pablos, F. *Contribución de la Iglesia española a la independencia de los Estados Unidos de América.* Revista de Ingeniería y Humanidades. Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Málaga. Número XIX, 2008.

Chartrand, R. *The Spanish Army in North America, 1700-1793.* Osprey Publishing, 2012.

Fesser, G. *Conoce a Bernardo de Gálvez,* Ilustraciones de Alejandro Villén. Santillana, Vista Higher Learning, 2017.

Ferrer, A. *Freedoms´ Mirror. Cuba and Haiti in the Age of the Revolution.* Cambridge University Press, 2014.

Ferreiro, L. D. *Brothers at Arms. American Independence and the Men of France and Spain who Saved It.* Alfred A. Knopf, 2016.

Franklin, B. *Autobiography,* Benjamin Franklin. The Gilman Country School, 1916.

Gutiérrez-Steinkamp. *Spain: The Forgotten Alliance. Independence of the United States*, Create Space Publishing Platform. Amazon.com, 2013.

Kurlansky, M. *Cod. A biography of the fish that changed the world.* Penguin Books, 1997.

Mugaburu, J. *Diario de Lima (1640-1694). Crónica de la época colonial.* Sanmartí y Ca. Lima, 1917.
Olmedo Checa, M. *El Galveztown.* Revista de Ingeniería y Humanidades. Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Málaga. Número XX, 2009.
Villas Tinoco, S. «Carlos III. El monarca y la persona»*. Péndulo*. Revista de Ingeniería y Humanidades. Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Málaga. Número XXVIII, 2017.
VV. AA. *Unveiling Memories. Desvelando Memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence.* Iberdrola, 2019.

Noche de ranas

Harrap, G. G. «The Myths of The North American Indians», Lewis Spence. Dover Publications. 1989

Iglesias de ración

Butler, M. *High Road to Taos. Images of America.* Estados Unidos: Arcadia Publishing, 2016.
Cabeza de Vaca, Álvar Núñez. *Naufragios*. Edición de Eloísa Gómez Lucena y Rubén Caba, Cátedra, 2018.
Guthrie, T. H. *Recognizing Heritage. The Politics of Multiculturalism in New Mexico.* University of Nebraska Press, 1974.
Hill, G. *The 500 years of Indigenous Resistance Comic Book.* Arsenal Pulp Press, 2024.
Romero, F. R. *History of Taos.* F. R. Bob Romero, 2024.
Venegas, D. *Las aventuras de don Chipote o, cuando los pericos mamen.* Arte Público Press, 2024.
Vigarello, G. *Lo limpio y lo sucio: La higiene del cuerpo desde la Edad Media.* Alianza Editorial. Madrid, 1991.

Taos Pueblo

Aragón, R. J. *Hidden History or Spanish New Mexico.* The History Press, 2012.
La Farge, Oliver *The Mother Ditch / La acequia madre*. Sunstone Press, Santa Fe. 1982.
Otero-Warren, Nina. «Old Spain in our Southwest». Sunstone Press, Santa Fe. 2006.

Test de orina

Castaneda de Nájera, P. *Relación de la jornada de Cíbola*. Linkgua Ediciones. Barcelona. 2015.
Fesser G. «El imperio hace aguas». *El HuffPost* (21 de noviembre de 2021).
Galeano E. Las venas abiertas de América Latina. Siglo XXI Editores. 2023.

Isenberg, N. *White Trash. The 400-Year Untold History of Class in America.* Penguin Books, 2016.
Flint R. y Cushing Flint, S. «Relación de lo que Hernando de Alvarado y fray Joan de Padilla descubrieron en demanda de las vacas (1540)». En *Documents Related to the Coronado Expedition, 1593-1542.* University of New Mexico Press. Highlands, 2012.
Hammond G. y Rey A. *Relacion de Hernán Gallegos sobre la expedición del padre fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado a Nuevo México, 1581-1582*. El Palacio Press. Santa Fe, 1927.
HistoCast. *Estados Unidos de España*. Episodios 280, 283, 286 y 289.
Juicio de los indios Acoma, 1598-1599, conducido por Juan de Oñate. Archivo General de Indias. Patronato, legajo 22, ramo 13.
Tamarón y Romeral, P. *Demostración del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya. Viajes Pastorales y Descripción de la Diócesis de Nueva Vizcaya.* Biblioteca Indiana. Editorial Aguilar, Madrid, 1985
Thompson, D. y Klein, E. *Abundance.* Estados Unidos: Simon and Schuster, 2025.

Los cuatro templos

Albright M. *Fascism. A Warning.* Harper Perennial, 2019.
Canales Torres, C. y Martínez Laínez F. *Banderas lejanas. La exploración, conquista y defensa del territorio de los actuales Estados Unidos.* Edaf, 2009.
Castaneda de Nájera, P. *Relación de la jornada de Cíbola*. Linkgua Ediciones. Barcelona, 2015.
Flint R. y Cushing Flint, S. «Relación de lo que Hernando de Alvarado y fray Joan de Padilla descubrieron en demanda de las vacas (1540)». En *Documents Related to the Coronado Expedition, 1593-1542. University of New Mexico Press. Highlands*, 2012.
Galeano E. *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores, 2023.
Hammond G. y Rey A. *Relacion de Hernán Gallegos sobre la expedición del padre fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado a Nuevo México, 1581-1582*. El Palacio Press. Santa Fe, 1927. 464.
HistoCast. *Estados Unidos de España*. Episodios 280, 283, 286 y 289.
Irving, Washington. *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, Colegio Universitario de Ediciones Itsmo, 1987.
Juicio de los indios Acoma, 1598-1599, conducido por Juan de Oñate. Archivo General de Indias. Patronato, legajo 22, ramo 13.
Lawrence, D. H. *Mornings in Mexico.* August Smith Books, 1933.
Mark-Jacobs, T. *The Massacre of Don Pedro Villasur. New Mexico History Illustrated.* Palace of the Governors, 2017.
Padrón Reyes, L. y Pajuelo Moreno, V. (2023). *Dominar los océanos. Ciencia y navegación en los siglos XVI-XVIII.* Sílex Ultramar.
Reyero, F. *Eastwood: Desde que mi nombre me defiende.* Fundación José Manuel Lara, 2017.

Tamarón y Romeral, P. *Demostración del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya*. Viajes pastorales y descripción de la diócesis de Nueva Vizcaya. Biblioteca Indiana. Editorial Aguilar, Madrid, 1985

Taos Pueblo. United States Department of the Interior. National Park Service. National Register of Historic Places Inventory (4 de abril de 1986).

Vargas D. «Santa Fe reconquistada. Diario de campaña y documentos relacionados desde 5 de enero de 1694». Archivo General de Indias, Sevilla. Audiencia de Guadalajara. Legajo 140.

La condesa roja

Condesa de Romanones, Griffith, A. *The Spy Wore Red. My adventures as an undercover agent in World War II.* Random House, 1987.

Gerónimo

Barnum, P. T. *Struggles and Triumphs: or, Forty Years' Recollections of P. T. Barnum.* Ultimate Collection. DigiCat, 2023.

Beale, H. K. *Theodore Roosevelt and the rise of American power.* Collier Books, 1970).

Brown, D. *Bury My Heart at Wounded Knee. An Indian History of the American West.* Picador, 1970.

Clum, W. *Apache Agent: The Story of John P. Clum.* University of Nebraska Press, 1978.

Creighton, M. *The electrifying Fall of Rainbow City. Spectacle and Assassination at the 1901 World's Fair.* Norton and Company, 2016.

King, G. *Geronimo's Appeal to Theodore Roosevelt.* Smithsonian Magazine, 9 de noviembre de 2012.

William Randolph Hearst

Creelman, J. *On the Great Highway. The Wanderings and Adventures of a Special Correspondent.* Pennsylvania State University, 2013.

De Guzmán, M. *Spain's Long Shadow. The Black Legend, Off Whiteness and Anglo-American.* University of Minnesota Press, 2005.

Ferrer, A. *Cuba, an American History.* Scribner. Simon and Schuster, 2021.

Gibson, C. *El Norte. The Epic and Forgotten Story of Hispanic North America.* Atlantic Monthly Press, 2019.

Kinzer, S. *The True Flag. Theodore Roosevelt, Mark Twain, and the birth of American Empire.* Henry Holt and Company, 2017.

Roca Barea, M. E. *Imperiofobia y leyenda negra.* Siruela, 2016.

Spencer, D. R. *The Yellow Journalism. The Press and America's Emergence as a World Power*, Northwestern University Press, 2007.

Hermida y la Luna

Cronkite, W. *A Reporter's life.* Ballantine Books, 1997.

Theodore Roosevelt

Brown, C. H. *The Correspondents War. Journalist in the Spanish-American war.* Estados Unidos: Scribner's Sons, 1967.

Creelman, J. *On the Great Highway. The Wanderings and Adventures of a Special Correspondent.* Pennsylvania State University, 2013.

Kinzer, S. *The True Flag. Theodore Roosevelt, Mark Twain, and the birth of American Empire.* Estados Unidos: Henry Holt and Company, 2017.

Los rudos jinetes

Cohen, R. *Sam, the Banana Man. The Fish that Ate the Wale: The Life and Times of America's Banana King.* Farrar, Strais and Giroux, 2012.

Creighton, M. *The electrifying Fall of Rainbow City. Spectacle and Assassination at the 1901 World's Fair.* W. W. Norton and Company, 2016.

Gardner, M. L. *Rough Riders. Theodore Roosevelt, his Cowboy Regiment, and the Immortal Charge Up San Juan Hill.* Colonel Theodore Roosevelt Collection. Houghton Library. Harvard University. William Morrow. Harper Collins, 2016.

Ferrer, A. *Cuba, an American History.* Scribner. Simon and Schuster, 2021.

Roosvelt, T. *An Autobiography*. Charles Scribner's Son, 1929.

Milagro en *Barbieri Street*

Bourdain, A. *Kitchen Confidential. Adventures in the Culinary Underbelly.* Bloomsbury Publishing, 2000.

Fesser, G. *Mi amigo invisible.* Espasa, 2018.

Komusta

Donoso, I., García, M. L., y García, M. *Boxer Codex. Una transcripción moderna de los relatos de la exploración del siglo XVI del este y sudeste de Asia y del Pacífico*. Vibal Foundation, 2016.

Eslava Galán, J. *La Reconquista contada para escépticos.* Planeta, 2022.

Kendi, I. X. *Stamped from the Beginning. The Definite History of Racist Ideas in America.* Bold Type Books, 2023.

Konstam, A. *Spanish Galleon 1530-1690.* Osprey Publishing, 2004.

Madrid, C. *Seráphico, relación del descubrimiento y entrada de los religiosos de nuestro padre san Francisco de la apostólica provincia de S. Gregorio de las Islas Filipina en los pueblos, o rancherías de los Montes Altos de Baler. The Franciscan Missionaries in the Aurora Region. 1609-1899.* National Historical Commission of The Philippines, 2017.

Pimentel, B. *How My Sons Lost their Tagalog.* Ateneo de Manila University Press, 2013.

Renée B. Javellana. *Weaving Cultures. The Invention of Colonial Art and Culture in the Philippines, 1565-1850.* Ateneo de Manila University Press, 2017.
Sánchez Mora, A. *Sabores que cruzaron los océanos.* Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2016.

El monstruo invisible

Brown, C. H. *The Correspondents War. Journalist in the Spanish-American war.* Charles Scribner's Sons, 1967.
Coffman T. *Nation Within. The History of the American occupation of Hawaii.* Duke University Press, 2016.
Donoso, I., García, M. L., y García, M. *Boxer Codex. Una transcripción moderna de los relatos de la exploración del siglo XVI del este y sudeste de Asia y del Pacífico*. Vibal Foundation, 2016.
Kinzer, S. *The True Flag. Theodore Roosevelt, Mark Twain, and the birth of American Empire.* Henry Holt and Company, 2017.

Marga «Rita» Cansino

Argeo, L. y Fernández, J. *Invisible Immigrants: Spaniards in the U.S. (1868-1945).* White Stone Ridge, 2015.
Blasco Ibañez, V. *Sangre y Arena.* Alianza Editorial, 2017.
Fernández, J. M. *Brevísima relación de la construcción de España y otros ensayos transatlánticos*. Ediciones Polifemo, 2013.
Fesser, G. *Marcelo.* Contraluz, 2022.
Gamboa, J. M. *¡En er mundo! De cómo Nueva York le mangó a París la idea moderna del flamenco.* Athenaica Ediciones Universitarias, 2017.
Gamboa, J. M. *Flamenconautas: El crack de la bolsa y los cracks del flamenco.* Athenaica Ediciones Universitarias, 2017.
Jaksić, I. *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880.* Fondo de Cultura Económica, 2007.
Kagan, R. L. *El embrujo de España. La cultura norteamericana y el mundo hispánico, 1779-1939.* Ambos Mundos. Fundación Jorge Juan. Marcial Pons Historia, 2021.
Kelly, J. *The Edge of the Anarchy. The Railroad Barons, the Gilded Age, and the Greatest Labor Uprising in America.* St. Martin's Press, 2018.
Morell Moll, T. *Valencians a Nova York. El cas de la Marina Alta (1912-1920).* Edicions 96. L'Entorn. Institut d'Estudis Comarcals, Ondara. 2012.

La increíble isla menguante

Adams, J. *The Autobiography of John Adams: with Diaries and Other Writings from the 2*nd *President of the United States.* U.S. Heritage. Humanix Books, 2026.
Amrhein, J. *The Hidden Galleon. The Truth Story of a Lost Spanish Ship and the Legendary Wild Horses of Assateague Island.* Jr. New Maritima Press, 2007.

Booth R. «Jeremiah Lee». Marblehead Museum. Marbleheadtv.org
Cabeza de Vaca, Álvar Núñez. *Naufragios*. Edición de Eloísa Gómez Lucena y Rubén Caba, Cátedra, 2018.
García Ramírez, S. *El último viaje de la fragata Mercedes. La razón frente al espolio. Un tesoro cultural recuperado.* Ministerio de Defensa. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Acción Cultural Española, 2014.
González, J. *Harvest of Empire. A History of Latinos in America*. Penguin Books, 2022.
Fesser, G. *A cien millas de Manhattan.* Aguilar, 2015
Fernández-Armesto, F. *Our America. A Hispanic History of the United States*. W. W. Norton Company, 2014.
Smith, R. *Shipwrecks. Tales and Treasures, Danger, and Adventure at the Sea.* National Geographic, 2025.

Nueva York y Lorca

Bercovici K. *Around the world in New York.* The Century Co., 1924.
Gibson, I. *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca.* Plaza y Janés, 1998.
Herdrich, S. L. *Sargent and Paris.* The Metropolitan Museum of Art, 2025.
Irving, W. *The Alhambra: A Series of Tales and Sketches of the Moors and Spaniards.* Henry Colburn, 1832.
Irving, W. *Cuentos de la Alhambra*, Alianza editorial, 2014.
Irving, W. *Vida del almirante don Cristóbal Colón.* Ediciones Itsmo, 1987.
Gamboa, J. M. *¡En er mundo! De cómo Nueva York le mangó a París la idea moderna del flamenco.* Athenaica Ediciones Universitarias, 2017.
Wyck Brooks, V. *The World of Washington Irving.* E. P. Dutton and Company Inc, 1944.

El boquerón

Fernández Cámaras, M. *Historia de San Juan de Puerto Rico.* Revista de Ingeniería y Humanidades. Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Málaga. Número XXVIII, 2017.
Kinzer, S. *The True Flag. Theodore Roosevelt, Mark Twain, and the birth of American Empire,* Henry Holt and Company, 2017.
Shorto, R. *The Island at the Center of the World. The epic of Dutch Manhattan and the forgotten colony that shaped America.* Vintage Books. Random House Inc, 2005.

Combinatoria léxica

Barlow, J. y Nadeau, J. B. *The Story of Spanish. La historia del español*. St. Martin's Press, 2013.
Braschi, G. *Yo-Yo Boing!* Latin American Literary Reviews Press, 2011.
Díaz, J. *This is How you Lose her.* Riverhead Books, 2012.

Morales, E. *Living in Spanglish. The Search for Latino Identity in America.* St. Martin's Press, 2003.
Moreno Fernández, F. *La lengua de los hispanos unidos de América. Crónica de resistencia.* Universidad de Alcalá. Instituto Franklin, 2022.
Ramírez, Y. *¡Ándale Prieta! A Love Letter to My Family.* Cinco Puntos Press. Lee and Low Books Inc, 2022.

El peso duro

Chávez, T. E. *Spain and the Independence of the United States. An Intrinsic Gift.* University of New Mexico Press, 2002.
Fernández-Andrade Marín, C. M. *El peso hispano -(Real de a ocho)- Primer dólar de los Estados Unidos de América y moneda del mundo,* 2025.
Gálvez Toro, M. A. «Bernardo de Gálvez. La recuperación de un héroe»*. Péndulo*. Revista de Ingeniería y Humanidades. Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Málaga. Número XXV, 2014.
García Lerma, M. «El conde de Aranda. El embajador visionario»*. Unveiling Memories. Desvelando memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence*. Iberdrola, 2019.
Guerrero, J. M. «John Jay. Una misión incómoda», en *Unveiling Memories. Desvelando Memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence*. Iberdrola, 2019.
Guerrero, J. M. «Diego de Gardoqui. Comerciante imprescindible y primer embajador» en *Unveiling Memories. Desvelando Memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence.* Iberdrola, 2019.
Guerrero, J. M. «Francisco de Saavedra. Un hombre para América» en *Unveiling Memories. Desvelando Memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence.* Iberdrola, 2019.
González López-Briones, C. «Naciones indias, europeos, africanos y americanos en la Arkansas española, 1763-1804». *Unveiling Memories. Desvelando Memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence.* Iberdrola, 2019.
Goodwin, R. *América. The Epic Story of Spanish North America, 1493-1898.* Bloomsbury, 2019.
Gracia J. C. «Esclavos». Pódcast *Memorias de un tambor*. Episodio 44.
Hansen, V. *The Year 1000. When Explorers Connected the World and Globalization Began.* Simon and Schuster, 2020.
Herráiz Gil, J. E. *Hispanidad.* España: Péndulo. Revista de Ingeniería y Humanidades. Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Málaga. Número XXVIII, 2017.
Juet, R. *Robert Juet's Journal of Hudson 1609 Voyage.* Transcrito por Brea Barthel. New Netherland Museum, 2006.
Olmedo, M. «El otro gran capitán»*.* España: La Tribuna. *Diario Sur*, 2 de febrero de 2026.

Ruiz Calleja. «El verdadero origen del símbolo del dólar». Blognumismatico.com, 12-07-2022.

Santiago Rodríguez, C. de. «Mujeres en la paz y en la guerra» en *Unveiling Memories. Desvelando memorias. Spain and the Hispanic Contribution to U.S. Independence.* Iberdrola, 2019.

Shorto, R. *The Island at the Center of the World. The Epic of Dutch Manhattan and the Forgotten Colony that Shaped America.* Vintage Books. Random House Inc, 2005.

Zlatich, M. *General Washington's Army 1*. Osprey Publishing, 1994.

Índice

Prólogo
Mari Pancartas
Luisiana
Noche de ranas
Iglesias de ración
Taos Pueblo
Test de orina
Los cuatro templos
La condesa roja
Gerónimo
William Randolph Hearst
Hermida y la Luna
Theodore Roosevelt
Los rudos jinetes
Milagro en *Barbieri Street*
Komusta
El monstruo invisible
Marga «Rita» Cansino
La increíble isla menguante
Nueva York y Lorca
El boquerón
Combinatoria léxica
El peso duro
Posdata
Bibliografía
Créditos

Edición en formato digital: octubre de 2026

© Guillermo Fesser Pérez de Petinto, 2026
c/o Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-88337-01-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.